

BAJO las DUNAS ROJAS

Mayra Estévez García

5^a
Edición

The background of the cover is a photograph of a vast desert landscape with rolling sand dunes. The sky is a gradient of light blue and yellow, suggesting a sunset or sunrise. A small silhouette of a person stands on the crest of a dune in the middle ground, looking out over the horizon. The foreground shows the texture of the sand dunes with some dark spots, possibly rocks or shadows.

BAJO las
DUNAS ROJAS

Mayra Estévez García

Quinta edición: marzo 2017

©**de los textos:** Mayra Estévez García. Con la ayuda imprescindible durante su corrección de César Jiménez y Carlos Arconada.

©**de la edición:** Mayra Estévez García

©**de la maqueta y diseño de portada:** Mayra Estévez García

Ilustraciones: Pirot Jere

Mayra Estévez García

www.mayraestevezgarcia.com

mayraestevezgarcia@gmail.com

Teléfono: 647-365700

ISBN: 978-84-617-4033-8

DL: VA559-2016

P.V.P.: 17 €

Impresión: Ulzama Digital, S.L.

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

IMPRESO EN ESPAÑA * UNIÓN EUROPEA

*A mi niña, mi tesoro. El ser al que más amo
en este mundo: siempre estaré a tu lado, Inés.*

Para César, mi compañero de vida.

A mis padres, os quiero.

NOTA DE LA AUTORA

Os presento BAJO las DUNAS ROJAS, una novela cargada de intriga y misterio, con la que espero convenceros. Si empezáis a leer este relato os aseguro que no podréis dejarlo hasta el final.

Esta obra forma parte de la saga de “Los colores”. Libros que se pueden leer de forma independiente y que tienen un nexo común. En ellos, algunos personajes se repiten y se basan en una trama de acción y suspense que engancha y sorprende.

El inicio de la saga de “Los colores” se encuentra en esta novela BAJO las DUNAS ROJAS (El rojo) y continúa con la obra, “SOBRE el MAR AZUL (El azul). Aún no están escritos los siguientes, aunque en mi mente las historias se van sucediendo... Más tarde, vendrá “El blanco”, y por último, terminaremos con “El negro”.

Os invito a investigar qué ocurrirá BAJO las DUNAS ROJAS, y os animo a, después, descubrir el enigma que tendrá lugar SOBRE el MAR AZUL.

Gracias por confiar en mí como escritora y empezar a leer esta novela.

Mayra Estévez García

CAPÍTULO I: ¿POR QUÉ ÁFRICA?

Yo tenía una granja en África... Para todos esta frase significa: «Memorias de África», pero para mí tiene una razón más allá que Meryl Streep y Robert Redford. Ni en mis más psicodélicos sueños hubiera llegado a imaginar que terminaría en el gran continente. Una ginecóloga como yo, con prestigio y clientela suficiente para acabar sus días en su consulta, de parto en parto, con el único objetivo de terminar las citas de la agenda a la hora prevista: ¿por qué tendría que abandonar las comodidades de la confortable Europa para migrar a la salvaje África? Solo una razón, una única justificación anclada en el más antiguo e inevitable de los motivos... No lo diré: desvelaría demasiado. Tendréis que esperar.

Sí, yo, Clara Montes Parra, natural de Madrid, capital de España, terminé mis días en un país perdido del África meridional rodeada de desiertos, pobreza, injusticias y guerras, y la verdad es que aún me cuesta entender mi decisión de venir aquí. Sin embargo, como bien dice el refranero español: «lo hecho, hecho está», y ya se sabe que la sabiduría popular es mucho más realista que cualquiera de las ciencias.

Soy hija, nieta y hermana de médicos (en masculino), y aunque en mis primeros años nunca me interesó la ciencia del cuerpo humano, al finalizar el Bachillerato y la Selectividad, se me encendió una lucecita que debía de tener camuflada en mis genes. Mi hermano mayor, mucho más vocacional que yo, o al menos en edad más temprana, decidió allá por los ocho o nueve años que proseguiría la saga familiar, lo que desembocó en una atención por parte de mi padre hacia su descendiente varón en la transmisión de la profesión. Mi decisión, aunque bien aceptada y felicitada, no levantó esa ilusión desmesurada que aprecié en los ojos de mi progenitor cuando Juan (mi hermano) ingresó en la Facultad de Medicina cuatro años antes que yo. Accedí a la misma institución que él —para qué elegir otra— gracias a la nota de mi expediente académico, que si bien rozando, se igualaba al de Juan. Inicié el

curso con respeto, a la vez que con emoción, con una sensación extraña llamada espíritu competitivo. Algo típico entre hermanos que llevado de forma adecuada puede llegar a ser positivo. Nunca hemos tenido grandes discusiones; supongo que las normales entre una pareja de hijos educados bajo el mismo techo, y aún sin evidenciar en alto la salida de nuestra peculiar carrera de fondo, fui detrás de él igualando sus récords destacando en unas pruebas, mas perdiendo en otras.

Mi hermano mayor me sacaba cuatro cursos limpios, de matrículas de honor y sobresalientes, que tuve que ir barriando desde la cola del pelotón. Su especialidad fue la traumatología, la de mi padre (mi abuelo se quedó en médico de cabecera de un pequeño pueblo), y yo, llegado el momento, sorprendí con un cambio de rasante hacia la ginecología. Seguro que alguno pensó, al menos no lo dijo o yo no le escuché: «Claro, es una mujer»; sin embargo, aseguro que mi decisión no estuvo condicionada por mi sexo, mas bien, me animó mi amor ante la maravilla de la naturaleza de traer criaturas al mundo a través de la entropiada rajada de sus madres.

Juan superó los seis años de medicina, el MIR, con una fantástica puntuación, cuatro años de especialidad, y por último consiguió, al igual que lo había hecho mi padre años atrás, una plaza de funcionario a sueldo del Estado en un buen hospital con plaza fija para toda la vida de traumatólogo dentro de la Seguridad Social: el sueño de cualquiera. Además, por supuesto, se asentó junto a su progenitor en la tarea de abrirse paso, igualmente, en el ámbito privado, trillado y dominado por el Doctor Montes, nombre por el cual era conocido aquel que yo llamaba de pequeña «papito». Una eminencia en su sector, más concretamente en rodilla, al que acudían deportistas, anónimos, políticos e incluso famosos en busca de milagros para sus diversas dolencias.

Yo no les seguí en lo suyo, supongo que de nuevo la secuencia rebelde de mi genoma se impuso a la lógica de mis antecesores, esquivando la cordura de conseguir lo que cualquiera hubiera deseado al iniciar mis andaduras.

—Lo difícil ya lo has hecho, Clara —decía mi padre—. Ahora solo tienes que dar el último empujón para conseguir la seguridad de un sueldo fijo para toda la vida. Con lo que has estudiado, el expediente que tienes y la referencia de tu linaje estoy seguro de que no te costaría nada, en comparación con el esfuerzo que llevas sobre tus espaldas, conseguir culminar tu carrera dentro de la función pública.

—Lo sé, padre, pero no quiero seguir vuestro camino. Quiero montar una

consulta y ser mi propia jefa —insistía yo para su desesperación.

—Pero eso lo puedes hacer también. Me tienes a mí como ejemplo. Yo tengo mi plaza, mis consultas y operaciones, pero después atiendo igual fuera del hospital.

—No es lo mismo, al final estás a la mitad en los dos sitios. Mi deseo es afianzarme por completo en mi propia empresa, ponerme mis horarios, atender de forma personalizada a mis clientes, utilizar el tiempo que considere oportuno con cada uno de ellos, poner mis propias tarifas... —Y un sinfín de razones más que me harté de enunciar, tanto a mi padre, como a mi hermano, incluso a mi madre, inesperadamente adentrada en nuestra peculiar tertulia, hasta que poco a poco mi propio convencimiento les fue llevando a su aceptación.

Y así empezó todo. Primero pensé en un crédito para montar mi negocio, no obstante, pronto el núcleo familiar se presentó como mecenas de mi causa, poniendo un cheque en blanco para su niña pequeña, con el permiso absoluto de mi hermano, que no solo entendió a la perfección dicho favoritismo, sino que además colocó por igual sus recursos económicos a disposición de su aventurera hermana. Y lo que empezó como una locura a ojos de muchos, se fue transformando, casi sin quererlo y en un tiempo increíblemente reducido, en un negocio que se me iba de las manos.

El inicio en un local pequeño, en el bajo de un edificio con solo yo como trabajadora incansable, fue derivando en la adquisición de mobiliario, personal, aparatos médicos, nuevos locales, más empleados, quirófanos, nuevas técnicas, traslados a mayores instalaciones, promociones, folletos, publicidad, carteles, otra vez más contrataciones, contables, administrativos, enfermeras, matronas, anestesistas, ginecólogos, material clínico y hospitalario de todo tipo.... Una marea imparable, un tsunami que fue arrastrando, conmigo a la cabeza, una marabunta de objetos hasta la formación de una clínica en toda regla dedicada en exclusiva a la ginecología, y más concretamente a la maternidad. Icono de las madres con dinero, que huyendo de los inconvenientes de la Seguridad Social y la inseguridad de la privada, encontraron en mi centro la culminación a sus expectativas. Una empresa boyante, envidia de muchos y sorpresa de otros.

Todo aquel, que pudiera hacer frente a la suntuosa suma de nuestros honorarios, era atendido con los mejores, más modernos y amplios procedimientos para un parto perfecto, y una atención cuidadosa de los recién

llegados. El boca a boca primero, y la publicidad amplia y costosa en la que me impliqué después, añadido a algún parto mostrado por la prensa, con el nombre de mi clínica en el titular gracias al carácter famoso de la madre o el padre, fueron suficientes para que media España conociera el renombre de mi apellido, porque así llamé a mi tesoro: Clínica Montes. Una empresa del sector de la sanidad asentada y en su mayor auge en el momento en que empieza esta historia, el año 2008.

Y supongo que hubiera seguido creciendo, ampliando horizontes y mercados, si bien, también imagino que en ese caso no estaría aquí revelando mis memorias, puesto que estas estarían a la par que muchas historias de éxito que pudieran igualmente ser contadas por una infinidad de gentes; mas un suceso trastocó mi destino haciendo que las vivencias soportadas por mi cuerpo se salieran de la tangente de las del resto de la humanidad, convirtiéndolas en objeto novelesco, y por ello, merecedoras de ser incluidas en estas páginas.

El comienzo del cambio no fue especial. Un día cualquiera tras cerrar mi despacho, coger bolso y chaqueta, y salir a la calle con el estómago vacío con la intención de acallar su rugido, un papel dado por un anónimo situado cerca, pero no excesivamente próximo a la puerta de mi clínica, me hizo acercar mi vista a su texto no prestando demasiada atención, refugiándolo en mi cartera al comprobar la inexistencia de una papelera. Siempre he sido una persona cívica, supongo que herencia de mi procreador: hubiera sido incapaz de tirar un desperdicio al suelo, robado, mentido o estafado, incluso retrasarme unos minutos en una cita. Así era el Doctor Montes; un hombre de principios y modales que no pudo evitar traspasar a su descendencia sus formas de cortesía.

Supongo que aquel panfleto debía de haber muerto en algún lugar perdido, al cual yo nunca hubiera prestado atención; sin embargo, llamémoslo destino, azar o simplemente casualidad, de camino a Barcelona para ver un local donde iniciar la empresa ya consolidada en Madrid, retomó su intención de atrapar mi atención al aparecer en mi mano. Era un comportamiento típico mío durante los tiempos muertos: limpiar el bolso de los múltiples elementos inservibles que iba almacenando a lo largo de los días, semanas, meses, según el intervalo de dichos vaciados. Y allí sentada, en primera clase en el puente aéreo, a falta de veinte minutos para llegar a mi destino, aburrída, aceleré mis manos emocionada por encontrar algo en que usar la espera. El periódico

releído, abandonado en el asiento contiguo, lo propició, y con el bolso de la mano inicié su descarga haciendo dos montones: uno de cosas para tirar y otro para guardar. El folleto en cuestión estuvo a punto de ser colocado en el grupo para desechar, pero algo en él captó mi atención. «Médicos para África», iniciaba el texto, y después una infinidad de razones, lógicas y tristes realidades para animar a los profesionales de mi sector a tomar el camino de la solidaridad y el altruismo. No causó gran impacto en mi egoísmo interno, no obstante, al girarlo y ver en el dorso la foto de un niño negro, desnutrido, de barriga enorme y ojos tristes, me obligó a seguir leyendo el párrafo que anunciaba una serie de conferencias por las capitales españolas más importantes.

Barcelona, 20 junio, no pude evitar ver, y casualmente mi vuelo había salido esa fecha. Hora 20:30 horas, justo, mi avión aterrizaba a las 18:30, y no tenía más que hacer que buscar mi hotel y alojarme en él hasta la cita concretada al día siguiente a las nueve de la mañana. No quise escuchar mi conciencia, mas de nuevo el destino, si deseamos volver a clasificarlo así, me hizo encontrarme con la dirección: sala 3 del recinto ferial, nave 4. Y a lo mejor lo habéis adivinado, pero mi hotel estaba ahí, exactamente ahí, al lado de ese mismo recinto ferial.

Lo olvidé, o lo quise olvidar. Acabé mi tarea, llamé a una azafata para que se deshiciera del montón de papeles, entre los cuales, por supuesto, incluí el folleto de la discordia, me abroché el cinturón, y después del perfecto aterrizaje pisé suelo barcelonés.

Un taxi me llevó hasta la puerta de mi elegante hotel, me inscribí en él, aposenté mi equipaje, me di un baño, y en albornoz me tumbé sobre la cama husmeando en el portátil para matar el tiempo libre. Después de un rato aburrida miré la hora: 20.20, toda la noche por delante: tendría que cenar. Me vestí, bajé a la primera planta, salí y paseé encontrándome con la puerta del recinto ferial. Un cartel dejaba claro dónde había que ir si uno estaba interesado, si bien, yo no lo estaba, o no quería estarlo, ¿o sí? Avancé unos pasos dejando atrás el lugar... Paré y retrocedí. No sé el porqué entré, pero lo hice. Nave 4, sala 3. Mucha gente sentada y una tribuna con tres oradores.

Me senté en la última fila. Había sitio delante, pero no quise acceder a él. La conferencia había empezado hacía rato, y las miradas se dirigían todas al frente; pocos me prestaron atención. En silencio aposenté mis nalgas en la silla plegable de madera, y escuché. Escuché, vi, atendí y volví a ver; sin embargo,

el horror mostrado con tanta naturalidad, sin tapujos ni maquillajes, fue corroyendo mis entrañas hasta el preciso momento en que la monstruosidad de las imágenes y las palabras fueron tan aplastantes que mis piernas obraron por sí solas sacándome de la fuente del terror.

—Demasiado duro, ¿no? —Oí desde mi posición derrotada con el cuerpo abatido sobre un banco de madera afincado en una perdida acera—. La realidad duele, y más la que hoy hemos presenciado, tan alejada de nuestro ficticio paraíso. —Levanté la mirada: la voz, por ahora, solo significaban unos pies, más concretamente unas sandalias de tiras marrones y unos dedos escondidos tras ellas.

El rostro que descubrí tenía un gesto amable: media sonrisa, ojos brillantes y postura jovial, nada en él mostraba juzgarme, más bien diría consolarme.

—Supongo que no estaba preparada para ello. No esperaba tanta dureza —dije sin cambiar mi posición.

El hombre tomó sitio a mi lado sin pedir permiso, tampoco me importó. Estaba tan afectada que sinceramente agradecí su compañía. Las imágenes de hambre, enfermedad, guerras y muerte continuaban quemándome por dentro: debía ir apagando mi fuego interno con el consuelo de la palabra.

—No tenía ninguna intención de entrar, pero no me preguntes por qué lo he hecho. He salido de mi hotel buscando un buen lugar donde cenar y pasar el rato, y he terminado con el estómago revuelto y la conciencia destrozada.

—Es normal, estas conferencias están diseñadas para eso. Para levantar las conciencias de los que viven cómodamente en el mundo desarrollado. Para que acepten que hay algo más después del estrecho de Gibraltar. No solo desiertos, safaris, monos, pirámides y selvas. Nos muestran la verdad: personas que sufren la desnutrición, la avaricia de los poderosos, la corrupción de sus políticos y el dolor de la guerra.

—No me estás ayudando mucho. —Fui incapaz de callarme ante el sermón recibido. El desconocido había sido amable en un principio, no obstante, empezaba a retomar el camino de la reprimenda. Tuve que defenderme: suponía que no era la única burguesa acomodada de esa ciudad.

—Vale, de acuerdo, tienes razón. Mi nombre es Fabiano Veluchi. —Alargó su mano en gesto de reconciliación.

—Clara Montes —dije—. De Madrid —añadí, animada por el silencio impuesto.

—Italiano —contestó él. No hacía falta la aclaración; con tan peculiar nombre y apellido no tenía mucha pérdida—. Siciliano, para concretar, pero enamorado de España.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunté—. ¿En Barcelona? —adjunté.

—Unas semanas. Tengo la suerte de tener un buen colchón económico a mis espaldas que me protege para dedicarme a lo que más me gusta en la vida: viajar y ayudar.

—Hablas perfectamente el castellano, si no es por tu nombre, nunca hubiera pensado que fueras italiano.

—Mi madre es sevillana. Terminó en Sicilia por amor y allí nací yo, pero desde pequeño se encargó de trasmitirme su idioma y costumbres. Además, mis largas temporadas en casa de mi abuela lo han reforzado. Por eso vengo tan a menudo, me gusta este país. Soy viajero de nacimiento, como dice mi madre, lo llevo en la sangre. Ella también fue una trotamundos de joven, después la maternidad cortó sus alas.

—La verdad es que ahora, sabiendo tu procedencia, empiezo a notar un acento peculiar en tu voz.

—Eso es algo que me sucede a menudo. No solo en España, también en Italia me lo dicen, aunque como te ha ocurrido, tienen que desvelar mi doble nacionalidad para percatarse.

¿Qué edad tendría? Me cuestioné, a él por supuesto ni se me ocurrió preguntarle: unos cuarenta, menos quizás. El extraño, de cuyos datos conocía un escaso nombre, continuó explicándome las razones del deje en su hablar. Me percaté de su encanto, clasificándolo como atractivo: alto, fuerte, de pelo castaño claro cercano al rubio, ojos azules, rasgos simétricos y mirada brillante. Me produjo un sentimiento placentero que me empujó a seguir en su compañía. No tenía el aspecto del típico italiano o andaluz, moreno y de tez oscura; sin embargo, tampoco yo era de ese estilo. De pequeña mis amigas, en broma, me llamaban «la extranjera», a razón de mis rasgos nórdicos.

Una ráfaga de aire frío propició el ademán de ponerme la chaqueta, momento que aproveché para ojear, disimuladamente, mi muñeca concretando la hora del reloj. La náusea de mi garganta había sido eliminada por un crujir de estómago: tenía hambre.

—¿Tienes algo que hacer o te apetece venir conmigo a buscar algún bar donde cenar? —pregunté. En el fondo aquel sujeto parecía una buena compañía, y yo odiaba comer sola; me resultaba terriblemente triste compartir plato conmigo misma. Fabiano tenía pinta de ser un excelente comensal, presentía que su historia sería interesante.

Y no me equivoqué. Además de ser un fantástico compañero, el italiano se presentó como un estupendo guía que dirigió nuestra noche por el ocio culinario barcelonés. Tres bares nos sirvieron para tapear y degustar cerveza en su caso y vino en el mío, y las palabras interminables en ambos lados de la pareja llenaron como ríos los mares de nuestra conversación. Las sorprendentes frases, del hacía unas horas desconocido, me fueron revelando los secretos de su persona, destapando su pasado, presente y probable futuro.

El tiempo se hizo corto y me dejé engatusar por la labia, simpatía y chulería de mi acompañante. Fabiano había heredado claramente la gracia andaluza de su madre, consiguiendo sacarme miles de carcajadas con su desparpajo. Su forma de hablar terminaba acallando las propias palabras de uno, consiguiendo con el paso del crono que mi vida fuera siendo aplacada por sus propias experiencias, eclipsando los logros que yo pensaba exitosos con los suyos. Y, por supuesto, el carácter siciliano de su padre no tardó en aparecer, mostrando su seguridad y fuerza cercana a la chulería, pero sin pedantería: un pícaro con arte, terminé por concretar.

El hombre con el que compartí una noche agradable de junio había tenido la suerte de acertar todos los números de la lotería de su país, elevándose él y por tanto su familia, por consanguinidad, a la escala de acomodados económicamente hablando. En un principio me costó creer su historia: ¿cuántas veces se topaba una con un elegido de la diosa Fortuna? Y me tomé el dato como una mentira o una fanfarronada; sin embargo, la sinceridad que emitían sus ojos, y la veracidad que demostraban sus palabras terminaron por convencerme. No tenía por qué dudar de tan extraña afirmación, y qué más me daba si era cierta o no: la presencia de Fabiano era tan embelesadora que me dejé llevar por el tono de su voz. Disfruté de su compañía sin pensar.

La lluvia de millones le habían sorprendido hacía más de cinco años, y durante aquel lustro, después de dejar a toda su casta bien protegida bajo un manto de billetes, se dedicó a viajar conociendo mundo, culturas, parajes, idiomas, gentes y por lo tanto injusticias. Lo que le terminó acercando a las donaciones, el altruismo y la solidaridad. Según sus propias palabras, pronto

descubrió que ni vaciando toda su cuenta bancaria sería capaz de aplacar el hambre y el dolor de miles de lugares del mundo, olvidados de los mapas y tapados en las noticias.

—Primero la impotencia me derrumbó. —Fueron sus palabras—. Me vi abrumado por lo que yo antes ni siquiera sabía que existía, y cuanto más descubría más me asqueaba y frustraba. Fue cuando conocí a Hans, un médico holandés con quien he formado una asociación de la que ahora soy dueño, presidente y mecenas. Me centré en ella; me lo aconsejó mi buen amigo y colaborador, quien me explicó la ventaja de fijarme en un proyecto, y no perderme en miles.

La noche resultó lo suficientemente larga como para que los temas tan cargados de emociones y sentimientos fueran diluyéndose en risas y alegría, al cambiar el tono serio de las frases de mi acompañante, básicamente animado por la colección de cañas que ingirió, añadido al carácter más desenfadado de los locales que frecuentamos. La seriedad y bohemia de los bares, restaurantes y cafés, conocidos en un principio, se transformó en la juerga de los locales musicales y estruendosas discotecas, descubiertas después, donde la imposible conversación dio paso al baile y las risas. Yo me sentí otra persona, y mi acompañante me ayudó a entrar en un estado al que hacía años no viajaba. Bailé, reí, bebí, grité, canté... Me volví a sentir aquella quinceañera de las fiestas de mi pueblo, vestida de peña perdiendo el control en cualquier esquina, ebria y desinhibida.

Cuanto más avanzaba la luna, más alcohol entraba en mis venas y más oscuros y lujuriosos eran los lugares que frecuentamos, más se hinchaba el placer experimentado en mi bajo vientre ante la cercanía de Fabiano. Los bailes fueron aumentando su sensualidad, ocasionando la cercanía insoportable de nuestros cuerpos; sus brazos me rodeaban con más pasión y proximidad, incluso me dio la mano en una ocasión en el camino de un local a otro, provocando una oleada de hormiguitas cosquilleando mi cuerpo; su pelvis, mis caderas, glúteos y nalgas entraron en un juego de roces, frotaciones y tocamientos que terminó por estallar en un deseo incontrolable de mi boca por ser engullida por la del italiano.

En aquel momento contaba con 33 años, Fabiano, con 39. Ambos disfrutamos de una descontrolada noche de junio bajo el cielo estrellado barcelonés. Y yo, chapada a la antigua, deseé durante unas horas sus labios, su lengua, sus manos adentrándose bajo mi blusa y por mi falda, intentando que

mis mensajes subliminales, y a veces bastante explícitos, aunque no puedo precisar cómo de directos ya que a partir de un momento los sucesos se nublan, fueran recibidos por mi acompañante para que terminara por besarme y si quería propasarse: lo anhelaba.

No sé si por timidez —aunque no parecía ser de ese tipo de individuos—, por respeto, por dudas, o simplemente por hacerme sufrir, Fabiano dejó que llegara casi el amanecer para decidirse. Sin embargo, la paciencia es una virtud, o eso dicen, y hacia las seis de la mañana con los pies doloridos de tanto brinco, la voz ronca de chillar, y la ropa apestando a humo y alcohol, nuestras bocas se entrelazaron en un beso alocado y apasionado a la salida de un antro: a esas horas era lo que quedaba abierto, locales oscuros de ambientes enrarecidos. Me agarró de la mano con urgencia, me introdujo en un callejón cercano y colocándome contra la pared me besó con fuerza, caldeando aún más el horno que en mi interior llevaba demasiado tiempo encendido: nunca antes había sentido tanto gusto en un intervalo de tiempo tan concentrado. Probablemente, si no me hubiera hecho esperar, aquel arrumaco escondidos en la oscuridad no habría sido tan placentero. Fabiano era todo un seductor: no olvidemos su nacionalidad, la misma que la de Casanova.

Sus manos me recorrieron el cuerpo de arriba abajo, palparon mis senos, mi entrepierna, mis muslos; me besó el cuello, la boca, bajó hacia mis pechos... Yo procedí como se esperaba de mí, atacando a sus partes más sensibles, y, probablemente, me hubiera dejado penetrar allí mismo, pero Fabiano algo menos borracho y cabal que yo, me pidió al oído que nos fuéramos a mi hotel. Yo accedí sin miramientos, montándonos en un taxi, a cuyo conductor debimos de ir entreteniendo durante todo el trayecto, sin necesidad de canal porno, y ahora al contar este momento de la historia se me empieza a formar una maraña de visiones, sensaciones, experiencias y fantasías que no soy muy capaz de descifrar. No sé cuándo ni la forma en que llegamos a nuestro destino, pero seguimos aumentando la temperatura de nuestra particular hoguera en el ascensor, pasillos y a la espera de abrir la habitación.

Tampoco tengo muy claro cómo acabamos sin ropa, creo que nos la arrancamos teniendo en cuenta cómo la encontré al día siguiente; cómo nos chupamos todas y cada una de las partes de nuestros cuerpos, con mayor ahínco en aquellas señaladas en el Kama Sutra; y cómo terminamos fornicando en varios lugares de mi habitación, ante la imposibilidad de aguantar más la

excitación. Recuerdo placer, placer y más placer, apreciando velados los diversos caminos para obtenerlo. Igualmente desconozco la forma o la hora en que nos quedamos dormidos en un cruce extravagante de piernas, brazos y cabezas. Únicamente puedo asegurar que al día siguiente, mejor dicho ese mismo día teniendo en cuenta que me debí dormir prácticamente con el sol saliendo, no llegué a la cita que tenía prevista para las nueve de la mañana.

El teléfono supongo que sonó varias veces; al menos eso comprobé después en la pantalla, con nada menos que diez llamadas perdidas desde las nueve y media hasta las once. Fue a la una cuando mis párpados decidieron aceptar el mensaje que mandaban mis neuronas a mis ojos, para que las pupilas se fueran adaptando a la escasa luz solar que dejaban pasar las persianas del hotel, y me animara a sacar mi destrozado cuerpo de la destartalada piltra.

La escena era un tanto grotesca: la ropa esparcida por la habitación, la cama totalmente desordenada, incluso algún mueble caído... ¡Dios mío! Solo pude pensar: mi boca se mantuvo cerrada. ¡Qué he hecho! Aunque pronto comprendí que era una mujer adulta, soltera, sin compromiso y totalmente libre para acostarme con quien me diera la gana, y practicar el sexo de la forma que me apeteciera. Y aunque no era un comportamiento típico de mí, llevaba ya muchos años siendo una niña buena de maneras responsables y actos ejemplares, una canita al aire no le venía mal a nadie, y si encima era rozando la pornografía pues mejor: dicen por ahí que hay que probarlo todo. Aquello quedaría entre nosotros, y yo seguiría igual con mi vida de trabajadora incansable.

El retraso en mi cita se solucionó con una simple llamada, y unas mentirijillas que no sé si creyeron, si bien, no tuvieron más remedio que aceptar: en el fondo yo era el cliente y como algunos dicen: «el cliente siempre lleva la razón». Comí con Fabiano, a eso de las tres de la tarde, cuando ambos conseguimos quitarnos la resaca de encima, gracias a una buena ducha, mucha agua y un paracetamol. No era plan de desayunar, por ello, vestidos y aseados con mejor cara, aunque con unas buenas gafas de sol, bajamos al propio comedor del hotel donde invité a mi acompañante a un exquisito menú que centró nuestro descompuesto estómago.

La interminable conversación entretuvo la sobremesa, esta vez en un café, después de rebajar lo cargado de nuestro vientre gracias a un lento paseo, hasta que la manilla insistente de mi reloj acercándose a las cinco de la tarde,

rompió la paz de la tertulia. Debía despedirme, coger un taxi y llegar puntual a la segunda cita fijada con el agente inmobiliario: no podía fallar esta vez. Sin embargo, la parte rebelde de mi cerebro hubiera cogido a Fabiano por el cuello, y le hubiera arrastrado amarrando su coleta de nuevo a la habitación de mi hotel, para repetir lo que no tenía muy claro había sucedido la noche anterior: me estaba convirtiendo en una ninfómana. Yo me creía un poco mojugata, y, por el contrario, allí estaba como una perra en celo solo pensando en sus caricias.

No podía decir que fuera virgen, antes de encontrar al italiano tres hombres habían conocido mi cuerpo. ¡Tenía 33 años! ¡Qué creíais! Pero dos habían sido parejas formales de varios años de noviazgo, y el tercero un rollo de unos meses que no me terminó de convencer. Antes de aquel día, no podía contar el tiempo que había pasado desde la última ocasión en que compartí colchón con el sexo opuesto; aunque podría asegurar que por lo menos había trascurrido medio año. Sí, seis meses. ¿Algún problema? Por eso decía que yo no solía pensar en sexo, mas cada vez que mis ojos se topaban con los de Fabiano, una marea de mariposas enloquecidas subía desde mi entrepierna, pasando por el ombligo y mis pechos hasta mi garganta. A su lado me sentía constantemente excitada... ¡Aquello era una locura!

Terminé por ceder a la parte racional de mi personalidad de trabajadora implacable, despidiéndome de Fabiano con un «hasta pronto», un intercambio de teléfonos grabados en ambos móviles, y una promesa de que en su próximo viaje a Madrid para el siguiente fin de semana me llamaría. Entré en el taxi, sin ganas, y miré por la ventanilla: el italiano me hizo un gesto de adiós, y yo le imité.

* * *

La tarde pasó, y yo como en una nube actué. Fingí ser la mujer que era hacía dos días: aquella que cogió un avión convencida de seguir una vida dedicada por completo a su clínica; empresaria incansable con jornadas de doce horas, móvil siempre conectado al mundo, Internet, correo electrónico y redes sociales; ginecóloga enganchada a varias revistas científicas, congresos,

investigaciones, descubrimientos, nuevas terapias e instrumentación. Y así continué no solo aquel día en Barcelona, también en la vuelta a mi lugar habitual de residencia, en mis días cotidianos de consultas, reuniones, partos, quirófanos, problemas, soluciones, contrataciones... Un escenario donde yo, como protagonista, efectuaba cada día una distinta función con el papel aprendido años atrás, si bien, con la mente centrada en algo totalmente ajeno a la obra mostrada al exterior. No conseguía dormir cuando debía, mi mente volvía insistentemente a los ojos del italiano, siciliano o sevillano, como preferáis denominarle, a sus besos, su contacto, su voz, su risa... Me había intoxicado con su persona, e incluso había levantado en mí la hoguera del deseo, encontrándome con un apetito sexual, del cual yo, en condiciones normales no disponía. Confesaré, llena de vergüenza, que tampoco sé muy bien por qué me viene ese sentimiento, que me consolé más de una noche conmigo misma pensando en él.

Me machaqué más de lo normal durante mis clases de *spinning*, me daba la impresión de que el sudor que caía por mi espalda se llevaba disueltas las caricias de Fabiano; concentré todos mis sentidos en las palabras relajantes de mi profesor de yoga, buscando más que en otras ocasiones la desconexión a la que él se refería, intentando encontrar refugio en algún lugar donde no rememorara la cargada noche de pasión fijada en mis neuronas. Incluso hui, no se puede decir viajé, a un conocido balneario de la sierra madrileña acompañada por mi buena amiga y compañera de profesión Raquel, con la que compartí baños de lodo, masajes relajantes, chorros de presión, duchas vichy, sauna y jacuzzi, ansiando igualmente que los baños calientes, fríos y las burbujas se llevaran mi obstinación por un hombre con el que había pasado apenas 24 horas.

No podía, o mejor dicho, no debía seguir pensando en él, y menos ni siquiera plantearme la opción de llamarle. ¡Eso ni muerta! Terminé por decidir. No era dueña de una empresa con altos beneficios, envidia de mis colegas, y con un futuro prometedor; ni tenía un ático admirable en pleno Barrio de Salamanca, 130 metros cuadrados de inigualable decoración, luminosidad y gusto; ni conducía un BMW serie 6, descapotable, del que aún tenía plazos y tardaría en terminar de pagar varios años; ni me gastaba todos los viernes 150 euros, en una de las mejores peluquerías de Madrid, para dejar mi media melena lisa, rubia y brillante; sin olvidar los tratamientos varios de belleza que desembocaban en un cutis terso a base de exfoliaciones y cremas, y la piel de todo el cuerpo depilada, hidratada y suave; como para

rebajarme y ser yo quien iniciara el contacto que según prometió en Barcelona comenzaría él.

A las tres semanas de mi noche loca conseguí empezar a sacarme el demonio, que sin yo esperar, se había colado en mi interior a través de mi entrepierna. Poco a poco, parecía que el exorcismo iba dando sus frutos y Lucifer se escapaba por los poros de mi piel, mezclándose y diluyéndose con el aire exterior. Y fue el momento en que mi adonis particular debió de ver a través de su mágica bola de cristal la relajación de mis hormonas, a razón de que una tarde de viernes, a poco de terminar mi última consulta, la melodía de mi BlackBerry bramó, observando disimuladamente el nombre del emisor, descifrando la palabra escrita que empezaba por «F» y terminaba por «ano» (no precisamente de culo).

La conversación con mi paciente quedó cortada, y yo, estática, seguí observando la pantalla del móvil agitándose por la vibración y el sonido, iluminada, remarcando el nombre últimamente olvidado. Mi acompañante supongo que debió de alucinar con la escena: yo quieta mirando el teléfono, que, agitándose, continuaba aumentando el volumen a cada tono, sin contestar, sin dar una excusa de mi comportamiento, o, siquiera, hacer ademán alguno de permiso para ausentarme o disculpa por maleducada interrupción. No sé los segundos que pasaron, no obstante, mi dedo pulsó el icono correspondiente, a la vez que levanté el cuerpo y salí de la habitación dejando dentro a la estupefacta embarazada.

—¿Sí? Diga —contesté cuando me encontré en el exterior de la sala, dejando un pequeño intervalo sin palabras.

—¿Clara? Soy Fabiano.

—Hombre, Fabiano. ¿Qué tal? —respondí, jovial, tranquila, con el mar revuelto por dentro.

—Bien, en Madrid, acabo de bajar del avión. Vengo de París —reveló.

—¿Acabas de llegar? —dije cordial.

—Sí, literalmente, aún no he cogido mi equipaje. Lo primero, pedir disculpas por el retraso; te dije que nos veríamos al siguiente fin de semana en Madrid y ha pasado casi un mes. Lo siento.

—No hay problema —mentí— he estado increíblemente liada y ni me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. —Cobarde, pensé, si has estado contando las horas, los minutos, incluso los segundos. Aunque seguí

dura, ante todo, dignidad. No podía revelar lo tremendamente enfadada que estaba.

—Me encantaría vernos esta misma noche. ¿Te viene bien cenar conmigo?

—Hubiera contestado: ¡sí, sí, sí! Incluso jadeando.

—No sé si podré, tengo la tarde tremendamente cargada de citas. —Me hice la dura, por poco, tuve que esforzarme.

—Vamos, Clara, tenemos que seguir contándonos nuestras vidas. Tengo mucho que decirte: mi viaje a París y lo que he conseguido allí. Necesito verte, venga, hazlo por mí.

—Ahora estoy con una paciente, déjame que mire mi agenda y hable con la enfermera, después te llamo. —No tengo ni idea de por qué seguí con el juego de mi reticencia: moría por verle.

—De acuerdo. Voy a coger un taxi para que me acerque al hotel. Espero recibir tu llamada. Me pegaré una ducha y me pondré guapo, sé que me llamarás y quedaremos: tienes que ejercer de guía igual que lo hice yo en Barcelona.

—Luego hablamos. —Fue toda mi respuesta. Empezaba a notar un gustillo increíblemente atrayente en mi bajo vientre, mas no quise dar mi brazo a torcer. Él llevaba un mes haciéndome sufrir; tendría que hacérselo pagar, aunque fueran solo unos minutos.

Colgué y retrocedí mi camino. Al cruzar la puerta por donde había salido, con una sonrisa pícarona en el rostro, descubrí mi brutal descortesía, inventándome una excusa según la marcha, trasformando el gesto contrariado de la mujer que me observaba por uno de perdón. Terminé como mejor pude la consulta, despidiendo a mi paciente, comprobando que era la última del día. Dejé pasar tres cuartos de hora más que me sirvieron para finalizar los asuntos pendientes con mi personal, bajar al garaje, entrar en el coche, y una vez conectado el manos libres, hacer la llamada que ansiaba mi alma, corazón y por supuesto mi deseo carnal.

—Fabiano —afirmé en cuanto noté la respiración al otro lado de la línea sin dejar decirle nada.

—Dime, Clara, me tenías a punto de volver a llamarte, no creo que vayas a darme esquinazo: estoy seguro de que dejé la suficiente huella en ti como para hacerte cambiar los planes de esta noche. —No podía evitar afirmar que me tenía seducida. Yo no era así. ¿Qué coño me había hecho ese tío? Me volví a

sentir como una perrita en celo detrás de un gran terrier.

—No te hagas el importante, no has sido el único con el que he pasado una noche interesante. —Volví a tomar un poco el mando, aunque sabía que no tenía mucho que hacer en aquella batalla.

—Pero seguro que ninguno tan amoroso y servicial como yo. —La conversación tomaba tintes de teléfono erótico. Era el momento de cortar aquello, mi deseo iba *increcendo* (como podría haber dicho mi interlocutor en su lengua paterna).

—¿A qué hora puedo recogerte? —rompí.

—Cuando quieras: estoy preparado ya mismo para ti —retomé.

—Me quedan unas cuantas tareas pendientes aquí en la clínica. —Volví a mentir, quería hacerle esperar—. Cuando acabe te llamo y recojo. ¿En qué hotel estás?

—En el «Gran Vía».

—Vale, mejor, sé dónde está. No tardo mucho desde aquí.

—*Ok*, pero no demasiado, tengo unas ganas locas de verte, ha pasado demasiado tiempo desde la última vez. —Continué meloso.

—Haré lo que pueda. —Y yo dura como una piedra.

Al contrario de lo que pensaba mi próximo acompañante, me dirigí directamente a casa donde preparé mi aspecto para dar una imagen impecable. Incluso coloqué mi fantástico ático por si la noche terminaba allí. No sabía lo que haríamos o dónde iríamos, lo único que tenía claro era el lugar en que acabaríamos: mi cama o la del Hotel Gran Vía. Había que prepararse bien.

Cuando la imagen reflejada en el espejo confirmó que estaba lista para eclipsar con mi presencia, retomé el camino hasta mi auto, renovando el uso del manos libres. Fabiano aceptó encantado mi inminente llegada, ofreciéndose a bajar al vestíbulo para esperar ansioso en la calle la visualización del coche descrito.

—Estás espectacular —me dijo nada más entrar y acomodarse de copiloto—. Me cazaste en Barcelona y ahora me rematas. —Completó el piropo con un sentido beso en mis labios que yo por supuesto correspondí con pasión.

Descolocada, retomé la marcha dirigiéndome al local que había elegido

para cenar. Me sentía igual que una diosa, la mirada de Fabiano me elevaba a un lugar donde yo nunca había imaginado llegar. No era una mujer imponente, como las modelos o las actrices, pero mi porte alto, esbelto, de piel blanca, traslúcida, bien maquillada; mi pelo rubio claro, liso, un dedo por encima del hombro; mi atuendo caro y estiloso, conjuntado y de calidad; y mis ojos azules cristalinos, siempre me habían hecho pensar que no estaba mal; sin embargo, aquel día me sentí un escalón por encima de donde yo habitualmente creía estar, y eso lo conseguía el personaje por el que flaqueaban mis piernas.

En la primera cita, los aspectos de nuestras vidas habían pasado resumidos, centrándonos en sus inicios y asuntos generales. Para esta segunda ocasión, tanto Fabiano como yo, continuamos abriéndonos, mostrando nuestros caracteres más íntimos. Y, sobre todo, él me enseñó su lado más altruista.

—Por eso me he retrasado, no podía dejar pasar esta oportunidad de recaudar fondos para mi asociación.

—¿Cómo contactaron contigo?

—No tengo ni idea de cómo llegó mi caso y teléfono hasta ellos, pero es algo normal. Es una organización que se dedica a dar premios prestigiosos, y, por supuesto económicos, a entidades parecidas a la mía que se ocupan de arreglar los desaguisados creados por otros. Por lo que después conocí, no se dejan seducir por la publicidad que les llega, ya sea directamente o por medio de representantes. Intentan ser lo más objetivos posibles, yendo hasta el quid de la cuestión mediante sus observadores, presenciando con sus propios ojos los actos de las organizaciones que piensan pueden ser merecedoras de sus distinciones.

—Pues me alegro infinitamente de que el premio os lo dieran a vosotros. Supongo que el dinero siempre será bienvenido.

—Eso no lo dudes, pero también el reconocimiento en los medios de comunicación ayuda, porque mucha gente te conoce a través de ellos, y puede donar su dinero de una forma u otra. Los huérfanos de sida tendrán más medios para superar su triste vida.

Fabiano me había explicado algo de su proyecto, no obstante, yo con el paso de las horas iba descubriendo todo su entramado. Por lo que me informó, resultó ser una pequeña asociación. Los fundadores eran él y Hans, del que ya me había hablado. Un médico holandés que después de leer en un periódico de su país un artículo en el año 2004 sobre el desastre de la epidemia de sida en Namibia, y la avalancha de niños abandonados sin padres o familia a quien

acudir, decidió dejar la seguridad económica y social de su nación para dirigirse hasta el centro del problema, poniendo sus manos y recursos económicos al servicio de la caridad. Allí se habían encontrado ambos, al poco de llegar, cada uno ayudando en una ONG distinta, hasta que concretaron unir fuerzas y formar su propia organización. Un pequeño proyecto que consistía en un asilo para los huérfanos del sida, gestionado con la entidad gubernamental competente, y una clínica especializada en maternidad, aunque aceptando a todo aquel desatendido que llamara a su puerta. Por ello, según me explicó Fabiano, le extrañaba la entrega de un premio tan prestigioso para una entidad tan reducida.

No me llegó a revelar el nombre de aquel certamen, pero yo creí sus palabras, impactada por tan buena suerte. Ambos habían formado «*We Help*», y con solo el dinero de Fabiano y su propio trabajo, se pusieron manos a la obra en uno de tantos barrios pobres al sur de la capital de Namibia: Windhoek. No tenían en principio ninguna razón para elegir un lugar determinado, aunque después comprobaron que además de la lógica elección de encontrar un sitio donde se necesitara urgentemente su atención, sería interesante tener en cuenta la disponibilidad de los mandos de dicho paraje.

—Yo no me podía imaginar que encima de ir a ayudar te pusieran tantas trabas para ello —me explicó Fabiano.

—Pues sí, es increíble, tendrían que recibirte con los brazos abiertos. — Me sorprendí yo.

—Para nada es así. Se inventan todo tipo de aranceles e impuestos para sacar dinero de aquel que viene a arrimar el hombro, y eso, como entenderás, no estaba dispuesto a aceptarlo. Algunos lo hacen, pero también lo entiendo; el pueblo muerto de hambre no debería ser excluido de la ayuda internacional por ese motivo, aunque a mí no me sacarían el dinero para luego gastárselo en armas, bebidas y burdeles. Por eso, elegimos esa zona de Windhoek. Allí el papeleo fue simple; nadie nos puso cánones idiotas o inconvenientes, todo fueron facilidades. Hablamos con el encargado de la comisaría pública, y nos pareció un buen lugar para invertir nuestros recursos: pronto comprobamos que eran muy necesarios.

—Entonces hicisteis bien, me parece un aspecto de peso para tomar una decisión.

—Reconozco que primero pensé en montar una pequeña escuela para los niños, siempre me ha parecido que la educación es esencial para salir de la

pobreza; pero Hans me lo explicó bien claro. «Para qué quieres una escuela, si los niños se mueren de hambre o enferman por no tener atención médica ni adultos que les cuiden». Tenía toda la razón, la mortandad infantil era terrorífica y los nacimientos con nonatos incalculables, además, la avalancha de niños abandonados con padres aniquilados por el virus del VIH era impactante. No hubo discusión. Primero, un pequeño consultorio con Hans a la cabeza; más tarde empezaron a llegar voluntarios, medicinas, un quirófano, un ecógrafo, máquina de rayos, electro... ¡Qué te voy a contar!

—Por lo que veo, lo mismo que he hecho yo, pero para pobres. ¡Menuda comparación más impactante!

—Cuando nos conocimos en Barcelona y me contaste tu proyecto, tu empresa, tu clientela..., bueno, todo lo que has creado, no podía asimilar lo que escuchaba, porque la comparación, en el fondo, era odiosa: tus madres tienen a sus hijos entre algodones pagando una cantidad estrepitosa, y las mías hacen lo que pueden con los medios que nosotros conseguimos.

—La verdad, es que aunque supongo que todos sabemos lo que ocurre en muchas partes del mundo, lo olvidamos para poder seguir viviendo con los privilegios que tenemos a nuestro alrededor. No sé si podré continuar con todo mi entramado, ahora que conozco el tuyo: me siento increíblemente culpable.

—¡Tampoco es eso! Has decidido crear una empresa que demanda una parte de la población de tu país, eso no tiene nada de malo. Si tú no lo hubieras hecho, otro tomaría el relevo. Siempre he tenido claro que el mundo, tal y como está inventado, será imposible de cambiar, y yo, por supuesto, no espero que modifiques tu forma de vida. Aunque no estaría mal que tengas en cuenta otras realidades que están más allá de la tuya.

Mi gesto, preocupado y triste, provocó la variación total en la conversación. Fabiano fue dirigiendo la tertulia hacia temas más banales, obviando la exagerada confrontación de nuestras entidades, retomando el camino de la gracia andaluza con la que me conquistó en Barcelona. De nuevo la risa estuvo presente toda la noche, la bebida y la música fueron animándonos hasta que, a las tantas, al igual que yo había imaginado, acabamos en la cama de su hotel degustando todas y cada una de las partes de nuestros anhelados cuerpos. A la mañana siguiente rememoré lo vivido hacía casi un mes, comprobando que la segunda cita con el italiano finalizaba de forma similar: una habitación destartalada, mi cabeza zumbando y un olor penetrante a discoteca y humanidad.

Gracias que los días fueron pasando: yo, con mi rutina en la clínica, y Fabiano, con sus cosas que no me terminaba de contar, creo que para no hacerme sentir culpable por mi exquisito ritmo de vida. Descubrí que aquellas dos noches habían sido un par de islas alocadas en nuestro mutuo comportamiento, dos encuentros desesperados con demasiado deseo almacenado, y que la vida después de aquellas excentricidades era de lo más normal. Empezamos a asemejarnos a una pareja habitual que cenaba, iba al cine, teatro o actuación musical, compartiendo pareceres e ideales, y por supuesto, intercambiando besos, abrazos, caricias y algo más, pero sin la desmesura del comienzo.

Yo temía que en cualquier momento el ser, por el que empezaba a sentir verdadera devoción, anunciara una partida a sus obligaciones solidarias, por lo que intenté no tocar el tema, olvidando sus otras pasiones, obsesionada con la idea de que mi persona sería lo suficientemente arrebatadora como para quitarle de la cabeza su pasión por África. Sin embargo, al igual que imaginé todos habréis supuesto desde prácticamente el momento en que confesé haberme enamorado, sí, enamorado, no se puede llamar de otra forma, o quizás sí, encaprichado, bueno, ¡qué más da! Como decía, ya habréis descubierto que Fabiano sacó a relucir el tema de su retorno, y yo morí por dentro al escucharle, aunque sufrí más al recibir de sus embaucadores labios una inesperada petición.

—Ven conmigo —enunció así, sin más, después de hacer el amor.

—¿Dónde? —No pude por menos que preguntar, aunque fue un tanto estúpida mi intervención, pues conocía perfectamente la respuesta.

—A África. —Supongo que igual que yo habréis acertado.

—No puedo —respondí sin pensar intentando negarme— me es imposible. Tengo demasiado aquí como para dejarlo e irme... Es imposible —reiteré.

—No digo que vengas para siempre, llevo lejos de allí demasiado. El viaje que imaginé duraría unos meses para ver a mi familia, solucionar varios papeleos y realizar entrevistas se ha alargado demasiado. He estado aquí contigo en Madrid más de noventa días. Sigo en contacto con mi socio, pero debo volver. Podrías venir conmigo, conocer aquello, estar un tiempo, tomarte una excedencia de tu trabajo, tu mundo, este entorno...

—No puedo, de verdad, aquí soy imprescindible.

—Eso son tonterías, tienes buena gente a tu alrededor que seguro se las

arreglará sin ti. ¿Hace cuánto que no coges vacaciones?

—Yo no tengo de eso.

—Entonces, más razón para que por una vez te escapes. Ven conmigo, aunque solo sean unas semanas. Conocerás otro país, otra cultura, nuevos horizontes: si lo deseas podemos hacer turismo, visitar parajes y lugares inigualables.

—Me sentiría aún más culpable si te acompaño solo por hacer de turista. Si voy será para arrimar el hombro e interesarme por tu trabajo.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un «me lo pensaré». Además, está lo de Barcelona. No puedo dejar el proyecto a medias.

—Llevas mucho tiempo retrasando tu nueva clínica en Cataluña. ¡Por dejarlo un poco más no pasará nada! Ven conmigo, solo un mes.

Y, sí, lo habéis adivinado, acepté la propuesta; sin embargo, confieso que lo medité mucho, mucho más de lo que en un principio hubiera podido imaginar. Me costó infinitamente decidirme. El angelito de mi hombro derecho perdió ante el pequeño demonio del izquierdo, y por eso me aventuré a venir a este perdido país de África. Acepté por esa razón a la que me refería al iniciar este capítulo, el más antiguo de los motivos. La justificación por la que vine a esta salvaje tierra fue... ¡Por amor!

CAPÍTULO II: MI LLEGADA A ÁFRICA

Namibia. ¡Qué narices sé yo de Namibia! Me pregunté una noche en la que el sueño tardaba en llegar y Fabiano a mi lado dormía a pierna suelta. Quedaban tan solo cinco días para coger el avión que nos llevaría hasta Windhoek y me di cuenta, a causa del insomnio, de mi ignorancia hacia el paraje donde en menos de una semana aterrizaría. Mi conocimiento sobre el país era ridículo, sabía a qué continente pertenecía, su capital y algunos escasos datos más cazados al vuelo en las conversaciones con el causante de mi inminente viaje.

La avalancha de tareas apuntadas en una lista interminable que realicé al poco de tomar la decisión de partir, más las infinitas que fueron saliendo según se iban tachando las primeras de la nota, me habían impedido siquiera pensar por un momento en el lugar al que pronto llegaría. Dejar toda mi empresa a buen recaudo durante mi ausencia no era una operación fácil. Siempre me había comportado con mi clínica de una forma exageradamente posesiva, y aunque antes no lo había percibido, fue en el preciso instante de idear mi marcha cuando comprobé lo imprescindible que era para mi negocio. Fabiano azuzó mi culpabilidad, al explicármelo, demostrándome que esa situación de centralización sobre mi persona era tremendamente negativa para mi compañía, y que, por tanto, el hecho de que me ausentara durante un tiempo, podría llegar a ser hasta positivo, y así evitar esa desmesurada dependencia.

Para desalojar de mis espaldas todo el peso de directora totalitaria fue inevitable buscar buenos compañeros, profesionales y capaces, a los que encargar el relevo de mis infinitas dedicaciones. Tarea increíblemente complicada para una mujer tan perfeccionista como yo que veía a todas las substitutas disponibles incapaces de cuidar de su gran obra. Pero no hubo otro remedio; la decisión estaba tomada, no obstante, en ocasiones me echaba para atrás. Fabiano, desde la retaguardia, me empujaba con su espada para que prosiguiera por el camino marcado. Reconozco que fue costoso; si bien, llegó

el momento en que comprobé que mi creación quedaba en excelentes manos, y di el visto bueno para la compra de los billetes. El día elegido resultó ser el 15 de noviembre de 2008, impreso en los tiques del avión guardados en un cajón del buró de mi habitación, el lugar que me pareció más apropiado cuando Fabiano me lo preguntó.

La familia fue informada la última, lo retrasé tanto que temí terminaran conociendo mi locura por otro medio. Lo masqué y razoné hartándome de mi indecisión, hasta que una vez aprendida la retahíla a enunciar, el ánimo constante del italiano y la cercanía de la fecha anotada en nuestros billetes me llevó a quedar una noche de jueves con mis padres y hermano en un selecto restaurante madrileño con la excusa: «para vernos y cenar», palabras textuales.

Supongo que el trío entró por la puerta del local con la mosca tras la oreja. Lo noté enseguida: yo, que había llegado con mucha antelación, acosada por los nervios y sentada en la mesa asignada, vi cómo después de dar sus respectivos abrigos al camarero, se dejaron guiar por él hasta mi presencia. Sus rostros eran una pura incógnita, como si tres interrogaciones hubieran secuestrado sus mutuas cabezas y se hubieran acomodado encima de sus cuellos.

La cena trascurrió tranquila y sosegada; aunque supongo que todos teníamos dentro la incertidumbre de si habría algo más que comentar aquella noche, aparte de la conversación superflua con la que amenizamos la velada. El primero y segundo plato pasaron, percibiendo un aumento de mi revolución interior, a la vez que mis acompañantes iban aceptando que el acontecimiento no conllevaba ninguna sorpresa: pese a que se equivocaban. Al pedir el postre, noté que no había mucho más tiempo: la noticia requeriría un intervalo indeterminado de discusión, al menos eso suponía, y el momento de «la cuenta señora» se iba acercando.

—Me voy a tomar unas vacaciones —dije así, sin más, con la cucharilla repleta de mi tarta de queso y arándanos, dejando el turno de palabra a mis compañeros, mientras saboreaba el manjar.

—¿Unas vacaciones? —dudó mi padre. Sabía que él sería el más sorprendido—. Con lo que tienes encima, quizá no sea el mejor momento.

—¿Por qué no? —Salió en mi defensa Lola, mi madre—. La chica tiene todo el derecho del mundo a parar un poco; lleva demasiados años inmersa a tiempo completo con su trabajo. Un poco de diversión no le vendría mal. —

¡Ay, las madres! Siempre tan comprensivas. Al menos la mía.

—Pero ¿no estabas con lo de Barcelona? —Volvió a la carga el Doctor Montes. Era el momento de intervenir.

—Sí, pero he pensado que quizá sería buena idea coger primero fuerzas, y después, con las pilas bien cargadas, meterme al cien por cien con el proyecto. —La idea había sido de Fabiano. Reconozco que la primera traba que puse ante su proposición fueron mis negocios, aunque después también salió al ring mi familia. Mi compañero había aportado la posibilidad de presentar mi viaje, como eso, un viaje, una escapada, y ante mi duda de dejar la expansión de mi sociedad a la mitad, argumentó justo lo que yo ofrecía a mi padre.

—No sé, ya que lo tienes encarrilado sería mejor que lo terminaras cuanto antes. Ahora dispones de un gran renombre, deberías utilizarlo. Tu clínica está en boca de todos, es el momento propicio para ampliar mercado en otra ciudad. Cuando me lo presentaste me pareció una fantástica decisión y ahora creo que no deberías aplazarlo ni un solo momento.

—Pues yo opino que debería descansar. —Otra vez la mujer del Doctor Montes discrepó con su marido—. No hace otra cosa que trabajar, que recuerde nunca se ha cogido unas vacaciones. A mí, hija —me dijo cogiéndome de la mano— me parece fenomenal que te quites el estrés por unos días.

¿Unos días? Pensé yo. ¿Cuando sepan...! Bueno, miré a mi hermano. El combate estaba en claro empate; era imprescindible un nuevo jugador que inclinara el marcador hacia uno u otro lado.

—A mí también me parece bien. —Tardó en añadir Juan, tras unos segundos de nuestros ojos atosigándolo—. ¿Dónde irás?

—A Namibia. —Por qué tardar en revelarlo, en el fondo, hasta ese momento nadie me lo había preguntado.

—¿Namibia? —saltó Lola—. ¡Pero si eso está en África!

—Y qué que esté en África, madre. —Me defendió mi hermano—. Es un destino turístico como otro cualquiera: safaris, desiertos, nuevas culturas. Me parece tremendamente interesante. No siempre las vacaciones van a tener que ser playas paradisíacas.

—Pues hijo, yo preferiría eso, no sé, la Riviera Maya, el Caribe... algo así.

—Pero quien coge vacaciones es Clara y no tú.

Parecía que mi inminente viaje iba siendo más real y proseguimos la conversación con la mirada estricta de mi padre, preocupada de mi madre y emocionada de mi hermano. Hasta que salió a la palestra la duración de mi ausencia.

—¡Tres semanas! Eso es mucho tiempo —argumentó mi progenitora. La que en un principio más ánimo había puesto en mi marcha empezaba a recular—. ¿No será peligroso estar tanto tiempo fuera? Piensa en las enfermedades, las guerras, la corrupción que debe haber en ese país... Pensaba que hablábamos de unos días.

—El viaje es demasiado largo como para ir solo unos días.

—En eso tienes razón. Tú, ni caso, vete a la aventura y disfruta, que a saber cuándo puedes volver. —Juan se convirtió desde su primera palabra en aliado de mi viaje y el susto en el rostro de mi madre fue diluyéndose, si bien no desapareciendo. Mi padre siguió reticente, mas igualmente comprobó que la decisión debía estar tomada ante mi seguridad.

También surgió en la conversación el nombre de mi acompañante. Hasta ese día había escondido, literalmente, la identidad de Fabiano. Me había costado lo suyo, sobre todo desde que empezamos a compartir domicilio; sin embargo, tampoco tenía muy claro cómo lo había conseguido, ya que el italiano era un personaje totalmente desconocido para el trío que me miró estupefacto al revelar su nombre. Tampoco alargué extremadamente las descripciones de mi acompañante, le denominé como un amigo, y mi familia no quiso entrar en detalles. Lo aceptó sin preguntar: creo que en esos temas me veían lo suficientemente adulta como para tomar mis propias decisiones. Así quedó la cosa, se tomaron mi ausencia como unas vacaciones, y se hicieron a la idea sin grandes necesidades de persuasión por mi parte, gracias a la simpleza con que se lo presenté y la agradable ayuda de mi hermano.

Y allí estaba yo, en la cama junto a Fabiano recordando todos y cada uno de los pasos que había realizado para encontrarme a cinco días de mi partida, con la clínica en manos de otros, la familia engañada piadosamente, y yo sin la más remota idea del paraje al que pronto llegaría. Salté con energía, a la vez que cuidado para evitar despertar al bello durmiente, calzando zapatillas y dejándome llevar por ellas hasta el salón donde descansaba al igual que debía de estar haciéndolo su dueña, mi ordenador. Abrí el portátil, lo encendí, me conecté a Internet y en Google puse: «Namibia, África».

El buscador trabajó y aparecieron una buena lista de enlaces. El primero,

«imágenes de Namibia», remarcaba su título subrayado: una ciudad de edificios altos que podría ser perfectamente Madrid; tres o cuatro imágenes de un león de larga cabellera señorial tumbado apaciblemente, más otro par de un tigre paseando tranquilamente y algunas de manadas de elefantes; unos cuantos mapas ubicando el país, al sur del continente justo encima de Sudáfrica, a la izquierda de Botswana, adosado a la costa del océano Atlántico; varias dunas, preciosas, serenas, montañas enormes de arena, explanadas infinitas de tierra con su final en el horizonte o en el mar; inigualables puestas de sol en diversos paisajes, entre ellos los árboles que yo llamaba achaparrados típicos de África; y, por supuesto, fotografías de personas negras, probablemente tribus por sus atuendos de escasas ropas, taparrabos y pechos desnudos, felices, posando como modelos de lencería o de revista. Al menos, las primeras cincuenta fotos repetían lo descrito, y empecé a percibir que el lugar en el que pronto aterrizaría tenía un aspecto totalmente divergente al descrito por Fabiano.

Volví a la página principal y elegí otro enlace. La Wikipedia me la salté, dicen que no es muy fiable, aunque vete tú a saber qué es totalmente veraz en este mundo interconectado. Lo siguiente fueron más mapas: del país, ciudades, montes con altitudes, Windhoek desde el aire. Yo ya sabía dónde estaba Namibia, lo que quería conocer eran otros datos. De nuevo para atrás, me salto todos los enlaces de mapas, que hay varios, también los de fotografías, muy bonitas de nuevo, avanzo y entro en turismo en Namibia. Más fotos espectaculares de desiertos, naturaleza, flora, fauna... y un texto apasionante: «Situado entre el desértico Kalahari y el frío Atlántico Sur, los encantos de esta nación son bien conocidos en la vecina Sudáfrica, no así por los ciudadanos occidentales cuyo descubrimiento de sus desiertos, paisajes marinos, bosques y su inmenso espacio se ha demorado hasta fechas más recientes. Dotado de ricos recursos naturales, una sólida infraestructura moderna y una variada amalgama de culturas tradicionales, Namibia se destaca como un hermoso país con un gran potencial».

«¡Joder!» Pienso, me voy a un paraíso. Para remate, me meto en la página del hotel de Windhoek donde estoy alojada y ya alucino. ¡Nada menos que un Hilton! ¡Este Fabiano se ha vuelto loco! Cuando le pregunté dónde nos alojaríamos, me comentó que había reservado habitación para los dos en un buen hotel de la capital. ¡Menudo «buen» hotel! Yo diría que el mejor, y hasta aquel día no había preguntado ni siquiera el nombre: estaba demasiado ajetreada.

Los datos que había escrito en el teclado, los encontré junto a los billetes de avión los cuales sabía dónde los guardaba mi compañero, y así descubrí en pantalla: varias piscinas espectaculares de agua azul cristalina con miles de chorros entre palmeras y hamacas de ensueño; habitaciones de camas confortables, totalmente occidentales, con todos los servicios de un excelente hotel europeo; salones de mesas, sillas y barras perfectamente presentados; gimnasios, masajes, tratamientos de belleza... ¡Qué decir! Si mi madre lo hubiera visto, habría cambiado de opinión ante la afirmación: «mejor el Caribe». Reconozco que experimenté dos sentimientos totalmente confrontados: qué tranquilidad saber que voy a estar como en casa, y qué locura la de los ricos, entre los cuales, por supuesto, estaba incluida yo.

Cuando diseñé con Fabiano las características de nuestra escapada, tuvimos que decidir la época, el tiempo, cómo llegar y dónde habitar. Reconozco que me dejé llevar por él: no tenía muchas ganas de tomar decisiones y, además, estaba enfrascada en mis propias tareas. Solo discrepé en el tema del alojamiento. Primero, le pedí instalarme en el mismo sitio donde él lo hiciera durante su presencia en Namibia, aunque pronto me quitó la idea.

El lugar que el presidente de «*We Help*» usaba para pernoctar durante sus estancias en Namibia no era aconsejable para mí, según él mismo me explicó, y pese a que yo en un principio me defendí esquivando el calificativo de acomodada que me acababa de endiñar, después de sus razonamientos, entendí a la perfección que, en efecto, no estaría a gusto en singular situación. El edificio donde estaba ubicado el orfanato que habían creado no contenía solo a los niños, también a los trabajadores tanto del hospicio como de la clínica adosada a él. La construcción contaba con una enorme sala llena de camas y cunas donde se instalaba a los menores de 10 años. Los mayores dormían en estancias separadas, una para chicas y otra para chicos. Me costó captar que a tan corta edad pudiera haber problemas por juntar distintos sexos; mas Fabiano me hizo entender la diferencia de culturas, avisándome de que la pubertad era mucho más temprana en los namibios que en los españoles, y en el país al que pronto llegaría las relaciones sexuales podrían producirse a muy corta edad. «Los mayores», como comprobé pronto que se denominaba a los que dormían en salas separadas, no tardaban en abandonar la residencia, sobre todo los varones los cuales enseguida querían volar del nido.

—Las chicas aguantan más —me había explicado— llegan incluso a los

quince años. Además, suelen quedarse para ayudar con los pequeños. Son más maternas, los bebés son su predilección, y manos libres siempre son bienvenidas. Les damos comida y alojamiento a cambio de su trabajo, y suelen permanecer con nosotros hasta que les encontramos otra forma de subsistencia o encuentran marido.

—¿Se casan tan pronto? —dudaba yo.

—Allí sí, incluso antes de lo que nosotros permitimos... Es su costumbre.

—¿Y si se casan ya no continúan?

—La tradición es que la mujer se vaya con el marido, tenga hijos y cuide de la familia.

—¡Qué machista!

—Es lo que hay. Al menos, de esta forma, manteniéndolas cerca, conseguimos evitar que terminen en cualquier esquina de la ciudad o burdel ejerciendo la prostitución, lo cual es tremendamente común en Windhoek. El turista blanco paga bien, y las chicas, incluso los chicos se prestan a todo por un puñado de dólares.

—Otra injusticia: contigo no voy a conocer nada agradable.

—Yo no me lo invento, únicamente muestro la verdad.

—No, ya, eso imagino, pero es duro. Yo vivía en un mundo ideal hasta que tú llegaste.

—Por eso es mejor que residas en un hotel de blancos, ya tendrás tiempo de enfrentarte a la cruda realidad. No creo que sea conveniente mostrártela tan directamente. Tienes que aclimatarte.

Y yo lo vi tan lógico; sin embargo, al enterarme en el hotel donde reposaría como una reina nada menos que 21 días, mis entrañas chillaron por la culpabilidad y cuando divisé el importe por noche de la habitación, todo mi cuerpo se agitó en un sentimiento de rechazo. ¡Cómo iba a vivir a todo lujo mientras otros se morían de hambre! Debía solucionarlo. Apagué el ordenador y me dirigí de nuevo hasta la habitación; no obstante, fue imposible conciliar el sueño, miles de pensamientos habían formado una fiesta en mi cabeza y alocados bailaban en su libertina juerga volviéndome loca. No pude evitarlo y dancé, al igual que ellos, dando mil vueltas sobre el colchón hasta que, no sé si aposta o por mi propio movimiento, conseguí lo que en realidad deseaba. Fabiano despertó.

—¡Qué ocurre! —dijo mirándome entre sus legañas.

—No puedo dormir.

—Eso ya lo veo —afirmó después de dar la luz de la mesilla y comprobar la hora en el reloj—. Pues son más de las tres de la mañana. ¿Qué te pasa? —discernió el matiz descompuesto de mi rostro.

—He estado investigando en Internet sobre Windhoek y he visto el hotel en el que nos vamos a alojar, creo que es una locura.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo? ¿No te gusta?

—¿Cómo no va a gustarme! Es el mejor de la ciudad.

—¿Entonces?

—Me parece una aberración que yo disfrute mis días entre algodones mientras tú luchas con la muerte y la enfermedad.

—Bueno. —Se estiró aún más entendiendo mejor la situación. Las primeras líneas de nuestra conversación le habían cogido desprevenido y dormido, ahora iba comprendiendo mi drama—. Es normal que te sientas así. He escogido ese hotel no solo porque imaginaba que te encontrarías a gusto, sino porque tengo buena amistad con su director y me deja un precio especial. No te asustes por lo que hayas visto en pantalla, de todas formas casi todos los hoteles decentes para los blancos tienen las mismas características. Quien decide ir a Namibia busca dos cosas: o aventura, y se aloja en donde puede sin tener en cuenta la calidad del lugar; o aventura, pero además, con las mismas comodidades que en su lugar de residencia, por ello, las cadenas no se han complicado, dan un producto igual que el de otros destinos turísticos, añadiendo los safaris, la cultura de tribus, los desiertos... Bueno, todo lo que hayas podido ver hace unas horas.

Mi silencio fue eterno. Mi compañero de cama me agarró la mano en señal de compenetración y prosiguió añadiendo palabras consoladoras.

—Es normal que te sientas culpable. —Yo no lo había reconocido, mas eso era lo que rezumaba mi cuerpo: culpa—. Pero no lo veas así, si fueras a cualquier lugar de vacaciones te alojarías en el mejor hotel, sigue pensando en este viaje como eso, unas vacaciones, solo que yo te acompaño y a la vez puedo amarrar unos cuantos cabos que tengo abiertos allí. Clara —enunció mi nombre como pocas veces lo hacía, su voz fue segura y a la vez tierna— desde que te he conocido ha cambiado mucho mi forma de enfrentarme a la vida. Sé que mi labor es importante en Namibia, pero también me apetece seguir a tu lado a tiempo completo, por eso te convencí para que me acompañaras y

además, aunque no lo había reconocido antes, estoy pensando en venirme a Madrid a vivir e instalarme cerca de ti.

La afirmación me dejó noqueada, no lo esperaba, si bien allí estaba la confesión que yo moría por recibir. Pensaba que Fabiano era un espíritu demasiado libre como para atarle a un lugar fijo; sin embargo, acababa de enunciar las frases que yo deseaba con toda mi alma escuchar. No sé qué me había hecho aquel hombre, me encontraba locamente enamorada de él, tanto que en cinco días dejaba todo el entramado empresarial por el que había luchado los últimos años para huir de su mano a la desconocida África.

—¿De verdad quieres cambiar tu forma de vida? —No pude evitar asegurarme de haber entendido correctamente el mensaje.

—Sí, Clara. —De nuevo mi nombre. Cuando sus labios lo emitían, mi cuerpo se embrujaba—. Será imposible dejar completamente mi labor solidaria, pero después de pensarlo mucho, incluso de hablarlo con Hans, he decidido que este viaje será el último hasta que no sea imprescindible volver.

No podía creerlo, lo que ansiaba con toda mi alma estaba ahí delante. ¿Dejaría Fabiano su vida altruista por mí? De nuevo dos sentimientos opuestos: por un lado sí, sí, sí, lo tengo, es para mí, me quiere, dejará lo que más le importa en este mundo para estar siempre a mi lado, cerca y juntos; frente a, he seducido y secuestrado a un buen hombre, humano y bondadoso, trayéndole de nuevo al mundo egoísta en el que yo habito, consiguiendo retrocederle en el tiempo.

—No puedo permitir que abandones tu asociación. —Ganó mi angelito bueno, aunque enunciando la frase con la boca pequeña.

—No la voy a abandonar, seguiré ayudando en la retaguardia. Llevo demasiado tiempo en el campo de batalla y estoy cansado. No creas, el camino que inicié hace años tenía un claro regreso, solo has tenido que llegar tú para que lo recuerde. Ha sido una etapa increíble de mi vida, aunque ya quiero descansar... Ver tanta pena te va calando los huesos, las injusticias, el hambre, las desigualdades... Es muy duro, Clara. —Fabiano estaba tremendamente compungido y yo le rodeé en un abrazo consolador. Él se acogió en mi pecho sin hablar, estaba demasiado emocionado para continuar con la conversación y yo muy sorprendida. Elegimos el camino de los besos, las caricias y el placer, degustando nuestros cuerpos terminando rendidos y dormidos hasta el nuevo amanecer.

* * *

Reconozco que no pensé mucho más en el tema: pasaríamos unas semanas fuera, disfrutando de nuestra mutua compañía, además, de haciendo turismo, y por supuesto, apoyando al pueblo namibio gracias a la organización de Fabiano. Mi conciencia se quedó tranquila, me engañé al razonar que en el fondo el italiano ya tenía desde hacía tiempo concretado abandonar en algún momento la lejanía de su continente, y yo había sido tan solo la pieza clave que le había recordado aquella decisión. Por lo tanto, me quité el resquemor de encima, terminé de hacer las maletas, y me preparé la noche anterior a la fecha indicada para dormir a pierna suelta, segura de que en breve volveríamos a Madrid y, además, esta vez, Fabiano se quedaría a mi lado para siempre.

Mi plan parecía fraguarse, no es que en un principio lo hubiera ideado así, al menos de forma consciente; no obstante, reconozco que era el anhelo que experimentaba mi interior. Ya había conseguido meterle en casa: desde hacía dos meses compartíamos techo, y aunque me había costado convencerle, no porque él no quisiera, sino por su opinión de que quizás podría invadir mi intimidad, el paso de los días había confirmado la buena experiencia que era convivir en mi hogar. «¿Para qué vas a pagar un hotel pudiendo estar aquí?», había insistido yo, y ahora me daba cuenta de que cuando retornáramos a la capital de España sería para mí solita. Me sentí eufórica.

A las diez de la mañana del 15 de noviembre nos dejó el taxista en el aeropuerto de Barajas. Entre los dos cargamos nuestras maletas hasta localizar un carro donde colocarlas para hacernos más fácil su transporte hasta el mostrador de Iberia. Habíamos preferido llegar con tiempo, por ello, no tuvimos que esperar cola, y con los billetes ya preparados para el último trámite, nos adentramos en la zona restringida a los visitantes que fueran a despegar en un avión, distrayéndonos por las diversas tiendas del aeropuerto colocadas estratégicamente en dicho lugar. Nos quedaban todavía tres cuartos de hora que fuimos llenando con quehaceres superfluos, sobre todo yo, que

empecé a experimentar unos nervios inesperados ante el inminente vuelo.

No solía afectarme el transporte aéreo. Mis continuos viajes para participar en numerosas reuniones médicas con colegas, proveedores y diversas empresas, me habían obligado a utilizar dicho medio en múltiples ocasiones; sin embargo, aquel día mi estómago se revolucionó indigestándose. Fue tal el revoltijo de mis entrañas que terminé, después de una pequeña carrera, vomitando en el baño de señoras en tres ocasiones. Fabiano me trajo una manzanilla del bar correspondiente y no fui capaz ni siquiera de probarla.

—No te preocupes, es normal que estés nerviosa. —Excusó mi acompañante mi lamentable estado de salud con la incertidumbre del viaje.

—No debería ser así. Soy una mujer de negocios, en teoría con los nervios de acero.

—Pues entonces me alegro de que por una vez en la vida te comportes como un humano y no seas una máquina —me acusó. No entré en polémicas. Me encontraba tremendamente revuelta como para responder: me acurruqué en un frío asiento de la terminal esperando que nos tocara el turno.

Con un malestar horrible, aposenté mis nalgas en el asiento correspondiente a mi billete justo al lado de la ventanilla, lo que había pedido a la oportuna señorita del mostrador de embarque, dejando a mi acompañante en medio de los tres asientos. Ni siquiera me fijé en el resto de pasajeros, mi concentración estaba centrada en evitar volver a vomitar y en controlar el mareo que abordaba mi cabeza. Me recosté contra el asiento y cerré los ojos. Fabiano debió de entender mi gesto como una necesidad de tranquilidad, puesto que callado, simplemente estrechó mi mano entre la suya en señal de consuelo.

Nuestro avión tenía hora de salida a las 11:45, y gracias que solo se había retrasado quince minutos, ya que a las doce estábamos todo el pasaje sentado y preparado para el despegue con la tripulación en sus puestos. Olvidé mi destartado cuerpo enfrentándome a lo que tenía por delante: un viaje de diecisiete horas y cuarenta y cinco minutos —así, con letra, para que uno se haga mejor a la idea de la tremenda cantidad de tiempo que eso conllevaba—. De ahí que me alegrara tanto por evitar retrasos, porque ya teníamos suficientes horas de vuelo como para añadir alguna más. Y lo peor es que aquel despegue no sería el último, pues tendríamos que realizar dos escalas para llegar hasta nuestro destino.

Los billetes comprados por Fabiano, pero pagados a pajas, costaban nada

menos que dos mil cuatrocientos setenta euros con ochenta y ocho céntimos — también con letra por el mismo motivo—, cada uno, importe que había conseguido acortar el tiempo para llegar a nuestro destino, y reducir las horas a perder en cada escala, pero que no había podido evitar las casi 18 horas que desperdiciaríamos ese día.

La primera parada fue en el Aeropuerto de El Prat, que digo yo para qué teníamos que subir hasta Barcelona, si lo que pretendíamos era bajar hacia África, no obstante, al parecer, era inevitable. Allí aterrizamos sobre la una, y esperamos las tres horas de rigor hasta el siguiente embarque en un avión de la compañía *Scandinavian Airlines* de nuevo en clase *business*, utilizando aquella pausa para llenar nuestros estómagos. Yo, en un principio, a causa de mi malestar, tenía totalmente decidido hacer solo de acompañante; mas cuando llegué al restaurante y el olor de la comida entró a través de mis fosas nasales, algo en mi cerebro activó la enzima correspondiente que empezó a generar todo tipo de jugos gástricos y un calambre identificado como hambre.

El alimento me dejó como nueva, y con mucho más ánimo me acomodé en el siguiente aparato con destino nada menos que a Frankfurt, Alemania, y volví a razonar por qué seguimos subiendo cuando lo que había que hacer era bajar. Pero, como me explicó Fabiano, para llegar a nuestro destino era una de las mejores opciones que había encontrado comparando precio y calidad. Sinceramente, no tenía derecho a quejarme, pues le había dejado todo el trabajo: en el fondo suponía que nadie mejor que él para determinar la posibilidad más competente de realizar nuestro viaje, aunque me parecía sorprendente el haber tenido que llegar a Alemania para coger la aeronave que nos dejaría en nuestro destino. Al parecer, según me informó mi compañero de periplo, existía una forma de realizar el recorrido con una sola parada, yendo directamente de Madrid a Frankfurt saltándonos la capital catalana, pese a que no le había terminado de convencer por tres razones: el avión salía una hora más tarde, solo se acortaban 40 minutos y no era en clase *business*. No entré en valoraciones: si no había colaborado antes, no opinaría ahora.

A la ciudad alemana llegamos sobre las seis y media, con solo veinte minutos de retraso, que según conversé con Fabiano, era poco, comparado con otras ocasiones, lo que continuó mejorando mi estado. Además, allí únicamente tuvimos que esperar una hora, despegando nuestro último avión de la compañía *Air Namibia*, en este caso en clase turista, sobre las siete y media de la tarde con un rumbo fijo: *Hosea Kutako Int'L*, Windhoek. En la nueva y

enorme aeronave que compartimos junto a otros centenares de pasajeros, tendríamos que aguantar durante las siguientes once horas y media, si todo iba bien, de tal forma que en nuestro escaso metro cuadrado, cenamos, dormitamos, conversamos y varios paseos al baño nos entretuvieron hasta que a las seis y veinte de la mañana del día siguiente a la salida en Barajas, el piloto de nuestro aeroplano afirmó el inminente aterrizaje.

La noche nos había impedido ver algo más que el cielo negro y las luces del avión al mirar por la ventanilla durante prácticamente todo el vuelo. El anuncio de nuestro capitán, aunque propició el ademán de la mayor parte de los pasajeros de colocar su rostro cerca de la mirilla al exterior, abriendo la persiana en los casos que estaba cerrada, imaginando visualizar la tierra plana a la que pronto adosaríamos las ruedas de nuestro vehículo, defraudó a la gran mayoría, incluida yo, quien, ingenua, al igual que muchos otros, había olvidado que el sol aún dormía.

—¿Qué hora tenemos que poner en el reloj? —pregunté a Fabiano preparada para cambiar las manillas del mío.

—La que es más una.

—¿Solo una? Pero ¡si estamos a cientos de kilómetros! Pensaba que habría que sumar o restar una buena cantidad.

—Por favor, Clara, que eres una licenciada: no me digas que no conoces cómo funcionan las franjas horarias. Yo no pasé de Bachillerato y lo sé.

Me sentí tremendamente ignorante, si bien después imaginé un mapa mundial, tracé una línea desde Madrid hacia el sur y, en efecto, Namibia estaba más a la derecha, pero no tanto como imaginé. Además, Fabiano tenía razón: el desplazamiento hacia arriba o abajo del globo terráqueo no modificaba la hora, era ir hacia la derecha o izquierda lo que causaba el aumento o la disminución a modificar: percibí mi estupidez, el largo viaje había traspapelado mi cerebro.

—Tantas horas de avión me han dismantelado la cabeza. Tienes razón, estamos prácticamente en el mismo huso horario, ¿o no?

—Bueno, Namibia está en el siguiente a España. Si hubiéramos llegado aquí durante el invierno tendríamos la misma hora, pero a partir del primer fin de semana de septiembre cambian al horario de verano y es una hora más que en tu país.

—No tenía ni idea, mira que sé poco de Namibia. —Me había dolido la

acusación de ignorante. Reconozco que yo era bastante orgullosa, y estaba segura de mi increíble intelecto; sin embargo, parecía que en temas sobre África no tenía nada que hacer contra Fabiano.

—Es normal, eso le pasaría a una buena parte de los ciudadanos europeos, no creo que seas la única.

—Supongo que no. De todas formas, dejémoslo, el avión ya ha parado.

El asunto de la hora nos había hecho olvidar el trámite del aterrizaje, comprobando con mi intervención que, en efecto, ya pisábamos suelo namibio. Se creó expectación y nerviosismo en el pasaje: todos los integrantes deseábamos con ansia levantarnos y huir por fin de la cárcel donde nos habían mantenido sentaditos y calladitos durante las últimas doce horas. Yo, personalmente, estaba molida, me dolía todo lo que le podía doler a una del cuerpo: solo pensaba en el momento de meterme en las sábanas limpias y perfumadas de mi hotel, aliviándome por haber permitido que Fabiano me convenciera de pernoctar en un lugar tan exquisito.

Tuvimos suerte y la máquina paró cerca de la terminal, siendo necesario únicamente nuestro caminar para llegar a su interior. El cielo continuaba oscuro, mas algo en el ambiente empezaba a evidenciar que el sol no tardaría en salir. Había soñado con la posibilidad de vislumbrar el primer amanecer en esta nueva tierra, no obstante, nuestro aislamiento en la planta baja del edificio con las ventanas demasiado lejanas como para comprobar si el milagro del nuevo día se producía, me impidió presenciar mi anhelo. Adosados a la cinta transportadora esperamos junto al resto de pasajeros, más nuevas personas venidas de otros aviones, la llegada de nuestros respectivos equipajes.

El tiempo aburrido avanzó despacio, lento y cansado igual que nosotros, como si la apatía general de la sala también hubiera congelado las manecillas del reloj, las cuales parecidas a tortugas recorrían su camino con su lento deambular. Sin embargo; todo llega en esta vida, y por tanto a nuestras maletas les tocó el turno de salir por la correspondiente trampilla, haciendo acopio de ellas sobre un carro obtenido para tal uso. Eran más de las siete y media cuando conseguimos abandonar el aeropuerto, visualizando para mi sorpresa el cielo azul anaranjado, presagio de la claridad del día. El sol había empezado hacía poco a hacer acto de presencia, retirando a su merecido descanso a las estrellas, la luna y la oscuridad. No conseguí localizar la esfera solar, supuse que aún se mantenía demasiado baja y cualquiera de los edificios que nos rodeaban la ocultaban, pero al igual que la inesperada claridad, mi

cuerpo se fue limpiando del cansancio.

La temperatura era excelente. El abrigo, bufanda, gorro y guantes con los que salimos de Madrid habían servido solo para molestar durante el trayecto, a razón de que ni en los aeropuertos ni en los distintos aviones ni ahora en suelo namibio nos serían de ninguna ayuda. Un termómetro excelentemente colocado a la salida del edificio resolvió mis dudas: 21 grados. «Perfecto», concreté. «No hay viento ni nubes, esto es agradable».

Tampoco tuvimos problemas para coger un coche a la salida; miles de manos solícitas nos ofrecieron compañía, vehículo, casa, excursiones, hoteles... Estaba claro que el pueblo namibio conocía las necesidades de los visitantes y el dinero fresco que traían. Fabiano sabía cómo desenvolverse con ellos: yo sola hubiera tardado una infinidad en conseguir mi objetivo. Sin embargo, mi compañero de viaje con unas escasas palabras y algún gesto espantó a la marabunta de manos solícitas, dirigiéndose directamente a un cuatro por cuatro blanco con ambas cruces rojas pintadas en cada uno de sus flancos, vehículo del que yo no me había percatado hasta casi llegar a él. Estaba dormida, dolida y atontada.

Del auto no tardó en bajar un hombre alto, enorme, rubio, de mirada clara, con barba casi albina de unos cuantos días y gesto amable.

—Este es Hans. —Me sacó de dudas Fabiano.

—Y supongo que tú eres Clara, bienvenida. —El médico holandés se acercó y me dio dos besos. No sabía quién nos recogería: ¡qué poca atención había prestado a la planificación del viaje!

—Gracias, Hans, desconocía que vendrías a por nosotros.

—Cómo no iba a venir a por mi buen amigo y su novia. —Me sorprendió gratamente aquel calificativo. Su novia. ¿Lo era? Nunca habíamos clasificado nuestra unión, aunque estaba claro que quizás aquella palabra era la más apropiada. Novia, me volví repetir a mí misma. Me gustaba.

—Pues mil gracias, porque estoy deseando llegar al hotel.

—Duro el viaje, ¿verdad?

—Agotador, demasiadas horas.

—Yo, poco salgo de aquí, eso se lo dejo a mi socio que le gusta más viajar, pero reconozco que la familia de vez en cuando tiene que ser visitada. Llegar a Holanda supone un esfuerzo no solo económico, que el billete cuesta lo suyo, sino también físico.

Hans me resultó simpático desde el primer segundo de nuestra presentación. Siendo el más despejado de los tres, entendió a la perfección que su deber no era solo llevarnos a buen recaudo, sino tomar la batuta de la conversación, entreteniéndonos y levantándonos el ánimo. Me sorprendió su procedencia holandesa, ya que su desparpajo se asemejaba más a cualquier nacionalidad mediterránea que a una del norte de Europa. Sus pasos nos acercaron y montaron en el vehículo, que según me fue explicando, usaban como coche médico, de ahí la simbología pintada en sus puertas.

—Bueno, Clara, ¿qué te parece este lugar?

—Tampoco he visto mucho y vengo un poco dormida, pero no está mal. Lo imaginé distinto... menos desarrollado.

—Eso es porque por ahora solo has visto la parte próspera de Namibia. En el fondo hay que atraer al visitante, y si el aeropuerto, que es lo primero que se ve cuando uno llega, ya te deja una impresión pésima, mal vamos. Ya verás cuando te adentres en las zonas pobres.

—No asustes a la chica, todo llegará a su tiempo. —Me protegió Fabiano. ¡Qué rico! Pensé, cómo me cuida. Me sentía cada vez más a gusto. Solo serían tres semanas, conocería el país, y después volveríamos a nuestra sociedad llena de comodidades. Además, seguiríamos ayudando desde la distancia. En el fondo, no lo olvidábamos, seguiríamos dando apoyo, si bien, desde nuestro país.

La conversación estaba siendo realizada en inglés gracias a que los tres lo dominábamos. Fabiano era bilingüe de nacimiento, lo que le daba facilidad para los idiomas, y este último no le había costado en demasía dominar durante los últimos cuatro años. Hans hizo de profesor y entre los integrantes de su organización habían logrado el uso de dicha lengua para todos. Por mi parte, desde niña había asistido a todo tipo de clases para aprender el idioma del futuro, según mi padre, y la colección de horas particulares, profesores nativos, veranos en Inglaterra y la obligación de ejecutar, al igual que lo había realizado mi hermano, todos los años en la Escuela Oficial de Idiomas, consiguieron el sueño de mi padre: tener hijos capaces de defenderse en inglés, tal y como lo hacía él. A mí, la tozudez del Doctor Montes me había facilitado las reuniones con todo tipo de empresas extranjeras; sin embargo, Juan, no creo que hubiera usado esa capacidad más que como medio de comunicación en algún viaje turístico al exterior.

No sé si lo había enunciado antes, pero mi hermano tenía una novia, de

esas formales de miles de años, no podría precisar cuánto tiempo, con la que convivía y, por supuesto, compartía vacaciones. Mis padres morían al no haber conseguido casarle por el altar. No creo que Juan hubiera puesto reparos; sin embargo, Belén era una mujer demasiado moderna, según mi padre, profesora en la Facultad de Bellas Artes. Una bohemia un poco rara, según Lola, su futura suegra, y algo excéntrica a mi propio parecer. Pero Juan la amaba y estaba segura de que pasarían toda la vida juntos. El matrimonio Montes deseaba un nieto y a su primogénito afianzado en una unidad familiar, conservadora y tradicional, aunque estaba claro que aquello difícilmente ocurriría.

No sé por qué me he ido por las ramas, no obstante, como iba diciendo Hans me habló en inglés todo el camino, y yo no perdí ni una sola nota de la conversación.

—Windhoek no es muy grande, no tardaremos en llegar a vuestro hotel. Aunque el país dobla en superficie a tu España, solo tiene un millón y medio de habitantes. ¿Qué población tiene Madrid?

—La Comunidad entera andará por cinco —dije después de pensar un buen rato: mis neuronas estaban disecadas por el cansancio, mas las de Hans parecían lúcidas y frescas.

—Pues entonces te puedes hacer a la idea. Esto está prácticamente despoblado, aunque no me extraña, entre desiertos, montañas y la poca esperanza de vida, no hay muchas posibilidades de superpoblación. ¿Sabes hasta qué edad llegan los namibios?

—No tengo ni idea. —Al principio había agradecido el desparpajo de Hans: ahora, empezaba a atosigarme con sus preguntas.

—La media es de 50 años. Increíble para nuestro mundo desarrollado, ¿verdad?

—Sí —contesté escasamente, reconozco que fui muy egoísta. Ante una noticia tan desastrosa como la que estaba recibiendo, el único pensamiento que me venía a la cabeza era: «y a mí qué me importa, yo solo quiero llegar a mi estupendo hotel». Lo que me producía verdadero pavor, al notar lo tremendamente desconsiderada que estaba siendo. Intenté poner más atención y sobre todo interés, al menos de piel para fuera.

—El otro día leí que la esperanza de vida en tu país es de 80 años, bueno, y creo recordar que para la mujer más: imagínate, les sacamos 30 años de

diferencia. Se dice pronto, ¡nada menos que tres décadas!

—Viendo el paisaje me sorprende. —Conseguí meterme de lleno en la conversación—. Esta ciudad es preciosa, nunca hubiera dicho que estoy en un país del África subdesarrollada.

Mirando a través del cristal, Windhoek se me presentó hermosa, con una luz tenue del amanecer, comprobando: las calles limpias, despejadas y bonitas; los espacios amplios, bien proporcionados y ordenados; las carreteras debidamente señalizadas, sin atoramientos y con los elementos típicos para la organización del tráfico; los edificios correctamente contruidos, sin grandes alturas, mas con un formato armónico y aproximado a lo que presenciaba en mi vida habitual; amplios espacios verdes de vegetación suntuosa, palmeras y plantas exóticas desconocidas; locales comerciales, tiendas, bancos y negocios prósperos; incluso me resultó carismático ver en la carretera del aeropuerto a la ciudad varias vallas comerciales donde localicé un BMW, parecido al mío, y una botella de Pepsi que podría encontrar perfectamente en mi país. La única nota discordante que conseguí percibir fue la calidad de los vehículos de motor, quizá un poco anticuados, aunque, por supuesto, con algunas excepciones.

—No me esperaba esto —reiteré después de mi atenta observación.

—Como dije antes, es lo que se quiere mostrar al exterior.

—Y eso no tiene en el fondo nada de malo —añadió Fabiano—. Si muestran sus penas nadie vendrá a verlas, tendrán que enseñar sus cualidades hermosas para que el turista se anime a parar en esta tierra y dejar su dinero en ella.

—Vale, vale, en eso estamos de acuerdo. —Se dio por vencido Hans—. Entiendo perfectamente las razones del gobierno para asentar sus recursos en determinadas zonas y sectores, pero me cuesta aceptar las desigualdades económicas tan fuertes que hay en esta nación. Si yo te contara, Clara...

—Venga, Hans, deja ya las penas que hemos venido de vacaciones.

—Perdona, no puedo evitarlo, es la profesión que va por dentro. Pues qué puedo decirte de Namibia como destino turístico: desiertos, calor, tribus, culturas, animales salvajes... Eso no tiene ningún misterio. Busca en Internet, es lo que siempre sale primero.

—En eso tienes razón, antes de venir aquí, puse en Google Namibia, África, y todo era belleza. —Ese tema me interesaba, se me había olvidado

comentarlo con Fabiano. El impacto al recibir su declaración de intenciones había eclipsado mi sorpresa al buscar información sobre el país al que pronto llegaría.

—Eso pasa siempre, lo primero es lo que se interesa mostrar al blanco para que deje sus dólares o euros por estas tierras, y porque es ilegal, que si no pondrían: «sexo fácil y barato con niñas, niños, jóvenes, adultos...» y otras cosas que no diré, por respeto.

—Hemos vuelto al tema. —Me evitó el mal rato Fabiano.

—Perdón, no tengo remedio. Mira, no falta nada para llegar. Esto sí que son cosas bonitas, lo que me pedías que le contara, vuestro inigualable nidito de amor de cinco estrellas. —No sé si Hans lo dijo con doble sentido: la mirada de Fabiano fue penetrante y yo, callada, vi el desafío entre ambos.

—Lo digo en broma. —Relajó el ambiente el holandés—. Es un lugar perfecto para pasar unas semanas por esta zona —me comentó directamente a mí—. Venga, bajemos el equipaje y vayamos a registraros: querréis descansar, el viaje ha sido duro.

Las fotos que había visto en Internet no le hacían justicia, confirmé al bajar de la improvisada ambulancia y observar con mis propios ojos la presencia imponente del Hotel Hilton de Windhoek. El edificio todo iluminado, aun con la presencia inminente del día, rezumaba lujo y confort por cada una de sus grietas y poros, obligándome de nuevo a luchar por dos líneas totalmente enfrentadas: el placer de la comodidad, contra el pecado del rico. Sin embargo, estaba tan cansada, dolida y agotada que ganó mi instinto de supervivencia, olvidando la parte racional y acogándose al gusto por lo bueno y fácil sin trabajo alguno por mi parte. En el mostrador de recepción nos acogieron con cariño y afecto, consiguiendo la señorita (blanca y guapa) que nos atendió en su perfecto inglés, acomodarnos en un *impasse* de tiempo agradablemente reducido en nuestros aposentos con el equipaje portado por un botones (negro, por cierto).

Hans se había despedido de nosotros en la recepción dirigiéndose a su trabajo diario, dejándonos refugiados en el interior del hotel, tranquilo ante la seguridad de que sus protegidos pasarían las siguientes horas resguardados dentro del selecto lugar.

Ya en la habitación, con las maletas olvidadas en un rincón, no divagamos mucho el momento de instalarnos dentro de las inmaculadas sábanas, aislándonos todo lo posible del exterior, decididos a conciliar un sueño

reparador. Fabiano consiguió encontrar el descanso antes que yo, aunque no tardé mucho en relajar mi mente y acompañarle a las órdenes de Morfeo.

CAPÍTULO III: LA VIDA EN UNA CIUDAD DE ÁFRICA

Cuando desperté no tenía compañía, la cama era toda para mí. Miré atontada alrededor volviéndome a ubicar: estaba tan despistada que no sabía dónde me encontraba. Grité el nombre de Fabiano esperando una respuesta, pero esta no llegó. No tuve otro remedio que levantarme y buscar su presencia: la habitación no era muy grande, por lo que pronto comprobé que ni en la sala que estaba yo ni en el baño continuo localizaba lo que buscaba. Lo que sí descubrí fue una hoja de papel colocada estratégicamente encima de un mueble a la entrada de la suite: «Lo siento, pero me desperté y no pude aguantar más el hambre. Estoy en el bar de abajo. Pregunta en recepción».

Miré la hora, las siete de la tarde. Había dormido diez horas seguidas, menuda locura. En condiciones normales no llegaba nunca a completar ocho, y sin embargo, en Namibia, había destrozado mis estadísticas rematando una decena entera con sus minutos y segundos. La verdad es que me sentía igual que una rosa, el desbarajuste de mi estómago había desaparecido y notaba la mente clara y despejada. Tomé una ducha rápida, me puse guapa, y bajé al lugar donde me había indicado Fabiano. No tardé en ubicarle sentado en un taburete alto con una caña de cerveza y un plato de cacahuets leyendo la prensa.

—Siento haber dormido tanto —dije después de saludarle con un beso.

—No tienes por qué. A mí me hubiera gustado descansar más, pero a primera hora de la tarde ya era imposible continuar en la cama. Me he bajado para no molestarte, he comido algo en el restaurante, me he dado un pequeño paseo por la zona y ahora estaba aquí con el periódico esperándote. Reconozco que pensaba subir en breve a ver si aún seguías viva.

—Ya te digo, no me he enterado de nada. He dormido como un bebé, no he oído ni un ruido.

—Bueno, pues espero que estés preparada para conocer un poco más la zona.

—Por supuesto, estoy duchada y vestida para la ocasión. Si te parece como aquí mismo algo rápido y nos vamos enseguida.

—Me parece lo mejor. Es un poco tarde para estar por la calle, pero después podemos dar un pequeño paseo, sin alejarnos demasiado, y venir a última hora a cenar al hotel. Nos da tiempo.

Piqué algo en el propio bar del hotel, y no tardamos en salir al exterior. Fabiano me enseñó los alrededores, y yo continué con la sensación de estar en una ciudad distinta a la que esperaba. Las calles prosiguieron limpias y ordenadas, los comercios totalmente europeizados y la escasa gente con quien nos cruzamos, en muchas ocasiones de raza negra, me resultaron cercanos a lo que yo normalmente visualizaba.

—Sigo con la sensación de encontrar una ciudad más desarrollada de lo que esperaba —comenté en pleno paseo.

—Estamos en el centro de Windhoek. Una ciudad creada por blancos que provinieron de Sudáfrica, el pueblo que se adueñó de estas tierras desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta el año 1990.

—¿Namibia es independiente desde hace solo 18 años?

—Sí, se dice pronto..., pero sí.

—Pues no tenía ni idea, la verdad. Intuía por el paisaje urbano que habría sido una colonia de cualquier país ; nunca hubiera imaginado que era uno de aquí al lado el que tenía su dominio hasta hace tan poco.

—No ibas mal encaminada, porque antes, desde mediados del siglo XIX, perteneció a Alemania: de ahí que haya tantos alemanes por aquí. Gran parte de los comercios son suyos, pero también muchos holandeses e ingleses vinieron de Sudáfrica a explotar estas tierras. El blanco, ya sea alemán, holandés o inglés es el dueño de Namibia; los oriundos son los obreros.

—Dicho así suena horrible. En el fondo, también habrán puesto su granito de arena para desarrollar todo lo que estoy viendo, que, repito, no me lo esperaba.

—En eso te doy la razón, son los blancos los que han traído el desarrollo empresarial y tecnológico, lo reconozco. Además, también añadiré que son muy ecologistas, cívicos y aman la tierra; aunque no puedo evitar ver la desigualdad económica entre los jefes y los asalariados. Y ya te puedes

imaginar quienes son cada uno de ellos.

—También habrá negros con poder, ¿no?

—Supongo que algo hay, pero una aguja en el pajar. El dinero y el poder lo tienen ellos.

Entendí perfectamente a quién se refería con «ellos», y sentí en mi interior de nuevo la confrontación que llevaba percibiendo desde que en mi vida entró el italiano. Aquellos hombres habían llegado de fuera, se habían probablemente apropiado de tierras y recursos, tenía claro que eso estaba mal, muy mal; sin embargo, a la vez, experimenté la sensación de suponer: ¿Cómo estaría el país si ellos no hubieran aparecido? ¿Seguirían existiendo tribus nómadas y salvajes?, ¿o se habrían desarrollado como lo estaban ahora? Y si no, ¿serían felices? ¿Ahora no lo eran? ¿O sí? ¿O qué era lo mejor, lo que nosotros hacíamos o lo que ellos?

El maremágnum en mi cabeza me dejó callada durante un largo trecho del paseo. Fabiano, supongo, entendió mi silencio como la digestión de todas las palabras emitidas, y decidió, imagino que a conciencia, esquivar el escabroso tema retornando a una conversación más liviana e insignificante que yo agradecí. Cenamos ricos manjares en el excelente restaurante del hotel, con buen servicio, bebida, exquisiteces y ambiente, terminando la noche en el salón bar con ambos Martinis, y una sobremesa amena y agradable que nos llevó hasta las tantas de la mañana.

Esa noche con la resaca del viaje superada y animados por la bebida y la situación libertina típica de los turistas, a altas horas de la madrugada tras cerrar el bar, volvimos a destrozar una habitación de hotel, de la misma forma que lo habíamos hecho con anterioridad por dos veces, demostrando claramente que dicha circunstancia parecía ser un icono erótico para nuestra pareja. Nos degustamos, catamos y tocamos, palpando nuestros mutuos cuerpos hasta cansarnos, utilizando las caricias primero, la lengua y la boca después, terminando con la penetración y el éxtasis en un colofón de deseo y placer.

Cuando desperté, con dolor de cabeza y náusea en el estómago, me sentí tremendamente perdida. No sabía si estaba en Barcelona, Madrid, o en cualquier otra parte del mundo. La arcada impidió dejar a mi cerebro concretar mi ubicación, lanzando un mensaje claro y conciso de correr hasta el baño, y vomitar en la taza antes de poner perdida la cama o el suelo de la habitación. Después de echar hasta la primera papilla, acurrucada en el frío

suelo de mármol, precioso, mas helador, secándome las babas de mis labios, por fin concreté dónde estaba. «Debo dejar de beber», decidí. Estaba claro que últimamente mi estómago hacía aguas: o la comida, o el aire, o simplemente el cambio de hemisferio estaban destrozando mis entrañas. Me encontraba mareada, asqueada y azotada. Volví a la cama; no había mucho más que hacer con singular estado físico.

Tardé un tiempo en darme cuenta de que estaba sola en el cuarto. Había pasado un rato tan horrible que ni siquiera me había planteado dónde estaba Fabiano. Supuse que se habría levantado antes y estaría desayunando; no obstante, al comprobar la hora en mi reloj, casi las dos de la tarde, imaginé que lo mismo se habría ido a su asociación. ¿Pero cuántas horas llevaba dormida? ¿Qué me pasaba últimamente? ¿Sería el cambio de país? Me había vuelto un lirón. Esperé un rato metida entre las sábanas, era incapaz de moverme. Poco a poco me fui espabilando, consiguiendo levantar mi precario cuerpo y dar una vuelta por la estancia intentado divisar una nota. No tardé en localizar el esclarecedor papel que me desveló lo que yo había imaginado.

«No he querido despertarte... estabas tan dormida. Me he ido al hospicio. Hay mucho que hacer. Descansa, a primera hora de la tarde regreso».

No quedaba mucho para su vuelta, por ello, simplemente me duché y bajé a tomar algo: mi estómago parecía volver a la vida y el alimento terminó por resucitarle. No era de mi agrado comer sola y sentí la falta de mi compañero, aunque un café con hielo tomado en una comfortable hamaca en la piscina y el sol bronceando mi blanca piel consiguieron consolar la soledad que sentía.

Una mano sobre mi hombro me hizo despertar: ¡otra vez dormida! No me lo podía creer.

—Te has quedado traspuesta al sol, ten cuidado que te vas a quemar — escuché decir a Fabiano, un tanto atontada—. Tienes la piel demasiado clara y aquí el sol no perdona.

—Me he puesto protector. —Fue toda mi respuesta.

—¿Qué tal has comido?

—Bien, pero esta mañana he vuelto a despertarme hecha polvo, he vomitado y he andado mareada hasta hace poco.

—Es normal, el viaje, el cambio de lugar y además, ayer te pasaste un poco con los Martinis.

—Tienes razón, debería beber menos. Yo suelo ser una mujer responsable

con la cabeza siempre firme, pero desde que estoy contigo en ocasiones me pierdo.

—Bueno, pues intentaré que eso no vuelva a ocurrir. —Me cogió de la mano, abrazó y por último besó, consiguiendo que un escalofrío recorriera todo mi cuerpo, aumentando el deseo en la parte baja de mi abdomen. No sé qué tenía aquel hombre, elevaba los grados de mi temperatura con solo su presencia y encendía mi hoguera interior con una facilidad impactante.

—¿Qué tal por la clínica? —Me intenté deshacer de su embrujo y tomar, al menos en apariencia, las riendas de la situación.

—Bien. He estado atando algunos cabos que teníamos demasiado sueltos. Necesitaré unos cuantos días más para acabar mi trabajo, pero te prometo que en cuanto lo finalice nos vamos tú y yo por ahí a hacer turismo.

—¿Crees que eso es correcto?

—Por supuesto que lo es.

—Me sentiré culpable de vivir como una blanca adinerada, mientras que tus niños negros sufren.

—Pues no lo sientas así, tienes todo el derecho del mundo de disfrutar unos días. Más tarde, si quieres, podrás venir conmigo y arrimar el hombro.

Sinceramente, no me apetecía nada vivir de cerca la tristeza y la pobreza, prefería cien mil veces permanecer protegida bajo mi estatus de rica europea; si bien, no podía evitar sentirme incómoda por ello, e intentar esquivar mi pesar con un ofrecimiento como el que acababa de realizar, aunque sin mucha fuerza puesta en mis palabras. Fabiano debió notarlo, porque volvió a insistir en que me tomara el viaje como eso: un tiempo libre para descansar.

Pasamos la tarde juntos, en la piscina, de paseo y por último de nuevo en nuestra habitación deleitándonos con el placer más antiguo y gratuito de la humanidad: el sexo.

Ya hace unas páginas confesé que no era de las que pensara en mi cuerpo como objeto de gusto, y tampoco en los hombres como instrumento para gozar; pero con la llegada del italiano, los cimientos de mi personalidad estaban resquebrajándose y la barca de mi puritanismo, ante las relaciones de alcoba, empezaba a zozobrar. Todo esto ocasionó que la primera semana de estancia en Namibia tomara un patrón tremendamente cómodo y fácil de llevar. Por la noche nos acostábamos tarde, un poco piripis y exhaustos por el deleite de la frotación de nuestros cuerpos; a la mañana solía despertar sola en la cama, a

las tantas, con el estómago revuelto y el mareo en mi cerebro; el mediodía y la tarde los pasábamos juntos en las instalaciones de nuestro complejo hotelero y en las inmediaciones del mismo, haciendo pequeñas escapadas por la ciudad para hacer turismo; y de nuevo el círculo volvía a cerrarse con una jornada nocturna de distracción, diversión y perversión. La rueda se llevó casi quince días de mis vacaciones, hasta que por fin desperté y puse fin al rodar de la carreta en la que cómodamente me había subido.

—Creo que es hora de conocer algo más de este país, como siga así cuando regrese a Madrid no voy a poder dar ni un solo dato distinto a este hotel y nuestras juergas a mis compañeros de trabajo, y no sabes lo pesados que se pondrán para que les cuente algo más —confesé una noche, en la que había decidido dejar algo de lado el alcohol y ponerme seria.

—Me parece una buena idea, pensaba que estabas a gusto en el hotel.

—No, si lo estoy. Esto es un paraíso de comodidad, y es eso, uno está aquí tan bien que se olvida de que se encuentra fuera de su ciudad. Me gustaría regresar a mi vida con alguna experiencia interesante que contar.

—Ok, déjame que mire a ver qué podemos hacer, te lo planteo y elegimos. ¿De acuerdo?

—Perfecto, estoy animada para ver mundo. Llevo unos días mejor, ya no me encuentro tan mal por las mañanas. Desde que me diste esas pastillas la cosa ha cambiado drásticamente.

Mi malestar de los primeros días lo había achacado al cambio de aires; sin embargo, más tarde Fabiano, preocupado, me pidió que hablara con Hans para consultarle qué podría tomar para evitar mi repentina enfermedad. Yo era ginecóloga y por tanto licenciada en Medicina, si bien el cambio de país me lió en la farmacia porque aunque los principios activos son iguales en todo el mundo, prefería que un entendido en los medicamentos del lugar decidiera por mí. Además, siempre he pensado que no hay peor médico que uno mismo. Mi padre siempre decía lo mismo: «Mejor que otros te traten. Es como en la abogacía, nadie debería defenderse a sí mismo: ni el mejor abogado del mundo». Y yo, siguiendo las palabras del Doctor Montes, consulté a un colega, en este caso Hans, quien vino una tarde al hotel, explicándole mis síntomas, concretando este que probablemente la comida y la nueva situación geográfica estaba aumentando mis jugos gástricos produciéndome reflujo, causando malestar en el estómago, mareos, náuseas y dolor de cabeza, manifestaciones que se eliminarían fácilmente con antiácidos y analgésicos. No tardaron en

hacer efecto los medicamentos, animándome por tanto la mejoría de mi estado físico a salir de mi escondite.

Había sido con el cambio de mes, justo el 1 de diciembre, cuando solicité a Fabiano una variación en nuestra acomodada y simple existencia en Namibia. Durante la primera quincena de mi estancia en el país africano, mi pereza, mal cuerpo y vagancia, únicamente me habían permitido deleitarme con el selecto paquete turístico que ofrecía mi hotel: disfrutando del buen clima en la piscina, solárium, el bar, gimnasio, masajista, animador deportivo y la clínica de estética, durante toda la mañana hasta la llegada de Fabiano a mediodía o nada más comer, utilizando mi tiempo libre matinal, además de en holgazanear, en consultar, ya fuera por Internet, móvil o *email*, el estado de la empresa olvidada en España y de mi familia. Cuando llegaba Fabiano, era el momento de solicitarle que me mostrara la ciudad. Los días que realizábamos el paseo a pie no regresábamos más tarde de las siete, argumentando mi acompañante el peligro de estar en la calle por la noche. En un principio yo discrepé: la temperatura a esas horas resultaba excelente para estar al aire libre, mas pronto comprobé la certeza de tales afirmaciones, al observar el cierre de las tiendas y negocios a las seis de la tarde, y cómo con el paso de los minutos, a partir de esa hora, las calles iban quedando desiertas de la misma forma que había asegurado Fabiano. Si la salida la realizábamos en coche podíamos retrasarnos algo más, aunque tampoco tenía mucho sentido estar en una ciudad fantasma. En alguna de esas ocasiones tomábamos una copa en algún garito perdido; aunque los locales nocturnos en Windhoek eran tremendamente escasos, por lo que solíamos siempre acudir a los mismos, o acabar en el bar de nuestro propio hotel.

Durante mis dos primeras semanas de vida en Namibia había andado por *Independence Avenue* (o Avenida de la Independencia, como supuse se traduciría), comprobando una parte de la ciudad totalmente desarrollada al igual que cualquiera europea, con modernos edificios altos, junto a otros de menor tamaño pero mayor edad, colmada de tiendas, comercios, negocios y empresas financieras; había visitado el Museo del Estado, el edificio más antiguo de la ciudad (1890), recuerdo de la época colonial; la Iglesia Evangélica de Cristo en la Avenida de Robert Mugabe, como una muestra de arquitectura neorrománica sencilla y sobria; el edificio y los jardines del *Tintenpalast* (Palacio de la Tinta, me dijo Fabiano que vendría a significar), donde de paso, hicimos un *picnic* aprovechando el buen clima del verano en el que nos encontrábamos, enfrentado al imaginado frío que haría en mi ciudad a

las puertas del invierno; por supuesto, nos acercamos hasta la estación, en esta ocasión en coche, comprobando la huella europea con un edificio blanco impoluto de columnas altas y tejado verde que me recordaba a los vistos en las típicas películas versadas en la época de la India inglesa; me sorprendí con la *Warehouse*, un edificio de ladrillo un tanto horrible por fuera, que había sido una antigua fábrica de cerveza y que en la actualidad además de contener tiendas de artesanía, joyas y regalos, representaba la parte más cultural y bohemia de la ciudad; algo más serio, pero en la misma línea, representó visitar la *National Art Gallery*, donde se recogían las mejores obras de los artistas contemporáneos de Namibia. Debo reconocer que no soy una mujer muy dada a visitar museos, no obstante, durante mis vacaciones en África conocí unos cuantos. Añadidos a los ya comentados, también puse mis pies en: *Trans Namib Transport Museum*, *Bushman Art African Museum*, *Owela Museum* y alguno más que ya ni recuerdo, terminando un tanto harta de tanta exposición.

Probablemente se me escape algún edificio, parque, monumento o museo, de los muchos que ojeé durante mis primeras semanas en Namibia, pese a que ahora mismo no caigo en más. Bueno, sí, miento, en algo que me resultó tremendamente carismático y que me fue mostrado por Fabiano. Ocurrió al poco de llegar, mi compañero de paseo me acercó hasta una calle que yo divisé como una cualquiera, y paró en seco nuestro paso justo al lado de un poste.

—Levanta la vista y dime qué pone en ese cartel —enunció sin más. Yo sorprendida alcé mi cabeza, observando en lo alto del mástil la típica placa que contendría probablemente un nombre.

—Pues imagino que pondrá cómo se llama esta calle —contesté un tanto irónica.

—Vale, de acuerdo, ¡pero lee el nombre!

—Fi-del-Cas-tro-S-treet —enuncié leyendo despacio, juntando las letras, sin dar sentido a lo que decía—. ¡Fidel Castro Street! —reiteré ahora entendiendo el significado de la frase—. El Fidel Castro cubano que todos conocemos, o alguien que no tiene nada que ver y de ahí la gracia.

—No, el Fidel Castro cubano que todos conocemos, como bien dices, el mismo.

—¿Y qué pinta ese aquí?

—Para los namibios es un personaje ilustre, porque su gobierno ayudó a este pueblo a librarse de los sudafricanos.

—¡No me digas!... No me lo creo.

—Pues créelo, la historia yo no la invento. El ejército cubano se unió a Namibia para conseguir su independencia.

—Curioso, la verdad.

—De ahí el nombre de esta calle como homenaje.

* * *

Sentada en la recepción del hotel, con BlackBerry en mano, comprobé lo poco que me quedaba para partir y lo mucho que quería hacer. Observando la pantalla del teléfono, descubrí el día 9 de diciembre, marcado en el calendario con el evento: «Regresar a Madrid» y ni siquiera tenía billete para una fecha que se cumpliría en siete días. Yo no había puesto intención en hacerme con el indispensable tique para mi regreso, y Fabiano tampoco había dicho nada. Ahora allí, descansando en un cómodo sillón del selecto Hilton, esperándole, entendía que se había pasado el tiempo demasiado rápido. El día anterior Fabiano había cumplido mi petición, presentándome miles de posibles aventuras para realizar en el país que me había acogido, y yo seguía con la información, tanto en mis manos como en mi cabeza, entendiendo que no tenía suficientes días para todo lo que deseaba hacer.

—¿Qué tal cariño? —Me sorprendieron unas manos por detrás, abrazando mi cuello. El gesto de mi cabeza al girarse y el desconocido al aposentarse a mi lado, me descubrieron la llegada de lo que estaba esperando.

—Bien... Pensando.

—Alguna mala noticia —supuso al verme con el teléfono de la mano.

—No, no estaba hablando con España.

—La clínica sigue bien, ¿no?

—Mejor que bien, hace unas horas he realizado la ronda que suelo llevar a cabo cada pocos días y lo mismo, todo sigue su curso. Parece que soy menos

imprescindible de lo que suponía.

—Lo dices con pesar, eso es bueno, tu empresa y trabajadores son suficientemente capaces para llevar tu proyecto a buen cauce... Es perfecto... Pareces... triste.

—La fecha de mi marcha está cerca —dije en voz tan baja que pensé no me habría oído, a razón de que el silencio entre los dos se hizo eterno.

—Yo aún no puedo marcharme —terminó por enunciar con pesar.

—Yo la verdad, es que tampoco quiero irme. —Tardé también en añadir.

—¡Pues entonces genial! —Se emocionó—. No puedes ni imaginar lo feliz que me haría que te quedaras aquí más tiempo..., que me esperaras..., que regresáramos juntos. —Mi compañero de tertulia se iba ilusionando cada vez más—. Bueno..., no sé... Si te pareciera bien... estar..., no sé..., alguna semana más. —Se le veía atosigado, salí en su ayuda.

—No te preocupes, me encantaría seguir aquí contigo hasta que pudiéramos regresar juntos.

—¡De verdad! —Aumentó de nuevo la ilusión en su tono de voz.

—Lo estuve pensando anoche, y ahora viendo estos papeles que me diste ayer, más. Teniendo en cuenta la buena marcha de mi clínica, sinceramente, porque me coja un tiempo de excedencia no creo que pase nada. Me apetece conocer este país, ver el desierto de Namibia, del Kalahari, Swakopmund, el cabo Cross... Me has puesto la miel en los labios y ahora no quiero perdérmelo. Además, últimamente me encuentro mucho mejor; ya casi no tomo medicación y el malestar parece irse esfumando.

—Pues entonces a qué esperamos, venga, vamos a una agencia de viajes. Está aquí al lado, conozco al dueño, nos dará consejos y buen precio.

—Pero si pierdes tiempo conmigo por ahí, no podrás terminar lo que tengas entre manos.

—Por eso no te preocupes, hagamos un pacto: yo pierdo unas semanas, de buen grado, viajando por Namibia a tu lado, y después tú aguantas alguna más hasta que termine todo mi trabajo aquí.

—¿Y después regresamos juntos?

—Por supuesto.

—El problema son las Navidades. —Tardé en decir, mirando de nuevo el calendario de mi BlackBerry, viendo cómo esas semanas que me pedía

Fabiano, probablemente coincidirían con fechas sumamente señaladas.

—Por unas Navidades que pases fuera de casa no creo que pase nada.

—Tú no sabes cómo es mi familia: ¡les va a dar algo! Sobre todo a mi madre.

—Ya eres mayorcita, lo entenderán.

—También está lo de mi alojamiento.

—¿Qué problema es ese?

—No voy a seguir aquí vaciándote la cartera. —Fabiano pagaba la factura del hotel.

—Yo no tengo ningún problema en eso.

—Bueno, pero yo sí.

—Entonces abona tú la cuenta y ya está. Si es así, ¿estarías más cómoda?

—La verdad es que sí. Incluso no sé, si nos vamos por ahí una semanas, podría dejar el hotel, y a mi regreso vivir con vosotros en la fundación.

—No creo que eso sea buena idea, ya lo hemos hablado. —Mi gesto preocupado le dio pie a presentar otra opción—. Podríamos, si quieres, alquilar una casa algo más humilde para que te sientas menos culpable. —Entendió a la perfección mis razones para abandonar el exclusivo lugar donde habitaba—. Aunque me gustaría que sea lo suficientemente cómoda como para que pudieras pasar tus días en un ambiente aproximado al que tienes en Madrid.

—Eso me parece una solución perfecta... Muy salomónica.

—Entonces ya está, problema resuelto y pacto hecho. Ahora vamos a la agencia de Marc antes de que cierre. Además, estoy seguro de que él nos podrá ayudar también con el nuevo alojamiento... Tiene muchos contactos.

En la agencia de Marc pasamos el resto de la mañana, incluso les robamos a sus empleados unas horas del mediodía, a razón de que sobre las tres salimos con ambos temas resueltos. Bueno, miento, uno de ellos lo terminamos de zanjear por la tarde, pero ya estaba bastante decidido cuando partimos de la tienda. Este asunto en cuestión, al que me refiero, era mi futura vivienda. Marc, como había anunciado Fabiano, tenía recursos para buscarte un viaje, un hotel, una casa, un coche... Yo creo que, probablemente, cualquier cosa que le hubiéramos pedido. Así, allí mismo en su local, nos mostró varias opciones para alquilar que cumplían nuestras peticiones, terminando por elegir dos

posibles casas, aunque al menos yo con una como firme candidata a ganar.

Ese mismo día, al acostarnos en la cama del hotel, descansé tremendamente relajada al saber que en tres días partiríamos por tierras desconocidas para descubrir pueblos, ciudades, parajes, paisajes, fauna, flora y excitantes experiencias, a la vez que a nuestro regreso, en diez días, entraría a vivir en un pequeño apartamento del centro de Windhoek: un edificio de blancos, como dijo Fabiano, con todas las comodidades de la vida europea, tales como asistenta diaria, piscina, lavandería, televisión de plasma, aire acondicionado y cama confortable. Me sentí tremendamente feliz.

El 5 de diciembre, a última hora de la mañana, finalicé lo que se había llevado todo mi tiempo desde que desperté: embalar mis pertenencias en dos tipos distintos de equipajes. Unas maletas, el grueso del total, vendría Hans a recogerlas y las custodiaría hasta el 15 de diciembre, fecha señalada en el contrato que acababa de firmar, momento apropiado para llevarlas hasta mi nueva residencia, para que así, al regresar de mi periplo por Namibia, mis cosas estuvieran esperándome en mi estrenado hogar. El resto, algo más reducido por la petición de Fabiano, correspondía a una pequeña maleta de ruedas y asa, una moderada mochila y un bolso. Me había costado introducir en tan reducido espacio todo lo que mi cerebro me ordenaba llevar; sin embargo, el italiano había sido tajante. «¡No te pases! Solo lo imprescindible». Y aunque había obviado un poco su aviso, cuando llegó a las cinco de la tarde, terminó por aceptar mis bártulos con alguna discrepancia y refunfuño.

Hans volvió a tomar su puesto de taxista, y además de recogernos en el hotel nos acercó hasta la estación de trenes, dejándonos allí a las siete y media. Antes, nos habíamos despedido del Hilton. Reconozco que percibí una fuerte tristeza al saber que se acababan mis días en tan inigualable lugar; no obstante, cancelamos la cuenta y dijimos hasta pronto. El médico holandés nos abandonó a nuestra suerte en el immaculado edificio blanco de altas columnas, llevándose la mayor parte de mi equipaje, dejándonos con lo poco que portearíamos en nuestro inminente viaje. Sentí emoción por un lado y recelo por otro (dos sentimientos enfrentados, lo típico); aunque pronto tomó la batuta la excitación que me produjo la posible aventura a vivir.

El destino era Swakopmund, un pueblo al oeste de Windhoek, en la costa

atlántica, creado por los alemanes el siglo pasado, al igual que las vías por donde transitó nuestro ferrocarril, la friolera de 400 kilómetros de hierro colocado y asentado en medio de un enorme desierto. Salimos de la capital de Namibia a las ocho de la tarde en un tren azul de rayas amarillas, algo más sencillo de lo que yo imaginaba.

En la agencia concretamos viajar en un *sleepers*, que yo entendí como coche cama, el cual supuse sería parecido a los de mi país. Tampoco es que fuera desastroso, si bien me resultó un tanto cutre. El vagón al que accedimos tenía seis literas, tres por lado, y no había distinción entre hombres y mujeres. Al llegar, las tres adosadas a la pared derecha estaban cogidas por personas de raza negra, dos hombres y una mujer, aparentemente familiares o amigos por su forma de tratarse. Intenté estar ávida y coloqué mis bártulos encima de la colchoneta (nunca podría llamarse a eso cama) a ras del suelo. Temí que alguien me la quitara y no me sentía capaz de dormir en altura. Fabiano actuó raudamente imitándome, reservando justo encima de la mía. La sexta quedó libre: con el paso del tiempo y el avance de la máquina comprobamos la inexistencia de más pasajeros en nuestro habitáculo, lo que egoístamente nos alegró.

Pasamos la primera parte del viaje entretenidos con unos bocadillos, comprados para la ocasión en la misma estación de trenes recién abandonada, degustándolos con hambre en el propio compartimento. Posteriormente, la conversación entre ambos se fue llevando las horas: nuestros compañeros de estancia, aunque amables, no nos prestaron mucha atención. Yo no entendía ni papas de lo que hablaban y Fabiano, aunque supongo que algo más se enteraría, tampoco me dio mayores explicaciones que: «hablan de sus cosas», cuando le pregunté llena de curiosidad. Para variar, me dejé llevar y engatusar por la labia y gracia de mi acompañante, hasta que el italiano determinó que debía de ser lo suficientemente tarde como para dejar la tertulia, argumentando, además, que nuestras voces podrían molestar a nuestros vecinos, los cuales habían decidido hacía rato conciliar el sueño.

Al cabo de un tiempo, que se me hizo eterno, dando miles de vueltas en mi reducido espacio, harta de no conseguir entrar en las horas necesarias de descanso nocturno, incómoda en singular cama mortuoria y hastiada del incesante traqueteo de los raíles y los ronquidos, icé mi cuerpo saliendo espantada al pasillo donde me sentí tremendamente más a gusto con menos comodidades. Permanecí un tiempo de pie mirando por la ventanilla: no había más que oscuridad al otro lado, sin embargo, el desierto del Namib debía de

estar allí, frío, solitario y tenebroso a esas altas horas de la madrugada.

Más de las tres y media, comprobé en mi reloj: no quise volver a entrar al lugar donde me obligaba mi billete, deambulando por los distintos vagones, terminando por localizar unos asientos libres en los que decidí aposentarme hasta que llegara la hora de apearse del tren. Las cinco y media, hora de llegada a Swakopmund, estaban cada vez más cerca y no tenía intención de regresar a la posición horizontal: por alguna razón estar tumbada me asfixiaba. Erguida en mi nuevo asiento, me sentí mejor, dejé pasar el crono mirando el negro al otro lado del cristal, hasta que en un determinado momento, que no recuerdo cuál, mis ojos obedecieron el impulso ordenado por mi cerebro para cerrarse y descansar.

—¡Clara! —Desperté y presencié el gesto desencajado de Fabiano—. ¡Menudo susto que me has dado! Venga, vamos, que el tren está a punto de arrancar.

—Perdona... —No tuve tiempo de añadir mucho más, un brazo amarrado al mío me levantó con fuerza y llevó como a una muñeca pasillo adelante hasta apearnos del tren.

—¡No me vuelvas a hacer esto! —Volví a recibir un chillido. Fabiano con todo el equipaje en el suelo, soltado con fuerza y enfado, continuo echándome una buena reprimenda—. Te puedes imaginar lo que he pasado cuando el revisor ha entrado para avisarnos de la inminente llegada y no te encontraba por ningún lado. ¿Lo puedes entender?

—Bueno, yo...

—No, Clara, como se te vuelva a ocurrir darme un susto igual que este, te aseguro que se acaba el viaje. Yo me vuelvo y tú haces lo que te venga en gana.

Fabiano estaba verdaderamente cabreado, y en el fondo, no sabía muy bien qué decir; tenía todo el derecho del mundo. Si él me hubiera hecho lo que yo le acababa de montar, os aseguro que habría reaccionado incluso peor.

—Tienes toda la razón, perdona, perdona, perdona, perdona.... —Tomé el camino del cariño y amarrándome a su cuello seguí con la misma palabra un buen rato más.

—Vale, basta, que me vas a desgastar. —Se fue relajando el ambiente—.

Intentaré olvidarlo, pero por Dios, prométeme que no lo volverás a hacer.

—Que sí, que no volverá a ocurrir.

—No sé, ¡avísame!

—No quería despertarte.

—¡Pues lo hubiera preferido! Da igual, como he dicho, no vale la pena seguir dándole vueltas... Mira, ahí está nuestro chófer.

En efecto, un hombre negro, con un cartel en alto en el que se podían leer nuestros mutuos nombres, hizo acopio del equipaje y dirigiéndonos hasta un coche aparcado a la entrada de la estación, nos sacó del edificio ferroviario. Estaba molida, prácticamente no había dormido y tenía el cuerpo entumecido; sin embargo, el corto trayecto hasta nuestro selecto hotel me fue animando y más cuando pisamos el suelo del impresionante Hotel Swakopmund, de cuatro estrellas e imponentes instalaciones, alegrándome de nuevo por el despilfarro de mi galán. Me volví a sentir agradecida por los cuidados de mi hombre: había sido él quien abonó la suntuosa factura del viaje, empeñado en agasajarme con ese último regalo —según sus propias palabras— antes de que yo empezara a hacerme cargo del coste de mi estancia en Windhoek, hecho que ocurriría a nuestro regreso. La mujer orgullosa, independiente y autosuficiente empezaba a desaparecer, y en mi personalidad de dura feminista se estaba instalando una mojigata que se dejaba seducir por un ser del otro sexo. Si bien, lo peor era que me daba cuenta y no me importaba: me sentía tan a gusto al lado de Fabiano que continué a su vera como una niña buena.

El hermoso y exótico jardín, que nos recibió, junto con la elegante piscina (lugares en donde se gastaría el agua que no había en medio del desierto y que probablemente podría ser cien mil veces mejor utilizada) me había dado la primera pista del lujo del lugar elegido; continuando con la buena imagen que me ofreció el edificio blanco de dos plantas, antigua estación de ferrocarril, según leí después en un panfleto de la recepción, lugar donde entramos. Todo ello me produjo la sensación de estar en un perfecto establecimiento. La atención personalizada, eficiente y amable del hombre que nos atendió en recepción, quien consiguió alojarnos en nuestra habitación cuando aún no daban las siete de la mañana, terminó por rematar la idea de acierto en nuestra elección. No tardamos en instalarnos bajo las sábanas, olvidando el equipaje y la ropa, acomodándonos para disfrutar de un merecido descanso.

Cuando desperté me encontré sola en la cama: situación habitual desde mi llegada a Namibia. Mi comportamiento volvió a ser el corriente en estas situaciones: buscar la hoja que pronto ubiqué, en la que Fabiano me explicaba dónde podría localizarle. Me tomé mi tiempo en lavarme los dientes, asearme, peinarme y vestirme, bajando al restaurante, encontrándolo cerrado: no había mirado la hora y al parecer ya era tarde para encontrar allí a mi acompañante. Pregunté en recepción: probablemente me habría dejado un mensaje. Y no me equivoqué, otra nota —parecía el juego de las pistas— me avisaba que estaría en la piscina. A ese lugar me dirigí, ubicándolo en una hamaca con copa en mano y periódico en regazo: igualmente, parecida pose a otras visualizadas.

—La bella durmiente despertó —me dijo al llegar.

—Este país produce dos cosas en mí: una, duermo como un lirón; y dos, tengo siempre apetito, y eso que no me apasiona la comida de por aquí. —Entablé conversación sentándome a su lado.

—Lo del hambre lo tendremos que solucionar fuera del hotel.

—¿Por qué?

—Ya han cerrado el restaurante.

—Ah, bueno, eso ya lo he visto, pero habrá más opciones.

—Aquí para eso son muy estrictos; las horas de las comidas son las que son, después te tienes que buscar la vida en otro sitio.

—Pues estamos bien, tengo un agujero en el estómago.

—Yo creo que es una suerte, así salimos, vemos la ciudad y de paso buscamos algo para que comas.

—Pero no perdamos tiempo.

—¿Quieres coger algo o salimos ya?

—Estoy totalmente preparada.

Con lo puesto, partimos decididos a utilizar nuestro paseo para alejarnos del hotel y adentrarnos en el centro de Swakopmund. Mi estómago rugía enfadado y el caminar acrecentó el hueco que se había formado en el centro de mi ombligo. Ya me había percatado, como acababa de confesar a Fabiano, que Namibia me producía eso: mucha hambre. Mi tipo es fino, soy una mujer alta y delgada que nunca ha tenido que hacer grandes esfuerzos para guardar la línea. Por supuesto, me cuido de comer determinados alimentos, como precocinados,

grasas saturadas, hidrogenadas, demasiado azúcar o dulces; pero desde hacía unas semanas todo lo «malo» —culinariamente hablando— me atraía de una manera desmedida, al igual que alimentos que antes me encantaban de repente aborrecía. El cambio de aires había producido una variación de mis apetencias, y aunque no le di importancia —suponía que al regresar a España volvería la normalidad— me resultaba sospechoso.

La consecuencia lógica de mi nuevo estilo en la cocina había producido lo inevitable en mi cuerpo: un acopio indeseado de kilos. Fabiano le había quitado importancia al hecho cuando se lo notifiqué, y yo, sinceramente, tampoco lo pensé mucho más: en el fondo, estaba de vacaciones, seguro que cualquiera en mi situación con una vida holgazana, sin estrés, preocupaciones, deporte y con un extra de calorías, habría terminado con un poco más de grasa en el abdomen, porque además era ahí precisamente donde se me había agarrado toda: a la tripa. Mi culo, caderas, pecho y hombros seguían parecidos, no obstante, una pequeña barriguita se estaba formando en mi antiguo vientre plano. Fabiano hacía mis delicias al afirmar que le excitaba y encantaba esa nueva parte mía, y yo engatusada en su mirada sacaba una risita picarona de colegiala. Seguí con mi mismo tren de vida, concretando que en Madrid me machacaría en el gimnasio con mi entrenador, haciendo abdominales y flexiones para volver a mi tipo habitual.

—¿Está lejos el centro? —pregunté a mi compañero de paseo.

—No, es una de las razones por las que elegí este hotel.

A la agencia de Marc habíamos ido los dos juntos, pensando en organizar el viaje a medias; sin embargo, la decisión de buscar una nueva vivienda en la capital de Namibia había aumentado el trabajo, y a razón del tiempo reducido del que disponíamos, concretamos dividir las tareas. Yo me centré en mi próxima casa en Windhoek, y Fabiano en nuestro inminente viaje. De ahí que supiera poco del mismo y las distintas sorpresas lo fueran haciendo más apasionante. Además, Fabiano quería jugar con eso, con el factor imprevisto, y no había querido revelarme los distintos pasos que iríamos dando. «Ya lo descubrirás», fueron sus palabras.

—Me gustó, además de por su impresionante aspecto de las fotografías y buen servicio, por su excelente situación. Estamos a pocos minutos de las zonas más interesantes de Swakopmund. Lo primero, será buscar un sitio para mitigar tu hambre; después, iremos a varios enclaves, pero no me preguntes que ya sabes lo que voy a contestar. —No intenté sacar información, sabía lo

que diría.

En efecto, siguiendo el plan de Fabiano, alimenté mi cuerpo, desesperado por la falta de alimento, en el comedor del primer local que encontramos donde sirvieran comida a esas altas horas de la tarde: eran nada menos que las cuatro y cuarto. No tardamos en salir del restaurante para ir al primer destino ideado por Fabiano: el Museo del Cristal. Un interesante lugar que, aunque me gustó, no dejó una especial huella en mí: creo haber confesado hace unas páginas que yo no soy muy de museos, y desde mi llegada a este país de África, se había vuelto un poco rutinario lo de observar salas con distintos tipos de elementos a exponer. Después de la visita, el paseo por la ciudad me fue dando una idea del lugar en el que nos alojaríamos durante cuatro noches.

Swakopmund me resultó una ciudad tremendamente carismática. Lo primero, su situación: estaba rodeada en tres de sus lados por el desierto de Namib, y por las frías aguas del océano Atlántico en el cuarto flanco hacia el oeste, creando una especie de cárcel para la huida. Una ubicación que me resultó un tanto inapropiada para la instalación de una urbe, al menos a mi entender. Después, sus edificios: en el centro de Swakopmund no localicé elementos que te hicieran recordar que uno estaba en África. Las construcciones eran claramente de estilo colonial, los inmuebles más antiguos del siglo pasado no tenían nada que envidiar a los que hubiera en cualquier ciudad alemana de una antigüedad aproximada, mezclándose con los más novedosos, los cuales evidenciaban el desarrollo económico de la ciudad.

—¿Qué te parece lo que ves? —Me sacó Fabiano de mis deducciones.

—Pues, tengo la misma impresión que en Windhoek, bueno, miento, está más acrecentada.

—Que no estás en África, ¿verdad?

—Me enseñas una foto de esto mismo que estamos viendo, y te aseguro que el último país que diría es Namibia.

—Swakopmund es un destino turístico. Yo creo que los alemanes la construyeron al empezar el siglo XIX, porque algún lunático decidió que sería el sitio más cercano a la capital para veranear.

—Eso he pensado yo, que a quién se le ocurriría instalar una ciudad a la que para llegar tendrías que cruzar un desierto o un océano.

—A los alemanes les gusta el mar y el buen clima, por eso veranean en tu país. Y a sus antecesores de hace cien años les pasaría lo mismo. Aquí la

temperatura es perfecta, en torno a los 20 grados, un clima muy benévolo, y encima tienes el Atlántico cerca, que aunque demasiado frío para el baño, te da tres atractivos: la playa, el surf y la pesca, incluso añadiría un cuarto: navegar en barco.

—Tienes mucha razón.

—He leído en el hotel que esta ciudad fue fundada dos años antes que Windhoek, en el 1892, por un tal capitán Curt Von François, o algo así, convirtiéndose en el principal puerto del sur de África occidental, y que es muy normal escuchar el alemán como una de sus lenguas. Hay típicos pasteles y cafés alemanes y todo tipo de establecimientos de estilo germano.

—Bueno, fue una colonia suya, es normal. Tú, que eres medio andaluz, ¿no te da la sensación de que este lugar es la Marbella de Namibia?

—Pues dicho así tiene su gracia y, por supuesto, su razón. Es verdad, es la Marbella de África: nunca se me hubiera ocurrido.

Continuamos el paseo, compartiendo todo tipo de ocurrencias en relación al descubrimiento que acabábamos de realizar, guiándonos el caminar hasta la misma costa. La visión del inmenso océano, justo en el momento en que el sol iniciaba su declive para descansar hasta su siguiente jornada laboral, produjo la parada en seco de nuestro avance, quedando estáticos, observando la línea azul de horizonte, el cielo rosáceo y el círculo anaranjado a punto de ser devorado por las frías aguas del Atlántico. En el malecón del puerto, rodeado de todo tipo de aves que yo no conseguí clasificar; de hombres y mujeres de raza negra, en grupos, hablando de sus cosas que no entendía; de turistas simplemente paseantes, ajenos a la maravilla de la naturaleza que se estaba produciendo, u otros impactados como nosotros; experimenté una honda sensación de paz, con los ojos fijos en el globo solar, el cielo multicolor del atardecer, la cálida y agradable brisa marina y la mano de Fabiano que asió la mía en señal de compenetración.

Proseguimos en la misma situación, sin palabras, unos minutos más hasta que el astro rey desapareció por completo, succionado por la raya azul, dejando aún un pequeño tiempo más hasta que mi acompañante utilizó sus cuerdas vocales.

—Que te parece si cenamos aquí, en el paseo marítimo.

—Sería maravilloso. ¿No tenemos pensión completa?

—No, preferí coger solo alojamiento y desayuno, porque suponía que con

las diversas excursiones y paseos apenas estaríamos durante el día en el hotel.

—Eres un crack, lo tienes todo controlado. Para qué me voy a preocupar de hacer preparativos, si tú los haces perfectamente.

Cenamos en un pequeño restaurante que elegimos por sus vistas, las cuales al poco rato nos dimos cuenta de que no servirían de mucho, a razón de que la oscuridad lo inundó todo, y solo conseguíamos ver lo poco que iluminaban las luces del propio bar y las del puerto. De todas formas, las viandas que nos presentaron fueron exquisitas. Nos decantamos por el marisco, devorando dos langostas enormes, una cada uno, bueno, mejor dicho, yo dos y media, y Fabiano el resto; añadido a una buena ración de ostras, almejas y gambas; junto con una ensalada, para variar un poco el sabor riquísimo, pero monótono, de tanto crustáceo; regado todo ello con vino para mí y cerveza para él. Por supuesto, tuvimos postre y café. No nos privamos de nada.

Con el estómago a rebosar, después de reposarlo en parte en nuestra mesa, iniciamos el camino de retorno hasta nuestro alojamiento, que aunque largo, nos resultó tremendamente agradable para realizar la digestión, conocer la ciudad en su lado nocturno y proseguir con nuestra eterna conversación. La temperatura excelente, cálida, la brisa agradable, el cielo estrellado y nuestra mutua compañía nos llevó hasta la habitación, en donde nada más entrar iniciamos una apasionada pelea por besarnos, acariciarnos, tocarnos y deleitarnos, terminando rendidos en la cama, conciliando el sueño hasta el próximo amanecer. Al día siguiente, cumpliría mi sueño, una de las pocas aportaciones que había puesto para la realización del viaje: ver el desierto desde el aire. La mejor forma de abarcar con los ojos una extensión tan infinita, mucho mejor que la ventanilla de un coche o un tren. Mi anhelo: volar sobre las dunas rojas del Namib.

CAPÍTULO IV: MIS AVENTURAS POR ÁFRICA

Una avioneta desconchada, con una vieja chapa oxidada a modo de tejadillo, que escondía en su interior una diminuta cesta roja, supuse que para unas cuatro plazas, nos esperaba en medio del aeródromo. La visión de la ajada «cosa» (no pude ponerle otro apelativo) paró en seco mi andar.

—No se preocupe, señora, la avioneta es de fiar —dijo el hombre que me acababan de presentar, de aspecto desaliñado, barba de varias semanas, piel tostada por el sol y rastas hasta media espalda, entendiendo perfectamente mis miedos—. He sobrevolado el cielo de Namibia de norte a sur con ella y nunca, nunca, he tenido ni un solo percance... Ni siquiera un susto.

Las palabras de James no causaron un gran efecto en mí.

—Está un poco oxidada —argumenté.

—Solo le falta una capa de pintura, pero el motor está nuevo..., en plena capacidad. Venga, de verdad, le repito que es totalmente de fiar. No se preocupe por nada que ambos tenemos muchas horas de vuelo.

El piloto mantuvo mi mirada con aire sereno y gesto de sinceridad. Me sentía un tanto incómoda allí de pie, parada, recibiendo el gesto consolador de Fabiano, al cogerme de la mano, de la misma forma que si fuera una niña pequeña. Además, James continuaba mirándome igual que el típico profesor observando a su cobarde alumna. Rompí el momento iniciando un caminar que mis compañeros entendieron como una aceptación a las condiciones del vuelo. Controlé mi temor, cuando accedí al interior de la ajada «máquina» (subamos un rango el calificativo), siendo abrochada por el guía, recibiendo sus escasos consejos de seguridad ante un imposible problema en el aire, tomándolos como si en ellos se me fuera la vida. Localicé el paracaídas, chaleco salvavidas, botella de oxígeno y palanca para salir del habitáculo, pegándolos en mis neuronas con cemento.

Con todos en sus puestos, percibí el arranque del motor y el movimiento de las aspas, a la vez que un lento caminar por la pista. El rodar de las ruedas fue consiguiendo la suficiente velocidad para que en un punto determinado sintiéramos el momento justo en que el suelo ya no nos sujetaría más. Me aferré al asiento y volví a constatar la firmeza del cinturón, comprobando, por el gesto tranquilo y sereno de Fabiano y la voz del piloto que tomó la palabra, que era la única «acojonada» del trío.

—En nada estaremos sobrevolando Swakopmund. Verán lo pequeña que parece la ciudad en altura.

Yo era incapaz de mirar por la ventanilla. La inercia que ejercía la fuerza para coger altura me impedía girar el cuello. Además, siempre me pasaba lo mismo en los aviones, si movía la cabeza en el despegue o aterrizaje, después, terminaba con una tortícolis horrible que me duraba varios días. Por ello, había aprendido, a base de dolores, que en esos momentos, lo mejor era dejar el cuello bien pegado al asiento, relajado, y cuando lleváramos un rato en posición más o menos horizontal, moverme.

El pequeño «aparato» (continuemos mejorando su nombre) se elevó con seguridad y firmeza sobre un cielo inmensamente azul y por fortuna completamente despejado. Al menos, eso determinó James.

—Vamos a tener suerte, por esta zona se suelen formar nieblas que impiden la buena visibilidad, son más típicas de invierno, recuerden que aquí aún estamos en verano. —Eso ya lo sabíamos, seguí dudando de las virtudes de nuestro conductor, no sé, por algún motivo no me había caído bien—. La corriente fría procedente de Bengala provoca la aparición de espesas brumas por esta zona, capaces de desorientar a los nautas más expertos: las [ballenas](#) —explicó como habiendo escuchado mis pensamientos en los que dudaba de su capacidad de guía—. Volaremos hacia el norte para que podáis ver «La Costa de los Esqueletos» en cuyas orillas se entierran, por igual, restos de navíos y cetáceos, huesos y pecios, vértebras y timones. Seguiremos hasta que el depósito de combustible nos ordene regresar.

Para qué sacaba aquel hombre a relucir el tema de la posibilidad de quedarnos sin gasolina, gasoil o lo que utilizara el «trasto» (vuelvo para atrás en mi denominación): hacía un rato que había olvidado mis recelos, y ahora, de un plumazo, regresaban.

—Tampoco hace falta apurar a tope —intervine, volviendo a demostrar que era la única del pasaje preocupada por nuestra seguridad.

—Miren por la ventanilla, es un buen momento. —Obvió mi aportación el piloto.

Olvidé el tema del combustible, y haciéndole caso alargué mi cuello hacia arriba y después a la derecha, inclinando la barbilla para deleitarme con un paisaje inesperado bajo nuestros pies. Allí se extendía caprichoso y multicolor un ondulado mar de arena. Las enormes dunas del Namib se alzaban majestuosas y arbitrarias en una mezcla de tonos anaranjados y rojos, dando paso a una sucesión cromática, sin igual, de ocre, amarillos y escarlatas. Ni siquiera el calor asfixiante que empecé a percibir, el cual parecía querer derretir mi cerebro, me impidió disfrutar de esa magnífica vista del paisaje namibio. El silencio en la avioneta (ahora le concedo el derecho de utilizar su verdadera denominación) fue total. Fabiano y yo ni siquiera compartimos impresiones, y James dejó que nuestros ojos se empacharan de los paisajes extraños, duros, solitarios, pero a la vez hermosos de un desierto.

—¡Esto es inmenso! —exclamé rompiendo la tregua con mis palabras.

—Justamente eso quiere decir Namib en la lengua de los *namas*: «enorme».

—Pues es impresionante. Bueno, nunca había visto un desierto, no puedo comparar con otros, pero este me resulta impactante.

—Hay muchos desiertos en África, yo he conocido casi todos, me gusta sobrevolarlos; sin embargo, para mí el Namib tiene un encanto especial, único. ¿Has mirado hacia la izquierda? Por la otra ventanilla.

No se me había ocurrido observar a través de la abertura al exterior que estaba más cerca de Fabiano, igual que él tampoco había mirado por la mía. Siguiendo el consejo de nuestro guía me abalancé sobre el italiano, quitándole por un momento su visión, comprendiendo a la perfección a lo que se refería James. En efecto, divisé una de las visiones más impactantes que se pueden contemplar desde el aire: el lugar donde el Atlántico y el Namib se juntan, arena frente a agua, azul contra amarillo. Un duelo de titanes en donde las dunas frenan con sus armas las aguas del océano. El espectáculo me resultó turbador e inquietante.

—Como veréis, no hay playas —añadió James a nuestra simple observación. Yo, en ese momento, estaba cambiándole el sitio a Fabiano, aceptando su proposición cuando hacía unos segundos me había ofrecido su puesto, mejor situado, para ver el estremecedor espectáculo—. La fuerza del agua devora partes del desierto —siguió aleccionándonos el piloto— tanto es

así, que este litoral mutante se resiste a ser recogido fielmente en las cartas de navegación. Viento y mar azotan sin piedad esta costa, yerma y salvaje, que se extiende a lo largo de más de 1000 kilómetros, creando uno de los paisajes más fantasmagóricos que se puedan encontrar en África. Además, como comenté antes, suele haber niebla por la zona, creando un halo de misterio que acompaña a este rincón temido por los marinos de todo el mundo. Imagino que cuando el navegante portugués Bartolomé Díaz llegó a estas tierras, cinco años antes de que Colón descubriera América, supongo que al desembarcar y ver tanto desierto debió de decir: «Ni aunque me lo regalen...». Imaginaros el momento en que aquellos hombres, en el siglo XV, después de estar navegando varios meses, llegaron a alcanzar esta costa infernal y se encontraron con que debían continuar una lucha desigual contra el despiadado desierto, pues no existía otro modo de salir de allí más que atravesando a pie esa agonía: tuvo que ser caótico.

James me estaba dejando anonadada: «las apariencias engañan», concreté. Le había clasificado como el típico despojo de cualquier país europeo que habría terminado en un rincón perdido de África, después de deambular como un vagabundo de lugar en lugar sin oficio ni beneficio. Un hippy sin hogar ni ambiciones o ilusiones, que tan solo vivía la vida por vivirla, y allí estaba, hablando de geografía, historia, empapándonos con su cultura y conduciendo a la perfección su «aeroplano» (sigo aumentando la escala en el rango), consiguiendo que el paseo por el aire fuera gratamente interesante y cómodo. Además, emitía su discurso sin evidenciar que fuera eso, un charla repetida cien mil veces: se notaba a distancia que era una conversación, algo que sabía y simplemente emitía en alto, no una lección aprendida con anterioridad que soltara como un papagayo.

—¿Hemos llegado ya a la Costa de los Esqueletos? —Me sacó de mis razonamientos la pregunta de Fabiano.

—Podríamos decir que sí. Quizá sea la parte donde con más fuerza el desierto desemboca escandalosamente sobre el furioso y perturbador Atlántico. El saldo del violento oleaje, que sacude las arenas del Namib cuando van a beber a la orilla de este pedazo de costa africana, ha terminado por ensalzarlo a un nombre tan fastuoso como tétrico: la Costa de los Esqueletos.

—Y, ¿por qué se llama así? —Estaba segura de que nuestro conductor sería la persona más indicada para explicármelo: me tenía totalmente convencida de

su sapiencia.

—Cientos de embarcaciones han quedado varadas en las arenas del desierto, sufriendo una lenta agonía. De los antiguos pecios fabricados en madera que tuvieron la desgracia de acercarse a estas aguas, apenas quedan vestigios; sin embargo, los modernos barcos que encallaron en estas orillas se consumen lentamente bajo un sol abrasador. La suerte de los desgraciados que sobrevivieron a los naufragios, mejor no recordarla. Por eso se llama así, la Costa de los Esqueletos, porque puedes encontrar los tipos más variados de restos abandonados en sus costas. Si observáis bien, no creo que os cueste distinguir alguno de ellos. Volaré más bajo.

Poniendo todos nuestros sentidos alerta, pudimos apreciar, perfectamente, los cascos de varios pequeños navíos que yacían medio enterrados en la arena, junto a gigantes de hierro desgastándose al sol, más cientos de osamentas de diferentes animales, conformando un extraño y bello paisaje.

—No crean que todo es desolación en estos parajes aparentemente tan infernales —argumentó el piloto— aunque parezca increíble la vida se abre paso; así, extrañas formas vegetales son capaces de obtener mínimas cantidades de agua de los cauces subterráneos de antiguos ríos; pequeños microorganismos y reptiles de tamaño medio, adaptados a las duras condiciones del desierto, sobreviven y se multiplican; incluso mamíferos de gran tamaño, como el óryx, campean por las dunas rojas del Namib, únicamente aquí, tal y como he leído en algún sitio, la foca y el león pueden llegar a juntarse. En el cabo Cross hay centenares de ellas, ya lo hemos pasado, se puede ver perfectamente su mancha desde el aire.

—Ahí iremos en barco desde Walvis Bay dentro de unos días —argumentó Fabiano, algo que yo desconocía: sus planes de viaje seguían siendo un misterio para mí.

—Pues deléitense con el lugar: es único. Lo he visitado varias veces, tanto en barco como en coche, y reitero que es especial.

James prosiguió anonadándose con sus cualidades, en las que ahora aparecían también la botánica y la zoología: este hombre era una caja de sorpresas: «¡Ay, las apariencias!», me repetí.

Estábamos tan entretenidos que no pensamos en el tiempo que llevábamos en la «aeronave» (no sé si puedo subir más el calificativo) ni siquiera nos molestó el calor asfixiante que padecíamos en una caja de hojalata, temperatura extrema a la que hizo referencia nuestro guía.

—No sé si os habéis fijado, pero el termómetro está marcando casi 50° C y no lo digo para agobiaros, sino para que comprendáis lo frías que tienen que ser las noches en este lugar, para que la media en el desierto sea de 16 grados.

—Heladoras, supongo —intervino Fabiano.

—En efecto, incluso llega a helar. Pero como dije antes, el desierto engaña y aunque parezca una extensión enorme de arena, inhóspita y sin utilidad, esconde en su interior un tesoro de la naturaleza: la riqueza de Namibia.

—¿Y cuál es esa? —Tuve que interrogar. Me pareció que James tardaba demasiado en revelárnoslo.

—Bajo este mar de arena se esconden los yacimientos de diamantes más importantes y mejor protegidos del mundo. —Interesante, deduje.

El resto del viaje fue más callado: los tres nos dedicamos cada uno a lo nuestro. Fabiano y yo, a disfrutar de los paisajes increíbles de dunas con todo tipo de formas; James, a conducir su nave a la perfección, entretenido en una de las cosas que más le llenaba en este mundo, según hacía unos minutos nos había confesado, volar; y la avioneta (concretaré este como su nombre, al menos era el apelativo que utilizaba su capitán) a surcar el aire manejada por su dueño. Pasó un tiempo indeterminado que no controlé, hasta que regresamos al pequeño aeródromo de donde había salido con miedo y recelo; mas, adonde llegaba, llena de emoción y excitación por los parajes presenciados.

Cuando arribamos al hotel era más de media tarde. Habíamos solventado la comida con unos bocatas en la avioneta, y al acceder a nuestra habitación los dos estábamos contentos, mas cansados. El madrugón propició que yo me tirara sobre la cama, y aunque mi intención era simplemente descansar y no dormir, un sopor horrible me engatusó, haciéndome entrar en un sueño profundo.

Me desperté al cabo de una hora y media, eso comprobé en mi reloj, y el sonido de la ducha me dio la pista de dónde estaría Fabiano: menos mal, no tendría que buscar la correspondiente nota, porque para variar me había quedado dormida. Cenamos en el propio hotel y nos acostamos pronto, estábamos sin ganas de salir y, además, al día siguiente volveríamos a madrugar para la siguiente excursión.

En mi tercer despertar en Swakopmund me sentí eufórica, con curiosidad y

expectación por saber qué me depararía el nuevo día. La noche anterior había intentado sonsacar a Fabiano nuestro siguiente destino; sin embargo, el italiano se había mostrado duro e inflexible, siendo imposible recabar ni una sola pista de los futuros planes. Al principio, me había costado darme por vencida, pero reconozco que al cabo de un rato me cansé de interrogarle, incluso acepté sus razones que determinaban sería más divertido si yo no tenía ni idea de dónde iríamos. Así, una vez preparados y desayunados, accedimos rápidamente a varios cuatro por cuatro que nos estaban esperando en la puerta del hotel.

En esta ocasión no iríamos solos. En nuestro coche, además del conductor y nosotros dos, subieron un par de parejas de ingleses de mediana edad, según se presentaron. Viajaban juntos y habían elegido igual que nosotros un destino tan aventurero como Namibia. Nos fueron contando sus vivencias en el país africano. Habían pasado unos días en la capital, sobrevolado el desierto, visitado el Parque Etosha y ahora llevaban dos noches en Swakopmund, quedándoles tan solo una para terminar su aventura. Fueron agradables y nos hicieron ameno el paseo, el cual consistió en introducirnos por agrestes carreteras de tierra llenas de baches, socavones y polvo, adentrándonos en el desierto de Namib, esta vez en coche.

Proseguí añadiendo información a lo que ya conocía sobre ese paraje. Nuestro conductor, como lo había hecho James el día anterior, nos aleccionó sobre el lugar en el que nos encontrábamos; si bien, su mensaje no me llegó de la misma manera que lo había conseguido James. En esta ocasión, las palabras parecían aprendidas, emitidas al exterior con desidia por enésima vez, como si de una disertación se tratara. Nuestros acompañantes estaban encantados con las explicaciones, y aunque no dije nada, añoré de una forma que nunca hubiera podido imaginar hacía 24 horas al tipo despeinado, mal aseado y de pinta zarrapastrosa del día anterior.

Esta vez, el hombre que llevaba la máquina se llamaba Carl y aunque en apariencia me tendría que haber agradado infinitamente más que James, volví a comprobar que: «las apariencias engañan». Nos contó que el Namib era uno de los desiertos más antiguos del mundo, que tenía unas condiciones climáticas muy peculiares, que el mar le proporcionaba cierta humedad y las lluvias esporádicas creaban lagos que podían posteriormente permanecer secos durante decenas de años; nos acercó hasta el lago Sossusvlei, un gran salar desecado y convertido en mar de arena; bueno, en conclusión, nos llenó de información tremendamente interesante, pero sin esa pizca de emoción

necesaria que nos había suministrado James. Estoy segura de que si la excursión en coche hubiera sido la única, me habría encantado: el problema es que las comparaciones son odiosas y yo ese día comparé. Fabiano estuvo de acuerdo conmigo, y aunque le gustó el viaje, experimentó la misma sensación. Además, el transporte en coche resultó muy duro. Acabé molida, con los riñones destrozados, sudorosa, llena de polvo, con el estómago revuelto y sin ganas de realizar de nuevo otra incursión en el desierto por medio de las cuatro ruedas.

Carl nos hizo caminar entre las dunas, y subir a una de ellas, casi me muero de calor; nos mostró entre diminutos matorrales la Welvistchia, una especie de árbol enano de unos dos palmos de altura, sin ramas, pero con dos hojas, un auténtico horror, debo decir pidiendo perdón a los botánicos, pues al parecer existía desde hacía más de mil años; también, diminutos líquenes que yo apenas vi, estos de menor antigüedad (unos 150 años); incluso, comimos, tal y como sonaron sus palabras: «en un tradicional y autóctono poblado del desierto», aunque a mí me pareció que unos iluminados habían colocado un par de tiendas, restaurantes y cafés para turistas blancos, y que poco tenía de «tradicional y autóctono».

Me resultó en general el típico «quiero y no puedo», aunque me incluyo en el «no puedo», porque a mí me molestaron todas las incomodidades que sufrimos como a la que más. Supongo que había varias formas de adentrarse en el desierto de Namib: de la manera más aventurera, sin excursión preparada, a lo loco y a su propia suerte; acompañados, como nosotros lo hicimos aquel día, siguiendo igual que corderitos, probablemente por los mismos e idénticos lugares a los que llevarían a miles de blancos todos los años, haciéndose las fotos y los vídeos, en los mismos sitios aconsejados por su guía, pensando que la imagen que captaban sería exclusiva y les daría aspecto aventurero ante sus amigos; o por último, no me lío más, desde el aire, en silencio, como un pájaro, adentrándose sutilmente a miles de metros, apreciándolo todo en su inmensidad, deleitándose con cada uno de sus rincones, apreciándolo de forma personal, sin que nadie le dirija la mirada ni siquiera con la posibilidad de plasmarse uno mismo delante del paisaje, estropeándolo, solo para egoístamente más adelante fanfarronear de safari por África. Yo, con sinceridad, podéis imaginar la opción que prefiero: creo que no hace falta que diga cuál.

El final de mi cuarto día en Swakopmund terminó con un hondo cansancio

sobre mi cuerpo. Fabiano se sintió tremendamente culpable por mi descontento, y yo evité mostrar mis sentimientos para aliviarle de la responsabilidad. Dije miles de veces: «Ha estado bien, has acertado, solo es que el todoterreno me ha dejado baldada», consiguiendo poco a poco convencerle. Cenamos en el hotel. Justo después, nos regalamos una merecida ducha, que no nos dimos antes, porque temíamos que nos cerraran el restaurante, y no nos veíamos con fuerzas para pasear hasta la ciudad. Finalizamos la jornada durmiendo a pierna suelta sobre nuestras confortables camas. Me sentí un tanto sibarita, lo reconozco, pero, una no está acostumbrada a pasar el día en un desierto, por muy bonito y por muy increíbles que fueran sus dunas y paisajes.

Al día siguiente, nos despedimos del gran hotel en el que habíamos pernoctado por cuatro noches en Swakopmund. Esta vez conocía los planes. El desastre (aunque yo no lo reconocí en alto, Fabiano lo percibió a la perfección) de la excursión del día anterior había animado a mi compañero a revelarme la siguiente, e incluso todo lo que nos quedaba por delante, para conocer mi impresión sobre ello. Me pareció interesante y después de levantarnos tarde y desayunar, con el equipaje preparado, vestidos y aseados, nos montamos en un coche de alquiler, sobre las doce de la mañana, tomando la carretera hacia Walvis Bay, iniciando el viaje sin ninguna prisa. Fabiano conducía y yo, mapa en mano, intentaba guiarle, lo cual no fue muy complicado, porque la carretera que unía las dos ciudades era bastante transitada, con buena señalización y para nuestra suerte de asfalto. No tardamos en llegar al nuevo destino, estaba tan solo a 30 kilómetros al sur, y tuve la sensación de no haber salido de Swakopmund: edificios de estilo colonial, locales típicamente turísticos, urbanizaciones similares a las vistas, bueno, quizá denoté un tamaño bastante más pequeño —llegábamos a un pueblo y veníamos de una ciudad— y puede que más dedicado a la pesca y no a ser residencia vacacional.

Encontrar el hotel nos costó un poquito más, porque ya tuvimos que callejear y aunque Walvis Bay no era excesivamente grande, tenía una estructura muy parecida que nos iba perdiendo. Yo iba buscando la dirección apuntada en un papel: *152 4th street, Long Beach, y el nombre del alojamiento que tenía su dificultad: Protea Hotel Burning Shore*, nada menos que un hotel de cuatro estrellas, al cual terminamos por llegar después de algún despiste. Un edificio marrón y blanco de dos alturas, que me recordó a la típica mansión enorme que se ve en las películas americanas, llena de

ventanas y puertas de todo tipo y rodeada de jardines, en primera línea de playa, con escaleras particulares que te llevaban hasta la misma arena. Me resultó un lugar encantador; pese a que no esperaba menos, cuando Fabiano decidía estaba claro que sería lo mejor. Era curiosa la confrontación de sus gastos, por un lado despilfarrando conmigo recursos tremendamente valiosos, y, por otro, ajustando el presupuesto como podía para conseguir llegar con sus escasos medios a la mayor población posible con su organización. No entendía muy bien cómo era capaz de congeniar dos facetas tan dispares en una misma mente, sin sentirse culpable por ello; sin embargo, hablábamos poco sobre el tema y cuando este aparecía, me convencía de que conmigo quería lo mejor, porque me lo merecía, y la niña adolescente, al lado de su primer novio mayor con recursos, volvía a abducirme. No me lo cuestioné más, en el fondo el italiano podía hacer lo que quisiera con su dinero, ya fuera gastárselo con su chica, donarlo o ahorrarlo: intentaba no entrar en el delicado tema.

Nos aposentamos en nuestra habitación, de cama con cuatro postes en cada esquina y cortinas, como las que salían también en las películas de época (soy cinéfila, lo habéis podido comprobar, y no puedo evitar comparar la realidad con la ficción almacenada en mi mente); espacio suficiente para unas mesas y sillas, un sillón y una chimenea, además de un baño; y una terraza con vistas al mar, la playa y el cielo azul. Seguro que la mejor estancia, pensé: ya estaba acostumbrada. Habíamos comido por el camino, por lo que nos tiramos los dos sobre el colchón, y después de una escasa conversación supongo que nos leímos el pensamiento, pues empezamos a besarnos y acariciarnos, terminando como imaginaréis: desnudos y gozando. Pasamos la tarde paseando por el pueblo, deleitándonos con su paseo marítimo y comentando las características de cada una de las casonas que nos íbamos encontrando. Fue una forma de desintoxicarnos del desierto y volver a la civilización, el azul, el mar, no sé, un cambio drástico de registro. No hicimos nada especial, pero me encantó la jornada. Los dos solos con nuestra conversación y el pueblo de Walvis Bay.

* * *

El día era espectacular: cielo azul, temperatura cálida, la brisa golpeando mi rostro, mi pelo al viento, me sentí como si viviera en la foto de un

calendario en el mes de julio o agosto. Compartía el barco junto con otro puñado de turistas; sin embargo, me encontraba en la proa, en el punto más alejado del resto que pude encontrar, sola, degustando el placer del océano infinito en mi frente, engatusándome con el romper de sus olas contra el casco.

—Ya no debe quedar mucho —interrumpió Fabiano. Solía agradecer su compañía; mas en aquel preciso instante, no me digáis por qué, hubiera preferido continuar en mi mundo.

—Supongo que no, llevamos un buen rato en el mar —contesté.

—Espero que esta excursión te guste más que la que hicimos antes de ayer.

—¡Quieres olvidarte ya de eso! No sé, no tendría el día. Hoy, de momento, todo es perfecto.

—Podríamos haber ido hasta el cabo Cross desde Swakopmund, ya fuera en coche o barco, pero cuando vi las fotos de Walvis Bay me pareció un sitio interesante, y al informarme de que también se podía salir desde aquí lo preferí así.

—Y fue una buena idea, por ahora todo me está encantando. El día es buenísimo y hace una temperatura maravillosa.

—Dicen que por esta zona suele haber nieblas, como nos comentó James, por fortuna ahora en verano son menos comunes.

—Estamos teniendo suerte. Cuando vimos la Costa de los Esqueletos ya nos avisó James, y ahora que volvemos por esa zona seguimos sin brumas. ¡Somos chicos afortunados!

Un silencio sirvió para que disfrutáramos de la marcha de nuestra embarcación.

—Si quieres, suspendemos el viaje a Etosha y nos quedamos aquí el resto de los días.

—¿Por qué?

—No sé, creo que eres una chica más de ciudad que de desierto.

—Vaya, ahora me acusas de urbanita.

—Es que no sé qué tal te encontrarás tres días en medio de la nada. Habrá un poblado, supongo, o algo por el estilo, pero quizá las comodidades no sean como me dijeron en la agencia.

—El que me quejara de una escapada en todoterreno no significa que sea un melindre. No tuve el día y ya está. Ahora que me has confesado las

aventuras que nos quedan, estoy decidida a vivirlas y me encantaría salir mañana hacia el Parque Nacional de Etosha. ¡No me voy a ir de África sin ver un elefante!

—Tampoco lo tenemos asegurado, aunque vayamos hasta allí.

—Al menos una cebra o una jirafa... Algún mamífero típico de aquí encontraremos, ¿no?

—Imagino que sí.

—Pues ya está, venga, no te preocupes que todo está decidido. Hoy disfrutamos del azul y mañana nos vamos hacia el marrón.

Había navegado varias veces, pero en aquella ocasión me deleité como nunca del paseo en barco. Mi padre era un enamorado del mar, y aunque había vivido siempre en una capital sin costa, los veranos los disfrutábamos en familia en Alicante, concretamente en Denia. Allí, el Doctor Montes había adquirido hacia los años 70 un apartamento donde dejar a la prole los tres meses de vacaciones veraniegas. Él, obligado a sus consultas, se escapaba cuando cogía el mes ganado durante todo el año, normalmente agosto, para unirse con nosotros, y era cuando prácticamente cada día salía a navegar con su pequeño velero, estacionado todo el año en el puerto de Denia, para enamorarse aún más del mar Mediterráneo. Nunca entendí por qué no buscó una plaza en la Comunidad Valenciana, seguro que no habría tenido ningún problema para conseguirlo; sin embargo, supongo que mi madre no le animó mucho, acostumbrada a tener su familia cerca, mis tías y mi abuela vivían en Madrid.

En ocasiones salíamos con mi padre para disfrutar de su afición. Mi madre pocas veces nos acompañaba, se mareaba: «Yo soy mujer de tierra», le decía a su marido, y aunque este había realizado múltiples intentonas para hacerla cambiar de parecer, con el tiempo se había ido dando por vencido. A mi hermano y a mí nos encantaba ir con él, bueno, hasta que yo crecí y me volví lo suficientemente pija y tonta como para preferir tostarme en la playa, pasear palmito por el paseo marítimo o irme con las chicas de compras. El navegar terminó siendo tristemente cosa de hombres en mi familia, y de repente allí junto a la costa del Namibia, ojeando el desierto de Namib, esta vez desde el casco de una embarcación, sentí haber perdido mi pasión por surcar las aguas. «Cuando regrese, retomaré este deporte», me dije, «seguro que mi padre quedará encantado en cuanto le notifique mi deseo de acompañarle en sus escapadas sobre el líquido elemento».

Mis pensamientos fueron interrumpidos, primero por el ruido: no hizo falta que nadie nos dijera que habíamos llegado, estaba claro. El impacto auditivo nos avisó incluso antes de verlo con claridad, dirigiéndonos, al igual que el resto de pasajeros, hacia uno de los lados del barco, el que miraba a la playa, girando nuestras cabezas en dirección al estruendo de alaridos, sonidos guturales, ronquidos... Bueno, una mezcla que resultaba un eco ensordecedor de unas 100.000 focas, nos dijo el guía que se puso a nuestro lado a chillidos, haciendo notar sus palabras por encima del follón.

—Esta es la colonia más grande de focas que pueden encontrar por estas tierras. —Sus palabras tuvieron que ir subiendo el tono, ya que el barco se iba aproximando y el sonido aumentando—. En realidad es una especie de lobo marino. La corriente fría de Bengala, proveniente de la Antártida, se extiende por la costa hacia el norte, provocando la abundancia de plancton y peces, favoreciendo las condiciones de vida de estos mamíferos. Los leones marinos junto con los osos marinos forman el grupo de los ontarios y se diferencian de las focas en el uso de las aletas delanteras como el principal medio de propulsión en el agua. —Estaba claro que en África iba a aprender más que investigando por Internet, por ello, presté total atención a las explicaciones que a duras penas llegaban a mis oídos—. Los machos pueden llegar a alcanzar 350 kilos, y las hembras reducen su peso a la mitad. Su principal alimento son los peces, ingieren hasta 20 kilos diarios, curiosamente también tragan piedras que les ayudan a digerir la comida. Ahora tomaremos tierra para que puedan acercarse a la colonia. ¡Tengan especial cuidado en aproximarse demasiado! Las madres son muy agresivas y los machos en celo también, por eso, guarden las distancias. Háganse fotos, vídeos o lo que quieran, pero respeten a los animales, estamos introduciéndonos en su entorno, como si ellos se metieran en sus casas, por favor, tengan consideración. No cojan a las crías ni a los más pequeños, porque sus madres nos pueden ver y reaccionar de una forma imprevista.

Me pareció perfecto el rapapolvo que nos soltó el guía. Estaba claro que más de algún susto se habrían pegado o realmente querían proteger a los animales, de igual forma, me resultaron tremendamente certeras todas y cada una de las frases que recibimos: estoy segura de que si no las emitían algún turista terminaría subiendo una cría de foca al barco, incluso a un león marino.

Según nos acercábamos a la costa, la impresión visual fue siendo cada vez más increíble. En mi vida había visto tanta foca junta, en fin, ¡qué tontería

acabo de escribir! Habré visto como mucho una decena de focas perdidas en el Zoo de Madrid o en el Acuario de Valencia, cómo podía compararlo con lo que tenía delante: miles y miles de mamíferos amontonados en la arena, alojados en mitad de un desierto, sin absolutamente nada a su alrededor.

Una vez el barco encalló en tierra y pusimos pies sobre arena, reconocí que sí había algo, aparte de leones marinos en el cabo Cross: una cruz, la cual debió de poner allí el susodicho que descubrió el lugar, un tipo cuyo nombre ahora mismo no recuerdo, y de ahí lo de cabo Cross (cabo, por su forma geográfica y «cross» de cruz); un restaurante, que ya te digo yo que tenemos que colocarnos siempre al lado de cualquier atracción para sacar un dinero, ya sea de la naturaleza o humana; y varias decenas de coches, motos y nuestro barco, difuminados entre el grupo de animales.

Nuestro capitán había sido lo suficientemente respetuoso con la manada que íbamos a visitar, aparcando su embarcación en un lugar apartado, teniendo que andar unos metros para irnos acercando hacia ellos, lo que causó que otro de mis sentidos se impactara de su presencia. Un olor fuerte y tremendamente carismático invadió mis bulbos olfativos, siendo incapaz de evitar el gesto de taparme la nariz con la estúpida intención de mitigar aquella peste. Todos y cada uno de los individuos del grupo que acabábamos de formar comentaron el matiz del peculiar tufo: «huele a mierda», dijo uno, «yo creo que es algo corrompida», comentó otro, «es por las placentas en descomposición de las madres recién paridas», discutió un tercero, «también habrá restos de crías muertas, he visto chacales merodeando por allí», intervino otra pareja... En fin, que cada uno puso su granito de arena. Me mantuve callada, si bien, concreté para mis adentros que todos tendrían su parte de razón, y esa mezcla infernal de pestilencia impregnaba la playa con un perfume, que aunque para nosotros resultaba asqueroso, para las focas seguro que significaba su hogar. Imaginé que si Jean Baptiste Grenouille, el protagonista de «El perfume», hubiera estado allí, habría disfrutado lo suyo demostrándonos todos y cada uno de los componentes de la extraña fragancia.

La colección increíble de focas me impuso lo suficiente para que fuera una de las que menos se acercó: pensé que si un grupo aproximado al nuestro de leones marinos entraba en mi casa, me gustaría que actuaran igual que yo lo estaba haciendo y se quedaran un tanto alejados, aunque fisqueando, pero al menos no metiéndose hasta la cocina; sin embargo, como podéis imaginar, otras personas más valientes o quizás irrespetuosas, haciendo oídos sordos a

los consejos de nuestro capitán, se adentraron literalmente en medio del jaleo, casi pisando a los recién nacidos, con el consiguiente cabreo de sus madres, más de un rebufo de algún macho dominante y alguna carrerilla acompañada con idiota carcajada del típico gracioso. El hombre que nos había dado tan acertados consejos, no pudo ver las tonterías que soportaron los pobres animales por parte de algunos personajes: supongo que después de muchos años, nuestro guía había aprendido a quedarse en su barco para evitar observar cosas que pudieran hacerle tomar el camino de la intervención, la cual posteriormente seguro más de alguna vez le habría llevado a malas contestaciones. Dicen: «ojos que no ven, corazón que no siente» e imagino que aquel marinero lo utilizaba a rajatabla. Yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. Confesaré que una mínima parte infringió los consejos recibidos, la gran mayoría actuó de una forma similar a la nuestra.

En la playa, además de leones, pude encontrar conchas de almejas y mejillones descomunales. Nunca antes había visto moluscos tan grandes, y aquí sí puedo comparar, porque mis numerosos veranos en Denia, durante la niñez, me habían llevado muchas tardes a recorrer la línea húmeda frente al mar buscando objetos interesantes para hacer collares. Sé que no podemos comparar la vida marina del mar Mediterráneo con la del océano Atlántico; pero la diferencia en tamaño me sorprendió.

Mi posición estática de observadora me animó a sentarme en la arena, gesto que no solo imitó Fabiano, sino también algunos compañeros de pasaje, formando un pequeño corro de mirones que permanecemos un tiempo infinito, allí, estáticos, mimetizándonos con el entorno. Agradecemos que el resto de visitantes decidiera acercarse al entramado turístico de locales formado alrededor de la atracción para quedarnos solos. Nuestro silencio, no pactado, pero real, acrecentó el galimatías de gritos, alaridos, rugidos, lamentos y quejidos, que aunque no entendíamos, poco a poco íbamos ubicando. Me pareció delicioso el momento. Era como estar detrás de una cámara del *Nathional Geographic*, grabando uno de sus reportajes. Me imaginé como si realmente estuviera dentro de aquel rebaño de mamíferos, como si a la vez no permaneciera allí, como si no pudieran verme y fuera un espíritu que les espiaba. Aquella fue la segunda experiencia que más degusté del viaje, la primera siempre sería el trayecto especial que nos dio James: la primera inmersión en el Namib por el aire se había quedado impresa con sangre en mi piel.

Algunos de mis compañeros de sentada izaron sus cuerpos, lo que me hizo mirar el reloj: «sí, debemos regresar», dije a Fabiano, quien al igual que yo imitó el gesto de verificar la hora comprobando que estábamos a unos minutos de llegar tarde a nuestra cita marcada como vuelta por el capitán del navío. Hacia este nos dirigimos, no sin antes, al menos yo, despedirme en silencio de aquel lugar que difícilmente olvidaría.

El regreso fue tranquilo, sin prisas, primero el barco nos devolvió a puerto, sanos y salvos, para después tomar el camino hacia nuestro hotel por medio de un agradable paseo. Llegamos avanzada la tarde, cuando el sol estaba a punto de desaparecer. Habíamos pasado todo el día al aire libre, comiendo en el propio barco y disfrutando del sol y la temperatura cálida. Había sido agradable, entretenido y excitante; sin embargo, estábamos cansados, con ganas de limpiarnos el sudor y la arena, de cambiarnos de ropa y de cenar apaciblemente con nuestra mutua compañía.

El día siguiente fue más tranquilo. Fabiano había sido inteligente y mezclaba la tempestad con la calma, planeando jornadas menos cargadas tras excursiones intensas, así mi segundo despertar en Walvis Bay fue tardío, lento, degustando un buen desayuno en la propia habitación, pedido por mi compañero, preparándonos con parsimonia hasta introducirnos en el coche alquilado y con Fabiano a la conducción —yo enfrentándome al mapa— aventurarnos a encontrar la laguna en donde podríamos avistar todo tipo de aves, según nos habíamos informado. Tardamos en encontrar el susodicho lugar, no porque estuviera lejos, sino porque nos perdimos por dos ocasiones, no obstante, ninguno se enfadó, más bien lo tomamos como algo divertido: estábamos relajados, teníamos todo el día por delante, por lo que nos dio igual ver unas cosas por un camino que por otro. «No hay nada mejor que perderse para descubrir algo nuevo», había comentado Fabiano, y me pareció una frase tremendamente acertada.

Nuestra dirección era un humedal protegido que salía claramente en el mapa adosado a mi regazo; sin embargo, qué más daba si tardábamos en encontrarlo, no creo que los pájaros se fueran a ir. Incluso, concretamos antes de llegar, cuando estábamos ya seguros de su cercanía, parar en un restaurante que nos pareció interesante para reponer fuerzas, antes de decidirnos a pasar horas mirando la naturaleza.

Grandes grupos de flamencos, mayores y menores, pelícanos, aves zancudas y una gran variedad de especies (leímos en un cartel que más de ochenta distintas) se presentaron ante nuestros ojos en un paraje inigualable con el sol amarillo, redondo y señorial, en medio de un cielo azul, limpio y despejado. Un lugar que me resultó especial, no tanto como el del día anterior, pero sí delicioso, en el que pasamos buena parte de la tarde. Fijamos nuestra vista en cada movimiento de los grupos, vuelo, pelea, apareamiento, cría, cantar... De nuevo espectadores de un documental de la Dos, como si desde nuestro sillón estuviéramos viendo la tele, pero en tres dimensiones. Me gustó, me sentí feliz, llena, con Fabiano a mi lado, respetando los silencios que imponíamos o conversando tonterías, anécdotas de lo visto o informaciones trascendentales. Sintonizábamos, eso lo percibía toda mi piel, era el hombre de mi vida, o el capricho de mi cuerpo, o el anhelo de mi mente, o todo junto, o nada a la vez. ¿Una ilusión? ¿O una realidad? ¿Estaría siempre para mí? ¿Volvería conmigo a Madrid y se instalaría en mi casa? ¿Nos compraríamos una? ¿Nos casaríamos? No sé por qué pensé en aquello. Cada día que pasaba me sentía con más ganas de amarrarle a una soga por el cuello y atarla a mi muñeca, encadenarle a mi cuerpo, meterle en una pequeña botella de cristal solo para mí, anhelos que destrozaban mi personalidad solitaria, independiente y autómata: no sé qué embrujo me había echado Fabiano.

La última noche en Walvis Bay llegó, como todo en la vida, y sentí pena al despertar por abandonar el cómodo hotel: la siguiente parada podría no ser tan confortable como las anteriores. Fabiano me había avisado hacía tiempo. Abandonamos el pueblo pesquero a primera hora de la mañana en avioneta, una máquina bastante más moderna y grande que en la última que monté, pese a disponer de un conductor tremendamente más aburrido que James: poco habló durante el viaje. Compartimos el habitáculo con otra decena de pasajeros y emprendimos viaje hacia el norte, concretamente al Parque Nacional de Etosha, unos 600 kilómetros que realizamos en algo más de dos horas, casi tres, contando el tiempo para acomodarnos a la aeronave y descender de ella. El vuelo me sirvió para volver a deleitarme con el placer de contemplar el desierto de arena y roca, nada más salir, con todas sus tonalidades; comprobando con la marcha la aparición de pequeños arbustos y líquenes que más adelante se fueron transformando en una suave pradera; para luego mostrarme una especie de sabana, y finalmente aparecer tímidamente algunas acacias aisladas, que terminaron por abundar cuando llegamos a nuestro destino, lugar en donde el verde rebosó impresionando aún más la vista por la

confrontación con el marrón presenciado durante el trayecto.

Nos alojamos en *Mokuti Lodge*, un increíble hotel de cinco estrellas, adosado literalmente al Parque Nacional: estaba justo al lado de la puerta de entrada al mismo. Supuse que no estaba dentro, por eso, porque imaginaba que habría una legislación, la cual prohibiría la incursión excesiva y masificada del humano dentro del ámbito reservado a los animales. Es de entender que los empresarios hoteleros habrían colocado sus edificios en el mismo centro del parque, junto a las manadas, las cuales controlarían de alguna forma, vete tú a saber cuál, para que sus selectos clientes las disfrutaran cuando quisieran, si bien, a la vez no les molestara; sin embargo, gracias a que aún existe una pequeña cordura mundial que impone una serie de restricciones, en ocasiones mínimas y en otras máximas, para el uso de los sitios como Etosha.

Me pareció impresionante desde el primer momento. Era casi imposible sorprenderme después de lo que llevaba a mis espaldas, tres increíbles residencias donde había pernoctado en mis noches namibias; sin embargo, allí estaba el lugar más impactante que encontré durante toda mi estancia en el país africano. No sé si fue porque no me lo esperaba, o porque realmente lo valía, pero aluciné en colores (como diría Aniusca, mi prima de doce años). Desde que bajé del automóvil hasta que entré en su interior no pude dejar de impactarme, y ya rematé el alucine (esta vez con colores fluorescentes, brillantitos y purpurinas) cuando accedía a nuestra suite, porque no puedo llamar a aquella habitación (término demasiado simple). El colofón de fuegos artificiales fue encontrarme con una piscina que no tenía nada que envidiar a cualquiera de la Riviera Maya (volví a acordarme de mi madre) y un *spa*, sí, un *spa*, no me he equivocado de letras, de esos con gimnasio y todo, en medio de un desierto, al lado de una reserva de animales salvajes. Me pareció una locura, la verdad, aunque a la vez una maravilla: lo de siempre, mis dos sentimientos enfrentados, lo que ya os he comentado varias veces con anterioridad y que no volveré a explicar para no repetirme. Eso sí, retomé la comodidad de ocultar mis percepciones, tapando la culpa con la idea excitante de un masaje, baño, jacuzzi y cena con velas en una excelente terraza bajo el cielo estrellado africano, sin olvidar, la posible noche de pasión en la recién descubierta cama, romántica y provocativa a la vez.

No sé en qué pensaba Fabiano cuando días atrás, justo después de la fatídica visita en todoterreno al desierto, me había confesado sus planes futuros, con la posibilidad de modificarlos para saltarnos las dos noches de

pernoctación en un hotel cerca del Parque Etosha. ¡Menudo el hotel! Yo, tan ingenua, había forjado en mi mente unas cabañas roñosas, incluso ni siquiera cabañas, tiendas de campaña en medio de la nada, esterillas con blandengues colchonetas cubiertas de una escasa mosquitera, y, sin embargo, allí estaba delante de un edificio impresionante, bello, de techos altos, enormes ventanales de madera oscura con pequeños cuadraditos de cristal que iluminaban de forma natural un interior totalmente decorado al detalle, al estilo africano, mezclando elementos étnicos y tradicionales del país junto con modernas lámparas y mobiliario. Pero aquello no fue más que el comienzo del edificio de recepción. Pasamos, conducidos por un amable hombrecillo de raza negra, que transportó nuestro equipaje en un carrito, hasta un chalet (no lo puedo llamar de otra forma) que al parecer era nuestra habitación. Enseguida comprobé que no todos los hospedados tendrían selecta estancia: por el camino a mis aposentos fui observando la distribución del lugar que consistía en pequeños bungalows, podríamos llamarlos, de paredes blancas y grandes ventanas, recubiertos por tejado de paja y vigas de madera, construcciones unas veces más grandes (las situadas cerca de recepción), que supuse serían los restaurantes y demás instalaciones comunes del hotel, junto a otras más pequeñas para el resto de los turistas.

Seguro que Fabiano había elegido la mejor suite y allí estábamos en una sala enorme para nosotros dos solos, con una gran cama y sus correspondientes postes en cada esquina sosteniendo la blanca mosquitera, una zona de sofás y tele de plasma (sí, de plasma, repito, en medio del desierto), con su impresionante baño, con todas las comodidades habidas y por haber, y una hermosa cristalera para salir a la terraza, bien amueblada, desde donde se podía disfrutar del jardín.

—¿Cómo has podido dudar de que no estaría cómoda en semejante lugar?
—Por fin, salté, cuando nos quedamos solos: antes, siempre con gente alrededor, no me pareció apropiado.

—Bueno, por el hotel no lo pensaba, sabía que estaría bien.

—¡Dices bien! Fabiano, te sigues pasando, esto es un lujo que no deberíamos darnos.

—¿Por qué no?

—¿Cuánto cuesta cada noche?

—Eso no se dice.

—¿Cuánto?

—No pienso decírtelo.

—Pues lo miraré en Internet, o mejor, lo preguntaré ahora mismo. —Cogí el teléfono amenazándolo.

—Haz lo que quieras, Clara, yo siempre busco lo mejor para ti, pero si no es de tu agrado podemos irnos ahora mismo.

—Claro que es de mi agrado, pero no sé, me siento fatal. Con el dinero que vamos a gastar aquí, podrías comprar miles de cosas para tu orfanato.

—Pero ¡hay que separar los dos mundos, Clara! —Me derretía mi nombre en sus labios—. Si no, será difícil vivir en ambos.

—Yo no quiero vivir en ambos. —No sé por qué dije eso.

—Ni yo quiero que vivas. Yo quiero que sigas siendo tú. Seguro que antes de conocerme, no te habrías planteado si venir o no a este hotel, ¿a que estoy en lo cierto?

—Supongo que sí —respondí después de meditarlo.

—¿Entonces? Clara, siempre has vivido en un ambiente acomodado. Tu padre es médico y tú eres una próspera empresaria, imagino que habrás estado en lugares como este antes sin culpabilidades. —No pude contestar—. Sigue igual, no quiero cambiarte.

—No sé cómo lo haces.

—¿El qué?

—No sentirte mal por gastar recursos en nosotros.

—Porque te quiero. —Eso me remató.

—Vale, es un sitio genial. —Sonreí, me acerqué más a él y le abracé—. Volvamos a empezar esta conversación.

—De acuerdo, ¿qué te parece la habitación?

—Un sitio fantástico para estar contigo, probablemente el mejor del hotel.

—Sí, es el mejor, para mi princesa, lo mejor. —Conseguía revolverme el corazón con su voz. Sus halagos derretían mi ser.

Habíamos llegado justo antes de la hora de comer, por lo que después de nuestra pequeña discusión, aunque Fabiano no consiguió reconocerlo; me regañó asegurando que aquello había sido tan solo una diferencia de caracteres, aceleramos el paso dejando abandonadas nuestras posesiones en la

susodicha habitación, llegando con tiempo al restaurante donde degustamos un estupendo bufé. Carne braseada de antílope, bistec de óryx, varios tipos de pan, huevos, salchichas, tocino..., un poco de todo. Alimentos autóctonos junto con otros habituales. Gracias a mi emergente apetito, me di un buen atracón, notando la tripa llena al cabo de una hora de ir y venir a la mesa trayendo todo tipo de alimentos. Fabiano me dejó hacer: él se alimentó, pero con mayor contención.

El café lo tomamos en la terraza de la piscina, ambos con leche y hielo, en una hermosa copa y una curiosa banderita que no entendí muy bien qué hacía ahí, si bien, estaba bueno, no era el mejor que había tomado en mi vida, aunque se dejó beber. La cafeína no me hizo ningún efecto, más bien produjo en mi cuerpo la función contraria para la que había sido ingerida: me quedé grogui en una hamaca tostándome al sol.

Cuando desperté ya no había sol: no os asustéis, no dormí tanto, aún no era de noche. Simplemente alguien se había preocupado de mi posible insolación, realizando el movimiento estratégico de una sombrilla para provocar una agradecida sombra sobre todo mi cuerpo. Supuse que ese ángel no estaría lejos, porque el viaje del astro rey en el cielo habría obligado a la rectificación en varias ocasiones del parasol.

—¿Qué tal te encuentras? —Mi protector se encontraba justo al lado mío. No le había visto hasta que escuché sus palabras.

—Pues como siempre, atontada después de la siesta. No puedo entender qué me pasa. Yo no suelo acostarme después de comer, bueno, no soy de dormir. Siempre me he tenido como una noctámbula, con pocas horas me servía; sin embargo, ahora, a cada ocasión que se tercié acabo traspuesta sobre cualquier sofá, cama o incómoda silla con el ojo cerrado.

—Es lo que tienen las vacaciones, que uno se relaja.

—Y tanto. ¿Qué has hecho tú mientras?

—Descansar a tu lado. He intentado dormir pero nada, a mí me pasa lo contrario. Además, me daba miedo que te quemaras.

—Gracias, eres un cielo, ya he visto que me has protegido.

—¡Qué menos!

—Y ahora, ¿qué te apetece hacer? Yo ya me estoy despejando. Toca safari, o eso ya lo dejamos para mañana.

—Salía un safari fotográfico, pero creo que ya llegamos tarde.

—Cuánto lo siento, ¡haberme despertado!

—Hay tiempo para todo. No hemos venido a darnos una paliza. No hay cosa que más odie que obligaciones en vacaciones.

—Pero a lo mejor nos hemos perdido algo de ver.

—Se verá lo que se pueda, en el fondo, hemos venido a pasarlo bien y estar en un coche metido luchando con el sueño, seguro que no hubiera sido de tu agrado.

—En eso tienes razón, me he quedado sopa enseguida y reconozco que me ha sentado genial.

—Podemos disfrutar del hotel, de sus jardines. Me han dicho que hay un montón de animales en ellos, y además también está el *spa*. ¿Qué te parece darnos algún tratamiento?

—Para eso estoy siempre disponible —dije dando un brinco y poniéndome de pie: me parecía un plan excelente. Me alegré de haber perdido la salida hacia el parque, prefería quedarme en el hotel. Sí, quizás Fabiano tenía razón, era una chica de ciudad.

Paseamos por las zonas verdes del complejo en donde pronto nos sorprendieron antílopes, ardillas, dikdik (nombre que me dijo Fabiano, aunque a mí me pareció un pequeño cervatillo, muy gracioso por cierto), mangostas, conejos, kudus, todos ellos pastando a sus anchas, cruzándose delante de nuestras piernas: eran unos habitantes más del lugar. Los dueños de la empresa, probablemente, habrían sido lo suficientemente inteligentes para aprovechar los animales cercanos como otro reclamo más en su página web, ya se encargarían los empleados de alimentarles y mimarles: pocos hoteles tenían en su catálogo de servicios fauna (en teoría salvaje) a disposición de sus clientes. Estoy segura de que si aquellos mismos animales estuvieran allí porque quisieran y no fueran útiles económicamente hablando, les habrían echado a patadas, envenenado o disparado. Así somos los humanos: el resto de organismos vivos pueden estar donde nosotros les dejemos, vallados, limitados o dentro de nuestros dominios, si es de nuestro interés. Nosotros, los dominantes, nos creemos los únicos con derecho sobre el planeta para explotarlo, destrozarlo y desgastarlo. Ellos, si hacen lo que decimos, bueno, vale, pueden estar; pero si crecen demasiado, son plagas; si representan una amenaza, se convierten en peligrosos; y si, simplemente, nos molestan por su olor, ruido o aspecto, les denominamos indeseables. Aquellas ardillitas tan monas, de las que nos reímos y observamos con cariño, si hubieran sido

doscientas mil, ya nos hubieran molestado con su presencia; o si la colección de rumiantes que pastaban a sus anchas por el césped se pasaban en su deglutir, seguro que el jardinero habría terminado con alguno de ellos. Incluso los lagartos y reptiles habían acabado en el *reptilarium*, porque, claro, esos eran peligrosos, e incluso aunque no lo fueran, podrían ser molestos si se introducían dentro de una cama o en mitad de un comedor.

Los pájaros, que había un motón y de todo tipo, tenían la libertad para ir y venir, sonar y cantar; al menos esos estaban menos controlados, eran más difíciles de acotar; aunque seguro que si fueran molestos, de alguna forma hubieran sido eliminados. Dejando aparte esta tremenda reflexión que acabo de lanzar en relación a nuestra naturaleza prepotente, el día me encantó: simple pero a la vez completo. Por supuesto, acabamos la jornada siendo masajeados, untados y frotados por las excelentes manos de los empleados de la parte estética del *spa*, dejando un buen puñado de dólares namibios, pero también reconozco que bien ganados.

Igual que dos malvas acabamos cargando nuestras tripas en el *Tambuti Restaurant*, decorado al detalle al estilo africano, diría más, demasiado recargado, a mi entender, de pieles, cuernos, estatuas... Parecía más un museo etnográfico que un lugar para comer, no obstante, con un excelente servicio, además de una terraza en donde me empeñé en colocarnos, bajo las estrellas, el ruido de la jauría que vivía adosada a nosotros, o mejor dicho, a la que nos habíamos pegado, con un ambiente de cuento, aunque también con unos pesados mosquitos gigantes que me devoraron las piernas descubiertas.

En el *Marula Bar* finalizó nuestra noche, acomodados plácidamente en unos sillones blancos y confortables, en mi caso con varios Martinis, cuyas copas se fueron amontonando en una mesa realizada a base de un trozo de tronco de árbol (probablemente acacia) cortado, lijado y barnizado, el cual me hubiera llevado a mi piso de Madrid, si no hubiera pesado tanto y no viviera tan lejos. Jugamos una partida de billar, yo un poco piripi acerté poco con las bolas, y mientras yo terminaba con el último Martini, Fabiano investigó por Internet (por supuesto, había conexión Wi-Fi) cosas suyas de la fundación. Yo había avisado a mis empleados que durante diez días estaría incomunicada, y aunque tuve tentaciones de mirar mi correo electrónico y Facebook, me mantuve en mis trece y conseguí retenerme a la atracción que sentí en un determinado momento de lanzarme sobre el ordenador.

Al día siguiente, no hubo otro remedio que madrugar; aunque la ventaja de

estar tan cerca del parque, como comenté anteriormente a sus puertas, evitó despertarnos antes del amanecer. El desayuno se servía temprano, tenía su lógica, quien iba hasta allí no lo hacía para quedarse en la cama; por lo que la gran mayoría de los hospedados cargamos pilas nada más salir el sol, aseados, vestidos y con la intención de entrar en el parque cuanto antes para ver y oír. En tropel, según fuimos saliendo del comedor, nos fueron montando en diferentes *jeeps*, como a los cerdos cuando les llevan directamente al matadero; aunque, claro, con muchas más comodidades y respeto... Bueno, eso creo, no sé con veracidad cómo tratan a los cerdos, a razón de que nunca he sido uno de ellos.

Lo importante, según nos informó el conductor asignado al azar, era llegar a los diversos pozos de agua a la vez que los distintos animales, pues era la mejor oportunidad para observarlos. El guía que nos fue introduciendo en la reserva estaba en contacto constante por radio con otros conductores, consiguiendo así llevarnos a varios lugares justo a tiempo para ver a los elefantes, rinocerontes y leones beber en las charcas. Yo había imaginado que el safari sería algo distinto, no sé tipo zoo. Ingenua de mí, idealicé a los animales mostrándose en su día a día, ante el coche camuflado, al cual estarían acostumbrados, y, por tanto, tratarían como a uno más de su selva. Sin embargo, por lo que pude presenciar y por las palabras de Adam (el conductor) no era para nada así, ya que los animales resultaban escurridizos y huidizos.

—Pues han tenido suerte —comentó Adam, cuando le comenté mis suposiciones y lo que en contra presenciaba— si llegan a venir dentro de un mes o dos, la cosa sería aún más complicada. Las lluvias acaban de empezar, aquí la temporada húmeda comienza en diciembre, aún no ha entrado lo suficiente como para que los animales no se vean obligados a venir a las charcas a beber; mas adelante, habrá más agua y se mueven mucho menos, el parque se inunda con un metro de agua, haciéndoles más sedentarios. Están más desperdigados y es casi imposible verlos. Lo único quizá positivo de esa época es la cantidad enorme de pelícanos y flamencos que se acercan en busca de alimento para sus crías y a reproducirse; sin embargo, las aves son más fáciles de visualizar, no sé si habrán estado en Walvis Bay.

—Sí —contestó Fabiano y asintieron algunos compañeros más.

—Pues entenderán lo que digo, con solo ir a su laguna habrán visto miles. Aquí, por tanto, podremos acercarnos a leones, elefantes e incluso si tenemos

suerte guepardos, y eso no lo encontrarán en otros lugares.

—Pues no teníamos ni idea de que habíamos acertado con la fecha. ¿Tú lo sabías? —pregunté a Fabiano.

—No, la verdad —contestó— hemos acertado por casualidad. Era cuando podíamos venir.

—Suele ocurrir —añadió Adam—. En el fondo, es normal, uno coge las vacaciones en su país cuando puede, sin saber si al que va es verano, invierno, época de lluvia o sequía—. Quitó importancia Adam, aunque yo creo, por su gesto, que en el fondo pensaba: «Qué menos que interesarse por la mejor fecha para visitar algo». Al menos yo en aquel momento lo razoné así, aunque tampoco lo había hecho antes, al igual que el resto de los blancos del coche, noticia que conocí por sus propias frases.

—Pues ya ven, yo diría que este es el mejor momento para venir. Yo si tuviera que visitarlo o me preguntaran, les diría en diciembre, a mediados, si me pidieran más precisión.

—Vaya, qué curioso que hayamos acertado —adjuntó Fabiano.

—Hace unos meses el parque estaba horrible, seco, con escasa hierba, los árboles destrozados. Un poco deprimente, la verdad, incluso el alma de Etosha, al menos para mí, el Etosha Pan, una inmensa depresión de fondo salado, estaba totalmente seca y ahora podrán verla con un aspecto mucho mejor, no piensen que será una enorme laguna, pero algo de agua contiene. En diciembre, las lluvias lo han mejorado todo, la vegetación está renaciendo, aunque no lo suficiente como para que los animales se desperdigen y sea una misión imposible encontrarles. Continúan con la misma rutina que en la época seca, bebiendo en los puntos de agua conocidos; pero, a la vez, están mucho más contentos, menos gruñones y en un paisaje más vistoso. Bueno, al menos esa es mi teoría.

—Y parece perfecta, estoy totalmente de acuerdo —añadió otro señor, a cuyo nombre no debí prestar mucha atención, porque no lo recuerdo.

—Durante la época de lluvias nos las vemos y deseamos para encontrarlos, y como pueden imaginar los turistas se frustran. Intentamos dar las explicaciones que acabo de enunciar, pero yo también los entiendo; son muchos kilómetros y dólares para luego ver menos que al lado de su casa.

Adam también me cayó bien. No fue un flechazo como con James (recordad, nuestro piloto de avioneta en Swakopmund), pero resultó cordial y

amable. Nos aleccionó a cada instante, avisándonos de que estábamos en una reserva con una extraordinaria variedad animal, siendo el principal parque de Namibia y en consecuencia de África. Con una pradera cubierta de maleza en su parte occidental y un bosque mixto hacia el este. Nos mostró manadas de elefantes, jirafas, leones, cebras, óryx, ñus, kudus, gacelas, monos, impalas y rinocerontes de cara negra; incluso conseguimos ver un guepardo y otro leopardo, un poco de soslayo, si bien, un privilegio según nos dijo el guía, aunque no sé si por veracidad o por colgarse una medalla.

El día fue largo, estuvimos toda la jornada disfrutando de la naturaleza y sus seres vivos. Comimos en el propio parque haciendo un *picnic*, bueno, nosotros no lo preparamos, lo realizaron un grupo enorme de negros que llegaron en una especie de camión, de donde bajaron todo tipo de elementos para organizar en un momento un almuerzo campestre en condiciones, con todo lo necesario para dejarnos anonadados. Incluso, caminamos por las calles de una especie de poblado donde había una etnia, la de los himba, cuyas mujeres de pechos desnudos, gruesas trenzas y alambicados adornos alrededor del cuello se hicieron fotos con varios de nosotros, entre los que me incluyo, pagando por supuesto la tarifa correspondiente, que en un principio me sorprendió, pese a que posteriormente valoré como: «hacéis bien». Allí llegarían bandadas de blancos todos los meses con la intención de llevarse una fotografía o vídeo suyo, por lo que tenía toda su lógica una contraprestación económica: «derechos de imagen», concreté. Además, el atuendo y la fisonomía que mostraban seguro que requería un profundo trabajo por su parte para mantenerla, por tanto sus honorarios, a mi parecer, estaban totalmente justificados.

Cuando regresamos hacia el hotel, el sol se estaba poniendo en el horizonte, me pareció una imagen para recordar: una bola amarilla anaranjada escondiéndose entre las centenarias acacias del Parque Etosha, a cuya sombra acudían elefantes, leones y jirafas. Me gustó el día, me llenó la experiencia, me impactó lo visto y se me grabó en el cerebro, aún lo recuerdo con cariño, es como si ahora mismo lo estuviera viendo. Me sentía feliz, y después de una merecida ducha, una ganada cena y una esperada noche de pasión junto a Fabiano, concilié el sueño aceptando que al día siguiente todo acabaría: dejaría de vivir una aventura por desiertos, océanos y selvas para regresar a Windhoek, y perdería la constante presencia de mi compañero de alcoba. Sabía que el italiano tendría que encerrarse en su asociación, que debería solucionar miles de temas pendientes, y yo me sentía demasiado culpable

como para pedirle que lo olvidara todo y siguiera centrándose en mí. Era una especie de niña pequeña antojadiza y caprichosa, una consentida señorita que solo quería su juguete para sí misma, evitando a toda costa con sus ñoñerías y lloros compartirlo. Pero por alguna razón me sentía así, estaba «enchochada», con perdón, de un hombre. Lo que nunca me hubiera llegado a imaginar acababa de ocurrir. Lo acepté, me había vuelto loca por él, al menos intentaría guardar la compostura y a nuestro regreso permitiría que volara de nuestro nido; sin embargo, eso sí, en cuanto nos fuéramos para siempre a Madrid y nos instaláramos en nuestro nidito de amor, ya fuera mi casa o una nueva, lo tendría para mí, solo para mí. Únicamente me faltaba gritar: ¡Ja, ja, ja! Como la típica bruja mala del cuento.

Inevitablemente, el 15 de diciembre llegó y como había firmado en un contrato hacía unas semanas, se iniciaba mi etapa de alquilada en un apartamento del centro de Windhoek. Abandonamos esa fecha el *Moluki Lodge* con honda tristeza, nos despedimos del Parque Etosha y por el camino, dirección a la capital Namibia, desde la avioneta, igualmente observé por última vez el desierto del Namib en todo su esplendor, sus dunas anaranjadas coloreadas por los últimos rayos del sol, enormes montañas de arena o llanuras planas, según su antojo, a cientos de metros bajo nosotros.

CAPÍTULO V: YA NO SOY UNA EN ÁFRICA: SOMOS DOS

Después de la tempestad llega la calma y a mí me llegó a los siete días de instalarme en mi nueva residencia: el veintidós de diciembre. No pude evitar pensar que en esa fecha tan señalada, media España estaría elucubrando lo que haría con la lluvia de millones que les ocasionaría el décimo o la papeleta bien guardada en el bote de la cocina, el jarrón del salón o en el cajón de la cómoda. Yo esa Navidad jugaba, al igual que todos los años, el número que comprábamos en mi clínica, y que, posteriormente, repartía entre los trabajadores a modo de participaciones de cinco euros, regalo de la casa. Algunos compraban más, eso ya a cargo de su bolsillo; y otros se conformaban con la dádiva, esperando que los cinco euritos sirvieran para algún capricho.

En mi caso, siempre me quedaba con cuatro décimos. Dos para mí, otro para mi hermano y el último para mis padres (por supuesto, regalados también). A media mañana, gracias a Internet, maravillosa conexión con cualquier parte del mundo, conocí el número agraciado, comprobando que no era millonaria; pero, al menos, el papelito que poseía tenía una numeración terminada en 5, exactamente la misma del Gordo de Navidad, y, por tanto, todos habríamos ganado lo jugado. Llamé a la oficina para hablar con mi mano derecha, mi buena compañera Raquel, concretando lo que habíamos hecho en algunas ocasiones anteriores, jugar lo ganado en El Niño para ver si tanteando de nuevo a la suerte conseguíamos atraparla.

—¿Cuándo vuelves? —Recibí la pregunta un tanto olvidada.

—No creo que tarde. Fabiano tiene unos temas pendientes y en cuanto estén cerrados cogemos billete, pero me da a mí que pasaremos las Navidades por estas tierras.

—¿Aún no tenéis fecha cerrada? —¿Pasaría algo? Me extrañaba tanta insistencia.

—No, por ahora no, ¿por qué? ¿Ocurre algo?

—No, nada, todo va de maravilla, era simple curiosidad. Bueno, la verdad, me extraña, conociéndote, que pases tanto tiempo fuera. —Raquel era íntima amiga mía, supongo que había confianza y se arriesgó a hacerme la pregunta que seguro la totalidad de mi empresa cuestionaba.

—Sí, supongo que estarán todos pensando que me he vuelto loca o que me han secuestrado aquí en África.

—Seré sincera. Yo no digo nada, pero hay miles de rumores. Ya sabes cómo somos los humanos. He oído de todo. Como entenderás me paso el día desmintiendo historias, aclarando que solo estás de vacaciones, que necesitabas una temporada sabática; aunque da igual, los bulos crecen igual que la espuma. Por eso te preguntaba si tenías fecha de regreso para así difundirla y que los empleados estuvieran más tranquilos.

—¿Tan mal está la cosa?

—Bueno, no, pero ya sabes. —Raquel daba rodeos.

—Sé clara, Raquel, que nos conocemos desde hace miles de años. Estudiamos juntas, vivimos juntas y montamos el tinglado prácticamente a medias.

—Bueno, maja, esto es solo tuyo, yo soy una simple asalariada más.

—Pero la primera, eso tiene un peso importante. Eres la más veterana con diferencia.

—¡Oye, que tengo tu misma edad!

—Bueno, no nos vayamos por las ramas, venga, confiesa, ¿qué dice la gente?

—Un poco de todo, pero últimamente hay dos corrientes: una, que estás enferma terminal y para que no te veamos has viajado a Estados Unidos para un tratamiento de vida o muerte... Bueno, que te dan unas semanas de vida.

—¡No me lo creo!

—Pues créelo, yo ya paso de decir nada.

—¿Y la otra corriente?

—Que estás totalmente arruinada y el barco ha quedado a la deriva, mientras te has largado con la poca pasta que queda.

—¡Pues no sé qué es peor!

—Las dos son malas para la moral del personal, porque piensan que de todas formas van a perder sus empleos o que en cualquier momento irán a la calle sin cobrar un duro; y para la imagen de la empresa es horrible porque da inseguridad a los posibles clientes. ¡No se van a quedar sin su médico a media gestación!

—Pero ¿cómo hemos llegado a eso?

—Yo he hecho lo imposible. —Se dio por aludida mi amiga—. Esto es imparable.

—No te culpo de nada. Debería haber acertado más este viaje o haber dado mejores explicaciones. De todas formas no te preocupes. Esto se soluciona fácilmente. Habla con Juan, el responsable de informática y comunicación, que se ponga inmediatamente en contacto conmigo. Haremos una videoconferencia y explicaré a toda la empresa la realidad. En todo caso, quiero que averigües de dónde salen esas ideas descabelladas.

—Eso es muy difícil, ya lo he intentado y por mucho que uno tire del hilo, se van cruzando, mezclando y aunque todo el mundo ha oído hablar del tema, ni idea de quién realmente lo ha empezado. Hay suposiciones, pero no creo que sea bueno culpar a nadie sin pruebas.

—Ya, pero esto me ha enfadado mucho: me gustaría saber el nombre del idiota que lo ha empezado.

—A mí me pasó lo mismo, Clara, de verdad, aunque eso que me pides es una tarea faraónica y, sinceramente, no creo que sirva de nada. En cuanto lo razones en frío verás que tengo razón. Te lo digo por propia experiencia, porque yo sentí exactamente lo mismo que tú ahora.

—Quizá tengas razón... No sé, lo pensaré más calmada. De todas formas, por favor que me llame Juan ya. En cuanto hable con él y solucionemos los temas técnicos, te avisaré para poner fecha y que todo el personal, todo, sin ni una sola falta, esté presente para escucharme, porque la bronca va a ser monumental.

—Vale, vale, ahora mismo me pongo a ello.

—Espero tu llamada.

Colgué tremendamente enfadada: estaba que estallaba. Llamé a Fabiano para desahogarme, no obstante, su teléfono contestó: «apagado o fuera de cobertura», lo que aumentó aún más mi cabreo. Di vueltas como una leona en celo por mi piso, de la cama de mi habitación, desde donde tumbada había

estado ojeando el portátil y realizado las dos llamadas, pasé al salón, rodeé la estancia, entré en la cocina americana, no me preguntéis para qué, accedí al baño, me lavé las manos y la cara, tampoco sé explicar este comportamiento, y por último abriendo con furia las cristaleras correderas aparecí en la terraza, acomodándome en una hamaca que me había comprado hacía unos días, observando los jardines y la piscina situados en el centro de la urbanización. Justo cuando aposenté mi cuerpo en la esponjosa colchoneta, cuando la sangre empezaba a dejar de hervir, sonó el móvil. Era un número larguísimo: por el prefijo supe que venía de España.

—¿Sí?

—Clara, soy Juan, me han dicho que te llamara.

—A ver Juan —me aceleré— hay que preparar urgentemente una comunicación desde aquí, pero quiero que todos me veáis, no sé, una videoconferencia o algo por el estilo. Tú eres el especialista. Quiero allí una gran pantalla para que ni un solo empleado se pierda mi rostro ni mi voz. Arréglatelas como quieras, para eso te pago. Piensa, consulta, busca ayuda, y no hace falta que repares en gastos. Quiero una llamada hoy mismo con la solución, ¿estamos?

—Estamos. Lo miro y te llamo, hoy sin tardar. —Me conocía: sabía lo que quería oír.

—Muy bien, eso espero.

No quise añadir mucho más, enfadarme con mi técnico no serviría de nada, y, además, perderíamos un tiempo muy valioso y un gasto inútil en teléfono. No era él a quien quería para consolarme. Volví a marcar el número de Fabiano, lo mismo: «apagado o fuera de...». «Maldita sea», grité. Fue el preciso instante en que me di cuenta de que no tenía otra forma de localizarle: no disponía del teléfono de Hans, ni de la asociación, ni del orfanato, ni de cristo viviente que tuviera relación alguna con él. ¿Y si me hubiera pasado algo?, ¿y si estuviera tirada en el baño desangrándome? Me enfadé aún más. Había pasado así de un plumazo de la alegría de haber acertado la terminación del gordo, al tremendo horno en ebullición de indignación que percibía dentro de mi pecho. Cogí bolso, chaqueta, llaves y por supuesto móvil, y partí a la calle. Busqué un taxi y una vez sentada dentro le di una dirección. El conductor debió de alucinar con la información recibida, pues giró su cara hacía mí con un: «*What?*».

—Quiero que me acerque al orfanato y la clínica médica que tiene la

asociación «*We Help*» aquí en Windhoek. Creo que está en un barrio por el sur.

—Señora, necesitar dirección más fácil. —Me dio a entender en su triste inglés.

—¿No conoce ningún orfanato por esta zona?

—No, señora, no.

—Ni tampoco la asociación «*We Help*».

—No, señora. —La parquedad del hombre negro seguía aumentando mi frustración.

—Pues no sé, ¿no tiene una emisora para preguntar?, ¿una central donde investigar? ¡Algo! —Subí estrepitosamente el tono. ¿Qué culpa tendría aquel pobre hombre?

—No puedo hacer más, señora.

—¡Pues vaya mierda de servicio! ¡Sois todos unos incompetentes! —grité, bajándome del coche. Supongo que el conductor pensaría que era una rica consentida y maleducada.

Después de un momento de indignación en la acera, tremendamente contrariada, me di cuenta de mi descortés comportamiento. ¿Cómo iba aquel buen señor a llevarme a un lugar del cual no tenía una dirección? Respiré hondo varias veces, calmé mis nervios y retomé el camino hacia mi apartamento. Allí, decidí localizar en el portátil unos datos más concretos para dar al siguiente taxista. Una vez abierta la puerta, de camino en busca de mi ordenador sonó el móvil.

—¿Me has llamado Clara? —escuché una voz antes de contestar.

—Hombre, Fabiano, contigo precisamente quería hablar. Me tienes super enfadada.

—Pero ¿qué he hecho?

—No estar al teléfono.

—Bueno, eso no es ningún delito.

—Pues sí, ¿y si me estuviera desangrando?

—Venga, Clara, menuda tontería. Podrías también llamar a una ambulancia. ¿Pasa algo grave?

—Pues que necesitaba hablar contigo, y me he dado cuenta de que la única

forma de comunicación que tenemos es un simple número de teléfono, el cual precisamente hoy estaba apagado. No tengo con qué localizarte, no sé dónde está tu clínica ni ningún teléfono de algún amigo tuyo. Me encuentro aquí aislada, en un país desconocido, con solo tu persona como contacto. Al menos, en el hotel estaba más protegida... —Mi cabreo iba subiendo y el italiano lo notó.

—Vale, vale, tranquila, si es por eso, no hace falta discutir: ahora mismo te doy el teléfono de aquí, de Hans, la dirección..., lo que tú quieras, pero no te pongas así... Me estás asustando.

Fabiano tenía razón, estaba alocada e injustamente primero lo había pagado con el pobre taxista y ahora con él.

—Muy bien, pero quiero ir a conocer tus instalaciones.

—Ya lo hemos hablado, no creo que sea conveniente...

—¿Por qué? ¿Escondes algo?

—¡Pero qué tonterías dices! Clara, se te está yendo la cabeza.

—Entiendo tus razones para protegerme, para tenerme aquí en palmitas, pero empiezo a pensar que me escondes, que no quieres que nadie de tu entorno me vea. No tengo relación con otros, solo contigo.

—Bueno, también con Hans.

—Pero prácticamente nada.

—Entonces cambiaremos las cosas, pero no te pongas así. Yo no tengo ningún problema en que vengas, en presentarte a mis compañeros.

—Pues lo parece. —Me estaba explayando—. Cada vez que te lo comento, me sales con lo mismo y empiezo a pensar mal.

—*Ok*, vamos a zanjar este tema que me está resultando bastante psicodélico, sobre todo porque me lo sueltas así de golpe sin venir a cuento. —También empezó a malhumorarse él, y eso que era bastante tranquilo—. No sigamos dando vueltas a una tontería —relajó el tono— busca un coche y te vienes para acá.

—Eso he intentado, no te creas, pero ni siquiera sé dónde estáis.

—Si quieres mando a alguien a buscarte.

—Tampoco vais a perder el tiempo de esa forma. —Me fui yo también retrayendo—. Ya cojo yo un vehículo. Dime la dirección.

Mi teléfono sonó con un *tic*, el mismo *tic* característico de cuando tenía

otra llamada. «Juan», pensé.

—Ahora te vuelvo a llamar. Tengo una comunicación importante por la otra línea.

—Vale, pero de verdad, si quieres voy yo mismo a buscarte y te traigo.

—No, no es necesario, ahora hablamos de nuevo —corté, me interesaba no perder la otra llamada.

Colgué a tiempo de retomar a Juan, quien esperaba retenido.

—Dime, Juan, ¿tienes la solución?

—Solucionado, jefa, todo preparado.

—Cuéntame.

—He estado hablando con el operador de Internet que tienes allí. Haremos una videoconferencia desde tu portátil. ¿Tienes *webcam*?, ¿verdad?

—Sí, claro. —Estaba escueta en las contestaciones.

—Entonces será fácil. Te estoy enviando ahora mismo por *email* los programas a activar, no tiene mucha dificultad, pero lo podemos hacer a la vez. Yo desde aquí por teléfono te iré ayudando. Cuando lo tengas todo preparado, es solo colocarte en el lugar que veas más idóneo, seguir mis pasos y aquí estará todo listo: una gran pantalla conectada a mi ordenador donde recibiremos tu imagen y sonido. Lo hemos organizado en la sala de reuniones, allí podremos fácilmente instalar al personal. Raquel quiere hablar contigo.

—Pásamela.

—Hola, Clara, estoy intentando localizar a la plantilla. Hemos pensado que quizá a las tres, hora de mediodía, sería la mejor, porque hay pocas consultas y los que hoy tenían libre podrían acercarse. No te puedo asegurar a la totalidad del personal, los que hoy no trabajan en el fondo no tendrían obligación de venir, y aunque tengo a varias personas con teléfono en mano venga a marcar números, seguro que alguno no será localizado o simplemente le será imposible llegar.

—Eso lo entiendo, aunque de todas formas, remarcar el carácter tremendamente importante de la reunión. Además, si hay esos bulos circulando por ahí, la gente se imaginará lo peor y seguro que ya pondrán de su parte para ir.

—Queda poco tiempo, quizá si quieres lo retrasamos para mañana. Por la tarde lo hemos descartado, porque dejaríamos a los pacientes sin atención, y

ya sabes que las tardes son muy liadas.

—Me parece perfecto a las tres; faltan casi dos horas, hay tiempo de sobra. Si luego empezamos un poco más tarde no pasaría nada, lo importante es ir convocando a la gente, y bueno, yo aquí prepararlo todo. Tú sigue con lo tuyo, haz lo que puedas por llevar al máximo número de empleados, supongo que después el boca a boca terminará la faena. Ahora pásame con Juan.

Me olvidé totalmente de Fabiano. Mi enfado se esfumó como si se hubiera evaporado por los poros de mi piel, centrándome en la tarea de acoplar a mi portátil todo lo necesario para el evento a realizar en apenas dos horas. Con la ayuda al teléfono de mi técnico, un tío increíblemente preparado que llevaba a sueldo de mi empresa prácticamente desde que el tamaño de la misma me llevó a la decisión de contratarle, no tuve grandes problemas. Costó su tiempo, pero Juan era un genio y con paciencia e indicaciones precisas me fue llevando por el perfecto camino. Una vez convencidos ambos de que todo estaba listo, con prueba incluida que verifiqué la conexión disponible, colgamos por fin la llamada que probablemente costaría un riñón (ya lo vería a mi regreso en la factura), dedicándonos cada uno a lo nuestro a miles de kilómetros de distancia. Por mi parte, adecenté mi presencia: era la dueña de la empresa, la fachada de la Clínica Montes, debía dar una excelente imagen. Además, si una buena parte de mis empleados me veían medio muerta en una camilla; y, otros, con la línea bancaria en números rojos, qué mejor forma de desmentirlo que presentándome con un aspecto excelente, sano, seguro y sin preocupaciones.

Me puse el mejor atuendo que encontré: no había traído ropas excesivamente elegantes, si bien, una siempre tiene un as en la manga. Cepillé mi melena lisa y rubia dejándola brillante; maquillé mi rostro, pálido en condiciones normales por mi piel traslúcida, pero un poco dorado actualmente por el sol africano; y, por último, no me preguntéis por qué, puesto que a través de las ondas que yo sepa no circula el olor, me embadurné de mi perfume favorito, Chanel nº 5 (soy una niña pija madrileña, recordad), fragancia que por algún motivo oculto me daba seguridad para esos saraos.

Entre medias de mi preparación, Fabiano me llamó, lógicamente preocupado, ya que había quedado en responderle en unos minutos y habían pasado casi dos horas. Me deshice de él rápidamente, estaba muy liada, aunque me costó. En el fondo me imaginé al pobre venga a llamarme durante tanto tiempo y yo venga a comunicar. Le expliqué por encima el tema, y le

prohibí entrar en mi apartamento hasta que yo le avisara para que no estropeará la reunión, y con pocos más datos le dejé con la palabra en la boca y un tanto ensimismado. Ya lo solucionaría más tarde, teníamos mucho de qué hablar, pero ahora, no era el momento.

A las tres menos cinco volví a ponerme en contacto con España, esta vez de la forma que me había enseñado Juan. Al final de aquel día terminé siendo una experta en telecomunicaciones internacionales. Mi pantalla se dividía en dos, a la derecha veía a mi interlocutor en tamaño grande, y a la izquierda a mí misma en un cuadrado más pequeño. Me dio la sensación de que estaba horrible; no obstante, también comprobé que Juan aparecía bastante desmejorado, y el chico era un hombre atractivo al natural. Dicen que la tele engorda, pues yo confirmo que las videoconferencias te hacen vieja y fea. Bueno, no había tiempo para pensar en esas tonterías, por lo que con mi cara constante en la gran pantalla, instalada en la sala de reuniones, pude apreciar cómo se fue llenando el aforo. Poco a poco el lugar se fue saturando de batas blancas, hombres y mujeres vestidos de calle, uniformes verdes y otros con el atuendo propio de la clínica. La caras eran difíciles de apreciar, por lo pequeño de la imagen, pero pronto comprobé que el lugar quedó prácticamente completo. A las tres y diez, Raquel pronunció unas palabras que con anterioridad habíamos concretado, poniendo al público en situación y dándome paso. Fue el momento de mi intervención, el silencio en la sala resultó tan sepulcral que reconozco me intimidó. Cogí aire y comencé el discurso ideado en apenas tiempo. Soy una mujer de negocios, acostumbrada a hablar en público con textos preparados y, por supuesto, improvisados, nunca he tenido problema con ello; sin embargo, siempre en ese preciso instante, antes de iniciar un discurso ante tanto público, el estómago hace *plog*, si bien, enseguida vuelve a su posición. Esperé a que ello ocurriera y comencé.

—Quería que hoy estuvierais todos reunidos por varias razones. Han llegado a mis oídos informaciones que me han defraudado y preocupado. No sé de dónde habrán salido esas mentiras, pero ni estoy enferma ni la empresa está en quiebra. —Para qué dar rodeos, en el fondo estaba allí para solucionar ese tema y el tiempo era oro, no solo por el coste de la comunicación, que seguro sería lo suyo, sino por los miles de euros de mano de obra parada que tenía ante mí—. Como os comuniqué hace unas semanas, me he venido de vacaciones a Namibia. Me parece indigno que tenga que daros explicaciones de mi vida privada, aunque viendo cómo se han puesto las cosas, no me ha quedado otro remedio que montar esta reunión para aseguraros de que mi

ausencia es simplemente eso: unas vacaciones. En los cinco años de antigüedad que tiene la Clínica Montes no he faltado días, he estado al pie del cañón a todas horas en jornadas interminables, y ahora que he decidido ausentarme, porque pienso me lo tengo merecido, salen esas tonterías que he tenido que escuchar hoy. Pues bien, repito, estoy totalmente sana, en plenas condiciones físicas y mentales, la empresa va de maravilla, todos tenéis vuestro trabajo y sueldo perfectamente asegurado, y no quiero volver a oír absolutamente nada sobre este tema. Me he indignado profundamente al enterarme. Voy a pasar página, al igual que espero hagáis todos vosotros. No intentaré averiguar él o los causantes de esos bulos; aunque aviso, si a partir de ahora vuelven los cotilleos y me entero de un solo nombre como provocador de los mismos, transmisor de ellos o simplemente elucubrador, que vaya recogiendo sus cosas porque terminará de patitas en la calle. —El silencio fantasmagórico de mi comienzo había dado paso a la nada absoluta, solo se oía mi voz. El público había desaparecido literalmente, casi ni se movía, tuve la tentación de preguntar si la conexión seguía existiendo, temí estar hablando a la nada; sin embargo, un gesto de Raquel animándome a continuar me dio a entender que estaba todo aclarado—. Ahora, cada uno volver a vuestros trabajos o a casa. Os agradezco a todos vuestra presencia, en especial a aquellos que tenían hoy el día libre, y vuelvo a remarcar mi malestar, enfado y, sobre todo, asegurarme de que esto no vuelva a ocurrir. Además de mi molestia, que ya no tiene solución, está el daño que se haya podido causar a la imagen sólida y fuerte de esta empresa, que no olvidemos es la que os paga cada mes. Siempre he estado muy contenta de vuestro trabajo, sois unos excelentes profesionales, los mejores, cada uno en vuestra materia y no quiero que paguen justos por pecadores; sin embargo, también espero que entre todos podamos limpiar el daño a la imagen segura que tiene nuestra clínica. Espero vuestra colaboración en este tema. Desde la dirección pondremos todos nuestros medios en funcionamiento para aclarar lo sucedido, y yo no tendré otro remedio que intentar regresar cuanto antes para reafirmar lo dicho. Si alguien tiene algo que aportar, este es el momento.

Yo creo que si una hormiga hubiera andado aquel día por la sala de reuniones, la hubiéramos oído. Dejé unos segundos más, sé que el silencio era tremendamente incómodo para los presentes, sobre todo para los más culpables y disfruté de ese instante.

—Muy bien, ahora cada uno a lo suyo y pensar en todo lo que he dicho. Pronto nos vemos. —Di al botón correspondiente, como me había dicho Juan,

no quería que mi imagen se viera más, pero sí verlos a ellos. Así se lo había preguntado a mi técnico: «Quiero quitar mi rostro de la pantalla en cuanto acabe, pero preferiría seguir viéndoos», situación que tan solo conocíamos él, Raquel y yo.

Me quedé un buen rato en la silla observando al personal ir saliendo cabizbajo de la sala, algunos hablaban, otros callaban, y aunque la imagen no era muy nítida y la pantalla pequeña, saqué muchas conclusiones en aquel momento. Cuando el salón de actos se quedó vacío, Juan y Raquel permanecieron a la espera de mi nueva aparición.

—Espero que ahora la gente sepa comportarse debidamente —añadí mi voz a la imagen que se presentó en pantalla.

—No creo que haya más problemas, lo has dejado suficientemente claro, creo yo —adjuntó Raquel.

—Estoy contigo —apoyó Juan.

—Habéis hecho un buen trabajo compañeros, espero que no tengamos más problemas. Veré cómo concreto la fecha de mi vuelta para que la vayáis notificando. Juan, ¿tengo que hacer algo para desactivar todo esto?

—Ahora te ayudo, jefa. Si te parece, lo dejamos preparado por si fuera necesaria una nueva comunicación.

—Me parece perfecto. Raquel, ya te puedes dedicar a lo tuyo, me quedo con Juan solucionando esto, igualmente, por favor, mantenme informada de las posibles consecuencias y, por supuesto, sigue trabajando en el lavado de imagen que hemos planeado.

Pasé otro buen rato con el informático hasta dejar el asunto solventado, momento en que me relajé de nuevo en la hamaca de la terraza, cerrando los ojos para intentar devolver a mi alterado cuerpo a su posición habitual. Sin embargo; la relajación no duró mucho, puesto que di un brinco para observar la hora del reloj: las cuatro y cuarto. ¡Fabiano!

Me lancé de nuevo hasta la mesilla de mi dormitorio donde se estaba cargando el móvil: tanto uso le había dejado sin batería. Comprobé diez llamadas perdidas, todas de él. Había sido imposible escucharle: mi teléfono descansaba a puerta cerrada con el volumen silenciado para evitar interrupciones durante mi reunión. ¡Pobre Fabiano, a saber dónde estaba!

—Hombre, Clara, ¡por fin! Estoy aquí como un perro tirado en la calle.

—Lo siento, lo siento muchísimo, ha sido una mañana horrible. He quitado

el sonido del teléfono y no he visto tus llamadas hasta ahora mismo.

—¿Ya puedo subir?

—Claro que puedes.

—Pues subo. Estoy en el bar de enfrente desde hace unas horas.

—Ay pobre, venga vente.

Me sentí tremendamente culpable, seguro que habría venido a toda prisa para apaciguar mi enfado, y al no recibir contestación por mi parte y con el veto que le había impuesto ante la posibilidad de subir, estaría abandonado como acababa de asemejar, igual que un perro tirado, esperando inútilmente a su dueño.

En cuanto le abrí la puerta, se me pasó el pequeño poso que me quedaba de malhumor, le abracé y besé, y él no me echó en cara absolutamente nada más: por supuesto yo actué igual. Había sido un mal día. Una tontería, concretamos, según yo le fui informando de cada una de las sorpresas que había ido recibiendo desde la mañana, de mis actos desesperados posteriores y de mi resolución certera para tomar el control de mi empresa. Hablamos tendidamente sobre el asunto y cuando yo terminé de narrarle mi percance, Fabiano tomó la palabra para referirse al otro tema un tanto olvidado.

—Hoy me has dicho una cosa horrible, Clara. —Yo lo había intentado olvidar, pero estaba claro que él no—. Me has acusado de que quiero esconderte y me ha dolido.

—Estaba tremendamente cabreada, no me hagas caso, he dicho estupideces. Sé que no quieres esconderme.

—Ya, pero me has dejado helado y además puede que tengas parte de razón. No quiero que te mezcles con el dolor que existe por estas tierras. Te quiero tanto que deseo evitar que sufras; aunque si tú quieres, puedes venir cuando desees al orfanato. Es más. —Sacó un papel del bolsillo—. Aquí he apuntado el teléfono de Hans, de la clínica y su dirección. Del resto de personal no me he atrevido, porque en el fondo son sus números privados. En la clínica a veces no contestamos porque estamos liados, pero con la dirección es imposible no encontrarnos.

—Te lo agradezco y si no te importa necesito ir a verlo. Que me presentes a tus compañeros, que me enseñes las instalaciones, incluso si es necesario, yo soy médica, no lo olvides, podría ayudar... Lo necesito.

—Está bien, mañana mismo, si quieres, te vienes con nosotros.

—Me parece perfecto. Otro tema a fijar es la fecha de nuestro regreso. — Achuché un poco, necesitaba saberlo.

—Aún estoy muy liado. Quedamos en esperar la entrada del año.

—Sí, pero con los nuevos acontecimientos necesitaría ir dando una fecha para que mis empleados la conozcan y se calmen los ánimos.

—Bueno, déjame que lo piense. Lo hablaré con Hans. Como te comenté quería irme para no volver en tiempo. —Esa frase me llegaba al corazón—. Y así instalarme en Madrid contigo. —Aquello me remató.

—Está bien, yo aguantaré lo que pueda, pero hay que ir pensando en un día señalado.

* * *

A la mañana siguiente de nuestra pequeña discusión, nos dirigíamos a primera hora en el coche de Fabiano camino hacia una barriada al sur de Windhoek, ocasión que me sirvió para empezar a descubrir que todo el monte no es orégano, y que el estilo de la ciudad cambiaba considerablemente de una zona a otra. Los altos, modernos y atractivos edificios se fueron convirtiendo en penosas estructuras de ladrillo que se iban degradando hasta transformarse en chabolas de cartones, chapas o restos mezclados de materiales. Estaba claro que «*We Help*» había dado en el clavo con la ubicación de sus instalaciones: no hacía falta indagar mucho en aquel lugar para comprobar que los servicios básicos para la supervivencia eran francamente escasos.

—Como verás, aquí no llega el dinero estatal —me dijo Fabiano— existe la descabellada idea de que los pobres están habituados a esta forma de vida y que pocas son sus necesidades. Consideran que para hacer próspero el país se necesita traer la inversión internacional, tener una imagen de desarrollo con buenas infraestructuras y lugares estratégicos que mostrar. Piensan que estas gentes no necesitan sanidad ni educación ni vivienda, que en el fondo son una panda de nómadas que llevan toda su vida malviviendo en el desierto, y que aquí incluso están mejor atendidos, porque al juntarse en grupos la ayuda de ONGs y asociaciones sin ánimo de lucro llega mejor.

—Pues menuda mentalidad más prehistórica. Me recuerda a la teoría de la raza superior de los nazis.

—No nos metamos en ese tema que ya sabes que en este país hay mucho alemán y sería una acusación demasiado fuerte.

—No me refiero a que sean unos nazis, por lo que he visto han hecho grandes avances en Namibia. Han traído su trabajo, cultura, tecnología y dinero, eso no tiene discusión, pero sigo teniendo la sensación de que hay una diferencia de clases. Tú mismo lo has confesado.

—Sí, no puedo negarlo, mira, allí está.

La construcción resaltaba sobre el resto con claridad. Era una gran nave de ladrillo, bien formada desde su base, con tejado de cerámica, ventanas y puertas no excesivamente boyantes, pero sí decentes; rodeada en todo su contorno por tierra, hierba, un espacio reservado como aparcamiento para coches, y un pequeño jardín más cuidado; separado del resto de viviendas por una valla de alambre, solo traspasable a través de una gran puerta abierta en ese instante, por donde entró nuestro coche, topándonos con una de las paredes del edificio, su lado corto, en el que un cartel remarcaba: «*We Help*» y debajo en letras de menor tamaño: «*Children's House*» y «*Medical Clinic*».

Fabiano dejó su coche junto a otros dos: la especie de furgoneta con la que Hans nos había recogido de nuestros distintos viajes; y otro pequeño vehículo para uso del personal cuando fuera necesario, según me dijo. Bajamos del auto y fuimos andando, estábamos cerca. Nos pusimos delante del edificio por su lado largo. Era un espacio enorme dividido en tres sectores muy marcados, con puerta exterior independiente, pero a la vez con comunicación interior. Cada una de estas tres oquedades de entrada estaban señaladas con un cartel indicador en su parte superior con las siguientes palabras: *Clinic, Dining room, Beddrom*. Lo que venía a decir: Clínica, comedor, dormitorios.

Accedimos a la clínica, la puerta nos la abrió el médico holandés, al parecer estaba avisado de mi llegada y me trató con cortesía, simpatía y educación. Me había caído bien el hombretón rubio desde el primer día; mas durante aquella jornada terminó de rematar mis calificativos hacia él. Como médico, pronto recogió el testigo para mostrar a una colega sus dominios. Primero cruzamos una sala grande, llena de sillas y por supuesto gente de raza negra, sentada o de pie, sobre todo mujeres con niños, bebés o embarazadas. Posteriormente, fue abriendo puertas para enseñarme las tres consultas comandadas, una por él, de medicina general, siempre disponible donde

terminaba atendiendo todo tipo de dolencias y casos; otra, más específica para pediatría, controlada en ese momento por Katherina, pediatra, una chica (no podía llamarla mujer, era por supuesto mayor de edad, pero tenía un aspecto tan juvenil que resultaría casi imposible utilizar con ella el apelativo de señora), en ese justo momento auscultando a un bebé llorón tumbado en una camilla; y, la última estancia, dedicada a la maternidad, con la ginecóloga Guadalupe, mexicana, graciosa y diminuta, también atendiendo en este caso a una embarazada. A ambas las conocí más intensamente con posterioridad, cuando finalicé la ronda por todo el edificio. Según me explicó mi guía, Katherina y Lupita (que era como llamaban amigablemente a la mexicana) formaban parte de una colección de altruistas que se iban sucediendo según finalizaban su voluntariado. No tenían una obligación de meses o años para prestar sus servicios.

—Unos vienen para una temporada corta y se quedan un año —me explicó Hans—. Otros piensan en estar tiempo y se van pronto, no les ponemos límites. Entendemos la dificultad en el cambio de medios, cultura, país... Les damos vía libre, y en ningún momento ponemos malas caras si quieren irse antes de tiempo. Es una pena tener que ir cambiando de profesionales, pero no nos podemos permitir pagar un sueldo fijo. Demasiado que vienen de forma gratuita. Les damos manutención y alojamiento y una paga, que podríamos llamar propina para sus gastos, aunque poco más.

—¿Y todo el personal está así?

—Casi todo. Es el modo más eficaz de poder rentabilizar al máximo nuestros recursos. La mano de obra especializada es muy cara, y si tuviéramos que pagar al personal cualificado no tendríamos para el orfanato y ese servicio es imprescindible.

—Tiene que ser tremendo controlar todo esto, ¿cómo te apañas? -pregunté a Hans, impactada por lo complicado del trabajo.

—Uno se va haciendo. La gente que viene arrima el hombro con ganas desde el primer día, es lo bueno de tener sangre nueva cada poco. Katherina lleva con nosotros desde hace cuatro meses, probablemente, se quedará dos más, y después ya tenemos sustituto, un chico chileno. Si hubiera estado aquí podrías haber hablado en tu idioma con él. Nosotros a ver cómo nos las apañamos, porque nos ha dicho que de inglés poco, aunque supongo que ya irá aprendiendo. Con Lupita te entenderás bien, ella maneja el inglés, pero seguro que agradecerá volver a su idioma.

—Katherina, ¿de dónde es?

—Rusa.

—Nada menos.

—Yo creo que hemos tenido de casi todas las nacionalidades, hay un tanto por ciento muy bajo de profesionales de la salud que se animen a esta aventura, por ello, hay que ir buscando en todos los países para poder cubrir las plazas.

Además de Lupita y Katherina, existían en ese momento tres enfermeras, una para cada médico, encargadas de la organización de los pacientes. El trío de mujeres, en este caso británicas, a las que me presentaron y con las que entablé una pequeña conversación me resultó muy agradable. Eran amigas, habían finalizado juntas sus estudios y antes de buscar trabajo en su país, después de concretarlo con sus respectivas familias, habían visto el anuncio de «*We Help*» en Internet, y no lo habían dudado mucho más. Estarían un año, llevaban más o menos la mitad y me parecieron joviales, alegres, aunque a la vez un poco tímidas, muy parecidas: si me hubieran dicho que eran hermanas, lo hubiera creído, rubias, con la cara anaranjada, gorditas, altas y no muy guapas.

El número de médicos y enfermeros variaba según la disponibilidad, en ocasiones subía o bajaba, si bien, solía ser siempre alrededor de lo que presencié ese día. Después de ver las consultas, su personal y los materiales, que por cierto me resultaron tremendamente obsoletos, como de la época de mi padre, accedimos a la siguiente sección: Comedor. A este se podía entrar desde la calle o por una puerta situada en el pasillo de la zona de consulta, normalmente cerrada con llave, como me informaron, para el uso del personal más implicado. El lugar donde se llevaban a cabo las comidas era una enorme sala con mesas rectangulares alargadas, colocadas en dos líneas, bancos a ambos lados de ellas y pasillos separando las dos zonas para facilitar su acceso; mas otra estancia, más reducida, que hacía las funciones de cocina y despensa de alimentos, donde conocí a una buena colección de hombres y mujeres, todos de raza negra, con los que pude intercambiar escasas palabras a razón de su desconocimiento del inglés. Tal y como me explicó Fabiano, mi guía en ese instante, a los médicos les habíamos dejado con sus quehaceres que eran demasiado importantes como para entretenerles más de la cuenta, el personal de cocina era todo de los barrios cercanos, y ellos sí recibían un sueldo al cual podía hacer frente la organización, porque era mucho menor que

el que pudieran llegar a cobrar profesionales.

—Pues es un poco injusto que cobren menos por no estar preparados o ser negros.

—Yo no he dicho eso, Clara. Nosotros cogimos de la calle a los más necesitados, a madres viudas o abandonadas por sus esposos que no tenían formación, a hombres tullidos que no les querían en ningún lugar, les formamos con paciencia, y ahora que pueden ejercer su trabajo, les damos una cantidad justa para que ellos sobrevivan y nosotros pagarles. Si damos menos, contratamos a más personas y por tanto llegamos a más familias. Para ti será una injusticia, pero para ellos ha sido la salvación. Muchos vienen cada día pidiendo una oportunidad y no podemos ofrecérsela a todos.

—Vale, vale, me has convencido, te he entendido mal. —Estaba claro que había metido la pata hasta el fondo, y Fabiano se lo había tomado como un ataque. ¡Tampoco era para tanto! O sí. Me sentí una niña rica tonta, igual que me venía pasando desde mi llegada a Namibia.

—Para el cuidado de los niños nos ocurre lo mismo, hemos ido tirando de gente como esta. Aunque en ese caso tenemos mucha ayuda de los propios niños. No es que les hagamos trabajar —añadió rápidamente viendo mi gesto desconcertado— y menos a los más pequeños, pero según van cogiendo edad, les educamos para que ellos solos sean capaces de poderse cuidar. Por desgracia son huérfanos, no tienen a nadie en la vida, y aunque nos cueste aceptarlo no podemos encontrarles una madre a cada uno.

—Podrías intentar buscar el camino de las adopciones.

—En eso preferimos no meternos como entidad. La adopción de niños es competencia de las instituciones gubernamentales y no se nos permite como organización privada, aunque sea sin ánimo de lucro, inmiscuirnos. Eso sí, estamos dentro de sus proyectos y nuestros niños inscritos en sus listas, pero es muy complicado.

—Pensaba que habría más demanda de niños.

—De bebés sanos y pequeños supongo que sí, pero ya verás que nosotros acogemos a los que nadie quiere: criaturas con sida, deformados, minusválidos o demasiado mayores para acceder a una familia.

—Bueno, al menos os tienen a vosotros.

—Sí, algo es algo.

—Y para el orfanato, ¿no tenéis voluntarios?

—Sí, tiramos de profesores, educadores o simplemente jóvenes comprometidos que vienen por unos meses para echar una mano. Siempre hay alguno. Ese es sobre todo mi trabajo, conseguirles con campañas por la red o en los propios países, con charlas en universidades, institutos..., bueno, donde se pueda.

—No me imaginaba que hubiera gente tan solidaria, la verdad, yo no me hubiera venido hasta aquí cuando terminé la carrera ni obligada.

—Eso es lo bello de la naturaleza humana, que cada uno somos de una forma de ser y hay gente para todo.

—Entiendo lo que pretendéis: evitar depender en vuestra totalidad del voluntariado.

—Exacto, los voluntarios en cualquier momento pueden fallar, y, por ello, intentamos inculcar a los niños, desde pequeños, que somos una gran familia y hay que ayudar. Cada uno a su manera, los grandes apoyando a los chicos y todos haciendo lo mejor posible sus tareas, de esta forma otros no tienen que venir a hacérselas.

—Me parece una política perfecta, una educación muy favorable para su futuro, que probablemente será incierto.

—Sí, aquí hay pocas oportunidades laborales: si eres negro, con escasa educación y, además, con sida u otra enfermedad lo tienes complicado.

—¿Hay muchos niños con sida?

—Por eso empezó esta fundación, para acoger la avalancha de niños huérfanos con padres muertos por sida y muchos de ellos con el virus como herencia.

—¡Qué triste!

—Ven, vamos a verles, verás que ellos son felices con lo que tienen. De verdad, aquí están bien, están a gusto.

Cruzamos desde el comedor a los dormitorios. En la anterior sala no habíamos encontrado rastro de los niños, el desayuno había pasado y tan solo permanecían los empleados recogiendo y comenzando el siguiente asalto: la comida. Fabiano me informó que ofrecían cuatro manutenciones: desayuno, comida, merienda y cena. Lo cual, aunque normal en mi país, era un privilegio para una zona en la que los más necesitados podían comer una o ninguna vez al día. El comedor atendía prioritariamente a las criaturas y los profesionales del mismo; sin embargo, se intentaba cocinar la mayor cantidad posible de

alimentos con los recursos disponibles, para abrir la puerta una vez finalizado el turno de los internos, dejando paso a la larga fila de necesitados que cada jornada se empezaba a formar a última hora de la mañana.

Al acceder por la puerta interna hasta el área reservada para las cunas y camas, me sorprendí por el maremágnum de chiquillos negros, de todas las edades, dando vueltas por tan diminuto lugar. Y no es que la sala fuera pequeña, sino que había tanto crío que la disminuía de tamaño. En total encontré cuatro cuartos: uno lleno de cunas para los bebés, normalmente hasta los tres años; otro para las niños de esa edad en adelante; el siguiente para los mayores; y el último, utilizado por el personal voluntario, y la parte del personal externo que no tenía donde vivir fuera de la residencia. Fabiano me informó que había suficientes camas para todos, pero habían tenido momentos complicados en años anteriores.

—La situación económica y sanitaria ha mejorado en parte la avalancha de huérfanos. Hace unos años fue catastrófico, no sabíamos dónde meterlos, dormían dos y tres por colchón. Ahora la cosa está mejor, hemos ido colocando a los mayores y van entrando menos pequeños. Hicimos de todas formas un anexo para los empleados del centro. —En efecto, el edificio que me había parecido un rectángulo perfecto a primera vista, tenía una protuberancia en forma de cuadrado por la parte de atrás de su lado largo, la cual pude comprobar desde dentro mirando por una ventana—. Esta nueva construcción nos sirvió para ocuparla con los trabajadores, y así ganar metros para los niños.

Me mostró también los servicios, con aseos y duchas: muy limpio y colocado. Me resultó increíble teniendo en cuenta la cantidad de pequeños que convivían en aquel lugar, y lo que lógicamente mancharían. Se lo comenté y me sorprendió la contestación.

—Son muy responsables. Ya te dije que intentamos hacerlos así, y, además, cuando uno no se porta bien, enseguida el resto le hace el vacío y ejercen de padres regañándole. Somos una gran familia.

Estaba encantada y anonadada, lo que ya me remató fue la última puerta que abrió mi acompañante, una sala a la que solo se podía acceder desde los dormitorios y que no tenía entrada por la calle, únicamente ventanas. Un espacio fantástico donde los niños podían jugar, dividido sin necesidad de paredes por edades: en una esquina juguetes para los más pequeños, balancines, peluches, corre pasillos, mantitas de suelo, una pequeña piscina de

bolas, juegos de luces, colgantes de techo..., y varios bebés practicando con su posesión; en el lado contrario, cachivaches para niños, cocinitas, puzzles, cuentos, mesitas con sillas alrededor, donde algunos pintaban, otros formaban esculturas de plastilina o simplemente leían, muñecas, carricoches, un perchero con disfraces, construcciones, camiones y coches..., un edén para los peques; y, al fondo, mesas con sillas de tamaño normal, para los mayores, incluso con cuatro ordenadores del año la polca, eso sí, los cuales eran motivo de riña diaria, según me explicó Fabiano.

—Hemos tenido que hacer turnos y no veas cómo los llevan, hay una lista con sus nombres en la pared y ellos mismos tienen un control absoluto de a quién le toda cada hora. Me gustaría tener más, pero poco a poco. Todo lo que ves por aquí lo he ido consiguiendo por medio de las donaciones, campañas en países europeos, familias pudientes de la zona... Los ordenadores son de hace unos meses: una empresa de la capital estaba cambiando el material de sus oficinas y nos los regalaron. La verdad es que antes no me lo había planteado. Ahora ya tengo avisadas a otras compañías, y no creo que tengamos dificultades para conseguir más, porque la obsolescencia es tremenda en informática y es habitual cambiar de equipos. Tuvimos impresoras, pero hubo que quitarlas, la tinta resultaba demasiada cara y es mucho mejor gastar en comida. La luz que consumen las computadoras nos preocupa, por eso hacemos turnos para que no estén todo el día encendidas, y como no tenemos escuela intentamos suplirlo con esto.

—¿Tenéis conexión a Internet?

—Pues eso es otra cosa que pensé instalar, en el fondo, en mi oficina la necesitaba, y después de hablar y llorar a la compañía, me dejaron una posibilidad bastante económica para tener una red Wi-Fi, de tal forma que todos los equipos pudieran conectarse.

—¡Es maravilloso para los chicos! Estarán enganchadísimos.

—De ahí este papel. —Me mostró una hoja con nombres, bastante difíciles de pronunciar—. Ya te dije que lo llevan a rajatabla.

—Qué complicado es manejar todo esto.

—Tiene su cosa, pero uno se va haciendo. Al principio me costaba, y reconozco que me daba vergüenza lo de pedir, aunque ya me he hecho. Dice Hans que tengo más cara que espalda y está en lo cierto. No me importa suplicar para mis huérfanos, es un buen motivo por el que bajarse los pantalones.

Creo haber confesado desde hace ya muchas páginas que estaba locamente enamorada de Fabiano; sin embargo, aquel día, el termómetro de mi pasión subió hasta que el mercurio salió disparado. Me gustaba su físico, me atraía su cuerpo, me eclipsaba su gracia y, además, me impactaba su personalidad, fuerza y seguridad. Podría haber comido de su mano, como un pajarito amaestrado, convencido de las cualidades de su dueño.

Mi visita duró buena parte de la mañana y aunque Fabiano habría estado conmigo el resto de la jornada, le pedí que continuara con sus quehaceres y me dejara pasar consulta junto a Guadalupe (me costaba llamarla Lupita).

—¿Por qué no coges mi coche y vuelves a casa? O mejor te pido un taxi.

—Quiero quedarme, por favor, quiero ayudar. Hace mucho que no atiendo a embarazadas y me apetece mucho, déjame, aunque solo sea un día.

—Ya, hoy es un día y mañana serán todos.

—Y eso, ¿qué tiene de malo?

—Supongo que nada. —Se relajó—. Está bien, pero tendremos que hablarlo con Lupita: si ella no da su consentimiento, no hay más que hablar, en el fondo es su consulta.

—*Ok*, lo acepto, pero hablemos entonces con ella.

La mexicana no puso ningún reparo, al contrario, se mostró efusiva ante la idea de pasar el día junto con una colega que no solo compartía profesión y especialidad, sino que además hablaba el mismo idioma. Nos compenetramos desde el primer momento a la perfección. Yo tenía claro que ella era la dueña (hablando literalmente) y yo su ayudante. Le dejé hacer, según su metodología, estando a su vera aportando mi granito de arena solo cuando lo veía necesario. Decidimos, bueno, ella argumentó la idea y yo la apoyé, realizar juntas la atención, y con posterioridad, si a mí me apetecía, me sugirió dividir los pacientes para así poder abarcar a más. A mí me pareció perfecto. El inicio fue rodado, vimos a varias mujeres hasta que llegó, creo recordar la cuarta o quinta. Ahí ocurrió algo que no esperaba, algo que me noqueó, algo que cambió por completo el sentido de mi vida, algo que seguro no esperáis.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Lupita, pero no directamente a la mujer, sino a una chica quinceañera que, al parecer, había vivido buena parte de su juventud en el orfanato y ahora ayudaba como traductora con los pacientes.

—Owamba —respondió la escuchimizada mujer, con una tripa gigante, una niña en la mano derecha y un bebé de un año y medio cogido a horcajadas

sobre su cadera izquierda.

Me pareció tan cargada que necesité realizar el gesto de intentar quitarla uno de sus pesos. La tripa no podía arrebatársela, así que probé a ofrecerle mis brazos para que soltara a su bebé. Sin necesidad de palabras entendió a la perfección mi gesto, pasándome a la criatura. Yo le hice carantoñas y el pequeño no se quejó, supongo que estaría acostumbrado a ir de mano en mano, pues por lo que fui recibiendo de la conversación, aquella mujer, de treinta y tres años, había pasado por diez partos, datos que había ido escribiendo Lupita en una cuartilla. También oí que era la primera vez que asistía a la clínica, lo que me impactó, teniendo en cuenta que oportunidades estaba claro habría tenido. Presté aún más atención, sin olvidarme del pequeño, intrigada por la razón que traería a la buena mujer que se había resistido en tantas ocasiones anteriores, escuchando a la traductora decir que no le gustaban los médicos blancos y por ello durante sus gestaciones nunca había recibido servicios de la asociación.

—Dice que lleva cuatro semanas de retraso con el parto —respondió a nuestras dudas la chica.

—Pues esto hay que solucionarlo, Owamba —adjuntó Lupita—. No puedes seguir así, si tus cuentas son buenas el bebé tendría que haber salido ya. No puede continuar eternamente ahí dentro.

Yo no intervine, no obstante, me parecía increíble que esa mujer llevara un mes más de gestación. ¿Habría calculado bien? Dudé de ella, no lo pude evitar. La tripa era descomunal, sobre todo en comparación con lo delgado de su cuerpo, pero a saber. Por mi parte la solución estaba clara, una ecografía, ver el tamaño del feto y decidir: provocarlo si el niño no era excesivamente grande, o cesárea. No conseguí evitarlo y hablé, dando mi opinión a Lupita quien por supuesto la compartió. Al parecer el ecógrafo estaba muy codiciado y por ello solo se usaba en casos extremos, no obstante, ambas concretamos que ese era uno de ellos, porque si seguía así, la madre y el hijo tendrían un nefasto final, y, además, dejaríamos a diez niños huérfanos de madre: una catástrofe.

Owamba no dijo nada a la proposición, se mantuvo callada, mirándonos con desconfianza. Lupita, cuando estábamos solas preparando el ecógrafo, me comentó.

—A saber todas las barbaridades que habrá hecho para intentar sacar a su hijo antes de venir aquí; seguro que le ha costado muchísimo decidirse, tiene

que estar desesperada. Además, está dispuesta a que le hagamos cualquier prueba, es casi increíble, sabe que es esto o la muerte.

—Pues no lo entiendo, aquí va a encontrar una atención fantástica y encima gratuita.

—Pertenece a una etnia que tiene prohibido el contacto con nosotros. Seguro que no saben nada en su poblado. Pero es una buena madre. Mira cómo se ha puesto cuando la enfermera se quería llevar a sus hijos al orfanato.

—Ya lo he visto, tiene diez y los protege como si tuviera uno.

—Son muy protectoras. Ha tenido que irse con Linda y Jhanda, para ver el lugar donde dejaba a sus hijos. Espero que allí estuviera alguna trabajadora negra para que se quede más tranquila.

—Pues eso también es ser un poco racista, ¿no?

—Por supuesto, el racismo no es solo cosa de blancos hacia negros, lo contrario también existe. Esta gestante nos va a dejar actuar porque sabe que la otra alternativa es su muerte, y probablemente la de su futuro bebé. Es cuestión de supervivencia.

—¿Y tenéis muchos casos así?

—Más de los que nos gustaría. A veces viene alguien a buscarnos de urgencia y nos desplazamos hasta el lugar, vemos de todo.

—Bueno, a ver si esto lo podemos solucionar antes de que sea catastrófico.

—Sí, seguro. Tardan mucho, ¿no?

—Sí, un poco, ¿quieres que vaya? —Me ofrecí.

—Pues casi sí, porque estando como está la consulta no podemos perder tanto tiempo.

—Por qué no sigues tú en la consulta y yo le hago la ecografía, soy una experta.

—¿Qué tal te vas a manejar con este trasto?

—Es un tanto anticuado, pero sé cómo funciona. Linda se puede quedar conmigo: ¿ella sabrá algo de esta máquina, supongo?

—Sí, suele ayudarme. Vale, me voy, estoy aquí al lado, si quieres, cuando lo tengas preparado, vengo y comentamos.

—Me parece perfecto.

Esperé la vuelta de Owamba, Linda y Jhanda, que tardaban, no pude ver

qué pasaba; no obstante, las caras de agotamiento que trajeron la enfermera y la traductora me hicieron sospechar una buena discusión con la madre ante el abandono de sus hijos.

Conseguí que la mujer se tumbara, se levantara el vestido, le untara la vaselina, todo ello con un gesto de terror en su rostro que me animaba constantemente a lanzar frases de tranquilidad a la chica que iba traduciendo. Jhanda trasformaba mis palabras en legibles para la mujer, además, de con su rostro negro aportar el toque de color que tristemente necesitaba observar la embarazada.

El ecógrafo en su aspecto externo me resultó del siglo pasado; sin embargo, con la ayuda de Linda no tuve problemas para manejarlo, comprobando que no distaba tanto de los que yo tenía en mi clínica de última generación. Supongo que sería como coger una televisión de tubo, de esas enormes, una Thomson que pesaba una tonelada con conexión a una antena analógica, y compararla con una tele de plasma de Sony, de pantalla ultra plana, tres dimensiones, con TDT digital y alta definición; en conclusión, la película la veías igual y el funcionamiento era parecido, claro está que la calidad de la imagen no tenía nada que ver entre una y otra. Pues eso me ocurrió a mí, la estética de la máquina que tenía delante no tenía comparación con las mías, y la visión que mostraba era un tanto borrosa; pero lo importante, ver al pequeño, medir su cabeza, observar el estado del saco amniótico, el cordón umbilical, la placenta y el cuello del útero, pude hacerlo en parecidas condiciones, simplemente, con un poco más de esfuerzo por mi parte.

Y, sí, aquella mujer no se había equivocado, y por mis propios cálculos que tampoco tenían por qué ser ciertos (era algo que había aprendido con el paso de los años: en el tema de las gestaciones nada era seguro), debía haber parido hacía ya cuatro semanas.

Busqué a Lupita, le conté lo observado, ni siquiera me pidió comprobarlo, quedamos en el discurso a dar y me sugirió que fuera yo quien lo propusiera.

—Owamba —empecé— tu bebé está dentro, pero ya no le alimentas, el conducto por el cual coge comida de tu cuerpo está viejo y seco. —Intenté utilizar palabras fáciles; olvidé los términos técnicos que habrían liado a la traductora—. El líquido donde flota prácticamente no existe...: tenemos que sacarle ahora mismo. —No di más rodeos, esperé a que Jhanda terminara la frase y denoté la desesperación en mi paciente.

—*Jhunca porthekhu camwh...* —Y demás palabros que yo no comprendía.

Jhanda tradujo lo que venía a ser que no podía dejarnos sacar a su hijo.

—Tenemos que abrirte para traerlo al mundo —animé— si no los dos moriréis esta noche —exageré.

Jhanda empezó a hablar y hablar, mucho más de lo que nosotros habíamos dicho, supusimos que estaba aportando su pequeño granito de arena y la dejamos actuar. A nuestra intérprete le costó una barbaridad convencerla, nosotras le fuimos dando más nociones de peso para que entrara en razón, hasta que Lupita se cansó y atajó directamente hasta el posible trágico final.

—Déjalo, Jhanda, dile que se vaya, pero que en pocos días sufrirá los dolores más horribles que haya podido soportar hasta que ella y su bebé mueran. Ya veremos a sus diez hijos por aquí en unos días. Despídela. Ven, Clara, que hay mucho que hacer.

Yo, por supuesto, le seguí la corriente: el órdago estaba echado, ahora veríamos si perdíamos o ganábamos la partida.

—Dice que esperéis. Que cómo lo haríais.

Lupita le explicó, por encima, las bases de una cesárea, y yo me mantuve al margen hasta que Owamba me miró y le hice un gesto con mi cabeza en señal de asentimiento. Ella respondió «ok», supongo que una de las pocas palabras que hablaba en inglés.

Ver la cara de una madre al darle su hijo siempre es impactante, no obstante, en aquel momento dejó un poso aún más fuerte en mi mente en comparación con anteriores ocasiones; sin embargo, aquel bebé no fue el último que entregué a una mujer en África, ni el que más impresión dejó en mí. Aún lo recuerdo, Owamba lloraba y decía cosas que ni siquiera intentamos traducir. En el quirófano improvisado que habíamos montado estábamos Lupita, la enfermera Linda y yo, y aunque ninguna entendíamos su idioma, comprendimos a la perfección lo que quería decirnos únicamente con la mirada agradecida de sus ojos.

A las pocas horas, aquella buena mujer, recién cosida, pretendía irse a su casa y aunque en un principio se lo impedimos, comprobamos que sería imposible evitarlo.

—Son duras como rocas —me consoló Lupita ante mi impotencia—. No te preocupes, estará bien. Tiene que volver a su poblado, probablemente dirá que

le sobrevino el parto en cualquier acera y que alguien le abrió la tripa para sacarla el bebé, nunca podrá confesar lo sucedido, la echarían a patadas y sería una deshonra. De todas formas, probablemente tendrá serios problemas, pero nosotros ya no podremos hacer nada.

—Me dejas de piedra.

—Una se va haciendo.

Al menos conseguimos que aceptara que Jhanda y otro empleado adulto del orfanato les acompañara. La chica de apenas quince años se hizo cargo de la niña, el bebé y el recién nacido, y el hombre negro se echó encima el cuerpo de la destrozada mujer. Eso sí, antes de irse Owamba me reveló una información inesperada.

Sujetada a su apoyo, en el momento en que me acerqué a ella para despedirme, posó sus manos sobre mi tripa y dijo unas palabras. Jhanda transcribió.

—Dice que para cuándo el tuyo.

—¿Qué mío?

—El bebé —siguió traduciendo Jhanda—. ¿Que para cuándo?

—Yo no tengo ningún bebé en la tripa —reí— simplemente he cogido unos kilos desde que llegué a Namibia —me defendí.

—*Jy haak baba* —la escuché decir y Jhanda se quedó callada—. *Jy haak baba* —reiteró retumbándome su frase en la cabeza.

Owamba se soltó del hombre, quien intentó sujetarla al ver que la mujer se apartaba de él: no sé ni cómo se podía mantener en pie. Me tocó con insistencia mi estómago, la parte del ombligo, los laterales, incluso bajó hasta casi llegar al pubis. Yo estática no pude ni reaccionar. Me cogió ambas manos, miró mis uñas, las palmas, las muñecas, subió por los brazos hasta los codos, supongo que hubiera hecho lo mismo con las piernas, pero gracias a que no lo intentó, porque en su estado tampoco se lo hubiera permitido, ¡aquello sería el colmo! Me hizo abrir la boca, miró los dientes, las encías, la lengua, me metió el dedo y lo palpó todo, agarró mi rostro con una de sus manos y con la otra abrió uno de mis ojos, quedándose un rato mirándolo: yo ni me inmuté. Terminó su labor, se echó hacia atrás, recostándose en el hombro abandonado y volvió a repetir.

—*Jy haak baba*. —Aquella frase empezaba a sonarme y casi preferí que no me la descifrarán.

—Ha vuelto a decir que estás embarazada, que tienes un bebé. No alberga ninguna duda.

No argumentó mucho más, se fue igual que había venido con un hijo más y la barriga abierta en canal, dejando la frase «*Jy haak baba*» grabada con sangre en mi cerebro.

Entonces viví una experiencia muy curiosa, a ver cómo os la describo. ¡Ya sé! Habéis visto alguna vez «*House*», la serie de televisión que echaban en Cuatro, a mí me encantaba, por aquel tiempo acaba de empezar a emitirse y yo estaba bastante enganchada al médico déspota y desagradable, a la vez que interesante, que era el «*Doctor House*». Pues yo hice exactamente como él, estática, puse su misma cara, la que aparecía en el momento justo en que adivinaba por fin, después de dar mil rodeos, la dolencia que tenía uno de sus pacientes y, por tanto, su posible curación. A mí me sucedió lo mismo, uní todos y cada uno de los cabos de mi vida, mis percepciones, mis sensaciones desde que había llegado a Namibia, y encontré una razón tremendamente lógica, que antes no me había planteado y que Owamba me había mostrado: estaba embarazada. Y eso dije en alto con la presencia de Lupita a mi lado.

—¡Estoy embarazada! —Además, no era una pregunta, era una afirmación.

—No lo sabía —añadió ingenua mi colega.

—Bueno, ni yo, pero ahora lo veo todo claro.

—Pero ¿por lo que te ha dicho Owamba..., o porque lo sabías?—Lupita también estaba alucinando con la situación.

—Por todo, me acabo de dar cuenta de lo tonta que he sido. He buscado miles de razones para mis síntomas y era lo más fácil del mundo. ¡Dios! Soy ginecóloga y no me he dado cuenta de que estaba embarazada. ¡Hay que ser gilipollas! —me insulté.

—Si quieres podemos hacerte la prueba.

—Es seguro, no tengo dudas... ¡Esto es la bomba!... ¡No me lo puedo creer!... Tengo que hablar con Fabiano.

—Creo que ha salido y perdona que vuelva a meterme, pero quizá lo mejor sería hacerte primero una prueba para confirmarlo.

—¡Qué coño una prueba! —Estaba tan exaltada que perdí la educación: si me hubieran oído las monjas de mi niñez, me habrían lavado la boca con jabón —. ¡Hagamos una ecografía!

Lupita no se atrevió a negarse, ¡cualquiera! Viendo mi estado. Me

acompañó. La consulta la había cerrado avisando a los pacientes que por la urgencia que habíamos tenido regresaran por la tarde. No tenía más que hacer, en poco llegaría la hora de la comida y estaba totalmente dispuesta a ayudarme en «mi tema», no se atrevió a llamarlo de otra forma.

La obsoleta máquina fue clara y concisa: mi útero portaba un bebé, y no un garbancito como solía decirle a mis pacientes, un feto criadito de unos cuatro meses, según mis cálculos, los de Lupita y los del propio ecógrafo. El bofetón fue tan fuerte que decidí irme: no podía seguir allí, tenía que pensar, estar sola, valorar mi situación, buscar soluciones, entenderla, masticarla, tragarla y volverla a soltar. Lupita se prestó a ayudarme en lo que necesitara, mas ya había hecho suficiente. Quería estar sola y lo entendió.

Cogí un taxi que llamaron desde la clínica, pedí a Lupita que no dijera absolutamente nada. Ella me lo prometió e igualmente le solicité que cuando regresara Fabiano le comentara que me llamara urgentemente, no obstante, sin revelar el asunto a tratar. Me despedí de ella con un abrazo de compenetración, y con el resto del personal un simple hasta otro día.

En casa me empeñé en dar miles de vueltas al asunto. ¡Embarazada! Me repetía una y otra vez. ¡Y de cuatro meses! Tardé un tiempo en comprender varias cuestiones.

Una: ¡pero cómo había ocurrido! Fabiano y yo practicábamos sexo seguro, eso creíamos, aunque quedaba demostrado que estábamos totalmente equivocados; sin embargo, como he confesado miles de veces, soy ginecóloga, y lo mismo que estaba viviendo en aquel momento le había sucedido a varias de mis clientas en mi consulta. «Pero ¿cómo puede ser? Mi marido (o novio o pareja o Pepito) y yo nos protegemos», solían decir ellas. A lo que yo contestaba: «Nada es totalmente seguro, todo tiene su porcentaje de error. El único sexo seguro es el que no existe». Y allí estaba yo, como una idiota, dudando de lo mismo a lo que había contestado en anteriores ocasiones con toda seguridad. Qué fácil es decir las verdades a los demás y qué difícil es aplicárselas a uno mismo. Concreté, por tanto, que era una estupidez seguir dando vueltas diciendo: Pero... ¿por qué?... ¡No puede ser!... Él y yo... ¡Es imposible!... En fin lo que cualquiera en mis circunstancias hubiera pensado. Olvidando tanta estúpida pregunta, acordé que estaba embarazada, eso era claro, y el porqué bien simple, porque Fabiano había metido su cosita entre mis piernas.

Segundo: ¡cómo no me he dado cuenta antes! Aquí fue más complicado

dejar de culparme durante un buen rato. Había sido idiota: no podía encontrar otro apelativo. Mareos matutinos, vómitos, aumento del apetito, somnolencia, cansancio, vagancia, hinchazón de vientre... Y lo más importante, falta de menstruación durante todo aquel tiempo, cuatro meses nada menos. ¡Pero menuda mierda de ginecóloga que era! Blanco y en botella. ¡Cómo no lo había adivinado! Yo creo que se lo planteas a un adolescente en la edad del pavo y lo acierta mejor que yo.

Seguí durante un tiempo eterno desesperada por mi ignorancia; pero, sinceramente, estaba totalmente convencida de que eso (mi embarazo) era tan imposible, que aunque me lo hubieran puesto delante con letras mayúsculas luminosas, no lo hubiera visto. Estaba obcecada en que la protección que habíamos tenido era infalible para detener a todos y cada uno de los espermatozoides del italiano; sin embargo, uno de esos bribones se habría escapado del condón, habría sobrevivido al espermicida de mi vagina, y habría llegado a mi óvulo, haciendo caso omiso a los anticonceptivos que tomaba. Ahora me entenderéis: tres frentes unidos no podrían ser abatidos por una célula con cola tan diminuta. Pues sí, aquel pequeñín debía ser el Sansón de los espermatozoides, el Hércules del esperma de Fabiano, nos saldría un superniño. Y gracias a esos razonamientos me reí, pensando por un momento en el concepto de mi tripa como una criatura y no un impedimento. Entonces me enternecí y empecé a experimentar ese sentimiento maternal del que tanto había oído hablar a mis pacientes. Me agarré a mi barriguita imaginando al bebé que en apenas cinco meses tendría en mis brazos, en su carita, sus manos, darle de mamar, sentirle en mi vientre y así, de un plumazo, dejé de pensar en todo lo demás.

Abandoné la idea, admito que apareció al instante de conocer mi estado y se mantuvo firme durante un tiempo, de destruirle. Pensé en el aborto, lo reconozco, si bien, pronto razoné en mi edad, mi amor por Fabiano, nuestra pronta situación de pareja formal asentada en Madrid, mi buena situación económica, mi estado físico. ¿Por qué no? Quizá era el momento, a veces el destino nos ayuda a tomar decisiones que antes no hubiéramos aceptado. Me alegré, por tanto, de haberme enterado tan tarde; de ser poliquística (es decir, con reglas tremendamente irregulares que hacían muy normal estar cuatro meses sin ellas); de haber viajado a Namibia y confundir mi estado de salud con el cambio de aires; de haber ocultado mi gordura con la buena alimentación; mi somnolencia con el relax de las vacaciones; y de tener la genética de mi madre, quien muchas veces me había contado que por alguna

razón sus embarazos podrían haber pasado prácticamente inadvertidos. Gracias a todo ello, más la cantidad de hormonas de mi cuerpo, el embrión que había apreciado en la pantalla del anticuado ecógrafo y la posibilidad cercada de su presencia hacían mucho más fácil tomar una decisión. Te tendré, le dije y él me oyó, seguro, y empecé desde aquel día esa psicodélica conversación hacia el pequeño ser que había visto mantener a algunas de mis pacientes, teniéndome que comer mis propias palabras, puesto que más de una vez me cachondeé de ellas junto a mi enfermera.

—¡Clara! —escuché.

—Estoy en la terraza —contesté.

—He venido lo más rápido que he podido, me dijo Lupita que te llamara urgentemente y no quiso decirme nada más. Preferí venir porque la noté preocupada, ¿estás bien?

—Muy bien. Ven, siéntate aquí. —Fabiano me obedeció y con el gesto congestionado esperó lo que nunca se hubiera imaginado.

—Hoy me he enterado de que estoy embarazada. —*Plas*, me dieron ganas de añadir.

—¿Embarazada? —repitió levantando las cejas. Hablábamos en castellano y nos entendíamos a la perfección, pero yo creo que se quiso asegurar antes de continuar.

—Sí, ya ves, de cuatro meses.

—¿Cuatro meses?

—Si vas a repetir todo lo que yo diga, no terminaremos nunca.

—Es..., que... Me dejas..., bueno... ¡Que me alegro! ¿Por qué no? Bueno, estas cosas pasan y qué más da cuándo.

—Te parece bien entonces. —Temía su respuesta.

—Me parece perfecto, se acercó y me abrazó. Siempre he querido tener un hijo, me encantan los niños. Ya sabes que adoro a los huérfanos de mi hospicio; tener uno mío sería maravilloso.

¡Biiiiieennnnnn! Fuegos artificiales..., brillantinas..., confetis..., purpurina..., papelitos de color..., que llueva café en el campo... Pero ¿de dónde había sacado a ese tío? Parecía del manual del hombre perfecto. Me agasajó con todo tipo de halagos y piropos, me besó, abrazó y animó. Me confesó su amor, que quería estar para siempre a mi lado, cuidar a nuestro

hijo, darle hermanos... «Bueno, para, para», le tuve que decir yo. «Que soy una mujer de negocios, no me encierres en casa con una prole de críos», argumenté en broma.

Terminamos el día diseñando nuestro futuro, para mí color de rosa, el cuento de hadas de niña, el final de una peli de Disney. Pero mi príncipe me pidió, más bien me rogó, un deseo y aunque me costó claudicar se lo di: no pude resistirme.

CAPÍTULO VI: LA OSCURIDAD EN ÁFRICA

Era el 16 de febrero del nuevo año 2009, y solo me quedaban diez días para irnos, al menos eso decían los billetes comprados y resguardados en mi apartamento. Estaba eufórica. Conducía el coche pequeño de la asociación dirección Kalkrand, y no pude evitar dar vueltas a todo lo sucedido en los últimos dos meses. En ese momento las aguas habían regresado a su cauce, pese a que con anterioridad estuvieron tremendamente movidas. Primero la petición de Fabiano (no me he olvidado de que estáis con la incertidumbre de cuál era su deseo) de quedarnos el máximo tiempo posible en Windhoek antes de marchar.

—No quiero regresar aquí cuando nuestro hijo haya nacido, tienes que darme más tiempo para dejar esto lo mejor posible.

—Pero yo necesito irme a Madrid, por muchas razones, mi empresa, mi familia, mi estado... Quiero hacerme pruebas allí, llevarlo desde mi clínica. No me puedes pedir más, por mí mañana mismo partiría. Además, no es bueno hacer un viaje tan largo en avión con una gestación avanzada. Se lo tengo prohibido a mis pacientes, y yo no voy a cometer ese fallo.

—Te entiendo, lo comprendo perfectamente, pero necesito dejar la asociación en buenas manos, también debemos tener en cuenta a los huérfanos, no solo a nuestro hijo. —Ahí me caló, tenía razón, únicamente pensaba en mi propio hijo, olvidando decenas de niños; pero es que el que yo llevaba en mi vientre era mi hijo, ¡mi hijo!—. Estoy intentando, desde que regresamos de nuestro viaje, pasar el testigo de mis trabajos a dos chicos muy aplicados del orfanato. Han vivido con nosotros los últimos cinco años, y ahora que son mayores quiero que se queden en la asociación. Creo que las mejores personas para llevarla e implicarse con ella son los propios que han vivido gracias a su existencia. Son casi hombres. Les he educado personalmente, saben leer y

escribir en su idioma, en inglés y español: yo mismo les he enseñado. Conocen cómo manejar el ordenador, las nuevas tecnologías, la contabilidad, los tejemanajes de nuestra empresa... Son tremendamente aplicados y estoy seguro de que podrán tomar mis riendas. Hans también está avisado, él seguirá aquí al frente, no puede dejarlo. Yo, por mi parte, desde Madrid, continuaré apoyando con recursos económicos y mi propio trabajo; pero no quiero regresar al campo de batalla. Me quiero quedar contigo para siempre en España, formar una familia, ir a Italia a presentársela a la mía, conocer a tus padres..., bueno, todo lo normal en estos casos.

Cómo negarme. Sabía que era una locura permanecer embarazada en un país de África dos meses más, con mi empresa abandonada y con la familia seguro que de uñas en cuanto conociera mi estado. Sesenta días me pidió Fabiano hasta la saciedad, justo antes de que mi embarazo llegara al sexto mes, fecha totalmente límite para viajar en avión.

—Por el viaje no te preocupes, podemos pedirle a Hans que nos haga un justificante de que estás de menos tiempo, como se te nota poco seguro que no habrá problemas. Además, estás teniendo un embarazo muy bueno, no tienes ninguna molestia y todo va bien. De todas formas, yo sería el primero que en cuanto viera una pequeña complicación cogería la maleta para salir pitando.

—Me da miedo quedarme por aquí, no sé, ¿no será peligroso para mi salud y la del bebé?

—Si no lo ha sido hasta ahora con las vueltas que hemos dado, sin ninguna precaución en los primeros meses que son los peores, no creo que ya pueda pasaros nada. Tú lo sabrás mejor que yo.

—No, en eso tienes razón, fíjate el viaje que hicimos y sin saberlo. Lo que he bebido, he tomado medicamentos... ¡Ay, madre! No me había dado cuenta de eso. No le habré hecho daño al bebé; he tratado a mi cuerpo fatal.

—Seguro que todo estará bien, hoy lo has comprobado tú misma en la clínica.

—Sí, pero si no te parece mal me gustaría acudir a algún hospital de la capital, alguno privado, tipo mi clínica, que tenga unos aparatos más modernos.

—¿Tú crees que es necesario?

—Me quedaría mucho más tranquila.

—Y si hacemos eso y te dicen que todo marcha bien, te quedarías los dos

meses que te pido.

—Me lo pensaría. Ya veríamos, según los resultados.

Y así hicimos. Fabiano me acompañó, seguro que al mejor lugar que encontró en la capital de Namibia. Nos atendieron a la perfección, cobrándonos una ingente cantidad que no conocí, a razón de que el italiano se negó a enseñármela. En el hospital me hicieron todo tipo de pruebas para verificar el estado excelente tanto del bebé como de la madre. Yo, como podréis imaginar, metí baza sin parar; me fue imposible no aplicar mis conocimientos en mi propia gestación, verificando todas y cada una de las pruebas, llegando a conclusiones aproximadas a las aportadas por los especialistas adjudicados. Salimos del centro médico, tranquilos, con una fecha para la siguiente revisión y con una foto de cómo sería nuestra niña, porque, aunque creo no haberlo dicho, mi bebé tenía un posible sexo: mujer. En la borrosa imagen que me había confirmado en la asociación que portaba una cosita en mi interior, ya había apreciado esa posibilidad; sin embargo, con el ecógrafo en tres dimensiones que nos ofrecieron en Windhoek, terminaron de corroborar, con bastante certeza, que sería una bebita lo que tendría.

«Lola», dije al instante, y Fabiano me lo permitió. «Lola, como mi madre», aporté, y tuvimos suerte, ya que la bisabuela materna del italiano también se llamaba así (recordad su madre era andaluza), por lo que comprobamos que con aquel nombre tendríamos a las dos familias contentas.

Lo peor sería comunicárselo a mis padres, no sabía cómo hacerlo. Fabiano no se lió, un día me dijo que se lo había dicho a los suyos y ya está. Me dio recuerdos de todos, me informó que querían conocerme en cuanto regresáramos, que ya tenían pensado un viaje a España para nuestra vuelta y así relacionarse con su futura nuera. «La que me espera», pensé. Me imaginé a todo el clan Corleone llegando en masa a Madrid con la *mía mamma*.

La familia Montes Parra reaccionó de muy variadas formas ante la primera noticia: la llegada de un bebé. Mi madre, Lola, emocionada, alegre, eufórica y agradecida, al conocer que su primera nieta además llevaría su nombre; mi padre, escueto, entrecortado, callado y por supuesto sorprendido, con escasos monosílabos, supongo que algo cabreado porque su hija tuviera un hijo fuera del matrimonio (estaba chapado a la antigua), sin esperarlo, a medio camino de su exitosa carrera y con un completo desconocido; y mi hermano, una mezcla entre ambas posturas, feliz por mi próxima maternidad y su función de tío, mas a la vez preocupado por los inconvenientes que la futura baja podría

acarrear en mi actual forma de vida. Me quedé con la alegría de mi madre, que era lo que yo experimentaba, y obvié el resto de reacciones.

Ante la segunda noticia: mi permanencia durante dos meses a mayores en la capital de Namibia se produjo un consenso general, una unión de fuerzas, un pacto, que no solo intentó hacer cambiar mi opinión en la primera comunicación que tuve con cada uno ellos informándoles del dato; sino también en las posteriores llamadas, mensajes y correos electrónicos que fui recibiendo durante unos cuantos días, hasta que el trío comprendió que la sentencia era tan firme como una roca y ni con dinamita podrían eliminarla.

—La decisión está tomada, madre. —Me cansé de decir, porque aunque seguro que todos habrían insistido igual, la que más empeño puso fue la mujer que me dio la vida. Incluso, Belén, la novia (o mujer, teniendo en cuenta el tiempo que llevaban juntos) de mi hermano, me llamó, seguro que instigada por él, para intentar convencerme, aunque tampoco puso mucho tesón: ella también era un alma libre, me dijo.

—¡Ay, hija! A ver si te vas a poner enferma, con malaria o cualquier otra bacteria de esas que hay por ahí.

—Mamá, parece mentira que seas mujer de un médico, la malaria es un parásito, no una bacteria, y no te preocupes más; de haber cogido algo lo tendría ya. He estado dando vueltas por media Namibia y estoy sana y salva, este tiempo lo pasaré en la capital. Ya te he enviado las fotos, esto es como cualquier ciudad europea. Es más aquí hace una temperatura ideal, seguro que si vuelvo ahora a España me constipo con el cambio de tiempo y podría ser peor. —Ya no sabía qué argumentar para quitarse de encima la preocupación maternal.

Tuvo su dificultad, no obstante, con el paso de los días y las semanas, la familia fue aceptando mis excentricidades, variando el tema de las conversaciones, pasando de lo comentado a la maravilla de tener en breve el primer bebé Montes, y todo lo que eso conllevaba. Mi madre mandó preparar una habitación, no me digáis para qué, si bien, yo no entré en el tema. Lo único importante era que se olvidaran de intentar convencerme para irme, por lo que si aplicaban su tiempo en otros quehaceres, estaba salvada. Empezó a comprar todo tipo de «cositas» —como me dijo por teléfono— para la pequeña Lola. Pintó las paredes de rosa, se hizo con una cunita con sus complementos, muebles, cortinas, lámparas, juguetes, ropas y yo, en la distancia, escuchaba sus enumeraciones de compras y me iba haciendo a la idea de lo que me

esperaría.

La Clínica Montes, como podéis suponer, se quedó anonadada con la noticia. Los rumores retornaron a las salas, quirófanos, consultas, comedores y pasillos, obligándome a realizar otras dos videoconferencias. La primera, para comunicar mi situación, mostrando barriguita ante un ¡oooohhhhh! general; y la segunda, para notificar mi fecha de regreso, fijada el 26 de febrero, y mi incorporación al día siguiente para retomar las aguas a su cauce antes de que tuviera que cogerme la baja por maternidad y se volvieran a salir. Aunque en un principio hubo impacto generalizado, posteriormente, lo fueron asumiendo mucho mejor de lo que imaginé, y el personal empezó a olvidarse de ideas locas. Yo creo que viéndome embarazada pensaron que sería más responsable, y como en el fondo todos los meses cobraban su suntuoso sueldo, la clínica iba de maravilla y el país empezaba a percibir los atisbos de la crisis que se estaba fraguando, no dijeron ni pío, continuando ajetreados con sus diversas aplicaciones, comportándose como buenos trabajadores intentando asegurarse sus puestos.

Allí estaba yo de camino a Kalkrand, como inicié este capítulo, el 16 de febrero del 2009. Fabiano no me dejaba pisar por la clínica, me hizo entender lo peligroso de acercarme, ya que era una fuente de enfermedad tanto de pacientes, como de niños, los cuales sabemos que son portadores y transmisores perfectos de patógenos. Entendí a la perfección sus palabras y anulé mis visitas; sin embargo, me aburría tanto yo sola en mi apartamento que le pedí que me dejaran hacer recados o algo. Fabiano terminó encargándome trabajos, creo que más por entretenerme y acallarme que por otra razón; pero, bueno, me consolaba pensando que si los hacía yo, dos manos más permanecerían durante ese tiempo en la asociación. Los encargos solían ser simples.

«*We Help*» tenía dos filiales, un dúo de pequeños consultorios muy simples, en el que un voluntario local (también sin sueldo) atendía a personas que no eran capaces de llegar hasta la clínica central. Uno estaba en Kalkrand, ciudad al sur de la capital del país, hacia donde aquel día me dirigía; y otro en Gobabis, lugar al este de Windhoek. Ambas ciudades se encontraban a unos doscientos kilómetros aproximadamente de mi residencia, la primera a 192 y la segunda a 207; y aunque, al principio, Fabiano montó en cólera ante la idea

de que circulara toda esa distancia yo sola y embarazada, conseguí convencerle. No veía qué peligro podía tener ir sentada al coche, con velocidad reducida por una carretera asfaltada, bastante decente, hasta el puesto colocado en una de las dos ciudades. Ese mismo trabajo le llevaría todo un día a un profesional del centro, que eran los únicos que tenían carnet de conducir, desapareciendo durante esa jornada de sus valiosas consultas, con la correspondiente pérdida de pacientes atendidos, mientras que yo estaría ese mismo día en casa sin hacer nada. Como dije costó, no obstante, lo conseguí, y aunque aquel trabajo solía ser solo una vez a la semana, a razón de que el material se acercaba más o menos cada quince días a ambas ciudades, conseguía realizarme y convencerme de que también estaba apoyando a la organización.

Los viajes me dejaban molida, con los riñones doloridos, sin embargo, no decía absolutamente nada de sus consecuencias sobre mi estado físico para evitar el: «te lo dije» de Fabiano. En el fondo, tenía toda la semana para recuperarme y no me duraba tanto el cansancio: una noche tranquila y un día siguiente de holgazanería solventaban mi pesar.

Aquel 16 de febrero era lunes y circulaba apaciblemente por la carretera dirección a Kalkrand con el capó rebosante de cajas con medicamentos, vendas, algodones, utensilios... Bueno, lo que solían darme para estos casos. Ese día el cielo estaba algo más nublado que de costumbre. Desde que había llegado a Namibia las nubes habían aparecido tímidamente y en escasas ocasiones habían descargado, confié que aquella jornada tampoco hiciera acto de presencia la lluvia, no porque me importara conducir con agua, sino a razón de que prefería el asfalto seco. Me fui comiendo los kilómetros escuchando una cinta de ABBA que tenía el coche. Estaba un poco harta de la misma música, era la que me acompañaba en mis jornadas de transportista; pero tampoco quería molestar a nadie de la asociación para que malgastara su tiempo buscándome un intérprete nuevo. En aquel momento, estaba escuchando *Dancing Queen* y berreando con mi desafine: en el fondo nadie me escuchaba, por lo que me desahogaba igual que algunos lo hacen en los karaokes.

No me quedaba mucho para llegar y me encontraba cansada de conducir, si bien, un cartel anunciando que tan solo me distanciaban cincuenta kilómetros a mi destino me levantó el ánimo concretando que en apenas media hora llegaría. Tenía hambre, proseguía con mi apetito. Había salido a media mañana: «para qué madrugar», me decía, y calculaba que llegaría a Kalkrand

sobre las dos de la tarde. Teniendo en cuenta que tardaba poco en entregar los medicamentos, la hora de comer con el responsable del consultorio, como lo había hecho en anteriores ocasiones, estaba cada vez más cerca, razón por la que se me fue abriendo el apetito preparando mi estómago para el festín que se avecinaba.

El coche que tenía delante ralentizó su marcha, y yo le imité formando al poco una fila de automóviles que tuvimos que ir circulando despacio por algún motivo desconocido. Vaticiné que se habría producido un accidente y quizá hubiera restos en la calzada que nos impedirían pasar. Según fuimos avanzando con un lento caminar, vislumbré a lo lejos luces luminosas azules que me hicieron reafirmarme en la idea de ambulancias o vehículos policiales. Cuando estuve casi en la línea del meollo, eché en falta los posibles coches colisionados que figuré, encontrándome con algo parecido, aunque no totalmente igual. No había sido un accidente lo que nos había causado la disminución de nuestra velocidad: era un control policial. «¡Espero que no me paren! ¡A ver cómo me entiendo con ellos!», me dije preocupada. Al ser la marcha lenta, decidí ir buscando en el bolso, que me coloqué en el regazo, el permiso de conducir. Fabiano me había dicho que era totalmente compatible para cualquier país, pero me entró un poco el *canguí* al pensar en alguna oposición o duda por parte del agente en cuestión.

Al coche que me precedía le dejaron pasar, y yo sospeché que a mí también me lo permitirían, haciendo lo propio poniendo cara de buena; sin embargo, el gesto en alto de los policías, situados uno a cada lado de la carretera, moviendo sus manos en señal de aparcar a un lado, me pusieron en tensión. «No será nada», me repetí. «Un simple control». Coloqué el auto donde me dijeron, bajé la ventanilla y me dispuse a explicar lo que me solicitaran.

—*Buwjanda runthi*.... —Ni papas. ¡Ay, madre! Lo que suponía.

—¿Habla usted inglés? —pregunté con una gran sonrisa.

—*A little* —me contestó. Un poco, ya la teníamos, bueno, a ver qué pasaba.

No añadió más palabras, supuse que pocas sabría. Habló con el compañero y este le dio un aparato que yo reconocí al instante. ¡Pero aquellos hombres no habían visto mi barriga! Se la señalé.

—*I don't drink*. —Es decir, yo no bebo. Aquella cosa que pretendían darme me daba que era un medidor de alcoholemia.

—*You must do the test*. —Lo que venía a decir que les importaba un

pimiento que estuviera embarazada, por lo que tendría que pasar sin excepciones por el «test». Entendí que la única forma de que me dejaran en paz sería soplar por el pitorrillo que me estaban constantemente señalando y haciendo como si ellos soplaran. Les había entendido desde el principio, mas los pobres hombres estaban venga a imitar con sus propios gestos lo que yo tendría que hacer. Decidí obedecer. Hacía meses que no probaba el alcohol, no habría ni una gota en mi sangre.

—*Ok* —respondí, y sus rostros se relajaron.

Cogí el aparatito, metí la boca donde me dijeron y empecé a echar aire como una descosida, mientras ellos repetían *go, go, go, go, go...*, hasta que el cacharro hizo «piiiiiiiiii» y dijeron *stop*. Les devolví su juguete, lo miraron y me observaron con cara de pavor, y yo les devolví la mirada con sorpresa. No hablaron, solo giraron la pantalla para que yo viera la numeración que aparecía. Aquello no era el «0,0» que yo esperaba, había números y eso estaba claro que no era bueno.

—*Open the car*. —Que supuse vendría a decir que bajara del coche, o al menos eso hice. Sin añadir palabras empezaron a dar a los botones del alcoholímetro, cambiaron la boquilla y volvieron a ofrecérmelo. Supongo que al igual que yo, estaban anonadados con los resultados.

Misma operación, el mismo «piiiiiiii», su cara de sorpresa e idénticos puñeteros numeritos en la pantalla. Ya no pude evitarlo y empecé una larga disertación de la que no entendieron ni media.

—Es imposible que dé positivo, ¡estoy embarazada de seis meses! No pensarán que he bebido... Sería lo último que haría... Hace siglos que no pruebo el alcohol, eso tiene que estar mal... Es imposible... Exijo otra prueba... que se revise... —Bueno, y más bla, bla, bla, que seguro sería lo que ellos oían.

Uno de ellos me agarró del brazo con educación y me pidió por favor le acompañara, o al menos eso entendí. Estaba tremendamente enfadada y alborotada, mas intenté calmarme: no quería que ese estúpido estrés perjudicara a mi niña, y, además, estaba muy tranquila porque sabía que aquello era un simple malentendido. Según fuimos andando, yo continué con mi retahíla de disculpas, añadiendo que me dejaran coger el móvil para que una persona les pudiera explicar mis quejas en su idioma; aunque no me hicieron mucho caso. El hombre que me guiaba, el otro se quedó por el camino, simplemente sonreía y asentía (como un pasmarote) y yo guardé como

pude la calma. Me subió a una furgoneta en la que encontramos a una mujer negra, vestida con un uniforme que la identificaba como personal sanitario, eso sí, sin especificar de qué tipo. Ambos entablaron una conversación que no entendí, cruzando bastantes frases hasta que ella me miró.

—Ha dado positivo en la prueba de alcoholemia —me dijo por fin en inglés.

—¡Pero eso no puede ser...! —retomé todas mis explicaciones—. Estoy embarazada: ¡cómo voy a beber!

—Eso no es ninguna disculpa, aquí hemos visto de todo.

—Le juro que no he probado absolutamente nada de alcohol.

—Pues el alcoholímetro dice totalmente lo contrario. La tasa que ha dado supera con creces el máximo permitido.

—¡Pero es imposible! No será que tienen estropeado el aparato. En el fondo es una máquina, podría ser, ¿no?

—También suele ser eso lo que nos contestan. —Me empezaba a desesperar—. Si usted está tan segura de que no ha catado absolutamente nada de alcohol y está limpia lo tenemos muy fácil.

—Diga, diga —le animé.

—Con un simple análisis de sangre, lo dejamos solventado.

—Pero aquí, ¿ahora?

—Sí, aquí y ahora. Si se niega, tiene que firmar este documento y llamar a alguien para que se lleve el vehículo, además, recibirá una multa y se abrirán diligencias legales. —No me podía imaginar que la justicia de Namibia funcionara tan bien, aquella señora soltaba la monserga como si lo hubiera hecho miles de veces.

—¿Pero el análisis es seguro? ¡Estoy embarazada! —Temí por mi pequeña, en el fondo no conocía la esterilización del material que emplearía. Entenderme, era mi niña, y yo, claro.

—Esto es totalmente seguro, señora, la aguja es nueva, puede ver que viene en un envase sin abrir —me enseñó—. No tiene peligro de contagio, y yo llevo haciendo esto muchos años. No es la primera persona a la que vaya a sacar sangre, es un procedimiento de lo más simple e inocuo. —Por alguna razón, no me daba muy buena espina la enfermera (especialidad que supuse), pero no me quedaban muchas más opciones.

—Si me hago el análisis, ¿los resultados estarán al momento?

—Sí, señora, por eso movilizamos el laboratorio hasta este tipo de controles, para agilizar el proceso; si no después los abogados nos pueden buscar las vueltas. Si el conductor da positivo y no quieren hacerse el análisis, no pueden posteriormente reclamar porque se ha negado a la prueba; y si se la hacen y da negativa, pueden marcharse, ya que la cantidad comprobada en sangre prevalece sobre la observada en aire, así no es necesario abrir diligencias por nuestra parte ni por la suya.

La enfermera me estaba dejando anonadada, concreté que quizá era también trabajadora de la policía: tenía su lógica, sería del cuerpo y además sanitaria, y encima hablaba inglés, todo un fichaje. Bueno, supuse que por eso tendría ese destino.

Lo medité durante unos segundos; aunque no había mucho más que decir. En el fondo, yo sabía que por mi sangre no circulaba ni una gota de alcohol, a no ser que la estuviera generando mi cuerpo. ¿Eso era posible? Yo era médica, en teoría debía responder a dicha pregunta, aunque también recordé que las mujeres gestantes suponían un misterio para la ciencia. Había visto de todo durante mi carrera profesional, el cuerpo de una embarazada era un enigma, continuaban existiendo procesos, casos y anécdotas inexplicables. ¡No me jodas que voy a ser una de ellas! Me chillé hacia mis adentros. ¿Y si volvía a salir positivo? Tendría que pleitear, pero claro, si no me hacía la prueba sería aún más sospechosa. Si salía positivo podría contratar un buen abogado, buscar un profesional médico un tanto maleable, y hacerle firmar un informe que con muchas palabras técnicas llegara a la conclusión de que mi estado producía la sustancia prohibida para la conducción.

—¿Se decide señora? —La mujer con cara de pocos amigos rompió mis pensamientos—. No tenemos todo el día, los resultados tardan un rato y supongo que tendrá cosas que hacer, y nosotros debemos seguir con otros posibles positivos.

—Sí, sí, estaba pensando, no sé lo que hacer. Yo estoy segura de mi inocencia, pero, claro, si el alcoholímetro dice lo contrario.

—Entonces no se líe, hágase la prueba. Yo le dejo que compruebe todo el material, si se queda más a gusto, y en nada podrá irse con su coche a donde quiera que fuera.

—De acuerdo, venga, proceda.

—Muy bien, espere aquí que avisaré a los guardias... Es el procedimiento —añadió al ver mi gesto.

Aguardé su regreso sentándome en la silla que me había indicado, colocando el brazo izquierdo en el apoyo correspondiente. Antes había revisado al detalle la estanqueidad de la bolsa que contenía la aguja: solo me faltaba coger alguna enfermedad, no quise ni pronunciar el nombre de la que me rondaba la cabeza, una tan temida que solo de pensarlo me entró un horrible escalofrío.

A su regreso, sacó la aguja de la bolsa, con mi absorta observación, la pinchó en una de mis venas y colocó el correspondiente tubo para llenarlo con mi sangre.

—Prefiero que mire para otro lado.

—¿Por qué? —dudé yo.

—Ya me ha pasado varias veces, si miráis la succión de la sangre os mareáis.

—Yo no, estoy acostumbrada, soy médica. —No pude evitar sacar a relucir mi profesión: no quería revelarlo, pero me salió. La sanitaria me miró profundamente.

—Bueno, eso da igual. Está embarazada y preocupada, aunque sea médica, yo soy enfermera y le aseguro que me pasa siempre lo mismo. Los hombres argumentan su hombría y fuerza como para marearse, aunque muchos terminan rodando por el suelo. Tengo que sacar bastante sangre porque es necesario dejar varias pruebas de seguridad para posteriores análisis judiciales, y no quiero que se desmorone.

No tenía ninguna gana de dejar de controlar las operaciones de sus manos; sin embargo, podía ser cierto. Hacía tiempo que no comía, mi estómago rugía, sentía algo de mareo, y si argumentaba dichas razones seguro que era por experiencia. Aparté la mirada.

—Eso está mejor. —Utilizó un tono algo más amable: por fin parecía una persona y no una máquina—. Esté tranquila, tardaremos un poquito, pero enseguida lo tendremos todo lleno y solo será analizar —prosiguió con su voz cada vez más relajada.

En el fondo la comprendí, seguro que tenía bronca todos los días y habría aprendido a ser autoritaria para conseguir domesticar a los duros, los cuales probablemente serían muchos. En su posición, razoné, habría actuado de forma

aproximada, porque a saber los animales que se iba encontrando cada día aquella pobre mujer. Empecé a confraternizar con ella, por ello, proseguí sin mirar para que viera que estaba de su bando y era una pieza fácil .

Según la sangre debía ir saliendo de mi brazo, empecé a percibir un sopor que conllevaba una relajación de mis músculos, de mi respiración, de mi corazón, de todas mis células... Un sueño aplastante se apoderó de mi conciencia, mis ojos pesaban, mis brazos pesaban, mis manos pesaban... Todo se volvía oscuro... Todo se callaba... Todo se nublaba... OSCURIDAD.

* * *

No calculé el tiempo que duró aquella oscuridad, solo sé que cuando mi cerebro recobró la conciencia y ordenó a mis ojos abrirse, fue lo que vi: oscuridad. No era capaz de observar absolutamente nada, solo negro. Ni un ápice de luz, ni una sombra o silueta. Fue tal el impacto que cerré los ojos, los volví a abrir, repitiendo la operación otras tantas veces hasta que me aseguré de que estaba despierta y mis párpados abiertos. Daba igual que mis pestañas estuvieran subidas o bajadas, conseguía ver lo mismo: nada. Me acerqué las manos a la cara..., nada; me levanté y palpando con ellas intenté avanzar..., nada; giré la cabeza a un lado, a otro, arriba, abajo y..., nada. No conseguía visualizar absolutamente..., nada. Mi corazón palpitaba a toda velocidad, mi respiración acelerada estaba hiperventilando mi cuerpo: debía relajarme, aquel estado de agitación solo podría acarrearle alguna reacción interna desesperada que dañaría a mi hija. Volví a sentarme, me acurruqué sobre la tripa y fui respirando calmada, idealizando una playa llena de luz y calor, consiguiendo con el paso de los minutos que la bomba de mi pecho dejara de sonar tan fuerte y a tanta velocidad.

Desconozco cómo hubiera reaccionado otra persona en mi situación, ni siquiera sé cómo lo hubiera hecho yo en otra época de mi vida, si no hubiera estado embarazada o no tuviera mi edad. Solo puedo decir que mantuve increíblemente bien la calma, incluso ahora mismo me sorprende al no transcribir en esta precisa página que empecé a chillar, a gritar, a pedir socorro y auxilio, como una posesa corriendo por donde quisiera que

estuviera. Pero no, no hice eso, simplemente, empecé a investigar a cuatro patas el lugar en el que me encontraba para concretar las dimensiones que me contenían y los objetos que tenía a mi alrededor. La inspección fue exhaustiva por mi parte, con toda la tranquilidad del mundo (insisto: aún me sorprende), sin prisas, nervios, miedos o terror. Fui palpando el suelo hasta localizar una pared, giré a la derecha hasta llegar a otra y a izquierda hasta la siguiente, consiguiendo acordar que me encontraba en un cuadrado bastante más espacioso del que imaginaba. Tres por tres metros o algo así. Encontré en mi trayecto lo que supuse sería una cama, con sus cuatro patas metálicas, somier de alambres del mismo material, colchoneta (bastante decente), sábanas, mantas y almohada que parecían limpias y secas; una mesa con su silla, al tacto pensé que de madera, incluso la silla con un cojín; una especie de taza, supongo que sería como un váter, un tanto raro. Me tiré un buen rato inspeccionando el artilugio, incluso con el asco que aquello me producía, comprobando que era como lo que habitualmente conocía, pero no tenía conducción de aguas debajo, es decir, había un cuenco, un cajoncito, donde caerían las heces o la orina para recogerlas.

Pensaréis que me había vuelto loca; sin embargo, es lo que hice, no puedo contaros otra cosa, solo localizar todos y cada uno de los elementos que me rodeaban, totalmente en silencio, sin un chillido, quejido o lamento. Ni siquiera lloré, únicamente investigué.

El cacharro, que hacía las funciones de inodoro, me llevó un buen periodo de tiempo, y de tanto tocarlo comprobé que igualmente estaba limpio, seco y olía bien: sí, reconozco que acerqué mi nariz y respiré profundo. Yo creo, ahora en frío, que cuando una mujer está gestante tiene un comportamiento más cercano al animal. ¿Qué pasaría si metes a una leona (por ejemplo) en un lugar como aquel? Si no es madre, tendría una forma de actuar; sin embargo, apuesto a que si tiene una cría dentro, sería otra. No podemos obtener respuesta, sería cuestión de realizar un experimento.

El reconocimiento de la habitación me llevó hasta algo que clarísimamente me pareció una puerta, y ahí sí me comporté como una bestia enjaulada: metí mis uñas y parte de las yemas por las juntas, y tiré con todas mis fuerzas hasta hacerme daño y sangre. Rasqué por la ranura inferior, con la esperanza de encontrar algo de luz, tumbándome en el suelo intentando ver a través de la pequeñísima línea, esperando observar lo que fuera; palpé cada milimétrico espacio de aquella lama de madera, astillándome los dedos con su rugosa

capa; y al igual que supongo la leona gestante hubiera terminado por hacer, golpeé, grité y chillé con todas mis fuerzas, porque ahora sí sabía que por allí debería salir. Abandoné toda mi cordura anterior y me abalancé en varias ocasiones sobre la puerta, unas veces con el hombro derecho y otras con el izquierdo; cogí carrerilla y lancé patadas contra ella, incluso utilicé mi espalda para empujar esperando un milagro. Todo fue en balde. Acabé con el cuerpo dolorido, lleno de moratones, sangre y cansancio. Entonces sí me vencí, lloré desesperada pegada a la pared, me eché la culpa de ser tan tonta, me había dejado engañar. Aquella enfermera no era policía, no podía serlo y no me había sacado sangre, me había drogado. No había otra explicación, ¿y por qué?

Después de quejarme, lamentarme y desahogarme, vino el momento de reflexionar sobre la razón que me retenía en un lugar como aquel: secuestro, concluí. No había otra explicación. Yo era una mujer blanca, embarazada, rica, con una pareja con dinero...: el mejor partido que se podría encontrar. Además, viajaba sola en medio de una carretera, sin nadie a quien acudir. Pero ¿cómo conocían que yo pasaría exactamente por aquel lugar? Me habrían investigado o sería fortuito. Llevaba mucho tiempo en Namibia, y había gastado lo suficiente como para demostrar mis riquezas. Seguro que la banda tendría espías en el Hilton. Yo, al menos, si hubiera tenido que secuestrar a alguien me pondría a su puerta, pues estaba claro que si podías abonar la suntuosa factura del magnífico hotel, tendrías para pagar un rescate. Si después se habían enterado de mis aventuras por el país en los mejores alojamientos, y mi cambio a un selecto apartamento, habrían atado cabos. ¿Y por qué no antes? Quizá lo tenían preparado y me fui de viaje. Después, me cambié de alojamiento y en los últimos meses salía poco de casa. No sé, en el fondo por qué habían tardado tanto. A lo mejor no me habían localizado en el Hilton, a lo mejor cuando fui a realizarme los tratamientos médicos por mi embarazo, porque también era un lugar frecuentado por gente con dinero... O todo eran tonterías de mi cerebro, y la única razón por la que estaba en aquel agujero era por pasar por un determinado lugar a la hora inapropiada. La maraña en mi cerebro se anudaba cada vez más. Daba igual cómo me habían encontrado, estaba allí porque mi rescate sería tremendo. No era una, éramos dos: valdríamos el doble.

Volví a percibir mi corazón a punto de traspasar la barrera de la taquicardia, por lo que retomé los pensamientos positivos. Yo tengo dinero, Fabiano también, y mi familia aportará lo que sea necesario. Entre los tres

frentes será posible llegar a lo que pidan, estoy segura. No tardarán en dejarme salir. Soy española, el Estado hará algo, en estos casos se inmiscuye Europa... Tranquila..., tranquila.

No conocía la hora ni siquiera si era de día, de noche, si había pasado mucho desde que subí a la furgoneta en el control, que era lo último que recordaba, o poco. ¡Pero qué bien lo habían hecho esos cabrones! Retomé. Había sido todo tan real, los coches de policía, los uniformes, el alcoholímetro, el laboratorio... ¿O serían realmente policías? Me asusté más. Sabía que existía corrupción y grupos organizados de delincuencia, si bien, llegar con sus zarpas hasta la misma autoridad, me derrumbó. Volví a llorar. Tenía hambre, sed y mucho cansancio. Me dolía la cabeza y el cuerpo.

Decidí descansar, el lecho era confortable, más de lo que esperaba, y eso me hizo volver a discurrir sobre la habitación. ¿Por qué era tan cómoda? Espaciosa, con una cama razonable, mesa y silla, incluso un invento para recoger mis necesidades. ¡Querrán que esté aquí mucho tiempo! Me horroricé. ¿O es porque soy blanca, valgo demasiado dinero y temen que me ponga enferma? Me esperancé. Intenté dejar de razonar, no me hacía ningún bien. Fue complicado apagar una mente a mil revoluciones, pero, poco a poco, la fatiga y los restos de las drogas, que aún andarían por mi cuerpo, sofocaron mi energía entregándome al sueño.

Un estruendo me hizo saltar de la cama, no sabía dónde estaba, solo percibía una luz cegadora que produjo tal incomodidad en mis ojos que no tuve otro remedio que cerrarlos: atontada, medio dormida y descolocada, conseguí volverme a ubicar. El negro se tornaba blanco, intenté abrir mis párpados, pese a que cada vez que lo hacía, el brillo deslumbrante impedía la visión. Mi mente recobró la cordura y recordó el horrible lugar en el que estaba, avancé hacia la luz hasta que noté unas manos que me impidieron seguir. ¡Había alguien en la habitación! La persona amarraba mis brazos me hizo un nudo sin yo esperarlo, dejándome totalmente inmovilizada, a la vez que colocaba una venda sobre mis ojos.

—¡Quiénes son! —grité—. ¡Qué hago aquí! ¿Por qué me retienen? ¡Respóndame! —Y miles de cosas por el estilo que les lancé. Primero, todo tipo de cuestiones que se me ocurrieron, y, después, insultos intentado a duras penas librarme del hombretón que me sujetaba. Al menos eso deduje por la

envergadura de su cuerpo rodeando el mío y la musculatura del mismo.

—Si quieres seguir viva tendrás que calmarte —escuché en perfecto inglés y me quedé estática—. Encima de la mesa dejamos comida, acábatela toda. Si te portas bien seguiremos trayendo más. Deja las sobras en el mismo sitio.

Un empujón separó mi cuerpo del agarre y totalmente desorientada no pude hacer nada antes de que la puerta volviera a cerrarse. No hubo más información. Todo lo rápido que pude me quité la venda, pero ya era tarde, la oscuridad me rodeaba.

Me sentí desesperada, mis predicciones se habían confirmado: estaba claro por qué me tenían allí. Aquellos hombres me habían capturado para pedir mi rescate, era su moneda de cambio y por ello me tratarían bien. Si yo moría (me estremecí al pensarlo) se quedaban sin pastel, y si abortaba, este disminuiría considerablemente: aquellas mentes perversas lo habrían planeado así. Lloré durante un rato más, impotente y angustiada, desesperada por mi vida, pero sobre todo por la de mi Lola. ¿Conseguiría ver su carita? Pensar en ella me dio fuerzas. Me levanté del lugar donde había terminado por caer y palpando me dirigí hacia la mesa. Toqué cuidadosamente hasta localizar una especie de bandeja con dos platos, en ellos, una manzana (descubrí al comerla posteriormente), y una especie de pasta que aunque engullí no conseguí ubicar su sabor; un vaso de leche que casi tiré, además de cubiertos e incluso una servilleta. No quise ponerme a elucubrar qué significaba tan buena atención: ya lo había hecho antes. Al igual que aquella leona de la que hablé hace unas cuantas líneas, me dediqué a devorar todos los alimentos, calmando al bebé que dentro de mí debía estar muerto de hambre. Cuando finalicé mi triste festín, dejé los restos en la mesa, como me habían ordenado, y regresé a la cama. No tenía fuerzas para más. Lloré en ella, pensé, cavilé, discurrí, di mil vueltas a todos y cada uno de los pasos vividos desde mi llegada a Namibia buscando pistas, razones, respuestas... Hasta que la migraña se aposentó en mi frente animándome a intentar de nuevo conciliar el sueño: no había mucho más que hacer.

Me desperté varias veces, me volví a dormir, paseé por el habitáculo, hice mis necesidades, volví a pensar... Un infierno. Concreté contar los días de alguna forma. Necesitaba un tipo de ritmo vital para no volverme loca. Las comidas, reflexioné, contaré las comidas. Y eso hice, las paredes ya había percibido que eran como de arena seca; se podían hacer fácilmente marcas en ellas. Así operé, cogí la especie de tenedor de la mesa y raspé creando un

palito. Fue tan irónico que sonreí, pensando en el prisionero de Alcatraz con sus marquitas en la pared y eso me llevó a la locura de soñar que si se podía hacer una muesca en la pared, quizá se pudiera hacer un agujero. Rasgué y rasgué, y aunque iba formando una pequeñísima oquedad, lo abandoné al comprobar que para qué serviría un hoyo que no tenía ni idea de hacia dónde iba. Lo que me llevó a pensar, ¿en dónde estaré? Las paredes y el suelo no eran de cemento, más bien, como comenté, parecía arena seca y dura, pero las uñas se hincaban en ella. Estuve dándole vueltas el resto del tiempo hasta que por segunda vez un ruido, un haz de luz horrible y una maniobra me inmovilizaron, avisándome una voz, esta vez menos legible: «*Your food*», entendiendo que de nuevo estaba siendo visitada.

No sé cómo lo hicieron, pero en apenas unos segundos completaron la operación: tenían que estar acostumbrados a realizarla. Entendí que yo no era la primera ni probablemente la última persona que estaría en aquella habitación. Antes de probar el alimento se me ocurrió que si alguien más habría estado allí, encontraría marcas parecidas a las mías, pues seguro que cualquier humano llegaría a mi misma conclusión. Señalar el tiempo de cautiverio de alguna forma, o al menos eso era lo que siempre terminaban haciendo los rehenes en las películas: para algo tenía que servir ser tan cinéfila. Busqué por la primera pared, si bien, a la mitad, desistí: tenía hambre y en el fondo todo el tiempo del mundo para investigar mi suposición. Me atiborré con todo lo dejado y nada más terminar hice mi segunda huella, retomando la decisión de buscar otras indicaciones parecidas a la que yo acababa de realizar. Escudriñé cada palmo del lugar hasta que me cansé y retomé mi posición horizontal. Estaba molida. Ya seguiría más tarde.

Me despertó el sonido característico que producían mis captores: el chorro de claridad, la inmovilización, la orden de comer...

—¿Cuántas comidas tengo al día? —Se me ocurrió gritar. Si descubría las incursiones diarias que recibía con alimentos podría contar mejor el tiempo: poseería una referencia—. ¿Cuántas comidas diarias? —repetí, no debían entenderme—. *How many food?* —chillé hasta que con su típica forma de despedirme me dejaron a oscuras gritando la frase.

Determiné que no me responderían, por lo que yo misma crearía una frecuencia. «Vamos a suponer que esta es la primera comida del día», me dije en alto escuchando mi propia voz. «Creo que ha sido después del rato más largo de sueño, por lo tanto ayer fue el primer día de cautiverio». —Me

acerqué hasta mis marcas y sobre las dos realizadas crucé una en horizontal, lo que en mi idioma significaba una jornada. Hundí el tenedor para ejercer otra muesca y me zampé lo traído. Al probarlo analicé que estaba en lo cierto. Los alimentos del día anterior eran mucho más nutritivos y abundantes, concreté que lo que tenía delante de mí, debía de ser un desayuno, pues contenía un vaso de leche, un buen trozo de pan, y algo parecido a carne seca, como el jamón de mi tierra, pero probablemente no de cerdo. Aquella tontería me animó, ya sabía cómo controlar las horas y esa insignificancia me resultó un mundo: me tranquilizó e ilusionó. Era por la mañana, me hice a esa idea y creé una rutina. Posteriormente, dicha conjetura se afianzó, al recibir la siguiente intrusión, sobre lo que supuse sería la hora del almuerzo, y una tercera que figuré significaría la cena.

En medio de los momentos de nutrirme continuaba con la frenética intención de localizar alguna señal en la pared. También estudié que quizás alguien habría dejado un mensaje escrito, una forma de salir, una ayuda..., algo. No podía dejar de intentar encontrar una manera de escapar... Debía ser mi naturaleza animal quien ordenaba. Lo que consideraba la noche (una tontería porque siempre había oscuridad) lo empleaba en dormir, gracias que aún mi somnolencia era marcada y así conseguía una ingente cantidad de horas sin regresar a mi horrible realidad. Durante mis sueños siempre aparecía Fabiano, mis padres, la luz del sol, la claridad del día y un bebé sin rostro que lloraba: la misma ensoñación que empezaba alegre y esperanzadora, tornándose en una pesadilla.

Pasaron cuatro días, según mis cuentas, y todo seguía igual. Cada vez que los extraños invadían mi espacio, les chillaba y preguntaba todo aquello que se me ocurría, pese a que nunca recibía respuesta. Me traían mi manutención, se llevaban los desperdicios de comida y los almacenados en el cuenco del inodoro, me dejaban agua limpia en la palangana, y partían sin decir nada.

Desesperada y cada vez más abatida, a cada rato libre que mis fuerzas me lo permitían proseguía con la ardua tarea de registrar palmo a palmo suelo y tabiques. El pavimento y la pared donde estaba la puerta habían sido escaneados por mis manos, apartando incluso el escaso mobiliario del lugar, sin encontrar nada legible. Había marcas, huellas, socavones, mas no conseguía sacar nada en claro, parecían signos involuntarios e irregulares sin lógica.

Al séptimo día mis ánimos estaban por los suelos. Solo me quedaba una

pared, la que denominé a la derecha de la puerta, según se entraba en mi cárcel (así terminé llamando al lugar donde vivía, no pude encontrar otro calificativo). Pensé en abandonar mi estúpida tarea, concretando en que solo conseguía agotarme, rasparme las manos y darme dolor de rodillas y riñones; sin embargo, aunque en muchas ocasiones lo dejé enfadada, refunfuñando, al rato regresaba a mi cometido. Era lo único que me mantenía ocupada, mientras que buscaba no sabía qué, me entretenía, pasaban las horas y no perjudicaba con mis negativos pensamientos a mi estado psicológico. Creo, a tiempo pasado, que es lo mejor que pude haber hecho. Resistí y seguí.

Era el noveno día, y aunque en la anterior jornada me había negado a continuar con la misión, postrada constantemente en la cama comiéndome la cabeza, pasado el desayuno, hacer mis necesidades, lavarme y tirarme de nuevo en el catre, di un salto me incorporé y retomé la faena. Y fue en ese preciso momento, sobre media mañana (por mis cuentas, que a saber lo mismo era plena noche) cuando localicé algo... Una especie de agujero donde cabía mi mano entera, incluso entraba holgada, con casi un palmo de anchura. La ilusión fue increíble, una cosa tan tonta como un boquete me hizo saltar de alegría y reír a pleno pulmón hasta que me callé, al comprobar que era mejor no levantar mucho la voz, pues a saber quién me escuchaba. No tuve ningún miedo y metí mi mano estirada hasta llegar más allá de la muñeca, por la mitad de mi antebrazo: me quedé impresionada y no paré ahí. Cogí el tenedor y continué rasca que te rasca hasta que consideré que debía dejarlo, ya que por mis cálculos llegaba la siguiente intrusión. No me digáis cómo, pero lo tenía bastante controlado. Al poco de mis suposiciones, la puerta se volvió a abrir. Esperé en el lado contrario de la abertura recién ubicada, la cual había tapado con la cama que había cambiado de lado. Los desconocidos o no percibieron la modificación o no lo dieron importancia: gracias, porque, ingenua de mí, en el fondo, había levantado la liebre con el movimiento, mas tuve suerte y obviaron la mudanza de mi camastro.

En cuanto me quedé sola, volví al ataque: excavar con las uñas y el tenedor sacando pequeños montoncitos de arena que esparcía por debajo de mi colchón. Realmente no sé qué pretendía con aquello, si bien, seguí durante un tiempo que se me hizo tremendamente entretenido: otras cinco jornadas más. Al final del decimocuarto día había conseguido introducir mi brazo hasta el codo, y al meterme en la cama, exhausta de la postura (el agujero estaba aproximadamente a unos ochenta centímetros del suelo, lo que me obligaba a trabajar medio sentada con la espalda arqueada), me preocupó llegar al otro

lado sin ninguna respuesta. Costó dormir, pero a última hora de la madrugada (o lo que yo consideraba como tal), lo conseguí. Y como dicen: «noches de juerga, mañanas tardías». Me despertó el resplandor habitual, cosa que últimamente no ocurría, a razón de que llevaba un buen rato de mi cometido cuando la luminosidad cegadora aparecía. En esta entrada se produjo algo nuevo. Después de los pasos habituales a los cuales yo no me resistía, colaboraba para evitar daños y enfados, sucedió un hecho totalmente imprevisto.

—Desvístete y tumbate en la cama —escuché en perfecto inglés, lo que me animó a comenzar con mi discurso habitual de ruegos y preguntas, obviando lo oído: no pensaba quedarme desnuda delante de aquellos malnacidos. —Quítate la ropa y tumbate en la cama, o lo haremos nosotros—. No hicieron caso a mis palabras, y negué a obedecer, forcejeando con las manos que se disponían a usurparme el ajado vestido que llevaba desde mi llegada.

—No te va a pasar nada, solo necesitamos tu ropa, te daremos otra limpia. ¡Haz lo que te digo! Si no, será peor.

No quería obedecer, pero estaban en lo cierto. Era su títere, mejor obedecer: me costó, aunque razoné que sería lo más conveniente en mi estado. Tiritando me desprendí del vestido.

—También la ropa interior. Debes cambiarte de muda.

Con un miedo horrible me deshice del sujetador y la braga, colocándome en posición horizontal con un tembleque inesperado. Con la venda en los ojos, la inmensa claridad exterior que me impedía ni siquiera ver sombras, percibí cómo me ataban de pies y manos a la cama: no lo pude soportar y me entró el pánico. Intenté resistirme de forma alocada: no esperaba esa operación.

—¡Cálmate! —percibí—. ¡No te va a pasar nada! Pero si te opones será peor, te ataremos igual y podríamos hacer daño a tu bebé. —La misiva hacia Lola me dejó estática, maleable, no sé qué me iban a hacer, pensaba en lo peor, pero estaba claro que lo harían igual. Había por lo menos dos hombres, ¿qué pretendía hacer yo sola contra ellos?, ¿hacerme daño a mí misma? ¿A mí bebé? Encontré la cordura de permanecer como una muñeca a las órdenes de mis dueños. De todas formas, me tenían controlada, no podría ganar la guerra y solo conseguiría salir herida. Me ataron, me pusieron algo alrededor de uno de mis brazos, noté presión en él y, o mi imaginación me engañaba, ¿o me estaban tomando la tensión? Percibí en mi axila la colocación de lo que detecté como un termómetro, ¿me estaban midiendo la temperatura? Lo último

que terminó de descolocarme fue notar una aguja en mi vena, y la sangre saliendo por ella, ¿un análisis? El colmo fueron las preguntas.

—¿Hay algo que me quieras decir sobre tu estado de embarazo? —Primero callé y después continué con mis habituales cuestiones.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí?... ¿Qué queréis?... ¿Dónde estoy?... Pedir dinero a mi familia, ella os lo dará... —Lo de siempre.

—No contestaré a nada de eso. —Por fin una referencia al tema—. Pregunto por tu embarazo. Has notado algo específico que quieras decirme, puedo ayudarte. Contracciones, dolores extraños, pérdidas de sangre o líquido... —¿Aquel tío era médico? Dudé.

—¿Eres médico?

—Solo respondo sobre tu embarazo —prosiguió.

—¿Qué hago aquí? —reiteré.

—Es la última oportunidad, algo sobre tu embarazo. —¡Pero qué tozudo!

—No, nada, estoy bien —determiné, después de unos segundos.

—De acuerdo, las pruebas son normales.

—¿Me van a hacer un análisis de sangre? —Necesitaba de alguna forma que aquella conversación no finalizara, era una pregunta neutra. Pero no hubo respuesta.

El hombre (o médico o lo que fuera) debió irse, no le oí más. Alguien me desató y la luz se fue por la puerta igual que siempre. Me quedé estática hasta que comprobé que de esa forma cogería frío. Me desprendí de la venda, levanté y fui hasta la cama donde encontré un juego de sábanas, dos toallas, una servilleta, una muda interior, un conjunto de pantalón y camiseta, una especie de pijama, incluso con una chaqueta de manga larga, todo limpio y seco, sin rastro de la ropa sucia. Alguien ese día, quizá una tercera persona, había utilizado la visita de mayor duración, por las pruebas que mi hicieron, para, además de asear mi habitación, dejarme aquel regalo. Cada vez me sorprendían más.

¿Por qué querían controlar mi salud? ¿Por qué me aseaban la habitación y me daban ropa limpia? Porque vales mucho dinero, Clara, me respondía en las típicas conversaciones que llevaba quince días manteniendo conmigo misma: sí, ya quince días, me dije al ver la correspondiente señal de mi pared. El bebé y tú sois dos, más valor, más billetes, quieren que sigas con él dentro, es su forma de entenderlo: dos por uno.

Al día siguiente de la llegada del «médico» a última hora, después de cenar, conseguí un hito que me llenó de felicidad: el tenedor encontró la nada al otro lado de mi agujero. No había querido meterme en la cama hasta que mi mano traspasara la pared de tierra. Con el brazo introducido más allá del codo, en una posición de contorsionista, cuando estaba a punto de desistir al comprobar que no había posibilidad de realizar más hueco, el tenedor se hundió y percibí que ya no existía más tierra que quitar. Esperé que la claridad entrara o algo me diera señal de que había conseguido llegar a otra sala, o a la calle, o yo qué sé dónde, pero solo pude observar más oscuridad a través de mi agujero. De todas formas, me introduje en las sábanas limpias, contenta: quizá era de noche fuera y por eso no se veía. Me quedé dormida con esos pensamientos. Ingenua de mí.

Aquel boquete estuvo a mi lado durante las cuatro siguientes jornadas, y yo abatida, depresiva, agotada y desesperada, me dejé perder en el camastro: solo salía de él para comer, pese a que hasta eso empezó a costarme. Mi apetito desapareció, cada vez me alimentaba peor y mis secuestradores se enfadaban y chillaban cuando encontraban los restos de alimentos sin catar. Me amenazaban para que comiera, pero tampoco tenían forma de conseguirlo. Según mis cuentas llevaba veinte días allí metida, mi embarazo se encontraba a la altura de los seis meses y medio, y no veía esperanza: ¿por qué tardaban tanto en sacarme? ¿Quizá pedían una cantidad tan desproporcionada que mi familia no podría reunir?, ¿o estaban esperando para ponerles nerviosos y conseguir más dinero? No entendía nada y no hacía otra cosa que pensar. Debía de haber regresado a Madrid, a mi vida, a mi fantástico piso, a mi empresa, junto con Fabiano, mis padres. ¿Cómo se encontrarían ellos? Estarían desesperados, seguro. ¿Tendrían alguna comunicación? ¿Sabrían algo? Y siempre lo mismo, un mar de dudas que iba trastornando mi cabeza con sus mareas. El orificio que tanta ilusión me había dado, por el que me había mantenido cuerda y activa durante la primera quincena de mi cautiverio, había sido abandonado, únicamente se veía oscuridad a través de él, no se oía ni olía nada... Llevaba a la nada... Yo me encontraba en la nada... Estuve a punto de perder la noción del tiempo, de dejar de hacer mis señales, de no comer, de abandonarme; sin embargo, los movimientos de mi niña dentro de mí me daban fuerzas para levantarme hasta la mesa, engullir poco, pero al

menos algo.

* * *

A los treinta días regresó el doctor. Yo aguanté como pude mi cautiverio y a duras penas mantuve activo mi calendario.

—Debes comer —dijo— si sigues así tu niña se verá afectada, si no quieres que nazca con alguna deformación o antes de tiempo, tendrás que alimentarte mejor —me regañó. Yo sin fuerzas no le contesté, no obstante, sabía que tenía razón. Me volvió a tomar la tensión, la temperatura y me realizó otro análisis. Yo no pregunté nada, no dije nada. Él me instigó a que le hablara sobre mi estado, mas callé.

Imaginé que si se asustaban, a lo mejor agilizaban el trámite para el rescate. Aunque me equivoqué, no sé si aquel hombre me leyó el pensamiento, pero lo que me dijo me dejó de piedra.

—Vas a estar aquí hasta que nazca tu hija, si no quieres que muera o le pase algo malo, deberás alimentarte mejor.

—¿Por qué voy a estar aquí encerrada? ¡Pidan dinero a mi familia! Se lo darán, ¡déjenme libre! Se lo ruego... Se lo pido por favor... Les puedo dar todo el dinero que quieran, en cuanto salga de aquí les daré lo que piden... Soy rica, tengo mucho para ofrecerles... —Y mil cosas más que obviaron, dejándome sola gritando incoherencias.

De aquella conversación saqué dos aspectos claros que estuve meditando durante las siguientes horas. Por mi aspecto podía parecer una mujer alocada, con el cerebro sin funcionamiento; sin embargo, aquellos hombres se equivocaban. Me habían aclarado dos dudas: una, confesada por el doctor, estaría allí hasta que mi hija naciera, porque seguro que una foto de las dos, yo recién parida y ella recién nacida, valdría su peso en oro. El cheque sería en blanco: estaba segura. Y dos, no sé si a conciencia, por un descuido o por un error en el uso del inglés, aquel hombre había hablado de mi *daughter* (hija en femenino) y no *son* (hijo en masculino). Por lo tanto, conocía el género de lo que llevaba dentro, o como acabo de comentar, simplemente habría sido una casualidad o un error con las palabras.

Me reafirmé en la idea de que había sido en la clínica de Windhoek donde me habrían localizado. El médico que me estaba atendiendo podría ser un topo, colocado allí estratégicamente. Tenía su lógica, él conocería mi caso, habría podido acceder a mi expediente y así conseguiría llevar mi gestación mejor. Incluso el doctor que me había atendido en la capital de Namibia, podría ser el mismo hombre que me visitaba ahora en la cárcel, porque su voz, no se si por mi imaginación o por una realidad, se asemejaba a alguna retenida en mi memoria: cada vez estaba más convencida de mis suposiciones.

Ese descubrimiento por alguna razón volvió a levantar en mí el ánimo. Empecé a comer más, a moverme por la habitación, a realizar ejercicios a menudo..., en conclusión, a volver a ser una persona y no un despojo tirado sobre una colchoneta.

Debía aguantar por mi hija, traerla a este mundo, conseguir que llegara hasta el momento del parto en las mejores condiciones posibles, tanto ella como yo, para ayudarla a salir. Sabía que el cerebro podía ser el peor enemigo del cuerpo. Era una de las hipótesis que más me había impactado durante mi época estudiantil. Una teoría no probada que daba a la mente un poder tremendamente peligroso: enfermar un cuerpo sano, incluso aniquilarlo. Si seguía desmoronándome, los mensajes de mis neuronas podrían terminar atacando al feto, y era a lo que más quería en ese mundo, aun sin conocerlo. Por mi Lola pasé las siguientes dos semanas llena de valentía y coraje, considerando constantemente pensamientos positivos, imaginando soluciones perfectas, viéndome en Madrid junto a Fabiano y mi familia, y, por supuesto, con nuestra pequeña.

La tercera visita del médico me dio otra pista, este aparecía cada quince días: eso decían mis marcas. Y eso me resultó muy interesante, pues así sabría qué día me tocaba consulta. Volvió a realizarme las típicas pruebas, las habituales preguntas y mi comportamiento fue similar al de otras ocasiones, intentando sacar una información que mi colega se negaba a revelar. Al día siguiente de su visita, palpé los signos de mi primitivo calendario, un mes y medio en aquel lugar, y teniendo en cuenta la fecha del secuestro (16 de febrero), llegué a la conclusión de que estaríamos en los primeros días de abril. El tres de abril era el cumpleaños de mi madre, y no pude dejar de llorar aquel día, porque según mi calendario, era justamente esa fecha. De nuevo los fantasmas del abatimiento, el pesimismo, la rabia, la impotencia y el dolor regresaron para arrastrarme a un mundo aún más negro que donde vivía

para atraparme y no dejarme salir. Intenté buscar razones para seguir luchando, para no decaer, para enfrentarme de cara y con fuerza a la adversidad; sin embargo, estaba hundida, no conseguía levantarme, el apetito de nuevo se esfumó, la apatía regresó, el dolor y malestar se aposentaron en mi cuerpo y la pena ganó la batalla.

Hice lo peor que se puede hacer: perder la noción del tiempo, abandonarme. Fui una cobarde, una mala madre, una incoherente y una inmadura; aunque había que estar en mi lugar. No puedo narrar los días que pasaron en lastimosa situación, ni tampoco sé qué hacía, si comía o cómo se comportaban mis raptos, solamente recuerdo lo sucedido a partir de un determinado echo.

Tumbada en la cama, al lado de la oscuridad que hacía siglos olvidé, recibí un haz de luz, pero no el cegador que me daba dolor de cabeza para todo el día, sino un pequeño rayo en forma circular, como una linterna, que por curiosidad busqué y localicé a mi lado, proveniente de mi agujero. Icé mi cuerpo con fuerza y puse la cara en él; la luminosidad no era tan fuerte para deslumbrarme como sucedía al entrar los secuestradores, era más difusa y, aunque mi ojo tardó un buen rato en adaptarse a la claridad, después de más de mes y medio a oscuras, terminó viendo siluetas. Tres pude contar, según fueron pasando por mi mirilla: piernas y torsos que se movían, distinguí a dos hombres y la que me pareció una mujer. Con el sentido del oído agudizado, en contraposición con la vista, pude escuchar perfectamente palabras ininteligibles, voces masculinas y una femenina hablando en un idioma totalmente desconocido para mí, pero que localicé como el dialecto local: me sonaba a africano. La esperanzadora luz duró poco, el oído atento percibió claramente una puerta cerrarse y lanzándome hacia la mía, también razoné unos pasos detrás de ella. Regresé rauda hacia mi orificio. Esperé un tiempo que consideré prudencial y animada por los sonidos que terminé interpretando como sollozos y lamentos, me decidí a hablar.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —No se me ocurrió otra cosa.

La reacción al otro lado fue instantánea, porque una voz acelerada, temblorosa y llena de lágrimas emitió todo tipo de frases, palabras y quejidos, que aunque no comprendí, pude imaginar lo que venían a decir. Dejé a aquella buena mujer desahogarse y, sin verla, la fui poniendo forma en mi mente.

Cuando calló, volví a intervenir.

—Lo siento mucho pero no te entiendo, hablo inglés —continué diciendo en la lengua anglosajona —pero también español —añadí en este caso en mi idioma materno— aunque creo que tampoco lo entiendes, ¿o sí?

Nada, la misma retahíla de vocablos que no tenían significado para mí.

—Bueno, aunque no nos entendamos, te seguiré hablando a ver si con mi sonido consigues localizar el agujero en el que estoy. —Decidí proseguir en inglés, a lo mejor una sola palabra podía llegar a ser identificada por mi compañera, y estaba claro que aunque eso sería muy difícil, habría más posibilidades con la lengua británica que con la española.

Lo mismo al otro lado, si bien, me dio la impresión de que más cerca. Decidí seguir utilizando mi voz, lanzándola lo más cercana posible al túnel que unía nuestros calabozos, para ver si así me encontraba antes.

—Yo también estoy secuestrada, hace tiempo llevaba la cuenta. Llegué hasta el mes y medio, pero después lo dejé —. Esperé un tiempo para recibir la respuesta que solía darme mi compañera, que no significaba nada, pero me daba la impresión de que era una conversación—. De todas formas, sé que todavía no han pasado quince días, porque esa es la frecuencia en que me visita el médico. —Esperar...—. Por ello pienso que llevaré casi dos meses. —Otro receso...—. Estoy embarazada.

En esta ocasión, la respuesta sin sentido fue tan cercana que me asusté, metí mi mano dentro del hueco, me estiré lo que pude y moví los dedos.

—Creo que estás al lado del agujero, ahora solo tienes que encontrar mi mano. —Palabras y más palabras en la otra habitación—. La estoy moviendo y ya no puedo meter más el brazo, se me clava en la axila. —*Whuanda cabhuanda*, escuché (no puedo decir bla, bla, bla, porque no era lo que entendía)—. Tienes que estar cer... ¡YA! —chillé.

Nos amarramos como sin en ello se nos fuera la vida, nos dimos la mano con tanta fuerza que temí me hiciera daño: ella tenía una mano más grande que la mía, más rugosa y con más potencia. Me dio la sensación de que me la estrangularía. Mi compañera hablaba sin parar, emocionada, su tono lo rebelaba y yo aportaba mis frases cuando ella callaba, sabía que era cuando me tocaba dar una respuesta. Continuamos asidas, yo a su antebrazo y ella al mío, manteniendo un diálogo alienígena que nos alimentaba y calmaba a las dos. Proseguimos así hasta que escuché.

—*Na Shewaki*. —O algo por el estilo, y no me digáis cómo lo supe; entendí a la perfección que ese era su nombre.

—Hola Shewaki, yo soy Clara —contesté y ella también me comprendió.

—Clara —repitió.

—Shewaki —la copié.

—Clara —reiteró.

—Shewaki —insistí. Ella se rió y yo la imité. Terminamos a carcajada limpia. Nuestra situación era tan límite que las manos unidas y nuestros nombres resultaron ser un motivo de suficiente peso como para reírnos a pierna suelta. Hasta que me di cuenta de que podrían descubrirnos.

—Shssss —dije, y me entendió, ya que calló al segundo y continuó hablándome en susurros.

—Creo que es por la noche, aunque he perdido la cuenta que llevaba de los días, empiezo a identificar las comidas que nos ponen a cada ocasión. Me encantaría que me entendieras para poder así contarnos nuestras vidas, pero está claro que eso no va a suceder, ¿verdad?

Era un tanto frustrante hablar y recibir un sonido que tu cerebro no podía transcribir; aunque parecía que aquello no nos terminaba de vencer, pues seguimos un largo rato. Yo aportando lo que se me ocurría y ella contestando a saber qué. Hasta que, de pronto, mi vecina de celda empezó a cantarme, y yo apagué mi voz, escuchándola y tumbándome en la cama. En una posición un tanto extraña e incómoda, por tener la mano metida en el hoyo, recibí sus melodías dejando que el sueño poco a poco me fuera venciendo. No sé cuando ella decidió dormir, supongo que era su primer día de cautiverio y la costaría más que a mí: yo, en el fondo, estaba habituada a nuestro monstruoso hogar.



Cuando desperté, a lo que yo entendía como mañana siguiente, no me atreví a llamarla; supuse que estaría dormida. Esperé emocionada a que su voz sonara por el agujero y al tardar empecé a temer lo peor. Mis malos pensamientos fueron interrumpidos por la llegada de mi desayuno: estaba acostumbrada y mi comportamiento, durante los tres trámites de la entrega de alimentos, solía ser siempre el mismo. Me quedaba estática donde me pillara el chorro de luminosidad, dejándome hacer sin discusión. Mis captores conocían mi docilidad, por lo que empleaban una menor fuerza, incluso últimamente no me vendaban los ojos, solo me los tapaban con la mano y, eso

sí, siempre iluminándome la cara para cegarme y evitar que viera. El que me impidieran observar sus rostros me tranquilizaba, denotaba que terminaría viva y libre, por ello, yo no ponía ninguna intención en revelar sus caras, más bien, cerraba mis propios ojos, movimiento que ellos sí verían, lo que les habría convencido, después de casi dos meses, de que estaba dispuesta a colaborar.

Nada más irse, presté atención. No veía, mis ojos no servían para nada; sin embargo, mis oídos se estaban afinando cada vez más. Corrí hasta la puerta, tanto tiempo en mi celda me daba la posibilidad de moverme por ella con efectividad, sin necesidad de ver. Al llegar puse la oreja sobre la madera, avanzando mis pasos por la pared que colindaba con mi vecina dirigiéndome a la abertura. Estaba segura de lo que ocurría, le llevaban alimento igual que a mí, me abalancé hacia el boquete, si bien, esperé un tiempo antes de poner mi cara en él: la luz sería tan fuerte que mis ojos no podrían ver. Me fui habituando lentamente a la claridad que entraba disminuyendo el tamaño de mi pupila.

Shewaki me había imitado y permanecía tumbada justo al lado del agujero, veía un trozo de su espalda, era una mujer grande, podríamos decir gorda, llevaba como un camisón holgado por encima: un sayo. La cantidad de luz que inundó su habitación fue mucho menor que la mía y no se la lanzaron directamente a la cara, o eso me pareció, únicamente entró uno de los dos hombres. La altura del agujero no me permitió verle la cara, llegaba más o menos hasta sus hombros, lo que sí pude apreciar es que era de raza negra, como mi compañera de celda, cuyo brazo desnudo me evidenció lo que había supuesto: el color de su piel. Imaginé que el otro hombre se quedó en la puerta vigilando, y el que entró, dejó una bandeja en el suelo. Se agachó, pero tuve la mala suerte de que lo hizo de espaldas a mí, por lo que no me enseñó su rostro. No la inmovilizaron ni le taparon los ojos, tampoco la hablaron y ella ni se inmutó: me resultó todo muy extraño. ¿Por qué a ella la dejaban verles? ¿Y por qué no prestaba oposición?

A la primera pregunta, ¿por qué no le tapaban los ojos? Me respondí con un estremecimiento de todo mi cuerpo, con un terror contenido que obligó a una de mis manos a posarse sobre mi boca para no chillar. Aquella mujer tenía los días o las horas contadas, no la dejarían salir viva, por eso les daba igual que les mirara directamente al rostro, pero ¿por qué la retenían? Si no era para pedir un rescate... O quizás si lo pedirían, se quedarían con el dinero y

después la matarían; pero entonces yo, ¿podrían hacer lo mismo conmigo? O es que en mi caso al ser europea lo tenían más difícil para conseguir el engaño... Miles de dudas de nuevo... Millones de incertidumbres que al menos conseguían mantenerme cuerda. La segunda pregunta, ¿por qué no se había movido la mujer? Le respondí con una suposición, en el fondo, para qué mostrar oposición. Quizá le habrían dicho ya su triste final, o simplemente había dormido poco y estaba molida... Más cuestiones..., más dilemas.

Cuando estuve segura de que nos habíamos librado de los indeseables, subí el tono de mi voz y lo lancé a través del agujero. Shewaki no tardó en responder, alterada siguió enunciando palabras, era lo único que sacaba en claro de la charla. La mujer negra estaba tremendamente asustada. La noche anterior me había dado la impresión de que una frase se repetía constantemente, como si algo muy importante quisiera ser transmitido; en ese instante lo volví a percibir, y yo repetí lo que estaba claro que ella quería que comprendiera.

—*Ek haak baba*— imité las tres palabras que me parecieron enunciaba con más tesón, y Shewaki se emocionó retornando el sonido en sus labios durante cuatro ocasiones—. Sé que quieres decirme algo, que *Ek haak baba* significa algo importante para ti, pero no te entiendo, lo siento.

A ella le daba igual todo lo que dijera. Creo que pensó que la comprendí, porque yo había repetido la enigmática frase, y se mostró mucho más contenta. Bueno, al menos había conseguido que se animara.

Cada una nos comimos nuestro desayuno, ella no tardó nada en regresar a nuestro espacio de comunicación, y yo me acerqué también, pero aún masticando y tragando. O aquella mujer era más rápida que yo engullendo, o le habían puesto menos cantidad. Pasamos el resto de la mañana hablando cada una en nuestro idioma. Empezaba a localizar palabras que repetía, pese a que desconocía su razón; y ella, al igual que yo, hacía lo mismo con las mías. No sé si aquello servía para algo, aunque así lo hicimos. El almuerzo solo llegó para mí, y eso me extrañó, mas fui una buena amiga y a través de nuestro boquete le pasé parte del mío.

Por la tarde, reanudamos nuestra cháchara, infructuosa, pero tranquilizante, con un intervalo en el que nos atrapó el sueño. A la hora de cenar, como era corriente, recibí mi tercera comida del día y deseé que Shewaki también tuviera la suya, porque aunque si no fuera así de nuevo le suministraría parte de la mía, aunque mejor disponer de doble ración. Me alegré, pues mi deseo

se cumplió. Pude percibir que al cerrar mi puerta los pasos se acercaban hacia la de mi camarada, y, además, nuestros secuestradores parecían contentos, porque iban riéndose a carcajada limpia. Nunca les había oído comportarse así. ¡Quizá mi rescate estaba cada vez más cerca! ¡Estarían pensando que pronto serían ricos! ¡Reirían planeando lo que harían con el dinero! ¿Estaba cerca mi liberación? Y, entonces, ¿qué sería de Shewaki? ¡A lo mejor a ella también la soltaban! De ahí la alegría tan sonora de los dos hombres quienes se desentenderían de nosotras, y serían libres para gastarse el dinero obtenido de nuestro rescate para lo que les viniera en gana. Cada vez estaba más contenta. Esperé que le dieran la cena a mi compi (me gustó llamarla así) para celebrar nuestra pronta excarcelación. Cotilleé por el hueco, como solía hacer: estaba tanto tiempo sin poder ver que aquellos ratillos en los que usaba mi músculo ocular servían para ir desentumeciéndolo.

Llegué al boquete justo cuando los intrusos habían invadido el espacio de Shewaki, ella, sentada encima de su camastro (no tenía cama, solo una especie de colchoneta o esterilla a ras de suelo), permanecía esperándolos, dándome la espalda. Coloqué todo lo que pude mi cabeza hacia abajo, intentando elevar al máximo el ángulo de visión; aunque no pude subir mucho más que el cuello de los dos individuos. Estos seguían riendo y empezaron a decir palabras en un tono que aunque no comprendía, me hizo sospechar de su conducta. Shewaki no se inmutó. Debía de entenderles. Se quedó quieta, estática y percibí un leve temblor en su cuerpo, la tenía tan cerca que tuve ganas de estirar la mano para intentar calmarla y apoyarla; sin embargo, no lo hice por miedo. Los sujetos se iban acercando como jugueteando hacia ella y temí que me vieran. El hueco estaba muy cerca de mi compañera, y ante el horror de que me descubrieran tuve la tentación de apartar la mirada, si bien, la curiosidad fue tan intensa que me mantuve pegada a la arena seca moviéndome de un lado a otro para obtener el mayor cuadrado posible de película.

La distancia desde el inicio del agujero hasta su final sería de casi medio metro, me daba protección; pero también existía la posibilidad de que nuestros raptos apreciaran el boquete y dudaran. No fue así, estaban muy emocionados con otro tema, muy animados por otra razón, con la sangre cargada de un líquido que les daba libertinaje y valentía para otra acción... Sus voces, sus tonos, la forma de andar, de actuar... ¡Estaban bebidos!

Levantaron a Shewaki. Yo me asusté por su cercanía y retrocedí, mas seguí escuchando, dijeron algo, después gritaron y ella respondió igualmente con

chillidos, lamentos y un monosílabo: comprendí perfectamente lo que significaba: ¡no, no, no! Me temí lo peor. Había que ser tonta para pensar que el júbilo de aquellos dos indeseables era porque nuestra salvación estaba cerca. Era una estúpida que confundió el alborozo montado con una noticia positiva. Volví a mirar, me costó decidirme, pero los gritos de súplica (no entendía las palabras, pese a que no hacía falta) de Shewaki me animaron a colocar mi cara hacia la mirilla que me mostró el infierno.

Uno de los hombres se mantenía de pie, de espaldas a mí, con la cabeza de mi amiga entre sus piernas, apretando el cuello de Shewaki entre sus dos muslos para inmovilizarla, a la vez que sujetaba los dos brazos de ella con los suyos consiguiendo que se mantuviera agachada hacia delante, dejando su trasero disponible por detrás. Al otro también pude verlo, con pantalones y calzoncillos bajados, mostrando su erección cogida de la mano, mientras que silbaba y aullaba, levantando el vestido que protegía la decencia de su víctima, bajándole las bragas y sin ninguna delicadeza introduciéndole su miembro a lo bruto, sin consideración.

Aparté la mirada: no quería ver más, no podía ver más, aquello me perseguiría toda mi vida, si es que yo tenía alguna vida futura. Me sujeté la boca con una de mis manos, y empecé a llorar. La impotencia fue inundando mi cuerpo, a la vez que los gemidos y los vítores al otro lado de mi habitación crecían: ¡go, go, go, go, go! Los asquerosos ahora utilizaban el inglés. Esa palabra retumbaba en mi cabeza, incluso mis neuronas la traducían en un horrible: ¡vamos, vamos, vamos, vamos, vamos! La agonía cerraba mi garganta y el pesar era tan grande que no conseguía permitir la salida de más lágrimas. Era como si mi llanto se hubiera cortado para darme la fuerza suficiente, la valentía de volver a mirar. Recordaba la última imagen, antes de que la cobardía me ordenara quitarme del agujero, y esa había sido el rostro atemorizado, horrorizado y angustiado de Shewaki mirando hacia nuestro agujero. Ella sabía que yo estaba allí, era lo único que tenía, el único punto donde podría mirar para encontrar consuelo y eso hice, con un miedo atroz, retomé mi posición de mirona.

El cuadro me revolvió el estómago y se quedó grabado a fuego en mi cerebro para formar todas las pesadillas que he soñado desde aquel espeluznante día. Shewaki, embestida por su violador, lloraba de pena, rabia y dolor. El líquido salino caía al suelo, gotas de vergüenza, sombrías y siniestras, mojando de pena el pavimento. Los hombres alocados, a lo suyo,

con su mismo estruendo de gemidos y alaridos, y mi víctima asediada por ellos. Estuve por un momento tentada de quitar la mirada; sin embargo, antes me fijé en las manos de mi amiga, agitaban sus dedos, los movía, uno, otro y otro, como formando una ola, un movimiento consecutivo. Tardé, pero la entendí. Ella sabía que yo estaba allí, no me veía, no obstante, me intuía, necesitaba conocer que yo la apoyaba. Y eso hice, me eché para atrás, metí mi brazo todo lo que pude en el pequeño túnel, hincando mi axila en la parte que daba hacia mi celda, agrandada en los últimos días, consiguiendo que mi mano quedara libre al otro lado, que se viera sin dificultad, iniciando el movimiento de dedos, la danza de falanges que Shewaki me había pedido. Así me mantuve, aterida por la posibilidad de que alguien, aparte de la mujer a quien iba dirigido mi gesto, pudiera descubrirlo.

El movimiento rítmico y los asquerosos sonidos de placer que tuve que escuchar pararon. Quité mi mano en un raudo movimiento y tardé en mirar. Primero, se hizo un silencio que me noqueó, dejándome sin saber cómo actuar; y, después, regresó el regodeo a mis oídos que me dio fuerzas para volver a ojear. Aquello no había acabado. Descubrí la horrenda visión de un cambio de papeles, el violador ahora sujetaba y el que antes retenía había cogido su turno. El rostro de Shewaki estaba caído al suelo, ya no me miraba; sin embargo, cuando volvieron a empujarla y retomaron la siniestra palabra, *¡go, go, go, go!*, levantó sus ojos, lo que yo entendí como que me buscaba. De nuevo mi mano quedó libre en su celda, agitándose en un baile que deseaba llevar calma, paz, amor y fuerza hasta mi ultrajada compañera.

Se me hizo eterno. Nunca he sufrido un espacio de tiempo tan largo, tan agónico, tan lamentablemente doloroso; aunque llegó un momento en que todo finalizó. Los demonios se fueron por donde habían venido, y sin mirar, me quedé horrorizada en mi colchón acurrucada y aterida ante la idea de que vinieran a buscarme a mí, como lo habían hecho con Shewaki. ¿Y si volvían a por mí más tarde? ¿Y si aquella monstruosidad me la hacían también a mí? Me sentí primero aterrada y, después, cuando pasaron unos minutos, muy egoísta por pensar en mí, cuando Shewaki estaría tirada en cualquier parte de su celda con el alma rota y la vagina desgarrada.

—¡Shewaki, Shewaki! —llamé—. ¡Shewaki, Shewaki! ¿Estás bien? —Lo volví a intentar. Intuía que no estaba bien, que se sentiría al borde de la muerte, pero no sabía qué decir—. Tranquila, todo saldrá bien, seguro que huiremos de aquí. —Proseguí inútilmente: no entendería mis palabras, aunque

al menos sabría que estaba con ella. No conseguía escucharla, no la oía. Imaginé cosas tremendas. Continué insistentemente llamándola, usando su nombre sin parar durante un tiempo infinito, no me dejé vencer por mi propio cansancio; hasta que no la oyera no pararía.

—Clara —escuché bajito, un susurro, entre lágrimas y dolor a mi lado. Metí la mano en el agujero y allí estaba la de Shewaki, esperándome, agarrándome, asiéndome con fuerza.

Nos quedamos así. Ella lloraba. Yo lloré. Dejamos caer nuestra pena, vertimos nuestra rabia, desahogamos nuestra furia en silencio, acurrucadas cada una sobre la cama. Decidí cantarle: ella lo había hecho la noche anterior. Y lo único que me salió fueron letras de mi grupo favorito: «Mecano». Empecé con «Hijo de la luna», continué con «Entre el cielo y el suelo»... «No hay marcha en Nueva York»... «El cine»... «La fuerza del destino»... Desafinando y sin hacer ningún honor a Ana Torroja, cogí prestadas las melodías de los hermanos Cano, apaciguando a mi angustiada protegida y a la vez a mí misma.

CAPÍTULO VII: COMPAÑERAS EN ÁFRICA

Me gustaría escribir algo distinto, contaros que llegó el ejército y nos rescató, que vinieron los Geos especialmente desde España y nos liberaron, que a mi compañera no la volvieron a molestar, o que todo lo contado en el anterior capítulo fue solamente un sueño y me desperté en mi precioso apartamento soleado de Windhoek al lado de Fabiano; sin embargo, no puedo hacerlo, porque sería incierto. Cada una continuó en su celda, con nuestra oquedad como única salvación, la exclusiva unión con el mundo de los vivos, de los cuerdos, de los humanos y no los animales.

Sufrimos cuatro noches más aquel calvario, ella en sus propias carnes y yo como testigo. Una rutina escalofriante que destrozaba mis entrañas haciéndome vomitar; que alteraba mis nervios con incontrolados ataques de tiritera y movimientos rítmicos; que destrozaba mis neuronas con horribles migrañas y destructivas jaquecas; que inundaban mis sueños de recuerdos indeseables, pero a la vez imborrables, impidiéndome el descanso. Vivimos un infierno. Los días eran la antesala de las noches, y las noches, el temor de nuestros días. Ella lloraba constantemente y la frase «*Ek haak baba*», o lo que entendía como tal, estaba siempre presente en sus labios. La consolaba a mi manera, le cantaba las canciones de mi juventud, las letras de Mecano, y ella aprendió que aquellas melodías eran su forma de olvidar y enfrentarse a lo que vendría.

Intenté comprender lo que sucedía, el porqué tenían allí a aquella mujer, la razón por la cual la atormentaban cada noche, y lo que más pavor me daba, por qué a mí no. Será por mi color, soy blanca, eso les puede echar para atrás, la preferirán a ella, pero si la pasa algo, si se va, si se muere, ¿empezarán conmigo? Razonaba egoístamente, temiendo más por mi virtud que por la vida de mi amiga. Me sentía incómoda con mis pensamientos, no obstante, era un animal enjaulado y pese a que fuera horrible y odiase lo que le hacían cada

noche a aquella pobre mujer, no quería padecerlo yo, así que aunque suene tremendo e impactante, entre ella o yo, podéis imaginar a quién elegía. Pasé las cuatro siguientes jornadas masticando toda la información de que disponía y me fui acercando a algunas conclusiones que no sabía si eran ciertas, pero terminé aceptándolas como tal.

Existían dos casos, dividí. El mío y el suyo. Yo: blanca, rica, embarazada, me trataban bien, no me tocaban, tenía comida en abundancia, la habitación limpia, con comodidades, cama, mesa, silla, ropa aseada cada quince días, atención médica durante el mismo periodo... Ella: negra, pobre, en una habitación sucia con tan solo un camastro a ras de suelo y un orinal, casi sin comida, sin atención médica, violada cada noche sin contemplación por dos hombres... Había dos casos, no tenía duda. El mío y el suyo. Las pruebas eran claras. Y cavilando llegué a la siguiente conclusión. Yo estaba allí para sacar dinero a mis allegados, por ello, mi salud y la de mi hija valían lo suficiente como para que el cerebro de la banda tuviera totalmente prohibido a mis cuidadores tocarme, lo que probablemente vendría a comprobar el médico cada cierto tiempo. Ella estaba allí para entretenerles. Dos hombres en medio de la nada tenían sus necesidades y si eran delincuentes, capaces de raptar a una mujer por dinero, seguro que habrían ideado coger a una y guardarla para su desahogo. Por eso, a mí me tapaban la cara, porque algún día me sacarían; sin embargo, ella únicamente estaba allí de forma temporal, y cuando a mí me liberaran y no necesitaran sus servicios la harían desaparecer.

Me alegré de que Shewaki no me entendiera, porque si hubiera comprendido el mensaje que tenía para ella, no sé si habría sido capaz de trasmitírselo o callármelo. Aunque, quizá lo sabía y era lo que me intentaba decir, si bien, también habría sido duro consolarla y vivir a su lado sabiendo que mi libertad sería su muerte.

Al sexto día de la llegada de Shewaki, a la hora del almuerzo, recibí la visita del médico, lo que me dio dos ideas: una esperada y otra no. Me confirmó que llevaría allí dos meses. Mis cuentas habían desaparecido la última vez que vino, y si reaparecía significaba que habrían transcurridos quince días más, los cuales sumados al mes y medio apuntado en mi paleolítico calendario, daban un total de eso: nada menos que sesenta días en cautiverio y una fecha más o menos concreta según mis cálculos, 19 de abril, día arriba, día abajo.

El procedimiento fue el usual: desnudarme, atarme en la cama, tomar

muestras de sangre, tensión y temperatura y las típicas preguntas que yo no solía contestar. Permanecí muda durante toda la visita hasta casi el final.

—¿De cuanto tiempo estoy, doctor? —añadí la última palabra a sabiendas, para que aquel hombre supiera que intuía su profesión.

—¿No lo sabes? —me contestó con otra pregunta.

—Aquí he perdido la noción del tiempo. —Quería que me confirmara lo que suponía. Tardó en volver a hablar, incluso pensé que se habría ido..., pero me respondió.

—Ya te queda poco Clara. —Sabía mi nombre—. En cuatro semanas estarás fuera de cuentas. —De ocho meses, lo que suponía—. Cuídate, come y duerme bien: no pienses en negativo. —Fueron sus últimas palabras.

Parecía tan considerado, tan amable, que me impactaba a lo que realmente se dedicaba. Aunque en alguna ocasión, al resistirme o no colaborar, había levantado la voz, en general, su forma de tratarme había sido cortés y aquel día incluso afable. Además, parecía que conocía mi nombre, eso en un principio me impactó; mas después me resultó lógico. Si me habían investigado tendrían todos mis datos, y aunque aquel rapto hubiera sido al azar, poseía mi documentación en el bolso el cual, probablemente, habría sido requisado para localizar con posterioridad a mis familiares y pedirles el rescate. Fue la ocasión en que volví a considerar la posibilidad de que mi apresamiento no había sido premeditado: quizá había pasado por el lugar equivocado en el momento preciso para terminar donde estaba. Por eso me habían parado, mujer blanca, embarazada, sola... Era una presa fácil y además con muchas posibilidades para su negocio. Cada vez se ponía más difícil llegar a una conclusión certera. No había nada claro: demasiadas hipótesis.

Cuando volví a quedarme sola, me acerqué hasta el boquete para volver a retomar la comunicación con mi vecina y fue entonces cuando recibí una impactante revelación. Había luz en su habitación y me extrañó, ya que a ella únicamente le llevaban una comida al día, la de la mañana, y el resto lo pasaba gracias a lo que yo la suministraba. ¿Qué hacían en su celda? Y, ¿quién estaba en ella? Me aposenté en posición para fisgonear, pero la manta colocada, imaginé que a propósito por Shewaki, impedía la visión: me frustré. Sin embargo, aunque solo pude ver siluetas y formas, el sentido del oído seguía muy activo, incluso más que en condiciones normales, por lo que atentamente me dispuse a usarlo para cazar lo que en la sala contigua se cocía.

La voz que escuché me resultó muy familiar, o me engañaban mis oídos o

era la del médico que acaba de atenderme. ¿Qué hacía allí? Además, la hablaba en el mismo ininteligible idioma empleado entre los secuestradores: lo denominaba afrikáans, nombre que me enseñó Fabiano para la lengua de los oriundos, aunque desconocía el dialecto que podría ser, pues sabía de la existencia de varios. Percibí voces de hombres y de una mujer. Mantuvieron una conversación: del contenido, a saber. Me extraño tanto, me resultó tan inesperado... Otra de mis teorías, una de las más claras y seguras, cayó por los suelos. ¿Por qué ahora, de repente, cuidaban la salud de Shewaki? Si la tenían allí para lo que había sospechado y eran unos degenerados, ¿qué les importaba cómo se encontrara? ¿O quizá la habían hecho tanto daño que estaba tan perjudicada como para necesitar a un médico? La verdad, la noche anterior se había estado quejando y por la mañana habíamos mantenido poco contacto. Ella me dio a entender que necesitaba descansar, porque aunque nuestro idioma no fuera el mismo, cuando quería dormir hacía un ruido imitando un ronquido y así nos entendíamos.

Pobre Shewaki, encerrada en una celda inmunda, casi sin alimento, violada cada noche por dos asquerosos indeseables, ¿qué podía esperar! Estaría destrozada. Presté toda la atención que pude, pero no conseguí sacar nada en claro. El médico se fue después de hablar durante un rato en el pasillo, o lo que yo había ideado habría al otro lado de la puerta. Agazapada tras la mía, con la oreja puesta sobre la grieta que formaba la madera con la pared, presté la máxima atención a lo que llegara a mi tímpano, pudiendo escuchar frases en un idioma o dialecto desconocido, impidiéndome la traducción que habría sido simple si la conversación se hubiera mantenido en inglés. Cuando no hubo ni un solo ruido en el exterior, me lancé sobre la cama, decidida a investigar por la abertura gracias a la cual conseguía acercarme a otro ser vivo.

Shewaki debía de estar tumbada también, puesto que a mis palabras sonaron otras muy cercanas, respiraba como agotada y se la notaba cansada y dolorida.

—¿Qué sucede, Shewaki? ¿Qué te ocurre?, ¿cómo estás? —interpelé varias veces, recibiendo la frase: «*Ek haak baba*». La maldita frase: «*Ek haak baba*», de nuevo enunciada, mezclada con otras palabras que yo no comprendía.

—Sé que «*Ek haak baba*» significa algo importante. Te pasa eso, ¿no? Pero no consigo captar tu mensaje. ¡Qué impotencia!

Ella empezó a cantar aquellas canciones que emitía cuando necesitaba paz, y yo la escuché. Metió la mano por el agujero y me pidió la mía, al menos eso entendí. Debía de ser así, porque me asió con ganas. Cada cierto tiempo me apretaba, paraba de cantar y respiraba profundamente. ¿Tendrá un cólico? Algo dentro de ella no funcionaba. Estaba sufriendo, no hacía falta ser demasiado perspicaz para darse cuenta. Tenía dolores fuertes que intentaba controlar.

En ocasiones callaba y decía una palabra que yo había aprendido, debía de significar que siguiera yo, y así lo hice, aun con mi mano entre la suya, destrozada por su fuerza, inicié con mi desafinada voz el repertorio que conocía, incluyendo las letras de Mecano que eran por un lado las que mejor recordaba, y por otro, por lo que adiviné, las que más gustaban a mi amiga. La frecuencia de los dolores que sufría fue aumentando, y la intensidad también. Lo aprecié por el temblor en su mano, su respiración dificultosa y sus quejidos. Hubo un momento en que me soltó, como si estuviera cansada de la postura. Noté, por mi oído agudizado, que caminaba, o al menos lo intentaba, por la habitación: yo la imité. Entonces, toda la unión de sus síntomas, las palabras: «*Ek haak baba*», dando vueltas constantemente en mi cabeza, enredándose en mis recuerdos, más la información de mi cerebro almacenada durante años formaron un cóctel molotov que a la sexta vuelta estalló.

—¡Ya sé lo que te pasa, Shewaki! —grité alocada—. ¡Lo recuerdo!... ¡Recuerdo esa frase!... Una de esas palabras me la dijeron a mí cuando estaba en la clínica de Fabiano... ¡Owamba me lo dijo a mí!... ¡Owamba se dio cuenta!... Y ella..., me lo dijo... ¡*Ek haak baba*! ¡Estás embarazada! ¡Y ahora mismo estás de parto!... No hay otra razón, estás teniendo contracciones, son regulares, las he contado, y, además, van aumentando en intensidad... Yo soy ginecóloga... ¡Puedo ayudarte! —No sé por qué gritaba todo aquello: ni ella me entendía ni yo podría ayudarla, pero, bueno, supongo que fue una reacción lógica.

Creo que Shewaki se dio cuenta de mi mensaje, volvió a darme la mano y supuse que retrocedió a su posición. Me mantuve allí, animándola, respirando con ella, cantándola, hablándola en susurros, con cariño o gritándola y dándole fuerzas. No podía verla ni palparla, no sabía de cuánto tiempo estaba, en la posición que se encontraría su bebé, cómo estaban sus pulsaciones, las de la madre y las del niño, la fase de dilatación, si había borrado el cuello del útero... Me faltaban todos y cada uno de los ratios, mediciones, aparatos y

ayudantes que tenía en mi clínica... Pero me daba igual. Yo era una mujer preparada para ayudar a traer hijos al mundo. Eso era lo que haría, aunque fuera a través de un agujero. No sé si ayudé mucho o poco a mi compañera de fatigas, si bien, mi mano no la soltó, aunque no tenía mucho más a qué recurrir. Pensé que estaríamos así solas hasta el final, pero no fue así, me equivoqué, algo inesperado ocurrió.

En un determinado momento que no percibí, por sorpresa, la luz apareció por nuestro boquete, la mano de Shewaki desapareció y temí que nos hubieran descubierto. Ambas estábamos tan implicadas en nuestro asunto que no habíamos percibido la intromisión que nos había pillado in fraganti. Me asusté por las posibles consecuencias o reacciones, y agazapada en mi cama, tapando con la manta el hueco, esperé. No me atreví a mirar, mas el sonido llegaba solo. La tela no impedía la circulación total de las ondas y aunque las disminuía de intensidad, no era un impedimento lo suficientemente fuerte como para pararlas. Identifiqué dos tonos de voces femeninas, la entrecortada de Shewaki y una nueva: otra mujer. Nada más.

Tardé un tiempo eterno en volver a mirar, no me atrevía: si mi compañera estaba encima de la cama y la otra mujer a su lado, podría verme, a no ser que el orificio estuviera tapado por el otro lado, lo cual sería fatal, porque entonces seguro que no podría ojear absolutamente nada. Pasaron bastantes minutos, no puedo precisar cuántos, hasta que me terminé por decidir, básicamente por los alaridos de Shewaki que me fueron evidenciando que la dilatación estaría cercana a su máximo y la curiosidad era demasiado intensa como para vencerla. Lo hice con sumo cuidado, quitando milimétricamente el estorbo. Lo primero, sería comprobar que al otro lado no había impedimento para ver; y, lo segundo, que, en efecto, mi amiga estaba tumbada en la cama adosada al agujero. Razoné que quien la acompañaba en la habitación estaría tan ajetreada con el parto que no prestaría atención a la pared, o si lo hacía, imaginaría que el agujero era de cualquier tipo, animal o simplemente accidental. Para mí aquel boquete era esencial, pero si yo al entrar en una habitación, como imaginaba que podría ser la mía, y observaba un hueco en la pared donde se podía introducir la mano, tampoco le hubiera dado mucha importancia. Me aventuré, quité toda la manta, «de perdidos al río», me dije, y lo presencié.

No tenía una gran visión, no obstante, estaba todo tan cerca que temí que me vieran. Shewaki se encontraba tumbada, aunque no a ras de suelo, como su

roída colchoneta la obligaría, sino a medio metro del pavimento, lo cual me extrañó infinitamente. ¿Habrían traído una camilla para atenderla? Gracias a que estaba en una posición levantada pude apreciar su cuerpo, desnudo, negro y brillante por el sudor, en la típica posición de parto, por lo que llegaba a ver, agarrándose las rodillas con ambas manos, levantando el cuello, apretando los dientes. debía de estar ya en la fase de pujos. No conseguía otear todo su cuerpo, y por tanto la mujer que estaría entre sus piernas me fue ocultada, pese a que sí pude observar el rostro de Shewaki y allí vi reflejada su agonía. A cada ocasión que la voz femenina le pedía que empujara con todas sus fuerzas, su semblante se tornaba rojo, amoratado, hinchándose las venas hasta el punto de estallar. Ahí no necesité traductor; sin entender, entendía.

Me hubiera gustado animar a mi amiga, apoyarla, ayudarla a respirar, entrar yo entre sus muslos para coger la cabeza de su bebé, girarla en el momento oportuno para permitir que pasaran sus hombros, ver el cuerpecito entero de su cría, cortar el cordón umbilical, hacerle las primeras curas y revisiones, y por último entregárselo a su valiente madre; sin embargo, otra estaba en mi lugar, otra con un corazón seco, llena de maldad, corrompido, sin escrúpulos ni clemencia: una hija de Satán. Lo digo, porque cuando Shewaki consiguió con su esfuerzo y tesón parir al ser albergado en su vientre durante nueve meses, ni siquiera se lo entregó... Ni un minuto se lo acercó.

Oí su llorar, el cántico que emitimos al nacer, el primer aliento de vida, pero no pude disfrutar del bebé y mi amiga tampoco. Shewaki, ajena al desgarrar que tendría en su entrepierna, se lanzó hacia delante, alocada, chillando, jurando y blasfemando; sin embargo, su movimiento fue controlado por los dos hombres, cuyos cuerpos sin cara, empezaba a conocer. La amarraron con toda su fuerza, porque mi amiga, como un animal, luchaba con la escasa energía que le quedaba para liberar a su cría del cazador. Alguien lo tendría en brazos, aquella voz de mujer lo debía de sujetar: pensé que no la vería, mas no fue así. Algo se le cayó, y al avanzar un paso hacia delante aprecié su cuerpo, y al inclinarse al suelo con el recién nacido asido en sus brazos, detecté su rostro. Aquel rostro. Esa unión de ojos, nariz, boca, carrillos, barbilla, frente, pelo... Lo conocía... Lo había visto... A mí también me había tocado..., a mí me había clavado una aguja en el brazo..., me había drogado y engañado: ¡La enfermera del control de alcoholemia! No necesité más de unos segundos para localizarla. Retrocedí impactada por el descubrimiento y por temor a que me viera: su cara había quedado justo en la

línea con la mía, sus ojos... Nunca olvidaré sus ojos.

No me vio, nadie me vio. Estaban demasiado atareados intentado sujetar a la leona, que retorciéndose con toda su fuerza, rugía contra los extraños que osaban arrebatársela a su recién parido. Escuché una frase de la mujer, unos chillidos y quejidos de Shewaki que cada vez resultaban más débiles. Saqué valentía, todo empezaba a darme igual, mis neuronas habían comprendido, al ver la cara de la comadrona, el quid de la cuestión, y no me importaba que me vieran. Intrépidamente coloqué mi rostro junto a la abertura y aguanté únicamente unos segundos, tiempo que me sirvió para entender lo que allí sucedía: uno de los hombres sujetaba con firmeza, inmovilizando el cuerpo que se agitaba y curvaba, mientras el otro apretaba su cuello, aprisionando la tráquea, cortando el suministro de aire, ahogando a mi amiga, mi compañera, quien fue disminuyendo en sus balanceos hasta quedarse quieta, inerte, sin vida... ¡Muerta!

Tiré para atrás mis pasos hasta llegar a la pared contraria, chocar con ella y caer al suelo de culo donde me acurruqué y lloré en silencio. Acallé mis gritos de rabia, mis insultos, mis quejas, tapándome la boca con ambas manos, escondiendo mi cabeza entre las rodillas: dejé que la amargura, la rabia, el dolor, la impotencia y el enojo fluyeran por mis carrillos, bajaran por mi cuello y terminaran acumulándose en mi barriga. « ¡Mi niña!», me grité hacia dentro. « ¡NO, mi niña, NO!»

No estaba allí por ser una blanca con dinero, no me querían por tener una familia adinerada en España, ni por ser una empresaria de prestigio, ni por estar prácticamente casada con un millonario altruista... Me querían por ella, por mi Lola, querían a Lola. Ahora todo cuadraba. Shewaki había sido encerrada, no como supuse para ser violada cada noche y acallar las ansias de hembra de mis captores, estaba en aquella cárcel por idéntica justificación que la mía: por su embarazo..., por su bebé. No tenía mis comodidades porque sabían que estaría poco tiempo, la habrían cazado a punto de dar a luz, fuera de cuentas... Lo sabían, la tenían estudiada. Por eso prácticamente no la alimentaban, para que el bebé saliera antes: si dentro no estaba a gusto, buscaría una vía de escape. Y lo peor, por eso la violaban cada noche dos hombres, doble ración de esperma cada día: aquel líquido que la introducían llevaba una hormona, la prostaglandina, inductora del parto. Lo sabía bien. Mis pacientes en los últimos días siempre me decían lo mismo: ¿qué puedo hacer para adelantar el parto? Y yo, además de otras cuestiones, siempre les

hacía la misma sugerencia sutilmente: «Bueno, por supuesto puedes utilizar un método ancestral», ellas me miraban con cara de incógnita y yo dejaba un tiempo para añadir: «hacer el amor». Aquellos hombres habrían recibido su encargo con ganas, estaba claro que no lo habían hecho obligados, aunque no era algo casual o visceral, era planeado, pensamiento que me llevó a mi propio caso.

En cuatro semanas me lo harían a mí. Me estremecí, cerré los ojos (los cuales poco me servían abiertos) y sentí un hondo terror ante la idea. Por eso yo tenía mejores comodidades, por eso me alimentaban bien, porque un parto prematuro sería su ruina. Un bebé blanco valdría su peso en oro, probablemente rubio y de ojos azules, como su madre y padre: sería un cheque en blanco. Yo, la madre, ya no serviría. Por eso Shewaki estaba muerta, por eso moriría yo en un mes. Solo querían nuestros hijos, nosotras no valíamos. Parirlos y morir. Fue duro descubrirlo, no obstante, a la vez, percibí un alivio al poder contestar a todas las dudas que se agolpaban en mi mente. Por eso tendría que estar allí hasta el final como me había dicho el médico, y por eso Shewaki repitió la misma frase hasta la saciedad: «*Et haak baba*», estoy embarazada. Quizá ella lo sabía, quizá se lo habían dicho, tal vez en un ataque de rabia o directamente desde el principio: debía de conocer su triste final e intentaba notificármelo, avisarme.

No recuerdo el resto de la noche. Pasaron las horas y en mi vigilia daba mil vueltas a lo vivido y a la chocante revelación encontrada. No sabía cómo enfrentarme a mi futuro o, mejor dicho, a mi falta de futuro. Supongo que terminé saliendo de la pesadilla que era mi vida, y entrando en el sueño, el cual con su silencio me dio esperanza.

A la mañana siguiente, no quise despertar, lo de siempre a esas horas inundó mi triste espacio; pero ni me inmuté. Les dejé hacer y cuando se fueron proseguí tumbada decidida a retornar al estado de trance que me proporcionaba el sueño; al menos de esa forma no me enfrentaba a la cruda realidad. Antes del mediodía, cuando más abatida, más hundida y más despojo me sentía, obviando incluso el movimiento y las patadas de mi niña (que tanta fuerza me había dado en anteriores ocasiones), un hecho retornó la sangre desintoxicada a mis venas, regando mi masa gris y mis músculos con energía renovada para continuar serena y lúcida, esquivando la locura: la habitación de al lado se volvió a ocupar.

La pequeña «linterna» que me había sorprendido en una ocasión anterior

retomó mi atención, consiguiendo sacarme del sopor y animarme a lanzarme hacia el hueco por donde había encontrado la salvación y también la condena. La claridad en el cuarto adyacente me permitió vislumbrar una situación parecida, como un *Déjà vu*: dos hombres negros (los de siempre) y una mujer también negra, esta vez ante mí, lo que me permitió confirmar mi teoría: embarazada. Había confundido la enorme tripa de Shewaki con gordura: por un lado, porque la mujer era grande y obesa; y, por otro, porque no llegué a tener la oportunidad de verla tan bien como divisaba a mi nueva compañera. Esta era delgada y fina, con una bola enorme debajo de sus diminutos pechos, también con un sayo parecido al de Shewaki: intenté convencerme de que sería otro distinto, me daba pavor imaginar que se lo quitaban a una antes de morir para ponérselo a otra; aunque pudiera haber sido así.

Cuando se quedó sola y me aseguré de que yo también lo estaba, dudé durante un tiempo infinito si hablarla. ¿Qué decirle? Estás aquí porque quieren a tu hijo, te van a mantener ahí a oscuras, sin comida ni atención, te van a violar cada noche dos bárbaros sin contemplaciones, hasta que después de sufrir dolores horribles de parto, se lleven a tu recién nacido y te aprieten el cuello para morir asfixiada. ¿Cómo proceder? ¿Abandonarla? ¿Dejarla a su suerte? ¿No encararse con la realidad?... ¿Hablarla, decírselo y enfrentarse a su desesperación...? ¿Compartir el dolor, o vivirlo por separado? En el fondo, no sé para qué daba vueltas al asunto: ella no me entendería, y yo no tenía forma de revelarle mi secreto. Callé.

No la llamé, no me atreví. La dejé en su oscuro mundo y yo continué en el mío; sin bien, no me di cuenta de que cuando entraron a mi celda para traerme la comida, aquella especie de foco, que me había avisado a mí en el pasado de la presencia de alguien en la habitación contigua, debió de llamar la atención de la nueva inquilina, quien tuvo la suficiente sangre fría e inteligencia como para esperar la marcha de nuestros carceleros para intentar comunicarse conmigo, lo cual, ahora desde el futuro, siempre agradeceré.

—*Namuwn huanwki ka tape...* —Nada, lo de siempre, no contesté. No tenía fuerzas para volver a empezar, mejor dejarla a su suerte... No había nada que hacer... No existía esperanza.

—Hola, alguien *hi*. —Me incorporé de un salto. Era una alucinación o había escuchado palabras en inglés. Tenían acento y estaban mal pronunciadas, pero después de tanto tiempo sin oírlas sonaban clarísimas.

—Hola, ¿me entiendes? ¿Entiendes mi idioma? —respondí acelerada,

acercándome al máximo al agujero de la esperanza.

—Sí, entender bien, hablar poco. —Para mí aquello era muchísimo, tras lo vivido.

—¡Qué alegría me das! No puedo creer que me entiendas, que pueda hablar contigo, que me puedas contestar. —Estaba eufórica.

—Yo contenta, ¿cómo llamas?

—Mi nombre es Clara, soy española. Vine a Namibia hace unos meses, de vacaciones.

—Yo, Jhuanmi, vivo Aranos, marido, padres. —Era escueta, pero la comprendía a la perfección. ¡Por fin hablar como Dios manda!—. ¿Cuánto tiempo tú aquí?

—Llevaré unos dos meses. —Temía el momento de enfrentarme a la cruda realidad, pero era lógico que Jhuanmi preguntara. Yo, en su caso, me hubiera dirigido antes hacia el tema tabú.

—Mucho.

—Sí, demasiado, me cogieron en un control de alcoholemia. Me paró la policía y yo les creí. Me engañaron al mostrarme una máquina que decía que había bebido. Yo sabía que era imposible, por eso cuando me subieron a una furgoneta acepté hacerme un análisis. —No sabía si mi nueva compañera asimilaba todas mis frases, aunque como no intervenía proseguí: había dicho entender bien—. Debieron de drogarme y aparecí aquí cuando desperté. Me traen comida y recogen mis excrementos y la suciedad, además, me visita un médico aproximadamente cada quince días.

—Yo cogirme furgoneta.

—¿También te metieron en una furgoneta?

—Sí, yo embarazada. —Ya lo sabía, mas no se lo dije—. Yo trabajar granja blancos, necesitar saber tu idioma... Ellos muchas órdenes, yo necesitar entender... Yo poco hablar, no necesitar hablar. —Aunque en otras condiciones diría que su vocabulario era parco, para mis oídos aquello fue música celestial. La animé a seguir, sabía que la costaba, pero prefería que ella me contara. Mi mensaje era horrible y deseaba retrasarlo al máximo.

—¿Cómo te metieron en la furgoneta? Te drogaron igual que a mí.

—Yo caminar ir trabajo, vivo Aranos. —Eso lo había dicho antes, supuse sería una ciudad o un pueblo, no me sonaba—. Trabajo lejos, muy lejos,

caminar mucho. Yo embarazada, muy embarazada, furgoneta para..., yo subo.

—Entiendo, la granja donde trabajas está lejos de tu casa, por ello, tienes que caminar mucho hasta llegar a ella, por el camino apareció una furgoneta que te ofreció llevarte y subiste. —La ayudé, sabía que entendía mejor, por eso decidí confirmarlo.

—Sí, yo subir. Furgoneta... —Parecía que no sabía qué decir— médico.

—Ya, a mí me pasó lo mismo, no era una furgoneta, era una ambulancia, como un coche de médicos.

—Sí, coche médicos.

—Y te engañaron igual que a mí, te dirían que te hacían el favor de llevarte, y tú no pudiste dudar de un coche cargado en teoría de personal sanitario. ¿Había una mujer? —Tenía que confirmar lo que suponía.

—Sí, mujer, médico.

—Bueno, eso te dijo, pero a saber qué es. La conozco bien y es una mala persona.

—Sí, mala persona. Haber dos hombres, ataron y tapar ojos. Traer *hi*, ¿por qué?

Allí estaba «el porqué» que tanto temía. ¿Qué decirle? Tardé un tiempo eterno. Ella volvió a intervenir, pensaría que no la había entendido o que había usado la palabra inadecuada.

—¿Por qué estar *hi*? —Para ella el «aquí» era *hi*, ya la iba entendiendo.

—Estamos aquí —remarqué «aquí» para que fuera aprendiendo— por algo horrible, Jhuanmi. No sé si es bueno que lo sepas.

—Bueno yo saber.

—No me atrevo a decirte lo que sé —seguí recelosa.

—Yo querer saber. Jhuanmi fuerte. Mujer fuerte.

Sí, lo era. Desde que la habían dejado allí, aunque yo no la revelé mi presencia, había observado su reacción y a pesar de que no la veía, sí escuchaba, y se mantuvo firme, sin llorar o quejarse, ni siquiera cuando los dos hombres la tiraron con desprecio al suelo.

—Cuando llegué aquí, hace dos meses, supuse que me habrían secuestrado, que querían ganar dinero a mi costa. Soy una mujer blanca con mucho dinero, mi familia, mi novio y yo disponemos de recursos económicos elevados, por eso me tendrían aquí. Además, yo también estoy embarazada, lo que me hizo

creer que al ser dos valdríamos más. —Jhuanmi ni se inmutó, solo escuchaba. A veces asentía como animándome a continuar—. Me extrañaba que no me liberaran y pasara tanto tiempo, pero terminé creyendo que esperaban al nacimiento del bebé para poner más nerviosos a mis padres y conseguir más dinero... —Era el momento complicado—. Un día, igual que tú, vino otra mujer a esa celda. Era negra como tú y también estaba embarazada... Estuvo seis días y en la noche del sexto, después de dar a luz a su hijo... —El instante final costó—. La mataron y se llevaron al bebé.

No pude seguir más, ya estaba todo dicho; había obviado una parte muy dolorosa, mas no conseguí revelarlo.

—Estamos *hi* por bebés. —Jhuanmi era lista, aprendía rápido.

—Sí, se llevarán a nuestros bebés.

—¿Y mí matar?

—Sí, nos matarán a las dos, cuando les demos lo que quieren. Mi hijo será blanco, rubio, con ojos azules, le venderán fácilmente.

—Venden niños... Cogen mamás... Matan mamás... ¡Escapar!

—¿Cómo? —No pude por más—. ¿Escapar?

—Sí, escapar.

—Te refieres a que hay que escapar.

—Sí, escapar.

—Pero ¿cómo? Estamos encerradas entre cuatro paredes, es imposible abrir la puerta y, además, estamos vigiladas por dos hombres, seguramente armados y forzudos: ¡no podemos escapar!

—Escapar, sí, escapar.

—¡Jhuanmi, no hay forma de escapar! He registrado el suelo, las paredes y la puerta. Es imposible salir de aquí. ¡Estamos encerradas! ¡Encarceladas!

—Necesitar escapar, salir..., pensar... Nosotras escapar, sí, escapar. —Yo estaba histérica y ella allí tan tranquila. ¡Menuda mujer! Hablaba de escapar con toda normalidad, como si fuera fácil—. Tú decir tocar suelo, paredes.

—Sí, lo he registrado todo. No hay nada, algún socavón o arañazo, pero a saber qué es. Lo único útil es este agujero.

—Pared, suelo, ¿todo arena?

—Sí es todo igual del mismo material. La puerta es de madera, está

astillada, y el suelo y las paredes son una especie de arena seca y dura: se puede rascar con las uñas o el tenedor, pero no es posible profundizar. — Intenté aportar todo lo que conocía.

—Estar bajo desierto. —Fue tan escueta y a la vez tan cargada la contestación que me dejó sin habla. Ella repitió ante mi silencio—. Estar bajo desierto, cueva... Casas viejos hombres... Habitaciones trabajo.

Me costó entenderla en esa ocasión, si bien, decidí probar a ver si había acertado.

—Supongo que te refieres a que estamos debajo del desierto, en cuevas o en algún tipo de casa que usaran los pueblos antiguos o incluso minas: lo que tú llamas habitaciones de trabajo.

—Sí, minas o casas o cueva... Hay en desierto... Yo vivir cerca desierto... Kalahari.

No lo pude evitar y me empecé a reír, supongo que Jhuanmi pensó que me había vuelto loca, pero fue imposible contenerme; tuve que explicárselo.

—Perdona que me ría, amiga, estoy bien, no he perdido la cabeza, es que hace unos meses me fui de viaje con mi novio Fabiano. —Decir su nombre en alto hasta me tranquilizó—. Y estuvimos recorriendo lugares preciosos de Namibia. Cuando se acabó el viaje, me quejé de que no habíamos ido al desierto del Kalahari, y mi novio me dijo que para otra vez sería. El día que me raptaron, me quedaba muy poco para regresar a mi país, y justo antes de que me parara el control de la policía, no me digas el porqué, pensé en que nunca vería el desierto del Kalahari. Y ahora llegas tú y me dices que estoy debajo... Entiende mi risa... ¡Es estrambótico! —Seguro que Jhuanmi no cazó esta última palabra, pero el discurso pareció que sí, puesto que ella también se rió.

—Vida dar vueltas. Sí, estar debajo Kalahari. Poder salir.

—¿Podremos salir? ¿Tú crees?

—Sí, seguro que haber más agujeros. Tú mirar suelo, paredes, ¿y techo?

—¿El techo? No, el techo no, ni siquiera sé si hay techo. No se me ha ocurrido intentar llegar hasta él o tocarlo.

—¿Tú puedes tocar techo?

—Pues..., supongo que sí, tengo una mesa con una silla.

—Yo no, yo intentar, pero no llegar. —Aquella mujer había sido rápida—.

Solo tener manta suelo y..., vaso grande para pis. —Entendí perfectamente que quería decir orinal, se lo dije.

—Sí, sé que no tienes casi nada en tu habitación, solo una especie de camastro, que por lo que veo es una manta, y un orinal. Yo tengo una cama con patas y somier, un colchón, sábanas, mantas, una mesa con una silla, palangana con agua, una especie de váter, toallas y servilletas. —Jhuanmi era tan avispada y estaba tan espabilada que decidí aportarle todo nuestro material: supuse que como MacGyver aquella mujer podría conseguir cualquier cosa con una cuerda y una goma de borrar.

—Tú subir mesa..., usar silla, palpar techo..., buscar agujero.

—Sí, sí, ahora mismo.

—¿Cuándo venir hombres?

—¡Ah, sí! —Retorné mis pasos, estaba decidida a dedicarme a lo que me acababa de ordenar—. A mi habitación vienen tres veces para traer desayuno, comida y cena.

—¿A mí? —Ahí dudé, no me atreví. A ella la visitarían por la mañana, como a mí, para llevarla comida y por la noche para acercarla al horror. No me atreví, fui una cobarde, una cagueta, pero lo hice por su bien, o por el mío... No lo sé, pero ¿quién habría sido capaz de decirle a aquella fantástica mujer que dos tíos entrarían en unas horas y la violarían sin piedad? Yo, al menos, no pude, lo siento, por mí y por ella y por vosotros.

—A ti te llevan solo desayuno, pero no te preocupes, yo compartiré mi comida.

—No, guardar. Guardar para escapar.

—¿Quieres que guarde comida para cuando escapemos?

—Sí, guardar en sábana, también llevar mantas, frío, noche, desierto. —Jhuanmi estaba en todo. Para mí demasiado confiada. Aún no habíamos encontrado por donde salir, pero, bueno, como no había otra cosa a la que aferrarse, le seguí la corriente.

—De acuerdo, guardaré comida y la meteré dentro de una sábana, escondida para que no se den cuenta.

—Tener agua.

—¿Que si tengo agua?

—Sí, ¿tú tener agua?

—Siempre tengo una botella de plástico, como una garrafa, no sé entrarán dos litros y medio o más. Cuando se me vacía me traen otra. —Intentaba ser lo más explícita posible con los datos, estaba claro que Jhuanmi posteriormente me lo preguntaría.

—¿Estar llena?

—Ahora está mediada.

—Yo tener una llena. Necesitar agua escapar, desierto mucho calor día. Guardar mi botella.

—Vale, dejamos tu botella entera para el viaje, me parece bien, pero ¿qué vas a beber mientras?

—Beber tuya las dos, vaciar antes escapar... Hombres traer otra.

—Perfecto. Bebemos las dos de mi botella hasta que la vaciemos, se lo digo a los hombres para que me traigan otra antes de irnos, y así nos vamos con dos botellas llenas, ¡estás en todo!

—Escapar, tú buscar agujero.

—Sí, sí, tienes razón, estoy perdiendo tiempo. Pero ¿cómo vas a beber tú de mi botella? —Comprobé.

—Agujero.

—No creo que quepa, es muy ancha, espera que voy a probar. —Sin necesidad de luz, en un momento regresé con el envase—. No cabe por poco, retorné a mis suposiciones, pero no hay problema, podemos agrandar el hueco. —Por fin aportaba algo al plan de mi amiga: empezaba a despertar—. Yo te doy la cuchara del desayuno para que hagas el trabajo en lo que yo busco el agujero.

—Sí, de acuerdo, tú buscar agujero... ¡Escapar!

Y así nos pasamos el resto del día, cada una a lo nuestro. Yo inicié mi cometido en una esquina, justo nada más entrar a la izquierda de la puerta de madera que me encarcelaba. Coloqué la mesa en la propia escuadra, utilizando la silla para subir a ella y estirándome con toda mi envergadura, que era mucha teniendo en cuenta mi altura y la extensión de mis brazos, comencé a palpar el techo con sumo cuidado de no perder ni un centímetro del espacio a inspeccionar. Mientras Jhuanmi rascaba agrandando nuestro hoyo, el lugar por donde me acababa de llegar un ciclón de energía positiva, por donde había aparecido mi ángel de la guarda, mi salvadora, una mujer llena de fuerza y valentía. Proseguí mi tarea hondamente feliz y esperanzada, animada e incluso

canturreando, acto que imitó mi amiga, pasando las horas las dos, separadas por un grueso muro de casi medio metro de espesor; aunque tremendamente unidas por un mismo objetivo, un idéntico destino: escapar. No recordé lo que ocurriría en breve, lo olvidé o lo quise olvidar, dejé pasar el tiempo, sin prestar atención al trágico suceso que antes de dormir tendría que soportar mi nueva compañera.

* * *

Todo llega en esta vida, y a mí aquel día me hubiera gustado que nunca apareciera mi cena; sin embargo, esa circunstancia no dependía de mí, y al igual que cada noche el sonido del pasillo me avisó de la entrada del alimento y de la posible tortura de Jhuanmi. Esta también percibió a los intrusos y dejó su tarea, guardando su utensilio y tapando el hueco, como lo hice yo. La aparición de nuestros carceleros me afianzó en la idea de lo que sucedería: olían a alcohol por los cuatro costados y se les veía repugnantemente animados. Habían cogido una rutina y esa jornada no la romperían, tuve la tentación de avisar a mi amiga, de advertirla, pero ya era tarde, muy tarde. Yo aterida esperé en una esquina, deseando que se fueran cuanto antes: temí que rompiendo las posibles órdenes que tuvieran, animados por las cervezas, el whisky o lo que hubieran tomado, y me unieran a mí a la juerga. Una para cada uno, no podía dejar de decirme. Lo siento, lo siento mucho, de verdad, pero no conseguí evitar pensar que a mí no, que a mí no, que se vayan con ella... Y es espantoso, egoísta y asqueroso, mas había que estar en mi lugar. No quería que aquella agradable mujer sufriera, pero como me sucedió con Shewaki, entre ella o yo, ya sabéis a quién elegía.

Me fui al lado contrario de la oquedad, lo más lejos posible de la fuente de terror e intenté no atormentarme con lo que sucedería hasta que ocurriera: quizá la dejen tranquila, quizá no la toquen, quizá se libre... Me engañé tontamente. Sin embargo, Jhuanmi no se libró, no tuvo forma de evitar que la misma envenenada medicina, que recibió la anterior inquilina de su habitación, llegara a ella. No quise mirar, no podía; ya lo había visto y era demasiado doloroso para mí. Me acurruqué en otra esquina, lejos, muy lejos, todo lo que pude, intentando que el ruido tampoco me llegara: pese a que se

metió en mis tímpanos. Las risas, las frases probablemente subidas de tono, la guasa y el cachondeo se introdujeron por mis canales auditivos, quemándome el cerebro, derritiéndolo.

Me tapé los oídos con las manos, no era capaz de revivir en mi imaginación lo que le habían hecho a Shewaki, ahora sobre el cuerpo de mi nueva amiga, mi salvadora. Hundí todo lo que pude mis dedos índice sobre el agujero de mis orejas y mitigué el dolor que percibía en mi pecho, no obstante, el murmullo lejano me trajo la asquerosa palabra enunciada miles de veces: ¡go, go, go, go, go, go...! Luché con mis neuronas para que no lo tradujeran, para dejar pasar su significado, intentando hacer creer a mi materia gris que desconocía ese concepto, que no entraba dentro de mis posibilidades descifrarlo. No lo conseguí, el, ¡vamos, vamos, vamos, vamos...! Resonó en mi cabeza como en una caja de percusión, se introdujo en todas y cada una de mis células, ensangrentándolas, amargándolas, cancerándolas... La culpabilidad me invadió, mi cobardía me atormentó durante un plazo interminable que llegué a pensar nunca finalizaría.

El ruido de la puerta de Jhuanmi ocasionó que liberara a mis oídos. Los pasos por el corredor me confirmaron que el suplicio terminaba, pero ahora vendría el momento más delicado: enfrentarse a la víctima, a la ultrajada y violada víctima.

—¡Jhuanmi! —grité. Decidí hacer frente a la vergüenza, sacando pecho para reconocer a mi amiga lo que realmente sabía—. ¡Jhuanmi! —reiteré por tres veces más su nombre—. ¿Estás bien? —¡Qué pregunta tan tonta! ¡Cómo iba a estar bien!—. ¿Estás ahí? —Intenté rectificar—. Dime algo. ¡Jhuanmi!

—Estoy aquí. —Había corregido su *hi* y se la veía tan serena, la voz tan clara, tan firme, que me achicó aún más.

—¿Estás bien? —Otra vez mi idiota pregunta—. Perdona —añadí— sé que no estás bien. Lo siento, lo siento mucho.

—Tú no sentir, yo bien.

—Debí avisarte, Jhuanmi. Yo lo sabía, pero no me atreví a confesártelo. —Necesitaba decírselo, sacar los demonios de mi interior: me estaban carcomiendo las entrañas.

—No sentir, yo bien. —Aquella mujer era increíble.

—A Shewaki le hicieron lo mismo, desde el primer día que llegó. Cada noche venían a buscarla..., y bueno... Los dos hombres le hacían lo que te tan

hecho a ti. Perdona, debí decírtelo, pero tonta de mí pensé que quizás contigo sería distinto y para qué asustarte. Si luego no ocurría... No me atreví... No sabía cómo... —No pude evitar ponerme a llorar de forma desconsolada, me sentía fatal.

—Tú no sentir, yo bien.

Y allí estábamos, mi amiga, la que acababa de sufrir un delito execrable sobre su dignidad, calmándome a mí, la que conocía su futuro y había callado cobardemente. ¡Qué mujer! —pensé— y por supuesto se lo dije.

—Jhuanmi, eres increíble. No logro entender cómo puedes ser tan fuerte, debería yo estar animándote y tu hundida.

—Yo tranquila, yo fuerte... Escapar.

—Sí, sí, tenemos que escapar, no te preocupes, que yo encontraré el agujero. Te lo prometo, te lo debo, aunque sea no dormiré... Mañana lo habré localizado y no tendrás que volver a sufrir a esos dos asquerosos. Me pondré ahora mismo.

—Sí, tú buscar agujero... Mañana escapar.

Era parca en palabras, si bien, tenía toda la razón del mundo: para qué estar allí lamentándonos con nuestras penas. Era espantoso lo que le habían hecho, y yo me sentía fatal por habérselo ocultado, mas ya no había marcha atrás. Ahora tocaba buscar. Me levanté decidida a realizar mi cometido: antes recordé que debía notificarle algo más a mi compañera. No más secretos, determiné.

—Jhuanmi.

—Sí.

—Tengo que decirte algo más.

—Sí.

—Sé por qué te han hecho eso esta noche, y sé por qué se lo hicieron a Shewaki cada día desde que llegó.

—¿Por qué?

—Soy ginecóloga, médica que trae niños al mundo —aclaré— y conozco que en el esperma de los hombres, el líquido que nos meten entre las piernas, —aporté intentado hacer más claro la palabra esperma— hay una sustancia que acelera el parto, que lo provoca, ¿lo entiendes?

—¿Hacer para que la mujer tenga pronto el bebé?

—Sí, una vez que os encierran, quieren que tengáis los bebés cuanto antes, por eso os alimentan poco y..., bueno..., vienen esos hombres cada noche. Son dos, doble cantidad de la sustancia que acelera el parto.

—Bien. Escapar. —Me encantaba Jhuanmi, era clara y directa. No se andaba con rodeos o lamentos: recibía la información, la procesaba y dictaba sentencia.

—Sí, sí, a ello voy. Escapar. —La imité, yo creo que en unos días terminaría hablando igual que ella, concisa y precisa. Escapar.

Pasé las primeras horas de la noche subiendo a la silla, de ahí a la mesa y por último tocando el techo. Jhuanmi me había transmitido tanta seguridad que estaba convencida de que en cualquier momento mi mano se adentraría hacia la esperanza; sin embargo, las horas trascurrieron y el agotamiento y la desgana me fueron ganando. «No puedo más», me dije a mí misma y posteriormente a mi amiga, a través del boquete.

—Dormir, mañana buscar... Mañana escapar. —Fue su escueta contestación.

Descansamos las dos, habíamos tenido suficientes emociones por un día, aunque yo pasé al estado REM enseguida. Tuve todo tipo de pesadillas, incluida una en la que entraba en un agujero, me atascaba y terminaba siendo un esqueleto dentro de él. Me despertó la voz de Jhuanmi, no sé las veces que dijo la misma frase, yo creo que la escuché entre sueños hasta que comprendí que era la realidad.

—¡Clara! ¡Buscar agujero!... ¡Agujero escapar!

«A sus órdenes mi capitán», pensé, quitando un poco de hierro al asunto. Y eso hice: «buscar agujero», como mi amiga decía. Ella había conseguido aumentar el grosor de nuestro medio de comunicación, logrando que la botella de agua pasara a través del grueso muro. Así consiguió el líquido elemento que se había negado a probar de su propio envase para guardarlo en nuestra escapada. Su botella quedaría intacta, y la que yo disponía disminuyó de contenido considerablemente por su aportación y la mía.

No paré en toda la mañana, antes de la hora de la comida, o lo que denominaba como tal, pedí a mi compinche que me dejara descansar, y ella aceptó: sabía que había estado subiendo y bajando durante horas, y que mis piernas estarían molidas. Además, conocería que los blancos no estamos tan acostumbrados al trabajo como los negros, aunque suene un poco racista, pero

seguro que en Namibia era así; y eso que yo estaba en forma, mi dinero me costaba en el gimnasio y en el entrenador personal, si bien, seguro que aquella mujer, sin necesidad de pagar una cuota mensual, habría realizado la operación de búsqueda mucho más rauda que yo.

—Bebe agua, yo beber, y tú pedir más hombres.

Así lo hicimos, llenamos su botella a rebosar, introducimos una buena cantidad en nuestros cuerpos y echamos la parte sobrante en mi palangana, vaciando el agua de la que disponía la misma, la cual suponía no sería potable. Había que guardar reservas hídricas, aunque sinceramente no sabía muy bien para qué, porque aún no teníamos forma de salir de allí. Yo no había encontrado ninguna abertura, y aunque la encontrara a saber el tamaño que tendría, e incluso aunque cupiéramos, quién sabía hacia dónde nos llevaría. ¿Y si yo tenía canal por el que ir y Jhuanmi no? Seguro que todas aquellas cuestiones ya las habría valorado mi compañera, pero su ánimo era el mío y su fuerza se me había contagiado.

Cuando recibí la intrusión del mediodía, notifiqué a mis captores la falta de agua, uno se quedó conmigo mientras que el otro salió de la sala y regresó a no mucho tardar con un envase lleno. Eso me dio otra pista, dispondrían de una sala parecida a la nuestra cerca: debíamos andar con cuidado. Se lo notifiqué a Jhuanmi, quien apoyó la idea de su probable cercanía.

—Tendrán un almacén con comida y bebida por aquí cerca —aporté—. Espero que no nos hayan oído, debemos ser cuidadosas.

—Sí, de acuerdo. Tú buscar agujero... Escapar.

Ya, ya, ya voy..., me dieron ganas de decir; sin embargo, en el fondo la entendía, en comparación a lo que ella tenía que soportar, yo vivía a todo lujo: tendría que regresar a mi cansina faena. Y en ella apliqué toda la tarde. Las agujetas se adosaron en mis muslos, gemelos y caderas, calambres puntiagudos en cada ocasión que repetía los trámites de mi misión, los hombros y la espalda se quejaban de la postura y mi mente emitía la misma corriente eléctrica: ¡DÉJALO! Pero seguí. Jhuanmi a veces preguntaba.

—¿Agujero?

—Nada, no encuentro nada. No hay nada, estoy cansada y desesperada —me quejaba yo, mas allí estaba ella para alentarme.

—Necesitar escapar... Escapar o morir. —Tan clara como de costumbre.

Se acercaba la hora de la cena, la hora del horror, la hora de la tortura en

las propias carnes de mi amiga, y de mi linchamiento por mi propia culpabilidad. Si aquella noche volvían a violarla, lo cual cada vez estaba más cerca, sería porque yo no había sido capaz de encontrar el maldito agujero. No desistí, aunque sabía que en breve llegaría mi alimento y el dolor para Jhuanmi. Continué hasta el límite, jugándome la posibilidad de que la puerta se abriera y mis carceleros me encontraran subida en una mesa, con la correspondiente revelación que aquello podría suponer. Mi vecina había dicho: «dejar, vendrán», mas yo no quise oírla. Llevaba casi media habitación y decidí acabar la fila que había iniciado en la puerta y terminaría en la pared opuesta. Por la medida de la mesa y el trozo de techo que me quedaba, sabía que con un único movimiento de la misma alcanzaría el muro y por tanto finalizaría esa línea. Así, cuando me dejaron la cena y volviera a quedarme sola, podría proseguir investigando la siguiente fila.

Coloqué la mesa, situé la silla, subí un pie sobre ella, después otro, accedí a una altura mayor, levanté un brazo, luego los dos y al arrastrar las manos como lo solía hacer, como si estuvieran alisando una manta, uno de mis dedos se coló por algo... La mano también... La otra también... Me puse de puntillas, metí las dos manos hasta casi el codo...

—¡Lo tengo! —grité con un ansia retenida tan fuerte que la frase retumbó por toda mi habitación y la de mi amiga.

—Shssssssss —agregó Jhuanmi— callar, hombres venir.

Salté de la mesa, y justo cuando acomodaba la silla a su lado, la puerta se abrió con fuerza y la luz me noqueó.

—¿Tú hablar? —Entendí en inglés. ¿Me habían escuchado?—. Tú gritar tener algo. —Vale, me habían oído, debía actuar.

—Yo pienso en alto, como me aburro, pienso en acertijos.

—¿A-cer-ti-jos? —repitió, claramente sin comprender el significado de la palabra.

—Adivinanzas —expliqué—. Cosas que hay que pensar en cómo se solucionan.

Me estaba liando a mí misma y ellos no dijeron nada más. Sin embargo, mientras que uno de los hombres me mantuvo como siempre anudada, colocándome una tela sobre mis ojos, el otro debía de estar haciendo algo. Lo que me tapaba el rostro no era lo mismo que una fuerte venda, y además como el foco de luz, al parecer, lo estaba usando el individuo que no me sujetaba,

apartándolo de mi cara, tuve la oportunidad de intentar ver qué hacía. Entre los poros del tejido y con mis pupilas poco a poco acostumbrándose a la claridad, divisé la silueta de uno de mis secuestradores de un lado a otro de la habitación. Concreté que estaba husmeando, buscando: no les había convencido mi explicación, dudaban de mí, les había hecho recelar de mi comportamiento y me fustigué por ello. Si encontraban el boquete de la pared o el del techo, y el plan de Jhuanmi se iba al carajo por mi imprudencia, nunca me lo perdonaría. Me había hecho tanta ilusión localizar un espacio esperanzador en la cubierta de mi cuarto que había olvidado toda la cordura y compostura, la cual llevaba guardando durante dos largos meses. Intenté no demostrar miedo, guardar la serenidad, seguro que aquellos dos hombres estarían observando mi reacción con la mosca tras la oreja. Permanecí todo lo tranquila que pude, el tantán de mi corazón no se aceleró en demasía, el hombre, que me amarraba en un abrazo opresivo, podría denotar mi nerviosismo si subían mis pulsaciones; sin embargo, conseguí controlarlas, tampoco temblé, otro de mis grandes problemas en similares situaciones. Evité algún gesto que levantara la liebre.

No comentaron nada más. Uno de ellos me soltó, mientras el otro me lanzaba la luz para evitar que le viera, yéndose los dos por la puerta. No había notado tanta alegría en sus formas como la noche anterior: me ilusioné pensando que quizá aquel día, por alguna misteriosa razón, no atacarían a mi compañera; no obstante, cuando cerraron la puerta comprobé que sus pasos no se alejaban, sino que se acercaban a la puerta de al lado. Entonces empezaron a llamarla. ¡Jhuannnnnmi! ¡Jhuannnnnmi! Con el mismo tono jocoso y guasón que tanto me molestaba. La pesadilla estaba a punto de comenzar, aunque no me dejé afectar por ella. Sería fuerte, igual que mi compañera, y si la inigualable mujer era capaz de soportar en su cuerpo lo que aquellos malhechores querían hacerla, yo aguantaría mi hambre, mi cansancio, el sueño y el dolor comprobando lo que hacía unos minutos había localizado.

Retomé la posición de mesa y silla, subí, estiré mis brazos y ajena al revuelo que se formó en el cuarto adyacente, palpé y toqué la envergadura de mi descubrimiento ansiosa por saber si aquello serviría para algo o sería una falsa esperanza. Mis oídos, sin necesidad de ser tapados, se aislaron de lo que pudiera proceder de los demonios; seguí a lo mío, olvidé lo demás, era lo que Jhuanmi hubiera querido, estaba segura.

El hueco era grande, concreté con una sonrisa enorme, no tanto como

hubiera deseado, no cabría por él, pero al rascar con mis manos la arena iba cayendo y deshaciéndose. «Debo agrandarlo», razoné. Bajé, tomé los cubiertos que me habían dejado para la cena e inicié mi trabajo. Fue duro, la posición incómoda y el instrumental inadecuado: necesitaba algo más fuerte, algo con lo que dar golpes tipo martillo para romper la tierra.

Volví a bajar y pensé, no sé ni cómo podía concentrarme con los espeluznantes sonidos de placer y horror que recibía del otro lado de la pared, pero estaba en un punto tan al límite que ni me influyeron. Corrí hasta mi cama, la di la vuelta: daba igual el ruido que hiciera, mis captosres estaban entretenidos, lo que me animó a continuar. Era el momento preciso para llevar a cabo la operación que tendría que realizar: cualquier estruendo imprevisto que se produjera durante mi labor, posteriormente podría levantar sospechas. Ahora no me oirían, sus risas y gemidos lo tapaban todo.

Comprobé las patas metálicas adosadas al somier, por suerte no estaban soldadas a él, se amarraban por medio de un tornillo con tuerca que aunque me costó lo mío desenroscarlo, después de usar manos y dientes lo conseguí soltando una de ellas: había probado con las cuatro y para mi satisfacción una de las roscas no estaba tan ceñida, lo que propició su giro y posterior afloje. Con el trozo de metal de la mano, retomé mi emplazamiento por las alturas, dando al principio pequeños golpes que terminaron siendo con brío y furia. De esta forma no tardé en ensanchar considerablemente la cavidad, comprobando que sería fácil si fuera necesario seguir ampliándola.

Ahora venía lo más difícil, investigar qué había más allá. Para ello coloqué la silla encima de la mesa y me subí a ella, haciendo una escalera, poniéndome de rodillas sobre el asiento, consiguiendo así meter la cabeza y los hombros en el espacio recién agrandado, adentrándome casi hasta la cintura, momento en que me choqué con el siguiente techo. Eso me defraudó; sin embargo, al tocar con mis manos las paredes del boquete en el que estaba, comprobé que aunque a los lados y en mi espalda otros tabiques impedían mis movimientos, de frente, la nada aparecía. «Por aquí», me dije, y me dispuse a izar todo mi cuerpo hacia ese espacio abierto que se formaba a mi frente. Para ello, apoyé mis manos sobre lo que me pareció tierra levantando en parte mi cuerpo, colocando una rodilla, después otra, adentrándome de la forma que pude en una oquedad reducida, pero que aceptaba mi aumentada dimensión. «Encima estamos embarazas», deduje. «A ver cómo quepo yo por aquí con este pedazo tripón». Coloqué la cabeza hacia la derecha, no sé ni cómo lo hice, intenté

ponerme a cuatro patas, mas las dimensiones del túnel me lo impedían. Agaché la parte delantera de mi cuerpo sujetándome en los antebrazos y los codos, subiendo un poco el culo para dejar espacio a mi barriga, y con las rodillas hincadas en el suelo empecé a reptar como una culebra aprisionada por todos los lados de paredes. Mi lento avanzar me llevaba directa al jaleo, y aunque no deseaba que este siguiera, me vino bien puesto que en la total oscuridad marcaba la dirección que debía de tomar. Entonces allí, como una oruga subiendo y bajando mi trasero para darme impulso, razoné una idea que ni a mí ni a mi inteligente amiga se nos había pasado por la cabeza.

Si yo tenía un agujero en mi techo y Jhuanmi tenía uno en el suyo. ¿No debería pasar la luz también a través de ellos? Me quedé estática, inmóvil, fija en mi posición, como si en efecto yo fuera la oruga circulando por un diminuto canal dentro de un árbol, y hubiera percibido la presencia de un pájaro metiendo su pico por dicho conducto. «Jhuanmi no tiene agujero », concreté. «Yo sí y estoy aquí arriba, pero si ella tuviera estaría ya muy cerca, debería ver claridad, luz o algo, incluso el ruido se había difuminado». Estuve a punto de regresar, de retroceder, de volver a mi cárcel, coger lo que tenía preparado, comida, bebida, mantas, ropa y continuar por el recién descubierto canal, pero en dirección contraria, hacia quién sabía qué. Dudé, era el momento, mis carceleros estaban entretenidos: no podrían enterarse. Yo escaparía mientras ellos violaban a mi amiga, incluso después dormirían la mona, saciados y cansados. Tenía la oportunidad que tanto había deseado en mi mano: podía salir de allí, huir, volver a mi casa, con Fabiano, con mis padres, con mi hija. ¿Qué debía hacer? ¿Qué se suponía que era lo más sensato? ¿Salvarme yo? ¿Condenarla a ella?... ¿Qué era lo más racional? ¿Lo más lógico?... ¿Lo más animal?... ¿Lo más humano?... ¿Qué hubieras hecho tú?...

Titubeé durante un tiempo infinito, debatiéndome, dándome miles de razones para tomar uno u otro camino, incluso retrocedí un trecho convencida a escapar olvidando a Jhuanmi; sin embargo, el angelito bueno de mi conciencia se negó a aceptar que mi naturaleza fuera tan malvada. Paré. Pensé. Me tumbé de espaldas en singular lugar. «No puedo hacerlo», me dije. «Nunca me lo perdonaría». Viviría una vida siempre con el peso de su abandono. Vería en la cara de mi Lola, eternamente la muerte de otro bebé. En mi rostro, la muerte de otra madre. Sería también una asesina. Aprovecharme de la desgracia de otra. No podía. No debía. Pero...

«Vale, está bien», hablé bajito. «Seguiré hacia delante por si hubiera algo»,

eso ya me lo dije para dentro. Así procedí, continué con mi avanzar de gusano, prestando una atención especial a lo que mis manos pudieran detectar en el piso por el que circulaba. No escuchaba ruidos, no sabía si porque habrían dejado tranquila a mi compañera, o porque a saber dónde estaba. Mis cálculos me hacían sospechar que me localizaría encima de la habitación de Jhuanmi, había seguido recto hacia la derecha, no obstante, con la total oscuridad uno no podía estar seguro: ¡A saber dónde estaba!

Mi sosegada marcha me mantuvo metida dentro de la tripa de arena durante un intervalo que se me hizo eterno: la claustrofobia aumentaba en mi mente y yo canturreaba, en bajito, para ahuyentarla. Estuve a punto de desistir, temí perderme en las entrañas de la tierra, atascarme y quedarme para siempre petrificada bajo las arenas del desierto, como un fósil..., bueno, como dos. Mi paciencia terminó por darme un resultado que empezaba a imaginar que nunca acontecería.

El procedimiento que seguía era bastante mecánico, tanteaba primero el suelo, después las dos paredes de ambos lados e incluso el techo, avanzaba unos centímetros, lo mismo, volvía a recorrer otros, idéntica operación... Y así, constantemente, hasta que al intentar tocar la pared de la derecha, me encontré con la falta de la misma y que un pequeño ramal entraba hacia no sabía dónde. Con suma atención, tanteé el suelo de dicha galería, comprobando con mis dedos una ranura, algo que no era uniforme con lo demás. Con más tiento seguí el surco, denotando que era un cuadrado fino, deduje pues no subía en demasía por encima del suelo, apenas unos milímetros. El material, totalmente divergente con el resto, frío, liso y plano, llevándome hacia una teoría: metal, ¿una chapa de metal? ¿Qué pinta aquí una chapa de metal? «Una tapadera», me respondí. «Para tapar algo. ¡El agujero de Jhuanmi!». Tenía su lógica, la estructura era muy parecida a la que yo había empleado para acceder al canal principal, al cual al parecer se llegaba a través de aberturas en el techo de las distintas habitaciones, mediante túneles secundarios.

Me sentí eufórica, aunque no dije absolutamente nada, debía ser cauta. Esperé un momento, ¿por qué habían tapado la abertura de esa habitación y la mía no? «Porque tú no puedes verla», me contesté, y Jhuanmi sí. Lo entendí. Las mujeres que encerraban en mi habitación, como yo, eran las que por alguna razón no podrían ver a sus captores, las que estarían más tiempo allí, y, por ello, el agujero daba igual que estuviera abierto, porque no tendrían la

oportunidad de verlo; sin embargo, a las que encerraban en la celda de al lado, como Jhuanmi o Shewaki, estaban solo por unos días, y probablemente habrían tenido algún susto que les obligó a tapar aquella posible salida. No importaba que se quedaran sin canalización de aire, ya que eran tan pocas las jornadas que albergarían inquilino que la necesidad de renovación de oxígeno era baja. Al contrario que ellas, yo llevaba allí más de dos meses y necesitaba ese conducto que airearía mi estancia. Lo que me confundió fue buscar la razón por la cual mi compañera no había localizado la chapa que yo en aquel mismo momento tocaba en el techo de su habitación, pues ella sí tenía la oportunidad de ver cuando recibía las indeseables visitas de nuestros secuestradores. Decidí obviar el tema, posteriormente buscaría soluciones a mis dilemas.

Estaba decidida a mover la chapa, después de tanta deducción; sin embargo, vacilé. ¿Seguirían los hombres dentro? Agudicé el oído pero nada. Coloqué mis uñas primero, después mis dedos y muy lentamente me dispuse a levantar la lámina, atenta a la luz, el ruido o cualquier otra situación imprevista que pudiera acontecer: ¿a saber en dónde me estaba metiendo? Me encontraba totalmente desubicada. Debía ser tremendamente cuidadosa, no cometer ninguna imprudencia. Inicié el destapado de la cubierta. Me costó un esfuerzo tremendo vencer la presión que oprimía la placa al suelo: algo la tenía pegada por debajo, quizá ese mismo algo que habría impedido a Jhuanmi verla. Tuve que utilizar toda mi maña y vigor para lograr mi cometido, hasta que denoté cómo el elemento se iba soltando de sus agarres, percibiendo el crujir de la sustancia que lo retenía. Arena, me pareció, la cual cayó al suelo de una habitación. Hice una pausa, temí la reacción ante la rotura del silencio, prestando total atención a lo que pudiera haber debajo. ¿Estaría en el lugar que deseaba? ¿O por el contrario me había metido en la boca del lobo condenándonos a las dos? Entonces escuché una palabra muy familiar: mi nombre.

—¡Clara! ¡Clara! ¿Dónde estar? Yo preocupar.

—Jhuanmi, estoy aquí arriba.

—¿Arriba?

—Sí, en el techo.

—¡Techo! ¡Tú encontrar agujero arriba! —Mi compañera estaba exaltada, por fin un poco de sangre por sus venas—. Yo alegría, yo gracias... ¡Escapar! Estar preocupada, llamar mucho, tú no contestar, ahora escapar.

—Sí, he estado muy liada. Yo también estoy muy contenta, encontré el

agujero.

—Sí oír yo antes.

—Sí lo encontré antes de..., bueno, antes de que vinieran los hombres y debieron oírme, porque se quedaron un buen rato en mi habitación dudando.

—Sí, no normal oyeran ti. Ayer hablar y no oír.

—Sí, lo he estado pensando y creo que me oyeron por este agujero. Debe ser una canalización que a lo mejor llega también a su habitación o conecta con el pasillo por donde venían. Hay que tener cuidado, por eso hablo ahora tan bajito. —La conversación había sido llevada en un tono infinitamente reducido y Jhuanmi había seguido mis susurros desde el principio, incluso cuando se exaltó por la noticia—. Estemos atentas y hablemos con cuidado, pueden escucharnos. Aunque, bueno, supongo que ahora estarán durmiendo la mona o algo por el estilo.

—¿La mona?

—Bueno, es una frase hecha. —También yo, menudas explicaciones le daba a mi amiga sabiendo que lo hacía en otro idioma distinto al suyo—. Me refiero a que estarán borrachos, bebidos.

—Sí, bebidos. —Lo sabría bien, me sentí mal recordádoselo.

—Tendrás que subir —atajé.

—Yo subir, sí, pensar cómo.

—Será difícil, el techo está alto. Yo soy grande, alta, tengo los brazos largos, pero he tenido que subirme a la mesa, después a la silla e incluso así, me ha costado lo mío meterme aquí. En tu agujero hay una tapa: no ha sido fácil de quitar. Creo que debía de estar pegada por debajo con arena y algún tipo de cemento, porque he tenido que poner mucho empeño para conseguir soltarla.

—Yo no haber visto tapa en techo.

—Sí, a mí también me ha resultado extraño cuando la he descubierto, supongo que habrán disimulado su aspecto por debajo.

—Sí, sí, es posible. Yo tampoco poder mirar mucho, poco tiempo, hombres dejan poca luz y poco tiempo para ver.

—Tendremos que agrandar además el espacio para que puedas caber. Yo lo he tenido que hacer en mi cuarto, pero no es complicado: con la pata de la cama lo he conseguido. Y gracias que me animé a traerla por si la

necesitábamos.

—Sí, bien, bien. Tú mujer lista. Tú inteligente.

—Voy a dar golpes para hacerlo más grande, así caerá la arena y tú podrás saber dónde está para cuando intentemos subirte. Ten cuidado y apártate caerán restos.

—Sí, bien, de acuerdo. Yo apartar, tú golpear.

Y eso hice, con fuerza fui rompiendo la arena seca de años, arrancando con mis manos y el utensilio empleado para acrecentar lo suficientemente el boquete como para que entrara una persona de aproximadamente mi tamaño. Acabé exhausta, agotada y sudorosa. Con dolor de brazos, piernas, dedos, hombros, cuello... Bueno, de todo el cuerpo por la posición incómoda y el esfuerzo realizado.

—Creo que lo he conseguido, Jhuanmi, pero estoy agotada. No puedo más.

—Descansa, yo pensar cómo subir.

Me tumbé en mi pequeño túnel de espaldas al suelo, totalmente estirada; necesitaba retomar mi postura erguida y como no podía, utilicé la posición horizontal para dar descanso a mis articulaciones y tendones. Yo arriba y mi compañera abajo, nos dedicamos a utilizar nuestras neuronas durante un largo periodo de tiempo.

—Jhuanmi —dije finalizado el receso—, ¿se te ha ocurrido algo?

—No, aquí nada subir.

—Creo que lo mejor es que regrese a mi cuarto, intentaré probar a meter la silla por el agujero: no sé si cabrá. Taparé tu abertura por si acaso, mejor dejarlo todo lo más parecido a como estaba, no encajará bien, porque he agrandado el agujero, pero servirá.

—Bien, parecer bien.

Así procedí. Estaba agotada, no obstante, debíamos operar cuanto antes. La noche era el mejor momento para escapar, para hacer ruido, para estar subida por canales fuera de mi cárcel: durante el día, cualquier visita inoportuna podría descubrir nuestros planes. Respiré profundo y me dispuse a tirar para atrás, lo cual era infinitamente más complicado que avanzar hacia delante. Girar me resultó un acto posiblemente complicado, por lo tanto, repté igual que lo había hecho tragándome mis pasos marcha atrás.

Bajar resultó una tarea igualmente más ardua que subir, con miedo, cuidado

y atención, posé uno de mis pies en el respaldo de la silla, después el otro y aunque estuve a punto de caerme y precipitarme al vacío, controlé el equilibrio y tras algún trompición toqué el suelo de mi habitación.

—¡Clara! ¿Estar bien? —Jhuanmi también sabía que la faena tenía su complejidad y hablaba realmente preocupada.

—Estoy bien, ha sido muy difícil retornar el camino, pero aquí estoy. No sé cómo subir la silla y llevarla por el agujero, tampoco sé cómo la vamos a bajar hasta tu habitación, pero no veo otra solución. La mesa es imposible que la lleve, por lo que tendrás que subir un metro o más por ti misma. ¿Cómo lo hacemos?

—Patatas cama.

—¿Con las patas de mi cama?

—Sí, tú coger patas cama.

—Pues a ver cómo lo consigo, porque la que llevé hasta tu celda me ha costado también lo suyo desenroscarla. ¿Qué pretendes hacer con ellas?

—Poner en pared, usar... como... escala.

—Escalera. —Tardé en entender—. Las vas a clavar en la pared y después te apoyarás en ellas para trepar.

—Sí, eso trepar por patas.

—Me parece una buena idea. El agujero de tu techo supongo que estará al lado de la pared como el mío, así podrás ir subiendo por las patas hasta arriba.

—Sí agujero estar lado pared. Yo ver restos caídos de techo.

—Si quieres saco primero las patas, bueno, lo intento, te las paso por el agujero y vas colocándolas a partir de una altura a donde consideremos llegarás más o menos con la silla.

—Sí, bien, tú sacar patas.

Aquello parecía fácil, pero no lo fue. Pasé un rato horrible dándole mil vueltas a la cama, dejándome los dedos, las muñecas y los dientes, intentado cumplir mi cometido, mas fue imposible, las manecillas del reloj avanzaban sin ningún resultado por mi parte. Ya me había costado lo mío conseguir una de las patas, la cual, por suerte, al estar menos apretada, se soltó tras un gran esfuerzo.

—No puedo sacarlas. —Me di por vencida. Jhuanmi había estado

alentándome impotente al otro lado del muro.

—Tú descansar, pensar, tú mujer lista, estudios.

—Sí, tengo estudios. —Me senté en el suelo apoyando mi espalda en la pared—. Pero para traer niños al mundo, no para desatornillar patas de una cama sin alicates.

—Tú pensar, tú lista —reiteró, aquella mujer no aceptaba un no por respuesta. En el fondo era comprensible, su vida y la de su hijo estaban en juego.

Me quedé quieta largo tiempo, ubicando todos y cada uno de los utensilios que podría encontrar en aquella oscura habitación, juntándolos, girándolos, cambiándolos, dándoles vueltas para intentar usarlos con mi dilema. Transcurrido un buen intervalo levanté mi cuerpo ante una posibilidad. Fui hasta el rincón donde había dejado la bandeja con los alimentos sin catar, tanteé localizando qué cubiertos me habían dejado. Yo tenía, bien guardada, una cuchara con la que me había quedado en una ocasión, la cual, gracias a Dios no habían echado en falta. Temí en su día que se percataran del robo, si bien, la sustracción del elemento para tomar la sopa había pasado desapercibida. Ahora, esa cuchara me podría servir para un posible invento, aunque necesitaba algo más. Encontré un tenedor, o algo parecido a ello, lo cogí, lo uní a mi otra pertenencia y avancé decidida hasta la maldita cama.

—Jhuanmi, voy a probar una idea, pero necesito tu ayuda. ¿Podrías meter el brazo y sacar la mano por este lado?

—Sí, sí, yo ayuda, yo hacer.

Mi amiga tenía una menor envergadura que la mía y temí que su mano no consiguieran traspasar lo suficiente el grueso muro; sin embargo, el trabajo que había realizado en las últimas horas para ensanchar el hueco había dado sus frutos y pude tocar su mano entera y parte del antebrazo dentro de mi habitación.

—Fantástico, Jhuanmi, tu mano sale, podrás ayudarme.

—¿Cómo yo ayudar? Tú decir.

—Primero voy a comprobar algo, ahora te digo, descansa, devuelve el brazo a tu posición.

—De acuerdo, yo esperar.

Coloqué, sin ver, palpando en una de las tuercas, el tenedor en uno de sus seis lados planos, y la cuchara en el contrario, juntando el mango de los

cubiertos con la parte correspondiente de la rosca de metal. Rasgué dos jiras de mi sábana, las hice pequeñas, y até ambos cubiertos, uniéndolos por su parte de arriba y abajo, fijándolos con fuerza a la tuerca para que no resbalaran. La operación no fue fácil, ya que solo tenía dos manos y hubiera deseado disponer de cuatro; no obstante, pasado algún que otro traspies, conseguí instalar mi invento en la posición ideada, a la espera de que tuviera una correcta función. Fue el instante en que volví a pedir a mi compañera que asomara su extremidad. Adosé el somier de tal forma que ella llegara a uno de los lados del artilugio, concretamente a la parte donde se unían los dos mangos de los cubiertos, le ayudé a ubicar su mano para que quedara bien amarrada y realicé yo la misma operación pero en el lado contrario, es decir, donde la cabeza del tenedor y cuchara se juntaban.

—Ahora tiraremos cada una para un lado. Yo te digo hacia dónde tienes que empujar, pero hazlo justo cuando dé la orden para que así realicemos el moviendo a la vez. ¿Comprendido?

—Sí, yo entender.

—¿Seguro? —Me había costado demasiado ubicar el cacharro, como para que una mala explicación me jorobara la faena.

—Sí, yo empujar. Tú decir dónde y cuándo. Tú decir, yo obedecer. —Vale lo había entendido. ¡Qué esperaba! Era Jhuanmi.

—Tú tirarás así cuando yo diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Además, lo tienes que hacer con muchísima fuerza, porque yo haré lo mismo, pero con dos manos.

—Yo tener mucha fuerza.

—Sí, lo imagino, por eso yo emplearé dos manos y tú una, porque sé que tienes más fuerza que yo, así igualaremos el empuje.

—Sí, yo empujar fuerte.

Esperé unos segundos.

—¡Ahora!... ¡Empuja!... ¡Con fuerza!... ¡Se mueve!... ¡Ya gira!... ¡Ya está! Espera que voy yo ahora con la mano, sin esto. ¡Ahora ya sale! ¡Ya la tengo! ¡Ya la tengo! —Estaba eufórica: era la hostia, con perdón, me sentí como Lara Croft.

—Bien, bien, ahora las demás. —Jhuanmi no me daba ni un segundo de

respiro.

Con los trámites a realizar aprendidos, proseguimos con el desenrosque de las otras tres patas. Acabamos exhaustas, sudando la gota gorda, y eso que por las noches en nuestras cárceles bajaba considerablemente la temperatura y hacía frío, si bien, conseguimos el primer objetivo. Le pasé las cuatro patas a mi amiga por nuestro corredor de comunicación y me informó que intentaría clavarlas.

—Tú probar subir silla, yo clavar patas.

—¿Cómo vas a clavar las patas? —Me fustigué.

—No preocupar, he mirado pared, es de arena seca y las patas de metal entrarán en ella si yo dar golpes.

—¿Con qué las golpearás?

—Tengo orinal, es fuerte, base plana.

—Vale, me parece bien, pues nada, cada una a lo nuestro. —Jhuanmi decía las cosas con tanta seguridad que parecían hasta fáciles. La dejé con su cometido. Tendría su complicación amarrar de forma segura los tubos de metal al tabique, mas no me preocupé: aquella mujer tenía recursos, inteligencia, pericia y habilidades para eso y mucho más, estaba segura de que lo conseguiría.

Mis fuerzas se encontraban en el límite, al borde del desmayo, aunque no me quejé, obedecí. La maniobra resultó sumamente intrincada, porque no era cuestión de fuerza, sino de maña. Consistía en que yo subiera al canal de escape, por medio lógicamente de la silla y después izarla a ella, lo cual, así dicho, parecía factible, pero que en plena acción no resultó tan simple. Subir yo, ya lo había hecho una vez: costoso, complejo, aunque posible. Ascender la banqueta fue otra cosa. Lo primero, no llegaba, por mucho que estirara mis manos nunca alcanzaría la silla que se encontraba sobre la mesa, lo que produjo que volviera a descender y buscara algo para elevar el asiento, una vez que yo estuviera de nuevo arriba. Amarré una sábana, la até al madero más alto del respaldo, y realicé, por tercera vez, la afanosa acción de levantar mi abultado cuerpo y pasarlo por el techo. Colocada arriba, en mi lugar, tiré del trozo de sábana que había subido conmigo, alegrándome al comprobar que la silla ascendía. Llegaba el segundo problema: conseguir la posición justa del mueble para que cupiera por la estrecha oquedad. Milimétricamente fui girando, tornando adelante, atrás, un poco más allá, esto más acá..., hasta

lograr, no me digáis muy bien cómo, poner la banqueta delante de mí, siendo posible avanzar con ella empujándola por el canal. Decidí notificárselo a mi compañera antes de avanzar por el túnel hasta su habitación. No sabía si me oiría, pues yo estaba subida en el techo, y me asustaba la posibilidad de que mi voz fuera donde no debía, pero lo intenté.

—Lo tengo —dije en un tono bajo, aunque a la vez un poco más elevado que los anteriores para que mi compañera conociera mi éxito. No me respondió—. ¡Jhuanmi! —Volví a llamar su atención—. Tengo aquí arriba la silla. —Ascendí un punto más el volumen: me daba un miedo atroz por si alguien más me escuchaba, mas teniendo en cuenta las intempestivas horas que serían, los borrachos estarían roncando a pierna suelta.

—Tú, bajar. —Por fin escuché.

—¿Bajar? Si he conseguido subir la silla, ¡para qué bajar!

—Bajar y hablar. Hoy no escapar.

—¿Por qué? ¿Por qué no vamos a escapar? ¡Tenemos que irnos!

—Muy tarde, muy cansadas, no buen plan. Mañana mejor plan.

No reproché más, mejor discutirlo desde abajo. Tenía razón, si seguíamos hablando con ese tono, nos escucharían.

—Pero ¿por qué no nos vamos ya? —retomé el tema cuando, de nuevo, después de casi desnucarme por segunda vez, tomé tierra—. Si seguimos trabajando podremos salir al amanecer.

—No servir... Tú tardar en traer silla... Tú no comida preparada... Tú muy cansada, yo cansada... Muy tarde, pronto día... Venir hombres, ver falta... Buscar..., encontrar.

Pero qué inteligente era aquella mujer. Yo, por librarla de una nueva violación, pretendía escapar como fuera, a cualquier precio y sin razonar los impedimentos que me acababa de mostrar. Tardé en contestar, no era capaz de declarar por válido su veredicto: tenía una contraprestación horrible de asimilar.

—Tienes razón, pero, si no nos vamos ahora tendremos que esperar a mañana por la noche..., después... de..., bueno..., de...

—Yo, fuerte, mujer fuerte, aceptar. Hombres después de venir, dormir, cansados, ¿bebidos?

—Sí, se dice «bebidos» o «borrachos».

—Sí, borrachos, cansados, dormir. Tú saber subir silla, tú preparar todo, subir todo, venir, buscar mí... Yo después de hombres ir, subir silla, escalar, meter túnel... escapar.

—Me parece un plan estupendo, pero tú tendrás que volver..., a soportar..., a esos asquerosos.

—Jhuanmi fuerte, mujer fuerte, mejor mañana escapar toda noche. Desierto duro, frío, pero noche tapar, día mucha luz, mucho calor, mal andar arena.

—Tienes toda la razón del mundo, por mí estoy totalmente de acuerdo, yo también creo que es lo mejor. Ahora mismo estoy agotada, aunque fuera capaz de volver a subir la silla, avanzar hasta tu habitación, elevarte a ti, andar por el túnel a saber cuánto tiempo y salir, si podemos, al desierto, no creo que llegara mucho más lejos. Ellos vendrían con el desayuno, nos buscarían en la calle y nos encontrarían en nada. Si lo hacemos mañana, justo cuando acaben..., bueno..., ya sabes... Yo te prometo que lo tendré todo preparado, cuando al día siguiente descubran nuestra partida, habrán pasado muchas horas y será más difícil darnos alcance.

—Ahora, descansar, dormir mucho, dormir mañana mucho, preparar, pensar, descansar y escapar.

Me encantaba su forma de comunicarse, sobre todo esa palabra con la que terminaba sus frases: «escapar». Imaginaba que probablemente su parquedad con el vocabulario tendría que ver con el desconocimiento de la lengua; sin embargo, percibí que en nuestra estrambótica situación era lo mejor, ir directamente al grano.

—Voy a colocar esto lo mejor posible para que mañana no lo noten cuando vengan con el desayuno, deberías hacer lo mismo.

—Problema.

—¿Qué problema?

—Yo poner patas pared, si quitar, perder trabajo y mañana tiempo perder.

—¡Es verdad, has clavado las patas de la cama a la pared!

—Sí, además costar, pero conseguir. Dar muchos golpes con orinal, patas quedar encajadas... Fijas... Seguras.

—Tienes razón, quitarlas sería una pena, pero si las dejamos y nos ven, sería la ruina.

—Yo puedo poner delante, quitar una..., la alta. Yo poner delante otras.

Ellos no miran, dejan comida cerca puerta... No entran... ir rápido.

—Puede ser una solución, es un riesgo pero... Quizá... ¿Y por la noche?

—Venir borrachos, venir otra cosa, no mirar.

—¿Y si miran?... Es mucho riesgo, Jhuanmi..., mucho riesgo.

—¿Qué hacer?

—No lo sé. ¿Te ha costado mucho ponerlas?

—Sí, mucho, golpes sonar mucho. Hoy tarde, hombres dormidos. Mañana si esperar hombres dormir, perder tiempo.

—Vale, vale, tienes razón. Antes he escuchado los golpes, eran fuertes, hemos tenido suerte y no los han oído, mañana, a saber... Bueno, pues que sea lo que Dios quiera.

—¿Ser Dios quiera?

—Sí, es un frase de mi tierra. —La había pronunciado en castellano—. Quiere decir que espero que tengamos suerte y no las vean. Al menos, por la mañana, tápalas, cuando yo reciba mi visita estarás de aviso. Por la noche, haz lo que puedas... No sé..., tú verás. —No me atrevía a decirle que les intentara distraer, eso era demasiado fuerte.

—Sí, yo atención, yo tapar. Ahora dormir, mucho dormir. Mañana escapar.

No hacía falta que me animara: lo estaba deseando. Como acordamos, cada una recogió lo que supuestamente había descolocado. Por mi parte todo fue bien, por la de ella también, hasta que me dispuse a meterme en la cama. ¡Mi cama! ¡Mi cama sin patas! Eso era imposible de disimular. ¡Cómo explicaba yo a mis captores que habían desaparecido las patas! Parecía que aquella noche no terminaría nunca.

—Jhuanmi, ¡no tengo patas en la cama! ¡Lo notarán! —Silencio.

—Sí, problema.

—¿Tú vas a quitar una de las patas de la pared?

—Sí, yo dar ti pata. —En lo que ella procedía, yo pensé. ¿Qué uso yo ahora como sostén para la cama? Solo tengo una, ¿y las demás qué?

Ubiqué la silla en uno de los lados cortos de la cama y por ese lado quedó sujeta. Coloqué la sábana por fuera, como desaliñada, disimulando: no se darían cuenta, o eso anhelaba. Otra cosa es que yo me cayera en mitad de la noche, ¿y el otro lado? En una esquina puse la pata recibida a través del agujero, no apretándola mucho con miras al día siguiente; y en el otro extremo,

hice un rodillo con una de las mantas, atándola con una jira de tela quitada a mi sábana de encima, consiguiendo que el somier se levantara unos palmos del suelo, quedando desalineado, por la diferencia de altura de sus apoyos. No podía hacer más. Si hubiera tenido luz, podría haber comprobado el resultado; sin embargo, tuve que fiarme del tacto y la intuición. Se lo conté a mi compañera.

—Espero que no se den cuenta, porque si se fijan lo notarán, pero la suerte está echada. Es muy tarde, no podemos escapar hoy.

—Ser Dios quiera —me respondió en un español patético. Yo me reí, me gustaba mi amiga, era la mejor compañera de penurias que habría encontrado en mi vida: ni una lágrima, ni una queja, ni un lamento, siempre positiva y esperanzadora, siempre de buen humor... Una buena compañera de escapada. Se lo dije.

—Eres genial, Jhuanmi.

—Tú, genial, Clara. —Y así finalizó la ajetreada noche, con esa palabra tan fantástica que pronunciada por Jhuanmi calentaba mi corazón.

—Ahora dormir —dijo— mañana «escapar».

CAPÍTULO VIII: EL DESIERTO EN ÁFRICA

—Clara, hombres. Clara, hombre. Clara, hom... —Estaba soñando, ¿o qué pasaba?—. ¡Clara, venir hombres!

—Sí, sí, te he oído, yo atenta. —Aquella mujer, además de increíble, ¿tenía un sensor?, ¿dormiría? ¿Sería una máquina? Tenía unas ganas locas de abrazarla. ¡Menudo personaje!

—Cuidado, yo también atenta.

La puerta se abrió, el haz de luz inundó la oscuridad y yo salté de la cama: no quería que intentaran inmovilizarme en ella. Si uno de esos hombres se apoyaba o sentaba, caeríamos al suelo seguro. Me puse de pie y avancé hacia un lado de la habitación, gesto que los hombres debieron entender como colaboración. Además, cerré los ojos, incluso agachando la cabeza en señal de sumisión. Me temblaba todo el cuerpo, mas hice acopio de fuerzas y sosiego para gobernar el mar embravecido que amenazaba con tormenta. La operación que en otras ocasiones me resultaba rápida me pareció eterna. La incapacidad de mis ojos para revelarme los pasos que iban dando mis captores, alteró aún más mis nervios, intentado captar por el resto de mis sentidos algún tipo de información tranquilizadora. Decidí contar: uno, dos, tres, cuatro..., cinco, seis... Miles de mariposas danzando en un baile infernal dentro de mi estómago...: siete, ocho... De nuevo oscuridad, y el sonido de la puerta al cerrar. Me desprendí de la venda que cubría mis ojos y cegada corrí hasta la oquedad de la esperanza.

La primera prueba la habíamos pasado: los hombres salieron sin evidenciar, en apariencia, ningún atisbo de sospecha de mi habitación. Ahora quedaba la segunda... Para mi gusto la peor. Le tocaba a Jhuanmi: «que no se den cuenta, por favor, que no se fijen», me dije. Coloqué mi cuerpo de nuevo en la cama, cerca de la pared y esperé. La luz, que tanto miedo me daba y a la

que tanto temía, duró muy poco en el cuarto contiguo, la puerta sonó y al poco resonó, confirmando que la visita había sido rauda y sin investigaciones perniciosas para nuestros planes futuros. Seguro que las dos estábamos prestando la misma atención al ruido del pasillo y prácticamente hablamos a la vez, aunque yo me adelanté unas milésimas de segundo y mi amiga acalló sus palabras.

—Todo bien por aquí, ¿ahí?

—Bien, rápido. Entrar, salir hombres, no decir nada. Bien, noche escapar.

—Sí, ya no nos queda nada, estoy emocionada. ¿Comemos el desayuno? — Era mi jefa: yo solo me alimentaría si me dejaba. Justo antes de dormir, la noche anterior, nos habíamos repartido los alimentos perecederos, guardando los que no se estropearían para el camino, procedimiento que solíamos seguir.

—Sí, beber leche, guardar pan.

—Yo también tengo carne.

—¿Puede estropear?

—No, está seca.

—Guardar.

Aquella mujer me iba a matar de hambre, pero tenía razón. Lo guardé como venía haciendo en un rincón de mi cama: dormía con un montón de alimentos. Calmamos el hambre de nuestros estómagos y repasamos los pasos, tiempos y trámites de nuestra inminente escapada. Yo tenía el estómago revolucionado, mis jugos alocados fluían por libre e inundaban la cavidad en una marejada constante de ir y venir. Jhuanmi conservaba una calma aplastante que me animaba a tapar mis miedos y disimular los nervios.

Pasamos el día planificando y descansando. Era la frase de mi amiga para todo: «descansar, esta noche escapar», una y otra vez lo mismo. Yo tenía tanta adrenalina en mi interior que me resultaba complicado no utilizar las horas para algo, aunque solo fuera circular dando vueltas por mi celda; mas Jhuanmi me lo impidió. Estaba atenta a todo y en cuanto notaba que me salía de la cama, la misma frase: «descansar, Clara, noche escapar». Me di por vencida tumbándome en horizontal, preparando los músculos para lo que se avecinaba, y con mis neuronas repasando el plan trascurrió el tiempo. A la hora de la comida, hicimos lo mismo que en anteriores ocasiones, repartir lo que no podíamos llevarnos y guardar el resto. El saco de alimentos era considerable, sumado a las dos garrafas de agua con las que contábamos, terminaba siendo

un paquete que pesaba lo suyo. Por dicha razón, mi compañera me había pasado una de las dos escasas mantas de las que disponía el minúsculo atrezo de su habitación, dividiendo la carga en dos.

Solo quedaba esperar a que llegara la tortura de mi camarada, lo que me hacía estremecer el cuerpo. Ella no se quejaba, no lo comentaba, no decía nada sobre el tema. Era una superheroína, una supermujer, aunque supongo que el dolor y la tristeza los llevaba por dentro; no obstante, aún me impacta al escribir estas letras lo bien que conseguía evadirse de su sacrificio.

La cena llegó y yo intenté mantenerme lo más relajada posible, actuar exactamente igual que en otras ocasiones, no realizar ni un solo gesto sospechoso evidenciando mi ansiedad y emoción. El trance pasó, me resultó eterno y eso que apenas duró unos minutos. ¡Cómo sería entonces para Jhuanmi! ¡Cómo podía soportarlo! Yo habría huido la noche pasada, sin pensar, sin razonar y probablemente ahora estaría muerta, o en el mismo lugar en el que me encontraba, pero, además, sin posibilidad alguna de volver a salir.

Decidí actuar como la noche anterior: evadirme de lo que aconteciera en el cuarto contigo. Lo olvidé, lo obvié: no quería que ni una gota de mi intelecto, perspicacia y sapiencia se vieran entorpecida por el placer y la juerga de esos indeseables: para mí aquello no estaba ocurriendo, estaba sola ante mis propios movimientos. Me vestí con cada una de las prendas con las que contaba, incluida la chaqueta que en pocas ocasiones había utilizado; terminé de engullir todos los alimentos que no podía transportar, y guardé el resto en su correspondiente paquete; coloqué mesa y silla en su lugar, até la sábana, a la cual había realizado numerosos nudos para que fuera más fuerte y consistente, al madero más alto del respaldo de la silla, y amarré la esquina contraria de la improvisada cuerda por debajo de mis axilas, ajustándola bien por encima del pecho; cogí los dos fardos que había depositado sobre la mesa, primero uno y después el otro, izándolos, hasta conseguir ubicarlos en el corredor al cual subiría en breve. Los dejé a la izquierda, mis pasos se dirigirían primero hacia la derecha para buscar y ayudar a Jhuanmi a subir, y después, a nuestro regreso, nos haríamos con los paquetes: por ahora nos esperarían allí. Me elevé yo, con cuidado de no matarme, lo cual podría suceder en cualquier inoportuno descuido, comprobando que iba cogiendo práctica en el asunto. Empujé los bultos subidos anteriormente hacia delante, para dejar sitio e inicié el trámite más afanoso: subir la silla.

No quería levantar excesivo ruido; mas los choques de la banqueta en su ascenso, y posteriores golpes con las diversas paredes hasta conseguir colarla por las escasas dimensiones, me hicieron rechinar los dientes, aterida por la posibilidad de ser descubierta. Cuando situé el asiento delante de mí, tuve que parar por un momento, porque me temblaba todo el cuerpo. Estaba exhausta, me dolían los músculos, más por la tensión y la adrenalina acumulada que por la fuerza bruta empleada: necesitaba un respiro, descargar la rigidez que sentía, desinflar la tensión, dejar fluir la calma por mis venas, arrojar toda la angustia que aprisionaba mi cuerpo por el hueco que dejaría atrás.

Nuestros secuestradores estaban a lo suyo. Dejé que mis neuronas les escucharan con su juerga lasciva para asegurarme de que no podrían intuir el lugar en el que estaba. Era improbable que se olieran nuestra fuga: nunca supondrían que Jhuanmi admitiera soportar sobre su cuerpo la denigración como mujer que en aquel mismo instante estaba tolerando. Ese pensamiento me animó a iniciar mi recorrido de gusano: en posición aprendida la noche anterior, comencé a serpentear por la galería subterránea, consiguiendo que mi cuerpo culebreando terminara por llegar a su destino. Era una labor ardua el empujar la silla que entraba en el corredor a duras penas, lanzándola con mis manos hacia delante, arrastrarme yo detrás, y volver al principio de mi tarea..., el mismo trabajo, los mismos movimientos. «No hay prisa, debo guardar fuerzas», me decía en ocasiones. La operación sería intensa, lo presentía, además, desconocía a qué nos enfrentaríamos, por ello, concreté no desfondarme en el principio de la larga carrera a la que me acababa de enfrentar. Encima me atormentaba la posibilidad de que mis movimientos se percibieran a través de la paredes; por ello, decidí llevar un paso lento, pero seguro.

Tardé, mas lo conseguí. Ubiqué la chapa, no encajaba a la perfección sobre el agujero que deseaba tapar, pues yo misma lo había agrandado; por esa razón, entre las rendijas que quedaban libres de funda, oteé la presencia de luz, lo que me dio la idea de que aún el festival no había finalizado. Esperé paciente, me vino bien un receso. Utilicé mi táctica para descansar en peculiar encierro: tumbarme de espaldas estirando todo el cuerpo. Empezaba a tomar una praxis con mi nueva ocupación: terminaría siendo una experta paseando por cañerías.

Cuando la claridad desapareció, aguanté un tiempo prudencial; mejor perder unos minutos antes que ser descubiertas. Tímidamente aparté la tapa,

colocándola en un lugar donde no nos estorbara, y aunque a mi parecer no hice prácticamente ruido, el oído fino y alerta de mi compañera de fuga percibió mi presencia.

—Clara, ¿estar arriba?

—Sí, ya estoy aquí, ¿estás bien? —Lo primero ser humana y preguntar; la chica lo habría pasado fatal y había que tener consideración y agradecimiento.

—Sí, yo bien, mujer fuerte.

—Sí que lo eres, Jhuanmi, para mí la más fuerte que he conocido jamás. Venga, ponte debajo del agujero, ¿sabes dónde está?

—Sé, ayer, sé.

—Muy bien, te voy a bajar la silla, está atada a una cuerda que yo sujeto, por lo que irá poco a poco, pero intenta cogerla.

—Sí, yo coger. Yo alerta.

La misma sábana que me había facilitado subir la banqueta, me permitió bajarla, lo cual me volvió a costar, porque aunque había agrandado el hueco el día anterior, lo tuve que limar un poco más, gracias a la propias patas del asiento, golpeando con ellas para poder conseguir que cupiera.

—¡Mucho ruido! ¡Cuidado!

—Ya lo sé, pero no cabe bien. No me queda otro remedio que golpear el techo, pero lo intentaré hacer con más cuidado.

—Sí, cuidado.

Realizando el movimiento con más precisión, terminé por librarme de todos los impedimentos, comprobando que la banqueta terminaba por precipitarse al vacío. Agarré con fuerza la cuerda para evitar que terminara empotrándose contra el suelo, con la correspondiente catástrofe que supondría, sujetándola a tiempo a la vez que percibí que alguien desde abajo me ayudaba.

—Tener silla. —Una voz me confirmó la suposición—. Soltar, yo coger.

—También va la cuerda de la que hablamos. Yo la tengo aquí agarrada, anúdателя por debajo de las axilas, encima del pecho, así, por lo menos si te caes yo podré sujetarte y, además, intentaré ayudarte a subir lo que pueda.

—Sí, yo poner silla, atar cuerda. Tú esperar. —Y eso hice, dejar pasar el rato que me pedía mi amiga—. ¡Ya! —cortó ese intervalo—. Yo subir silla, escalar patas.

Estiré la cuerda y me mantuve atenta, por lo que pudiera pasar, no sabía

qué necesitaría Jhuanmi de mí, por ello, sujeté la sábana con todas mis fuerzas hasta que noté una mano en mi rellano.

—Estar aquí, dar mano, ayudar.

Cogí su extremidad con el brazo que me quedaba libre y tiré con energía.

—Dar otra mano —me pidió.

—La tengo sujetando la sábana.

—Ya dejar. Dar otra mano.

La obedecí, me olvidé del amarre y tras un gran sacrificio por ambas partes, poniendo nuestro mayor ahínco en la operación, terminamos por conseguir el cometido sin saber realmente cómo lo habíamos logrado. ¡Las dos estábamos en el canal de la salvación! En un espacio increíblemente pequeño, dos cuerpos abultados por sus tripas, entrelazados en un cruce de brazos, piernas, cabezas, pies, manos... Asidas la una a la otra, estrujando a nuestros futuros bebés en el abrazo que deseábamos con ansia desde nuestra primera palabra.

—Ahora, escapar —cortó Jhuanmi el momento fraternal.

—Sí, escapar —respondí disimulando mis lágrimas.

—¡Jhuanmi! ¡Estoy hacia atrás! —Me di cuenta un tanto tarde, no lo habíamos pensado.

—Sí, problema.

Habíamos sido un poco tontas con este aspecto: tenía que haberme colocado al subir por mi agujero en la dirección correcta para después avanzar hacia donde queríamos ir. Ahora yo estaba mirando hacia el lado contrario por el que decidimos salir. debía haber ido a buscar a mi amiga de espaldas para, posteriormente, retroceder de cara. Me angustié.

—Ya no puedo volver a bajar a mi celda para colocarme, porque no hay silla. Está tirada en tu habitación. ¡Ahora qué hacemos!

—Tú, tranquila, pensar, buscar.

No había mucho que pensar, en el espacio tan reducido que teníamos no podría darme la vuelta, así que o tiraba todo el camino de culo, con la dificultad que conllevaría, o a ver qué hacíamos.

—Tú vuelta aquí.

—¿Dónde?

—Aquí. —Cogió mi mano y me señaló el agujero por el que ella acababa de acceder.

—No lo veo, ahí hay un hueco y poco suelo, me puedo caer.

—Poner tapa. ¿Dónde tapa?

—La dejé aquí, espera la cogeré, aparta tus rodillas, está ahí debajo. — Entre las dos la colocamos en su sitio, no ajustaba como en sus inicios, pero quizá serviría—. Espero que mi peso no la venza, con mis golpes he ablandado el suelo donde se apoyaba y, además, podría colarse.

—Apoyar aquí. —Me mostró los trozos más estables, cercanos a las paredes—. Tú tranquila, todo bien. Yo ayudar.

Jhuanmi me facilitó los movimientos de mis piernas para introducirme en el hueco, para posteriormente girar y volverme a meter en el canal, pero con la cara hacia delante, antes ella se coló como una lagartija por el pequeño hueco que había dejado en el corredor principal, animándome después a mí a introducirme en él. Yo estaba aterida, tenía la sensación de que en cualquier momento el pavimento que me sujetaba chascaría y terminaría empotrada en el suelo de otra cárcel, sin posibilidad de huir.

Mis miedos se esfumaron al encontrarme en posición de gusano, tras los pies de mi amiga, los cuales toqué en señal de *avanti*. Estaba emocionada, lo peor había pasado, las dos en situación para «escapar» y eso mismo dijo mi guía.

—Ahora escapar. Buscar bolsas y escapar.

—Sí, las he dejado al lado del agujero de mi celda: las verás.

Como dos larvas por un escaso pasaje subterráneo fuimos contorsionando nuestros cuerpos, a oscuras y totalmente desubicadas. Jhuanmi me certificó, en un determinado momento, que tenía los dos fardos y supongo que empujándolos hacia delante me fue abriendo camino. Era rápida, no sé cómo podía ir tan aprisa, porque además de ser la encargada de manejar los pesados paquetes, me llevaba la ventaja de por lo menos un mes de gestación, y su barriga no solo pesaba más que la mía, sino que, además, su cuerpo estaría más cansado. De vez en cuando yo le daba en el pie, y esa era nuestra señal para parar y darme un respiro, antes de proseguir el maratón y la velocidad que me imponía mi liebre.

Terminé concentrándome en la cadencia de mi meneo: mano, mano, pie, pie, mano, mano, pie, pie..., hipnotizándome con la

frecuencia del imaginado péndulo en mi cabeza. Decidí centrarme en la monótona sintonía para no permitir que la claustrofobia (la cual iba en aumento); el cansancio (que se intensificaba); el ritmo de mi corazón (cada vez más acelerad); y la agonía pesimista (creciente con el avance de los minutos dentro de mi pecho), gobernarán mi mente. Debía olvidarme de todo lo negativo, centrarme en el tantán de mis miembros, en su baile aburrido de ir y venir, pasito a pasito. En silencio circulamos como las tenias por el intestino delgado infinito, negro y misterioso, sin saber qué podríamos encontrar, quién nos descubriría, hacía dónde íbamos, o si en algún momento el suelo por el que reptábamos se vendría abajo por nuestro peso, tirándonos a la nada.

Jhuanmi prefería ir callada, dijo que era lo mejor; sin embargo, en contadas ocasiones coincidiendo con mis peores momentos, como si me leyera el pensamiento, emitía escasas palabras que a mí me cargaban del combustible necesario para no decaer. «Bien, Clara, tú fuerte, pronto escapar», solía ser su mensaje, y yo me armaba de valor y coraje para seguirla, aunque en cada ocasión costaba más encontrar esa osadía dentro de mi alma.

—¡Quieta! —Escuché entre mis pensamientos de agotamiento—. Oír algo. Ver algo.

Ralentizamos el paso, que tampoco tenía mucha disminución posible, y aún con más tiento circulamos hasta que ella paró. No dijo nada, solo un «shsssssss» bajísimo que casi no oí. Lo que sí localicé en mis oídos, fue un sonido rítmico, fuerte, como una carraspera... ¿Un ronquido? Ella tiró para atrás su pie dándome golpecitos que yo entendí como un aviso: algo quería trasmitirme, pero no podía usar la voz. Con todos mis sentidos alerta, aceché a sus piernas para no perderme: su cercanía me daba calma en ese momento de concentración. Pronto comprobé a lo que hacía referencia mi compañera de fuga, a mi izquierda se formaba un cuadrado secundario, entrando una leve luz por el agujero, el cual, supuse, sería idéntico a los de nuestras habitaciones, y de él provenía el sonido extraño que yo había acertado al clasificarlo como ronquido. Nuestros secuestradores dormían a pierna suelta en aquel cuarto, en coma después de los litros de alcohol ingeridos, y por el desahogo de sus miembros. Me quedé rígida y aterida por el miedo; sin embargo, de nuevo los golpes de uno de los pies de mi amiga me sacaron del trance. Persistimos en nuestro avance, dejando atrás el habitáculo que contenía el peligro.

Jhuanmi había sido quien concretó la dirección a tomar, según su teoría, era mejor dirigirse hacia la izquierda por el corredor, a razón de que nuestros

captoreos procedían de ese lugar cuando se introducían en nuestras habitaciones, lo que le hacía concretar que por allí estaba la salida. Yo estaba de acuerdo, en el fondo solo había dos posibilidades: derecha o izquierda, y el fallo sería de un cincuenta por ciento, o bueno, quizás no era ninguno de los lados: existía la posibilidad de que nos tiráramos toda la noche dando vueltas y termináramos encontrándonos con una pared que no nos dejara ir más allá... O cualquier otra cosa peor. De nuevo los malos pensamientos regresaron, los eliminé de mi cerebro y retomé el tantán de mis miembros: mano, mano, pie, pie, mano, mano, pie, pie, mano, mano..., concentrándome en las frases de mi amiga, retumbando en mi cerebro las palabras que las formaban: «yo fuerte», «yo valiente», «mujer fuerte», «aguantar», «escapar», me decía a cada paso a mí misma.

La excursión se me hizo eterna, pensaba que nunca acabaría, que el dolor que experimentaba en todas y cada una de las partes de mi cuerpo sería en balde, que en breve terminaría de nuevo en mi cárcel con el correspondiente enfado de esos horribles hombres que a saber la forma en que se vengarían para descargar su cabreo. Olvidé las palabras positivas, los mensajes de aliento de Jhuanmi, solo podía verme muerta, violada, abierta en canal, estrangulada, sin mi hija... El tiempo que transcurrió me resultó infinito, como si hubieran pasado meses, años, siglos...

—Clara, luz.

¿Había escuchado bien?

—Ves algo, Jhuanmi, ¿ves luz?

—Sí, luz, algo, poca, ver algo luz.

—¿Dónde?

—Delante, cerca, vamos, escapar. —Aceleramos el paso, yo incluso empujaba desde atrás con una energía renovada que de repente había salido a saber de dónde.

—Agujero, agujero largo, arriba.

—¿Cómo?

—Yo avanzar, tú mirar.

Había percibido claridad, como me anunció mi amiga, si bien, no tenía ni idea de dónde venía. Al ejercer las órdenes impuestas, moviendo mi cuerpo con la cabeza lo más levantada posible mirando al techo, pronto comprobé lo que Jhuanmi me quería decir.

—¡Es una chimenea! ¡Llevará a la calle! —No pude evitar levantar el tono.

—Sí, calle, escapar, pero hablar bajo.

—Sí, sí, perdón, me he emocionado. Es estrecha. —Toqué y a la vez oteé, puesto que la poca luz que entraba era suficiente para nuestros ojos de topos acostumbrados a la oscuridad.

—No ser muy alta, ver luces cielo.

—¿Luces cielo?

—Sí, tú mirar, ver luces cielo.

—¡Estrellas! Sí, las veo, estrellas. Es la calle, ¡estamos salvadas!

—Calma. —¡Qué mujer, por Dios! Siempre tan racional—. Calma, Clara —reiteró— ahora subir. Tú atrás. Yo subir.

Acaté el mandato, tiré para atrás mi cuerpo y la dejé a ella proceder. Habíamos sido precavidas y esta vez por mi consejo, algo tenía que aportar, metí en cada uno de los fardos dos patas de mi cama. En total nos llevamos las cuatro, además del tenedor y la cuchara: eran los únicos utensilios de que disponíamos, para algo podrían servir. Se lo recordé a Jhuanmi, quien abrió los paquetes sacando una pata para mí y otra para ella. Cada una, desde el lado de la pared que le había tocado, inició el rascado, realizando unas hendiduras donde intentaríamos meter los pies y las manos para subir por la chimenea a modo de escalera. Las primeras muescas las hicimos a medias, por lo que tardamos menos; mas, después comprobamos que sería una quien tendría que meterse por el hueco, acoplarse a las grietas, ir subiendo por ellas, y encima realizar las nuevas mellas por las que continuar apoyándose para izar el cuerpo hasta la superficie: nada fácil. Jhuanmi se prestó voluntaria para ser la avanzadilla, y quedamos en que yo sujetaría como pudiera su cuerpo para que le resultara menos costoso trabajar en el frotado de la pared, al tener que preocuparse menos en sujetarse, ya que yo sería su sostén.

La primera parte, teniendo en cuenta lo arduo de la operación, nos resultó más asequible de lo que pensábamos, al menos eso comentamos; sin embargo, según ascendíamos, el peso de la gravedad, nuestro cansancio y el miedo al coger altura fue atosigándonos, siendo el diálogo cada vez menos convincente. Jhuanmi prosiguió positiva, haciendo honor a su personalidad; aunque noté en su deje un poso de preocupación, al que no estaba acostumbrada, lo cual me horrorizó. Estaba claro que era el momento más peligroso con diferencia: cualquier fallo por su parte o inestabilidad por la mía, provocaría lo que ni

siquiera quería nombrar, lo que no podíamos ni por un segundo pensar, pues los dos cuerpos precipitándose desde semejante nivel sería..., bueno, os lo podéis imaginar: un puré de embarazadas.

Pero no desistimos, no paramos: «subir, escapar, tranquila, tú fuerte, Clara, mujer fuerte, escapar», palabras constantemente enunciadas por mi compañera con ese tonillo que no me gustaba nada, pero que no comenté, porque lo mejor era concentrarse al máximo en la misión y olvidar lo demás.

Cansadas, abatidas, con los tendones, articulaciones y músculos al borde de la no funcionalidad, agotadas y en una posición estrambótica, nos fuimos acercando al cielo estrellado que veíamos al mirar arriba. Yo tan solo lo podía atisbar entre el cuerpo de Jhuanmi: lo escasa visión era la gasolina que calentaba mi motor.

—Pronto llegar, Clara, pronto escapar. Tú fuerte, yo fuerte, mujeres fuertes.

—Sí, ya, este es solo el último esfuerzo, estamos a punto de salir..., de escapar, venga ánimo. —También empecé a ser positiva; veía tan cerca la abertura que no podía dejar de pensar en el momento de ser libres para siempre.

Todo llega y aunque se me hizo interminable, como si aquella ascensión perpetua fuera a durar la vida entera, mi amiga gritó anunciando que habíamos conseguido nuestro objetivo.

—¡Ya arriba! ¡Yo estar arriba!

En efecto, comprobé que Jhuanmi desaparecía de mi vista y conseguía salir por su propio pie a través de la chimenea. No la veía, pero seguí subiendo lo poco que me quedaba, comprobando al sacar la cabeza por la oquedad que ella estaba de pie a mi lado, al aire libre, sobre un suelo que me resultó inmenso, después de más de dos meses de cautiverio: la calle. Con su ayuda, pisé la arena recta y libre, no pudiendo evitar hacer una revisión del mundo en mi contorno. Amplitud, distancias, claridad: la luna y las estrellas en el cielo iluminaban lo suficiente, lo justo, no demasiado para ser vistas, pero sí un poco para poder ver. La nada nos rodeaba, siluetas de montañas de arena al fondo, algún árbol perdido, pero sobre todo, arena y más arena.

—Desierto. —Aseguró Jhuanmi—. Kalahari —añadió—. Mucha distancia, nadie buscar personas, andar mucho, empezar ahora.

—Espera —discrepé—. Mira allí hay coches, comprobemos las matrículas, así tendremos datos de esos asquerosos.

—¡No! Empezar, andar, escapar. Ir allí, peligro.

—Yo voy a ir, tú haz lo que quieras. —Me amotiné, no quería dejar pasar la oportunidad que me daban unos vehículos con sus matrículas al aire, gritando los nombres de mis secuestradores.

—¡No, Clara! No ir, escapar. —La entendía y comprendía, pero teníamos dos personalidades muy distintas. Europa desarrollada, curiosa, vengadora, quejica y justiciera. África en desarrollo, callada, acostumbrada, colonial y apocada. La percepción fue clarísima aquel día.

Sin mirar hacia atrás, con el ruido de mi nombre en el cogote, con el lamento de Jhuanmi ante mis acciones, avancé con paso decidido, a la vez que cuidadoso, hasta que mi vista fue capaz de grabar en la retina los números deseados: 7678, no divisé las letras, las obvié. Sí el tipo de coche, un todoterreno, parecía de color claro, pero la escasa luz no me lo podía asegurar, quizá gris plateado. Lo que sí evidencié sin equivocación, fueron dos pegatinas fluorescentes a cada lado de la chapa metálica, a la derecha un corazón y a la izquierda un rayo. Lo dejé, ya tenía lo que anhelaba, retomé mis pasos hasta llegar a mi amiga, quien malhumorada por mi arriesgado acto, me echó una buena reprimenda que no tardó mucho en terminar en su típica frase.

—Ahora, escapar.

Con nuestros fardos a la espalda, los cuales nos avituallarán de comida y bebida por un intervalo de tiempo desconocido, nos dispusimos a recorrer las frías arenas del desierto. Yo vestía pantalón y manga larga, además, me había colocado por encima una de las mantas. Jhuanmi, como una roca, circulaba en manga corta, sin mayor abrigo, como si la baja temperatura no entrara por su piel. Me llevaba a paso ligero, dinámica. A punto de parir, mi compañera disfrutaba de una energía que más quisieran muchos veinteañeros de mi país. En principio, aguanté su marcha; sin embargo, a las horas mis piernas dijeron que no y no hubo quien las hiciera cambiar de opinión.

—No puedo seguir, estoy agotada —me quejé.

—Seguir, andar, escapar, no parar. Hombres vendrán día, andar mucho noche... Escapar.

—Sí, sí, entiendo lo que dices, pero ¡no puedo más!

—Sí poder, siempre poder, tú fuerte, mujer fuerte, Clara fuerte.

El alegato a mi vigor consiguió que sacara algo de brío y prosiguiera tras su espalda. Ella dirigía, yo intentaba concentrarme en cualquier cosa que no

fuera los mensajes alocados de mi cerebro. Concreté en cantar y eso hice, aunque para mis adentros, incluso alzar la voz me daba la sensación de que me cansaría más. Repasé todo el repertorio que conocía, incluso algunas letras me las iba inventando. Horas y horas andando hacia quién sabía qué, con cada vez más frío entrando en nuestros cuerpos. Jhuanmi empezó a tener en cuenta mi fatiga, reduciendo el ritmo y haciendo pequeñas paradas para beber un poco de agua. No me dejaba tragar mucho, retomar el aliento y continuar. Yo siempre pedía un mayor tiempo de receso, pero mi potente amiga argumentaba motivos tan certeros que me obligaba a continuar.

—Si parar mucho, cuerpo querer más. No parar piernas. Parar piernas mucho, ellas quejar, no querer seguir.

—Sí, sí, tienes razón. Si se me enfrían, estoy segura de que seré incapaz de continuar.

En una de esas paradas, con un frío al menos para mí horrible, Jhuanmi reorganizó nuestros bártulos. Con las dos sábanas que portábamos realizó unas perfectas mochilas, a mí me ayudó a colocármela a la espalda, y por sí misma se lanzó la suya sobre el lomo. Con las cuatro mantas restantes, me realizó una especie de casaca o sayo, no sé muy bien cómo denominarla, que conseguía guardar el calor mucho mejor que de la forma que yo me la había situado en forma de capa. Ella se realizó un traje parecido.

—Ahora mayor frío, abrigar, mejor andar, calentar cuerpo. Cuando sol cielo, calor, mucho calor, entonces parar y descansar.

—De acuerdo, haré lo que pueda.

Estoy segura, lo afirmo y reafirmo, de que si Jhuanmi no hubiera estado a mi lado al frente de nuestra escapada, perdidas en medio del desierto, declaro en público que o me hubieran cogido, o habría perecido de frío, agotamiento, muerte de sed, o devorada por cualquier animal.

Reanudé mi tocadiscos interior, por alguna idiota o inteligente razón cantar me calmaba, me daba fortaleza, me hacía olvidar, me envalentonaba para seguir hacia, ¿dónde? Jhuanmi tenía una dirección tan firme, tan clara, que no me había planteado hacia qué lugar nos llevaba la agotadora caminata.

—¿Dónde vamos? —Nuestra conversación era escasa, creo que mi amiga lo prefería así para guardar fuerzas, mas la duda me asaltó.

—Yo no saber, Clara. Solo saber andar mucho en noche, de día ellos ver mejor.

—Parecía que llevabas una dirección fija, pensaba que sabías hacia dónde íbamos. —Mi tono era tremendamente desalentador.

—No saber dónde, pero seguir luces cielo.

—¿Estrellas?

—Sí, estrellas, esas estrellas. —Dirigió su dedo hacia el cielo.

—¿Sigues unas determinadas estrellas?

—Sí, esas —me remarcó. Poco conocía de la bóveda celeste y menos la del hemisferio sur. En mi tierra podría haber identificado la osa mayor, la menor, la estrella polar, la cual indicaba el norte, la uve doble... Mi padre algo me había contado de pequeña, no obstante, lo que veía ante mí era un total galimatías.

—No entiendo tu cielo, la confirmé.

—¿Mi cielo?

—Sí, donde yo vivo las estrellas están situadas de forma diferente. —Jhuanmi debió de alucinar, porque paró en seco, me miró con gesto de extrañeza y dudó de mis palabras.

—¿Seguro?

—Sí, como la tierra es redonda, no se ve lo mismo desde el hemisferio norte que desde el sur.

—¿Por qué? —Tampoco sabía muy bien cómo responder a esa pregunta, demasiado que conocía la diferencia de visión entre las dos semiesferas.

—Estamos orientados de diferente forma. Es como mirar una cosa desde arriba o desde abajo, se verán aspectos distintos.

—Yo mirar cruz. —No quiso seguir con el tema; al parecer la había convencido con mi parca contestación.

—¿Cruz?

—Sí, aquí llamar cruz, creo ser palabra. Decir dónde sur. Tú mirar, tú aprender, allí. —Se empeñó en que yo localizara la dichosa cruz, y aunque costó, reconocí la forma gracias a su constancia.

—Entiendo que sigues una estrella o un conjunto de estrellas que nos dicen dónde está el sur.

—Sí, ir sur.

—¿Y por qué al sur?

—Evitar vueltas desierto, seguir estrella sur y caminar recto.

—¡Ah! Vale, no sabemos hacia dónde vamos, pero al menos tenemos un rumbo fijo. Me parece una fantástica idea. ¡Eres la hostia! —Retomé el español, no sé, determinadas frases me gustaba decírselas en mi idioma. Ella a veces lo hacía con el suyo.

—Tú también «la hostia». —Me reí, aquella mujer conseguía con aquel humor negro, tan serio, pero a la vez tan campechano, sacarme la alegría en situaciones en donde sería imposible que apareciera. Proseguí más animada su andar, íbamos hacia algún lugar, seguro que a no tardar aparecería un pueblo, un coche, una carretera, una persona... En eso pensé: en nuestra liberación.

La luna avanzaba por el cielo y en un inesperado instante la claridad hizo acto de presencia. El negro fue tornándose lentamente al gris, después al azul oscuro, apareciendo por el lado este de nuestra posición una mancha clara que evidenció la inminente salida del sol. Las estrellas se fueron difuminando, y aunque no paramos el tránsito, nuestra señal, aquello que nos indicaba la dirección, fue nublándose hasta que terminó por desaparecer. Jhuanmi cambió entonces el rumbo y giró sus pasos, y por tanto los míos, directos hacia donde se presagiaba que se vería en breve el astro rey: el este. Tonos anaranjados, rojizos, entre azules y violetas me mostraron mi primer amanecer en el desierto del Kalahari: precioso, sublime e inquietante. Una aventura que no esperaba, que no deseaba; sin embargo, ya que era lo que estaba obligadamente a vivir, disfruté. Me embadurné de toda la gama posible de colores, una acuarela en el lienzo más grande jamás divisado: el cielo. Vagué tras Jhuanmi, sin quejarme, molida, somnolienta, agotada y hambrienta, aunque no había más que hacer. Si quería vivir, tenía que andar, mis piernas debían proseguir esa marcha infinita, un paso, otro, otro... Una frecuencia cansina y aburrida que nos fue llevando lejos, cada vez más lejos del terror, de la cárcel y de nuestro ineludible destino: la muerte.

El día llegó con el cielo limpio, azul, sin ni una sola nube. El sol se volvió amarillo, redondo e inclemente, subió y subió desde el horizonte, hacía su camino directo al techo de su trayectoria, y el calor, que a primeras horas de la mañana agradecemos, terminó por obligarnos a desprendernos de las mantas, en mi caso de la chaqueta, y con el paso de las horas, a odiar el bulto de nuestra espalda y las ropas que nos daban una temperatura indeseada.

Aunque pensaba que nunca llegaría aquel momento, a las faldas de una montaña de rocas y arena, en un escondrijo que debía de haber divisado mi

guía, hasta donde me llevó, como una cueva, en donde la sombra nos protegería del inclemente sol, Jhuanmi paró, tiró el paquete y confirmó lo que llevaba esperando toda la noche y parte del día.

—Parar, descansar, dormir.

—Por fin, ya no podía más. —Arrojé yo también mi mochila, con cuidado, si bien con decisión.

—Comer, beber y dormir. Más tarde, al sol caer, andar, escapar.

—Vale, vale, pero no hablemos de eso, ahora vamos a ganarnos lo que llevamos horas trabajando. Tengo un hambre horrible.

Nos alimentamos con pan, carne seca, queso y un plátano. Además de beber agua, que falta le hacía a nuestros cuerpos. Aún teníamos alimentos suficientes, yo me los hubiera comido todos, era lo que ordenaba mi estómago; mas Jhuanmi aconsejó racionarlos y yo entendí su lógica. No tardamos, una vez saciados nuestros estómagos, en tomar posición horizontal, encima de nuestras dos mantas, que lo mismo servían para trasportar alimentos, taparnos del frío, como hacer de cama. Jhuanmi revisó concienzudamente el pavimento antes de dejarme colocar lo que serían nuestros «colchones», explicándome cómo localizar las guaridas de posibles escorpiones, cuyas picaduras podrían complicarnos más la huida. Yo me atemoriqué al pensar en unos cuantos bichos de esos recorriendo mi cuerpo; no obstante, estaba tan cansada que después de acompañar la investigación minuciosa de mi amiga, terminé por introducir en mi cerebro la idea de que la aparición de esos invertebrados sería imposible.

Dejamos los alimentos lo más protegidos del sol y de los posibles animales, ubicados entre las dos, y nos dispusimos a dormir. Por mi parte, imaginé que sería imposible conciliar el sueño, a plena luz del día, con aquel calor, con el suelo irregular clavándose en mi espalda, y con el recuerdo de los posibles artrópodos enterrados justo debajo de mi manta; sin embargo, me equivoqué, no puedo precisar quién encontró el descanso antes, yo apenas tardé unos minutos, estaba destrozada. La experiencia vivida había sido lo suficientemente intensa, como para dejar mi cuerpo al borde la extenuación.

* * *

—¿Cómo que se han escapado? ¡Eso es imposible!

—Esta mañana al llevarles el desayuno, no estaba ninguna de las dos en las celdas.

—¡Pero qué me estás contando! ¡Sois gilipollas! ¿O qué? ¿Cómo van a salir esas dos de allí? ¡Eso es imposible! ¿Estoy aún soñando y esto es una pesadilla? —El hombre negro, atosigado por la voz que sonaba al otro lado del teléfono, miró a su compañero con gesto preocupado, levantando las cejas en señal de: ¿Ahora qué digo?

—Creo que han escapado por los conductos del aire.

—¡Pero si estaban tapados!

—Bueno, el de la blanca no, como no tenía luz en su celda pensamos que nunca podría encontrarlo.

—¡Pero sois idiotas! Tengo a dos tontos vigilando a unas incapacitadas, y van y se os escapan. Mira que sois gilipollas. ¿Cómo no tapar la rendija! Os dije que era lista, que era blanca, no como las otras y, además, estaría mucho tiempo. ¿Por qué coño pensabais que os dije que no la dejarais ver la habitación? Pues por eso idiotas, por eso, porque podría idear la forma de salir, por eso tenía que estar a oscuras todo el rato sin ver absolutamente nada.

—Ya, pero...

—Sois gilipollas y no hay más que hablar. ¿Y la otra? ¿Cómo coño ha salido? Esa sí que tendría tapado el agujero del techo, o no me digas lo contrario, porque voy ahora mismo para allí y te pego un tiro en la cabeza. — El hombre negro miraba cada vez más horrorizado el rostro expectante de su compañero, no era capaz de interrumpir a su interlocutor: sabía que la habían cagado, que la única forma de no acabar muertos era obedecer y esperar que el cabreo al otro lado del móvil se fuera diluyendo—. Porque hay que ser... Bueno, vamos a dejarlo... Me estoy poniendo a cien y gracias que estáis lejos, que si no os aseguro que os pegaba una buena paliza. A ver, ¿a qué hora lo habéis detectado?

—Ahora son las ocho, lo comprobamos al llevarlas el desayuno esta mañana.

—¿Y qué coño habéis hecho desde entonces?

—Hemos salido por la chimenea. Pensábamos que habrían escapado por ella. Después de encontrar su rastro las hemos seguido; pero el desierto se mueve, hay vientos que barren la arena. Ha llegado un punto en que nos ha

sido imposible seguir la pista.

—Bueno y qué, algo habrá que hacer, las tenéis que encontrar como sea. Me da igual que tengáis que buscar debajo de cada puto grano de arena del Kalahari. ¿Qué habéis hecho después?

—La cosa era complicada, porque buscar en un círculo completo a través de un punto es difícilísimo, pueden estar en cualquier lado. Si salieron a primera hora de la noche y han estado andando sin parar, también todo el día, a saber dónde pueden estar.

—No me cuentes milongas ni disculpas. Ellas son dos mujeres embarazadas, sin vehículo y sin medios, y vosotros sois dos hombretones con un todoterreno y gasolina suficiente para recorrer toda puñetera África.

—Necesitamos más medios.

—Bueno, lo primero, ¿por qué no habéis llamado antes? Ahora se nos va a hacer de noche y será mucho más difícil verlas.

—Cobertura jefe, no ha sido fácil pillarla.

—¡Disculpas, estupideces! ¡No me engañes que no están las cosas como para que encima me mientas! Lo que pasa es que estabais acojonados y habéis preferido buscarlas los dos solos para ver si así las cazabais y no teníais que dar explicaciones.

El sudor caía a gota gorda por el cuello de la camisa del hombre negro; su compañero, aunque no oía toda la conversación, lo intuía. Ya se lo había dicho desde el principio: «¡Hay que avisar, hay que avisar!». Llevaba desde el minuto uno repitiéndoselo. «Como no las cacemos el enfado va a ser mayor. Si pedimos refuerzos, podemos rastrear más espacio de terreno, con un solo coche estamos perdidos». «Calla», había dicho el otro. «Las vamos a encontrar, esas dos no estarán lejos, las cogemos, las escarmentamos y las devolvemos a donde deberían estar. Nadie se enterará. Si les llamamos, la bronca será monumental. ¿A quién crees que van a echar las culpas? A ti y a mí. No seas cobarde y vamos, busquemos». Por eso la llamada la estaba realizando el hombre, que sin hacer caso de los consejos de su compañero, había decidido tapar el descuido durante demasiadas horas, buscando a sus rehenes durante todo el día sin ningún resultado.

—Si me hubieras llamado hace doce horas, ya las tendríamos. Hemos perdido toda la puta luz del día por tu estúpida decisión de no avisarme. ¡Joder! Has metido la pata hasta el fondo. Habrá consecuencias, pero no

perdamos más tiempo. Vosotros dos seguid buscando, sin parar ni un puto minuto, ¿entendido? Me importa una mierda que se vuelva a hacer de noche, colocaos unos buenos faros y rastread lo que podáis. Espero por vuestro bien recibir una llamada en breve diciendo que las tenéis. Mientras, moveré medios para que dispongáis ahí de todos los coches que pueda reunir. Como esas dos encuentren a alguien antes de que las localicemos, estamos todos bien jodidos...

—Jefe, la blanca no nos ha visto nunca.

—Ya, ¿y la otra, qué?

—Bueno, esa es negra, será su palabra contra la nuestra.

—Sois un par de gilipollas, no sé cómo coño os tengo a sueldo, no sé para qué cojones os pago el dinero que gastáis inútilmente en putas y bebida... ¡Sois idiotas, gilipollas y...! Venga, seguid con lo vuestro. Quiero noticias frescas, aunque solo sea para decirme que seguís buscando. ¡Y abrid bien los ojos!

—Desde luego, jefe. Esas dos no andarán muy lejos, las encontraremos.

—Espero que así sea, por vuestro bien, si no id buscando otra forma de vida.

—¿Qué te ha dicho? ¿Estaba muy cabreado?

—Joder, macho, la hemos cagado, bien cagada: como no encontremos a esas dos, lo tenemos jodido.

—Ya te lo dije, deberíamos haber avisado antes.

—Ahora no se puede hacer otra cosa que encontrarlas. Van a mandar más coches. Estaremos comunicados por teléfono, me ha dicho que le llame en cuanto tengamos algo.

—Vaya mierda. ¡A ver ahora por dónde coño buscamos! Esto es infinito, pueden haber ido en cualquier dirección.

—Sí, pero ellas van a pie. Lo que hayan recorrido en un día nosotros nos lo comemos en unas horas. Venga, sigamos por la dirección que hemos marcado. ¿Tienes la brújula?

—Sí.

—¿Por dónde vamos?

—Desde el norte que empezamos anoche, hemos pasado hace un rato el este, sigamos hacia allá.

—Bien, no perdamos tiempo.

—Clara, despertar, seguir camino... Escapar.

«¡Ya!» estuve a punto de decir con tono enfadado y quejicoso, si bien, ahogué la palabra y las malas formas en mi gaznate: me quejé eso sí, pero de forma mucho más sutil.

—¿Ya hay que partir? ¡Tan pronto! —Lo bueno siempre pasa demasiado rápido y a mí aquel descanso se me hizo cortísimo.

—Sí, salir, hombres buscar, nosotras alejar. Ya salir... Escapar.

—Ahora de día, ¿cómo nos orientaremos?

—El sol, sol cae, seguir sol.

—Pero, entonces, cambiamos de rumbo.

—Mejor, hombres buscar dirección, cambiar. Como esta mañana al salir sol, ir hacia sol.

—De acuerdo, estás en todo, mejor ir cambiando de orientación, pero ¿cuando se vaya el sol, seguiremos hacia el sur?

—Seguir sol mientras aparecer cielo cruz, cuando salga cruz cielo, seguir sur.

—Eres increíble, Jhuanmi, nunca me cansaré de decirlo. Si salimos de esta, te llevaré a mi país para que te hagan una entrevista en la televisión. Seguro que a Ana Rosa nos entrevistará.

—¿Ana Rosa?

—Es una periodista de España, tiene un programa en la televisión, ¿entiendes?

—Sí, televisión. ¿Nosotras en televisión?

—Si salimos de esta, estoy segura de que se rifarán nuestra historia, quién sabe, lo mismo alguien nos compra los derechos para hacer un libro o una película.

—Sí, película. —Jhuanmi permaneció el resto del tiempo callada, a veces no sabía en qué pensaría aquella extraña mujer. Yo le di vueltas al tema de nuestra película. No sé, en algo había que emplear el cerebro. Sería como los de «Viven», aunque esperaba que no nos tuviéramos que comer la una a la

otra.

Desconocía la hora que sería ni el tiempo que habíamos dormido. Nunca había sido una persona de orientarse con el sol; sin embargo, en mitad de la nada, no me quedó otro remedio que utilizar al Dios Ra y mi propio ritmo vital para apreciar las distintas franjas del día. El disco amarillo estaba bastante alto en el momento en que mi compañera había decidido parar, cuando apretaba lo suficiente como para impedirnos andar sin deshidratarnos. No obstante, al despertar se le veía muy caído en el horizonte, decidido a entrar en su periodo de descanso, empeñado en acostarse hasta la siguiente jornada, instante que nosotras aprovecharíamos para iniciar el viaje.

Comimos y bebimos antes de partir, todo con contención, después cargamos nuestras mochilas a la espalda, las cuales iban pesando cada vez menos, y en fila de solo un dúo de personas, con Jhuanmi a la cabeza, comenzamos el caminar que nos llevaría toda la noche y parte del día siguiente. Jhuanmi tenía razón: debíamos avanzar todo lo que nuestras piernas nos permitieran. Durante las horas nocturnas la falta de luz jugaba a favor, nos ocultaba de nuestros perseguidores y, además, la frialdad era atenuada por el propio esfuerzo: el día, de altas temperaturas y visibilidad espléndida para los secuestradores, era preferible emplearlo en dormir y escondernos.

Aunque habíamos descansando y mi cuerpo, por supuesto lo notó, percibí unas agujetas considerables en mis muslos y gemelos, además de un incipiente dolor de pies. El calzado que llevábamos no era el adecuado para transitar por el desierto: la arena se metía por nuestras sandalias y dañaba la piel y los dedos al restregarlos. Jhuanmi estaba más acostumbrada; sin embargo, entendió que yo no llegaría muy lejos de esa forma. Por ello, la noche anterior, a poco de iniciar nuestra huida, había tenido la suficiente cabeza como para cortar cuatro tiras de mi destartada sábana (a la cual cada vez le quedaba menos tela) para forrar nuestros respectivos pies con un invento que pronto agradecí, al iniciar de nuevo la marcha y comprobar lo acertado de dicha operación, al así evitar que los molestos granitos se metieran por las hendiduras. Y cuando se hizo de día y el sol calentó, retomé la idea del acierto de mi compañera, a razón de que la arena fue tomando una temperatura que probablemente no hubiéramos podido soportar con las sandalias abiertas. Aquellos zapatos que portaba era lo único que me quedaba de mi vida anterior, las ropas se las habían llevado, y el conjunto que cubría mi cuerpo a saber de dónde lo habrían sacado. En un principio, me obsesioné en que otra

lo habría llevado, otra que seguro estaba muerta, provocándome una profunda desazón; sin embargo, a las alturas que estaba, cosas que antes me habrían producido asco, tristeza, dolor o sufrimiento empezaban a resbalarme. Me estaba volviendo una Jhuanmi. Como ella decía: «Clara fuerte, mujer fuerte». La situación lo provocaba.

Seguí durante horas a aquella increíble mujer que me había liberado de mi negro encarcelamiento, sin saber cómo acabaríamos. Continué obligando a mi cerebro a buscar razones e imágenes positivas, aunque sin poder evitarlo, en ocasiones retornaban los fantasmas de la muerte, la desesperación y el pesimismo.

Llegó la noche y percibí que Jhuanmi también disminuía el ritmo: ¡qué esperaba, estaba de más de nueve meses! Ella me lo había dicho. Cuando la cogieron se encontraba fuera de cuentas y en cualquier momento se pondría de parto. Por eso imprimía tanta decisión en su «escapar», porque el tiempo iba en su contra. Agradecí la disminución de nuestro caminar, mas a la vez entendí que aquello no sería bueno para nuestro objetivo: nuestros perseguidores irían en coches preparados para el desierto, a una velocidad infinitamente mayor que la nuestra. Éramos dos hormiguitas perseguidas por gigantes que encima circulaban en enormes vehículos a su medida: menudo futuro más incierto nos esperaba. Incluso, aunque la mano humana no nos encontrara, la sed, el agotamiento, el calor o cualquier animal asesino del desierto, ya fuera pequeño o grande, podrían ser la causa de nuestro final. Esquivaba esos maléficos pensamientos, lógicos, pero negativos para la moral de la escapada, regresando a la cordura de mis cánticos, cuentas (a veces contaba hasta cien, hasta doscientos y así sucesivamente) y conversaciones esperanzadoras con mi compañera de periplo, que siempre llevaban como fondo nuestro hipotético final en televisión. Eso le hacía reír, lo que me animaba a seguir con la guasa, porque Jhuanmi no se quejaba, si bien, algo le sucedía.

Según avanzaba la luna tragándose las horas nocturnas, decaía la energía en mi compañera. La misma que hacía veinticuatro horas me había llevado a mataballo, con la lengua fuera, rogándola un descanso a cada rato, se iba arrastrando, parando cada cierto tiempo para concentrarse en sí misma, sin dejarme o decirme nada sobre su estado. Mis frases habían ido introduciendo cada vez más palabras de preocupación, interés, cuestiones y curiosidad; pero mi amiga no soltaba prenda. Siempre contestaba lo mismo: «yo bien, mujer fuerte, estar bien». Pero no lo estaba y yo lo sabía. Intuí lo que ocurría, aunque

tampoco quise atosigarla: en el fondo era su cuerpo, su forma de llevarlo, de gestionarlo, solo intenté que la ruta resultara lo más amena posible, y por ello regresaba constantemente al tema de que nos haríamos famosas y terminaríamos en la *premiere* de nuestra película, en la alfombra roja de los Óscar, al lado de Nicole Kidman, que me encarnaría a mí, y Halle Berry, que haría de ella. Jhuanmi no conocía a ninguna de las dos actrices, así que yo hablé tendidamente de cómo eran sus vidas, trayectorias... Bueno, de lo que sabía, que como tampoco era mucho, reconozco que agregué mentirijillas, más por sacar una sonrisa a mi camarada que por engañarla.

Cuando el sol de nuevo tomó el mando en el cielo, experimenté mi segundo amanecer en el desierto, riéndome junto a Jhuanmi. Le conté que mi novio (le clasificaba así, para que ella lo entendiera mejor) se había preocupado durante nuestros viajes por Namibia, evitándome incomodidades a razón de que me consideraba una mujer de ciudad, gastándose una fortuna para que disfrutara de las mejores condiciones del mundo; y sin embargo, allí estaba ahora en medio del Kalahari con los pies llenos de ampollas, rozaduras y heridas, y el cuerpo al borde de la extenuación, comentarios que en vez de agobiarnos, por alguna tétrica razón, nos llevaban a la carcajada.

—Yo, una señorita de ciudad, de manicura, pedicura y depilación —no creo que entendiera todas las palabras, pero parecía que sí—, con una casa inmensa, un trabajo envidiable y dinero para dar y tomar, aquí bajo el raso, caminando como una negra —lo decía con cariño y ella me entendía.

—Yo, criada de blancos, trabajar mucho, cobrar poco, para blancos, guiar a una débil blanca —también me picaba con afecto.

Jhuanmi cada vez paraba más a menudo, apretaba los dientes y se ponía en una posición entre acuclillada y agachada, respiraba profundo, se aferraba a mis manos, porque yo no tenía otra forma de apoyarla y después de unos minutos así, sin más, decía: «seguir, escapar».

—Jhuanmi, ¡estás de parto! —No pude soportar más su secretismo. Se lo había comentado cien veces, pero ella primero lo negó, después cambió de tema y por último simplemente no contestaba—. Y no me digas que no, porque sabes que soy ginecóloga.

—Sí, gi-ne-có-lo-ga, mujer traer mundo bebés.

—Sí, no sé por qué no lo reconoces y hablamos de ello como algo normal. —Volvió a callar durante largo tiempo—. ¡Jhuanmi!

—De acuerdo, yo de parto, pero no asustar, yo fuerte, mujer fuerte, no parar, seguir... escapar.

—Por eso no quieres decírmelo.

—Si yo decir, tú parar.

—Pues claro, no vas a tener el hijo andando.

—Yo seguir hasta no poder, seguir... Escapar.

—Pero mira que eres bruta, con el tiempo que ha pasado desde que me he dado cuenta, sumado a lo que llevarás en silencio, estarás ya para empujar. Paremos y te miro. Ya es de día, pronto hará mucho calor, en el fondo pararíamos igual dentro de nada.

—No, seguir, yo bien, yo mujer fue...

—Sí, sí..., tú fuerte, eso ya lo sé, y luego me dirás que hay que escapar, eso también lo sé; pero yo quiero que tu hijo nazca bien. —Decidí asustarla un poco, a ver si así entraba en razón—. No es bueno que sigamos sin verte antes, si de repente el niño quiere salir y estamos en mitad de la nada, no te podré atender bien... Tenemos que buscar un sitio apropiado, a la sombra, para que cuando venga el bebé el sol no le abrase.

Jhuanmi dudó, se quedó quieta y miró a su alrededor; estábamos entre dunas y arena en el mismo escenario donde llevábamos horas. Habíamos pasado alguna zona de rocas, pero hacía rato, pronto comprobó que yo tenía razón: debía de haber pensado en dicho razonamiento.

—Sí, buscar sombra. Ahora no calor, después mucho calor, bebé y yo mal sol. Aquí no rocas, solo arena. Andar, buscar rocas. Antes rocas, parar, sí buscar rocas, parar.

—Bueno, me alegro de que al fin entres en razón, pero déjame antes mirarte. Yo puedo tocarte y ver cómo va el parto, es importante. —La tenía en la mano, debía aprovechar el momento. Tardó en decidirse.

—Tú mirar.

—Bien, espera, voy a colocar una manta para que te tumbes, después meteré mi mano por la vagina, entre las piernas —aclaré— para ver cómo va la dilatación.

No esperaba lo que palpé, aquel era su primer embarazo, por lo que la fase de dilatación sería larga, primero borrar el cuello del útero y más tarde empezar con la afanosa ampliación del mismo; pero estaba claro que Jhuanmi

no era una de mis muchas clientas atendidas a la perfección en una habitación privada, con enfermera constante a su servicio, matrona aplicada, epidural, monitorización y ginecólogo a la vuelta de la esquina para lo que fuera. Aquella era una mujer rural, fuerte, como así misma se denominaba constantemente, y había realizado el trabajo que mis pacientes ejercían durante horas, con quejas, súplicas, lamentos e incluso insultos, en silencio, sin un solo quejido o llanto, avanzando por medio de un desierto con una mochila a la espalda y unos pies desgastados de tanto caminar.

—¡Jhuanmi, eres de hierro! —No pude evitar gritar—. Me cabe toda la mano y queda hueco, estarás de ocho centímetros. En nada tu hijo caerá por el canal del parto y querrás empujar: es obligatorio encontrar un sitio, un buen sitio para que lo tengas.

Por primera vez desde que podía observar el rostro de mi amiga, percibí en él terror y sobre todo culpabilidad. Entendí sin que hablara que debía haber sido más cabal, haber pensado antes dónde tener a su hijo y no solo colocar en su mente la palabra avanzar y escapar; aunque quizá su tozudez nos estuviera salvando la vida.

—No te preocupes. —Relajé la situación—. Tú eres fuerte, lo has dicho muchas veces, podremos llegar a un buen sitio y yo te ayudaré a traer a tu hijo al mundo. —Mis palabras, aplastantemente seguras, eran mentira de principio a fin, mas algo había que decir. La verdad no era apropiada—. Venga, levanta mientras tengas fuerzas, pararemos las veces que hagan falta.

—Ir allá —dijo— parecer montaña, rocas.

Jhuanmi además de ser una supermujer, tenía una vista de águila, porque yo no observé más que arena en la dirección que determinaba su dedo. Bueno, quizás al ir andando hacia allí, prestando una tremenda atención, pude dibujar una montaña o algo por el estilo. Mi amiga, con su idéntico comportamiento de no protestar y guardar su dolor para ella misma, prosiguió el paso con apenas dos diferencias: se apoyó en mi hombro, y cada cinco, diez minutos paraba para soportar en silencio, apretando los dientes, cada contracción. La admiraba, pero aquel día modifiqué el adjetivo de admiración por fascinación: deseé cuando me llegara a mí el momento, ser lo suficientemente valiente para pasar el trance como ella, y no de la forma que probablemente lo haría, más acorde a las blancas y adineradas clientas de mi clínica. Comprendí que Jhuanmi tenía que ser especial, una especie en extinción, porque no sé cómo soportó las sufridas contracciones rítmicas y agresivas del final de la

dilatación, erguida, andando y bajo el sol cada vez más abrasador. Ni rastro de sombras, pensaba a cada paso, pero lo que mi amiga había visto, cuando yo era incapaz de verlo, fue tomando forma y al llegar a su falda, destrozadas, a punto de desfallecer, comprobamos rocas esparcidas, perfectamente colocadas para darnos cobijo. No hubiéramos sido capaces de andar ni un solo metro más, por ello, al llegar, nos tiramos en una de las sombras localizadas.

—Hemos tenido suerte —afirmé nada más sentarla sobre la manta recién colocada—. Este es un buen lugar, tenemos hasta techo, mira —le dije, señalando una roca colocada estratégicamente haciendo las funciones de tejado.

—Sí, buen lugar, mi hijo nacer buen lugar.

—Nunca te lo he preguntado. ¿Cómo se llamará?

—Hombre poner nombre.

—Te refieres a tu marido.

—Sí, marido poner nombre, tradición. Primer hijo nombre marido, segundo mujer.

—¿Y cómo será?

—Wamga.

—Es bonito, no muy común por mi tierra, pero está bien «Wamba», ¿lo he dicho bien?

—Sí, Wamga.

—¡Ah! Wamga.

—Sí, bien, y tu hija, ¿cómo llamar?

—Lola. Hemos estado tan entretenidas en otros asuntos que parece mentira que no nos hayamos dicho los nombres de nuestros pequeños.

—¡Shsssss! —La cara de horror era aún peor de lo que había visto antes, pensé que el niño se había salido entre sus piernas, o que la sangre la inundaba, o que tenía un león enorme en mi espalda..., o yo qué sé qué más cosas pensé, cualquiera menos lo que me espetó—. Oír ruido —dijo tan bajo que me costó entenderla.

—¿Ruido? —Yo no oía absolutamente nada, ¿se le estaría yendo la cabeza por el increíble sobreesfuerzo que estaba realizando?

—Sí, coche venir... ¡Hombres! —Estaba claro que yo no estaba hecha para vivir en África y menos en un desierto: sería una de las ginecólogas mejor

preparadas de mi país, o al menos eso creía, pero no veía, ni oía, ni olía una mierda... Tantas horas de estudio yo creo que atrofian los sentidos.

—Yo no oigo nada, Jhuanmi, pero me fío de ti.

—¡Sí, sí...! ¡Oír, oír...! —Se puso tremendamente nerviosa—. Encontrar, capturar..., matar...

—Vale, tranquila, ya no nos podemos mover, sería peor. Pensemos. Busquemos una solución. Tú oyes venir un coche... Creo que lo oigo. —Me llegó el momento de percibirlo, después de estar alerta y unos buenos minutos de diferencia. Eso sí mis sentidos estaban atontados, pero mis neuronas no.

Con un rápido movimiento de cabeza, atisbando nuestra situación, observé el tremendo parecido entre el color de la manta donde se apoyaba mi compañera y la pared de roca. No le dije nada: explicar el plan nos haría perder un tiempo muy valioso y cada vez oía mejor el ruido de un motor. La levanté y coloqué pegada a la pared, le eché alrededor todo lo que tenía su macuto y el mío, librando a las cuatro mantas de impedimentos, me puse a su lado, sentada con las piernas encogidas, como ella, que no sé ni cómo lo había conseguido, apoyando la espalda contra la fría roca, y cubrí todo el bulto con el cobertor improvisado. No pude comprobar cómo quedaba la construcción por fuera, estaba dentro de la tienda de campaña, creada en escasos segundos; sin embargo, el sonido era tan cercano que no fue posible construir la obra de la forma que me hubiera gustado.

Miré a la mujer de mi lado, su gesto era una mezcla de pánico, dolor, angustia y desesperación, no obstante, la sonreí, puse el dedo sobre mis labios y después sobre los suyos: no nos dijimos ni una palabra. Ella no se inmutó y yo tampoco, aguantó estática cuando el estruendo fue tan fuerte que nos evidenció la cercanía de un vehículo a motor. Mi cuerpo se mantuvo inerte, aunque mi cerebro no pudo evitar una posibilidad. ¿Y si no eran los hombres?, ¿y si era nuestra salvación? Cualquier turista, un camión transportando mercancías, un aventurero, un guarda del desierto... Tuve una tentación horrible de moverme, de mirar, pero no lo hice. Sí, podía ser el rescate, si bien, cabía la posibilidad de que fuera la muerte en persona, y siendo cabal, por allí no había ninguna carretera o camino: era algo que llevábamos tiempo buscando y aún no habíamos localizado. ¿Turistas, camiones? ¿Irían por calzadas? ¿Guardas? Menuda tontería se me había ocurrido, cómo iba a haber guardas en una extensión tan grande, ¿aventureros? Quizás, pero a lo mejor contrabandistas, o los hombres que nos buscaban o algo peor. El zumbido me

sonaba a cuatro por cuatro, tenían que ser ellos... Lo escuché acercarse y pasar. Seríamos una roca más en medio de la montaña. ¿Y si era la salvación? ¿Y si era un conocido buscándome? ¿Y si era Fabiano, o Hans, o mi familia, o la policía? La tentación fue infinita, enorme, imparables, no pude contenerme, no conseguí vencer la curiosidad, esa que dicen mató al gato..., pero a mí..., pero yo...

Miré, abrí una rendija por un lado y fisgoneé, no pude evitarlo. En el instante de mayor estruendo, un coche, dos hombres negros..., el culo del vehículo..., color gris plata..., una matrícula..., 7678..., un corazón y un rayo... Me tapé, miré a Jhuanmi y asentí. Ella imitó mi gesto y permanecimos así un tiempo que se nos hizo eterno. No nos atrevíamos a movernos. Mi compañera estaría padeciendo los calambres más intensos que experimentaría en su vida, y allí se encontraba con algún pequeño tic en su rostro para apretar los dientes o respirar profundo; con escasos movimientos de sus manos para rodear su tripa; y yo sufriendo con ella, ahogando las palabras, imitándola. El sonido del terror se fue, mas permanecimos ataridas en nuestro escondite: ninguna nos atrevíamos a salir, incluso con el tormento que mi camarada estaba pasando. Bajo las mantas, recordé una película (ya he confesado que me gusta el cine): «El Señor de los Anillos», la escena en donde un ejército de Nazgûl salía por la puerta del Señor Oscuro, y los dos hobbits se tapaban con sus capas mágicas de elfos para que no los vieran, disimulando su contorno como si fueran piedras. Eso éramos nosotras, dos hombrecillos medianos: Frodo y Sam, dispuestas a permanecer en nuestra guarida el tiempo que hiciera falta.

Jhuanmi determinó la necesidad de cambiar de posición y desmontar la madriguera. «Clara, bebé salir», anunció y me miró horrorizada. Yo levanté con energía las mantas, coloqué una en el suelo a modo de camilla, otra enroscada imitando una almohada, tumbé a la parturienta en rústico paritorio, le quité braga y vestido (mejor desnuda, pensé), la abrí las piernas, metí mi mano, a falta de otro tipo de máquina que me dijera cómo estaba el tema, y percibí que, en efecto, la dilatación era tan grande que en nada su hijo querría pasar por allí.

—Ya estás preparada, amiga, ahora llega el momento de empujar. —Ella asintió—. A mis clientas les digo que después de tantas horas sufriendo un dolor tan agudo, esto es coser y cantar.

—«Co-ser y can-tar» —repitió la frase en mi lengua.

—Sí, quiere decir que después de lo que llevas encima, esto no será nada, ya verás en tres o cuatro empujones tendremos aquí a tu pequeño Wamba.

—Wamga.

—Eso, Wamga, no sé por qué me empeño en pronunciarlo mal.

—Es normal, idioma distinto. —Jhuanmi seguía manteniendo la calma. Era más bien yo quien empezaba a percibir un hondo miedo que recorría mis entrañas, eludiéndolo, mostrando a mi paciente la mejor de mis sonrisas, llena de seguridad y firmeza.

Necesitaba tantas cosas de las que no disponía que me frustré, mas no había tiempo ni siquiera para lamentarse. De la sábana, que llevaba tiempo sacando trozos de tela, rasgué un cuadrado que coloqué justo debajo de su culo, en el que pretendía depositar al recién nacido, e hice unos cuantos jirones más que me sirvieran como trapos para limpiarle a él y a las heridas que se pudieran producir en su madre. Coloqué la botella de agua a mi lado.

—No usar agua —se quejó— necesitar seguir desierto.

—Tendremos que lavar a tu hijo y las heridas, es necesaria.

—Usar poca, necesitar después, usar poca.

—Vale, vale, utilizaré la estrictamente necesaria, ¿tienes contracción ahora? —corté el tema, parecía increíble que estuviéramos discutiendo por la cantidad de agua a emplear, mientras que Jhuanmi estaba a punto de parir: era el parto más psicodélico que había vivido hasta ese día.

—Sí, sí, dolor fuerte «con-tra-cción».

—Bien, empuja, Jhuanmi, con todas tus fuerzas, ¡empuja...! ¡Empuja...! Vamos, empuja... Vale, descansa.

El sudor corría por la frente de mi amiga, se lo sequé con una de las tiras de tela y continué regalando palabras alentadoras.

—Tranquila que no tardaremos, cuando tengas otra contracción me lo dices...

—Tener otra.

—Venga, empuja..., empuja... Sigue..., sigue... Muy bien... Un poco más..., más..., empuja... Bien, bien, relaja, coge fuerzas.

Jhuanmi estaba siendo una de mis mejores clientas, obedecía a la perfección mis mandatos, seguía a rajatabla mis órdenes, confiaba en mí, creía en mi capacidad para traer al mundo a su bebé, su tesoro, lo que más amamos

la madres en este mundo, incluso antes de tenerlos. Esa maravilla que ha impuesto la naturaleza para asegurarse la supervivencia de la especie: el instinto maternal. Lo que consigue que una hembra abra sus carnes para dar vida a otro ser vivo, por el cual dejará de comer, de dormir, por el que sufrirá, pasará frío, dolor y angustia, e incluso, si fuera necesario, dejaría de respirar para darle su vida.

Mi paciente empujó cuando dije y descansó en los momentos necesarios, y lo que yo figuré como cuatro pujos, se fue alargando infinitamente a la vez que la fuerza de mi parturienta iba decayendo; sin embargo, ella no se quejaba y no paraba en su obstinación por sacar a su cría como fuera. Necesitaba tantas cosas, una matrona, una enfermera, un monitor para saber cómo estaba el bebé dentro, una ventosa o unos fórceps, ni siquiera tenía bata, gorro, mascarilla o guantes: aquello era una salvajada... Pero ¿cómo se venía al mundo hacía siglos? Razoné, pues así... Pensamiento que me llevó a otra consecuencia: la alta mortalidad de madres y bebés en aquellas épocas pasadas. Espanté mis temores, para evitar que fueran transmitidos por los gestos de mi rostro. Este continuó sereno, seguro, dando confianza y ánimo a mi amiga.

Su energía decaía y mi impotencia aumentaba. Algo iba mal. El niño no cabía... Vendría de nalgas... Con el brazo por delante... Estaría girado..., la cabeza sería muy grande..., la pelvis de Jhuanmi demasiado estrecha..., se habría encajado..., estaría la placenta delante..., podría haber muerto y no tenía energías para salir..., la madre no realizaría bien los pujos... Mil razones... Todas negativas... Necesitaba anestesia, bisturí, cesárea, un quirófano... ¡Algo!

—Esto va mal. —No pude evitar revelarlo, en el fondo seguro que Jhuanmi lo intuía.

—Sí, mal, bebé no poder salir, tú sacar.

—Solo veo una opción, pero no es buena para ti.

—No importa, tú sacar, él vivir.

—No sé cómo estará, puede que venga de culo o en alguna posición que le impida salir por el canal del parto. Debo actuar rápido, porque está sufriendo.

—Tú sacar, tú sacar. —Se aceleró, empezó a comportarse como cualquiera lo hubiera hecho, abandonando su entereza habitual.

—Yo meteré la mano, si es preciso las dos, pero probablemente te haga mucho daño, te rasgue y después no sé cómo voy a coserte.

—Tú sacar, yo no importar, bebé vivir, bebé vivir, bebé... —Lo repitió una tercera vez más y yo la entendí. Si estuviera en su lugar, habría dicho lo mismo. En el fondo, la vida de Jhuanmi colgaba de un hilo, si no le sacaba al niño perecería igual. Estábamos en mitad de la nada, no había forma de controlar la hemorragia, la sangre estaba inundando la sábana y la manta, formando un charco. La vagina ya estaba desgarrada, las infecciones se propagarían como la pólvora, no quedaba otra opción. Yo se la había planteado, ella la aceptó.

—Está bien, tienes que ser aún más fuerte de lo que eres, te voy a hacer daño, mucho daño, toma muerde esto. —Le di el tenedor de madera que había colocado también a mi lado, como un instrumental más para el parto—. Sé fuerte, Jhuanmi, por tu hijo.

Me sentí como un veterinario ante una vaca a punto de perecer con el ternero encajado, esos que se colocaban un enorme guante verde que les llegaba hasta el hombro, solo que yo, ni siquiera tenía un mísero guante. Mi mano sin protección, sin lavar, sucia, llena de gérmenes, entró a lo bruto, a lo desesperado, provocando el alarido de dolor que no pudo evitar mi amiga, quien apretó todo lo que pudo el tenedor para no volver a quejarse. Con la ayuda de la cuchara, no tenía nada más, desgarré con fuerza la pared del suelo pélvico, con el correspondiente retorcimiento de mi compañera, quien gritó, pero entre sus gritos escuché un: «¡sigue, sacar mi hijo, bebé vivir!». Agonizando. Yo no pude hablar, le estaba haciendo una sangría a aquella mujer, la estaba destrozando para toda la vida, si le quedaba vida. Hice todo lo que no se tiene que hacer para que una madre viva, pero sí lo necesario para que el bebé naciera. Venía de nalgas, como pensaba, nunca hubiera podido salir... Seguí con la operación.

Jhuanmi ya no se quejaba, estaba caída de espaldas, tumbada, no le presté atención, o estaba desmayada o algo peor, pero yo debía continuar con lo mío, terminar lo que había empezado, tiré con fuerza, mis dos manos estaban introducidas en la oquedad, por la que con esfuerzo y desesperación saqué un enorme trozo de carne negro, estático, inerte, ensangrentado, regordete, envuelto en una crema blanca y cuajos rojos de sangre. Lo así con determinación, le limpié la carita, la boca, la nariz, le coloqué encima de la sábana encharcada del líquido rojo procedente de su madre, lo froté, friccioné, le hice las operaciones básicas para que respirara: su madre sin conciencia no pudo aportar ni lamentos, ni alegría, ni palabras. Yo angustiada, exhausta,

impactada por la experiencia, proseguí actuando tal y como debía ejercer, a razón de que yo era una ginecóloga, o como decía mi amiga: «mujer traer niños mundo».

El alarido fue tan intenso y desesperado que cargó mi corazón de un cariño intenso, enorme y desinteresado hacia aquella criatura fea, desfigurada y empapada en todo tipo de restos del cuerpo de su madre, amarrándola con ansiedad sobre mi pecho, manchándome aún más la ropa con sus fluidos. Dicen que en el mundo animal se producen maravillosas sorpresas de depredadoras embarazadas o recién paridas que admiten y cuidan a crías, hijas de sus posibles presas. Yo no era una leona ni el bebé una gacela; sin embargo, el sentimiento de protección que experimenté hacia él fue tan fuerte que podría haber mordido a quien quisiera quitármelo. Rompí aquel roce, el primer contacto del recién llegado con un ser de su misma especie, volviendo mi interés al de su olvidada madre. Antes, me ocupé de él, pero con una mayor celeridad. Le limpié todo lo que pude, con las tiras de sábanas, no utilizando agua; debía guardarla para los dos. Primero intenté dejarlo en el suelo, pero estaba todo tan pringado de todo tipo de líquidos, que lo deposité sin nada por encima de su piel sobre el pecho desnudo de su madre, entre los dos pezones. Entonces, observé lo que muchas veces había leído, visto en vídeos o libros: el bebé moviendo su cabeza, incluso reptando como una lagartija, dirigiéndose directo a uno de los pezones en donde después de cabecear, se enganchó y empezó a succionar. Me quedé atónita, de piedra, sabía que eso era posible, era lo que teníamos en los genes, la orden que nos transfería nuestra genética nada más nacer, buscar el botoncito para chupar y vivir: supervivencia pura y dura.

En mi clínica, de quirófanos verdes, camillas especializadas para el parto, máquinas de última generación, anestesistas, matronas, enfermeras, ginecólogos, pediatras, neonatólogos..., de limpieza extrema, materiales de precisión, desinfecciones ultracuidadas, ropas especiales... Las mujeres parían en la posición que les decíamos, pujaban cuando les ordenábamos, nos llevábamos a sus niños en cuanto salían. El pediatra les hacía las primeras pruebas, la enfermera les medía, pesaba, lavaba y vestía, mientras a la madre se la limpiaba, cosía y por supuesto, se la mantenía con una bata verde, que protegía su intimidad. Al bebé lo veía a distancia nada más nacer, ¡sin tocarlo! Y se le volvía a entregar pasado un enorme intervalo de tiempo limpito, vestidito y vivito. La maravilla que acababa de observar, la naturaleza en estado puro, llena de fluidos, sangre y restos, nunca sucedía en mi clínica, en

la mejor clínica, la más cara y la de mayor prestigio de toda España. En la que habían nacido los hijos de aristócratas, banqueros, altos empresarios, estrellas del cine, televisión, deporte y cultura... ¡Qué equivocados estábamos! ¿O no? En el fondo en mi clínica la madre estaría consciente, viva, con futuro... Y, sin embargo, mi amiga...



Me lancé sobre Jhuanmi, la encontré inconsciente, aunque con pulso, intenté centrarme en el desaguisado que había provocado yo misma. Necesitaba urgentemente coserla, pero no tenía cómo, apreté la sábana con las

manos ensangrentadas, aprisionando las heridas por las cuales manaba el líquido rojo a borbotones, intentando con escaso resultado disminuir la corriente por donde se iba la vida de mi amiga, mi compañera, la madre de Wamga, quien ajeno al destino incierto de su progenitora, chupaba, callado, feliz y sereno de su pecho.

—Clara —escuché un pequeño susurro.

—¡Jhuanmi! —La miré, estaba abrazando a su hijo, tocándolo, besándolo, con una leve inclinación de su cabeza.

—Gracias. —Solo pudo añadir.

—No me las des, porque no he sido una buena médica.

—Traer hijo mundo.

—Sí, pero tú estás muy mal, estás perdiendo mucha sangre y no sé qué hacer... No puedo coserte, no consigo cortar la hemorragia. —Me sentí impotente, la adrenalina y la rabia contenida encontraron su vía de escape por medio de las lágrimas. Estas invadieron mis ojos, se salieron de sus órbitas y comenzaron un largo camino precipitándose por mis carrillos, unas hacia mi boca, otras dirigidas al cuello.

—Tú buena médica... traer hijo mundo... Ahora cuidar... salvar... Escapar.

—Ya estás con tu palabra. —Consiguió relajarme—. Ni siquiera ahora vas a dejar de ser tan dura, eres como una piedra.

—Llorar no salvar hijo —determinó con la intención de cortar mi pena; no obstante, para mí las lágrimas eran una defensa contra la desesperación y la angustia de mi pecho.

—¡Qué voy a hacer sin ti! Mi amiga, salvadora y compañera.

—Mi espíritu siempre con Clara... Siempre con bebé... Vosotros dos escapar..., salvar..., escapar.

—No podré hacerlo sola.

—Sí poder... Andar, coger bebé y andar... Seguir cruz noche y sol día... ¡Escapar! —Su serenidad era aplastante, continuaba sin quejarse y el dolor era evidente.

—¡No podré! —reiteré chillando como una niña pequeña.

—Sí, poder, tú salvar Wamga..., salvar Lola. Encontrar gente... Buscar ayuda. Tú fuerte... Clara fuerte. —Era su último deseo, debía dejarla marchar

al otro mundo con la certeza de que el hijo de su vientre viviría. Me sequé las lágrimas con el brazo manchado y retiré de mi cara el miedo, el pánico y el recelo a mi cometido. «Tú fuerte», me grité.

—Lo haré, Jhuanmi, tranquila que salvaré a tu hijo y lo llevaré algún día junto a su padre.

—¡No! Tú quedar con él.

—¿Cómo?, ¿no quieres que se lo entregue a su padre? —Debía cerciorarme. No tenía muchas posibilidades de salir de aquel mar de arena, si bien, me resultaban tan extrañas las afirmaciones escuchadas que preferí confirmarlas—. ¿No es un buen marido?

—Sí, buen marido a la manera de aquí..., pero hombres cuando mujer muere casar otra... No saber si otra mujer buena o mala, no saber si querer mi hijo o no querer, y querer los suyos. Yo sé tú querer mi hijo... Tú buena madre... Tú buena persona, tú rica, tú trabajo en país rico. Tú dar mi hijo buen futuro, aquí él no tener futuro... Tú sí dar buen futuro...

Había dicho hace tiempo que la admiración hacia Jhuanmi se había tornado en fascinación; sin embargo, entre rocas, en medio del desierto del Kalahari, después de convivir con ella bajo sus dunas rojas, comprobé que el mejor calificativo que podría denominar lo que experimentaba por aquella sensacional mujer era: éxtasis. Sí, como si una diosa hubiera bajado a la tierra y me hubiera mostrado todas y cada una de sus cualidades: inteligencia, serenidad, juicio, sosiego, aplomo, entereza, valor, pericia, experiencia, talento, agudeza, destreza, comprensión, humanidad, fuerza, determinación, racionalidad, firmeza... Jhuanmi era la unión de miles de adjetivos que juntados formaban su increíble personalidad. Y, ahora, me sorprendía con la aplastante decisión de entregarme a mí a su hijo, con la apreciación cierta de que yo le daría una vida llena de amor y oportunidades, la cual no encontraría con su familia biológica en Namibia.

—No puedo hacer eso, debo dárselo a tu familia, tendrás padres, hermanos... ¡Les pertenece a ellos!

—Tú traer mundo bebé, tú sacar de desierto, tú criar como hijo, tú llevar país y dar tú educación. Él ser como hombre blanco..., no criado negro. —Sus afirmaciones eran tan abrumadoras, tan legítimas, tan certeras, que no quise discutir más: acepté.

—Está bien, lo haré, pero aunque saliéramos del desierto...

—Tú salir.

—Y encontráramos quien nos rescatara...

—Tú escapar, seguro.

—No sé si me dejarían llevarme el niño a España.

—Tú poder, mujer blanca, rica, tú poder.

—De acuerdo, lo haré.

—Prometer.

—Lo prometo, protegeré a tu hijo como si fuera mío, te doy mi palabra.

—Tú salvar mi hijo y tu hija... Hermanos. Tú no llamar mi hijo Wamga.
¿Cómo llamar tu padre?

—¿Mi padre? —Aquella mujer debía de estar delirando, mas no podía negarle sus deseos. Su vida se iba a través de mis manos, las cuales seguían taponando infructuosamente la hemorragia.

—Sí, nombre tu padre.

—Nicolás.

—Tú llamar bebé Nicolás.

—Pero ¿por qué? Mejor poner el nombre que pensó tu marido, el nombre que llevas meses pensando, un homenaje a tu tierra.

—No, tú llamar Nicolás... Si él vivir en tu país, nombre de tu país. —
Jhuanmi, siempre tan cabal.

—Vale, se llamará Nicolás. Si es lo que quieres, así se hará.

—Nicolás y Lola... Hermanos... —La voz empezaba a irse.

—¡Jhuanmi! Sigue mirándome, no te desmayes, sigue despierta, ya veré qué hacer, pero no cierras los ojos.

—Clara fuerte... Salvar Nicolás y Lola... Clara..., buena médica..., buena amiga..., buena mujer. Mujer fuerte... Escapar.

Sus ojos se cerraron y el abrazo que mantenía firme a su criatura junto a su pecho se esfumó, todo su cuerpo cedió al desmayo, quedó estático y se mantuvo inerte. Yo, impotente, tuve que dejar de apretar una herida imposible de cerrar, decidida a coger al bebé, porque sin el cariño de su madre podría caer al suelo. Lo arrullé contra mi pecho, mientras lloraba, lloraba desesperada, abatida, desangelada, derrumbada y desconsolada... Dejé caer tantas lágrimas que temí deshidratarme, hasta que pensé en ella, en Jhuanmi, en

sus posibles palabras... Sabía lo que ella habría querido en semejante situación, conocía perfectamente las frases que me habría enunciado, incluso retumbaron en mi cabeza: «No llorar, perder agua, tú fuerte, Clara fuerte, salvar Nicolás, salvar Lola, descansar, dormir... Escapar».

Saqué el arrojito que tenía dentro. Primero, me quité la ropa que sobre mi piel estaba empapada de todo tipo de suciedad, me limpié con ella de la forma que mejor pude, y me coloqué el vestido de mi difunta amiga. Volví a asear en lo que me fue posible al bebé, le hice un arrullo con la poca tela que me iba quedando, metiéndole dentro de mi pecho al lado de la piel, sujetándolo con la última tira de sábana de que disponía. Deseché la manta situada bajo el cuerpo sin vida de Jhuanmi, hice girar su figura para liberarla, y aunque estaba empapada en sangre y otros fluidos la tapé con ella. No quería dejarla al aire libre allí, incluso le eché algo de arena por encima, pero pronto comprobé que la operación de enterrarla gastaría unas fuerzas que seguro ella no hubiera deseado que utilizara en inútil movimiento. Recoloqué mis pertenencias, ahora solo me correspondían a mí.

La manta enrollada, que había servido de almohada durante el parto, seguía útil. En ella introduje los alimentos y la botella de agua, pues solo me quedaba una de las dos con las que iniciamos la huida: la otra había sido consumida para nuestra hidratación, y en los últimos minutos para la limpieza del bebé y para saciar mi sed. Me quedaban otras dos mantas, con ellas realicé un camastro, protegida bajo las piedras, alejándome (como me había enseñado mi buena amiga) de los posibles escorpiones, un poco apartada del cadáver de Jhuanmi. Temí que sus secreciones y olor pudieran atraer a animales indeseados, por ello, busqué otro escondrijo entre las enormes piedras donde coloqué mi cuerpo, agotado, destrozado no solo físicamente, sino también emocionalmente. Me costó conciliar el sueño, la claridad, las vivencias soportadas, el bebé en mi pecho, tranquilo, pero presente, obligándome a recordar lo vivido, mi soledad, mi angustia; mas el espíritu de Jhuanmi, que seguro aún continuaba a mi lado, me reafirmó su mensaje: «descansar, dormir, tarde andar, salir desierto, salvar Nicolás, salvar Lola... ¡Escapar!».

CAPÍTULO IX: ¿SALVACIÓN O MUERTE EN ÁFRICA?

—Ni rastro de ellas, jefe.

—Cómo que ni rastro, ¡eso es imposible! Con todos los medios que os he enviado, no puedes llegar y llamarme con esa frase. No me puedo creer que se os vayan a escapar. ¿Habéis buscado bien?

—No hemos parado ni un solo momento, recargamos la gasolina de los vehículos gracias a los bidones que trajeron los refuerzos, estamos buscando a tope: ya hemos ido en todas las direcciones.

—Pues algo se os ha pasado. Eso es seguro. Me importa una mierda cómo lo soluciones: te he mandando una flota de coches, gente, medios y tú lo único que me das son excusas estúpidas. No paréis y volved de nuevo por vuestros pasos, buscad, buscad y buscad, aunque sea debajo de las piedras.

—Sí, en ello estamos, jefe. —El hombre negro sentía que cuanto más tiempo pasara, su gizonte estaría en mayor peligro y sus perseguidas con mayores posibilidades de escapar.

—Pues venga, no perdáis tiempo. Haced un buen plan, rastread el desierto, línea a línea, id más lejos que en anteriores ocasiones, emplead el GPS, los prismáticos, los mapas... No quiero que ni una puta cuadrícula del desierto quede sin revisar. Han pasado más de veinticuatro horas desde que lo descubristeis, ¡joder! Es demasiado tiempo, ¡hay que encontrarlas como sea!

—Tiene toda la razón, jefe, estamos a plena máquina.

—¿Esa zona está poblada? ¿Hay carreteras?

—Aquí solo hay arena, jefe, por eso pusimos aquí las mazmorras: no hay caminos, ni carreteras, ni nada, es el puto infierno.

—¿Y poblados? No viven por ahí los bosquimanos.

—Esos están por donde quieren, no hay ubicaciones de sus pueblos en los

mapas. Lo prefieren así y el gobierno protege sus emplazamientos para que no sean objetivo turístico. Además, son nómadas, podríamos encontrarnos alguno en cualquier momento o en toda la puta vida.

—Pues espero, por vuestro bien, que esas dos no sean acogidas por ninguno de esos putos negros flacuchos. Buscadlas y encontradlas, espero no tener que terminar yendo yo a realizar el trabajo. Mantenedme informado.

—Sí, jefe, yo le llamaré a menudo.

—¿Qué tal? —preguntó el otro hombre negro en cuanto finalizó la llamada.

—Fatal, estamos jodidos, muy jodidos, como no las encontremos no tengo ni idea de qué nos va a pasar. Es imposible que no hayamos dado con ellas, hemos tenido que pasar a su lado.

—Sí, pero esto es enorme.

—Me da igual, con el ritmo de trabajo y las direcciones claras, deberíamos haberlas pillado. Habla con los coches. Vamos a volver a reunirnos en el punto de partida. Retomaremos la búsqueda, desde el principio, con una mayor precisión. Nuestras cabezas penden de un hilo, debemos actuar, ¡ya!

El llanto desgarrador y estridente de un bebé me despertó, a falta de Jhuanmi, el sueño me había raptado a un mundo paralelo, lleno de belleza, ponis de color de rosa y pompas de jabón; sin embargo, la realidad regresó a mí gracias a los alaridos de Nicolás.

—Eres como tu mamá. —Le comenté tiernamente, una vez sacado de su escondrijo dentro de mi pecho, colocándolo frente a mí—. Ella también me despertaba, sois igualitos. Le acuné con cariño, comprobando que el arrullo, el cual había fabricado, estaba manchado de cacas y pis—. Muy bien, amiguito, es importante que saques el meconio cuando antes y aquí está, buen color... Eres un bebé muy sano y regordete, ¿cuánto pesarás? —Le alcé como intentando precisar sus kilos—. Tú mamá te alimentó muy bien, seguro que ningún médico tonto le impidió engordar ni le obligó a dejar de comer determinados alimentos, esta grasita que tienes por aquí... —Le pinché con gracia los muslos. Él tumbado sobre la manta me miraba estupefacto—. Nos va ser de mucha ayuda estos primeros días, porque yo no voy a poderte dar leche. Dejaré que descanses en mi pecho, pero no vas a sacar nada. Aunque no hay problema, estás rollizo y aguantarás hasta que nos rescaten, porque eso le

prometí a tu mamá y estoy segura de que así será.

Aseé su culito con lo que disponía y determiné que sería mejor no taparlo entero: disponía de muy poca tela y era mejor racionarla. Hice pequeños trozos que utilizaría en forma de pañal: no absorberían tan bien como los preparados industrialmente para tal fin, pero al menos así no escurrirían sus mierdecitas por mi piel. Me preocupaba el trozo de cordón umbilical colgante, no tenía ningún medio para impedir que se infectara, mas confié en la fuerza innata de aquella criatura. Lo había atado, haciéndole un nudo, después de separarlo de la parte unida a su madre con mis dientes. Sí, usé mis dientes, rompí el vínculo materno con el único objeto cortante que se me ocurrió en singular lugar: a mordiscos lo arranqué, con la consiguiente sensación a carne y sangre que aún continuaba en mi boca, a falta de algo para lavármela.

Yo también tuve que acicalarme, aunque sin agua, jabón o toalla, por lo que más de alguna roncha me quedó. Iba aceptando cada vez mejor la suciedad, y así me encontraba con restos del parto y ahora del recién nacido: no se podía conseguir un mayor aseo. Mi precioso bebé regordete y negro se quejó durante el proceso de cambio, no le gustaba mucho el movimiento, terminando por retomar el lloro desesperado que yo intuí de hambre. Poco podía hacer, si bien, se me ocurrió una posibilidad. Le coloqué cerca de uno de mis pezones y Nicolás, ansioso y decidido se colgó de él, succionando con fuerza, sin mucho resultado, aunque eso le calmó, y a mí me servía: conseguí darle un aliciente con el que tranquilizarle. Me até el vestido por encima de la cintura, de forma que sujetara a la criatura, quedándome en bragas por abajo: no me importaba, por ahora, hacía calor y nadie me vería.

El atardecer me había cogido. La falta de compañera, que apremiara mi marcha, propició que las horas de descanso hubieran sido mayores que el día anterior. Me alimenté con los pocos restos de comida que quedaban en mi mochila, bebí agua, até las escasas pertenencias a mi espalda y comencé el avance de mis pies por encima de las arenas rojas del desierto del Kalahari. Antes me despedí del cuerpo sin vida de mi amiga, lloré frente a su tumba: allí quedaría para siempre, volvería al ciclo de la vida, retornaría a la madre naturaleza que la vio nacer.

—Yo salvaré a tu hijo —enuncié— te lo prometo, Jhuanmi, descansa tranquila y que tu espíritu nos ayude a escapar. Tu palabra «escapar» me seguirá hasta que lo consiga.

Permanecí unos minutos más frente a ella. Nicolás, dormido y enganchado

a mi pecho, no se quejó. Sabía que Jhuanmi me ordenaría que me fuera, que caminara, que avanzara, que escapara, y eso hice: giré mi cuerpo y comencé la caminata que me llevaba hacia quién sabía qué lugar, hacia un futuro incierto. La muerte, la vida, la salvación o la condena, quizá me dirigía directa a mis perseguidores, o hacia una manada de animales salvajes, o a un campamento de turistas, o a un poblado de oriundos... Eso no lo podía desvelar, solo sabía que debía seguir la claridad que indicaba el lugar por donde el astro rey se había ido, el oeste, a la espera de que la cruz apareciera en la bóveda celeste, y así poder seguir su dirección hacia el sur. Dejé atrás las montañas de rocas y me pregunté si al día siguiente, cuando el sol quisiera quemarme, encontraría un refugio tan bueno como aquel: mi personalidad habría optado por quedarse bajo ellas, al cobijo de su protección, no obstante, las palabras de Jhuanmi aún tenían demasiada fuerza en mi cabeza.



Anduve toda la noche, hasta que el tercer amanecer me sorprendió esta vez sin mi amiga en el desierto del Kalahari; sin embargo, tenía a su hijo, su rollizo descendiente que amarrado a mi pezón no había llorado en todo el recorrido. El balanceo de mi cuerpo y el chupete encontrado le tenían hipnotizado. Solo se quejaba cuando le quitaba de su fuente de placer, al comprobar en mi piel la humedad, cambiándole el prototipo de pañal inventado para retornarle a su pasión: mi pecho. El intenso frío nocturno me había animado a colocarme las mantas tal y como me había enseñado Jhuanmi, mas fue sobre todo el propio esfuerzo de la marcha lo que calentaba mi

interior.

La llegada del sol nos encontró en una explanada enorme de arena y maleza, el paisaje se había modificado desde el inicio de mi viaje. Al principio, solo había arena, enormes dunas rojas, preciosas, silenciosas y caprichosas en sus formas, mezcladas con extensiones más planas que agradecíamos, para evitar el sobreesfuerzo que conllevaba la subida y bajada de las enormes montañas de arena, preciosas en el paisaje, pero insufribles para ser transitadas. Aquella superficie ondulada se había ido tornando más plana con la aparición de escasas colinas, pero esta vez de rocas que habíamos utilizado por dos veces para resguardarnos durante el caluroso día. Mi tercera jornada bajo el sol abrasador me preocupó: las montañas, ya fueran de arena o roca, habían desaparecido, me encontraba en una superficie lisa, sin sombras, árboles o piedras en donde resguardarme. Aceleré el paso durante las primeras horas más frescas, quitándome con el avance del crono las prendas agradecidas durante la noche, mas asqueadas en el día. Cuando el sol subió a su máxima altura, seguía a la intemperie.

Me coloqué una manta sobre la cabeza a modo de sombrero, pero mi piel ardía, mi frente quemaba y el dolor de mollera me empezaba a preocupar: si seguía así no tardaría en tener un golpe de calor. No había ni un indicio de sombra por ninguna parte: tuve que aceptar que aquel día debería seguir adelante, sin dormir ni descansar, hasta localizar un lugar resguardado del sol. Comí y bebí bajo el inclemente astro rey, sudé y me arrastré durante todo el día, a paso lento, cada vez más lento, con Nicolás protegido en mi interior, también dándome calor. Tenía momentos en que desvariaba, en que perdía la noción del tiempo y el lugar, en que mi cerebro se iba y venía, pero aguante. «Por Jhuanmi, por mí, por Lola, por Nicolás», me decía constantemente. «Tú fuerte, mujer fuerte, Clara fuerte, seguir... Escapar», grabé en mi cerebro, en mi cada vez más alocado cerebro.

Continué a las órdenes de mi antigua guía, directa hacia el oeste, hacia el lado contrario por el que salía el sol: fija en esa dirección, deseando que el globo amarillo, que quemaba mi ínfima figura en medio de la inmensidad, decidiera por fin caer y desaparecer en la línea del horizonte, hacia la que constantemente me dirigía.

No recuerdo muy bien qué paso, solo que llegó la noche, me tiré al suelo y dormí, que regresó el día y cuando el calor fue demasiado intenso, me despertó... No sé hacia dónde iba, ni si seguía alguna dirección o solo

deambulaba, ni tampoco qué hacia Nicolás o yo con él... Tengo lagunas... Inmensos vacíos sin recuerdos... Creo que pasé otro día más bajo el inclemente sol y otra noche en donde mi piel quemada y mi cuerpo deshidratado descansaban en parte, aunque sufrían por el frío nocturno. Debí de terminar todo el agua y la comida..., debí de seguir caminando por la inercia de la desesperación... Recuerdo unos secos árboles..., unas acacias diseminadas..., una en especial en donde ubiqué mi cuerpo enfebrecido, agotado y al borde del colapso... Recuerdo que me tiré bajo su sombra, creo que era de día, pero no sé si de mañana o de tarde... No recuerdo más... De aquello, nada más...

—Hemos encontrado un cadáver, jefe.

—¿De quién?

—De la negra, está ensangrentado, creo que la otra le sacó el hijo, pero no hay rastro del bebé.

—¿Puede habérselo comido un animal?

—Sí, es posible, el cuerpo está en muy mal estado, es difícil precisar cuánto tiempo lleva aquí. Estaba tapado con una manta, pero el viento la ha levantado, lo que ha hecho que lo viéramos mejor.

—Habíais pasado antes por ese lugar.

—La verdad es que sí, señor. —El hombre negro no quiso mentir, estaba seguro de la bronca, aunque las cosas se encontraban tan al límite que prefirió poner todas las cartas sobre la mesa.

—Ya me lo suponía, tuvieron que esconderse. ¿Dónde está el cuerpo?

—Entre unas rocas.

—Seguro que os oyeron y se escondieron, ¡menuda mierda! Bueno, ya la tenéis. Si la otra ha estado allí, será mucho más fácil localizarla. Ahora está sola, además, a lo mejor tiene que cargar al bebé, si sigue vivo. Lo único que tenéis que hacer es llamar a todos los coches, y circular desde ese punto en todas las direcciones: no andará muy lejos. Venga, chicos, que ya lo tenéis de la mano. —La voz al otro lado del teléfono parecía mucho más animada. Eso tranquilizó al hombre negro—. Prestad atención. No volváis a cometer un fallo. Es el momento de cazarla.

—Sí, señor, ya me he adelantado llamando a todos los vehículos, en breve llegarán, nosotros salimos ahora. Ellos irán cogiendo otras rutas: no creo que tardemos en cogerla. En unas horas seguro que la tenemos.

—Mantenme informado.

—Lo haré.

Recuerdo una cara negra mirándome, creo que me movió y por eso reaccioné. No sé dónde estaba Nicolás, o si él se lo llevó, o si me cogió a mí... Me habían encontrado... Había fracasado... «Jhuanmi, te he defraudado», me culpé entre sueños. Estaba tan agotada..., tan enferma..., que no me resistí... Me dejé hacer... Cerré los ojos..., creo que volví a desmayarme... Para qué luchar... Que hagan conmigo lo que quieran... Yo ya estoy muerta..., he perdido la batalla..., lo siento, Jhuanmi..., lo siento tanto..., lo siento...

—*El chico me ha dicho que ha visto algo allá, a la sombra de una acacia*—dijo uno de los pequeños y delgados hombres negros del grupo, dirigiéndose a su jefe.

—*¿Qué chico?*

—*Su chico, su hijo.*

—*Mi hijo tiene buena vista. Si él lo ha dicho, seguro que es. ¡Otamba!*—Llamó el jefe a su vástago. Este raudo se acercó para entablar conversación con su padre—. *¿Tú has visto algo allí?*

—*Sí, padre, lo he visto antes, parecía un bulto. Pensaba que era un animal. Me he acercado con cuidado. Es una mujer, una mujer blanca.*

—*¿Una mujer blanca? ¿Aquí en el desierto?*

—*Sí, padre, pensé que estaba muerta, pero la he movido con un palo y la mujer ha abierto los ojos. Algo dentro de ella se movió: salí corriendo.*

—*¿La mujer estaba viva?*

—*Creo que sí.*

—*Señálame dónde.*

—*Allí.* —El chico de catorce años que llegaría en altura al pecho de su padre, levantó su brazo dirigiendo el dedo hacia el lugar de donde acababa de venir corriendo como un leopardo (haciendo honor a su nombre) impresionado por lo vivido. En el poblado decían que era el joven con mayor agudeza visual, por eso le llamaban así, ojo de leopardo. Le gustaba ese apodo, se lo había puesto su padre, el jefe de la tribu, según él, por dos razones: su impresionante visión y su rapidez en las piernas—. *¿Lo ves, padre?*

—*No tengo tu habilidad, Otamba, pero si dices que allí hay una mujer blanca viva, habrá que ir a ver.*

—*Sí, padre, puedo ir con vosotros y deciros dónde está.*

—*Bien, ¡paremos!* —ordenó el jefe. El grupo aceptó el mandato—. *Debemos ir a investigar, vosotros poned la carne a la sombra. Tú y tú venid conmigo. Otamba, tú también.*

Los cuatro bosquimanos avanzaron siguiendo los pasos del menor del grupo, según se iban acercando al objeto en cuestión, la irreconocible forma se fue difuminando hasta ser clara su presencia. Al estar justo a su lado, se miraron entre sí sorprendidos por el ser tumbado a la sombra de una acacia.

—*Sí, es una mujer blanca* —confirmó el jefe.

—*Te lo he dicho antes, padre, ¿crees que está viva?*

Los cuatro se mantuvieron como estatuas, calibrando qué hacer con aquel cuerpo, hasta que un movimiento a la altura aproximada del pecho de la mujer, por debajo de su vestido, provocó que dieran un respingo.

—*¡Qué es eso!* —dijo uno de los dos hombres que habían sido elegidos por el jefe para la excursión de reconocimiento—. *¡Se ha movido algo dentro de ella!*

—*¡Cuidado!* —Puso en alerta el jefe—. *Puede ser un animal.* —Todos levantaron sus lanzas, menos Otamba, que no la había cogido, su padre le situó detrás de él y continuó hablando—. *La mujer está muerta o un carroñero se la está comiendo viva.* —Se reafirmó en la idea enunciada. Con señas indicó a uno de sus hombres que con la lanza levantara las vestimentas, las cuales ocultaban cualquier sorpresa, mientras con la mirada anunció al otro que prestara la mayor atención posible. Resguardó aún con más ahínco a su primogénito tras su cuerpo y dio la orden.

Los cuatro se quedaron un rato sin palabras, nadie sabía qué decir, la tensión se diluyó. Se esperaban cualquier cosa menos eso, incluso Otamba

salió de su escondite, tras su padre, y fue el primero en hablar después de unos largos segundos.

—*¡Un bebé, padre! ¡Un bebé negro!*

—*Sí, ya lo he visto, hijo, ya lo he visto.*

—*¿Por qué la mujer blanca tiene un bebé negro en el pecho?*

—*No lo sé, hijo, además, tiene otro en el vientre.* —Aquello se le había escapado a Otamba. Se había quedado tan eclipsado con la rechoncha criatura negra, enganchada a un pecho, que no había sido capaz de mirar más abajo: una abultada y blanca tripa que debía albergar a otro ser.

—*¡Otro bebé! ¿Qué hace una mujer embarazada en el desierto, padre?*

—*No lo sé, se habrá perdido. Comprobaré si está viva.* —El jefe, ágil, se acuclilló a la vera del cuerpo, observando el pulso en una de sus muñecas, y la respiración a través de su nariz—. *Está viva* —confirmó, produciendo en Otamba una alegría y alivio que no supo bien cómo entender—. *Debemos llevarla al poblado, tiene la cabeza caliente y la piel quemada.* —Fue confirmando según tocaba el deshecho cuerpo—. *Debe verla Jarimba y al bebé también. Otamba, coge al bebé.* —El hijo obedeció, lo sacó de la cinta que le aprisionaba al pecho de la mujer, con el correspondiente enfado del pequeño que se veía separado de su fuente de alimento. Otamba comprobó que salía leche de los pezones, pues unas gotas cayeron de ellos y el niño tenía el líquido blanco por los carrillos.

—*Será mejor dejar al niño en el pecho, está mamando.*

—*Ahora llévalo tú, en el campamento haremos una camilla y lo ataremos a su pecho. Vosotros llevad a la mujer.*

Uno de los hombres la agarró por los pies y el otro por debajo de las axilas, mientras que Otamba portaba al niño quien, llorando, reclamaba regresar a su caliente y conocido rincón de placer.

Cuando los cuatro hombres se unieron al resto del grupo, la expectación estaba en su momento más álgido. Desde la lejanía habían seguido los pasos de la avanzadilla, reuniéndose a la espera, elucubrando todo tipo de posibilidades en relación a lo que dos de los hombres que venían hacia ellos transportaban. Al llegar y descubrir a una mujer blanca, semidesnuda, con una enorme tripa, con la piel quemada, los ojos cerrados y aspecto moribundo, no supieron cómo reaccionar, en general se quedaron mudos, formándose un silencio inesperado. La visión de un bebé negro, regordete, en brazos de

Otamba fue la gota que colmó el vaso, haciendo estallar miles de preguntas, cuestiones, opiniones, sugerencias... Tuvo entonces el jefe que poner orden en su ejército de veintidós hombres.

—*Para llevar a la mujer al poblado tendremos que hacer una camilla... Vosotros cortad ramas y preparadla* —exigió, señalando a unos cuantos hombres que miraban más de cerca el cuerpo de la mujer. Ellos no se quejaron, aceptaron su cometido—. *Vosotros, ayudad también* —mandó a otros—. *No podemos tardar mucho, la mujer está casi muerta. Debemos llevarla al poblado con Jarimba... El resto recoged la carne, preparadla para la marcha.*

—*Padre, yo quiero ayudar.*

—*Tú debes cuidar del bebé.*

—*Yo quiero hacer la camilla como los hombres, no cuidar del bebé como las mujeres.*

—*La camilla la harán otros, tú llevarás al bebé, será tu misión. Es una orden, obedece.* —Otamba lo aceptó, se estaba acostumbrando al pequeño y le gustaba tenerlo en brazos, aunque no quería parecer una mujer con el niño colgando a todas horas igual que ellas, por eso se había quejado frente al resto de hombres gritando su oposición con cara de enfado: ante todo reafirmar su hombría. Era el primogénito del jefe, el más rápido y con la mejor vista de la tribu: no podía aparentar que la misión de llevar a aquel niño le gustara, aunque fuera así.

La hamaca estuvo terminada en un corto espacio de tiempo: el alto número de manos expertas no tardó en cortar ramas, pulirlas, atarlas, en horizontal y vertical, asirlas con seguridad, y ubicar en la parte donde se colocaría el cuerpo, sacos y telas de las alforjas donde transportaban su material, el cual tuvo que ser instalado en otros lugares. Todos tenían ganas de marchar, de llegar de nuevo a sus casas: llevaban el día entero de caza, habían partido de sus hogares antes de que saliera el sol y ahora que estaba a punto de desaparecer en el horizonte, sentían la incesante necesidad de añoranza de sus mujeres, hijos, guisos y chozas.

El imprevisto descubrimiento retrasaría su vuelta, y cada uno de ellos entendió que sus seres queridos notarían la tardanza, la cual, cuanto más durara, más aumentaría la preocupación entre los suyos. Por ello, la improvisada tumbona se finalizó en tiempo récord, y cuatro hombres, los cuales se fueron turnando, transportaron la parihuela directos hacia el

poblado. El silencio era la norma habitual en la marcha, así no se levantaban sospechas de su tránsito entre los posibles animales del lugar, pero aquel día iniciaron el viaje con el llanto incesante del bebé.

—*Padre, creo que el bebé tiene hambre.*

—*Sí, con ese llanto no podremos seguir. Tendremos que ponerlo sobre la mujer. Átalo bien, que no se caiga...*

Otamba colocó con cuidado a la pequeña personita cerca del pezón: no tuvo que poner mucho empeño para que el crío se enganchara, tenía un fuerte instinto de supervivencia y estaba seguro de que no hubiera callado hasta que consiguiera su objetivo. Le amarró con una cuerda larga, pero sin aprisionar demasiado para no hacerle daño, y se situó a su lado atento por lo que pudiera pasar. Un bache, un descuido de los porteadores, un fallo en la atadura... Le preocupaba que el niño pudiera caer al suelo. Permaneció a su vera, mas temió que el resto de hombres pensaran que le preocupaba en demasía. Agradeció la intervención de su padre.

—*¿Está listo el bebé?*

—*Sí, padre, está atado.*

—*Quédate cerca, cuida de él, que no se caiga...*

—*¡Pero!* —debía quejarse, era su oportunidad.

—*Es tu misión, obedece.*

—*Sí, padre.*

Anduvieron mientras el sol dejó de tener función en el cielo, tornándose este negro. Vieron luces de coches a lo lejos y pararon su marcha. Se agazaparon a la espera de no ser descubiertos, suponían que serían turistas; no obstante, las horas tan avanzadas les sorprendieron causando su recelo y, por tanto, poniendo una especial atención para no ser descubiertos. Cuando los faros desaparecieron reanudaron la marcha hacia el poblado.

La noche era avanzada y lo normal es que hubiera poco movimiento en la tribu; sin embargo, la falta de veintidós de sus hombres, que afectaba a prácticamente todas las familias de una forma directa o indirecta, conllevó a que varias hogueras y personas reunidas a su alrededor formaran viglias a la espera de noticias sobre los retrasados. Su llegada ocasionó un alboroto, despertándose niños, ancianos, mujeres... Todos se amontonaron alrededor del grupo perdido, primero emocionados y contentos por el alivio de la causa de su intranquilidad; para con posterioridad, sorprenderse y curiosear el

objeto, inmediatamente convertido en persona, que era transportado en una angarilla por cuatro de los hombres.

—*Llevala con Jarimba* —decretó el jefe.

—*Estoy aquí* —anunció una mujer vieja y arrugada, con el pelo gris plata largo y entrenzado.

—*Nosotros la encontramos en el desierto* —anunció el jefe en voz alta, prefería comunicarlo de esa forma a su tribu: era un momento bastante extraño, de noche oscura, pero mejor avisar cuanto antes a todos del suceso que ir explicándoselo después a cada uno: estaba seguro de que **terminarían yendo a su choza a preguntar y no dormiría en toda la noche**—. *Está enferma, supongo que habrá andado sola por el desierto, está embarazada.* —Un «¡oh!» cortó su discurso—. *Además, tiene un bebé negro mamando.* —El «¡¡oh!!» aumentó considerablemente—. *Aquí está.* — Enseñó al crío, levantando el vestido de la mujer, consiguiendo con su gesto que el «¡¡¡oh!!!!» fuera un chillido general—. *Jarimba, intenta curarlos, a ella y al bebé. Llévalos a tu choza.*

—*Debemos llamar a Olaf.*

—*¿Para qué, mujer?*

—*Él puede que sepa su idioma. Si la mujer despierta, podrá traducir sus palabras.*

—*Sí, correcto, ¿dónde está Olaf?* —Alzó la voz el jefe.

—*En su choza* —contestó una mujer joven diminuta.

—*Ve a llamarlo, Gimba. Cuéntale lo ocurrido, dile que vaya a la choza de Jarimba.*

La mujer más vieja del poblado, con mayor sapiencia, a la que todos respetaban de una forma similar al jefe, condujo a los acarreadores hasta su choza. Allí les ordenó traspasar a la enferma hasta su camastro: era una mujer bondadosa, dejaría su sitio a su paciente, despidiéndolos. A la puerta de la curandera se amontonó gran parte de la tribu. El jefe tuvo que utilizar su voz de mando para dar el toque de queda, y aconsejar a cada persona retirarse a sus hogares para dormir a sus hijos y a sí mismos. Parecía que estaban de fiesta, la intrusa había desordenado la rutina habitual y debía regresar a la normalidad. Además, él mismo estaba molido.

—*¿Me puedo quedar con Jarimba?* —le rogó su hijo en bajito. Intuyó que

su primogénito estaba interesado en la mujer y el bebé encontrado, pero no quería revelar su apego por los desconocidos. Le entendió, Otamba era listo, le gustaba, sería un buen jefe.

—*Sí, está bien* —le contestó en tono reducido, aunque no terminaron ahí sus palabras, añadió más levantando la voz. —*¡Otamba!*

—*Sí, padre* —contestó el joven sorprendido: no entendía a qué venía su nombre enunciado con un chillido.

—*Tú has encontrado a la mujer y al bebé, debes quedarte con ellos. Debes estar con Jarimba, ayudarla y obedecerla.*

—*Sí, padre* —enunció cabizbajo. Estaba claro que su progenitor le comprendía, tenían una buena conexión, desde siempre, desde chico, le admiraba... Era un buen jefe, era un buen padre.

Entró en la choza de la vieja sabia, como muchos la llamaban, y pronto se interesó por el estado de sus protegidos.

—*¿Cómo está la mujer, Jarimba?*

—*Mal, muy mal. Tiene la fiebre muy alta, la frente le arde, la piel está quemada, creo que tiene infección. El bebé está mejor, solo tiene el ombligo mal curado, pero esto* —le enseñó una especie de unguento que fue esparciendo por el pellejo que colgaba del ombligo y sus alrededores— *seguro que le ayudará a curar pronto. Este niño es fuerte, está gordo y sano, además, mama con furia. En el futuro será un gran hombre.*

—*¿Y la mujer, se pondrá bien?*

—*La mujer necesita reposo, dormir, sacar la fiebre, sacar el dolor, expulsar el mal que tiene dentro. Esto curará su piel.* —A Otamba le pareció lo mismo, otra especie de aceite que la vieja fue untando con cuidado y mimo sobre las partes más quemadas, enrojecidas y con ampollas de la piel de la mujer. La tenía tumbada, desnuda, con el bebé asido al pecho. La había lavado todo el cuerpo con paños, agua y jabón, y la mantenía sin tapar investigando todas y cada una de sus posibles heridas. A Otamba le impactó su piel blanca en comparación con la del bebé, le resultaba tan clara como la luna llena; percibiendo que aquellas partes expuestas al inclemente sol aparecían amoratadas, cercanas al granate.

—*El hijo que lleva dentro, ¿vivirá?*

—*Vivirá, si la mujer vive. Él se mueve, lo he notado, pero si la madre muere, él morirá.*

—*La enfermedad de la mujer, ¿puede afectar a su bebé?*

—*Eso no se sabrá hasta que nazca. Todo lo que le ocurre a la madre, puede dañar a su hijo, pero hay bebés muy fuertes. Ahora no se puede saber, cuando nazca, lo sabremos.*

—*¿Y cuándo nacerá?*

—*Pronto, tiene mucha tripa, en unas semanas.*

—*¡Solo semanas! Eso no es nada, ¿Cómo ha podido sobrevivir esta mujer en el desierto?, ¿y el bebé negro, de dónde ha salido?*

—*Habría otra mujer. Este hijo es de otra mujer. La mujer blanca lo ha salvado.*

—*¿Y cómo le puede dar su leche?*

—*Ella tiene un bebé en la tripa, sus pechos están preparados para dar leche. Si el bebé negro chupa, activa los pechos para que salga la leche.*

—*¡No lo puedo creer!*

—*Es la ley de la vida, Otamba, la madre naturaleza.*

—*Espero que los dos se salven.*

—*Nosotros tendremos que esperar.*

—*¿Me buscabais?* —cortó la conversación un hombre grande, también negro, pero infinitamente distinto a todos los del poblado. Enormes músculos rodeaban sus huesos de ancha constitución. Su piel era mulata, café con leche, en comparación con el negro azabache de Otamba parecía hasta clara.

—*Pasa, Olaf, mira lo que Otamba ha encontrado.*

—*¡Una mujer blanca!*

—*Sí, y mira, un bebé negro.*

—*Pero ¿cómo es posible? ¿Está viva? ¿El bebé está vivo?*

—*El bebé está sano, solo tiene el ombligo enfermo. La mujer está muy mal, entre la vida y la muerte, pero quería que estuvieras aquí por si ella despertara, quizá puedas hablar su idioma.*

—*Si ella habla la lengua de mi padre no tendré problema, habré olvidado algunas palabras, pero lo puedo intentar.*

—*Ahora está dormida. Pensaba que se despertaría al tocar sus heridas, imaginé que le dolerían, pero no se ha movido. No creo que despierte. Puedes regresar a tu choza. Mañana si ella hablara te llamaría.*

—*Sí, sí, puedes llamarme cuando sea. Manda a Otamba en cuanto despierte y vendré lo más pronto que pueda.*

—*Yo me quiero quedar contigo, Jarimba* —aportó Otamba. Le encantaba estar junto a esa mujer, era un saco de sabiduría y él, aunque ante sus amigos y el resto de los hombres de la tribu solo mostraba interés por la caza, las armas y las mujeres, en su interior experimentaba una curiosidad infinita por temas variopintos. Jarimba siempre estaba dispuesta a dar una respuesta, a aportar una idea o contar una anécdota, y además era muy discreta, nunca revelaría las inquietudes ocultas del joven al resto del clan—. *Por favor, Jarimba, déjame quedarme, así si la mujer despierta en medio de la noche, podré salir para avisar a Olaf.*

—*Es una buena idea, Otamba, mi choza será tu choza.*

—*Yo me marcho, Jarimba, si necesitas cualquier cosa que venga Otamba a llamarme.*

—*Marcha, Olaf, tu madre te estará esperando.*

Otamba estaba encantado: no cabía en sí de gozo al pensar que tenía frente a él a Jarimba, sin nadie a su alrededor que pudiera escuchar sus preguntas y respuestas. No sabía si la vieja querría dormir. Él prefería mantenerse en vela conversando con ella, sacándole informaciones que a otros no revelaba, inmensos mares de dudas que se alborotaban en su interior; mas desconocía si su acompañante estaría dispuesta a charlar con él, en el fondo, era un crío ante la imponente presencia ancestral y sabia de la curandera.

—*¿Quieres tomar una infusión?* —Obtuvo la respuesta.

—*Sí, sí, no tengo sueño. Mejor quedarnos despiertos para cuidar a la mujer blanca.* —Jarimba sabía que aquello era una excusa, conocía a la perfección la personalidad del joven y siempre había denotado una diferencia sustancial con el resto de sus amigos de la tribu. Se comportaba igual que todos los chicos, era listo y había aprendido a cubrir sus incertidumbres, si bien, dentro de él, desde niño, había percibido la necesidad de conocimiento innato en su carácter.

—*La mujer blanca tendrá que dormir mucho* —inició Jarimba.

—*¿Por qué?*

—*La fiebre da sueño, tiene la frente muy caliente.*

—*¿Qué la sucedió?* —Con Jarimba podía ser él mismo.

—*Estaría muchas horas bajo el sol. Tiene mucho sol y calor dentro del*

cuero, tendrá que sacarlo. Además, la piel quemada se ha infectado, eso hace que tenga la frente caliente.

—¿Ella se curará?

—No lo puedo saber, la madre naturaleza decidirá.

—¿La naturaleza decide quién vive y quién muere?

—Sí, ella manda. El bebé es fuerte, ella le dio fuerza, será un hombre fuerte el día de mañana. La mujer es más débil, pero el bebé necesita a la mujer, ella le alimenta, por lo que la naturaleza lo tendrá en cuenta.

—¿Crees que como el bebé negro necesita a la madre para alimentarse la naturaleza salvará a la mujer blanca?

—Sí, eso creo, puede ser.

—¿Qué haría ella en el desierto?

—Eso es un misterio, pronto lo sabremos.

Otamba admiraba a la curandera, le parecía increíble su trabajo, también le fascinaba su padre, el líder, y sabía que su destino era sucederle; sin embargo, no le hubiera importado ejercer las funciones de la vieja, lo cual dicho en alto intuía despertaría todo tipo de cuchicheos y burlas entre sus compañeros. Eso era cosa de mujeres, como cuidar a los niños; aunque a él le gustaban las criaturas, le gustaban las hierbas, las pócimas, el porqué de las enfermedades, el cómo curarlas, el cómo colocar un hueso roto o las leyes de la naturaleza, todo ello, tanto o más que cazar, correr, inventar trampas, realizar lanzas o competir con sus colegas.

—Jarimba —le costó pero terminó la frase iniciada—, ¿por qué solo las mujeres son curanderas?

—Es la tradición.

—¿Y quién ha puesto la tradición?

—Los antiguos, nuestros padres, nuestros abuelos, los abuelos de nuestros abuelos...

—¿Y se puede cambiar?

—¿Tú quieres cambiarla? —Otamba tardó un tiempo infinito en contestar—. Lo que me digas quedará aquí, lo sabes, ¿verdad?

—Bueno, no dejo de pensar que si un hombre quiere ser curandero, ¿por qué no puede serlo?

—*Interesante.*

—*Y si un hombre quiere cuidar a un niño, ¿por qué no puede hacerlo? Y si una mujer quiere cazar, ¿por qué no puede hacerlo?* —Estaba tan embalado que soltó todo de golpe.

—*Es una idea interesante, Otamba. Tú algún día serás jefe, podrás explicárselo a la tribu.*

—*¿Y por qué la curandera no puede tener hijos?* —Terminó con la mayor duda que atosigaba su mente.

—*Yo cuido de la tribu, no puedo cuidar de marido y de hijos, por eso no puedo casarme, porque debo cuidar a la tribu.*

—*No lo entiendo, creo que una mujer puede hacer todo si el marido ayuda. Si el marido cuida a los hijos, ella podría cuidar a la tribu, y si la mujer y el marido cazan, todo sería más fácil.*

—*Son ideas peligrosas, Otamba.* —Jarimba no quería dar demasiadas alas a aquel joven: esas palabras dichas en público producirían un escándalo—. *La tradición es difícil de cambiar, pero no es imposible. Guarda tus ideas, Otamba, algún día podrás sacarlas, aunque recuerda, poco a poco. Debes presentar los cambios poco a poco, si no la tribu se asustará.*

—*Vieja eres sabia, tú también podrías ser jefa, ¿por qué las mujeres no pueden ser jefas? ¿Por qué un hombre no puede ser curandero?*

—*Demasiados porqués, pocas respuestas, yo soy una vieja.*

—*No eres solo una vieja, eres sabia.*

—*Aprenderás con los años, la edad resolverá tus porqués. Ahora, a dormir. Yo tengo muchos inviernos a mi espalda y estoy cansada. Tú eres joven y fuerte, quédate con la mujer blanca, si despertara me avisas. Ayúdame a cubrir su piel, quema, pero la noche es fría, debemos abrigoarla.*

Entre los dos taparon el desnudo cuerpo de la enferma, el cual mantuvo las telas con pomada colocadas en los lugares estratégicos donde las quemaduras lo exigían. Su respiración era pesada, se movía en ocasiones con lamentos, pero los ojos se mantenían cerrados y ni una sola palabra salía de su boca. Otamba estaba tan intrigado que se quedó despierto a su lado mirándola eclipsado, le impactaba el color traslúcido de su piel, su pelo amarillo liso y el bebé negro oscuro en su pecho. Sentía tanto deseo porque despertara, porque hablara, porque contara su historia, que rezó a las fuerzas de la naturaleza para que no se la llevaran, para que la dejaran viva en la tierra,

para que aquel gordito bebé tuviera una madre. En medio de sus plegarias el cansancio le venció, quedándose recostado sobre el suelo atrapado por un sueño reparador.

* * *

—*¡Jarimba! ¡Despierta!, la mujer blanca está hablando.*

—*¿Hablando?*

—*Sí, dice palabras, entre sueños. Tiene los ojos cerrados.*

—*Bien, bien, corre, ve a llamar a Olaf.*

—*Sí, sí, ya voy.*

Jarimba se levantó lentamente, sus rodillas ya no respondían igual, y aunque intentaba ejercitarlas cada día y tomar sus hierbas medicinales, los huesos y las articulaciones tardaban más tiempo que ella en despertar. De lejos escuchó las palabras ininteligibles de la mujer, quien movía la cabeza de un lado para otro e incluso tuvo la sensación de que abría los ojos: estaba delirando. Llegó a su vera y al poner la mano sobre la frente, tuvo la sensación de que la temperatura era tan alta que se la quemaría: debía reducir su calor interno, el bebé albergado dentro de su tripa podría peligrar si seguía aumentado, incluso la mujer podría morir. La destapó, cogió un trapo y untó el mismo en el balde de agua congelada: la noche había enfriado el líquido y era perfecto para aplicarlo sobre el cuerpo ardiente de su paciente. La mujer seguía con sus palabras, percibió que algunas se repetían, si bien, no pudo entenderlas, tendría que llegar Olaf. Le quitó el bebé del pecho, este aunque dormido produciría un calor que no convenía a la enferma.

—*Ya estoy aquí, Jarimba* —confirmó Olaf, exaltado, con cara de sueño y las marcas de dormir aún instaladas en su cara.

—*¿Puedo ayudar?* —aportó Otamba, también con el gesto torcido por la exaltación.

—*Coge al bebé. Cuidalo. Olaf, traduce sus palabras.*

—*Ella dice: Nicolás, ¿dónde estás, Nicolás? Jhuanmi, hombres negros, escapar. Repite los nombres: Jhuanmi, Nicolás... Ahora dice otro nombre:*

Lola, ¿dónde está Lola? Vienen los hombres negros, nos cogerán, nos matarán, debemos correr, debemos escapar... Dice siempre lo mismo o parecido —confirmó Olaf, después de un buen rato escuchando sus palabras—. *No dice nada más, siempre lo mismo.*

—*Repite sus palabras* —instó Jarimba.

—*Dice Nicolás, ¿dónde estás, Nicolás? Lola, Jhuanmi, debemos escapar, vienen los hombres negros, nos matarán, tenemos que escapar... Matar... Escapar. Dice siempre lo mismo.*

Los tres se mantuvieron un rato callados, escuchando las palabras que aunque sus cerebros no comprendían, después de la traducción de Olaf iban identificando.

—*Esta mujer huye de unos hombres negros, imagino que unos malos, unos que la quieren matar. Hombres negros malos. Jhuanmi es nombre de mujer negra, podría ser otra mujer que fuera con ella y, ¿Nicolás?*

—*Creo que es nombre de hombre..., o de niño* —agregó Olaf.

—*Nicolás puede ser el bebé negro* —sentenció Jarimba.

—*¿Y Lola?* —interpeló Otamba, después de haber estado todo el tiempo en silencio. Nadie contestó, estuvieron un rato pensando, hasta que Olaf se atrevió.

—*Lola creo que es nombre de mujer, o de niña, puede ser el bebé que lleva dentro, o un ser querido, u otra mujer que fuera con ellas, o..., bueno, realmente no lo sé.*

—*Lo que está claro es que a esta mujer la perseguían unos hombres negros para matarla. Noto el sufrimiento, mucho sufrimiento* —argumentó Jarimba con su mano sobre el lugar en dónde se alojaría el corazón de su paciente—. *Tendremos que esperar a que ella mejore para preguntarla. Vosotros no debéis decir nada, mantendremos el silencio, ¿de acuerdo?*

—*Sí, yo no diré nada* —afirmó Olaf.

—*Yo tampoco* —añadió Otamba.

—*Si el poblado se entera que existen unos hombres malos persiguiendo a esta mujer, pueden temer que ellos vengan y nos hagan daño a todos. Mejor no decir nada, me entendéis, ¿verdad?*

—*Sí* —asintieron ambos. Jarimba tenía razón, ellos ocultarían lo escuchado. No desvelarían nada, era esencial dejar en la choza de la

curandera a la mujer: si la echaban, moriría y por alguna razón ninguno quería eso. Preferían mentir, o mejor dicho ocultar la verdad, estaban totalmente de acuerdo con la vieja. Esta colocó su mano con la palma hacia arriba, era la señal de pacto, y ellos ubicaron su mano derecha encima, primero Otamba y después Olaf. El compromiso quedaba sellado, ninguno podría romperlo.

—*Puedes irte, Olaf... Diremos que ha sido una falsa alarma.*

—*¿Me puedo quedar?* —añadió Otamba abiertamente, sabía que Olaf pertenecía a su grupo y no diría nada.

—*Sí, Otamba, yo pediré a tu padre que te deje conmigo de ayudante. Te quedarás con la mujer y el bebé, me ayudarás.*

—*Mi padre vendrá y preguntará, ¿qué le digo?*

—*Todo debe seguir igual. Diremos que ella no ha hablado, que está muy enferma, que debemos esperar a que se cure, y mientras la tendremos que cuidar.*

Los tres se despidieron. Jarimba salió, necesitaba plantas, eso dijo al partir: agua, aceite, pieles y telas. «*Tú cuidarás de los enfermos, no tardaré*» —enunció antes de desaparecer tras la cortina—. Y eso hizo Otamba: realizar los trámites ordenados por la vieja y sobre todo disfrutar del bebé.

Su nombre enunciado a chillidos desde la calle le animó a salir de la cabaña, suponía quiénes estarían formando ese alboroto, por lo que decidió enfrentarse a ellos.

—*¡Otamba!* —pronunció uno de los cinco chicos que estaban fuera—. *¿Qué haces ahí como una vieja? ¿Ahora eres una mujer, una curandera?* —Se rieron todos.

—*Yo no quiero estar aquí, pero mi padre me obliga. Él es el jefe de la tribu y, además, es mi padre: no puedo hacer nada.* —Las risas se acallaron en parte.

—*Pero no te gusta, ¿no? ¿O sí?* —adjuntó el mismo, el más cizañero del grupo, con el que siempre tenía las competiciones más duras, las peleas más intensas, los cruces de palabras sarcásticas más tirantes.

—*¡A mí no me gusta!* —chilló Otamba con tono solemne y decisivo, mirándolos a todos con una seguridad aplastante—. *Estoy obligado, solo obedezco una orden.*

—*Te entiendo, Otamba* —le ayudó su amigo, su fiel compañero desde pequeño, el hijo de la hermana de su padre, su primo—. *Ten ánimo, así al*

menos estás cerca de la mujer blanca. Todo el pueblo habla de ella, y tú tienes la suerte de estar cerca y saber cosas. Dinos, ¿quién es?, ¿de dónde viene? Y el bebé negro, ¿de dónde ha salido...?

—No puedo decir nada, porque no sé nada. La mujer lleva dormida desde que llegó, tiene la frente caliente y no habla, no sé más. —También tuvo que afianzarse en las palabras enunciadas: aquella función le serviría como ensaño general, su padre no sería tan fácil de engañar.

—¡Todos fuera! —La voz tronó causando el brinco del grupo de chicos—. Solo Otamba tiene permiso para estar en esta choza, el resto fuera, ¡venga, marchad y no volváis más por aquí!

Los jóvenes se escabulleron ante el rugido del jefe. Otamba rió para sus adentros: antes habían parecido tan valientes cuando dudaban de que él estaba allí por obligación, y ahora se escapaban corriendo, espantados por una simple frase de su padre. Le admiraba, la gente le respetaba, esperaba algún día también él ser honrado por su pueblo.

—Otamba, entra —exigió su padre: él obedeció—. ¿Dónde está Jarimba?

—Ha salido a por cosas.

—Ve a buscarla, yo esperaré aquí, tráela pronto.

Acató el mandato, no tardando en cumplir su cometido, a razón de que Jarimba estaba a unos pasos de regresar a su tienda con las manos rebosantes de materiales.

—Otamba, ayuda a esta vieja. —Se alivió al ver al chico; era perfecto para librarla de su carga, ya no estaba para esos pesos.

—Mi padre está en la choza, quiere hablar contigo.

—Tú no has dicho nada, ¿verdad?

—He callado, es nuestro secreto, nunca lo revelaré.

—Bien, vamos, no tardemos. Entremos antes de que la mujer vuelva a hablar. Mejor que tu padre no la escuche.

Dentro de la choza, el gran jefe, hombre de pequeño tamaño, como el resto de bosquimanos, muy delgado y pellejudo, se mantenía sentado al lado de la mujer blanca y el bebé mirándolos.

—¿Cómo están? —interpeló nada más recibir compañía.

—La mujer sufre, tiene mucha fiebre, la frente le arde y tiene infectadas las heridas por el sol. Tardará en despertar, debemos dejarla dormir.

—¿Y el niño?

—El bebé está sano, el ombligo va mejor.

—¿Y el que tiene dentro de la tripa?

—Creo que está vivo, se mueve, pero no sabremos nada hasta que nazca. La enfermedad de la madre ha podido afectarlo.

—¿El otro mama de la mujer blanca?

—Sí.

—¿Y no le pasará su enfermedad?

—No, las mujeres están preparadas para pasar solo cosas buenas a sus hijos a través de la leche, no malas. Su leche le engordará y curará, además de ser su alimento es una medicina.

Otamba presente intentaba pasar desapercibido, no era normal que aquel tipo de conversación se llevara a cabo ante él; sin embargo, o habían olvidado que estaba allí o lo estaban permitiendo. Se mantuvo quieto como una roca, callado como un mudo, y con los ojos y oídos abiertos como su apodo: un leopardo.

—¿La mujer ha hablado? —Otamba se puso aún más rígido de lo que estaba. Ahora llegaba la peor parte: ocultar un secreto al hombre más perspicaz e inteligente que conocía, el líder.

—No, no ha dicho nada.

—¿Ninguna palabra?

—Ninguna.

El jefe y la curandera se miraron durante unos segundos más, estaba claro que valoraban la veracidad de las mismas.

—¡Otamba! —El chico no consiguió controlar el respingo: eso no era bueno, ponía en sobre aviso a su padre, quien le miró como la inquisición. Su corazón se revolucionó tanto que temió que el jefe pudiera oírlo.

—¿La mujer blanca ha hablado? —Era su turno, el momento de demostrar que era un hombre íntegro, había firmado un pacto de honor que no podría romper.

—No ha hablado, estuve toda la noche a su lado y no habló —reafirmó contundentemente.

—¿Seguro? Soy el primer hombre de la tribu y tu padre.

—*Seguro.*

El patriarca se temía algo, no obstante, la misma respuesta había sido escuchada por tres veces: hacía unos minutos en la choza de Olaf y ahora con la vieja y su propio hijo. Aceptó las tres réplicas como certeras.

—*La gente del pueblo está nerviosa, quieren saber quién es esta mujer. Temen que nos traiga enfermedad, problemas o mala suerte. Hay malas palabras por la tribu, será necesario hacer una reunión.*

—*¡No podemos dejar morir a esta mujer!* —se quejó Jarimba—. *La madre naturaleza la ha traído aquí, nosotros tenemos el deber de curarla, atenderla y cuando esté sana, ayudarla a partir para que encuentre su hogar, pero ahora tenemos la obligación de curarla y protegerla.* —La vieja estaba realmente implicada, su tono era fuerte, decidido, al menos eso le pareció a Otamba, quien siguió agazapado igual que determinaba su nombre.

—*Eso se decidirá en la reunión. Yo estoy de acuerdo contigo, creo que nuestro deber es curarla, pero parte del pueblo se opone. Esta noche se verá, avisaré a todo el poblado. Nosotros hablaremos y después decidiremos.*

El jefe se fue por donde había venido dejando una atmósfera de temor dentro de la choza.

—*No la echarán, ¿verdad?*

—*Yo haré lo que pueda, pero no lo podremos saber hasta esta noche. Hay gente que tiene la mente rara, a veces la mente muy rara, temores tontos. Yo intentaré limpiar su mente, rogaré a la madre naturaleza para que me ayude.*

Pasaron el resto del día cuidando a su paciente, callados y preocupados por el destino de la misma y sus bebés. Si decían lo que la mujer había revelado, seguro que la devolverían al desierto. Dejaron pasar las horas tumultuosas e infructuosas: no se podía hacer nada hasta la noche. Otamba fue tan ingenuo que pensó en su presencia como esencial en el cónclave; sin embargo, pronto comprobó que este sería reducido. Representantes adultos de las distintas familias participarían, los niños y el resto del poblado quedaban excluidos. Se apartó al igual que los demás a la distancia que les delimitaron, y no pudo dejar de pensar en la suerte de la mujer que estaría en aquellos instantes jugándose en la asamblea. Miró al cielo y se fijó en las estrellas, había una en especial, muy luminosa, situada cerca del horizonte, la primera

que aparecía cada día antes que el resto de puntos luminosos, una que siempre le había llamado la atención e hipnotizado con su visión. La observó y rezó hacia su interior pidiéndole que diera cordura a los miembros de la junta para que dejaran quedarse a la mujer. Él quería cuidarla, quería saber de ella: estaba seguro de que si permanecía en el poblado saldría adelante, si no, la muerte vendría a buscarla.

El tiempo se hizo eterno, pesado, aburrido e interminable, hasta que los hombres y mujeres que habían permanecido sentados alrededor de una hoguera, hablando y gesticulando durante un tiempo perpetuo, a su parecer, se levantaron. «Tienen una decisión». Primero, pensó en correr a la tienda de su padre o de la vieja para conocer el veredicto, pero un segundo antes de iniciar el sprint, recordó las apariencias y esperó, como si el asunto no fuera con él, hasta que otro levantara el secreto de sumario.

—*Parece que ya han decidido* —dijo una chica de su edad, a la que siempre miraba con disimulo. Le parecía hermosa, le gustaba.

—*Sí, me tengo que ir, seguro que mi padre me mandará quedarme con la mujer, si ella se queda, o acompañarles para echarla si la ordenan irse.*

—*¿Me lo contarás mañana?* —le pidió la chica con esos ojos negros preciosos que tanto le engatusaban.

—*Sí, mañana te lo contaré.* —La mujer tenía que quedarse, además, ahora a más razón, porque sería la forma de acercarse a la chica por la que tenía predilección.

Anduvo conteniendo su prisa, directo a la tienda de Jarimba, lleno de curiosidad. Al entrar no estaba sola, Olaf la acompañaba.

—*¿Qué han decidido?* —No quiso dar rodeos.

—*Podrá quedarse hasta que ella pueda hablar.*

—*¡Bien!* —Saltó de alegría, mas comprobó preocupación en los rostros de sus compañeros—. *¡Qué sucede! ¡Qué ocurre!*

—*Si nosotros no decimos nada, si los hombres negros malos vienen, el pueblo puede que les diga dónde está la mujer y ellos se la llevarán, la matarán y podrían hacer daño a todo nuestro pueblo. Pero si decimos la verdad, lo que la mujer ha hablado, la echarán, seguro. Es un gran dilema, Otamba.*

Jarimba tenía razón. Él no había razonado así, aunque Otamba era joven, no un hombre sabio ni viejo como ella. La curandera y Olaf permanecieron

callados con el gesto compungido, el debate debía de haber sido acalorado e intenso, sus rostros denotaban cansancio y apatía. Tenían en la balanza de su indecisión la vida de la mujer y sus dos bebés; y en la otra, la seguridad del pueblo. Jarimba terminó por romper el silencio.

—*Dejaremos pasar unos días. Esperaremos por si ella se recupera, después tendremos que desvelar sus palabras. No más de cinco días.*

—*Jarimba, ¿y si ella no sana en cinco días? Si hablamos, la tribu la echará*—adjuntó Olaf, no sabía nada de aquella mujer, mas deseaba con ansia conocerla, hablarla, conversar en la lengua de su padre con la mujer blanca que le recordaba tanto su pasado, que le llevaba hacia años felices, cada vez más olvidados.

—*No podemos dar más tiempo, cinco días.*

Olaf no habló, dejó el hogar de la vieja para refugiarse en el suyo propia: su madre estaría esperando. Él había participado como responsable de su familia: ya quedaban pocos en ella, su propia persona, la mujer que le dio la vida y la hermana de esta, su tía, pero el jefe le había dado voto por su posición cercana a la mujer blanca, porque podría conocer su idioma. Gimba, la que podría denominarse su prometida, había sido el mayor impedimento que había encontrado, la mayor oposición para que la adoptada se quedara. Ella, a través de su madre, y algunas familias con lazos de parentesco muy fuertes se habían amotinado en contra de la cordura impuesta por el resto de la reunión. Gimba estaría muy enfadada con él, al día siguiente la pelea sería intensa, por ello, se escabulló hacia su cabaña evitando encontrarla: dejaría la discusión para la próxima jornada.

Los cuatro días siguientes pasaron rápido para Otamba, prestaba la mayor atención e interpelaba a menudo a Jarimba preguntas sobre la salud de la mujer, pero nada era seguro, todo resultaba incierto. Alimentaban con leche, grasa de cabra, y una sopa de manteca animal y cereales molidos el cuerpo de la enferma, a cuyo estómago llegaba la comida gracias a la paciencia y constancia de la vieja, quien permanecía al pie de la cama prestada durmiendo sobre el suelo, mimando el cuerpo malherido, aplicando compresas de pomadas, tomando la temperatura, dando infusiones medicinales y generando vapores unidos a sus cánticos. Otamba, confinado en la tienda por orden de su padre, disculpa aportada a sus amigos, aprendía la magia de la curandera, entendida con esa palabra por muchos, aunque denominada medicina por Jarimba.

Las jornadas pasaron amenas, entre conversaciones imposibles de mantener en otros ámbitos y nociones que nunca recibiría por ser un hombre; por eso, al iniciarse la noche de la cuarta jornada desde la reunión, al estar tan presente al día siguiente el aviso de su actual compañera de choza de revelar la información secreta, percibió cómo su corazón se empequeñecía, cómo la tristeza inundaba su alma, y cómo las lágrimas asomaban a sus ojos de guerrero, de cazador, aplicando toda su fuerza para aplacarlas y evitar su caída. No lloró: era un hombre. Aunque quizá el llanto hubiera conseguido esfumar el nudo de su garganta.

—*Otamba, la mujer tiene la frente menos caliente.*

—*Eso es bueno, ¿no?* —Se ilusionó el joven.

—*Sí, respira mejor, su corazón ya no sufre, la piel está mejor, no quema..., todo mejor.*

—*¡Eso es muy bueno! ¿Ella despertará?*

—*Es posible, difícil de saber... Sí, puede despertar, nosotros esperaremos.*

—*Yo me quedaré despierto, vigilaré, tú puedes dormir.*

—*Por ahora, yo también me quedaré despierta, no tengo sueño, luego dormiré.*

Hablaron tendidamente durante el principio de la noche, ninguno tenía sueño; sin embargo, con el avance del crono los párpados se fueron cerrando. Jarimba cayó la primera, se tumbó en el suelo y su ayudante la tapó con una piel. Él aguantó más, esperando el milagro; pero, igualmente, su cuerpo sucumbió al cansancio y terminó tirado al otro lado de la enferma. Cuando la luz se introdujo por la choza se despertó: Jarimba estaba ya en pie, realizaba un cocimiento, al verle vertió el contenido de la cazuela en un cuenco que le acercó.

—*Bebe esto, te dará fuerza, seguro que has dormido poco.*

—*¿Qué tal está la mujer?*

—*Mejor, mucho mejor. No tiene fiebre, respira bien, el corazón suena sano, la piel mejor, pronto despertará.*

Así se quedaron los dos mirando al cuerpo dormido, tomándose la infusión regeneradora, ensimismados con el rostro de la mujer: tenían la intuición, la clarividencia o simplemente el deseo de que abriera los ojos, de que dejara de decir palabras al azar, sin sentido, y así poder mantener con ella una

conversación que resolviera la avalancha de incertidumbres que estaba a punto de desbordar las barreras de contención colocadas para aplacarla.

Cuando abrí los ojos y observé el rostro increíblemente arrugado, con miles de surcos y socavones de la edad, di un pequeño respingo. La propietaria de aquella envejecida cara tomó mi mano, supongo que en señal de cordialidad, estaba medio desnuda, tenía la piel muy negra, acartonada y pellejuda, muy delgada, con el pelo largo, trenzado y blanco grisáceo: me costó quitar la mirada de su apariencia, nunca había visto a nadie con un aspecto tan singular. Ella me habló, mas no la entendí, entonces dirigió el rostro hacia su izquierda y siguiendo su mirada observé a otro ser frente a mí. Yo debía de estar tumbada y ellos sentados a mi lado, porque me parecieron grandes. El otro semblante era joven, un niño mayor, quizás un chico, también negro oscuro, delgado, pero de piel tersa. También dijo algo, y los dos entablaron una conversación corta que se saldó con la huida del chaval hacia quién sabía dónde. Tenía la vista algo nublada y la cabeza cargada, me dolía todo el cuerpo, me ardía, me quemaba. Miré aquellos lugares en donde percibía una mayor quemazón, estaban protegidos con unas telas, no quise investigar: entonces recordé... Fue de repente... Todo regresó a mi cerebro... El cautiverio... Jhuanmi... Nuestra huida... Su muerte... ¡Nicolás! Chillé, e intenté en balde incorporarme. Un mareo me noqueó, percibiendo las manos de la anciana amarrarme como intentando calmarme. Uno de sus dedos señaló hacia mi izquierda y allí localicé el objeto que deseaba: una especie de cuna sostenía a mi gordito bebé negro.

—¡Nicolás! ¿Estás bien? ¡Qué le pasa! ¡Qué me pasa...!

—*Yo no entiendo tu idioma, pero tú estás bien y tu bebé también. Tranquila, pronto vendrá alguien que habla tu idioma.*

La arrugada mujer me hablaba, pero no había posibilidad de entenderla. Ella cogió al niño, que estaba dormido, y lo colocó sobre mi pecho. El pequeño, al percibir mi olor, se enganchó en mi pezón, y yo me sentí renovada, tranquila..., no obstante, de nuevo otra incertidumbre me asaltó: poco a poco volvía a la realidad. El movimiento de poner al niño en mi pecho había causado que mi vestido fuera levantando, momento en que observé mi enorme tripa, recordando algo más...

—¡Lola! —chillé y me toqué con angustia la tripa—. ¡Está bien Lola, sigue

viva! —Imaginé que sí por el tono sosegado y apacible de las palabras de la extraña, y además por mi propio conocimiento. La barriga seguía abultada y dura, por lo que el bebé continuaría dentro, presté la mayor atención posible. Nicolás mamaba y la mujer simplemente me miraba, hasta que conseguí percibir una buena patada directa a mis riñones—. ¡Lola está viva! —Volví a gritar, no sé para quién, porque mi contertulia no me entendía—. Se mueve, la he sentido.

—*Tú debes esperar, ahora vendrá Olaf, él habla tu idioma.*

—*Ya estoy aquí, Jarimba* —habló el chico joven, quien entró en la choza exaltado con la lengua fuera casi sin respiración, acompañado por un hombre enorme quien me miró anonadado. Terminó de acceder al lugar y se sentó en el suelo, cerca de mí, al igual que sus compañeros: deseé con todas mis fuerzas que me entendiera.

—¿Hablas inglés? —inició conversación el desconocido.

—¡Sí, sí, entiendo y hablo perfectamente el inglés! —me emocioné al escuchar unas palabras con sentido—. ¿Tú también?

—Sí, también lo hablo y entiendo: mi padre era inglés. —Supuse que de ahí su diferencia de complexión y color. El individuo que se presentó frente a mí era grande, fuerte, de impresionantes músculos, podríamos decir mulato, y en su rostro se veían a la perfección rasgos africanos y europeos: no tenía nada que ver con las otras dos personas de la habitación—. Estás en un poblado de bosquimanos, te encontró Otamba. —Este al oír su nombre se estiró, además, la mano de Olaf evidenciaba que le estaban presentando. Yo asentí en señal de agradecimiento, prefería no hablar, sobre todo quería saber y mejor no interrumpir el discurso de aquel hombre—. Eso fue hace siete días, estabas en mitad del desierto, bajo una acacia, tenías la piel quemada y mucha fiebre, además, un bebé negro te acompañaba, mamaba leche de tus pechos.

—¡Leche! —Rompí mi intención de callar, me sorprendió aquel dato—. ¿Sale leche de mis pechos? —Aparté al bebé quien lloró por el gesto y verifiqué lo enunciado por aquel personaje; el líquido blanco aún continuaba en su boca y goteaba de mi pezón—. Perdona, sigue, no me lo esperaba.

—Jarimba, que es la curandera —me señaló a la mujer vieja—, dice que puedes tener leche en los pechos porque estás embarazada y por eso el bebé podía mamar.

—¿Y ha estado mamando todos estos días? —Era un saco de preguntas, me

resultaba imposible únicamente escuchar. El hombre no solo me hablaba a mí, cuando yo enunciaba algo, lo compartía con sus compañeros, y sobre todo la anciana aportaba frases que él, después, me traducía.

—Sí, todos estos días. El bebé negro está sano, es fuerte, Jarimba le curó el ombligo, porque lo tenía infectado.

—Me lo temía, gracias, Jarimba —me dirigí directamente a ella.

—También te ha curado a ti, tenías muchas quemaduras por los brazos, piernas y cara, pero ya estás mejor, además la fiebre ha bajado. Dice que tu bebé está bien, pero habrá que esperar al parto, porque la fiebre alta en las madres no es buena para los niños.

—Lo sé, ¿ella es la médica del poblado?

—Así es, aquí usamos una palabra que significaría curandera.

—Dile que yo también soy médica, soy ginecóloga, ¿entiendes esa palabra?

—Sí, a la perfección, el inglés era el idioma de mi padre y él me lo enseñó desde niño.

—Sí, lo hablas mejor que yo. Soy española, pero también aprendí tu idioma desde pequeña.

—Jarimba está sorprendida de que seas médica como ella, dice que si tú ayudaste al bebé negro a nacer.

—Sí, su madre se llamaba Jhuanmi y se puso de parto en medio del desierto, nos resguardamos debajo de unas rocas, pero se complicó el nacimiento y yo tuve que arrancárselo de las entrañas. El niño venía de nalgas y el daño que provoqué en la madre fue irreparable. Sin medios..., ella murió.

—Jarimba dice que demasiado que conseguiste salvar al bebé. Quiere que nos cuentes tu historia, todo el pueblo quiere saberla.

Era el momento de abrir la Caja de Pandora, de soltar todos los fantasmas internos, diserté durante largo tiempo. Ellos no dijeron nada, no aportaron nada; creo que la revelación era tan intensa que ateridos solo escuchaban. El hombre mulato, que conocía mi idioma, Olaf se presentó, traducía mis frases, incluso cuando yo me embalaba tenía que cortarme para darle tiempo a transferirlo al resto del público. Inicié la historia desde España, mi vida allí, mi clínica, mi profesión, mi familia, la aparición de Fabiano, su altruismo, su organización en Namibia, su petición de viajar con él... Mi llegada a Windhoek, los primeros días en el Hotel Hilton, nuestra excursión por diversas ciudades, el regreso, el traslado a un apartamento de la capital, la

noticia de mi embarazo, mi colaboración con el hospicio, la fecha de regreso a mi país para el 26 de febrero... Mi viaje a Kalkrand, el control policial, la prueba de alcoholemia, el falso positivo, la furgoneta con la enfermera, el análisis que habían usado para drogarme... Mi oscura celda, las visitas de los captores, cómo me trataban, cómo vivía, el agujero de la pared, la llegada de Shewaki, su tortura, su muerte, su bebé robado... La aparición de Jhuanmi, sus violaciones, el conducto del techo, cómo conseguimos escaparnos, cómo andamos día y noche por el desierto, los escasos descansos, el parto de mi amiga... Mi sufrimiento para traer a Nicolás a la vida, su petición de que yo fuera su madre, su muerte... Mi huida, mi declive, mis lagunas...

Cuando terminé la larga disertación no dijeron nada, se mantuvieron mudos, atónitos, impresionados y devastados por el jarro de agua fría recibido. El joven tenía el rostro descompuesto, la mujer parecía más serena, aunque impactada, y el hombre grande mulato estaba exhausto de tanto hablar y hablar en dos lenguas.

El intervalo vacío fue cortado por las palabras de la vieja, quien se enzarzó en una larga charla con el traductor con intervenciones esporádicas del joven, mientras que yo, quieta, esperaba llegara mi turno. Parecían exaltados, incluso como si discutieran, el chico fue adentrándose cada vez más en el tema, hasta que, al parecer, llegaron a un acuerdo y el hombre de piel más clara me lo explicó.

—Jarimba me ha preguntado tu nombre. —No era lo que esperaba, pero se lo revelé.

—Clara, mi nombre es Clara. —Tenía razón la curandera, no lo había mencionado en mi relato. Expliqué por qué el bebé negro se llamaba Nicolás, descubrí el nombre que tendría mi futura hija, Lola, pero el mío, por alguna razón, lo obvié.

—Bien, Clara —continuó Olaf— tenemos algo que acordar contigo. Parte de la tribu no quiere que estés aquí, dicen que puedes traer problemas, aunque aún no lo saben, nosotros no les hemos informado de las palabras que dijiste en sueños. —¿Qué había dicho yo en sueños? No quise preguntar, lo intuí—. Si lo hubiéramos hecho, te habrían dejado de nuevo tirada en el desierto a tu suerte. Las madres tendrían miedo de que vinieran esos hombres a por sus hijos, las embarazadas que localizaran este pueblo como criadero de sus futuras rehenes, y los hombres temerían no ser capaces de defender a sus familias, ya que sabemos que las lanzas no vencen a sus balas.

El principio de su enunciado me mosqueó, el matiz de preocupación de las tres caras que me miraban no evidenciaban un final feliz; sin embargo, les comprendí, esa misma máscara de incertidumbre se debió de instalar encima de mi semblante. Proseguí escuchando las palabras de Olaf, abrazando por inercia a Nicolás contra mi pecho, como queriéndole proteger de ellas.

—Hace cinco días hicimos una reunión para debatir tu destino. En ella se decidió dejarte aquí hasta que despertaras

—Entonces no hay problema —me emocioné— podemos decir que aún no he despertado, me puedo quedar aquí hasta que nazca mi hija y me recupere del parto. Si han pasado siete días desde que llegué, tengo que estar a punto de parir, ya no me quedará nada, y en cuanto esté bien prometo irme, me podréis decir dónde está la ciudad más cercana, darme provisiones. Yo me iré cuando esté bien y todo solucionado. Solo tendréis que seguir con el secreto unos días más. —Intenté a la desesperada convencerlos.

Volvieron a hablar entre ellos.

—Jarimba considera que eso sería peligroso.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Si ocultamos la verdad, cualquier día pueden aparecer por aquí los hombres negros de los que hablas, y si el pueblo no está precavido podrán decirles que te encuentras en esta choza: vendrán, te llevarán y si nosotros nos oponemos, habrá heridos y muertos. Por lo que nos has revelado, son hombres sin principios ni compasión, serán capaces de asesinar a toda la tribu, de llevarse a los bebés, a las mujeres... No podemos arriesgarnos.

—*Cuando cogimos a la mujer, vimos luces de coches brillando en el desierto, nos escondimos y no nos vieron.*

—Otamba dice que cuando te rescataron vieron luces de coches, se escondieron, pero están cerca, Clara, si siguen buscando, no tardarán en aparecer.

—*Los hombres negros habrán seguido el cuerpo de la mujer negra, no tardarán en encontrar las huellas de Clara, hallarán nuestras huellas, y llegarán aquí.*

—Jarimba dice que si dejaste el cuerpo de Jhuanmi en unas rocas, lo verán y será cuestión de tiempo que den con nuestro poblado. Si van dando vueltas alrededor del punto en el que saben que estuviste, nos encontrarán. Pudiste dejar huellas, incluso nuestros hombres dejarían señales, lo raro es que no

hayan llegado ya.

No supe qué decir, qué aportar, cómo convencerles para que me cuidaran, me protegieran, me salvaran, omitieran la verdad, mintieran a su pueblo, a sus hermanos, a sus padres... Estaban en lo cierto, para qué dudarlos: si no decíamos nada, había una pequeña posibilidad de que mis perseguidores no encontraran el poblado y todo fuera perfecto. Sin embargo, si llegaban a él, que siendo racionales era lo más probable, cualquiera destaparía mi presencia y podría ocurrir una desgracia. No soportaría más muerte y dolor por mi culpa, por mi defensa. Habría que destapar mi pasado.

—Tendremos que decírselo a todo el pueblo, que la gente esté avisada. Yo me quedaría aquí, en la tienda de Jarimba, si ella me deja —aporté—, escondida, prometo no salir ni un solo momento, y si vienen ellos, con decir que no sabéis nada de mí, valdrá.

—Espera, lo hablaré.

De nuevo, una colección de palabras inservibles para mis oídos. Me resultaba curioso que el joven, que apenas llegaría a la adolescencia, pusiera tanto de su parte, se le veía totalmente implicado y algo me decía que estaba a mi favor.

—Jarimba permite que te quedes en su choza, tú y tus dos bebés. Ella os cuidará. Otamba quiere ayudar, hará todo lo que le mande Jarimba. Él es hijo del jefe y nos ha explicado que después de hablar de ti a su madre y hermanas, seguro que estarán a tu favor. Es posible que el jefe también acepte que te quedes, pero eso no es seguro. —El hombre hizo una parada eterna, no sabía muy bien si yo tenía que hacer algo o callar, decidí intervenir.

—Se lo agradezco muchísimo a los dos..., ¿y tú? —No pude evitar preguntar—. ¿Tú estás de mi parte?

—Es un tema complicado, por mí, sí, pero está Gimba.

—¿Quién es Gimba?

—Podríamos llamarla mi prometida. Ella no quiere que estés aquí, su familia tiene una situación muy fuerte en la tribu, muchos lazos de parentesco: se enfadará si te apoyo.

—Entonces, deberás tomar una decisión por ti mismo, yo aceptaré la que sea, de verdad, lo entenderé. Tienes una postura complicada, en el fondo, yo soy una total desconocida y ella es tu prometida. —A lo mejor debí presionar más a Olaf, si bien, la mirada desesperada que emitían sus grandes ojos negros

me llevó a tomar el camino de la comprensión, quizá hice mal, o no.

—Ahora Jarimba y yo iremos a notificar al jefe tus palabras, se formará una reunión después. En ella hablaremos sobre el tema, ¿quieres participar?

—Por supuesto, yo quiero explicarme ante vuestra tribu.

—Jarimba dice que eso será bueno, la gente te verá embarazada, además, deberías llevar al bebé negro, darle allí de mamar. Dice que eso ablandará el corazón de las mujeres.

—Dile a Jarimba que es una mujer sabia, que muchas gracias.

Los dos se fueron como acababan de anunciar y el joven llamado Otamba, según había entendido, permaneció a mi lado, mirándome. Primero, estuvimos así, sin hablarnos, mas pronto terminamos por comunicarnos con gestos.

No tardaron en regresar, esta vez con el jefe, una vez le hubieron desvelado mi secreto con pelos y señales. El padre de Otamba me defraudó, y no por nada que dijera, sino por su físico. Esperaba ver entrar a un hombre tipo Olaf y apareció un insignificante y flacucho personaje, envejecido y pellejudo, con menos grasa en el cuerpo que una lechuga: me quedé tan impactada que me dieron ganas de reír, aunque mi cordura consiguió suplantar el gesto de burla por uno de respeto.

—Yo soy el jefe de la tribu. Olaf me ha contado tu historia. Tú eres un peligro para mi tribu.

—Sí, lo sé —intervine después de la traducción de Olaf— y lo siento mucho, pero a la vez les doy las gracias, si no hubiera sido por su hijo, estaría muerta. Nicolás —dije señalando al bebé negro que mamaba de mi pecho— estaría muerto, y mi futura hija Lola —me toqué la tripa— también estaría muerta. Habéis salvado tres vidas, espero que ahora no queráis matarlas. —Fui dura, no obstante, había que echar todas las cartas sobre la mesa. Él tardó en contestar, después de que Olaf le tradujera mi respuesta.

—Yo soy un jefe humano, respeto a la naturaleza, respeto la vida. Quiero que vivas, que tus bebés vivan, pero la tribu tendrá miedo de los hombres malos y será difícil convencerles.

—Y lo entiendo, lo entiendo perfectamente. Sé que como jefe tienes que proteger a tu pueblo, pero como hombre bueno que cumple las leyes de la naturaleza, también podrías salvar a dos recién nacidos, a dos criaturas que la naturaleza ha decidido dar vida. —Hice un receso para el traductor. Mientras, decidí que aquellos hombres consideraban a la naturaleza como a un Dios, por

ello, utilicé sus creencias: era mi vida y la de mis hijos—. Yo prometo esconderme en la choza de Jarimba, no salir, nunca saldré. Si los hombres malos vinieran, tu pueblo podría estar avisado, decirles que no revelen mi paradero y ellos se irán. Yo, en cuanto tenga a mi hija y me recupere del parto, me iré, lo prometo, solo pediré provisiones y una dirección para tomar. —De nuevo, la respuesta tardó un siglo en aparecer. No solo por el tiempo de la traducción, sino por los propios razonamientos del cabecilla.

—*Si vienen esos hombres, querrán registrar todas las chozas.*

—Haremos un escondite aquí. —Yo era muy rápida contestando, él tuvo que denotarlo—. Aquí mismo, el suelo es de tierra, podemos hacer un hueco donde yo quepa. Ahí mismo —señalé— debajo de la lumbre, nunca mirarán ahí. Jarimba puede decir que quema o que hay algo peligroso cociéndose, algún producto para una de sus pomadas. Podríamos acordar una forma de avisarme, yo sería rápida, aunque sea no dormiré, estaré siempre atenta.

—*Eres una mujer lista.* —No pudo evitar confesar el líder, le debía de tener anonadado—. *Pero el bebé negro podría llorar y avisar a los hombres negros.*

—El bebé negro se puede quedar con Jarimba, o ella llevárselo a otra cabaña, con otra madre. Él es como vosotros, nunca notarán la diferencia. Es imposible que lo relacionen conmigo porque como él habrá otros por aquí. Seguro que los hombres no encontrarán el poblado, pero aunque vengan, si no ven indicios no os molestarán. —Esperé para que el hombre mulato transcribiera mi mensaje—. Son asesinos, sí, pero no querrán levantar sospechas de sus actos. Si os hacen daño, la noticia puede llegar a las ciudades y vendrían policías a investigar. Ellos no querrán eso, sus mazmorras están por esta zona; un registro sería la perdición para su negocio. Estoy segura de que se andarán con cuidado para no revelar nada. Incluso lo mismo ni os preguntan.

El jefe se mantuvo callado tanto tiempo que pensé que se iría sin añadir nada más. El resto no nos atrevimos a opinar. Yo había dicho demasiado, y los demás no tenían nada que aportar ante mi tremenda defensa en el juicio improvisado.

—*Hoy convocaré una reunión, tú hablarás y dirás todo lo que me acabas de decir. Jarimba, ¿tú qué opinas?*

—*Yo estoy con ella, dejaré mi choza para su familia, la cuidaré y ocultaré, es lo que me manda la madre naturaleza.*

—*¿Olaf?*

Olaf se mantuvo en silencio, pensando, yo sabía que era un momento delicado, por alguna razón, intuía que la balanza dependía de aquel sujeto de color marrón claro, de aquel personaje diferente, distinto, cuya procedencia me intrigaba apasionadamente, cuyos ojos me parecían demasiado interesantes. Olaf tenía la pelota en su campo, nadie sabía qué diría..., ni Jarimba..., ni Otamba..., ni el jefe..., ni yo... Creo que ni él mismo sabía lo que diría.

—*Olaf* —repitió su nombre el jefe—. *Tú vendrás a la reunión, te tienes que decidir, tendrás que opinar. ¿Qué dirás?*

—*Yo haré el agujero aquí para que Clara se esconda.*

No fue necesario que dijera nada más, con aquella frase Olaf se instalaba en mi parte del cuadrilátero. Mi rostro brilló, no pude evitarlo, aunque no solo el mío, aprecié una inmensa alegría en Jarimba y Otamba, e, incluso, me dio la impresión de percibir una mueca de sonrisa en el jefe.

CAPÍTULO X: UNA TRIBU DE BOSQUIMANOS EN ÁFRICA

—¿Tú crees que dejarán quedarse a la mujer?

—*No lo sé, Gambea, es difícil de saber* —respondió Otamba. Para él era un honor que Gambea se hubiera sentado a su lado. Sería la admiración de todos sus amigos. Ella era la joven más guapa, de eso no tenía ninguna duda, pero además le gustaba su forma de moverse, andar, hablar: le eclipsaba. Al colocarse en el lugar desterrado, donde correspondía esperar a aquellos no invitados al cónclave, nunca imaginó que tendría como compañera a aquella que algún día le gustaría que fuera su mujer.

—*Pero ella está enferma, tiene un bebé negro lactante y otro bebé en la tripa.*

—*Sí, así es.*

—*¡No pueden echarla! Se tiene que quedar.*

—*Yo también quiero que se quede, pero eso se decide allí.*

—*¿Qué sabes de la mujer? ¿Por qué tiene un bebé negro?*

—*Yo no te lo puedo decir, lo siento.*

—*¿Por qué?*

—*Se lo prometí a mi padre, al jefe.* —Así había sido, en la tienda una vez concretado que la reunión se fijaría para esa misma noche, su progenitor había mandado jurar a los allí presentes, incluida la mujer blanca, que nada desvelarían hasta la noche.

—*Por favor, dímelo.* —Sus ojos negros como la noche estuvieron a punto de convencerle; sin embargo, él era un hombre íntegro, nunca rompería un juramento.

—*Soy un hombre de palabra, Gambea, no la puedo romper.*

—*Tienes razón, perdóname, tengo tantas ganas de saber sobre la mujer*

blanca y sus bebés que te he presionado, lo siento.

—Después de la reunión, lo sabremos. Todos lo sabrán. Mañana te lo contaré todo, si mi padre me deja, serás la primera. —A la chica le brillaron los ojos y a él se le removieron las entrañas.

Se hizo un silencio entre ambos, le hubiera encantado confesarle toda la información que alocada danzaba en su cerebro, pero en el fondo solo tenía que esperar al día siguiente, después, él, Otamba, sería el centro de atención: todos querían hablar con él, saber de la mujer blanca, y entre esa muchedumbre estaría Gambea, y ella sería la primera.

Desde su posición alejada, Otamba era incapaz de escuchar lo que se hablaba en la reunión, ni siquiera conseguiría leer los labios, por eso estaban a esa distancia. Lo que sí pudo apreciar, y en ello se fijó, fue en la colocación de los congregados. Clara estaba sentada en el suelo, sobre una esterilla al igual que el resto, no obstante, entre varios hombres habían llevado una tocona grande de árbol que hacía las funciones de respaldo, acomodándola Jarimba con cariño, colocando unas pieles a modo de cojines en su espalda. Portaba al niño negro en sus brazos, incluso, en un momento determinado antes de empezar a hablar, levantó su vestido, sin apuros, mostrando la enorme y blanca tripa, para colocar encima de ella, usándola como apoyo, al bebé que se acopló con gusto a uno de sus pezones. «Buena escena», pensó Otamba, que las madres la vieran embarazada, enferma, atendida por la curandera y, a pesar de todo, portando un bebé negro, como el que ellas tenían o habían poseído, y le diera de mamar con el total agradecimiento del recién nacido, sería una imagen difícil de superar.

El dirigente del clan, en pie, gesticuló y señaló a la mujer blanca. Ella no pudo levantarse, el procedimiento habitual para intervenir era mantenerse erguido y enunciar el alegato al resto del grupo, el cual se quedaría sentado. En el caso de Clara, fue Olaf quien izó su cuerpo, su espectacular envergadura que después de tantos años aún impresionaba al resto de hombrecillos del poblado. Los labios de la extranjera se movían y paraban cuando los de Olaf intervenían, turnándose durante un tiempo que se le hizo eterno a Otamba. Sabía lo que llevaban todas y cada una de aquellas frases, no el contenido íntegro, si bien, intuía que sería aproximado a lo que en la tienda de Jarimba él había escuchado. Desconocía lo que aquellas verdades despertarían en el alma de sus vecinos, pero rogó a la madre naturaleza para que sus conciudadanos pensaran más en los bebés de Clara que en los suyos. Anheló que fueran

compasivos y solidarios, y no egoístas e interesados.

Después de la interminable intervención de la condenada (podríamos llamarla así, teniendo en cuenta que aquello se asemejaba a un juicio), los distintos abogados defensores y acusadores se fueron sucediendo. Jarimba, la madre de Otamba, el jefe, la madre de Gambea y otras tantas familias le dieron a entender, desde la lejanía, que estaban a favor: sus ademanes, la posición del cuerpo y las relaciones positivas entre ellos, dentro del grupo, unido a sus propias suposiciones, le llevó a oír sin poder usar los oídos. Gimba, la prometida de Olaf, fue la que tomó la palabra, posteriormente, durante un tiempo infinito, con aspavientos de sus brazos, movimientos nerviosos de su cabeza y negación en su rostro. Otamba sabía que en la anterior asamblea ella no había asistido, lo había hecho su madre; sin embargo, estaba claro que para esta segunda junta, Gimba quería aportar sus palabras y lo estaba haciendo con tesón y energía, aquello no era bueno, nada bueno. Esa mujer estaba empeñada en echar como fuera a Clara, y los fuertes lazos de parentesco de que disponía eran un peligro. Olaf escuchaba cabizbajo, al lado de Clara; el joven intuyó que aquello traería problemas al hombretón decolorado (como algunos le llamaban) y en los últimos días se había acercado a aquel personaje, al que la tribu en general tenía un cierto resquemor por ser diferente, por su procedencia y la impactante historia de su llegada al mundo.

Estaba convencido de que, en otra situación, Olaf no hubiera sido invitado al congreso, su familia no tenía suficiente peso para estar en él; sin embargo, el dirigente de la tribu había determinado que tuviera presencia y voto, puesto que era una pieza esencial para la comunicación con la mujer blanca.

A veces, Otamba no entendía bien el interés que Gimba pudiera tener sobre Olaf, a razón de que su linaje tenía la reputación por los suelos: intuía que era por la apariencia del hombre. Un hijo suyo sería grande y fuerte como él, y quizá aquella ambiciosa mujer pensaba que podría llegar alto, muy alto... La suposición que aparecía así, de repente, le dio pie a temer por su puesto de jefe, quedaban muchos años para eso y además él sería mucho mayor que ese posible hijo, pero luchar con un joven del tamaño de Olaf no sería nada fácil.

Después de los extensos argumentos de Gimba, intervinieron otros a los que Otamba incluyó dentro del saco de los detractores, y, con sus dedos, como le había enseñado su padre, contó uno y otro bando. Le resultó curioso el resultado, volvió a mirar con detenimiento el grupo reunido, retomó la

distinción entre los partidos enfrentados, reinició sus cuentas, y, de nuevo, el mismo resultado: ¡Iguales! Estuvo a punto de gritar, pero gracias que no lo hizo. Están iguales, igualados, pensó. Y ahora, ¿qué van a hacer? ¿Quién desempatará? Si es mi padre, todo está ganado, aunque si lo eligen al azar como suele pasar, ocurrirá cualquier cosa, siguió razonando. Se temía que fuera la suerte quien mandara, porque el jefe solía preferirlo así para evitar la responsabilidad y mantener la democracia, mas se equivocó... Y no fue porque no usaran el destino... Erró por otra razón... Había olvidado algo..., o, mejor dicho, a alguien... Alguien no había votado..., alguien muy importante... Una persona que podría votar cualquier cosa..., que tenía razones para decir «sí»..., y para decir «no»... ¿Qué diría?

Cuando finalizó la reunión, fui acompañada hasta la choza de la curandera, gracias a los apoyos de Otamba y Olaf, entre los dos consiguieron ubicar mi cuerpo en el camastro de la vieja. Jarimba pidió retirarse a dormir, la mujer estaba molida. «Pobre», razoné, había tenido un día agotador. Primero, la incertidumbre por mi posible despertar la había hecho trasnochar y, posteriormente, madrugar; después, la inminente reunión propició que su cuerpo vagara de choza en choza, de hogar en hogar, buscando, razonando y convenciendo a los posibles protectores de mi causa; y, por último, el congreso de la noche, la acalorada discusión, su implicación máxima, su propio discurso... La fatiga ganó la batalla a su reseco cuerpo, y al poco de tumbarse en la cama supletoria, como ella la llamaba, aunque por mi parte solo veía una esterilla y unas cuantas pieles, entró en un sueño profundo y reparador.

Me había quejado hasta cansarme para que Jarimba durmiera en su propia cama, que era la que yo ocupaba, pero fue imposible convencerla: sus motivos eran inamovibles por su propia ley. Según su discurso, la curandera tenía la obligación y deber de ceder su hogar y, por tanto, las mejores comodidades para el enfermo, y ella debía permanecer a su lado mientras que fuera necesario para sanarlo. Pronto comprobé, gracias a la intervención de Olaf, que la anciana, además de a saber cuántos años portaba sobre su cuerpo, disponía de una mollera muy dura y unos ideales absolutamente arraigados: por ello, desistí, era su deseo, su ley, y yo, como buena invitada, acepté.

Otamba tuvo que irse pronto, no sin antes despedirse de mí y cruzar unas

palabras gracias a nuestro intermediario. Sin saber apenas de él, había cogido un cariño especial por aquel joven que me trataba a mí y, sobre todo, a mi gordito bebé negro con cariño, sintiendo por él un apego digno de una madre. Me resultaba curioso que cuando estábamos a solas, mostraba un comportamiento mucho más cercano; sin embargo, en presencia de otras personas, resultaba distante y desprendido. Sin saberlo, intuí el porqué de su comportamiento. Ante Olaf, actuaba en un término medio, seguro que sin su presencia me habría despedido más amorosamente, si bien, ante él disminuyó las muestras de afecto.

Al parecer, Otamba ya no dormiría junto a mí en la tienda de Jarimba: su padre le había ordenado regresar a su propio hogar, a razón de que mi mejoría permitiría a la vieja hacerse con mi enfermedad, con solo sus manos, sin necesidad de la ayuda del chico. La explicación estaba cargada de pesar, no pudo o no quiso disimularlo, y yo le avisé de que podría venir cuando quisiera o le dejaran (desconocía las normas que tendría) y siempre estaría dispuesta a prestarle al bebé negro, hablar con él con signos, como solíamos hacer, o a través de Olaf, si este se encontraba presente. Otamba partió más animado, después de escuchar mis palabras, con esa energía que desprendía su cuerpo en pleno crecimiento.

Cuando estuve instalada en mi cama, Nicolás en su cuna y Jarimba roncando, entendí que Olaf partiría y debía agradecerle su incondicional apoyo: había sido decisivo para mi futuro.

—Muchas gracias, Olaf, nunca podré agradecerte lo suficiente lo que has hecho. Sin tu voto de desempate, yo no estaría aquí.

—He hecho lo que debía. —Solo dijo. Se le veía apagado, hundido, triste, preocupado: podía imaginar el porqué.

—¿Tendrás problemas con Gimba?

—Supongo que sí. He intentado hablar con ella al finalizar la reunión, pero se ha ido muy malhumorada, además ha dicho que no quería volver a verme.

—Lo siento muchísimo, de verdad. No sabes cuánto.

—No pasa nada, yo he actuado como creía correcto. Es ella quien se está equivocando. Tiene mala cabeza, malos pensamientos y eso no me gusta. — Ahora había cambiado su gesto de apatía por uno de enfado. La verdad, prefería esa reacción, yo tampoco entendía el comportamiento de su prometida. No sabía qué mal podría hacerla yo... Aunque más adelante, lo

comprendí.

El silencio entre nosotros fue largo, tenía unas ganas infinitas de preguntarle por su historia, por su vida, por su aspecto diferente. Intuía, presentía y casi adivinaba que algo oculto debía de haber detrás de aquel hombretón. Me armé de valor.

—¿Olaf?

—¿Sí?

—No sé cómo preguntarte esto... Supongo que a lo mejor rompo alguna ley o norma, pero... ¿Por qué eres así..., diferente..., más claro? —Fui todo lo discreta que pude. Él se mantuvo callado, incluso imaginé que se levantaría y se iría por la puerta ofendido, aunque no se movía, miraba al suelo y yo, esperé: solo se escuchaban los ronquidos de Jarimba y el viento frío de la calle. Este entraba por la escasa protección de las paredes, lo que me animó a moverme, hubiera preferido que Olaf hablara antes, pero me estaba quedando helada y lo primero era la seguridad de mi Lola. Justo cuando alargué mi mano para coger una piel que descansaba cerca y colocarla sobre mis hombros, él reaccionó.

—Aquí en el poblado no hablamos de mi pasado... —Parecía que me iba a quedar sin la confesión—. Pero tú no eres de este poblado. —La cosa mejoraba—. El tema de cómo llegué, bueno, o mejor dicho, regresé a la tribu, es algo prohibido. El jefe decidió que nadie debía comentarlo ni los niños saberlo: si se pregunta, se dice que yo nací así aquí y poco más.

El argumento no me llevaba a ninguna parte; sin embargo, Olaf volvió a tomar el silencio como receso; por mi parte, me había quedado aún más intrigada.

—Mi padre era inglés de nacimiento y nacionalidad. De Londres más concretamente, de una familia respetable y acomodada económica y socialmente. Cursó estudios universitarios en Cambridge, como sus padres y hermanos. Una vez finalizada su formación, consiguió una plaza de profesor en un instituto de renombre en Windhoek. A sus padres, mis abuelos, la experiencia de unos años fuera de Inglaterra en un país de África, cuando él era demasiado joven para asentar la cabeza, les resultó curiosa y aventurera: se lo permitieron. Llegó a la capital de Namibia, se instaló y comenzó sus excursiones por todo el país. Al poco de aterrizar y acomodarse, se hizo con una moto, su pasión, y con ella se decidió a recorrer todos los parajes que las licencias por vacaciones escolares de su trabajo de profesor le permitían. En

una de esas travesías, dio con este poblado. Fue algo parecido a lo tuyo. En una duna, la moto patinó y le tiró al suelo, precipitándose durante metros hacia abajo, terminándose por dañar la pierna derecha. Le era imposible apoyarla y, a falta de comunicación con el exterior, la radio vía satélite, que llevaba en la moto acoplada, quedó dañada e inservible, tuvo que caminar arrastrándose hasta que divisó nuestra aldea y acabó desfallecido a sus puertas. Allí le encontraron, le trajeron aquí, a este mismo lugar donde estás tú ahora, y esa vieja le estuvo curando durante semanas.

—Por eso estás de mi parte. —No pude evitar cortar su discurso.

—Supongo que algo tiene que ver.

—Te recuerdo a tu padre.

—Si a él le hubieran echado o no le hubieran acogido, yo no estaría aquí. Supongo que hubiera perecido en el desierto y no puedo soportar la idea de que a ti te expulsen y pudieses morir de sed o hambre con tu hija aún no nacida dentro de ti.

Olaf era un buen hombre, solo hacía falta observar su mirada, su gesto, la postura de su cuerpo, si bien, las palabras que estaba emitiendo, sacando de sus entrañas, lo terminaban de reafirmar.

—¿Y qué ocurrió? ¿Conoció a tu madre?

—Sí, ellos se conocieron y terminaron enamorándose.

—¡Qué bonito, Olaf! Es una historia muy romántica.

—Supongo que sí. Además, como la familia de mi madre se opuso al matrimonio, él estaba dispuesto a quedarse en la tribu, si era necesario, pero no le aceptaron: mi madre era muy joven y tuvieron que escaparse. Mi padre, una vez curado, regresó buscando su moto, la arregló, no me digas cómo, teniendo en cuenta los pocos medios que encontraría por aquí, y una noche se fueron los dos para nunca volver.

—Pero volvisteis.

—Las cosas..., bueno..., eso te lo explicaré más adelante. —Era una bocazas, debía dejarle contar la historia a su manera, pero mi personalidad era complicada de dominar—. Se fueron a Windhoek, él consiguió retomar su plaza de profesor, excusó su ausencia por la enfermedad y la mala suerte, y gracias a su prestigioso currículum fue readmitido. Compró una casa en la capital, donde instaló a mi madre y pasaron allí unos años maravillosos de sus vidas. Eso dice siempre ella, incluso se le iluminaban los ojos cuando me lo

contaba.

—Ya no habla de ello. —Otra vez interrumpiendo.

—No, ahora aquellos días se han borrado de su memoria, al menos para el mundo que nos rodea, aunque yo creo que ella sigue recordándolos.

—¿Cuándo naciste tú?

—Más o menos a los tres años y medio de iniciar su vida en Windhoek, llegué yo y fui siempre un niño feliz, muy querido por mis padres. Me adoraban, cuidaban y mimaban. Les hubiera gustado tener más, pero mi madre, al poco de traerme al mundo, tuvo una enfermedad, no puedo contarte mucho de ella, porque no quiso darme explicaciones. Estuvo hospitalizada y sé que algo le quitaron, algo esencial para poder engendrar más hijos.

—Puede ser que tuviera algún problema en el útero y se lo tuvieran que extirpar.

—No lo sé, las bosquimanas son muy recelosas para esos temas. Ella es distinta por los años que vivió fuera del poblado, aunque siempre queda un poso fuerte a causa de la educación recibida durante su niñez.

—¿Y luego?

—Luego todo fue perfecto, viajábamos los tres juntos por todo el país, a mi padre le encantaba la aventura, conocimos los lugares más recónditos de Namibia, todos menos esta zona: mi padre no quería que mi madre sufriera con los recuerdos. También viajamos a Sudáfrica y Bostwana. Incluso estuvimos en Italia, en un tour que nos llevó por Roma, Pisa, Florencia, Venecia... También en París, Moscú, Buenos Aires y Pekín. Mi padre era un empedernido viajero y nos contagió su pasión.

—En sitios muy dispares, pero nunca en Londres.

—No, allí no nos llevó nunca. No sé por qué, tampoco le pregunté, sus motivos tendría.

—¿Y no sabíais nada de su familia?

—Al principio no, más adelante sí.

—Vuelvo a adelantarme a la historia, perdona, soy un poco impaciente.

—Es normal. Todo cambió un fatídico día. —Su rostro se ensombreció, apareció una mueca de dolor y sufrimiento tan fuerte que intuí el resto del relato—. Una tarde nos llamaron por teléfono, mi madre lloró al auricular y se desmayó, cayó al suelo redonda. Cogí el aparato tembloroso y recibí igual que

le habían dicho a ella que mi padre había tenido un accidente y había muerto.

—¡Dios! ¡Cuánto lo siento! Tuvo que ser horrible.

—Sí, fue duro, tuvimos que ir a reconocer el cadáver. Yo acompañé a mi madre.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce, catorce años, pero siempre he sido un chico muy responsable, mayor para mi edad.

—Tuvo que ser un *shock* impresionante para un chaval.

—Lo llevamos como pudimos. Mi madre lloró mucho, yo también, pero lo enterramos y honramos. Pasamos semanas, primero apesadumbrados por su marcha, y al poco preocupados por nuestro destino.

—¿Vuestro destino?

—Una mañana recibimos la visita de un abogado, representaba a mis abuelos paternos, a ellos también les había llegado la noticia gracias al instituto donde trabajaba mi padre, y se habían puesto en marcha para hacerse con las pertenencias de su hijo. Desconocían nuestra existencia, y cuando lo descubrieron, prefirieron obviarnos, olvidarnos, dieron orden expresa de que nos expulsaran de nuestra casa, que la vendieran, y que borrarán todas las señales de nuestra existencia.

—¡Qué horror! ¡Qué malas personas!

—Nosotros nos negamos a salir, pero al poco vino el mismo abogado con la policía y a la fuerza nos sacaron a rastras y nos tiraron a la calle. Cambiaron todas las cerraduras de la que había sido nuestra casa y nos dejaron con lo puesto.

—¿Ni siquiera os dejaron sacar vuestras pertenencias?

—Nada, dijeron que no eran nuestras, que eran de mi padre.

—Pero tú eras su hijo, lo podrías haber demostrado con una prueba de paternidad, podríais haber ido a juicio, luchar por lo que os correspondía.

—Supongo que sí, visto desde ahora, tienes razón, pero mi madre era una pequeña bosquimana; y yo, un joven muy asustado.

—Estás en lo cierto, puedo imaginarlo —lamenté mis quejas anteriores, había que estar en su situación.

—Supongo que mi padre nunca imaginó ese triste final, debería haber dejado testamento, haber formalizado su relación con mi madre, para que así,

ante un desenlace tan horrible como el que vivimos, al menos, hubiéramos estado protegidos económicamente; sin embargo, no lo pensó, creo que nunca lo imaginó.

—Las cosas se ven más lógicas cuando suceden, antes uno las considera imposibles.

—El abogado le dio a mi madre unos billetes y le aconsejó que regresara a su hogar, con sus padres. Y eso hicimos. Yo no me quejé: lo acepté, como mi madre afirma hago siempre. Ella dice que yo soy un buen hijo, desde que nació, que heredé su temperamento. Ella también es una mujer muy sosegada. Tengo el cuerpo de mi padre y la cabeza de mi madre. De bebé no daba nada de guerra, ni un ruido, tan solo comía y dormía. De niño, siempre feliz, contento y sin lloros o rabietas, aceptando lo que me dieran, fuese mucho o poco. En el colegio, apocado, callado y obediente, con amigos, pero sin peleas, riñas o discusiones. Aquella tarde en que mi madre me avisó de que nos iríamos a vivir a su tribu, al poblado de bosquimanos de donde había salido hacía más de diecisiete años, me comporté como mi personalidad me ordenaba, complaciente y comprensivo, no puse oposición ni ninguna objeción, incluso cuando eran miles las que se agolpaban en mi cabeza, y hasta aquí llegamos después de un largo viaje.

—El regreso tuvo que ser tremendo para ti. Tu madre, en el fondo, había vivido con esta cultura desde niña, pero tú estabas criado en una ciudad, con los medios, recursos y servicios de una gran urbe. No puedo ni imaginar lo que pasaste para adaptarte.

—Supongo que mi forma de ser me ayudó: si hubiera tenido otra personalidad, probablemente me habría escapado, porque reconozco que los inicios fueron horribles. —Aquel hombre me estaba abriendo su corazón, quizá no le hubiera expresado a nadie sus sentimientos íntimos, me sentí a la vez una privilegiada, no obstante, también entendí la responsabilidad que eso acarreaba—. Cuando llegamos, no querían aceptarnos, mi abuelo le dio a mi madre una paliza que le duró varios días.

—¿La pegó?

—Sí. Aquí, ante faltas muy graves de hijos o esposas, está permitida la violencia. Sí, la pegó por todo el disgusto que había provocado a la familia y la deshonra que conllevaba su libertina vida. Se realizó una asamblea como la de esta noche y en ella se determinó que podríamos quedarnos, pero que nuestra familia sería relegada al más bajo escalón social. Por eso me ha

extrañado que hoy me invitaran a la reunión, nosotros no solemos participar.

—Supongo que fue porque yo te necesitaba como traductor.

—Sí, aunque después me han dado voz y voto.

—Menos mal, porque si no yo no estaría aquí. —Por primera vez en toda la conversación, denoté algo de alegría en el rostro.

—Pues me alegro de haber votado “sí”, porque ha sido maravilloso contarte mi historia, decírsela a alguien, sacarla de mi interior: creo que me estaba carcomiendo por dentro.

—Puedes contarme lo que quieras y más si te produce alivio.

—Adaptarme a este sitio resultó complicado, el resto de chicos se reían de mí, por mi aspecto, por mi forma de hablar con acento. Mi madre me había enseñado su idioma, pero no tenía una pronunciación perfecta. En casa hablábamos en inglés los tres. Con mi madre intentaba practicar el bosquimano, aunque no me gustaba, me parecía una lengua pobre e inservible. Ella se empeñó en enseñármelo. Gracias a la simpleza de su lengua, conseguí entenderme al llegar y, con el paso del tiempo, terminar por dominarlo. Con mi padre, además, hablaba en alemán.

—¿Hablas también alemán? Eres una caja de sorpresas.

—Sí, mi abuelo paterno nació y vivió hasta su juventud en Alemania, después, se fue a Londres por trabajo y allí conoció a mi abuela. Por eso yo me llamo Olaf, él debía de llamarse así: es un nombre alemán.

—No lo sabía. Es una pena que no los conocieras, seguro que habrían terminado por aceptarte.

—Mi padre nos hablaba poco de ellos, creo que no aceptaban la vida de su hijo con una bosquimana, eran muy conservadores.

—Bueno, pero al final te has adaptado muy bien al poblado, incluso vas a casarte.

—Estuve casado. —Eso no lo esperaba, no pude interrumpir—. Cuando cumplí los dieciocho años, una chica llevaba tiempo hablando y pasando largas horas conmigo. Era la que mejor me aceptó desde que llegué, bueno, diría que fue mi única amiga. Sus padres no querían que viniera conmigo, pero no les hizo mucho caso. Era muy joven, bastante más que yo.

—Si tú tenías dieciocho, ella sería una cría. ¿Qué edad tenía?

—Los bosquimanos no cuentan su edad, no piensan en ello.

—¡No saben sus años!

—No, yo sí, porque cuando vine ya tenía la costumbre y lo único que hice fue mantenerla.

—Ahora, ¿cuántos tienes?

—Veinticuatro.

—Eres muy joven, yo cumplí los treinta y cuatro cuando estaba perdida en el desierto, ni me enteré, no sé que día es hoy.

—Yo te lo puedo decir.

—¿Sí? ¡Sería maravilloso! Desde que llegamos ha sido lo peor, no saber en qué fecha estoy.

—Cuando vinimos, me hice un calendario que intento seguir para no perderme. Aquí tampoco saben en qué día viven y yo necesitaba conocerlo, supongo que me ocurrió igual que a ti.

—¿Y qué día es hoy?

—Creo que cuatro de mayo, pero no puedo asegurártelo, porque puedo haberme equivocado.

—Ese dato es muy importante, puedo calcular muchas cosas: el tiempo que llevo desaparecida para mis familiares, los días que le quedan a Lola para salir, incluso la edad aproximada de Nicolás.

—Pues me alegro de que al fin haya servido para algo mi insistencia. No se lo he revelado a nadie; me tacharían de tonto y loco. Solo lo sabe mi madre y ella me lo permite, en el fondo, creo que también le gusta.

—¿Olaf? —Quería cambiar de tema, si bien, no sabía cómo, había quedado algo en el tintero—. ¿Qué pasó con esa chica, con la que te casaste? —Su rostro volvió a ensombrecerse, pensé que no me lo contaría, mas siguió hablando.

—Vivimos dos años felices: yo construí una cabaña para ella y los posibles hijos que tendríamos, y mi madre permaneció en la de sus padres con su hermana, pero después mi mujer quedó embarazada y en el parto las perdí a los dos. El niño era demasiado grande; y ella, muy pequeña. Yo era excesivamente corpulento para ella.

—Lo siento tanto, habrás sufrido mucho.

—Sí, pero el paso del tiempo se fue llevando poco a poco el dolor: como dice Jarimba, la luna avanza y barre el sufrimiento.

—Que sabia es esta mujer —dije, señalándola.

—Mucho, y, además, honrada, cariñosa y buena persona. A mí me ha ayudado tanto que haría cualquier cosa por ella.

—Supongo que eso habrá influido para que estés de mi lado.

—Sí, creo que sí.

—Y Gimba, ¿cuándo te enamoraste de ella?

—Bueno, no sé si el término “enamorarse” sería correcto. Yo soy un hombre..., bueno, tengo unas necesidades... —Se estaba ruborizando, pero yo le entendía, intenté continuar con mi mismo gesto—. Ella lleva unos meses ofreciéndose..., bueno..., interesándose por mí... Ella podría tener otro hombre de mejor posición, su linaje se lo permitiría..., pero, al parecer, le intereso yo... Me parece que es por mi constitución..., por mi fuerza... Piensa que un hijo mío con mi tamaño, unido a la respetabilidad que heredaría de la familia de la madre, podría llegar alto en la tribu.

—Pues sí que piensa a la larga Gimba, es una mujer con..., bueno, no sé cómo explicarlo..., con miras muy altas, vendría a decir en el idioma de mi país.

—Sí, ella siempre piensa mucho, usa demasiado la cabeza, siempre está dándole vueltas a las cosas, enredándolas... Bueno..., como tu caso..., como lo tuyo.

—¿Qué mío?

—Ella piensa..., bueno..., cree, que como tu eres blanca... Un poco como yo..., que puedes..., no sé..., seducirme. Creo que es el termino que ella querría emplear. —No pude evitar morirme de la risa, solté una carcajada tan grande que temí despertar a Jarimba.

—No me digas que por eso no quiere que esté aquí. ¡Está celosa! Pues dile que no se preocupe, que yo tengo marido. —Mentí, para qué buscar otro término, eso la tranquilizaría más—. Se llama Fabiano y seguro que me estará buscando por todos los lados, dile a Gimba que le quiero con toda mi alma, y que estoy deseando volver a su lado. Te saco diez años. ¡Por favor! En qué loca cabeza cabría la idea de que te vaya a «seducir». Anda, ve a buscarla y habla ahora mismo con ella, cuéntaselo, cálmala, dile que tú la quieres y que no pasará nada entre nosotros, que solo eres mi traductor, la única persona con la que puedo hablar.

—Ya, imagino que con todo eso ella dejará de estar enfadada. —Lo seguía

diciendo cabizbajo, supuse que tendría miedo de la temperamental mujer.

—Venga, no tardes, vete ya, cuanto más tiempo estés aquí, peor. Más se hará ideas imposibles esa mujer. Habla con ella, quiera o no, aunque sea la sacas a de la cama. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré.

—Pues hasta mañana.

—Sí, vendré pronto a hacer el hoyo, lo prometí en la reunión.

—Entonces mañana nos vemos. Es tardísimo, yo debo dormir y tú solucionar tus temas con Gimba. Verás cómo mañana todo volverá a ser igual. No quiero destrozar vuestra futura unión.

* * *

Las horas, confinada en la tienda de Jarimba, resultaban largas y aburridas: había prometido en la reunión de hacía tres noches que no saldría de allí por la seguridad de todo el poblado; sin embargo, vivir en un espacio tan reducido, me estaba desesperando. Esto, unido a las molestias del final de mi gestación, empezaban a formar una olla a presión que no sabía cuánto tiempo más soportaría sin que estallara. La vieja curandera me hacía una honda compañía. Nicolás, también conseguía con su presencia llenar mis espacios ociosos, aplicándome en sus cuidados, si bien, era un niño tan tranquilo y sosegado que su única aportación era mamar, dormir y, cuando fuera necesario, limpiarle el culito, operaciones que tampoco llevaban mucho tiempo. «Seguro que tu hermana es mucho más guerrera», le avisaba, clasificando a Lola, como tal, su hermana, y prediciendo que mi hija sería más movida que el glotón y dormilón bebé negrito. Durante aquel receso pensaba mucho, no podía evitarlo, me veía a punto de ser madre de dos bebés, cuando meses antes nunca me hubiera planteado la opción de tener hijos. ¡Cómo me llevaría a Nicolás a España! Razonaba en ocasiones, aunque después me quitaba de un plumazo esa idiota cuestión, teniendo en cuenta que ni siquiera estaba yo salvada.

Varias personas me visitaron, Jarimba era quien determinaba aquellos que tenían permiso para pasar: me parecía lo correcto, era su tienda, su hogar y

además, yo confiaba en el buen criterio de la vieja. Entraron rostros conocidos como el de Otamba: el joven siempre estaba dispuesto a pasar las horas a mi lado, hacerme compañía, ayudarme con Nicolás y a menudo Jarimba se lo permitía. En la primera visita, después de la reunión, vino solo, pero en las posteriores, una vez que habló con la curandera cosas que yo por supuesto no pillé, empezó a estar acompañado por una chica de edad aproximada a la suya, llamada Gambea, quien me pareció encantadora desde el principio. Teníamos conversaciones un tanto estrambóticas, teniendo en cuenta que ninguno entendíamos las palabras del otro, no obstante, los gestos, signos y una aportación mía les fascinó. Se me ocurrió en un momento, ante la desesperación de no poderles decir algo, dibujárselo en el suelo de tierra, y ellos se sorprendieron tanto que entendí, sin que nadie me lo dijera, que no sabían escribir. Les enseñé a dibujar, a poner mi nombre, el suyo..., y cuando este juego nos cansaba, les hacía trucos de papiroflexia: desde chica me habían encantado, lo único que, a falta de papel, se lo mostraba con una tela. Les enseñé a realizar un sombrero, una pajarita, una flor, incluso una especie de perro que a saber ellos a qué animal asemejaron. Los dos jóvenes se habrían pasado el día en compañía de la extranjera, pero Jarimba solía determinar cuando llegaba el momento de su marcha.

También tuve visitas de adultos: La madre de Gambea, la chica que acompañaba a Otamba, se acercó para interesarse por mi salud y darme un regalo, una especie de collar que yo le agradecí efusivamente. La madre, tías, hermanas de Otamba y otros allegados de la familia del jefe fueron desfilando por la tienda de Jarimba, igualmente con obsequios, pequeñas cosas para mí, aunque seguro que grandes pertenencias de ellos: parecía que la entrega de dádivas era el protocolo ante una invitada, y yo las aceptaba con grandes sonrisas y gestos agradecidos.

Shanduna, la mujer del jefe, además de ser madre de Otamba, tenía otras tres hijas más, menores que el primogénito, y otro en la barriga que estaba a punto de salir. Por eso, ella fue una incondicional de mi causa desde que llegué al poblado: tendríamos un bebé a la vez y no cabía en su cabeza la opción de expulsarme sin que antes estuviera recuperada. Sabía que Shanduna había puesto un empeño especial en que me protegieran, con todas las consecuencias que aquello acarreaba, me lo había dicho Olaf, y, por ello, aunque en la reunión le había dado mil gracias, cuando me visitó en lo que podría llamarse mi casa, lo remarqué. En ese momento, Olaf estaba con su labor de cavar el agujero, operación que había iniciado justo al día siguiente

de la decisión del congreso de dejarme quedar, y a cada jornada no había faltado a su palabra.

—Debes de estar al final de tu embarazo —me ayudó Olaf a trasmitirla. La mujer del jefe dudó, el hombretón me dijo que las bosquimanas no hablaban de sus gestaciones ante los hombres, y pedí perdón. No obstante, supongo que ella pensó en Olaf como un simple intermediario. En el fondo, hablaba conmigo, no con él.

—*Sí, él debería nacer esta semana, eso me dice la luna.*

—¿La luna? Os regís por la luna para saber la fecha del parto.

—*Sí, las lunas nos lo dicen.* —Supuse que serían sus reglas—. *En estos días tiene que salir, no tardará.*

—Espero que tengas un buen parto y un bebé sano.

—*Sí, yo también espero tener un bebé sano y fuerte, y espero que sea un niño.*

—¿Quieres a un varón?

—*Sí, Otamba es el primogénito, mi marido se puso muy contento cuando nació, pero después vinieron tres niñas, también se puso contento, pero él quiere tener otro hombre en la familia: siempre es bueno que el jefe tenga dos hijos varones, por si acaso.*

No quise extender la conversación, se la veía incómoda hablando con Olaf, aunque me resultó interesante. Lo primero que con solo la luna supieran cuándo pariría, por mi parte, a nuestro satélite le tenía en cuenta cuando estaba tan lleno que casi era imposible no fijarse en él; sin embargo, por lo que aprendí después, cuando todos se fueron y pregunté a Olaf, los bosquimanos usaban la luna y sus fases para miles de aspectos que nosotros y él, me resultó curioso que se incluyera, nunca entenderíamos.

Tuve más visitas de otras familias, sobre todo femeninas, incluso la madre de Olaf se acercó y fue para mí fantástico hablar con otra mujer sin necesidad de traductor. Ella me entendía a la perfección, su inglés era francamente bueno, y aunque la conversación fue rutinaria, sin ningún tema demasiado interesante de por medio, la mujer me agradó y creo que yo a ella también.

Olaf fue sin duda mi mayor compañía durante aquellas tres jornadas, cada vez que aparecía se me iluminaba el rostro, y aunque él venía a un claro cometido: cavar, yo no dejaba de mandarle preguntas, dándole pie para iniciar conversaciones, contándole miles de aspectos de mi vida, alegrías, anhelos,

miedos, pasiones y tristezas... A él también le agradaban nuestras tertulias, porque seguro que ese tipo de frases no podría llevarlas a cabo con nadie de la aldea. Charlábamos de temas muy variados: en un inicio me informó de su mejor relación con Gimba, al parecer la mujer le iba perdonando, gracias a las palabras aportadas por mí. Ella no había venido a verme ni nadie de su entorno, eso me lo esperaba; sin embargo, según me informó el hombretón decolorado, los ánimos estaban más tranquilos y menos tirantes entre los dos bandos.

Como yo no podía salir, fue Olaf quien me iba describiendo el estado del poblado, después pasamos a mi vida, le informé de miles de aspectos, y él, posteriormente, me reveló secretos de cuando era niño y joven: de su estancia en Windhoek, de su padre, de lo que hacía con él, de los viajes. Compartimos anécdotas de lugares en donde los dos habíamos estado, tanto dentro de Namibia, en su capital y pueblos, como en países extranjeros. Charlamos de miles de asuntos, incluso de fútbol, deporte que a mí ni me iba ni me venía, pero junto a Olaf, parecía una forofa, puesto que era lo único que conocía de mi país: al Real Madrid y al Fútbol Club Barcelona, lo que me resultó tremendamente impactante, tratar sobre los equipos de España y sus rivalidades en medio del desierto del Kalahari, en Namibia, nada menos.

El padre de Olaf era un entusiasta del balompié, como buen inglés, y se lo había transmitido a su hijo, veían miles de partidos a través de la televisión, incluso, en un amistoso que se había jugado en Sudáfrica, terminaron presenciándolo en el propio estadio. Yo le reconocí que conocía al Arsenal, Chelsea y Liverpool, a David Beckham, pero poco más; aunque dio igual, al enunciar esos cuantos nombres, Olaf se llenó de emoción, y yo intenté mostrar mi mayor interés y, sobre todo, localizar la mayor información que mi cerebro pudiera recabar sobre el curioso tema.

A última hora de la tercera jornada de trabajo de Olaf, el agujero según él, estaba terminado, eso anunció y yo debía probarlo. Jarimba montó en cólera, no entendí ni papas de la sarta de palabras que enunció, si bien, no hizo falta que nadie me las descifrara, era evidente que se oponía a que yo me metiera dentro para comprobar que era válido; sin embargo, entre Olaf y yo le hicimos ver que era fundamental por si fuera necesario utilizarlo, tener preparado el procedimiento de cómo introducirme en él. Quisieron ayudarme, pero yo aporté que si estaba sola en el preciso instante de escuchar la señal, la cual sería un silbido muy característico que daban los bosquimanos y que irían

enunciando para que llegara hasta mis oídos, no podría salir en busca de nadie y debería, por mí misma, acceder a mi escondite.

La operación resultó costosa, no obstante, terminé de pie, encajada en una curiosa tumba, la cual tenía que haberle costado lo suyo a mi amigo. Por mi parte, aunque había estado a su lado durante el proceso de construcción: me había mantenido tan entretenida dándole conversación que no denoté lo afanoso de su faena. Sentí no habérselo agradecido más eufóricamente cada día. Cuando me situé dentro, saqué mi brazo poniéndome de puntillas, y con sumo cuidado, arrastré la base de ramas y hojas que Jarimba había creado para cubrirme: encima estaba el caldero con agua que la curandera usaría para meter miedo a quien quisiera moverlo, argumentando que era una poción muy peligrosa, incluso solo con acercarse a ella. Cuando me encontré tapada y la oscuridad rodeaba toda mi visión, en claustrofóbico lugar sin apenas posibilidad de moverme, sentí una angustia tan infinita que me costaba hasta respirar; aunque no me quejé, demasiado bien se estaban portando todos, como para que a mí, de repente, me entraran las típicas tonterías de una blanca.

Tras sacarme, que costó lo suyo, ahí sí que necesitaría mucha ayuda, tuvieron que ir a llamar a Otamba y otro hombre, me informaron de que el escondite era perfecto, imposible de localizar. Todo el pueblo fue informado sobre el asunto, y el jefe les aleccionó concienzudamente para que nadie, niño, anciano o adulto pudiera cometer un fallo en el plan ideado. «Lo repetirá dentro de unas noches», me informó Olaf—. «La gente lo podría olvidar, ha dicho que cada tres noches repasaremos el plan».

Una vez solventado el tema de mi escondite y del procedimiento que debía seguir la tribu ante una hipotética llegada de los hombres negros malos, que era la forma para denominar al enemigo, se retornó a la vida normal en el poblado. Al día siguiente de finalizar el escondrijo, Olaf vino a la tienda. Yo se lo agradecí, porque pensaba que una vez terminado el trabajo no regresaría tan a menudo, pero creo que cogió apego a nuestras charlas, y en la que iniciamos a primera hora de la mañana de ese día, me reveló que los hombres del poblado saldrían de caza durante la jornada siguiente. No lo hacían desde que me encontraron y era necesario.

En el pueblo, además de la agricultura y la ganadería que practicaban para poder subsistir, utilizaban la caza, operación que apasionaba al género masculino: lo llevaban en los genes y no podían dejar de aplicarse a su gran placer. Cada cierto tiempo, hacían partidas en las que intervenían todos los

hombres, y algunos jóvenes invitados para que fueran aprendiendo. A mí me pareció perfecto, si bien, sabía que echaría de menos a Olaf durante todo un día, ya que por lo que me anunció, saldrían antes que el sol y regresarían prácticamente cuando el astro rey desapareciera en el horizonte.

Me despertó una conversación acalorada, y al abrir los ojos, descubrí a Jarimba dando vueltas por la choza, nerviosa, metiendo todo tipo de elementos en su bolsa. O me equivocaba o ese era el preciso saco que acompañaba a la curandera siempre que su obligación la acercaba hasta algún enfermo. Entre mis legañas, no tenía ni idea si era aún de noche, mi sueño decía que debía de ser muy pronto, observé a Otamba en la puerta con la cara contraída por el miedo: me sentí aterrada. ¿Habrían llegado los hombres negros malos y después de luchar con algún hombre o mujer le habrían herido?, ¿debería esconderme?, ¿por qué no habían dado la señal? Entonces, ¿por qué Jarimba no me prestaba atención? Si el jaleo era por ese motivo, algo me habría dicho. ¿Estaría enfermo alguien de la tribu? ¿Algo grave? ¿Podría ayudar? ¿Habrían regresado los hombres de la cacería con algún herido?... ¿Sería Olaf? Me aterró tanto por esta última suposición que me di cuenta de lo que apreciaba a aquel extraño hombre; sin embargo, pronto deduje que la partida de caza acabaría de salir... ¿Qué ocurría entonces?... Mil cuestiones... Costosas respuestas. Enuncié el nombre de Otamba y subiendo mis hombros, levantando mis palmas hacia arriba, abriendo los brazos, intenté transmitir el mensaje de: “¡Qué sucede!”

—*Mi madre está de parto* —dijo sin recordar que yo no le entendería. Yo retomé un gesto aproximado al anterior de: “¡No te entiendo!” Entonces Otamba, apoyando sus palabras con gestos, dijo: «*Shanduna, mi madre, va a tener su bebé*», señalando mi tripa, y haciendo como si sacara de dentro de mi cuerpo al niño. De su frase, solo había cogido el nombre de su madre y si Jarimba estaba metiendo sus utensilios en su macuto, Otamba señalaba mi tripa, y la mujer del jefe, según ella misma me había avisado, cualquier día tendría a su hijo: no hizo falta pensar mucho más: «¿Cuál es el color del caballo blanco de Santiago?». Pues blanco, Clara, blanco. Eso me pasó a mí.

—¡Shanduna está de parto! —grité incorporándome: el sueño se había esfumado—. ¿Y cómo está? ¿Está bien? ¿Hay algún problema? —Bla, bla, bla, para los oídos de Otamba, pronto comprendí por sus manos en alto que no

obtendría respuestas—. Jarimba, ¿puedo ayudar? —Ella tampoco me prestó mucha atención—. Yo soy médica, ginecóloga. —Ante esa frase, me miró, creo que recordaba que el extraño sonido significaba que yo era como ella.

—*Tú te quedarás en la choza. Lo prometiste en la reunión al jefe, a la tribu.*

Sus gestos de señalarme con el dedo y fijar esa misma falange con firmeza y decisión, clavándolo en el suelo de la tienda, fue suficiente. Tenía razón, yo lo había prometido, no podía salir de aquel lugar, así era el pacto y eso hice, me quedé allí, revolucionada, mientras que los dos se fueron a toda prisa, bueno, a la mayor celeridad que las artríticas rodillas le permitían a la vieja. Saqué la cara entre la cortina, eso estaba permitido, al menos lo hacía a menudo, por lo menos, de esa forma podía ver el sol, el cielo, las nubes, las estrellas, la luna y algún perdido pájaro que significaban para mí un mundo, después de estar todo el santo día enjaulada dentro de la choza. También, cuando estaba sola, solía curiosear entre las rendijas de la cortina de salida a la calle, para entretenerme con el ir y venir de las gentes del poblado, apreciando sus quehaceres diarios, como si viera un documental de la dos, sentada apaciblemente en mi luminoso y céntrico apartamento de Madrid en mi sillón de Roche Bobois, a través de mi espectacular televisión de plasma Sony de 42 pulgadas. A veces no podía evitarlo y me sustraía a mi mundo, a mis comodidades, a mi ciudad, a mi clínica, a mi familia, a mi hogar... Eran muchos años de una vida entre algodones y la que llevaba ahora, aunque tremendamente agradecida al pueblo de los bosquimanos que me había rescatado y salvado, difería abismalmente de mi placentero mundo.

Las horas, iba a decir, no; las horas, no, los minutos pasaron pausados, me sentía como uno de esos animales del zoo, muertos de hambre, reteniendo su instinto de salir a cazar por los barrotes que se lo impedían, a la espera de la carne fresca, pero insípida, a falta de la emoción de la persecución y la ganancia que les traían a la misma hora cada día sus cuidadores. Como si a esa fiera le estuvieran retrasando el instante de comer. Así estaba yo, esperando una respuesta, una información, algún dato por pequeño que fuera del proceso del parto de Shanduna: no podía evitarlo, era mi profesión, mi vocación. Llevaba muchos años trayendo niños al mundo y, a escasos metros, se estaba produciendo ese milagro de la naturaleza, en el que, esta vez, no podría participar. Si hubiera dispuesto de uñas, me las habría comido, no obstante, Jarimba durante mi convalecencia me las había cortado y limado,

dejándolas tan a ras de la yema que no sobresalían, por lo que fue imposible descargar mi impaciencia sobre ellas. Lo había hecho, me dijo al despertar, para que no me rascara e infectara las heridas durante mi inconsciencia, y me resultó muy ocurrente por su parte: a mí se me habría escapado aquella posibilidad con la consiguiente catástrofe, y eso que era médica.

No sabía cómo controlar mis nervios, la incertidumbre, las tremendas ganas que seguían aumentando para salir corriendo y aparecer de improviso y sin ser invitada al acontecimiento; sin embargo, había dado mi palabra, mi nombre, la identidad de mi raza, mi honor... Permanecí ocupada en labores inservibles, incluso terminé por despertar al pobre Nicolás, ¡qué culpa tendría el bebé!, para así emplear mi indeseable tiempo libre en asearle, ponerle a mamar y jugar un rato al entretenimiento de mi dedo, dejándose amarrar por sus diminutas manos. Recogí la cabaña, lo poco que había por colocar, barrí su suelo, con la rudimentaria escoba, también lo escaso del pavimento a limpiar..., y no sé qué más tontería ideé para olvidar mi deseo ardiente de escapar de mi prisión, agradecida mazmorra, teniendo en cuenta que mi otra opción era el inclemente desierto; mas aquella mañana me estrangulaban sus paredes.

Cuando llegó la hora de comer, nadie había regresado a mi hogar y a través de la mirilla al exterior, desde donde conseguía divisar el hogar del jefe, no dejaban de salir y entrar mujeres a la choza. Empecé a preocuparme, una mujer podía estar muchas horas dilatando, aunque por alguna razón, un cosquilleo en mis entrañas me decía que algo andaba mal. Los hombres habían partido antes del amanecer a su jornada de caza, y me extrañó que Otamba no les hubiera acompañado, aunque suponía, las conversiones con Olaf me iban desvelando las costumbres de aquel pueblo, que no le tocaba participar en esa cacería, a razón de haber estado presente justo en la anterior, dato que conocía, pues fue él mismo quien me encontró durante la misma.

Desde mi agujerillo al exterior, pude divisar el cuerpo aún sin desarrollar de Otamba, sentado con los hombros caídos a la puerta de su tienda. Sabía, por la misma razón que he explicado antes, que los hombres no podían o no debían o realmente no sé cuál sería el verbo a usar, participar en los partos: eso, al parecer, era cosa de las mujeres.

Hice todo tipo de gestos, aspavientos y movimientos rítmicos de mis manos con la esperanza de que Otamba levantara la vista y me viera; no obstante, mi miedo a salir más de mi vivienda, y su mirada clavada en el suelo, propiciaron

que mis intenciones fueran en balde. Esperé aún más, comí sin ganas, engullí por mi Lola el alimento que encontré por la tienda, pero nada más terminar, regresé a mi posición de James Stewart en la “Ventana Indiscreta” de Hitchcock, intentando averiguar, igual que él, lo que fuera sucedía, sin oír y en ocasiones tampoco ver. Harta, hasta las narices, hasta los cojones, por qué no decirlo y perdón por el taco: mi desesperación era así de inmensa, decidí pegar un fuerte silbido, un chiflido con los dedos colocados en la boca, tal y como había conseguido que de pequeña me enseñara mi hermano Juan, provocando lo que llevaba un rato infinito intentado conseguir. Otamba alzó su cabeza al instante y dirigió sus ojos hacia la procedencia del extraño ruido. No tardó en descubrirme, dió un salto para levantarse e inició una carrera que le trajo en segundos a mi tienda.

—¿Qué sucede? ¿Qué ocurre? ¿Cómo está tu madre? ¿Algo va mal? — Todo aderezado de signos, movimientos de mis manos, señales hacia su tienda, indicaciones sobre mi tripa que denotaban mi interés por su madre... Bueno, nuestra forma común de hablar.

—*Yo no puedo entrar en mi choza.* —Me dio a entender—. *Shanduna está mal.* —El nombre de su madre, unido al movimiento de su cabeza de un lado a otro identificado como negación, me explicó sin palabras que la cosa no iba de la forma que debía. Su rostro no necesitaba voz. Él no podía entrar, eso lo sabía, y si desde fuera, con solo escuchar lo que ocurría dentro, se había formado el halo de preocupación que desprendía su faz, era el momento de intervenir. Yo lo consideré así y creo que él también. Por su gesto, por lo que hizo.

Otamba me dio la mano, yo se la estreché y tiró levemente de mí, sacándome de la choza prestada. Le seguí, no me negué: yo también consideraba que era lo mejor. Fuimos despacio, creo que él iba sopesando lo que aquel gesto le podría acarrear, y yo, igualmente, temía estar infringiendo una ley que podría costarme una nueva asamblea, un nuevo peligro para mis bebés, un paso atrás.

Llegamos hasta la puerta de la vivienda del jefe, en ese momento todo el mundo estaba dentro, los alaridos de Shanduna eran claros. Permanecimos quietos, no sé a qué esperábamos; desconocía si Otamba me había llevado hasta allí para que escuchara con él; si quería que entrara sola e intentara ayudar; o si había algo mas que él deseaba aportar, porque no me soltaba la mano y la tenía bien amarrada. Me dio la sensación de que cogía aire y, para

mi sorpresa, avanzó dos pasos, abrió de golpe la puerta, y se adentró en un lugar y en un momento prohibido para un joven y creo que también para mí.

Dentro había muchas mujeres y estaban todas tan ajetreadas, con los rostros descompuestos, con preocupaciones tan internas, que tardaron en prestarnos atención; aunque no hizo falta que ninguna nos descubriera, porque el joven, que seguía estrujándome la mano, cortó con machete el cargado ambiente concentrado en aquella sala: habló y todas le miraron, sus hermanas, tías, sobrinas, Jarimba, el resto de mujeres de la tribu, incluso su madre.

—*Yo sé que no puedo estar aquí, pero mi madre está muy mal. Su hijo, mi hermano, está mal y por eso he traído a Clara para que salve a mi madre. Ella es una curandera muy sabia en su país.*

No sé lo que enunció, pero lo supuse: el silencio fue eterno.

—*Otamba, tú no puedes estar aquí, ella no puede estar aquí* —dijo una de las mujeres, discerní que era una razón en contra de nuestra presencia, por el gesto duro de mi compañero.

—*Eso es una tontería, ¿por qué no puedo estar aquí? ¡Es mi madre, es mi hermano!*

—*¡La tradición ordena que los hombres no estén en los partos!*

—*¡Esa norma de la tradición es una tontería!* —El ¡¡¡oh!!! general denotaba que Otamba debía de estar diciendo barbaridades, la mujer que había iniciado la conversación prosiguió.

—*¡Eres mal recibido aquí! ¡Vete! ¡Marchad los dos! ¡Llévatela! ¡FUERA!* —La voz subida de tono me hizo comprender que habíamos errado en nuestra postura, mas algo sucedió, mejor dicho dos personas muy importantes en la sala dieron su opinión.

—*Otamba tiene razón* —intervino Jarimba, y lo más sorprendente es que puedo contaros sus palabras textuales, porque la madre de Olaf, a quien no había visto a primera vista, empezó a traducirlas—. *Tu parto va mal, Shanduna. Yo no puedo hacer nada. No tengo medios. No tengo solución. Pero Clara es una mujer que trae niños en su hogar, que seguro tendrá medios y conocimientos para ayudarnos.*

—*¿Es eso cierto?* —agregó con la voz entrecortada Shanduna.

—Sí, yo en España, en mi país, soy ginecóloga. Llevo muchos años ayudando a las madres a traer hijos al mundo. Es un proceso normal de la naturaleza, pero en ocasiones existen complicaciones. —Esperé para que la

madre de Olaf tradujera.

—Ella trajo a la vida al bebé negro en el desierto. La madre del bebé negro murió, porque era un parto difícil, pero ella consiguió de forma increíble hacer vivir al bebé, aunque la madre murió —opinó Jarimba, hubo un receso, nadie habló—. Tu parto va muy mal, no deseo darte malas noticias, pero tampoco te quiero engañar Shanduna, si esto sigue así, moriréis la madre y el hijo.

El impacto en la habitación fue impresionante, Otamba se sentó en el suelo, rendido, y sus hermanas se acercaron para abrazarle, eran pequeñas; por ello, entre los cuatro encontraron la calma ante la posibilidad de perder a una madre y un hermano.

—Yo puedo ayudarte, Shanduna, déjame mirarte, explorarte, no tenemos nada que perder. Si Jarimba ya no puede hacer más y el proceso está tan al límite, ¿qué pierdes?

—Di a la mujer blanca que puede mirarme.

Me arrojé hacia ella, como si fuera una gacela y yo una leona hambrienta, en cuanto me tradujeron sus palabras. Su posición no era la que habitualmente localizaba al llegar al paritorio, avisada por una matrona. Shanduna realizaba los pujos en cuclillas, y yo le pedí que se tumbara y abriera las piernas, todo, gracias a la madre de Olaf, que se instaló a mi lado, tras mi petición, en primera línea de batalla. Creo que la mayoría de las mujeres allí presentes desaprobaban mi presencia, pero con Jarimba y la parturienta a mi favor, poco pudieron hacer, quedaron relegadas a un segundo plano. Pienso que no querrían participar en algo que, si posteriormente salía mal, pudiera conllevarles consecuencias negativas: era la mujer del líder y el hijo del mismo. Entre esas mujeres, además de divisar algunas que en la reunión habían intentado echarme, comprobé la presencia de Gimba, quien me miraba con sus ojos, llenos de ira y odio, los cuales me atemorizaron; sin embargo, no me dejé impresionar, yo era una mujer de negocios y estaba acostumbrada a las zancadillas, no les hice ni caso y me centré en lo importante: conseguir salvar dos vidas.

Antes de introducir mi mano en la vagina de Shanduna, me lavé concienzudamente en el barreño que me acercó Jarimba, con una especie de pastilla de jabón, probablemente realizada a base de grasa animal: a mí, cualquier cosa me servía y, sobre todo, teniendo en cuenta los inexistentes medios de que dispuse en el último parto asistido. Me acordé de Jhuanmi, en

cuanto introduje mi mano y noté al niño encajado. Lo mismo, de nalgas, o con la cabeza muy grande, o simplemente empotrado en el cuello uterino: no quería perder a su madre, eso ya lo había vivido, ni siquiera sabía si el bebé seguía vivo, podría haberse asfixiado, su corazón quizá había dejado de latir por el esfuerzo, el líquido amniótico habría desaparecido hacía demasiado tiempo y un alumbramiento seco, en esas condiciones, era imposible. El agua que divisé por el suelo, además, tenía restos del meconio, o eso me pareció, lo que nos daba otro horrible problema, el bebé podría haber tragado o respirado sus propias cacas y orines... No desesperé, palpé la tripa, palmo a palmo, tomé el pulso de la embarazada, y después de mi exhaustivo examen que duró algún minuto más, determiné una decisión. Mi traductora lo fue transmitiendo.

—Shanduna, Jarimba, escuchad lo que tengo que decir. El bebé se ha quedado encajado en el canal de salida, nunca podría conseguir pasar por ahí, ya no hay líquido para lubricar el nacimiento, además, el bebé estará sufriendo, si es que sigue vivo. —Fui dura, pero siempre lo era. La verdad o la posibilidad por delante, era mi lema y daba igual que estuviera en Madrid, en una de las mejores clínicas de mi país, que en un poblado perdido en medio del desierto —. Si te lo intento sacar por abajo, como hice con mi amiga Jhuanmi, la mamá del bebé negro que traje, a lo mejor salvamos al niño, repito, si está vivo, pero a ti te haremos tanto daño que probablemente después no pueda cortar la hemorragia, sería una escabechina. —Iba dejando tiempo a la madre de Olaf para darles mi pésimo mensaje, y, además, sabía que algunas palabras no sabría traducirlas, a razón de que el bosquimano era un lenguaje pobre y yo usaba términos quizá demasiado complicados: la mujer se las iba apañando—. Existe otra forma de sacar al bebé, en mi país se usa para estos casos, pero aquí no tenemos muchos medios... Abriéndote la barriga.

—*¡Pero eso es imposible!* —se quejó Shanduna. Lo entendí, la práctica que yo llamaba cesárea no existía en el mundo de aquellos hombrecillos negros: ya me lo había dicho Jarimba cuando le conté el caso de Jhuanmi y lo que hubiera hecho en mi clínica.

—Sí, sí que es posible. Lo tiene que hacer alguien muy experimentado, y yo soy ese alguien.

Hubo un silencio general que duró poco, todas las mujeres se pusieron a hablar a la vez, acaloradas, histéricas, incluso una, no recuerdo cuál, me empujó como queriéndome echar. Mi traductora no daba abasto para revelarme lo que decían, aunque prefería no saberlo. Debían de estar

poniéndome a caldo.

—*¡Silencio!* —Levantó la voz la vieja, como si tuviera de nuevo veinte años—. *Aquí solo decidiremos yo y Shanduna, vosotras callad, ¡todas a callar! ¡Yo lo mando! ¡Shanduna lo manda!* —Eso sí me lo tradujeron y la mujer del jefe corroboró lo dicho por la curandera, asintiendo con la cabeza.

—*Clara, yo confío en tu medicina. Tú debes sacar a mi hijo* —enunció Shanduna con la queja general que volvió a dilapidar la estruendosa voz de Jarimba. Después de su intervención, las mujeres se quedaron sin voz ni voto.

—Necesitaré la ayuda de todas, porque como no podemos dormirte, sufrirás unos dolores horribles. Tendré que rajarte la piel, la grasa que hay debajo de ella, y la cavidad donde vive tu pequeño. Te dolerá muchísimo, aunque no quieras, te moverás, tu cuerpo se moverá y eso es muy peligroso, porque podría dañar a tu bebé, lo entendéis.

—*Yo no me moveré. Las mujeres me sujetarán, todas sujetarán mi cuerpo: no me moveré, lo he entendido.*

—Todas deberéis sujetar con una fuerza descomunal a Shanduna, aunque le hagáis daño, porque si se mueve una gota, yo podría dañar al niño. Hay que hacerlo cuanto antes.

—*Hazlo ya, no esperes. ¿Me tumbo?*

—Sí, debes estar tumbada... Jarimba —llamé a la curandera— necesito el mejor cuchillo que tengas, el más afilado que... —No terminé la frase y la madre de Olaf ni siquiera la empezó a traducir, la vieja llevaba de la mano un cuchillo que me entregó. Probé su filo, este era tan cortante que me hice sangre en el dedo—. Servirá, pero tienes que calentarlo al rojo vivo para que se desinfecte.

Dejé a Jarimba preparando el instrumental, pedí también muchas telas y agua hervida a mi alrededor, coloqué a la paciente para que tanto yo como ella estuviéramos cómodas, aunque reconozco que, sobre todo, pensé en mí, no por egoísmo, sino porque mi posición era esencial para un buen corte. Instalé a todas las mujeres que fui cogiendo del lugar, encargadas de amarrar cada parte del cuerpo de Shanduna. Jarimba me trajo el improvisado bisturí prácticamente al rojo vivo. Pedí silencio, miré a mi alrededor y observé a lo lejos el rostro congelado de Otamba. Se me había olvidado que estaba allí, asentí con mi cabeza en señal de «todo irá bien» y, a la voz de «¡sujetar con fuerza, ni un solo movimiento!». Inicié el corte en carne viva, sin anestesia, a

lo animal, en el lugar que consideré más adecuado.

El grito fue infernal, un alarido que descompuso el alma de todos los presentes. El cuerpo se intentaba agitar para impedir que aquella tortura continuara; sin embargo, las mujeres, obedientes, tremendamente implicadas, consiguieron que ni un milímetro temblara en el lugar donde yo seguí rajando, ajena a los chillidos de desesperación de la madre, quien estaba siendo abierta en canal, sin ningún tipo de atenuante del dolor. Quise evadirme, tuve que hacerlo, si no sería imposible continuar infligiendo a aquella pobre mujer singular tormento. Pensé que no estaba allí, que la choza se iba trasformando en un quirófano aislado y desinfectado, que estaría rodeada de mi equipo, mis selectos y competentes profesionales, todos vestidos con el atuendo verde, con mascarillas, guantes y gorros, alejando así la posibilidad de gérmenes de nuestros propios cuerpos. Olvidé que estaba martirizando a un ser humano, cortándole la carne con un cuchillo de carnicero, como si estuviéramos dentro de un filme de terror, y yo fuera Jack el Destripador.

Cuando consideré que la abertura era suficiente, abandoné el cuchillo, cogiéndolo alguien en quien ni me fijé: manos a mi alrededor colocaban telas, absorbiendo la sangre que se precipitaba por todos los lados de la herida de muerte que acababa de ocasionar: debía actuar rápido, cuanto más tiempo estuviera abierta, mayores posibilidades de complicaciones. Introduje mi mano en el interior de la mujer, a pelo, sin ninguna protección, con todos y cada uno de los microorganismos que contendría, dejándolos dentro a su libre albedrío: volví a evadirme, razoné que no era así, que estaba de nuevo en mi clínica y realicé exactamente los mismos trámites que en ella acontecían. Ubiqué al bebé después de traspasar piel, grasa, músculo y vísceras, y situando mi mano en el útero, encontré lo que podría ser un brazo. Probé a tirar suavemente de él, pero no tardé en comprobar que el niño estaba encajado, aprisionado y sería una operación francamente delicada. El sudor caía por mi frente, y, para más inri, un dolor agudo se estaba asomando a mis riñones, un calambre intenso que obvié y consideré motivado por la postura imposible en la que me encontraba. «¡Quién tuviera una camilla!», me decía. «Así, medio acuclillada, me estoy destrozando la espalda». No era momento de cambiar de postura, de desubicar a la mujer que ya tenía suficiente martirio con una abertura en mitad de su tripa y una intromisión revolviendo sus entrañas. Shanduna intentaba quejarse lo menos posible, pero, ¡cómo no iba a gritar!, si yo era una especie de bestia que había roído con mis dientes su estómago, y estaba venga a dar vueltas con mi hocico dentro de ella: debía de

sentir como si la estuvieran comiendo por dentro.

No podía tardar más, por la madre, por el hijo, por mí. Recordé, repasé todas y cada una de las técnicas y procesos para conseguir sacar a un bebé anclado en el canal de parto, las contracciones motivadas por la oxitocina continuarían clavándolo: el cuerpo de la madre, a la desesperada, estaría enviando a borbotones la hormona para conseguir sacar al bebé; sin embargo, con ello, lo único que conseguía era encajarlo más. De repente, tuve la sensación de que se había hecho un silencio general, incluso levanté la cabeza para ver si yo seguía allí o realmente me había transmutado en el tiempo y estaba en otro lugar: Shanduna se había desmayado, demasiado había durado la pobre, y al dar un rodeo a mi presencia, denoté decenas de ojos, atemorizados y dudosos de mis habilidades, posados sobre mi persona. Todas parecían haber perdido la confianza en mis aptitudes, aunque pude apreciar dos maravillosas excepciones. Jarimba me miró complaciente y orgullosa; y Otamba, al que localicé al lado de la puerta, asintió con un gesto que llevaba fuerza y ánimo hasta mis manos. «Eres una de las mejores ginecólogas», me repetía. «Cómo no vas a poder sacar a este bebé, a peores cosas te has enfrentado», seguí animándome con mis pensamientos. Y eso hice, retomé la cordura, añadí un poco de riesgo, me armé de valentía, e incluso pedí algo de suerte a la madre naturaleza, a la cual me había acostumbrado a rogar desde mi llegada a la tribu.

El pequeño salió, un trozo enorme de carne sanguinolenta, llena de restos de vísceras, pieles, untado con la capa blanquecina típica de los recién nacidos, arrugado y amoratado, le puse frente a mí y le aprecié tan inerte, tan ahogado que me asusté; sin embargo, no pude hacer nada, Jarimba me lo arrebató.

—El bebé es cosa mía. Yo le haré respirar. Tú cura a la madre.

La vieja tenía razón, en el fondo, yo no era pediatra. En cuanto sacaba a las criaturas, unas manos experimentadas de matrona, enfermera, neonatólogo o pediatra se hacían con ellas, y si no había escuchado el lloro al nacer, solía aparecer a los segundos o minutos: yo me centraba en la madre, en eliminar la placenta, coserla, limpiarla, realizar todos y cada uno de los trámites necesarios para que el posparto fuera menos doloroso. Y eso hice, en este caso, no para aliviarle las posteriores molestias, ni para que la cicatriz fuera lo menos visible posible, ni para que pudiera regresar a su vida laboral, personal o social a menos tardar, era para salvar la vida de Shanduna, quien

inconsciente, perdía sangre a borbotones y, además, tenía un boquete abierto por donde podría entrar cualquier bicho que a buen seguro nada bueno traería. Pedí la aguja y me impresionó tenerla a mi lado al instante, empezando el laborioso e importante proceso de cerrar la herida. Antes, unas manos afanosas me la habían limpiado todo lo que consiguieron, para poder ir viendo por donde cerraba. La operación era costosa, capa a capa debía ir ensamblando músculos, tejidos y pieles de tal forma que el cuerpo pudiera volver a funcionar. Estaba tan concentrada en mi faena que no presté atención al jolgorio que se formó a mi alrededor: los llantos evidenciaban el porqué de la alegría. Yo también la compartí, pero sin inmutarme, sin levantar la cabeza, solo para mí misma: había salvado al niño, eso ya era mucho, teniendo en cuenta la extrema situación. En ese instante, mi deber era recuperar a la madre. Incluso escuché la voz de Shanduna, sus gritos de agradecimiento, que obvié, sus lamentos en este caso de felicidad. «¡Es niño!», también aprecié, aunque nada, no me inmuté ni una pizca, las manos que a mi lado hacían las funciones de enfermeras, tampoco se descolocaron. Había avisado al principio cuál sería su labor, y la estaban cumpliendo a la perfección de manera aplicada y concienzuda. El hilo se acabó y, al abrir la boca para pedir más, levanté la vista y me quedé sorprendida por la persona que, a mi lado, con una aguja, esperaba mi solicitud. Otamba me alargó lo que yo deseaba, como si me hubiera leído la mente.

—*Lo he calentado al fuego y tengo las manos limpias* —me tradujo la madre de Olaf, también una de mis incondicionales desde el principio, quien igualmente no se había dejado influir por la alegría de la sala.

—Eres fantástico, Otamba, quédate aquí, mira cómo coso a tu madre.

Él se mantuvo cerca. Yo le había dado permiso y nadie se sentía con poder para quitarme la razón. En aquel momento debía de ser una especie de diosa, enviada para salvar la vida de una de las personas de su tribu, y no una cualquiera: la mujer y el hijo del jefe.

Tardé, mas con paciencia, proseguí mi cometido con unos calambres en la zona baja de mi espalda que iban aumentando, llegando incluso a formarse un cinturón de dolor que se iniciaba en mis vértebras sacras, daba la vuelta por mis caderas, llegaba hasta el bajo vientre y bajaba por ambas piernas: una agonía causante de que cada cierto tiempo, abandonara mi obra para replegarme hacia atrás. Me había puesto de rodillas, por ello, en los momentos de máximo quemazón, descansaba el culo sobre los tobillos para soportar el

intenso pesar soportado. Mis compañeras debían de entender mis actos como una forma de concentración; sin embargo, empecé a intuir que aquello era algo distinto, muy distinto, tremendamente distinto, infinitamente diferente, pero no dije nada, proseguí y proseguí, haciendo descansos cuando mi interior lo ordenaba, y acelerando mis manos cuando el daño pasaba. Hasta que, de repente, cuando el quehacer que me ocupaba estaba a punto de finalizar, un torrente de agua se precipitó entre mis piernas. Me quedé tan quieta, tan estática, con la mirada sumamente cargada de impresión y susto, que ya no pude disimular más lo que sabía: todas las mujeres me miraron y temieron cualquier mensaje negativo por mi parte sobre la operación que estaba realizando, todo, menos el mensaje que di.

—Estoy de parto, acabo de romper aguas. —A mi alrededor, se formó de nuevo revuelo, antes parecía que la situación estaba mucho más calmada, Shanduna había apaciguado al pequeño llorón; Jarimba había terminado de lavarlo y curar su ombligo; yo había enunciado hacía pocos minutos que estaba terminando; y la madre viviría sin problemas, avisando a la curandera de que fuera preparando un vendaje con lo que ella considerara necesario para aplicar en la herida y así esquivar infecciones y mejorar la cicatrización; sin embargo soltaba aquella bomba, produciéndose la detonación que causó el jaleo, acallado hacía unos instantes.

Todas las mujeres empezaron a opinar, a decir, existía tal alboroto que la madre de Olaf no daba abasto a traducir, y yo, la verdad, ni prestaba atención a todas las palabras que me fue dando. Seguí con lo mío: ya no me quedaba nada y debía aprovechar los espacios entre contracciones. Durante las mismas, el temblor de mis manos por la agonía no me permitía seguir cosiendo. El líquido amniótico se iba secando entre mis piernas, me resultó impactante lo que se sentía al romper aguas: mis clientas siempre me preguntaban y yo daba unas explicaciones, basadas en la ciencia y la investigación. No obstante, aquello no tenía nada que ver con vivirlo. Si alguna vez regresase a Madrid, si volviese a atender a embarazadas, y si alguna de ellas me lo preguntase, mi respuesta sería la siguiente, mi propia experiencia: «será como si tuvieras un globo del tamaño de un puño grande lleno de agua caliente entre las piernas, y, de repente, explotara, vertiendo todo su líquido interno, escurriéndose por tus muslos. Eso es lo que sentirás».

—Creo que ya está —grité, no me quedó otro remedio con el alboroto que había a mi alrededor—. Shanduna, quedarás bien —hablé por fin con la

madre, quizás había sido un tanto desconsiderada, pero la urgencia lo requería —. Me alegro mucho de que tu hijo esté sano y sea un varón, ahora me voy a la tienda de Jarimba, creo que me toca a mí.

Ella habló, me agradeció mil veces mi intervención, si bien, no le hice mucho caso, ni a ella ni a nadie: mi calvario llevaba un rato martirizándome y debía prepararme para lo que venía a continuación. Me ayudaron a levantarme y Jarimba se lanzó sobre la recién parida para ubicar sus vendajes y pomadas.

—*Lleva a Clara a mi choza. Yo iré pronto, muy pronto, no tardaré.* —Se dirigió a la madre de Olaf.

—*Yo acompañaré a Clara* —dijo rotundamente Otamba. Nadie puso objeción. Me agarró de un hombro, prácticamente me elevó con su cuerpo aún no desarrollado, mas al parecer fuerte. A mi otro lado se situó la madre de Olaf y aunque otras también se dispusieron a acompañarnos, yo dije algo que quizá no sentó muy bien; no obstante, era mi parto y sería como yo deseara.

—No quiero que venga más gente, perdonad, pero en mi país la tradición es que solo pocas personas estén con la embarazada en estos momentos. —Me inventé un poco la excusa, porque no las iba a decir que me mareaban sus gritos. Tampoco nadie argumentó nada, parecía que se aceptaban mis costumbres.

A duras penas, llegué a mi hogar, o lo que yo consideraba como tal. Lo que sí comprobé al acceder, es que Nicolás no estaba, y me entró un pánico horrible porque me había olvidado de él.

—¿Dónde está Nicolás? ¡Me olvidé del bebé!

—No te preocupes —contestó con tono apaciguado la madre de Olaf, nosotras nos acordamos de que estaría en la tienda de Jarimba. Mandé a una mujer para que lo cuidara, estará bien protegido.

—¡Menos mal! ¡Cómo pude olvidarle!

—Eres una buena médica y te centraste en cuerpo y alma con quien realmente te necesitaba, ahora, tumbate o, bueno, sigue de pie o ponte de cuclillas, no sé cómo es el procedimiento en tu raza. —Buena pregunta, ¿cuál era el procedimiento en mi raza?

—Por ahora me tumbaré. —Yo tampoco tenía muy clara la respuesta.

Otamba parecía asustado en una esquina; a mí, por alguna misteriosa razón, la presencia de aquel joven me reconfortaba, y el padecimiento que estaba sufriendo incomodaba tanto mi cuerpo que sus ojos fueron un punto donde

apoyarme.

—Otamba, ¿te pondrías aquí, a mi lado?

—*Sí, sí.* —Avanzó sus pasos, situándose justo donde debía de estar la cuna de Nicolás. Supuse que la encargada de acoger el niño había decidido llevarse el mueble incorporado: conociendo a mi bebé negro, seguro que estaría plácidamente dormido y la susodicha, para evitar despertarle, habría dejado al bebé en su camita, levantándola y llevándosela por los aires.

—Sabes, en mi país lo normal es que los padres estén al lado de su mujer durante todo el parto —aleccioné a mi pupilo, gracias a mi traductora—. Desde que la madre empieza en su casa a percibir los dolores, la lleva al hospital, la inscribe en él y pasa en la habitación el tiempo necesario, animándola y alentándola durante la fase de dilatación. —No me preguntéis por qué le estaba dando aquella chapa, con términos y situaciones totalmente estrambóticas para un chaval bosquimano, incluso, tampoco sé cómo la madre de Olaf se las arreglaba para transmitir mi mensaje, porque, teniendo en cuenta el escaso vocabulario de su lengua, tenía que vérselas y deseárselas para conseguirlo. Pero ella no se quejaba, solo en ocasiones me ponía la mano en el brazo para que cortara mi voz y se iniciase la suya—. Cuando la mujer ya está preparada para sacar a su hijo, la suben al paritorio e, incluso allí, su pareja está presente. Es bueno para todos, es a la conclusión que hemos llegado los médicos desde hace años. Antes, los padres esperaban fuera, dando vueltas como locos, deseando escuchar el llanto de sus hijos; pero eso es una tontería, las madres sufrían por la ausencia de sus compañeros; y ellos, por no poder ver qué ocurría. —En ocasiones tenía que parar mis frases, soportaba el desgarró, me retorció sobre el camastro y retomaba la voz, supongo que ellos imaginaron que era mi forma de sobrellevar la tortura—. En mi opinión, la paciente se relaja de una forma increíble en cuanto su marido se pone a su lado, lo he visto miles de veces: mientras que a ellos les visten, para poder acceder al quirófano, en mi país se les pone una ropa especial, evitando así infecciones indeseables, las madres no dejan de preguntar por ellos, y cuando aparecen la relajación de la mujer es tal, que acelera el alumbramiento, mejora las pulsaciones del bebé y las de ellas, ¡es impresionante! Lo que hace la mente humana. Y además es bueno que los hombres vean el dolor, el esfuerzo y el sacrificio que deben aplicar sus compañeras para darles a sus hijos. Porque somos las mujeres quienes parimos, las que soportamos el horrible sufrimiento de abrirnos para sacar a la vida a vuestros hijos, a los

hijos que también serán de los padres. —Me puse tremendamente feminista, lo reconozco, y además estaba metiendo demasiados pájaros locos en la cabeza de Otamba; sin embargo, seguro que nadie le habló, y no sé si le habrán vuelto a hablar así, con tanta franqueza del milagro de la vida. Él no decía nada, no opinaba, tenía los ojos como platos y la madre de Olaf, exhausta, justo al lado contrario del hijo del jefe, lo único que hacía era transferir mis frases, y lo más probable es que lo hiciera intentando ser lo más similares posibles.

—*Ya estoy aquí* — interrumpió la vieja—. *¿Cómo va el parto?*

—Jarimba, tienes que mirarme —exigí— yo no puedo saber de cuánto estoy.

—*Jarimba te mirará.* —Metió su mano, antes se la lavó para mi alivio, y confirmó lo que imaginaba: el tema estaba embalado—. *Me cabe casi la mano entera.*

—Bien, bien... Eso es bueno, estoy a más de la mitad, con nueve o diez centímetros la cabeza de mi Lola querrá salir. Todo irá bien..., todo irá bien.

—*Yo lo prepararé, tú debes estar tranquila.*

La mujer sin descanso tiró sobre una manta lo traído y empezó a lavar, colocar e instalar su material: tendría que confiar en ella, yo no podría atenderme a mí misma y me entró algo de pavor al pensar en qué haríamos si la niña también venía mal colocada. Aunque me terminé convenciendo de que esa posibilidad era improbable, por una razón un tanto idiota, pero que a mí me valió. «Por estadística es imposible que estés presente en tres partos seguidos con complicaciones», me dije. Y así era, ese dato lo saqué una vez del archivo informático de mi clínica, nunca había atendido más de dos operaciones con dificultad y me quedé tan pancha. Menos mal que no caí en la cuenta de que antes de que una mujer llegara al paritorio, habíamos mirado y remirado los mil ratios que nos determinaban si podía o no pasar esa fase, y por tanto, la probabilidad de que la subiéramos con el niño descolocado, con la placenta por delante, sin dilatar lo suficiente, con riesgo fetal, con tamaño excesivo de la cabeza del niño, o con espacio reducido interpélvico, amañaba las estadísticas, las cuales, en el fondo, no eran reales. Si bien, yo no tuve en cuenta aquellos aspectos, y, con toda la seguridad del mundo, me apoyé en tan idiota teoría, previendo que mi parto sería perfecto.

—¿Sabes, Otamba, por qué creo que la naturaleza nos hace sufrir tanto para traer al mundo a nuestros hijos? —Reinicé mi discurso, lo usaba como forma de relajación y funcionaba.

—*¿Por qué, Clara?*

—Si no sufriéramos, si fuera fácil, si de repente el bebé saliera por un agujero, sin una pizca de dolor, le querríamos, sería nuestro hijo, pero quizá no tendríamos ese sentimiento tan increíble de apego que tiene una madre con su cría recién nacida, haciéndola enfrentarse a quien haga falta, ya sea cien mil veces mayor que ella, para proteger a su descendiente. Si no padeciéramos, si resultara inocuo y simple, a lo mejor un día que tuviéramos mucho sueño y viéramos que se alejaba nuestra cría, la dejaríamos marchar, ya iríamos después a buscarla, y, bueno, si le pasa algo, ya tendríamos otro; y, si tuviéramos mucha hambre y hubiera escasez de alimento, quizás diríamos, bueno, pues aunque sea una pena, le dejaré sin comida y más adelante, cuando haya suficiente, tendré otro; y si se sube a un árbol, de forma temeraria y pudiera caerse, a lo mejor estaríamos tan hartas de decírselo que terminaríamos dejándolo en paz... Creo que la naturaleza, además de dar a la madres ese increíble sentimiento maternal, el cual no tiene base científica y es más un misterio que algo analizado, nos hace sufrir los peores martirios, los mayores calambres y el padecimiento más fuerte, para que una vez que conseguimos superarlo y mirar a nuestra cría, el lazo sea tan irrompible que haremos lo que sea para que ella viva, incluso dando nuestra propia existencia, incluso muriendo nosotras por ellos, porque lo único que queremos es que ese ser por el que tanto hemos pasado, siga adelante en la carrera de la supervivencia.

Apagué mi voz y el silencio se formó a mi alrededor, supongo que los cuatro razonábamos mi teoría, que podría ser el desvarío de una parturienta alocada, o una hipótesis digna de ser recogida en los manuales de ciencias naturales. Jarimba confirmó que la fase de pujos estaba cerca: la llegada al mundo de Lola sería rápida, tenía ganas de salir, lo percibía y yo aún más de sacarla.

—Por eso, creo que los hombres deben estar presentes en este momento tan inolvidable, Otamba. —Quería acabar mi discurso y quedaba poco tiempo—. Para que también ellos entiendan el dolor que se produce para traer a sus hijos a la vida, y así puedan igual que sus madres crear esos lazos de apego tan fuertes que les unirán a la familia para siempre. Si estuviera en España, ahí estaría Fabiano.

—*¿Fabiano es tu marido?* —Otamba había hablado poco, pero en ese momento intervino.

—Sí, Fabiano es el padre de Lola.

—*Pues yo seré Fabiano, estaré a tu lado en el parto, seré el hombre.*

—Gracias, Otamba. —Le agarré la mano y él me la apretó con cariño—. ¡Jarimba, Jarimba! Creo que la niña quiere salir, quiere salir, lo noto, ¡está bajando!

—*Tranquila, Clara, tú eres médica, pero ahora yo soy la médica y tú la paciente. Haz caso a esta vieja, he traído muchos niños a la vida, probablemente, más que tú.* —Y sí, es posible que Jarimba tuviera razón, por lo que me dejé en sus manos.

Experimentar en el propio cuerpo lo estudiado no tenía nada que ver, absolutamente, nada que ver. Hacía minutos que deseaba con todas mis fuerzas que un anestésista hubiera aparecido por arte de magia, con una de esas agujas divinas con las que conseguía eliminar el dolor: la epidural. Sin embargo, en aquel momento, comprendí que si hubiera sido así, no habría percibido el impresionante momento en el que me encontraba, sentir cómo mi hija deseaba venir al mundo, la forma en que ella, por medio de algún mecanismo aún por descubrir, un milagro para la medicina moderna, iniciaba el descenso milimétrico de su cabecita en total compenetración con la parte animal de mi cuerpo, que aumentaba las contracciones y las ganas exasperantes de empujar.

Me amarré a mis dos rodillas, pidiéndole a Otamba o Fabiano, que ojalá estuviera allí, que me ayudara, poniendo su mano también en ella, idéntico encargo para mi otra articulación, donde situé la mano de la madre de Olaf. Jarimba, entre mis piernas, pedía empujar; y yo dándome impulso con ambas manos, levantando la cabeza y clavando prácticamente la barbilla en mi pecho, pujé y pujé tal y como les pedía yo a mis clientas. Me dejé guiar por Jarimba, con unas inmensas ganas de intervenir, con miles de incertidumbres y aportaciones: ¿Ha coronado? ¡Cuidado, no me desgarre! Si ves que el tejido está demasiado tirante, haz un corte limpio. ¿Tienes la cabeza? ¿Debes girarla para que pasen los hombros? Hay que hacerlo con una técnica especial... Y miles de sugerencias y órdenes que no di. Me las callé todas, me las comí, las mastiqué y me sirvieron para aumentar mi rabia y seguir empujando, cuando la vieja daba la orden. «Esta fase es la más fácil», decía yo siempre a mis pacientes, «después de lo que llevas, esto es solo el remate». ¡Joder! ¡Menudo remate! No volvería a decir aquello nunca más, jamás, me lo prometí, porque dolía, dolía con ganas y costaba lo suyo. Pero Lola venía con fuerza y yo reforcé su ímpetu: Jarimba enunció la frase, aunque no lo necesitó, la sentí, a

mi hija, a mi primogénita, a mi Lola, noté cómo salió a la luz entre mis piernas, percibí a la perfección cómo le di la vida.

—*El bebé está aquí* —confirmó Jarimba para el resto—. *Es un bebé sano* —añadió con él de la mano, llorando a moco tendido, sin necesidad de que nadie la ayudara—. *Es una niña y tiene fuertes los pulmones. Quien llora fuerte al nacer, tendrá una buena vida. Esta niña la tendrá, es mi presagio.* —Eso me encantó, me emocionó aún más de lo que estaba.

La recibí con mi pecho desnudo, no había tenido ningún pudor en quitarme toda la ropa para hacerlo más natural, como lo hacían en la tribu. El amasijo de carne, escasa carne, envuelto en sangre y tejidos, incluidos sus propios excrementos, me llenó de una emoción tan intensa que el llanto llegó para diluirla.

—Eres rápida, Lola, acabas de nacer y ya sabes respirar, llorar y cagar. — A mi lado, se rieron, después de la traducción. Al mirar sus rostros, me impresionó ver que las lágrimas no solo inundaban mi cara, descompuesta por el esfuerzo, sino que campaban a sus anchas por las de la madre de Olaf y en Otamba. Sentí que él se ruborizaba, cuando le descubrí, intentando quitárselas.

—Otamba, no te avergüences por llorar, las lágrimas de felicidad o angustia son dignas tanto para hombres, como mujeres. Es simplemente el mecanismo que tiene nuestro cuerpo para desahogarnos, para expresar al exterior nuestros sentimientos, algo natural, algo que ha puesto ahí la naturaleza, la madre naturaleza y a ella le honra que las uses ahora.

—*Los hombres de la tribu no lloran. Llorar es de mujeres.*

—Eso es una tontería, los hombres también lloran, por qué no hacerlo cuando es necesario. No digo a todas horas, hay que ser fuerte, pero ahora mismo, ¡qué mal te hacen esas gotas ahí! —Se las toqué. Jarimba estaba enfrascada en arreglar mis zonas bajas y en limpiar a mi Lola. Yo la dejé, no quise entrar mucho, pero tenía alguna duda inevitable que me estaba carcomiendo por dentro.

—¿Tengo mucha herida, Jarimba? ¿Sangro mucho?

—*Tú sangras lo normal. No tienes herida, el parto ha sido limpio. La cabeza del bebé era pequeña, mañana podrás andar.*

—Sí, Lola es pequeña, muy pequeña. —La estrujé, la vieja había vuelto a dármele, después de asearla: era tan diminuta. ¿Qué pesaría? A los dos kilos, desde luego, no llegaba, quizá en mi país hubiera acabado en incubadora,

aunque allí seguramente mi mejor alimentación hubiera provocado su mayor tamaño.

—*Pequeña, pero muy fuerte y llena de vida*—añadió Jarimba para animarme.

—Demasiado que está viva y sana, después de pasar el último trimestre del embarazo en unas condiciones horribles, encarcelada, con mi sufrimiento, las palizas que me di por el desierto, casi mi muerte y encima compartir las pocas reservas que tendrían mi cuerpo con la leche suministrada a su hermano. Lo que no sé es cómo la pobre pudo engordar.

—*Ella es fuerte como tú. Clara, eres fuerte y tu hija Lola, también. Pronto mamará y engordará.* —Sentenció Jarimba.

Y es verdad, Lola, con su minúscula boca, se enganchó a mi pezón y no tuvo que poner mucho ímpetu para sacar el líquido que le daría la vida, porque su glotón hermano había activado lo suficiente el mecanismo con su insistente apetito, y la leche salía a borbotones de mis senos. Yo estaba muy delgada, siempre lo había sido, pero en aquel momento mucho más que antes de salir de Madrid. Había perdido lo poco que acumuló mi cuerpo durante la estancia en Windhoek, y la comida, aunque no me faltaba en el pueblo bosquimano, tampoco era excesivamente abundante; sin embargo, fabricaba leche, mucha leche y allí, dando de mamar a Lola, me pregunté si sería suficiente para los dos bebés.

—*Clara, te admiro* —dijo Otamba—. *Admiro a la mujer. Las mujeres sois más fuertes que los hombres, mucho más fuertes. Los hombres creen que son más fuertes que las mujeres, pero no es cierto, vosotras sois lo mejor. La mujer tendría que ser jefa, tendría que ser venerada.*

—Gracias, tienes razón, nosotras hacemos algo increíble en este mundo que es traer a los niños a la vida, pero, sin vosotros, no podríamos hacerlo. Estoy contigo, se tendría que venerar más a la mujer y no pensar que por el simple hecho de que los hombres suelen ser más altos y más musculosos que ellas, sean también más fuertes. Somos iguales, Otamba, cada uno con nuestras virtudes y defectos.

—*Te admiro, Clara, admiro a mi madre, admiro a la mujer.*

No quise decir más, había revolucionado la mente de aquel joven y esperaba que mis ideas innovadoras no le perjudicaran en su futuro. Confiaba en que le sirvieran para ser más equitativo con su pueblo, no obstante, las

tradiciones son complicadas de modificar y aquel chico, presentía que si algún día fuera jefe, podría cambiar algunas reglas de su tribu o, al menos, transmitir a sus descendientes sus pensamientos, para que ellos, con el paso del tiempo, los fueran aplicando.

Nos quedamos los cuatro anonadados. Jarimba, limpiando y colocando la choza, ayudada por la madre de Olaf. Otamba, mirándome, mirándonos, centrado en sus pensamientos, en el cruce de las ideas que le producían todas y cada una de las palabras enunciadas aquella tarde. Yo, Clara Montes Parra, junto con mi Lola, mi dulce Lola, mi hija, la carne de mi carne, adorando su cuerpecito y su forma de mamar, observándola con un cariño tan inmenso y placentero que conseguía apartar el agotamiento de mi propio ser. Recordé a su padre, Fabiano, mi amor, mi futuro esposo, el hombre de mi vida... Algún día regresaría a su lado..., volveríamos a retomar nuestros planes de ir a Madrid, vivir juntos, criar a nuestra Lola en común... Y Nicolás, ¿aceptaría Fabiano al bebé negro?... Seguro que sí: él era compasivo... Le encantaban los niños de su orfanato... Le aceptaría como suyo... Tendríamos la parejita..., hermanos para siempre... ¿Y mis padres? Me acordé de ellos, de toda mi familia, pero en especial de mis progenitores, obtendrían dos nietos sin esperarlo... Recibirían dos preciosos bebés, cada uno con sus nombres... Cada vez el reencuentro estaba más cerca... No tardaría en volver a verlos... La vida se llenó de esperanza, de seguridad, de emoción y sobre todo de tranquilidad, porque lo peor había pasado... ¿O no?

CAPÍTULO XI: TRAVESÍA POR ÁFRICA

Los hombres regresaron al poblado cuando en el cielo, aún de color azul oscuro por la claridad del astro rey, se libraba una batalla para impedir que llegara la noche; aunque el sol intuía su derrota al igual que cada día. En el firmamento estaban apareciendo tímidas estrellas que presagiaban la cercanía de lo que se avecinaba. El grupo estaba cansado, pero eufórico, había sido una cacería estupenda, comerían una buena cantidad de carne en los próximos días, y las pieles de las presas les servirían para realizar los múltiples utensilios que conseguían con su habilidad, o mejor dicho con las manos de sus respectivas mujeres, hijas y madres, expertas en el arte de la transformación del cuero. Deseaban divisar cuanto antes el poblado para asentarse en terreno conocido.

Se sentían encantados de regresar a sus hogares y al adentrarse en el pueblo, cada uno de ellos llevaba cientos de palabras preparadas para emitir, aventuras que contar a sus hijos y comentarios para sus mujeres; sin embargo, todas aquellas posibles frases ideadas durante la larga caminata se quedaron encajadas en sus gaznates, al ir recibiendo las noticias impactantes de los hechos acaecidos durante su ausencia. Cuanto más conocían por parte de sus familias, más se les iba abriendo la boca en señal de asombro. Algunos tuvieron la tentación de quejarse por los variados reglamentos quebrantados durante su ausencia, no obstante, la voz al orden del jefe, determinando que Clara, su hijo Otamba y todas las mujeres, incluida la suya, habían obrado correctamente, acallaron las escasas protestas que se habían enunciado con la boca chica y por una mínima parte del grupo.

El jefe primero visitó a su mujer, su nuevo descendiente y el resto de su prole, certificando la salud en todos ellos. Cuando salió de su vivienda y comprobó el alboroto, divisando varios grupos diseminados, hablando del

tema en cuestión, decidió tomar cartas en el asunto, antes de que los cuchicheos pudieran enredar la madeja. Con su voz al orden, avisó a los cercanos para que expandieran la noticia de que se celebraría una reunión esa misma noche: todos debían acercarse a la hora estipulada al fuego sagrado, o lo que venía a ser la hoguera que prendía Jarimba de una forma especial, y que se llevaba a cabo en situaciones específicas. La totalidad de la tribu estaría presente, hombres, mujeres, niños, ancianos, sanos y enfermos... La totalidad, sin excepción, y así se fue pasando el «bando municipal» de boca en boca, a falta de *email*, televisión, radio o correo... Era su forma de comunicación.

Clara, ajena al entramado formado, había encontrado el sueño reparador en la tienda de Jarimba, quien le había dejado anclado a uno de sus pechos a su pequeña Lola, y a Otamba como cuidador. Ella salió al encuentro de los hombres, y certificó con sus palabras la apropiada decisión del jefe, decidida a preparar el fuego sagrado y a intervenir, si fuera necesario, ante alguna voz de oposición hacia su protegida. El sentimiento de admiración, cariño y apego, que se había alojado en su viejo corazón hacia la desconocida que atendía bajo su techo, se había acrecentado durante aquella jornada, tomando un matiz inesperado que nunca había percibido en sus largos años de vida. Sentía, en general, por todos sus vecinos un aprecio significativo: a muchos había curado; a casi todos traído a la vida; hablaba de miles de aspectos con ellos; era su confesora, su médica y abuela. Incluso disfrutaba de una relación espacial con la mujer que probablemente la sustituiría cuando la naturaleza se la llevara al otro mundo, a quien llevaba instruyendo desde hacía unos años...; sin embargo, con Clara, Nicolás y ahora la pequeña Lola, empezaba a experimentar los lazos de unión que suponía que se podría tener con una familia, sensaciones que asustaban a la vieja, porque en el momento que les perdiera, sabía que no estarían allí para siempre, sufriría y cuanto más alto fuera aquel amor que crecía en su interior, mayor el dolor por su falta.

La madre de Olaf se prestó para permanecer al lado de la bella durmiente: no querían dejar sola a Clara, pero, en general, todo el mundo deseaba participar en la expectante reunión. A ella no le importó quedarse en la tienda de Jarimba, imaginaba lo que se diría en la asamblea y cuando el jefe pidió un voluntario, no dudó en ofrecerse. Desde la lejanía, vio a la tribu completa, acomodada alrededor del fuego sagrado. La curandera lo había prendido con sus bailes y cánticos, la gente permanecía sentada y callada, a la espera del mensaje de su líder. Este, subido sobre la tocona de oradores, comenzó su discurso. Le hubiera gustado escuchar, mas cerró la cortina, sentándose al lado

de la recién parida: la pobre tenía que estar exhausta, ¡menudo día había tenido!

—*Muchos sabéis lo que hoy ha sucedido en el poblado. Mientras los hombres cazábamos, Shanduna se ha puesto de parto.* —Shanduna, al igual que Clara, eran las únicas perdonadas con permiso para ausentarse del cónclave, pero al día siguiente conocerían íntegramente el contenido de las frases enunciadas, a razón de que alguien se encargaría de revelárselas—. *El parto iba mal, todo salía mal... Jarimba es una mujer sabia y buena curandera, pero tiene sus límites... Ella no podía ayudar a la madre ni dar vida a su hijo. Sabemos que eso a veces pasa. A veces, los partos se complican... Todos lo sabemos. Todos conocemos madres que han muerto al dar vida a sus hijos. Todos sabemos de hijos muertos al ser paridos... Mi hijo, Otamba, también lo sabía. Él oyó a Jarimba cuando dijo que Shanduna moriría y que el hijo de su vientre también, por eso fue a buscar a Clara: sabía que ella es curandera en su país, como Jarimba, pero con una mayor sapiencia... Clara salió de la tienda, pero no rompió promesa, porque era una necesidad. Yo la perdono, todos la perdonamos... Otamba entró en la choza donde se estaba produciendo el parto para llevar a Clara. No rompió la tradición, porque era una necesidad. También le perdono, todos le perdonamos... Gracias a Clara y Otamba, Shanduna vive y mi hijo vive. Nuestro pueblo debe agradecer a Clara y a Otamba lo que hicieron, debemos honrarlos... Hijo —se dirigió directamente al chico que, de pie, a su lado, era el blanco de todas las miradas—. Hoy te has comportado como un hombre, has sido valiente como un hombre..., para mí ya eres un hombre. — Le marcó con una cruz roja en la frente, que según su cultura, se aplicaba a los hombres que habían realizado alguna proeza: salvar a un compañero de un peligro, arriesgar su vida, impedir que un niño cayera, evitar un accidente...*

—*Gracias, padre, yo acepto la señal y la honraré, seré siempre un hombre valiente, un hombre como tú: un buen hombre.* —Padre e hijo estaban emocionados, sintieron la presión de las lágrimas en la garganta, si bien, las contuvieron y no se dejaron llevar por la fraternidad increíble que les unía: los hombres de la tribu no lloraban, y ahora eran los dos iguales.

—*Clara es ahora uno más de la tribu... Ella ha salvado dos vidas de nuestro pueblo. Las salvó incluso estando de parto, aguantó su propio sufrimiento, soportó su dolor y salvó dos vidas de la familia del jefe... Ella será de mi familia, será de la tribu. Todos la honraremos, todos se lo*

agradeceremos y todos debemos aceptarla... Ella podrá quedarse con nosotros el tiempo que quiera, el tiempo que necesite... Sus dos bebés, Nicolás y Lola, son de la tribu y tendremos que proveerlos a los tres... Yo los mantendré, porque son de mi familia... Si Clara quiere venir a mi choza yo la aceptaré... Ella y toda su familia podrán vivir en la choza del jefe.

El público escuchaba alucinado el discurso de su patriarca, resultaba tan intenso, impactante y sorprendente que hasta los niños se mantuvieron callados, asustados por el gesto impresionado que portaban sus padres. Sabían que el consejo traería sorpresas, lo de Otamba lo entendían, le perdonaban, le aceptaban, y por supuesto, honraban; sin embargo, lo de la mujer blanca fue un poco extraño, inesperado, atípico en su clan, sin precedentes. A la vez, ninguno fue capaz de expresar oposición alguna cuando el cabecilla ofreció la posibilidad, ni siquiera Gimba o su familia o los clanes afines a ella mostraron ninguna pega a las órdenes emitidas, porque el peso de las palabras del jefe, las razones y lo que había realizado la extranjera, en el fondo, era de suficiente envergadura como para debatirlo. Algunos no aceptaban de buen grado que «ella», «esa», «la blanca», fuera uno más de la tribu, pero no localizaron la valentía para decirlo en alto. Muchos, por el contrario, lo vieron lógico, cabal, incluso una obligación.

—Si nadie tiene nada que decir y todos estáis de acuerdo, añadiré que soy un hombre feliz. Ahora me iré a mi hogar... Me voy con mi nuevo hijo y mi mujer... Mañana hablaré con Clara... Ella ahora debe descansar... Todos descansaremos... Mañana el sol saldrá y verá cuatro vidas nuevas en nuestra tribu: Clara, Nicolás, Lola y mi hijo.

El discurso había finalizado, costó que las gentes se fueran retirando, había mucho que comentar, pero la orden del patriarca se iba instalando en cada una de las familias, quienes aceptaron con pesar tener que retirarse a sus viviendas: habría tiempo al día siguiente para tratar tendidamente sobre el tema escabroso.

—Padre, te pido permiso para dormir hoy en la choza de la curandera —rogó Otamba, estando a solas con el jefe—. Así podría cuidar a Clara y Lola. Jarimba está mayor. Madre y su recién nacido están en tu choza y les puedes cuidar. Pero Clara y su bebé solo tienen a la vieja a su lado. —Otamba temía una negativa, no obstante, en el fondo no había nada que perder. Acababa de recibir la cruz roja, aquello le daba prestigio, le daba valor.

—Sí, debes dormir con ellas, quédate esta noche en la choza de Jarimba.

Me despertó un enorme balanceo y mi nombre enunciado con nerviosismo y energía.

—*¡Clara! ¡Clara! ¡Despierta! ¡Los hombres negros malos están aquí! He oído la señal. ¡Clara! ¡Despierta! ¡Levanta! ¡Escóndete!*

—*¡Qué pasa, Otamba! ¡Qué sucede!* —Estaba dormida, descolocada y muy asustada. Noté a mi Lola en el pecho, me ubiqué en la tienda de Jarimba, recordé que era madre, que tenía dos bebés, que había salvado al hijo y la mujer del jefe, pero no entendía en medio de todos esos recuerdos la insistencia de Otamba, sus prisas y movimientos asustados.

—*¡Los hombres malos están aquí! ¡Debes esconderte! ¡La señal!* —Emitió el silbido característico, en bajito, si bien, tremendamente esclarecedor para mí, a la vez que dejaba a la vista mi agujero y lo indicaba con su dedo.

—*¡Dios mío!* —Levanté demasiado la voz; él situó su dedo sobre mi boca, indicándome que no hablara alto—. *¡Qué voy a hacer! ¡Tengo a Lola! Tendré que esconderme con ella, ¡y si llora!* —declaré mientras me acercaba torpemente hasta el agujero: había dado a luz el día anterior. Otamba me ayudó a entrar en él e instaló lo que haría las funciones de tapadera obturando mi salida. Me quedé a oscuras, en silencio, con Lola aún dormida, apretada contra mi pecho gracias a la prenda anudada que me había colocado Jarimba la noche anterior. Recordé sus palabras, aconsejando que para los bebés pequeños la mejor situación era ubicarlos constantemente sobre la piel de sus madres, mantenerse siempre cerca del pezón, del corazón, para que no tuvieran que realizar ningún esfuerzo, ya fuera llorar, quejarse o moverse para mamar. Decía que era esencial que un recién nacido con pocas carnes aumentara pronto de peso. No debía perder calor y, por ello, resultaba mejor evitar que empleara sus fuerzas en pedir alimento; este debía estar siempre a su lado. Yo compartí todas sus aportaciones, tenían su base científica y en aquel momento además significarían mi salvación, porque aunque Lola podría llorar y quejarse en cualquier momento, las probabilidades de que ello ocurriera eran mucho menores si seguía anclada a mi pecho, cerca de mi piel y con el sonido del “tan” “tan” de mi bomba circulatoria acunándola.

No sabía qué ocurriría fuera, qué haría Otamba con Nicolás, lo único cierto es que yo debía permanecer en tan horrible lugar el tiempo que fuera necesario, en un total silencio, angustiada por lo que pudiera suceder y aislada

de la realidad.

Otamba no perdió tiempo, una vez instalada Clara y su hija en el lugar que debía, cogió a Nicolás y la cuna. No sería bueno que un mueble como ese estuviera en la choza de una mujer curandera; no sabía los conocimientos sobre bosquimanos que tendrían los visitantes, no obstante, cuantos menos palos dejara al aire, mejor. Antes de salir, miró por la cortina. Les vio hablar con Olaf, estuvieron un rato que se le hizo eterno, conversando a saber qué con el hombretón decolorado, hasta que sin esperarlo, se colaron en una de las tiendas: era el instante que estaba esperando. Salió corriendo y accedió al primer hogar, el más cercano a la vivienda de Jarimba: sabía quién vivía allí, estaba al lado, y además había posibilidades de encontrar alguien en casa. No se equivocó, una mujer negra diminuta estaba cuidando a sus dos hijos.

—*Phandana, tú tendrás que quedarte con el bebé negro de Clara.* —Le tendió al niño y la joven solícita le arrulló en sus brazos—. *Toma también la cuna. ¿Has oído la señal?*

—*Sí, la he oído, por eso me he quedado dentro de la tienda con los niños. Este bebé será uno más aquí. Pon allí la cuna, allí están las camas de los niños. Vete y no te preocupes, yo lo cuidaré como a un hijo mío.*

—*Phandana, cuidalo bien* —afirmó con seriedad Otamba.

—*No te preocupes, ahora tengo tres hijos, puedes ir tranquilo.*

Otamba salió, los hombres negros malos volvían a estar en el exterior, seguían hablando con Olaf. Se acercó, pero no en demasía. Por los gestos de sus rostros, parecían mantener una conversación ligera, sin tensiones: decidió buscar a Jarimba, sería bueno que ella estuviera dentro de su choza. Si los hombres entraban, podría encubrir el escondite de Clara. Le temblaba todo el cuerpo, aunque la cruz que aún portaba en su frente, le dio fuerzas, valentía... Por Clara..., por Lola..., por Nicolás.

—Espero que no les moleste que registremos el pueblo —enunció fingiendo preocupación uno de los dos hombres negros que habían llegado en un todoterreno. Después de preguntar al primer bosquimano encontrado, el cual sin entenderles les guió hasta una tienda, se habían encontrado con un sujeto que, por suerte, conocía el inglés, y por ello les estaba facilitando la conversación.

—No, para nada, ya les dije que no tenemos nada que ocultar. —Continuó interpretando su papel Olaf, ya había escuchado la señal cuando un vecino entró en su tienda diciendo, en su idioma natal, que dos hombres negros acababan de llegar al pueblo. El jefe había dejado bien claro el comportamiento general a seguir, si sucedía lo que al final estaba ocurriendo: todos deberían actuar con total normalidad, incluso al hablar nunca se haría referencia a la mujer, porque los visitantes podrían engañar, fingiendo su desconocimiento de la lengua.

—No queremos que piense que dudamos de su palabra, pero tenemos obligación de buscar en cada uno de los lugares donde pudiera estar la mujer. El comisario así lo ha mandado y no nos queda otro remedio.

—Me parece lo más normal, a nosotros no nos importa. Entiendan que antes de dejarles entrar en las casas, tendré que comunicárselo a sus inquilinos. Puede haber mujeres o niños en situaciones no visibles.

—Sí, sí, me parece bien.

—Vengan, sigamos por aquí, no tardaremos mucho, somos un pueblo pequeño.

—Es extraño que conozca el inglés, ¿no?

—Bueno, tengo una historia un poco larga, mi padre era británico y él me lo enseñó.

—Y su padre, ¿dónde está ahora? —Las preguntas de aquel hombre le resultaban impertinentes e inapropiadas, no obstante, debía guardar una relación de lo más cordial con ellos. Pensar que aquellos dos indeseables habían torturado a Clara y a dos mujeres más, al menos que supiera, que estuvieran dispuestos a estrangularlas y robarles a sus bebés, le hervía la sangre, aunque no sería bueno actuar de una forma compulsiva: lo primero, sería proteger a Clara, más adelante se podría buscar venganza. Al menos eso decía siempre ella cuando hablaban del tema.

—Murió, por eso regresé al poblado. ¿Y cuánto lleva desaparecida la mujer blanca? —Intentó cambiar Olaf de tema. Los visitantes habían sido reacios a dar muchas explicaciones. Se presentaron como dos agentes de policía, no llevaban uniforme ni coche con insignias, pero él no dijo nada, prefería parecer ingenuo. Le contaron que una mujer blanca, con descripción exacta a la de Clara, se había perdido en una excursión de turistas, y al denunciarlo sus familiares, ellos estaban acatando el cometido de buscarla. Habían recorrido

parte del desierto y habían llegado a su poblado. Olaf no hizo preguntas, solo replicó que nadie había visto a una mujer por allí. El hombre insistió y Olaf le respondió con un argumento bastante convincente: «si algún habitante de este poblado se hubiera encontrado con una mujer blanca en medio del desierto, o si ella por su propio pie hubiera llegado hasta aquí, le aseguro que lo sabría, la noticia habría corrido por todo el pueblo, y además habría sido a mí a quien buscarían primero para intentar comunicarme con ella, igual que lo han hecho hoy al llegar ustedes». Los secuestradores se habían quedado bastante convencidos, y ante la pregunta de su interlocutor de: “¿Cuánto tiempo llevaba la mujer perdida?” Decidieron mentir un poco. Era uno de ellos el que había llevado toda la conversación y de dicha forma siguieron, así lo habían acordado.

—Unas semanas —declaró.

—Mucho tiempo, ¿tenía comida o bebida?

—No, que sepamos. —También improvisó.

—Pues no quiero ser negativo, pero me inclino a pensar que encontrarán mejor su cadáver que su cuerpo vivo, además, lo mismo no encuentran nada, porque el desierto se mueve. Hay tormentas de arena que lo barren continuamente y si queda sepultada, o se dedican a cavar millones de kilómetros o no darán nunca con ella, eso sin tener en cuenta los animales salvajes y los carroñeros...

—Sí, sí, sabemos que es difícil, pero nuestro deber es buscar.

Y eso hicieron, fueron entrando en todas y cada una de las cabañas del poblado, siempre después de que lo hiciera Olaf para comprobar el permiso de sus habitantes. Muchas estaban vacías, otras tenían personas; sin embargo, los bosquimanos se comportaron e intentaron actuar de la misma forma que harían si la mujer blanca no estuviera escondida donde todos sabían que estaba: esas eran las normas. Temían por los niños, siempre tan sinceros, pero los hombres negros no preguntaban, únicamente miraban, y la inspección no era demasiado exhaustiva. La choza de Jarimba estaba más o menos a la mitad del recorrido y le llegó su turno. Olaf percibió un nerviosismo incontrolable, una tensión infinita que tuvo que controlar realizando un gran esfuerzo para seguir hablando, moviéndose y tratando a aquellos dos, de igual forma que venía haciéndolo.

—Esta es la choza de la curandera, ella es Jarimba. —La vieja les miró con dureza, intentando imponerles respeto—. No le gusta que gente extraña

entre en su hogar, me ha costado convencerla, dice que es su lugar sagrado.

—Perdone, señora, pero tenemos que registrar todas las casas. —Los dos hombres miraron con detenimiento el lugar, lo analizaron palmo a palmo, la tensión en Olaf y Jarimba era infinita. Y además otra persona en el subsuelo había escuchado las palabras y abrazando con amor y deseo a su niña, rezaba incesantemente: «no llores, Lola, no digas nada, Lola, no te muevas, aguanta... Ya se van..., ya se van». En cualquier momento, un simple gorgorito del bebé destaparía toda la trama. Olaf estaba preparado para luchar, todo el pueblo lo estaba, los hombres y mujeres disimulaban encontrarse realizando sus quehaceres diarios, tenían las manos, los músculos y sus mentes dispuestos para la batalla.

Desde el discurso del jefe de la noche anterior, todo había cambiado. Clara era de la tribu, era una hermana. Si había que matar por ella, se mataría, y si había que morir por ella, también se moriría. El instante, aunque duró aproximadamente igual que en otras tiendas, se hizo eterno para todos. Otamba se situó cerca de la vivienda por si era necesaria su intervención: lucharía con toda su fuerza de leopardo, si fuera imprescindible. Era un cruz roja, era un hombre, un valiente, mataría por «Su» Clara, por «Su» Lola y «Su» Nicolás, igual que lo haría por cualquiera de «Su tribu».

Los hombres salieron y todos volvieron a respirar, aunque el aire no salía fluido: aún estaban en el pueblo. Prosiguieron registrando casas hasta introducirse en la última.

—Pues esto es todo, como les dije aquí no hay nadie, aparte de los miembros de nuestra tribu.

—Perdonen, pero era nuestro deber, tenemos que hacer un informe policial para la familia y la denuncia impuesta. Aunque incluiremos sus palabras anteriores.

—¿Cuáles? —Se hizo el despistado Olaf.

—El tema de la posibilidad de que esté enterrada en el desierto o se la haya comido un animal.

—Si lleva ese tiempo, es inútil que la busquen, por aquí no hay nada, solo nuestro poblado, y si uno de nosotros se hubiera perdido ese tiempo, aquí ya le habríamos enterrado, y si además esa mujer era blanca, inexperta y encima estaba embarazada, no la van a encontrar jamás por mucho que busquen. Cierren la investigación y díganles a sus seres queridos que su espíritu vivirá

para siempre en el desierto del Kalahari, bajo sus dunas rojas.

—Gracias por todo. —Alargó la mano el hombre que había mantenido toda la conversación.

—Ha sido un placer volver a utilizar el inglés, hacía años que no lo usaba. —Fue lo más agradable posible Olaf, estrechando también la mano del otro supuesto policía—. Que tengan buen viaje, y si necesitan comida o bebida se la podríamos dar.

—No, gracias, no tardaremos en llegar a la ciudad. De nuevo, gracias por todo.

El coche se llevó el sufrimiento, los nervios y la incertidumbre de todo el pueblo, pero aunque el vehículo dejó de verse en el horizonte, nadie dijo nada, siguieron con la obra teatral hasta que el director, el jefe, se aseguró la suficiente lejanía de la visita, era imposible verles en el horizonte, y gritó la señal de júbilo, de victoria, de alegría que utilizaban para los grandes acontecimientos.

Desde mi agujero, escuché el jolgorio y sin que nadie me dijera lo que significaba, me dio la justificación que tenía. La tapadera se abrió y la cara de Jarimba y Otamba, con una sonrisa de oreja a oreja, me recibieron. Los tres dijeron palabras inservibles, aunque daba igual, era una forma de sacar de dentro la adrenalina acumulada. No tardó en llegar Olaf, en el mejor momento, porque entre la vieja y el joven estaban teniendo sus problemas para ayudarme a regresar a la superficie.

—¿Todo ha salido bien, Olaf? —indagué.

—Ha salido perfecto, se lo han tragado. Han llegado diciendo que eran policías, que tú eras una turista, que hacía unas semanas te habías perdido por el desierto, y que por la denuncia de tus familiares tenían orden de buscar por todos los lados, incluidas las casas de este poblado.

—¡Menudos cabrones! —Me fue imposible controlar el insulto.

—Pero se han ido convencidos, de verdad, Clara, esos no volverán, es más, yo creo que dejarán de buscarte. Les he dicho que una persona, perdida durante semanas en este desierto, sería imposible que viviera, que somos el único pueblo en miles de kilómetros a la redonda, que le dijeran a su jefe que archivara el caso, y a tus familiares que tu espíritu descansaría en el Kalahari, bajo sus dunas rojas.

—Gracias, Olaf, has sido muy valiente, sin tu ayuda seguro que no se lo habrían tragado. No puedo creerme que esto esté pasando. Tengo a mi hija fuera, está sana, Nicolás sigue creciendo, esos hombres ya no me buscaran más... Cada día veo más cercana mi salvación... Volver a casa... Regresar con mi familia..., con Fabiano... Volver a Madrid..., a España..., a mi hogar...

Las palabras de Clara, llenas de emoción, alegría y esperanza, traducidas por Olaf, fueron un jarro de agua fría para los tres integrantes que a su lado compartieron esa felicidad, pero sin sentirla. La mujer blanca se iría, eso era lógico; sin embargo, por alguna razón, ninguno de ellos había supuesto que aquello llegaría. Olaf deseaba su compañía y conversaciones para siempre, tenerla en aquella choza eternamente para poder acudir cuando quisiera y estar a su lado; Jarimba anhelaba una hija, una ayudante, un pozo de sapiencia para aprender y para dejar la tribu en buenas manos cuando ella se fuera, porque aunque disponía de una aprendiz, nadie mejor que Clara para ser su sucesora; y Otamba esperaba tenerla como parte de su familia, de la forma que había afirmado su padre, una hermana mayor, unos sobrinos... Todos ansiaban algo imposible y, en aquel preciso instante, lo comprendieron. El mazazo fue duro, aunque necesario, sus pesares fueron interrumpidos por la llegada del jefe.

—*¿El jefe puede pasar?* —enunció, apartando la cortina.

—*El jefe puede entrar en la choza de Jarimba siempre.*

—*El pueblo está de fiesta. Los hombres negros malos se han marchado y no encontraron a Clara, no encontraron a los niños.*

—Sí, muchísimas gracias jefe, ha sido fabuloso. Además, Olaf me ha contado que se han ido muy convencidos de que yo habría muerto. Él está seguro de que abandonarán la búsqueda.

—*Sí, todo son buenas noticias, todo está saliendo bien. Se lo debemos agradecer a la madre naturaleza. Quiero hablar con Clara* —afirmó, cambiando el tono, poniéndolo serio—. *Clara y yo debemos hablar solos.* — El resto entendió que sobraban, Jarimba y Otamba se prepararon para salir, y Olaf no sabía muy bien qué debía hacer.

—*Olaf, quédate, traducirás, pero no verás ni oirás ni hablarás. Será como si no estuvieras, ¿lo entiendes?*

—*Sí, jefe, yo no estoy aquí.*

—*Bien, me has entendido. Clara, ayer la partida de caza llegó al pueblo*

y conoció la noticia. Habías roto la promesa, rompiste la ley, tu palabra dada. Saliste de la choza de Jarimba, entraste sin permiso en la choza del jefe, atendiste el parto de una mujer de la tribu, sin permiso. —Me temí lo peor, ¿me iban a echar?—. Otamba vino a buscarte, te sacó de la choza de Jarimba, rompió las reglas, te llevó dentro de la choza del jefe, rompió la ley, además, Otamba estuvo en el parto, rompió la tradición. —Pobre Otamba, había actuado como debía, estuve a punto de intervenir, pero los ojos de Olaf, por alguna razón, me dijeron, sin hablar, que esperara, que no interrumpiera, que aguantara. Me mordí la lengua, frenando la avalancha de quejas de mi garganta—. Pero nada importa, todo está perdonado. Este jefe te perdona, la tribu te perdona. Te aceptamos, yo te acepto, todos los hombres y mujeres de este poblado te aceptan. Otamba y Clara juntos salvaron dos vidas de la tribu, dos vidas muy importantes para mí. La mujer del jefe y su nuevo hijo. Gracias, Clara, gracias por salvar a mi hijo, por salvar a mi mujer, por aguantar tu dolor de parto para salvarlos a los dos. —No sabía si debía intervenir ahora; estaba profundamente emocionada, pensaba que el jefe venía a expulsarme y, de repente, todo cambiaba nombrándome heroína y dándome las gracias. No pude frenar más mi boca.

—No hace falta que me des las gracias, jefe, era mi obligación. Yo soy médica, soy ginecóloga. Era mi deber, mi profesión y vocación, era lo que quería hacer. Lo único que siento es haber faltado a mi palabra, romper mi promesa, pero pensé que era más importante salvar la vida de una mujer y su hijo.

—Clara, hiciste bien. Actuaste bien. Anoche convoqué una reunión y le dije a la tribu, a toda la tribu, que la mujer blanca actuó bien. Nombré a Otamba hombre: le hice la cruz roja, una señal de honor y valor. Estoy orgulloso de él. También les dije que tú, Clara, y tus hijos, Lola y Nicolás, sois de la tribu, sois bosquimanos, sois nuestros hermanos. Toda la tribu lo aceptó, os protegeremos. Daremos, si fuera necesario, la vida por vosotros, os ayudaremos y proveeremos. Clara y los dos bebés seréis de mi familia, eres hija mía, hermana de mis hijos. Yo seré el padre de la mujer blanca, te proveeré y protegeré, a ti a tus dos bebés.

El impacto fue indescriptible, aquel poblado no solo me había recogido del desierto, me había curado, me había protegido, escondido de unos hombres que podrían haberlos matado o llevado a sus mujeres e hijos; ahora me aceptaban como una más, me daban la mano y mi cuerpo blanco, mi hablar

distinto y mis formas diferentes no les importaban. Me acogerían en su tribu como una más, e incluso no como una cualquiera, formaría parte de la familia más importante: la de su líder. No sé por qué me puse a llorar, la emoción del agradecimiento fue tan infinita que las lágrimas campearon a sus anchas por mis carrillos, saliendo en torrente de las cuencas de mis ojos. Los dos hombres me miraban, sin saber cómo reaccionar ante mi comportamiento, creo que no era el habitual, supongo que no lo esperaban, no obstante, yo no era como ellos. Me habían incluido en su mundo, pero yo era de otro, uno muy lejano, cada vez más remoto, uno en donde un ofrecimiento tan desinteresado, generoso y altruista podría causar un sollozo como el mío. No sé si el jefe era propenso a realizar el acto que llevó a cabo en ese instante, aunque supongo que le salió del alma, avanzó hasta mi cuerpo y me rodeó: no era muy grande, yo le sacaba más de una cabeza, si bien, como mi contorno se había reducido en los últimos meses, mi delgadez propició que me abarcara entera. Me dejé en su pechó, mi lamento se vertió también sobre su piel y allí permanecimos un tiempo que me trajo tanta calma, amor y ternura que me hubiera quedado así para siempre; sin embargo, poco a poco retomé la compostura y apartándome, con delicadeza, conseguí disminuir el llanto y tomar la palabra.

—Muchas gracias, jefe, nunca imaginé que me dirías esto. Me honra muchísimo que me aceptes en la tribu y aún más que me tomes en tu familia como a una hija, incluso que fueras capaz de criar y proveer a mi descendencia. Pero yo pertenezco a otro mundo, tengo unos padres, un marido y personas que me quieren y estarán sufriendo un suplicio por mi ausencia. No sabrán nada de mí, pensarán que estoy muerta, estarán viviendo días horrorosos, llenos de amargura y dolor. Debo regresar, volver con ellos cuanto antes, volver a mi país, a mi ciudad, a mi hogar. Yo tengo una casa, una profesión, un futuro y mis hijos deben venir conmigo. Además, no quiero dejar impune lo que me han hecho esos hombres. Debo delatar a esos asesinos, a esos secuestradores, para que ni una sola mujer, ya sea negra o blanca, vuelva a ser encarcelada, torturada y asesinada por ellos. Para que ni un niño más sea separado de su madre a saber para qué. Tengo que volver, acusarlos, conseguir que les detengan, que les condenen. Vengar la muerte de Shewaki, de Jhuanmi, y supongo que la de tantas otras. Espero que todos lo entendáis.

El discurso intenso había tenido que interrumpirse para que Olaf consiguiera transmitir mi mensaje, lo cual había sido complejo e intrincado, considerando que el vocabulario de la lengua de mi interlocutor era infinitamente más reducido que el mío, pero cuando el gigante moreno finalizó

su cometido, estaba francamente satisfecho del resultado.

—*El jefe y su tribu entienden y aceptan los motivos de Clara para volver a su casa. Haces bien en buscar justicia. Te daremos lo que nos pidas. Dime lo que necesitas para tu viaje y te lo suministraré. ¿Cuándo te irás?*

—Acabo de tener a mi hija, ayer mismo, pero el parto fue fácil. Lola es pequeña, su cabeza diminuta no me hizo daño y pronto me encontraré recuperada. En cuanto yo me sienta bien y vea que ella también lo está, intentaré llegar a la ciudad más cercana, pero necesitaré ayuda: no podré llevarme a los dos bebés yo sola y me sería imposible dejarlos aquí.

—*Nosotros te ayudaremos, Clara. Pero si quieres dejar aquí los bebés, los cuidaremos como a nuestros hijos. Si te quieres llevar a Lola y dejar a Nicolás, lo cuidaremos por ti, y si prefieres llevarte a los dos bebés, también te ayudaremos.*

—Lo he pensado, jefe. Lola no se puede separar de mí, es débil, pequeña, tiene que estar siempre contra mi piel, cerca de mis pechos para mamar sin esfuerzo. Nicolás es fuerte, muy glotón, podría quedarse..., pero yo no sería capaz de estar sin él... Es mi hijo..., lo quiero como tal y prometí a Jhuanmi que yo sería su madre, que siempre le protegería y, por ello, no puedo abandonarlo.

—*Tu decisión, sea la que sea, será aceptada por la tribu. Nosotros te daremos provisiones, te indicaremos el camino, te suministraremos todo lo que necesites, solo pídenoslo. Buscaré un voluntario para acompañarte: si no lo hay, iré yo...* —El ofrecimiento volvió a empañar mi mirada con líquido salino y alguna gota se vertió. «Debían de ser las hormonas», intuí, me sentía tan conmovida.

—*Jefe, prometí no estar aquí, pero pido permiso para hablar.*

—*Dime, Olaf, puedes hablar.*

—*Yo seré el voluntario, yo acompañaré a Clara, llevaré a Nicolás y ella llevará a Lola. Les cuidaré como si fueran de mi familia, les protegeré a los tres. Les llevaré hasta la ciudad, incluso les acompañaré hasta la capital, seguiré con ellos hasta el final.*

Oí hablar a los dos hombres y supuse que sería lo mismo que llevábamos haciendo desde el principio, pero el gesto sorprendido en la cara del jefe (desde que vivía en un mundo donde a veces las palabras no significaban nada, había aprendido a interpretar los ademanes), me dio pie a reflexionar

sobre la posibilidad de que allí había un tema que aún yo no conocía.

—¿Tú quieres acompañar a Clara?

—Sí, jefe. Si tú me das permiso, yo iré con Clara. Yo hablo su idioma, soy fuerte y además conozco el camino, conozco la ciudad. Usé esa misma ruta para regresar al poblado, sé volver a la capital: ayudaré a Clara. Soy el mejor voluntario.

—Tienes mi permiso, Olaf, acompañarás a Clara y sus bebés; pero debes prometer que cumplirás ese cometido como si en ello se te fuera la vida. Debes prometerlo ante mí, el jefe, la máxima autoridad que hay sobre este suelo.

Aquello ya era demasiado, la intriga me estaba matando, además la mano de Olaf colocada con la palma hacia arriba y la del jefe ubicada justamente encima, liaron aún más mi incertidumbre.

—Clara —me dijo Olaf con tono sereno—. Le he pedido al jefe ser el hombre que te conduzca hasta Windhoek. Yo llevaré a Nicolás, soy fuerte, muy fuerte, puedo cargar con él todo el camino, y si fuera necesario también contigo y tu hija. Conozco cómo llegar hasta la capital, una vez hace años vine hasta aquí de la misma forma. Le he prometido que te protegeré, que os cuidaré a los tres..., si fuera necesario con mi propia vida, y que os acompañaré hasta que ya no me necesites.

Aquello fue el colmo, las Cataratas del Niágara circularon desde mis ojos hasta los carrillos embalsándose en mi cuello... No podía dejar de llorar. A moco tendido me deshice en agradecimientos, elogios y palabras llenas de cariño para aquellos dos hombres que sin conocerme de nada, me darían todas las facilidades que estuvieran en su mano para cumplir mis deseos... No me era posible creerlo... No podía suceder... Después de lo vivido..., lo soportado... El dolor tan fuerte que había padecido..., la incertidumbre..., la inseguridad..., el recelo... No lograba entender lo que ocurría, que mi regreso al hogar estuviera tan cerca..., que todo fuera a salir bien..., que mis hijos y yo nos fuéramos a salvar..., que la promesa hecha a Jhuanmi se cumpliera..., que al fin, su palabra, su bella y hermosa palabra, tuviera su ejecución... ¡Escapar!

* * *

La despedida de aquellos seres que tan solo llevaban en mi vida unas semanas, me costó una atrocidad. Era exagerado el sentimiento de apego tan fuerte, creado hacia unos individuos ajenos a mi familia, a mis amigos, a mi raza, a mis costumbres, de piel diferente a la mía, de cuerpos dispares al mío, de mentes, comportamientos y tradiciones, infinitamente alejadas a las propias. Con una rutina de vida, unas comodidades y una forma de subsistir que no tenía nada que ver conmigo. Bosquimanos, cuyo mundo era de otra galaxia, y sin embargo, mi corazón se rompía en cada ocasión que me acerqué a cada uno de ellos para darles un adiós. Todo estaba preparado para nuestro viaje: al día siguiente partiríamos, y sabía dentro de mi alma que las probabilidades de regresar a aquel poblado perdido en medio del desierto del Kalahari, que ni siquiera salía en los mapas, serían del tamaño de un átomo en la esfera terrestre.

Las provisiones se mantenían almacenadas en la tienda de Jarimba. Olaf lo había preparado todo. Estaba tan implicado, ilusionado y centrado en la escapada que le dejé tomar el mando de la misma. «Tú debes recuperarte, cuidar de Lola, también de Nicolás, déjame lo demás a mí», me decía. Y aunque me resultaba una postura un tanto machista, permití aquel reparto de tareas por mi agotamiento físico: estaba recién parida y el apabullante sentimiento que con la llegada de Lola había rebosado los límites normales de otras madres, no me dio pie a discrepar.

Olaf, incluso, había creado una especie de carrito con unas sogas, las cuales se adosaría a su ancha espalda, y como una mula de carga, tiraría de él, donde ubicaría la cantidad de bolsos que había ido acumulando. Todo el poblado puso de su parte, cada uno con lo que tenía, alimentos, enseres, bebida, pieles, cacharros, ropas... A mí me parecía demasiado, nosotros solo lo usaríamos para llegar al pueblo más cercano y a ellos les habría costado meses conseguirlos; sin embargo, era su forma de despedirme, a la vez que de aceptarme en su tribu, por lo que agradecí todas y cada una de las dádivas con sumo cariño. Lo que más me impresionó fueron las monedas e incluso billetes que introdujeron en un bote dejado por Olaf en medio del campamento. Cuando el jefe reunió a su pueblo para avisarles de mi marcha, de la necesidad de provisiones para el viaje, el hombretón decolorado subió al tronco de oradores, pidiendo algo que no me esperaba: dinero.

Ingenua de mí, supuse que en aquel poblado no habría ni un céntimo de

dólar, pero me equivoqué. Olaf dejó una vasija con tapa, encima de un tronco colocado por él con anterioridad, avisando a sus vecinos que agradeceríamos lo que pudieran aportarnos para nuestra inminente marcha. Entonces me sentí un tanto idiota. ¿De dónde pensaba sacar yo el dinero para los billetes de tren, autobús o lo que fuera que nos llevara hasta Windhoek? Y aún fue mayor mi sorpresa, cuando esa misma noche los bosquimanos entraron en sus casas, rebuscaron sus tesoros y los fueron introduciendo de forma anónima en el correspondiente bote. Aquello sí que me resultó altruista, lo harían sin interés, sin avisarme, sin que yo supiera cuándo acudían al tarro, si llevaban algo de la mano o nada, si metían mucho o poco... Una forma tremendamente solidaria y secreta de ofrecer su ayuda. La mejor solución que hubiera podido encontrar ante dicho dilema.

Así me lo explicó posteriormente Olaf, pedirles de forma directa que nos entregaran su dinero, le parecía ingrato y violento. Con el envase en mitad de campamento, demostrábamos confianza, porque allí vivía día y noche, y permitíamos a la gente de incógnito visitarle y decidir cuál sería su aportación.

—¿De dónde han sacado el dinero? —No pude por menos que interesarme.

—Este poblado está apartado del mundo, pero no lo suficiente: no eres la primera ni la última turista que ha llegado a él. Cuando vienen blancos, los niños piden monedas; los mayores les venden objetos de artesanía y las mujeres justifican su honor; cuando las hacen fotos, con una recompensa monetaria. Después, ese dinero es guardado y empleado cuando viajamos al pueblo más cercano, una vez al año, para comprar objetos y utensilios que son difíciles de fabricar con los medios que nos da la naturaleza.

—Entonces, este año, ¿se quedarán sin ese viaje?

—Lo hacen por ti, Clara, es su forma de agradecerte que salvaras a dos integrantes de la tribu. Para ellos la vida no tiene precio, en el fondo el dinero no representa valor, lo usan porque lo tienen, pero pueden vivir sin lo que compran en la ciudad. Somos un pueblo acostumbrado a subsistir con lo que tenemos alrededor: no nos importan los años que tengamos ni lo pobres que seamos, conque nuestros hijos, padres y amigos estén sanos y podamos encontrar comida, nos es suficiente.

—¿Qué diferente es mi mundo!

—Yo he vivido en tu mundo y, sí, infinitamente diferente.

—¿Y cuál es la mejor forma de vivir? ¿La vuestra o la mía?

—Eso yo no lo puedo contestar.

—Pero has vivido de las dos formas.

—Si naces como bosquimano, y vives siempre a su manera, lo mejor será ese mundo. Si naces como tú y vives de la manera que has vivido tú, será lo mejor para ti. Un bosquimano no entendería tu mundo y tú no podrías estar siempre en el suyo. Los dos mundos son buenos y malos a la vez, según quien sea el que tenga que permanecer en él.

Olaf me sorprendía, tan tranquilo, sereno, pausado y callado; y sin embargo, en ocasiones, tan racional, inteligente, observador y certero. Me resultaba un hombre carismático, una mente curiosa, un ser tremendamente interesante con el que cuanto más tiempo pasaba a su lado, más quería permanecer con él. Cuantas más palabras cruzaban nuestras bocas, mayor ansia teníamos de conversar, era como una droga, cuanto más consumía a Olaf, más deseaba a Olaf. Me estaba volviendo loca, sentía lo que no debía anhelar, experimentaba sensaciones imposibles, inapropiadas e irrealizables, pero a veces el corazón va por un lado y la mente por otro.

El recipiente se fue llenando de dinero, sin nombre del donante, y el carro de Olaf, de pertenencias de todo tipo. A la semana y media de traer al mundo a Lola, de salvar la vida de la mujer del jefe y su nuevo hijo, nos iríamos, partiríamos para probablemente, al menos yo, no regresar. No sabía cuáles eran los planes de Olaf, tampoco le preguntaba, solo tenía la seguridad de que me acompañaría hasta el lugar que yo le pidiera: eso me había confirmado, aunque ese sitio hubiera sido el mismísimo infierno. Durante aquel tiempo visité y recibí a prácticamente la totalidad del pueblo, incluso a personas que sabía, en un principio, que habían sido reticentes a mi presencia. Había hablado con todos, menos con una, pero esta vino, sin esperarla, a dos días de mi marcha.

La madre de Olaf y Gimba pidieron permiso a Jarimba para adentrarse en su tienda y hablar conmigo. Yo, en ese momento atareada en mis labores de madre, corté el movimiento de mis manos por la presencia inesperada. La vieja se excusó, saliendo, entendiendo que su presencia no era necesaria, y la madre de Olaf debía estar allí para traducir las palabras que Gimba quisiera enunciarme. Me alegré de que aquella pequeña mujer hubiera entrado en la cordura de hacer las paces: en el fondo, no había ninguna razón para que se mantuviera tan distante y agria conmigo.

—*Gimba quiere decirle a la mujer blanca que ella no ha ganado. — Aquello no me sonó a disculpa—. Ella se lleva a Olaf, pero Gimba había decidido antes que no quería a Olaf. —Ni aquello tampoco—. Olaf no es buen hombre, me he dado cuenta, por eso no lo quiero como marido. La mujer blanca no ha ganado, porque yo soy mejor que ella. Te llevarás a Olaf: a mí no me importa. Encontraré otro hombre, uno mejor. Gimba espera que la mujer blanca y Olaf se vayan de la tribu para nunca jamás volver.*

El texto ya era lo suficientemente despectivo como para impresionarme; mas el gesto posterior de Gimba, me dejó anonadada. Igual que una llama, me lanzó un escupitajo y yo lo único que pude hacer fue esquivarlo: no me salieron las palabras, era imposible contestar de una forma racional a su mensaje y sus actos. Se mantuvo quieta delante de mí, amenazante, como esperando algo; aunque yo preferí obviarla. Mi madre siempre decía un refrán que me resultó muy útil en aquel momento: «A palabras necias, oídos sordos». Y hubiera añadido algo más: «a escupitajos idiotas, ni caso». Y eso hice, no hacerla (iba a decir “ni puto”) caso, así que, por el mismo lugar que había entrado, después de pensar que yo era una cobarde o algo por el estilo, al no reaccionar ante un acto tan provocador, se perdió en el exterior. La madre de Olaf siguiendo mi comportamiento no se inmutó.

—No le hagas caso, es una mujer muy orgullosa. Siempre lo ha sido, desde que nació. Se cree que tiene muy buena posición en la tribu y que todo lo que quiere lo conseguirá. Eligió a Olaf con la contraposición de sus padres y yo creo que por eso se encaprichó tanto de él, porque era prohibido. A mí nunca me gustó para mi hijo, te prefiero a ti. —Oye, oye, que yo ya tengo marido, pensé, pero, bueno, lo dije con otras palabras.

—Te lo agradezco mucho, pero quiero recordarte que el padre de mi hija Lola estará esperándome, estará buscándome, y yo deseo seguir a su lado. Pronto seremos marido y mujer y nos iremos a España a vivir nuestras vidas. —Había que ser tajante.

—Sí, supongo que sí, solo he dicho que te prefiero a ti, no que sepa que vayas a ser mi nuera. Sé que tienes pareja y espero que Olaf algún día encuentre a alguien como tú, más acorde con la educación que él recibió de joven. Espero que en Windhoek también encuentre a su futura esposa.

—¿Olaf no regresará a la tribu?

—No, él mismo me lo ha confirmado, ya lo ha hablado con el jefe: su deseo es seguir con la vida que dejamos hace muchos años. Quiere continuar

con su educación, hacerse un camino en el mundo de los blancos. Su físico le ayudará y su inteligencia también. Sabe hablar inglés y alemán, además de bosquimano y *Africáans*, podría encontrar trabajo como guía turístico, o en cualquier tienda o comercio, después, con el dinero que gane, proseguirá estudiando, quiere ser profesor, como su padre, eso me ha dicho.

—Me parece un plan fantástico, en lo que pueda le ayudaré. Cuando solventemos todos mis temas, yo misma le buscaré un trabajo. Fabiano tiene muchos contactos en la ciudad, no creo que nos resulte difícil, y también le facilitaré los trámites para acceder a una buena educación. Se lo prometo, haré todo lo que esté en mi mano, se lo debo, os lo debo a todos.

—Y yo te lo agradeceré. Bueno, ya no os queda nada para iros, toma, esta es mi aportación. No quería meterla en el bote, es todo lo que tengo, espero que os sirva. También quiero darte este anillo. —Me mostró un aro de madera, pulido de color rojizo—. Me lo hizo el padre de Olaf cuando vivió aquí, siempre lo he llevado. Él decía que me recordaría las arenas rojas de mi hogar, y espero que a ti te recuerde siempre a este pueblo de bosquimanos.

—No puedo aceptarlo. —La emoción era tan grande que se me cortaban las palabras.

—Claro que puedes, no seas tonta. Venga, dame un dedo y vamos a ver en cuál te cabe. —Me dejé, era su regalo, su deseo, no debía despreciarlo—. Perfecto, tienes las manos delgadas, como yo, te entra en el mismo que a mí, cuídamelo, ¿vale?

—Por supuesto, no me lo quitaré nunca.

—Y al hijo también, es lo único que tengo. Lloraré cuando se vaya, pero cuando él no me vea. Siempre ha sido un buen hijo, siempre ha pensado en mí más que en él, y ahora que por fin ha decidido seguir su camino sin contar conmigo: quiero que vuele del nido, que cumpla sus sueños, por eso no derramaré ni una sola lágrima en su presencia: lo haré cuando me encuentre en soledad.

—Eso es muy valiente por tu parte, Olaf tendrá un buen futuro.

—Seguro... Por lo de Gimba no te preocupes, es una mujer despechada y muy mal educada. Mira que escupirte, me he quedado de piedra cuando lo he visto, ¡no podía creerlo! Nunca la había notado tan contrariada... Será la comidilla de todo el poblado.

—Bueno, olvidémoslo, es una tontería, prefiero no hacer mucho caso a las

palabras que me ha dicho y menos a los actos.

—Perdona por haber sido yo quien te lo ha transferido, pero me lo ha pedido, y tonta de mí, pensaba que sería una disculpa o, bueno, una forma de hacer las paces.

—Yo imaginaba cualquier cosa menos esto. Qué se le va a hacer.

La visita de Gimba fue impactante; pero pronto se me olvidó: tenía cosas pendientes, nuestra marcha era inminente y las muestras de cariño fueron dilapidando la única nota discordante.

Con Shanduna, la mujer del jefe, y toda su familia, incluido el patriarca, tuve palabras bonitas, volvieron a agradecerme mis actos para salvarles, me dieron todo su dinero, regalos... Me agasajaron con cumplidos, y me recordaron que pertenecía a su familia y que su casa siempre sería la mía. Eran personas tan humildes y a la vez tan generosas que no podía evitar emocionarme con ellas. Me pasé los días con un nudo en la garganta, con la lágrima asomando a mis ojos: tantas muestras de gratitud, desinterés, generosidad... Resultaba demasiado para mi mundo, en donde el egoísmo, la superación y la ambición era lo que abundaba y se premiaba. Con Jarimba la despedida fue día a día, me lo puso fácil. Aquella mujer, aunque no hubiera sido madre, lo parecía conmigo, con toda su tribu. Era la matriarca del clan, y también de mi pequeña familia. Intenté cruzar palabras de adiós con ella, pero solía escabullirse; creo que la vieja prefería evitar dar importancia al hecho y yo lo respeté. Solo el último día, cuando todas mis pertenencias estaban en el carro de Olaf, cuando de pie fuera de su tienda con mi hija acomodada de la forma que ella me había enseñado, la abracé con un cariño hondo e intenso que Jarimba correspondió.

—*Clara, te vas como mi hija, sé fuerte. Llévate mi suerte, Clara, los espíritus de la tribu os acompañarán, os salvarán.* —Me tradujo Olaf.

—Adiós, Jarimba, nunca te olvidaré, has sido una madre para mí y mis bebés. —No quise añadir más y ella tampoco, las lágrimas salían de nuestros ojos, aquello fue suficiente.

Otamba fue la persona con diferencia de quien más me costó despedirme, los últimos días el joven estaba desaparecido, creo que no quería verme, le dolía demasiado; sin embargo, la noche anterior apareció en la tienda, Jarimba no estaba y Olaf terminaba de acoplar todos nuestros bártulos en su invento de cuatro ruedas.

—*Olaf, ¿puedes ayudarme a hablar con Clara?*

—*Sí, Otamba, yo te ayudaré, dime.*

Sabía que era a mí a quien querría transmitir un mensaje, por lo que le indiqué con mi brazo que se sentara a mi lado, ofreciéndole una taza de infusión que Jarimba me había dejado cociendo. Me estaba acostumbrando a los sabores, ácidos, dulces o neutros, según la ocasión, de los miles de brebajes que mi querida compañera me entregaba cada día. Al principio, intentaba conocer sus ingredientes, supongo que gajes de mi oficio; sin embargo, los nombres de las plantas que me aportaba, ni siquiera con traducción significaban nada para mí: aprendí a no preguntar y tragar. No sé qué echaba aquella mujer en su cuenco, pero reconozco que funcionaba. Esperé a que Otamba diera un sorbo, Olaf nos había imitado y sentado también, con un recipiente en las manos, se disponía a descansar, tomarse el líquido reparador y a la vez traducir.

—*Otamba está triste. No quiere que Clara se vaya. Pero entiende que regrese con su pueblo, con sus padres y marido.*

—Yo también estoy triste por irme, Otamba, habéis sido muy amables conmigo, pero entiendes que me vaya, ¿verdad?

—*Lo entiendo, pero no quiero. También me entiendes a mí.*

—Sí, sí, por su puesto, es normal, nos pasa a todos. Llegué a vuestra vida, os la revolucioné y ahora me voy, es lógico que estés triste y es normal que no quieras que me vaya. Soy una puerta al mundo exterior y he traído aires nuevos, aunque no quiero liaros demasiado, espero no haber metido demasiadas ideas extrañas aquí —le dije con cariño, tocándole la cabeza.

—*Me has dado fuerzas para que sea como mi corazón me dice, para hacer lo que mi corazón dice. Tú has conseguido que sea un cruz roja. Ahora soy un hombre, soy fuerte, valiente, pero además quiero cambiar la tradición.*

—Bueno, como te dije las cosas hay que hacerlas poco a poco, no asustes a tu pueblo. Algún día serás jefe y serás uno bueno. Es importante que escuches a tu gente, no impongas las decisiones a la fuerza. Sé democrático, atiende a sus necesidades, comparte opiniones y llega a acuerdos, pero no de forma unilateral. ¿Podrás traducírselo? —pregunté directamente a Olaf, no tengo ni idea de cómo conseguía transmitir mis palabras, pero con un “sí” rotundo continuó con su tarea.

—*Gracias, Clara. Otamba nunca te olvidará, siempre te recordaré.* —El chico estaba a punto de llorar, y sabía que no quería.

—Yo también siempre te recordaré y no olvidaré. Eres la persona junto a Jarimba y Olaf que siempre guardaré en mi corazón. —Le abracé, no pude evitarlo, con un achuchón tan fuerte que pensé que me rompería: ¡cómo aquel pequeño podía tener tanta energía! Añadí algo más, porque noté mi hombro mojado por sus lágrimas—. Y recuerda que los hombres también lloran y no hay que avergonzarse por ello.

En efecto, las rayas de agua surcaban su cara, me volvió a abrazar y sacó igualmente palabras de despedida y cariño, en este caso para Olaf, con una gran dificultad por la emoción contenida. El hombretón también rodeó con sus enormes brazos al chico, que se dejó caer sobre su ancho pecho.

—*Mañana Otamba os dirá adiós junto a la tribu, pero no se acercará, porque si me acerco a Clara, Olaf, Lola o Nicolás, lloraré y no quiero que la tribu me vea llorar.*

—Me resulta muy inteligente por tu parte. La despedida está hecha, mañana dime adiós con la mano de lejos y será suficiente.

—*Ahora me voy. Mis padres me estarán buscando.*

—Adiós, Otamba y que las estrellas te ayuden en tu vida.

Sus ojos negros brillantes y mojados me miraron con un cariño especial que pocas veces he vuelto a ver. Aquel joven me había arrancado de las garras de la muerte, me vio con su ojo de leopardo, me acercó a su tribu, a la salvación, había estado a mi lado desde el principio, me había defendido con uñas y dientes frente a su vecinos, y había causado con sus actos que me convirtiera en una heroína para su pueblo. Quería a mis hijos y yo le quería a él; me lo hubiera llevado también de buena gana; le habría hecho un hueco en mi vida, en mi familia, pero él tenía otro destino; él pertenecía a otro mundo, el de los bosquimanos, que no tenía por qué ser mejor ni peor que el mío, simplemente diferente.

El día había sido soleado, como todos, sin apenas presencia de nubes en el cielo: la tónica común desde que me asomé al desierto del Kalahari a través de una chimenea de ventilación. Desde mi huida sin retorno de la cárcel del terror no había oído la lluvia. «¿El agua hace acto de presencia alguna vez

aquí?», le había preguntado a Olaf, nada más salir del poblado. «Pocas veces», había sido su respuesta. Aún no me explicaba cómo sería posible la vida en aquel lugar desértico; sin embargo, si uno se fijaba con detenimiento, comprobaba que la subsistencia se abría paso de las formas más inesperadas. Los bosquimanos, por ejemplo, en medio de la nada, al lado de un reseco pozo, con escasa comida y víveres, se sentían tan honrados y felices de que aquel fuera su hogar que a mi mente de país desarrollado le costaba entender.

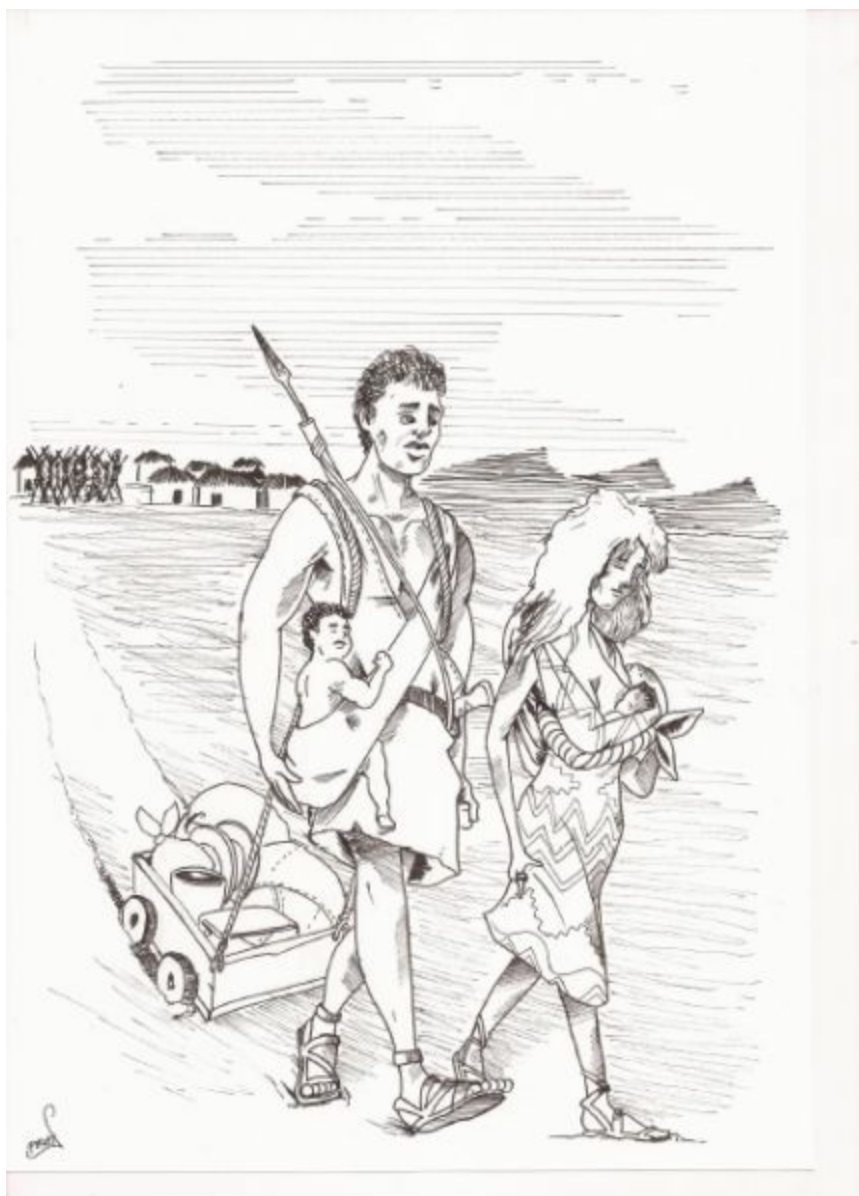
Tenía aún metida en la retina la postal dejada atrás: un puñado enorme de hombrecillos negros, delgados y pequeños, rodeados de sus mujeres, incluso más diminutas y sus descendientes de barrigas gordas y extremidades esqueléticas, les retenía a todos en mi cerebro. Sus caras, sus poses, las manos en alto, el adiós de sus bocas y el cántico inesperado que provocó mi llanto.

Aquel pueblo que me había salvado y acogido, alimentado y curado, quedaba atrás en mi vida, una página pasada de mi historia. No sé si mi presencia permanecería durante mucho tiempo con ellos, si una parte de mi espíritu quedaría para acompañarlos, solo sé que dos caras me miraron en la lejanía y resaltaron en la pintura de mi mente, dibujadas en color, frente al blanco y negro del resto. Otamba: mi joven valiente convertido en un hombre, todavía con restos de la cruz roja de su frente, que él intentaba evitar que se fuera, no lavándose y remarcándola; mi compañero de noches cuando estaba inconsciente, el animador de mis días cuando estaba enjaulada, mi admirador, mi pupilo. Estaba segura de que en él sí había dejado mi propia semilla, una parte de mi identidad, un trocito de mí. Jarimba: mi madre y curandera durante mi cercanía a la muerte, la mujer que agarró mi mano y con sus pócimas, pomadas y ungüentos, consiguió resucitarme, la que trajo al mundo a mi Lola, la que cuidaba de mi bebé glotón, una amiga, una colega de profesión. También en ella quedaba algo de mí, pero no solo de mi personalidad, también de mis técnicas: estaba segura de que el próximo parto difícil al que se enfrentara, antes de perder madre e hijo, abriría en canal su tripa y esperaba con todo mi corazón que mi espíritu le ayudara en tan complicada tarea. «Jarimba y Otamba, nunca os olvidaré» —grité al viento, en su dirección, entre los cánticos de mi pueblo, aún sabiendo que no me oirían, y aunque así fuera no me entenderían. Olaf me miró y puso uno de sus enormes dedos debajo de mis pestañas, arrancándome las lágrimas, levantando su brazo y echándolas al viento.

—Esta agua tuya quedará siempre con ellos.

Aquel gesto aumentó mi llanto, mi congoja. No miré más atrás, dejé que sus voces, los sonidos de sus melodías, acompañaran mis pasos, en silencio, escuchando el viento, algún piar de pájaro, la sonata que me traían las hondas musicales y mi propio corazón.

Habíamos decidido salir por la tarde, cuando el calor empezaba a disminuir, aún nos quedaban unas horas de claridad y después la luna llena nos alumbraría durante la fría noche; por eso, determinamos ese preciso día para fijar la marcha. Debíamos ser un pequeño bulto en el horizonte, un hombre mulato arrastrando un carro lleno de cosas, con un bebé negro atado a su cadera y una mujer blanca, delgada y alta, con otro retoño blanco escondido dentro de su pecho. Una estampa carismática que en algún momento determinado dejarían de mirar la tribu de bosquimanos, para retornar a sus vidas sin dos de sus más peculiares integrantes. «Olaf y Clara, uno para el otro», pensó Jarimba.



—¿Vas bien? —me preguntó Olaf.

—Sí, tranquilo.

—Cuando lo necesites, descansamos, acabas de parir y llevas a tu hija, serás quien determine el momento de parar, ¿te parece?

—Estoy de acuerdo, por ahora, voy bien. No te mentaré, estoy cansada, pero ya he hecho esto antes. Cuando anduve por el desierto día y noche, primero en compañía de Jhuanmi y después sola, debí recorrer cientos de kilómetros, aún no puedo creérmelo.

—El cuerpo humano tiene unos límites que no conocemos.

—Yo diría más bien que es nuestra mente. Porque estoy segura de que si

primero no hubiera tenido a Jhuanmi y después a su hijo, hubiera sido imposible soportar el sufrimiento.

—Espero que este viaje no sea tan duro para ti y que además yo sea un buen compañero.

—Seguro que sí, Olaf. ¿Nicolás está dormido?

—¿Cuándo no está dormido este bebé?

—Tienes razón, es increíble lo que duerme, si no fuera por el insaciable apetito que tiene, yo creo que no despertaría jamás: mira que es perezoso.

—Mi madre dice que es igualito a mí. El otro día comentó que aunque sea imposible que fuera mi hijo, viéndole, casi podría jurarlo. Al parecer, de pequeño era como él, dormilón y glotón.

—Así está, mira qué mollas. —Señalé sus rollizos muslos—. A veces temo que sea tan tragón que no deje alimento para Lola. No es conveniente dar a dos bebés de distinta edad, porque cada uno necesita unos requerimientos diferentes y unas cantidades distintas. Me inquieta dejar a la niña sin leche suficiente, pero tampoco quiero quitársela a Nicolás. Para mí son dos hijos iguales.

—El cuerpo de la mujer es inteligente, seguro que podrás nutrir a los dos. De todas formas, pronto llegaremos a la gran ciudad y allí imagino que podrás hacerte con leche de farmacia, bueno, eso creo. Lo recuerdo de cuando yo vivía allí, porque teníamos una vecina, cuyo hijo, al parecer, no mamaba bien y compraba ese tipo de leche; lo recuerdo porque me pareció impactante: yo no tenía ni idea de esas cosas y cuando se lo dijo a mi madre un día en casa me quedé anonadado.

—Sí, tienes razón, en cuanto lleguemos a Windhoek, en la fundación de Fabiano tienen una clínica donde podrán tratarlos, y así determinamos si necesitan complementación alimenticia. Además, hay otro médico, Hans, ya verás es un tío gigante como tú, estaréis por la misma medida, pero él es blanco, holandés, seguro que haréis buenas migas. Cuando les cuente mi historia van a alucinar. Imagínate, ellos pensarán que estoy secuestrada o muerta o a saber qué, y luego de repente, con dos bebés: uno, blanco y otro, negro, y con un personaje de tu tipo. Se pellizcarán para creérselo, pensarán que están soñando.

—Ya no queda nada para que termines esta horrible aventura que te ha tocado vivir.

—Bueno, ha sido duro, eso no puedo negarlo, pero aunque te parezca increíble también han existido cosas buenas. Si no me hubieran raptado, no os habría conocido, y para mí ha sido fabuloso descubrir tu aldea: a Jarimba, a Otamba y, bueno, también a ti. Y si no me hubieran encarcelado junto a Jhuanmi, no habría compartido su increíble persona y ahora no estaría Nicolás conmigo. Lo he razonado mucho, creo que era mi destino, algo que me tenía que suceder y de lo que he aprendido muchísimo. Esta impactante experiencia me ha hecho crecer como persona.

—Mi madre dice que incluso en lo malo hay una parte positiva, lo repetía mucho. Cuando nos ocurrió la desgracia de perder a mi padre y todo lo que nos fue sucediendo, metiéndonos cada día en un hoyo más profundo. Ella decía eso: ahora lo escucho en ti.

—Es una forma de enfrentarse a la desgracia, una defensa de nuestra mente. Lola se mueve, creo que está mojada, paremos un segundo, la cambio y seguimos.

—Me parece bien, espera que te doy los trapos.

La noche se fue tragando la luz del día, pero la luna llena, enorme y blanca, como nunca la había visto, iluminaba nuestros pasos. La bóveda celestial me resultó especialmente vistosa, las estrellas desconocidas para mí, con la agradable excepción de la cruz que me recordaría para siempre a Jhuanmi, me miraban desde arriba, como queriendo llamar mi atención. Las observé. Giré mi cuello, dejándome maravillarse por aquella visión: yo era una mujer de ciudad y no de una cualquiera, era madrileña, en donde el cielo ni siquiera permitía algo tan humano como dejarse embargar por los cuerpos incandescentes en plena ebullición. Debía engatusarme con aquel momento: quién sabía cuándo tendría otra oportunidad. Deseaba con toda mi alma salir de aquel desierto que me tenía aprisionada desde hacía demasiados meses; sin embargo, un sentimiento de apego se iba creando hacia aquel paisaje de desolación, pobreza y sequía; era casi imposible de asimilar, pero poco a poco iba encontrando una especie de cariño en mi interior hacia el Kalahari. Aquel apelativo ya no significaría eso, una simple denominación para un lugar: después de mi experiencia bajo sus dunas rojas, nunca volvería a olvidar ese nombre. Cuando lo oyera en un documental, lo leyera en un libro o lo divisara en un mapa, no sería una simple palabra de ocho letras con tres “aes”: para mí sería algo más, significaría mucho más.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar? —interrumpí el silencio y mi

estudio de las estrellas.

—Es complicado de determinar, influirá el número de paradas, si conseguimos ir en línea recta o damos algún rodeo, si nos acompaña el tiempo... No sé qué decirte, unos días.

—Eso es poco precisar, ¿cuánto tardaste con tu madre en realizar este camino, pero en la dirección contraria?

—Llevo tiempo intentando recordarlo, aunque no lo consigo. Estaba tan abatido por las vivencias soportadas, angustiado por tener que ir a una tribu en mitad de la nada, que me dejé llevar por mi madre. No tengo ni idea de los días que pasamos aquí.

—Y tu madre, ¿no se acuerda?

—Le ocurre algo parecido a mí. Lo hablé con ella, pero estaba tan asustada por el regreso, por lo padecido, que perdió la noción del tiempo. Además, creo que dimos rodeos.

—Espero que esta vez no los demos.

—No te preocupes, lo he hablado con los hombres de la tribu, ellos son unos expertos y, además, hace tan solo dos años me apunté a la penúltima expedición realizada a la ciudad para comprar cosas. Ahora me conozco el camino.

—Entonces si fuiste con ellos hace dos años, ¿por qué no me has respondido lo que tardasteis vosotros? —No entendía tanto rodeo, si realmente conocía la solución.

—El grupo éramos hombres fuertes, rápidos, realizamos el camino de ida a la carrera y tardamos apenas dos jornadas, pero íbamos mucho más deprisa que ahora. La vuelta la hicimos más relajados, traíamos carga, y paramos varias veces para cazar y usar el viaje para obtener alimento, por lo que se desvirtuó el tiempo.

—Bueno, da igual, eso es un dato. Si vosotros a la carrera lo hicisteis en dos jornadas, nosotros no creo que tardemos más de cinco, un poco más del doble.

—Tiene su lógica, aunque, como te digo, nunca se sabe, nos puede coger una tormenta de arena o tener cualquier percance.

—¡No seas negativo, Olaf! Vamos a pensar que en cinco días estaremos en la ciudad. ¿Y allí podremos conseguir un transporte?

—Mi madre y yo llegamos a ella en uno, por lo que si han pasado diez años, seguro que las comunicaciones habrán mejorado.

—Sí, supongo que sí.

—En nuestro caso recuerdo que usamos bastantes transbordos. Ahora lo mismo existe un billete directo a Windhoek.

—¿Tendremos suficiente dinero?

—Ahí ya no sé qué decir, porque los precios habrán cambiado en este tiempo. Más del que llevamos no hubiéramos reunido. No te preocupes, si fuera necesario yo conseguiré lo que falte.

—Muchas gracias, Olaf, aún no puedo creer que estés aquí a mi lado, andando en medio de la nada, en la noche oscura. Si no estuvieras, me moriría de miedo.

—No lo tengas, los animales también nos temen a nosotros. Lo importante es no molestarles y yo sé cómo no incordiarles. Les oigo, les huelo y veo sus señales, no he nacido en un pueblo de bosquimanos, pero en la última década he aprendido sus formas: saben convivir con los animales, porque han aprendido todo de ellos. No les atacan porque conocen la forma de rodearles sin recibir un imprevisto, y pueden cazarlos por la misma razón. Son años y años, generaciones enteras que han transmitido su sapiencia sobre el mundo animal. Nos hemos convertido en ganaderos y agricultores, porque es más cómodo y menos exigente tener la comida siempre cerca, controlada y no a expensas de la suerte o el esfuerzo, pero mi pueblo es cazador y esa identidad nunca la perderá.

—Es increíble lo que he aprendido de tu tribu, antes ni siquiera sabía que existíais y ahora sois como de la familia.

—Eso hemos intentado.

—¿Y no tendremos problemas con ningún animal? —Me encontraba muerta de miedo, los sonidos, aullidos y quejidos que aunque eran pocos, lejanos y a veces creo que a causa de mi imaginación, me tenían un tanto incómoda.

—No te preocupes, de todas formas, tengo aquí mi lanza y machete preparados, por si acaso. —Me los enseñó.

—¡Ten cuidado con Nicolás! No se las vaya a clavar —declaré preocupada como una madre.

—Clara, por favor, que tengo cuidado —se defendió como si fuera el típico padre acusado por su mujer en el parque, con la típica frase de

«¡cuidado con el niño! No se caiga del tobogán». Parecíamos un matrimonio, me reí interiormente.

—Cuando viajé sola, después de morir Jhuanmi, también lo hice por la noche, pero no recuerdo ni el miedo que siento ahora ni los ruidos que escucho.

—Porque estabas al límite. Tu cuerpo, a punto de sucumbir, no prestaba atención a lo que pudiera pasar a su alrededor. Te encontrarías tan desesperada que tenías una razón mayor aparte del miedo: rozabas la muerte.

—Sí, es curioso.

Tuvimos otro receso en la conversación, habíamos caminado sin parar, Nicolás lloró, solicitando lo que llevaba un rato yo pensando que pediría: su cena. Paramos, dejé a Lola en el pezón que estaba, la pobre se mantenía allí todo el santo día enganchada, era su alimento, su cura, su consuelo y su vicio, colocando a su hermano en el contrario. Me sentía un tanto vaca lechera, y no por la gordura, porque como siguiera así terminaría siendo un suspiro, mis piernas y brazos eran hueso y piel, y el estómago que debería estar hinchado, había parido hacía apenas dos semanas, solo presentaba piel colgante que algún día esperaba que fuera un vientre firme como siempre había tenido. Cambié a Lola de pecho, dejando a Nicolás el segundo, porque con el primero no se había quedado contento. «Tendré que reforzarles a los dos la alimentación y yo comer como una loca, porque si no me van a matar», pensé durante el largo rato que paramos. Olaf se dedicaba a sus cosas y yo a las mías, hasta que de nuevo, con los niños dormidos y ubicados en sus respectivos lugares, reiniciamos la marcha. No volvimos a parar, exceptuando algún receso insignificante, hasta que el sol salió y subió, haciendo peligrar nuestra salud.

La zona que cruzábamos era una basta explanada de maleza, algunas acacias medio secas, diseminadas: al menos donde mirara solo veía suelo recto hasta el horizonte. En un determinado momento, Olaf dio el alto, yo no me quejé, y realizó una especie de estructura usando uno de los árboles, colocando una lona a modo de toldo, en cuya sombra nos ubicamos encima de unas esterillas que harían las funciones de cama. Cogí el sueño enseguida, estaba molida y no sé lo que haría Olaf, pero al despertar, además de divisarle en pie, comprobé que el toldo se había movido para que siguiera dándonos la sombra a mí y mis hijos. Entonces me acordé de Fabiano, cuando me quedé dormida en una hamaca de la piscina del impresionante hotel donde

pernoctamos durante nuestra estancia en el Parque Etosha, ¡qué días aquellos! Razoné. ¡Qué lujos! Fabiano, mi Fabiano, ¡cuánto me acordaba de él! Tenía unas ganas locas de volverlo a ver, de abrazarlo, besarlo... Y, bueno, algo más, aunque para ello tendría que dejar pasar la cuarentena, porque no estaban mis zonas bajas precisamente para eso. Por cierto, ese era un aspecto un tanto incómodo del viaje, ya que por mi vagina, como era normal, estaban saliendo todo tipo de desechos a modo de sangre y coágulos, los restos de la gestación, y era un tanto difícil, en el lugar en el que me encontraba, sin baños, aseos, agua o ríos, limpiarme y mantener la zona aseada, puesto que además la intimidad era escasa. Cuando sentía la necesidad de cambiarme los paños, le pedía a Olaf que mirara para otro lado, y un tanto incómoda me deshacía de los sucios, enterrándolos en el suelo. Estaba segura que después algún tipo de animal lo encontraría, preferí no pensar qué haría con ello, y me volvía a poner unos nuevos. Jarimba y otras mujeres me suministraron cantidad, seguro que a las pobres les habría costado lo suyo conseguirlos, no obstante, fueron regalos que agradecí gratamente.

La segunda noche caminamos sin descanso y al tercer día volvimos a descansar, así tres veces más, es decir, que al sexto atardecer desde que salimos del poblado, me empecé a preocupar. Ya se lo había dicho a Olaf, pero este me pedía calma. Al menos no habíamos tenido ningún imprevisto, porque aunque Olaf afirmaba que los hombres quienes me buscaban ya no lo harían; por alguna razón, un presentimiento me decía que en cualquier momento les veríamos de lejos con su coche, o peor aún, les oiríamos y sería imposible esconderse en un lugar tan plano y desértico como en el que nos encontrábamos. Representaríamos un blanco insoportablemente asequible y chupado para ellos. Por eso, quería llegar cuanto antes, por eso, no me quejaba, aunque los pies, las piernas, la entrepierna y todo el cuerpo me dolieran y quemaran: cuanto antes llegáramos a la dichosa ciudad, antes huiríamos del peligro, dejando de ser una diana tan sencilla de alcanzar.

A medianoche del sexto día tenía el ánimo por los suelos. Además, Nicolás llevaba un buen rato llorando, no debía de sacar la leche que quería y se quejaba; Olaf hacía lo que podía por calmarle, le ponía el dedo en los labios, le untaba un trapo con agua y se lo colocaba, le balanceaba, aunque el bebé bonachón estaba insoportable. Lola tampoco dejaba de moverse, se quejaba, se retorció y probablemente era por esa conexión misteriosa que tienen las crías con sus progenitoras: me notaba a mí nerviosa, cansada, harta y hasta las mismísimas narices. El único que guardaba la calma era Olaf, y menos mal,

porque si no a saber qué hubiera sido de la expedición si él también hubiera explotado.

Cuando la situación tomaba tintes de película de terror y estaba a punto de rogar a mi compañero que hiciéramos un alto para reorganizar el desaguisado, se paró en seco. «Yo no he dicho nada», pensé—. Alzó el brazo, saco su dedo índice, todo sin hablar, y yo como un pasmarote seguí la dirección indicada, viendo lo que su cara reflejaba: ¡hemos llegado! Luces, luces a lo lejos, y no dos o cuatro o seis que pudieran demostrar peligro, coches o a mis perseguidores, no, eran cientos de luces que daban la señal clara de haber encontrado lo que anhelábamos. Nuestros pasos se convirtieron en carrera y el aumento del movimiento, unido a la felicidad de nuestras almas y lo acelerado de nuestros corazones, solucionaron por arte de magia la incómoda situación con nuestros pequeños, puesto que los dos se fueron relajando.

Llegamos a la zona urbana cuando el sol empezaba a asomarse, y el sentimiento de regresar a la civilización fue inexplicable. No tengo palabras para escribir en estas páginas lo que experimenté al ver el asfalto, las aceras, los coches, las casas, las gentes vestidas y tapadas, los camiones, las tiendas, los carteles, los bares... Demasiado para mis ojos y mucho más para los de Olaf que llevaban más tiempo que yo sin ver aquel jolgorio de ruidos, luces y humos. No es que llegáramos a una gran metrópoli, era un pueblo; sin embargo, para nosotros fue como si estuviéramos en el mismísimo Nueva York, que digo Nueva York, como si hubiéramos aterrizado en su quinta avenida.

—Busquemos la estación de autobuses o trenes, no recuerdo qué usamos mi madre y yo. De todas formas, es pronto, lo mismo tenemos suerte y sale hoy mismo uno hacia Windhoek.

—Estoy de acuerdo, hemos llegado a la mejor hora. Si hay un transporte a la capital hoy, seguro que aún no ha salido, o eso espero. Sigamos andando, me parece que hoy no descansaremos.

—Tenemos que aguantar.

—¿Jefe?

—A ti te quería oír yo, ¡espero que sean buenas noticias!

—Ni buenas, ni malas. —Se intentó defender el hombre negro—. No hay

rastro del cuerpo. Es imposible que esté viva.

—¿Seguro?

—¿Dónde va estar si no? Esa se está pudriendo en cualquier sitio del desierto o en la barriga de un animal.

—¡Pero hay que encontrar el cuerpo!

—Eso no es posible, jefe, siento decirlo así, pero no es posible. Ya me lo dijo aquel bosquimano: el desierto se mueve, las arenas cambian, aquí las tormentas entierran los cuerpos, quedará sepultada y aunque saliera a la luz, hay animales carroñeros que se encargarán de sus restos, no quedará ni un solo hueso. Por esta zona no hay nada, hemos buscado y rebuscado, es imposible localizarla. Está perdida, la venta está perdida, hay que buscar otras soluciones. —El hombre negro se encontraba tan harto de vivir todo el día tragando polvo en su *jeep* que empezaba a amotinarse.

—¿Y en el poblado ese, nada?

—Ni rastro, jefe. Allí nadie sabía absolutamente nada. No les dije que conocía su idioma, hablaron entre ellos y ni uno dijo ni una palabra de la mujer, y le aseguro que si la hubieran visto no habría pasado desapercibida. Hablé con uno de ellos que sabía inglés, y me enseñó todas las chozas una a una. Si hubiera estado allí, la habría visto, habría visto a su bebé, si es que lo hubiera tenido. No localicé nada sospechoso, lo puede certificar...

—Vale, vale, te creo. Sí, tienes razón. —Terminó por aceptar la voz al otro lado de la línea—. Con el tiempo que ha pasado, está claro que ya no vivirá, pero me molesta dejar el cuerpo por ahí perdido. El de la negra lo encontrasteis, ¿por qué este no?

—El de la negra lo vimos de milagro, porque la otra le puso una manta encima y esta, al ondear, nos dio la señal, y además, porque tuvimos suerte. Si hubiéramos pasado un poco más tarde seguro que alguno se lo habría comido antes de que llegáramos.

—Sí, supongo que sí. —Se fue dando por vencido el hombre a quien todos llamaban jefe.

—Jefe, hay que hacerse a la idea, las dos mujeres están muertas y los niños perdidos. Habrá que cubrir las ventas de otra forma.

—Me cuesta aceptar eso, no sabes el dinero, el tiempo y los recursos que hemos perdido por eso, ¡joder! Volver a empezar es imposible, no sé cómo lo vamos a solucionar, menuda cantidad de miles de dólares perdidos. ¡Menuda

mierda!

—Lo siento, jefe, pero pienso que en vez de seguir perdiendo tiempo aquí por el desierto, deberíamos buscar una solución para volver a retomar el negocio. —Se aventuró: llevar la contraria al jefe podría costarle caro, si bien, ya no aguantaba más la situación.

—Está bien. —Tardó en escuchar al otro lado del aparato—. Suspended la búsqueda, que todos los hombres vuelvan a sus puestos, incluidos vosotros. No hay razón para que estéis cerca de las mazmorras si no hay presas. Volved a la base, replantaremos nuestros planes. Habrá que empezar otra vez. ¡Joder! La que habéis liado, venga, os veo pronto y hablamos.

CAPÍTULO XII: LA DURA VERDAD EN ÁFRICA

No podía creerlo, era imposible, no podía ser, ¿o sí? Estaba realmente subida en un autobús, por definir de algún modo a aquel destartado trasto, dirección a Windhoek, o quizá permanecía aún dormida en mitad del desierto soñando, o realmente habíamos llegado al amanecer a nuestro objetivo, localizado la estación de transportes, encontrado un vehículo que salía en apenas una hora, comprado los billetes, dos tiques en los que invertimos gran parte de nuestro capital, pero no todo; y ahora subida en él, campeaba atravesando las casas de la urbe, directa a una carretera de tierra que al parecer sería la pista por donde circularíamos. ¿Era verdad? Pues debía serlo, porque me encontraba totalmente lúcida, sentada apretujada junto a otras dos señoras negras, sujetando en mi regazo haciendo malabares a Nicolás y a Lola, ubicada esta como estaba siempre, dentro de mi ropa con la tela prestada por Jarimba. Olaf se mantenía a mi lado, intentando proteger con su envergadura los posibles envistes del personal situado en esa zona, porque el coche estaba a rebosar.

No podía entender, lo primero, cómo conseguían meter tanta gente en un número de plazas tan reducido; lo segundo, cómo aguantaban las ruedas, los amortiguadores y el motor dicho exceso de peso; y por último, y no menos importante, cómo serían los controles policiales y burocráticos para que aquello circulara con total permiso. No quise ahondar más en el tema, decidí ausentar mi pensamiento lo que más pudiera del claustrofóbico lugar, olvidando la peste a sudor, la falta de aire y lo apretujado de mi asiento. Aunque en el fondo tenía eso, un sitio donde sentarme, porque eran muy codiciados y echando una ojeada comprobé que la mayoría estaban ocupados por embarazadas, mujeres con hijos como yo, ancianos o personas con alguna discapacidad. Al menos, aunque no se cumpliera ninguna ley de seguridad en cuanto al aforo del transporte, sí se acataban las normas del decoro y los

modales, ya que eran los hombres sanos y mujeres jóvenes quienes se mantenían de pie en el pasillo, atorando las salidas.

«Por Dios, que esto no vuelque», no dejaba de pensar. «Que lleguemos pronto, o que vaya bajando gente por las diversas paradas». Porque ese era otro hándicap: según nos habían avisado en ventanilla, la travesía sería larga, muy larga, pues el susodicho «autobús» paraba en todos los pueblos, pedanías y aldeas del camino. Lo que aunque en un principio me resultó una desventaja, tardaríamos más en llegar hasta nuestro destino, al montar y ver el abarrotamiento del pequeño habitáculo, me animó el suponer que aquellos hombres y mujeres, por cierto, todos y digo todos sin excepción alguna, eran negros, existiría la posibilidad de que se apearan en las siguientes paradas.

En efecto, no me equivoqué y en cada lugar donde hacíamos un alto, un número elevado de personas descendían, mas por igual otras subían, es decir «tate, tate». Tal situación, aunque en principio me defraudó, al final me hizo aceptar que seríamos un pelotón, apiñado en singular lata de sardinas, y que debería mantener la mayor paciencia y cordura que me fuera posible acumular.

Olaf, callado, estaba todo el rato en tensión: se lo notaba. Había ido aprendiendo los gestos de su cara desde mi vivencia en el pueblo bosquimano: no me quedó otro remedio que perfeccionar el sentido atrofiado de interpretar los gestos y ademanes de los demás. Percibía sus nervios, y supongo que eran una mezcla de rigidez para evitar precipitarse al vacío en cualquier frenazo, bache o acelerón, que por cierto había por doquier; más la tensión, siempre presente en los dos, de la inesperada llegada de nuestros enemigos; unido a la responsabilidad de ser el hombre y el protector de su pequeña familia. Porque aunque pareciera estrambótico, eso era lo que parecíamos, un matrimonio exótico de razas mezcladas con hijos de colores surtidos. Y, aunque yo tenía claro que quería a Fabiano por encima de todo, que sería mi esposo y estaríamos juntos para siempre, además de que era el padre de mi Lola y lo sería también de Nicolás, me resultaba agradable esa situación.

Olaf me daba seguridad, quería a mis hijos, y en el fondo algo me decía que él también sentía un fuerte aprecio hacia mí. Me llenó el impulso de darle la mano: una la tenía cogida a una barra en el techo que servía como apoyo para los que no tenían otro remedio que mantenerse erguidos; sin embargo, la otra estaba tan cerca de mí, que tuve que tragarme el enorme deseo de asirla. Y lo que más me impresionó es que durante nuestra larga caminata de seis días durante el desierto, habían sucedido miles de situaciones en las que anhelé con

toda mi alma cogerle la mano y que él me la agarrara: ¿por qué sucedía aquello? Me preguntaba. ¿Por qué ese tonto comportamiento de quinceañera? No podía contestarme o no quería, o no lo sé, lo único que puedo afirmar, es que si en aquel preciso momento, o en algún otro anterior, Olaf me hubiera estrechado mi mano entre la suya, habría sucumbido de placer.

Trascurrió una buena parte del trayecto, Lola dormía asida a mi pezón y Nicolás cada vez estaba más revoltoso; no sabía qué hacer con él. Olaf, incluso desde su incómoda postura, se ofreció a tenerlo a ratos en brazos, y aunque conseguía apaciguarle algo, el niño se mostraba quejicoso y llorón. Sospechaba que sus lamentos tenían que ver con el hambre, me daba la sensación de que la llegada de Lola había disminuido las cantidades de leche a las que estaba habituado y aunque, probablemente, con lo que saldría sería suficiente para alimentarlo y hacerlo crecer, el peque se había acostumbrado a lo bueno y frente a esta época de escasez, protestaba, eligiendo el peor momento para sacar a relucir su mal genio, a razón de que nuestra situación era un tanto limitada para calmarlo. No pudimos hacer mucho más. Olaf le distrajo lo que estuvo en su mano, y yo le puse en el seno libre dejado por Lola, miles de veces hasta hartarme. Nicolás consiguió exasperar los nervios de todo el pasaje, incluidos nosotros, con sus incesantes quejidos.

Aguanté el trayecto, que se me hizo eterno, no quise contar las horas. No teníamos reloj, no obstante, el sol me las iba marcando: otra costumbre heredada de mi pueblo adoptivo, el bosquimano. Los minutos fueron eternos; la entrada y salida de individuos, incesante; el olor agrio, a sudor y suciedad, intragable; y la falta de aire en ocasiones me producía mareos y arcadas que hice el esfuerzo de controlar. Después de recorrer a pie cientos de kilómetros bajo el sol abrasador y las noches gélidas en el desierto del Kalahari, no iba ahora a sucumbir por una atmósfera cargada de humanidad. Retomé mis canciones, mis cuentas... Y cuando más desesperada estaba, intercambiaba conversaciones superfluas con Olaf, quien al igual que yo, agradecía ese cruce de palabras para olvidar la pesadez del viaje: no olvidemos que él se lo hizo enterito de pie, soportando la inercia y los bamboleos de la máquina gracias a sus fuertes piernas.

En un determinado letrero que visualicé, colocado estratégicamente en la carretera, atisbé los kilómetros restantes para Windhoek, comprobando que todo llega en esta vida, aunque a veces no lo parezca, y recordando que esa misma frase ya la había enunciado otra vez, durante mi cautiverio. No faltaba

nada para llegar. Olaf pareció más contento cuando se lo comuniqué, incluso Nicolás tuvo un receso en sus lloros, lo cual agradecí con efusividad: era lo peor con diferencia, sentir que mi hijo tenía hambre y yo no podía hacer nada por él.

Cuando el autobús aparcó en la dársena indicada y empezamos a desembucharlo, además de percibir un sentimiento infinito de alegría, respiré el aire «limpio» de la ciudad al salir de la condensación interior. Nuestro equipaje fue recogido por Olaf, almacenado durante el viaje en los bajos del vehículo. Con su carrito atado a la espalda, que servía igual para las arenas del desierto que para el asfalto de la ciudad, este Olaf era un hombre mañoso y había inventado una forma perfecta de llevar nuestras pertenencias, nos dispusimos a ir hacia no sabía dónde.

Ya fuera, Olaf preguntó a un taxista si la dirección que yo le había aportado con anterioridad estaba muy lejana. El hombre se ofreció a llevarnos, aunque le comentamos que no tendríamos suficiente dinero, y así era, porque cuando nos dijo lo que saldría la carrera, comprobamos que superaba con creces nuestro sobrante.

—No hay problema —animé— podemos ir andando, después de lo que hemos recorrido antes, esto será un paseo. —Y así sería—. Nos vendrá hasta bien, porque tras estar ahí metidos tantas horas tengo ganas de estirar las piernas.

—Me parece bien, pero a ver si yo puedo moverlas.

—Ahí perdona, ¿estás mal?

—No, no, no te preocupes, estoy bien. Es que después de tantas horas de pie, tengo las piernas cargadas. La presión que he ido haciendo me tiene los muslos agarrotados.

—Podemos esperar un rato, o si quieres vamos a ver si hay algún autobús urbano o algo por el estilo. —Me sentí demasiado egoísta: yo sentadita todo el camino y encima quejándome del lugar, y el pobre sin ni una sola protesta, incluso apoyándose a mí. Además, ahora pasaba de él y decidía sin consultar ir andando. ¡Ay, Clara! Me recliné.

—No, no, de verdad, en el fondo tienes razón, yo creo que me vendrá bien moverlas para que se vayan relajando. Eso sí, vamos despacio, porque casi no puedo andar.

Así lo hicimos, a pasitos, mi compañero fue recobrando la normalidad en

sus extremidades inferiores, hasta que la marcha tomó un ritmo más lógico. Tuvimos que ir preguntando a los distintos transeúntes que fuimos localizando, quienes gracias a los idiomas conocidos por Olaf, pudieron entendernos a la perfección y darnos las nociones para encontrar nuestro destino. Íbamos contentos, estábamos tan cerca de la salvación que ya nada podría tirar para atrás nuestro camino. Yo me sentía eufórica, no paraba de contarle a Olaf cómo era Fabiano, Hans, el orfanato, lo que en él hacían, la ginecóloga Lupita. ¿Seguirá con ellos? Me pregunté. Las voluntarias, los niños... Sentía mi lengua liberada, no paré de hablar en todo el camino, y aunque Olaf respondía y participaba en pequeñas intervenciones, la voz cantante estaba de mi lado, y así continué hasta ver de lejos el edificio rectangular de ladrillo y tejado de cerámica, la verja por donde deberíamos entrar y el cartel: «*We Help*» Por fin estaba en casa, aquello fue como llegar al hogar.

Me encontraba tan desatada, contenta y satisfecha que salí corriendo, olvidándome de Olaf y Nicolás, llevando a mi Lola, asida contra mi pecho, exultante ante la idea de que en breves segundos se la mostraría a su papá, a mi Fabiano: sería apoteósico nuestro reencuentro. Lo habría pasado tan mal, habían sido días y días de sufrimiento, de lucha, de búsqueda, de ansiedad y preocupación. ¿Habría hablado Fabiano con mis padres?, ¿con mi familia?, ¿con mis amigos?, ¿con mi empresa? Seguro que le habría tocado ser la comunicación entre todos y ese puesto, probablemente, debía de resultar muy duro: dar malas noticias siempre era horrible... Mi Fabiano, tres segundos, dos segundos, un segundo, crucé la puerta de los coches, incluso miré a donde se aparcaban para ver si veía el suyo, y así asegurarme de su presencia y... ¡Frené!... Frené en seco... Me quedé petrificada..., alucinada..., impactada... Sin habla..., sin movimiento..., estática... Con miles de ideas en mi cabeza..., con miles de preguntas..., razones... y dudas... ¿Qué era eso que veía?... ¿Ese coche?... Ese todoterreno... Ese color gris plata..., esa numeración..., 7678... Una pegatina de un rayo a la derecha..., una de un corazón a la izquierda... ¡No podía ser!... Estaba soñando y era una pesadilla.

—¿Qué ocurre, Clara? —No respondí, no pude. Olaf me había alcanzado y al igual que yo, parado, mirándome, siguió interrogándome—. ¿Qué sucede? —Entonces reaccioné.

Cogí con energía uno de sus brazos, giré su rudo cuerpo con todas mis fuerzas, y eché a correr como alma perseguida por el diablo, arrastrándole conmigo. Él, sin entender, imitó mi movimiento y yo a la vez le susurré:

«¡Vayámonos de aquí!», acelerando entonces mi compañero más la carrera, incluso ayudándome ahora él a mí al aumentar la velocidad. Seguimos así durante un tiempo infinito, yo no me cansaba de correr y él sin comprender por qué realizábamos aquella maratón, simplemente, me seguía. Nicolás y Lola daban tumbos agarrados a nuestros brazos y los pobres ni se lamentaban: supongo que estarían hipnotizados por el bamboleo y el sonido acelerado de nuestros corazones. El mío parecía a punto de estallar cuando decidí parar. Fue en un banco de un parque al que me dirigí, desplomándome sobre él, jadeando por el esfuerzo, sin aliento y con el estómago revuelto. Vomité hacia un lado, me sentía deshecha, destrozada, mareada y asqueada.

—¡Pero qué sucede, Clara! Por favor, dime qué ocurre. No sé cómo ayudarte, ¿por qué estás así? —Mi rostro debía de haberse vuelto blanco y pálido, y no conseguía contener la arcada constante que me venía a la garganta, volví a vomitar, y cuando ya no había más que sacar, me sequé la boca con un paño, acercado por Olaf, quien se colocó a mi lado rodeándome con uno de sus fuertes brazos—. ¿Estás mejor? —No pude hablar—. ¿Un poco mejor?

—Un poco. —Saqué voz entre mi respiración entrecortada y mi estómago anudado.

—Bueno, lo primero tranquila, descansemos. —Había dejado a Nicolás en el césped sobre una tela, y el bebé miraba emocionado las hojas moviéndose en los árboles, eso me animó.

—Mira a Nicolás —dije inesperadamente— está tan feliz, tan tranquilo, ajeno a este puto mundo.

—Es un bebé, es lo bueno que tienen los bebés. ¿Estás mejor?

—Sí, supongo que sí.

—Me puedes decir ahora qué has visto allí.

—He descubierto el horror. —Callé y Olaf esperó—. He visto el coche de mis secuestradores.

—¿Cómo puedes estar tan segura, Clara?

—Porque sí, porque lo sé, lo he visto antes.

—¿Lo viste cuando escapaste?

—Sí, no sé por qué no hemos hablado de esto, supongo que no salió el tema, o mi cabeza lo olvidó, o no sé, el caso es que lo tenía grabado en mi memoria, y ahora que lo acabo de ver, ha vuelto a salir todo a la luz. ¿Tú te fijaste en el coche que llevaban los hombres negros cuando fueron al poblado?

—No, la verdad es que no, sería un todoterreno, pero nada más.

—Y la matrícula, el color, ¿tenía alguna pegatina?

—Lo siento, Clara, no me fijé. Si me lo hubieras dicho, habría prestado atención, pero no le di importancia. Ahora que lo comentas, tienes razón, habría sido una forma de localizarlo. Perdona.

—No tienes porqué lamentarte: la idiota fui yo que no te lo conté, no te dije lo que había visto cuando escapé, y, bueno, también en el desierto cuando Jhuanmi y yo nos escondimos debajo de unas mantas. Ellos nos estaban buscando, pero nosotras tuvimos la suerte de que no nos vieron, aunque yo a ellos sí, y volví a fijarme en su coche, el mismo que he visto hoy aparcado en la clínica de Fabiano. ¡No lo entiendo!

—Lo primero, será asegurarnos de que sea ese el coche.

—De eso no hay duda. El vehículo que yo descubrí por dos veces era un *jeep* de color gris claro, con la matrícula 7678 y dos pegatinas: una de un rayo y otra de un corazón situado exactamente en la misma posición que he visto hoy.

—Vale, es el mismo coche. Está claro que son tus captores, pero quizá estén ahí por el mismo motivo que fueron a mi pueblo. —Levanté la cabeza animada.

—Sí, tienes razón, me están buscando, piensan que yo habré escapado, y qué mejor lugar para regresar que justamente al que estoy volviendo. Me tendrían investigada, sabrían mis contactos, lo conocerían todo. Lo único que tenemos que hacer es esperar a que salgan, y cuando se vayan entrar y contárselo todo a Fabiano. Además, ya tengo toda la numeración de la matrícula, porque hoy me he fijado en las letras. Ya les tengo, ya les tenemos, y si están cerca mejor. Llamamos a la policía, se lo contamos... ¡Está todo solucionado! —Mi estómago volvió a colocarse en su lugar y el nudo de mi garganta desapareció.

—Me parece una buena idea, pero seré yo quien vaya a mirar a la puerta de la clínica; si estás tú por ahí fuera, te reconocerán.

—Pero a ti también pueden conocerte, te vieron en el poblado.

—Bueno, tienes razón, pero si me escondo bien, será menos probable que me vean: tipos como yo por aquí es normal que haya. Puede que llame la atención, pero menos que una mujer blanca, rubia, alta y delgada como tú. Eres una presa fácil, además, si por algún motivo me descubrieran, podría escapar,

soy un hombre rápido y si fuera necesario me enfrentaría a ellos.

—Espero que eso no sea necesario: si te pasa algo, no podría soportarlo —lo dije de verdad, me salió del corazón, el sonrió.

—¿Tanto te importo? —Me descolocó aquel comentario.

—Bueno, eres un buen hombre —lo rebajé.

—Vale, tendré cuidado, quédate aquí, no te muevas por nada del mundo. Tienes que estar al cargo de los dos bebés y nuestras cosas. Parece un lugar seguro, hay mucha gente, madres con sus hijos y trabajadores, es un buen lugar para que esperes.

—Sí, eso parece. —Observé a mi alrededor. Me pareció, en efecto, un parque tranquilo y pacífico—. Pero, por favor, ten cuidado. En cuanto veas a esos hombres irse, entra en la clínica, ya sabes cómo es Fabiano, tiene un físico inconfundible y además está su compañero, el hombretón rubio holandés que te comenté.

—Tú, tranquila, en cuanto vea marchar a esos malnacidos, entro y aviso a tus amigos. Después, venimos a buscarte e vamos directos a la policía: hoy estará todo solucionado, estoy seguro.

—Yo también, ya los tenemos, han sido unos idiotas y les hemos cazado. Venga, date prisa, no se vayan antes de que llegues y a lo mejor después no podemos seguirles la pista.

—Me voy ya, tienes razón. Cuídate, Clara, cuida a los bebés.

—Lo mismo te digo, Olaf, vuelve sano y salvo.

Le seguí con la mirada mientras partía corriendo, hasta que un determinado giro evitó que pudiera seguir viéndolo: me centré entonces en Nicolás y Lola, tenía allí mis pertenencias, usaría el tiempo en asearlos, mimarlos y retomar su alimentación, gracias a mis pechos cansados de tanto dar leche.

Olaf tardó un tiempo que se me hizo eterno, bueno, lo normal cuando uno espera, los segundos se vuelven vagos y el minuterero no avanza. La incertidumbre fue arrastrando como la corriente las aguas de mi preocupación, haciéndose el río cada vez más grande y caudaloso. ¿Y si no regresa?, ¿y si pasan horas y horas, se hace de noche y no vuelve? ¿Tendría que ir a mirar qué sucedía?, ¿debía de ir ya, esperar un poco?, ¿llamar a la policía? Tenía monedas, Olaf me las había dejado para: «por si acaso» y no habíamos precisado qué significaba ese: «por si acaso». ¿El susodicho «acaso» había llegado?, ¿debería usar el dinero para algo? ¿Podría llamar a la clínica?

Intentar hablar con Fabiano o Lupita, pero tampoco me atrevía. ¿Y si estaban esos hombres registrándola, merodeando? Concreté que había pasado demasiado tiempo. Si esos hombres solo habían entrado en la clínica, siguiendo el mismo procedimiento que en el poblado, deberían haber salido ya, entonces: ¿por qué Olaf no había regresado? Le habrían visto..., le habrían capturado... Estaría sola... ¡Qué iba hacer yo allí sola! Debía tomar una decisión, un plan por si el hombretón decolorado no regresaba, por si se hacía de noche y mis dos bebés continuaban en medio de la calle a la intemperie... Empecé a notar una desesperación incesante que volvía loca mi cabeza.

Cuando estaba a punto de hacer lo que fuera, a la desesperada, localicé la enorme envergadura de mi compañero acercarse cabizbajo hasta mi situación. Mi comportamiento fue totalmente divergente, salté del banco, le hice aspavientos con mi brazo, incluso di unos pasos para ir a su encuentro, no muchos, puesto que Nicolás continuaba tumbado sobre el césped y no deseaba alejarme en demasía de él. La cara de Olaf era una pintura de la época negra de Picasso, un cuadro de un hombre oscuro con el gesto descompuesto, tétrico, descolocado y asolado... ¿Qué había visto Olaf?

—Clara. —Llegó hasta mí y me abrazó. No lo esperaba, pero me quedé un rato contra su pecho, era cálido y agradable—. Vamos a sentarnos al banco.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —interpelé nerviosa, acelerada: la náusea regresó a mi garganta.

—Ven. —Me dio la mano. Esa enorme mano que tanto había deseado con anterioridad, llegaba ahora por sorpresa, y aunque agradecí el gesto, estaba tan sumamente intranquila que no degusté el ademán como en otras ocasiones habría sucedido. Mi cuerpo inquieto se dejó llevar por él, nos acomodamos en el asiento, y aún con una de mis manos amarrada a Olaf, comencé a escuchar lo que no sé si quería oír.

—He estado mucho rato esperando, me parecía demasiado tiempo y he empezado a sospechar, porque si esos hombres se encontraban allí solo para registrar tu posible presencia, o para investigar o sacar información a tus amigos, no tardarían tanto. Primero, he temido por la seguridad del personal de la clínica, imaginando que habrían descubierto por alguna causa la identidad de los secuestradores y, a lo mejor, se habían enfrentado a ellos y les tenían retenidos o heridos, o quién podía saber. He pasado unos momentos horribles de indecisión, en ocasiones pensaba en entrar para comprobar con mis propios ojos lo que dentro se cocía, pero he aguantado fuera todo este

rato. Me coloqué en un lugar donde estaba seguro no me verían, aunque yo a ellos sí: justo mi vista quedaba frente a la puerta. —Yo no hablaba, únicamente miraba su gesto, ese rostro que había aprendido a leer, y presentía que detrás de aquella mirada había un desasosiego, el cual me confundía—. Me he sentado en el suelo, como si fuera un mendigo, incluso he recogido unos papeles viejos, situados por allí, colocándome los por encima: así seguro que no me prestarían atención.

—¿Y qué ha pasado? No des rodeos. Algo grave ha tenido que suceder, lo leo en tus ojos. —No podía evitarlo, lo estaba descifrando en su iris. Yo estaba a punto de verter lágrimas y quería saber al menos por qué las gastaba. Olaf me rodeó la espalda con el brazo libre, gesto que me confirmó lo que vendría a continuación.

—Clara, la puerta de la clínica se ha abierto y por ella han salido los dos hombres que vinieron al poblado, los he reconocido perfectamente. Son negros, altos como yo y bastante carismáticos, iban acompañados por tu Fabiano y creo que Hans: por las descripciones que me diste estoy seguro de no equivocarme. Ambos cumplían perfectamente las características físicas.

—Pero eso no significa nada. —Intenté disculpar y defenderles sin que nadie les hubiera acusado—. Tú también estuviste a su lado, confraternizaste con ellos para disimular.

—Pero yo sabía quiénes eran y no les abracé ni hice gestos de amistad, como los de ellos. Clara, aquí hay algo raro, siento decírtelo, te lo juro, no quiero acusar a tu prometido, pero la forma en que se trataron, era como si se conocieran desde hace tiempo, y además, ¿para qué estuvieron tanto rato dentro? Si solo preguntaban por ti, como ocurrió en la tribu, el registro habría sido rápido.

—No sé, les habrán contado cualquier patraña. —Yo seguí en mis trece.

—Además, a mí me engañaron porque me dejé: me dijeron que eran policías, pero eso tus amigos no podrían creérselo. ¿Dónde estaban los uniformes?, ¿y el coche con las insignias?, ¿y las placas? Además, si Fabiano está pendiente de la resolución de tu secuestro, si ha sido tal, si se han puesto en contacto con él para pedirle alguna cantidad, habría hablado con la policía: le extrañaría que llegaran unos hombres de incógnito sin identidad concreta. Clara, esto huele mal, muy mal.

—¡No puede ser! —Empecé a sucumbir—. Esto no puede estar ocurriendo... ¡Es imposible!... Fabiano no puede tener nada que ver con mi

secuestro... ¡Sería una locura!

—Hay algo más.

—¡Más!

—Tanto Fabiano como Hans, si no me equivoco en poner esos nombres a los dos hombres que salieron de la clínica, se subieron al *jeep* plateado de matrícula 7678, pasaron delante de mí.

—¡Subieron al coche!

—Sí.

—¡Los dos!

—Sí, Clara, sí. —Olaf apretaba mi mano y el abrazo por mi espalda. Mis lágrimas cayeron, las dejé precipitarse al vacío, porque necesitaba un desahogo para mi pecho oprimido. Fabiano, mi Fabiano, mi amor, mi hombre, el padre de mi hija, el ser por el que sentía predilección, capricho y devoción. El hombre con el que había compartido cama, vida, pasiones, miles de conversaciones y viajes por Namibia... No podía ser..., era imposible... Tenía que existir alguna explicación lógica..., una razón... A lo mejor se estaba introduciendo él en el entramado para salvarme... Estaría haciendo una pantomima para encontrarme... O quizá conocía a aquellos hombres por otras razones, y por eso me habían localizado a mí los secuestradores, a través de él; sin embargo, eso no tenía por qué culpar a Fabiano, podía ser también una víctima de ellos, una víctima de su confianza... Podían haberle engañado con cualquier patraña, con donaciones para el orfanato... En el fondo, yo no conocía a todas las personas con las que trataba su organización... No, Fabiano era una buena persona, un altruista, daba su dinero, trabajo y vida por el prójimo... No podría creerme nunca que Fabiano fuera el malo de la película... No podía ser...

—¡No puede ser! —Enuncié en alto lo tatuado en mis neuronas—. ¡Es imposible! Fabiano no puede tener nada que ver con mi secuestro. Hay un error, un horrible error, alguna razón lógica que no conseguimos encontrar: seguro que ha subido al coche por algo, ha hablado con ellos por algo. A lo mejor sabe algo y se está intentando introducir en la banda para rescatarme... O conoce a esos hombres por otras razones y por eso ellos me localizaron a mí y me secuestraron; el que hablara con ellos, confraternizara, no significa nada —No sabía qué más aportar.

—Él conducía el coche. —Me soltó de sopetón mi compañero.

—¿El coche?

—Sí, Clara, el mismo coche, justo el mismo que viste aparcado en el lugar donde te encerraron durante meses, el mismo que os buscó por el desierto sin descanso, probablemente, el mismo que vino a nuestro poblado para llevarte y matarte, el mismo que estaba aparcado en la puerta del orfanato... El mismo... ¡Clara, por favor, abre los ojos!

—¡Tú solo quieres inculpar a Fabiano! —Me enfadé y levanté la voz—. ¡Solo quieres culparle de algo que no ha hecho!... ¡De algo que es imposible! —gritaba llorando a moco tendido: la gente nos miró—. Porque no le conoces, porque no has estado con él. Yo iba a ser su mujer, tenía una hija suya en mi vientre... ¡Nunca me hubiera hecho ningún mal! ¡Es imposible!

—Vale, vale, cálmate, pero es que no hay otra forma de verlo. —Intentó reducir el escándalo que debíamos estar montando, solo nos faltaba que alguien llamara a la policía.

—Fabiano es inocente —determiné algo más serena, me había desprendido de su mano, de su abrazo, estaba de pie delante de él y le escupía con furia mis afirmaciones—. ¡Tú solo quieres inculparle porque estás celoso! —Increíblemente, le grité—. Porque quieres usurpar su posición, porque quieres quitarle a su mujer y a su hija... —Y aún dije más—. ¿No te habrás inventado todas esas tonterías para engañarme? ¿No serás tú el que tiene algo que ver con mi secuestro?

Olaf tardó un tiempo infinito en contestar, su rostro se volvió duro, frío, de piedra, cogió del suelo a Nicolás que empezaba a berrear. Yo ni siquiera le había escuchado.

—Clara, creo que no estás actuando de una forma correcta —me recriminé, pero con una calma absoluta—. Lo que he presenciado hubiera preferido cien mil veces no tenerlo que ver, te lo aseguro. Yo solo busco lo mejor para vosotros tres, y en ningún momento querría inculpar a Fabiano de cosas que no hubiera hecho. Soy un hombre bueno, lo sabes, no sería capaz de mentir y menos de causarte este dolor tan fuerte por una tontería como la que acabas de enunciar; de todas formas, esto es fácil de probar, no sé cómo, pero si él está implicado o no, se sabrá al final, y espero que no te arrepientas de lo que me estás haciendo pasar ahora.

Estaba tan sereno, a la vez que compungido, con Nicolás colocado en la cuna que habían hecho sus brazos que consideré ampliamente sus palabras. Me fui unos pasos, me aparté de ellos, me dirigí hacia otra zona del parque:

necesitaba pensar, colocar la información, masticarla, tragarla y digerirla, analizarla por partes, meterla en el microscopio, verla a través de rayos X, introducirla en un acelerador de partículas y sacarla dividida en milimétricas partes, determinar si la unión de sus átomos era cierta o falsa.

Yo soy y era una mujer inteligente: aparté la obstinación de mi mente, los sentimientos, el corazón, use la cabeza, únicamente la masa gris, años y años cultivada, regada y fertilizada con las mejores técnicas, profesores y medios... ¿Quién estaba en lo cierto, Olaf o yo? ¿O ninguno de los dos? ¿O los dos? Tardé en regresar, mas lo hice. En el banco, mi compañero, mi amigo, mi salvador permanecía paciente con Nicolás en brazos, habiendo conseguido que el niño retornara al sueño tranquilo.

—Perdona, Olaf —enuncié decidida a disculparme— pero entiéndeme. — Busqué su comprensión—. Fabiano es el padre de Lola, mi futuro esposo, mi mente no lo puede aceptar; sin embargo, es posible que tengas razón. —Por último, poner la lógica en su campo—. Es posible —reiteré— pero podemos dejar un pequeño margen de duda, tener cuidado. Actuaremos con la hipótesis de que «*We Help*» está implicado, andaremos con tiento, pero no les condenemos hasta que estemos seguros, ¿de acuerdo?

—Me parece perfecto, Clara, estoy contigo. Yo también pienso que puede haber una explicación racional, y ojalá, repito que ojalá la haya, pero por ahora no puedo encontrarla lo mire por donde lo mire. ¿Qué podemos hacer?

—Supongo que lo mejor es ir a la policía, pero con mucho cuidado. Debemos investigar qué conocen sobre mi desaparición. Ellos sabrán algo, o no, quién sabe. El caso es que no podemos adivinar hasta dónde llegan sus hilos.

—No te entiendo.

—Si la organización de Fabiano está implicada, podría también estarlo la policía.

—Eso es tirar muy alto.

—A mí me cogieron en un control de alcoholemia, puede que hubieran camuflado muy bien los coches o que fueran policías reales, y podría decirte que tenían toda la pinta.

—Entonces cada vez lo tenemos más difícil, no podemos confiar en tus amigos ni en la policía, ya me dirás qué hacemos.

—Crearemos una coartada. —Cada vez me sentía más despierta—. Tú irás

a la comisaría. Aquí hay una cercana, si yo desaparecí como ocurrió, ellos habrán tenido que inventar algo, denunciar mi falta, y lo habrán hecho en la comisaría más próxima a la organización.

—Bueno, nunca se sabe.

—Debemos probar.

—Pero ¿cómo me presento yo allí sin levantar sospechas?

—Habrá que pensar.

—Pues eso es cosa tuya, yo hace demasiado que dejé el mundo de los blancos y estoy perdido.

—Déjame un momento, debemos trazar un buen plan, algo que no les haga sospechar como bien has dicho. —Mis neuronas volvieron a la vida: ahora era una madre, una superviviente. No me quedaría llorando como una cría tonta; había que actuar, pensar, calibrar... Luchar, y como diría mi difunta amiga... ¡Escapar!

Susana Robles, una mujer de cuarenta y cinco años, soltera, sin hijos, abogada e inspectora de policía en activo, en una de las comisarías con mayores casos de delincuencia investigados y condenados de Madrid, con unas cuantas causas de renombre a sus espaldas, cuyo final había terminado con la condena ejemplar de los acusados, circulaba por las calle de Windhoek acomodada en el asiento de un taxi con una dirección fija: la comisaría número 5 de la ciudad. Llevaba una carpeta con la información recopilada en los últimos cinco días, tiempo que le había servido para instalarse en un hotel de la capital namibia, desprenderse de la pesadez del viaje de casi veinte horas, y repasar el litigio en el que de cabeza debería adentrarse.

La llamada recibida hacía un mes de un tal Doctor Montes, a su número personal de móvil, había removido los cimientos de su vida y después de horas considerando las distintas opciones, había aceptado el caso por tres razones.

Primera, el dinero. Ella era una mujer con las necesidades cubiertas, tenía un sueldo fijo mensual, era funcionaria del Estado, y además, en ocasiones, realizaba trabajos externos, ya fueran de abogacía, tenía la licenciatura y el permiso, o de investigación, en el fondo era su trabajo diario; sin embargo, los cincuenta mil euros puestos sobre la mesa por el Doctor, más todos los gastos de pernoctaciones, dietas, taxis, compras o lo que pudiera surgir, con

justificantes, cubiertos sin límite, por solo estar durante tres meses en Namibia investigando la desaparición de su hija, le resultó de suficiente peso como para decir “sí”.

Segunda, su gusto por viajar. Era su mayor placer y las vacaciones no le solían dar todo el tiempo que deseaba para recorrer el mundo, al igual que sus honorarios que aunque resultaban interesantes, no le llegaban para irse a los lugares exóticos y lejanos a donde le hubiera gustado acudir. Por ello, acercarse hasta Namibia, África, con billete y todos los gastos pagados, a cuerpo de reina, y encima quedarse con los cincuenta mil limpios en su cuenta bancaria, para realizar las escapadas que le diera la gana durante unos años, fueron otro motivo más para dar una contestación positiva.

Y la última, tercera, lo más humano y altruista, la increíble historia de la tal Clara Montes Parra, una mujer de éxito económico y profesional, de aspecto imponente por la foto divisada, que ya lo quisiera para ella, de buena familia y antecedentes, desaparecida según su padre, misteriosamente en Namibia, y según la policía del país, por un accidente sin intervención judicial ni investigación más allá que el hallazgo de algún resto. Los hechos narrados reflejaron otra base para decidirse, añadido a la tremenda curiosidad que empezó a instalarse en su mente de por sí fisgona.

La familia Montes Parra había conseguido sus datos por medio de una amistad, nada menos que su jefe, el hombre que estaba por encima de ella en su vida laboral, por lo que no le quedó otro remedio que aceptar la cita concertada, y escuchar las miles de palabras enunciadas por el padre, la madre, el hermano y la mujer o compañera de este. Su única repuesta al ofrecimiento fue: «tengo que estudiarlo y pensarlo». Y eso había hecho, cediendo poco a poco, por las razones indicadas antes, terminando por solicitar una excedencia laboral por ese tiempo, tres meses, concedida al instante por su jefe, aquel que era amigo íntimo del mismo que la contrataba: podéis imaginar la razón de dicha rapidez. Preparó el viaje, las maletas y se adentró en Internet, ubicando ciudades, lugares, carreteras, hoteles..., y demás datos que contenían la inmensa carpeta que, al igual que le sucedía en su trabajo diario, cada vez se iba llenando de mayor información.

Para Susana, o la inspectora Robles, como muchos la conocían, la solución a todo estaba ahí, en el menor detalle, en la pista más tonta, en el insignificante botón caído, rueda de coche, rayón en el cristal o mota de polvo... «Esto es igual que en las películas», repetía a su equipo. «Los americanos son muy

listos y profesionales, cuando hacen una peli o serie se basan en casos reales, bueno, luego los amañan y hacen con ellos lo que quieren, pero hay que hacerles caso, ¿no veis series de investigación?». Por eso su obsesión, durante las semanas que le faltaban hasta irse de España, fue recabar, recabar y recabar toda la información que pudiera sobre la señorita Clara. Hablar con sus compañeros de trabajo, con sus vecinos, de nuevo con su familia, con todos. ¿Y ese tal Fabiano Veluchi? De él tenía cero, pero, bueno, le vería pronto en Windhoek y se encargaría de sacarle toda la información que fuera necesaria.

—¿Quieres que le avisemos? —Había preguntado el padre de Clara a Susana.

—No, me gusta llegar por sorpresa, no digáis nada. Si no os han convencido mucho las soluciones que él ha conseguido allí, mejor será buscarlas en persona. Cuando haya hecho mi trabajo, hablaré con él, tengo su dirección y no necesito mucho más.

—De acuerdo —aceptó el Doctor Montes. Estaba tan desesperado, había pasado los meses más terroríficos de su vida, y por alguna razón le daba la sensación de que la inspectora sería el clavo ardiendo al que agarrarse. No podía soportar más el dolor, el suyo, el de su mujer, el de toda la familia que por alguna razón se hacía más pesado en su persona: tenían que hacer algo, por muy idiota que fuera. —Lo dejo todo en sus manos, ¿para cuándo el viaje?

—He cogido billete para el veinte de mayo. En cuanto llegue, me pondré a ello, señor, no dude de que le mantendré informado.

—Sí, por favor, lo que sea, nos da igual, con saber algo más, cualquier cosa sobre el accidente ya nos servirá. Estamos tan desesperados y afectados que aunque suponemos que no habrá nada que hacer, Clara ha muerto y no podremos resucitarla, daríamos lo que fuera por su cuerpo, por un trozo de ella. Nosotros somos católicos, enterramos un ataúd vacío, pero eso no sirve, a mi mujer no le sirve y a mí tampoco, queremos saber más...

—Lo entiendo, señor Montes, le aseguro que haré lo que esté en mi mano, soy una profesional, usaré su dinero para traerle algo.

—Sí, sí. Si necesita recursos económicos pídalos, ya le he hecho la transferencia del dinero que acordamos. Según tenga usted los gastos, solo tiene que írmelos pasando, mi secretaria se los irá abonando como dijimos.

—Por eso no nos preocupemos ahora, usted es un hombre de palabra y lo

sé. Pensemos en positivo y ansío poderle conseguir más información, aparte de la que le han dado.

Susana recordaba aquella conversación según el taxista avanzaba en su camino, y aunque no tenía ningún problema en reconocer que había aceptado irse al otro lado del mundo por dinero, sí por los cincuenta mil y sus gastos, cuanto más conocía a la familia y a la difunta, más le interesaba el tema. Ella era así, práctica, pero a la vez visceral.

—Aquí, señora, debe pagar el importe en dólares. —Le avisó el conductor en inglés, idioma que manejaba a la perfección: su bisabuela era británica y aunque su madre había nacido en España, guardó el idioma materno como un regalo para sus hijos, lengua que había aprendido durante su infancia y que ahora en Namibia le sería de gran ayuda. Por esa razón, también la había elegido el Doctor Montes; el conocimiento del inglés era imprescindible.

La inspectora pagó el importe y bajó del vehículo. Con su peculiar taconeo, llegó hasta la misma puerta de la comisaría, no era una mujer excesivamente bella, mediana estatura, cintura un poco cargada de kilos y caderas anchas, pero gracias a sus exuberantes pechos y su cara agradable, bien vestida y maquillada, podría resultar incluso resultona. Por ello, cuidaba su apariencia, utilizaba la peluquería a menudo, le gustaban las ropas caras, los cosméticos y las colonias... Era una mujer coqueta: no le quedaba más remedio. Si hubiera tenido el cuerpo o la cara de Clara Montes, no lo hubiera necesitado, aunque por las fotos visualizadas, algo le decía que compartían el gusto por lo bueno.

Abrió la puerta con energía, era otra de sus cualidades, la determinación. No solía achantarse por nada; ya se lo habían dicho en la academia durante su instrucción, bajita pero matona, porque aunque no tuviera una estatura demasiado reducida, estaba en la media española, había llegado a los centímetros necesarios para las féminas impuesto por el cuerpo, rozando por los pelos: 1,60 centímetros.

Se dirigió directamente al hombre negro, tras el mostrador, y le enseñó su placa de la Policía española: le había pedido a su jefe si se la podría llevar y coaccionar con ella, y si bien aquello probablemente rozaba lo legal, la relación tan fraternal con la familia de la desaparecida le hizo aceptar. Con la placa sobre la mesa, que algo haría, sacó su pasaporte, adjuntándolo como comprobante de que era ella, y exigió hablar con el comisario. Su plan dio resultado, porque tardó apenas unos minutos en entrar en su despacho. Se estrecharon las manos, se presentó, inició su disertación y empezó con el farol.

—Soy abogada e inspectora de policía en España y he venido desde mi país, en representación, por un lado, de mi cliente, el Doctor Montes, como su letrado; y de mi nación, la española, como representante de la institución judicial y la Fiscalía General del Estado. —Tenía que utilizar miles de nombres rimbombantes, incluso sin saber si aquel hombre los entendía: debía impresionarlo—. Tanto el Estado español, que es a la vez europeo —Europa impondría más— quiere una resolución más exhaustiva que la dada por su comisaría en relación a la muerte de Clara Montes Parra, ciudadana española, residente en su país durante el día 16 de febrero del presente año, jornada en que según he comprobado, hicieron constar como fecha de su defunción.

El discurso consiguió lo que esperaba: la inspectora Robles solía obtener su cometido y no erró en sus suposiciones. El hombre negro, al otro lado de la mesa, se revolvió en su asiento descolocado, ya que, según explicó, acababa de llegar al puesto hacía dos meses y medio, y no sabía nada del caso. Sin embargo, afirmó que mandaría buscar el expediente y así lo hizo, llamó a un subordinado, le habló en un idioma que Susana no entendió, lo que le molestó tremendamente, y esperaron la respuesta del hombre quien salió acelerado del despacho, después de la premura impuesta por su jefe. Mientras, siguieron tratando el caso, bueno, fue Susana quien contó todo lo conocido a Shireone, el individuo que la escuchaba con atención, maldiciendo por dentro la lentitud de sus empleados.

—Tardan mucho en encontrar el expediente, ¿no? —Empezó a impacientarse Susana.

—Sí, demasiado... Si me lo permite. —Se levantó malhumorado Shireone.

—Vaya, vaya, no se hayan perdido buscándolo. —Ironizó Susana, añadiendo algo más de cizaña.

El tiempo pasaba y estuvo a punto de salir del cuarto justo cuando la puerta de nuevo se abrió. Apareció Shireone con una descomposición en su rostro que nada bueno le dio a entender.

—Lo siento muchísimo, no sé cómo explicarlo, pero ese preciso expediente no aparece.

—¿Cómo que no aparece? —Eso no lo esperaba, aquello trastocaba todos los planes: sin el expediente, sin los datos, sin las pruebas, sin las anotaciones y resultados técnicos, no había por dónde empezar ni nada que hacer.

—Lo siento de verdad, debe de ser un error, un despiste.

—¡Cómo que un despiste! No sé si lo sabrán, pero tienen obligación legal de mantener los expedientes durante un periodo de tiempo que aún no se ha cumplido. —Siguió con su órdago: desconocía las leyes locales, no había previsto ese cambio de planes, no obstante, algo tendría que hacer—. Estoy en pleno derecho de querellarme contra ustedes, no solo como acusación particular por parte de la familia de la difunta, sino también como funcionaria pública de mi país. Busquen esos malditos papeles, búsqnenlos debajo de las piedras y, por su bien, espero que los encuentren, porque si no, esto tendrá consecuencias internacionales. Iré ante la ONU si fuera necesario. —Solo le faltó nombrar a la NASA y la CIA, que aunque no venían a cuento, seguro que asustaban.

—Tranquilícese, señora..., yo...

—¡No me pida que me tranquilice! Porque esto es muy grave. —Susana empezaba a enfadarse, y de verdad—. Pero que muy grave, por su bien espero que me llame en breve diciéndome que lo tiene. Aquí está mi número. Espero su llamada cuanto antes.

—Descuide, pondré la comisaría patas arriba si fuera necesario, pero lo encontraremos, se lo prometo.

—Eso espero. —La inspectora no añadió más, dejó varias de sus tarjetas sobre la mesa y salió escopetada y defraudada de la comisaría: no había sacado nada en claro. Si no aparecía el sumario del caso, su trabajo sería una obra faraónica. Sin una base, resultaría prácticamente imposible llegar a la cúspide del problema.

Con malos humos, abrió la puerta de la comisaría y sin mirar salió como un huracán, chocándose de frente con un hombretón gigante, al menos a ella eso le pareció, de unos dos metros de altura, anchas espaldas y dorada piel: un *tiarrón*.

—*Excuse me* —le dijo, fijándose en lo guapo que era el hombre.

—*Ok, no problem* —simplemente le contestó.

«Eso es lo que necesito yo», se dijo, quitándose de un plumazo el enfado, sonriéndose: «un buen tío como ese, de dos por dos, para metérmelo esta noche en mi cama», continuó para sus adentros con la broma. Necesitaba soltar la adrenalina acumulada que no dejaba de generar su cuerpo cabreado. Soltó así la tensión de la forma más tonta: en el fondo, no servía de nada atolondrar sus neuronas con insultos hacia esa pandilla de incompetentes. El

que les pusiera verdes, ya fuera en sus caras o a sus espaldas, de nada serviría, porque si el sumario estaba extraviado, lo estaba, se mirara por donde se mirara. Bajó las escaleras que le habían llevado hasta el dispensario policial, recordando el buen humor que le había dado pensar en el hombretón decolorado como posible amante, buscando un taxi para regresar al hotel: allí ya no pintaba nada.

* * *

Shireone no cesó en su reprimenda: el responsable del registro tenía los oídos deshechos de tanto grito, si bien, con la cabeza gacha seguía a lo suyo, busca que te busca, desde que hacía rato otro compañero le había avisado del mandato dado por el jefe para localizar un determinado expediente. Sus nervios se habían ido acelerando cuanto más infructuosa se volvía la operación, aumentando el ritmo de su corazón ante la idea de la posible pérdida de los citados papeles. El recuerdo constante de otro empleado de que le estaban esperando y la llegada imponente de Shireone, consiguieron que sus piernas temblaran, y aunque siguiera husmeando por las estanterías, empezaba a tomar la certeza de que la carpeta con el nombre “Clara Montes Parra” no aparecería jamás. Era algo que había ocurrido en su comisaría miles de veces con el anterior jefe, pese a que él nunca había preguntado, ahora, al parecer, el nuevo no aceptaría esos despistes. El cambio de comisario ya le había hecho suponer que las formas estaban cambiando: aquel día aprendió que debía tener más cuidado con los documentos custodiados.

—¡En qué hora pediría yo este destino! ¡Esto es un desastre, un auténtico desastre! Nunca me lo hubiera imaginado, si no desde luego que no me hubiera venido a este barrio de mala muerte. ¡Encuentre ese maldito expediente por su bien y el de todos! Si no aparece estamos jodidos, lo entiendes, ¡bien jodidos!

La comisaría número 5 de Windhoek estaba entre uno de los barrios más pobres, al sur de la ciudad, y una zona en expansión que el gobierno había decidido colocar allí para acercar la riqueza a la pobreza, en su intención de mejorar el aspecto de dicho distrito. La unidad, a la que Shireone había acudido hacía dos meses, era el puente entre esos dos barrios: ubicada en su división, y aunque hacía tiempo se había colocado allí para controlar la posible delincuencia que entraba a la ciudad a través del extrarradio, ahora también atendería las peticiones del lujoso residencial. Shireone eligió ese

destino justamente por eso, porque su mujer se había empeñado en comprar una casa en una de sus maravillosas urbanizaciones, y le había rogado que se trasladara a la citada comisaría que quedaba a unos pasos de su casa, para así tenerlo siempre cerca. Iba a ser padre por tercera vez en unos meses, y su esposa argumentó que así podría dejarla a ella el coche, a razón de que él podría ir andando al trabajo. Las justificaciones de su pareja le habían resultado lógicas y cabales, haciéndole caso, solicitando el puesto y consiguiéndolo gracias a su magnífico expediente, su antigüedad y, sobre todo, sus referencias: su suegro era nada menos que el jefe supremo de la policía de Windhoek, por lo que su hija ya se encargó de asegurarse la plaza que deseaba para su marido.

La llegada había sido habitual, como en su anterior cargo; sin embargo, con el paso de las semanas se había ido dando cuenta del desastre en la organización, el trabajo, el horario, la tremenda cantidad de casos abandonados, la vagancia general, y el desinterés de todos y cada uno de los trabajadores. Estaba intentado poner algo de cordura en aquel galimatías, pero el anterior comisario o estaba ciego, o era tonto o un gañán..., o, bueno, siempre se le ocurrió otra opción que fue tomando fuerza por los hechos acaecidos en las siguientes semanas.

—Jefe, cortó sus quejas otro empleado que apareció de repente en el registro. No se lo creerá, pero hay otro tío que quiere verle, y también es por el caso de la tal Clara esa.

Antes de sorprenderse por la nueva visita, le dieron ganas de poner firme a su subalterno y darle nociones de buenos modales: qué era eso de «un tío, por la tal Clara esa». «Dios, cuánto trabajo tenía en ese puñetero lugar», pensó.

—No estoy para más visitas, bastante he tenido ya.

—No hay problema, jefe, ya le largo yo. —Aquel hombre no tenía remedio, y encima era el que habían decidido poner en ventanilla, tenía que hacer tantos cambios que no sabía por dónde empezar. Bueno, por ahora, a seguir indagando.

Prosiguió de pie hostigando al policía, que no paraba de mirar por todos los huecos habidos y por haber de sus estanterías, mientras que en su cabeza empezaba a forjarse una posibilidad. En un momento dado, salió despavorido por la puerta sin dar más explicación, llegó al mostrador donde preguntó por la persona que quería hablar antes con él.

—Menudo pesado el tío ese, se ha puesto superborde, le he tenido que

largar casi a empujones. Acaba de salir por...

Ya no escuchó más, se tiró hacia la salida, empujó con fuerza la madera, gracias que no había nadie al otro lado y ubicó un cuerpo, uno enorme, de un espécimen gigante y eso que él era alto. No perdía nada por preguntar.

—¿Ha preguntando usted por el caso de Clara?

Olaf se dio la vuelta en cuanto escuchó el nombre de su amiga.

—¿Quién es usted? —Estaba precavido, lo primero informarse de la identidad de su interlocutor y después confesar.

—Soy el jefe de la comisaría, creo que ha preguntado por mí. Si quiere le puedo atender ahora.

—Sí, sí, gracias.

—Acompáñeme, vayamos a mi despacho.

En el almacén, Shireone había tenido una idea: si no encontraba los malditos papeles, tendría que darle una justificación a aquella Policía española. Entonces se le ocurrió: «si al menos tuviera algo que darle para entretenerla», y la frase de «un tío, por la tal Clara esa» reapareció en su mente. Si aquel hombre sabía algo sobre Clara, sería la perfecta chuchería para que la inspectora se calmara, mientras él conseguía encontrar el sumario, si es que eso ocurría algún día.

—Siéntese, perdone, pero antes estaba muy liado; sin embargo, ahora tengo un hueco para hablar. Cuénteme, ¿qué sabe usted del caso de Clara?

—Bueno, más bien quería que me dijeran qué le ocurrió a ella.

—Ese es un tema delicado, porque para poder darle información, me tendrá usted que revelar la relación que mantenía con la implicada, y por qué razón se interesa ahora por un tema archivado desde hace bastante tiempo. —Olaf estaba nervioso, tremendamente incómodo, y Shireone, que era muy perspicaz, lo notaba, había algo allí que no le cuadraba: su olfato se lo decía.

—Bueno, no quería revelar mi identidad por no perjudicarla, pero en el fondo, teniendo en cuenta cómo se han desarrollado los acontecimientos, ya no importará. —Era la coartada inventada por Clara, no estaba muy convencida de que aquel sabueso fuera a tragársela.

—Dígame, entonces, ¿de qué la conocía?

—Éramos amantes —espetó Olaf, con la sorpresa del hombre al otro lado de la mesa: no se lo esperaba, la verdad, sus sospechas no habían ido por

derroteros sentimentales.

—¿Amantes?

—Sí, ella no me conocía cuando llegó a Namibia con su novio, Fabiano, me dijo. Nos vimos varias veces por el hotel en el que estaba alojada y al pasar tanto tiempo sola, porque su pareja al parecer debía permanecer muchas horas en su trabajo, fuimos entablando una amistad y, en fin, una cosa llevó a la otra y terminamos acostándonos.

—Bueno, es curioso, no tengo mucha idea sobre el caso, pero por lo que tengo entendido Clara Montes Parra tuvo un accidente de tráfico el día 16 de febrero. —Por fin, algo de información, pensó Olaf—. Su coche se salió de la carretera y después de caer por un terraplén, partiéndose en miles de pedazos, ardió en llamas... El cuerpo fue imposible de encontrar: al parecer se carbonizó. Los restos que se recogieron determinaron que eran de su aman..., bueno..., de Clara.

—No lo sabía, el último día que estuve con ella, me dijo que el 26 de febrero se iba y que prefería no volver a saber de mí. Por eso no me había enterado de nada hasta hace poco.

—¿Hace poco? ¿Qué ha cambiado?

—Bueno, he pasado tres meses recordándola. —Olaf intentaba parecer abatido, sincero, si bien, el esfuerzo era enorme—. Debatíendome en la idea de intentar buscarla y al final lo hice. No fue complicado, me había contado su vida y conocía el nombre de su clínica, solo tuve que llamar al teléfono que encontré en Internet, y cuando lo hice, la respuesta al preguntar por ella me dejó helado. —Esta parte la tendría que improvisar, así había quedado con Clara, porque al llegar a ella, podría o no saber lo que en teoría, según la policía, le habría ocurrido. Ahora conocía que Clara para ellos estaba muerta, por lo que usó ese preciso término—. Cuando me dijeron que había fallecido, no podía creerlo y al no darme muchas explicaciones, me decidí a conocer por mí mismo el caso. Supuse que aquí sabrían algo, porque la clínica de su novio estaba cerca. Imagino que habrá sido horrible para todos sus seres queridos.

—Sí, perder a un familiar nunca es agradable. —Aquel hombre emanaba sentimientos enfrentados; por un lado, parecía afable, buena persona, con ademanes y gestos de corazón honrado; sin embargo, tenía la sensación de que se guardaba un as en la manga, y él era un experto en apreciar las trampas. De todas formas, era la piruleta que pensaba podría encontrar para la odiosa y persistente mujer que seguro le estaría pisando los talones hasta que

encontrara el dichoso expediente, por ello, ¿por qué no ponerlos en contacto? Seguro que tendrían mucho de que hablar: él podría darle información a ella que la apaciguara, y ese hombre encontrar datos que, al parecer, también buscaba. Entre ellos se apañarían y así no molestarían a su comisaría, al menos durante un tiempo. No rompía ninguna regla, ley, secreto o palabra: le dio la impresión de que los dos estarían encantados de conocerse.

—¿No podría decirme algo más sobre Clara? —Le terminó por animar su interlocutor.

—Bueno, pues es curioso, pero hoy mismo ha venido justo antes que usted, se han tenido que cruzar en la puerta, una mujer llamada Susana, Susana Robles. —Leyó en la tarjeta que aún continuaba encima de su mesa—. No sé si la conocerá de algo. —Shireone, con la mosca tras la oreja, deseaba destripar la reacción de la visita. Dos intromisiones tan seguidas sobre el mismo tema le hacían dudar.

—No, no la conozco de nada. —La sinceridad rotunda de la frase relajó en parte al comisario. Sabía que las casualidades existían: había presenciado durante su carrera situaciones inverosímiles causadas por el azar. Decidió dar un voto de confianza al invitado.

—Se ha interesado por el expediente del caso, lo único que lo hemos extraviado. Al parecer, es la representante legal de su familia en España y del propio país, porque es una funcionaria pública. Me ha dejado su tarjeta por si tenía alguna información adicional. —Era el momento de probar de nuevo cómo reaccionaba el hombretón mulato.

—Para mí sería fantástico si me diera su número, no creo que hiciera ningún mal hablar con ella. Necesito saber más.

—Bueno. —Terminó por decidirse—. Yo también creo que será apropiado. Ella me pidió que si sabía cualquier cosa a mayores sobre el tema, la llamara, y creo que usted es precisamente esa cosa. Tome. —Le alargó una de las tarjetas que la inspectora Robles le había dejado—. Puede quedársela, tengo más, pero por favor, cuando hable con ella, dígame la verdad, que vino aquí a informarse y yo le di su número.

—Sí, sí, por supuesto que lo haré. —Alargó la mano Olaf para coger la cartulina, era el mejor regalo que podría llevar a Clara: un contacto con su propia familia, alguien que parecía de confianza, alguien con quien hablar sin tapujos, sin miedos, o, al menos, eso parecía—. Se lo agradezco mucho, la llamaré ahora mismo.

—Hará bien, porque además no estará muy lejos, no se fue hace demasiado tiempo.

Después de un apretón de manos, Shireone vio marchar a la última visita, esperando que el resto de su jornada fuera más tranquila: llevaba un día de locos. Retrocedió sus pasos hacia el archivo para comprobar si había buenas noticias por allí.

Mi aguante en el parque rozaba su tope, tenía las monedas de la mano, estaba a punto de levantarme, coger a mis dos bebés y recorrer el lugar localizando una cabina. ¿Y a quién llamar? ¿A Fabiano? ¿A su organización? ¿A la policía? ¿A mis padres? La opción más lógica era mi propia familia, seguro que ellos no estarían implicados en mi desaparición, pero el dinero de que disponía no daría para una comunicación internacional, y lo único que conseguiría sería perderlo y existía la posibilidad de que más adelante lo pudiéramos necesitar para lo que fuera. Estuve a punto de ponerme a pedir, de circular por los jardines y columpios de aquel lugar, atosigando a las madres y padres con cualquier invención para que me dieran unos céntimos; no obstante, por alguna razón, esperé unos minutos más, solo un ratito, me decía, y ni siquiera tenía reloj para comprobar el avance del tiempo. ¿Hacia cuánto se había ido Olaf? Mucho, era lo único que podía contestarme y allí, en medio de la calle, no estaba segura. ¿Y si me veía alguien? Personas implicadas en mi secuestro: me estaba volviendo loca. Coloqué una de las telas que portábamos sobre mi cabeza, a modo de pañuelo, tapándome incluso el rostro, dejando tan solo mis ojos al aire, a semejanza de los velos que llevan las mujeres musulmanas. Esperaba así, al menos, conseguir no ser reconocida.

Un enorme cuerpo agitando sus brazos en alto, me sacó no solo de mi horrible trance de histeria, sino que me levanté con decisión ansiando su llegada. Cuando estuvo a mi vera, no pude evitar abrazarlo, asirme a su cuerpo, el cual cada vez me era más familiar, y en el que empezaba a encontrar un gusto inexplicable que iba aumentando con el paso de las horas y las vivencias soportadas. Él me achuchó con fuerza y sentí su corazón acelerado por la posible carrera que le habría traído de vuelta.

—Tengo algo fantástico, Clara —me dijo aún amarrados.

—¿Qué? —Solté de golpe el abrazo—. ¿Qué tienes? —reiteré. Él me alargó una pequeña hoja de cartón: una tarjeta, adiviné, con un nombre de

mujer y debajo su profesión—. Susana Robles, inspectora de policía—. ¿Quién es esta mujer?

—Según el comisario, es una representante de tu familia, de tu país, alguien que han enviado para solucionar tu caso.

—¡No me digas! —No pude evitar levantar la voz—. ¡Eso es fantástico! Seguro que ella puede ayudarnos, llamémosla.

—Sí, es lo que deberíamos hacer, además al parecer acaba de estar en la comisaría, antes que yo. ¡Qué casualidad! ¿Verdad? Y seguro que no andará muy lejos. ¿Qué ocurre? —Denotó mi gesto.

—Quizá deberíamos andar con cuidado. —Empecé a razonar, tenía las neuronas demasiado alerta.

—¿Por qué? —Olaf era más confiado que yo.

—No sé, en el fondo solo tenemos una tarjeta de esa mujer. ¿Y si está con ellos? ¿Y si es de la organización? Otra pieza del rompecabezas, ellos me están buscando.

—Yo creo que ya te han dado por muerta.

—Eso no lo sabemos con seguridad. Creo que deberíamos llamarla, pero andarnos con ojo. No podemos bajar la guardia ahora. Deja que lo medite, deberíamos crear otra coartada para asegurarnos que es de fiar.

—¿Susana Robles? —Escuchó la mujer al otro lado del móvil, le extrañó la aparición de un número rarísimo en la pantalla del teléfono, pero, por supuesto, lo cogió. Cuando uno estaba en mitad de una investigación, había que responder a todas y cada una de las llamadas: era una de sus reglas.

—Sí, sí, soy yo, ¿quién llama?

—Quería hablar con usted en persona.

—Perfecto, dígame lugar y hora, ¿con alguna relación? —Y siempre aceptar ese tipo de ofrecimientos sospechosos a la primera, aunque a la vez intentar sacar información antes de acudir, pero sin asustar. Al otro lado se hizo un silencio, estuvo a punto de volver a intervenir para agregar que no hacía falta su contestación, pero la voz de hombre añadió.

—Con relación a Clara Montes Parra. —¡Bingo! Se gritó Susana.

—En ese caso, estoy disponible ahora mismo, ¿puedo saber quién es usted?

—Misma táctica, total disponibilidad, pregunta al canto.

—Prefiero no revelar mi identidad.

—No hay problema, ¿dónde nos vemos?, ¿cuándo quedamos? Prefiere elegir usted o lo hago yo.

—Acaba de estar en la comisaría número 5, el jefe de la misma me ha dado su teléfono. —Bueno, iba sacando más cosas en claro—. Cerca de ella hay un parque, en el centro del mismo hay una estatua, no tiene pérdida, al lado hay bancos, yo estaré sentado en uno de ellos. Soy un hombre negro, bueno, mulato, muy alto y grande, si viera que hay más personas como yo y pudiera confundirse, me levantaré y colocaré justo en la propia estatua. Yo ya estoy aquí, por lo que cuanto antes llegue mejor. ¿Entendido?

—Entendido, ¿y la dirección del lugar? —Solicitó Susana retrocediendo sus pasos: iba camino de la habitación, acababa de llegar, pero no tenía ningún problema en volver a salir.

Olaf se la ofreció y cortó la llamada, no cayeron monedas en el espacio reservado para ellas dentro de la cabina: se habían quedado sin lo poco de que disponían. Aquella mujer era la única salvación que tenían, regresó hacia el parque para hacer compañía a Clara y repasar el plan.

El taxi llegó enseguida, los huéspedes de los hoteles eran buenos clientes y siempre los estaban merodeando, por lo que la llamada ejercida por la señorita de recepción dio su resultado al instante: casi a la vez que la inspectora salía por la puerta denotó la llegada del auto. Susana le ofreció la dirección a donde acercarla y no tardaron mucho en llegar, el tráfico era excelente en aquella ciudad. La inspectora, al igual que casi todos los turistas que arribaban en Windhoek, se sorprendían de la limpieza, el orden, la modernidad y el desarrollo de la capital de Namibia, agradeciéndolo aún más, aquel día, puesto que deseaba aterrizar en su destino cuanto antes. Si aquel hombre se cansaba de esperar se iría, y era lo único que tenía para seguir trabajando en el caso de Clara.

Cuando el conductor le confirmó que habían llegado, le lanzó un billete grande, un «quédese con el cambio y ya le llamaré». Esto último, porque había sido cauta y decidió que sería interesante tener a un transportista siempre disponible, ya que le daba en la nariz que los paseos en taxi iban a ser frecuentes, y resultaba una pérdida de tiempo buscarlos. Al ofrecerle al hombre la posibilidad de un trabajo fijo, cuando ella le llamara, le dio pie a entregarle su número de móvil personal, por suerte, el taxista se había subido

al carro de las nuevas tecnologías, de tal forma, que cuando Susana necesitara un vehículo, solo tenía que marcar su número y él acudiría. Por eso le había dado un billete que sobrepasaba con creces la carrera, quizá así animaba a aquel buen señor a quedarse cerca del lugar donde la dejaba, por si volvía a necesitarle.

Se tiró literalmente del automóvil, corriendo, cruzando temerariamente la calle, directa a una estatua que, en efecto, no tenía pérdida, ya que resaltaba con claridad en medio del parque. Allí tampoco tuvo duda, pues solo había un hombre en los bancos, y este cumplía a la perfección las características agolpadas en su cerebro. Se palpó la pistola que guardaba en el pecho, era un lugar público, si bien, había que estar precavida. Le había costado lo suyo traerla hasta Namibia; sin embargo, era imprescindible para su protección, por ello, tuvieron que rellenar miles de papeles y la ayuda de su jefe, un tanto al borde de lo legal, como estaban últimamente trabajando, fue esencial para que ahora notara el frío metal dentro de sus ropas.

Según se acercó, la cara del tipo le recordó a alguien, ella nunca olvidaba un rostro, y su increíble memoria fotográfica la llevó directamente a la salida de la comisaría. Ese era justamente el hombre con el que se había empotrado, el mismo con el que había fantaseado en broma sobre la posibilidad de meterlo en su cama. ¡Casualidades de la vida! ¿O no? Estas coincidencias había siempre que tenerlas en cuenta, porque podían ser pistas esenciales.

—¿Susana Robles? —dijo el gigante moreno, cuando ella se puso delante de él de pie.

—Sí, la misma, y supongo que su nombre no puedo conocerlo.

—Mejor que no, ¿quiere sentarse a mi lado?

—Sí, no tengo problema. —Ahí se ubicó a la espera.

—Tengo información muy valiosa sobre el caso de Clara, pero antes es necesario comprobar su identidad.

—Puedo darle mi pasaporte y la placa de inspectora. —Fue abriendo el bolso para mostrárselas. Olaf las cogió y miró, aunque no era eso lo que quería.

—Esto no será suficiente, quiero algo más.

—Dígame. —No sabía qué más podía ofrecerle, pero, bueno, siempre había que estar amable y abierta ante esas situaciones.

—Quiero que coja su móvil y llame a los padres de Clara.

—Yo lo haré sin problema, pero debo preguntarle, ¿para qué? —Seguir cordial, mas buscar respuestas.

—Con ellos podremos certificar que usted es una enviada suya.

—De acuerdo, cogeré el móvil y llamaré. Esperemos que puedan atendernos. —No era un trámite muy normal, si bien, la situación tampoco lo era—. Mire, este es su número. —Le mostró—. El del Doctor Montes, probemos con él, además podrán entenderse, puesto que habla perfectamente inglés, como usted. Si no, también podemos llamar al fijo de su casa, o del hermano, hay varias posibilidades... —Suponía que el propio Doctor cogería la llamada, seguro que el nombre de inspectora Robles, o Susana, o como la tuviera registrada, sería de suficiente peso, como para incluso dejar una operación.

—¿Sí? ¿Susana? Dime.

—A ver, Doctor Montes. Estoy en Windhoek, como sabe.

—Sí, sí, lo sé. —El doctor parecía exaltado. Todo lo relacionado con el caso de Clara le destartaba sus educados nervios.

—Y tengo aquí ahora mismo a mi lado a un hombre que dice tener información muy valiosa sobre su hija. Quiere hablar directamente con usted para autentificar mi identidad.

—Pásemelo ahora mismo. —El corazón, gastado y lastimado durante los últimos meses, se aceleró dentro del pecho del Doctor Montes. Este estaba a punto de cenar con su mujer y al ver la llamada de Susana en su móvil, se retiró al despacho de su consulta para hablar en privado con ella: no quería dar esperanzas a su esposa, por eso, solo le contaba lo mínimo.

—¿Doctor Montes? —Escuchó una voz masculina, se sentó en un sillón: las piernas le flaqueaban. No tenía ni idea de qué significaba aquello, pero debía estar en plenas facultades.

—Sí, soy yo, dígame, ¿qué puedo hacer por usted? Lo que quiera. —Total disponibilidad ante todo.

—Solo quiero que me responda unas preguntas, primero me aseguraré de que usted es el padre de Clara. ¿Cómo se llamaba el peluche con el que dormía Clara de pequeña? —Aquello fue impactante, Susana se mordió el labio por la impresión, y al Doctor Montes se le cortó la respiración.

—Pepito —respondió. Era el momento de no buscar porqués, de dejarse malear, permitir que la marea le llevara sin luchar, sin pedir explicaciones.

Debía ser fuerte. Más de lo que en los últimos meses había sido por obligación.

—¿Podía dormir sin él?

—No, solo dormía si lo tenía estrechado entre sus bracitos. —La congoja asomó a su garganta, pero no se dejó vencer: entendía la necesidad de permanecer entero, en alerta.

—¿Qué pasó al ir un fin de semana a Denia y olvidárselo?

—Tuve que comprarle uno, muy parecido. —Las lágrimas estaban en sus ojos, pero las retuvo.

—¿Cuántos años tenía Clara? —Esa pregunta era complicada, hizo memoria, tardó un rato.

—Creo que siete, los acababa de cumplir, nos fuimos a Denia en el puente de mayo y ella los cumplía el 24 de abril —adjuntó todos los datos que pudo.

—¿Como llamaron a ese nuevo peluche?

—Juanito.

—¿Por qué ese nombre? Explíquemelo.

—Eso no lo olvido. Ella me dijo que no podía llamarle igual, porque era otro distinto y ya teníamos un Pepito, por eso decidió llamarlo como su hermano Juan, pero con diminutivo, Juanito. Decía que sería un amigo, que se lo llevaríamos como regalo a Madrid, cuando regresáramos. —Ahora ya no pudo soportarlo más y lloró, pese que a la vez contuvo la emoción en su voz para seguir hablando—. Cuando volvimos, colocó los dos en su cama, eran muy parecidos, pero como Juanito era un poco más grande, decidió que eran hermanos y que el nuevo sería el mayor... —La emoción le obligó a cortar el discurso, fue incapaz de continuar.

—Ya no hace falta que me cuente más —finalizó Olaf, era suficiente, el hombre estaba sufriendo, lo notaba—. Ahora espere.

El Doctor Montes no pudo ver lo que ocurrió, pero Susana sí. El hombretón mulato levantó sus manos, agitándolas, a la vez que realizaba un silbido agudo, muy peculiar. La inspectora miró hacia el lugar donde la vista del desconocido estaba clavada y vio salir una mujer delgadísima, parecía musulmana por el pañuelo colocado en su cabeza y sus vestimentas africanas: llevaba un bebé negro en su cadera. Según se acercó, apreció sus ojos azules brillantes y su piel blanca. ¿No era negra? ¿Quién era? ¿Qué podría saber sobre...? ¡Dios! Una extraña intuición..., una idea imposible..., un escalofrío recorriéndole el

cuerpo... Algo que crecía cuando la mujer más se acercaba..., que subía y subía en su mente... Hasta que frente a ella, el fantasma se quitó el velo y la muerta resucitó y se volvió viva... ¡Clara Montes Parra!... ¡En persona!

Susana estaba tan impactada, sorprendida y a la vez emocionada que no fue capaz de articular palabra y eso que se le formaron miles en el cerebro. Ni siquiera se inmutó, permaneció estática en su asiento, como si el asunto no fuera con ella: se quedó congelada, únicamente observó la escena. El hombretón tendió el teléfono a, ¿Clara? Susana aún no se atrevía a ponerle nombre, por si fuera una visión, una equivocación o una alucinación. El bebé negro fue acogido por el desconocido de su lado, quien se levantó, dejando su sitio en el banco al espectro. Cuando la esquelética mujer tomó asiento junto a ella, Susana comprobó que dentro de su pecho llevaba un bulto y al fijarse, apreció la cabeza de otro bebé, blanco, rubio, como ella... ¡Dios mío, su hija!

—Papá —escuchó el Doctor Montes y un mareo le zarandeó la cabeza. No pudo hablar, era imposible—. Papá, soy Clara. —La mujer que hablaba lo hacía llorando, y él, igualmente, dejó caer las miles de lágrimas que había en sus ojos, aunque no podía hablar, era imposible decir nada: aquello parecía una broma, un sueño, una alucinación... ¿Qué estaba viviendo?, ¿sus anhelos o una realidad?—. Estoy viva, soy yo, recuerdas a Juanito, lo que nos costó encontrarlo. Recorrimos todas las jugueterías de Denia: seguro que tú pensabas que nos tendríamos que volver a Madrid o que no dormiría en todo el puente. —Clara, llena de lágrimas, había cogido carrerilla, sabía que si paraba no podría seguir hablando—. Estoy viva, papá, y estoy bien, además tengo a Lola.

—¿Lo-la? —Le costó repetir el nombre de su nieta al Doctor Montes. Aquello no podía estar ocurriendo de verdad, era imposible: su nieta viva, su hija viva, no podía ser, era impensable.

—Sí, Lola, nuestra Lola, vuestra nieta, es pequeñita, porque ha tenido que sufrir mucho, como yo, pero creo que está sana. Ahora que hemos encontrado a Susana seguro que todo saldrá bien. —Esta se quedó mirando impactada a la presencia situada a su lado en el banco—. Iremos al médico para que nos miren a todos y, bueno, también tengo a Nicolás, tu otro nieto. Ya te contaré.

—Pero, hija, ¿no puedo creerlo! —Escuchar su nombre de pila, despertó al doctor, quien intentó hablar—. ¡Estás viva! Lola está viva y, bueno, ya me dirás quién es ese Nicolás que lleva mi nombre. —Sentía tanta emoción, tanta esperanza que no podía ordenar la avalancha de sentimientos que experimentó.

Su hija muerta, su nieta muerta, las dos volvían a la vida, regresaban a su vida, a la de él, a la de su mujer y su hermano. Era incapaz de asimilarlo, no conseguía eliminar la capa intensa de dolor y sufrimiento que seguía oprimiendo su pecho: debía romperla con golpes, con gritos, con alaridos de esperanza, de felicidad. Le costó, pero consiguió que el llanto por el impacto girara hacia la alegría: por fin, percibió la euforia. ¡LOLA! —gritó— ¡LOLA! ¡LOLA, VEN, CORRE! —siguió chillando.

—¿Está ahí mamá? —Se ilusionó Clara a miles de kilómetros.

—Sí, sí, estamos en casa, íbamos a cenar, mira ya entra. —Clara escuchó lo que en su casa siendo niña ocurría—. Cariño, ven, ponte aquí, no te alteres, pero hay alguien al teléfono. Es de verdad, tienes que confiar en mí, creerme. Ya lo he comprobado, me ha hecho unas preguntas que he contestado y es ella, te lo prometo, te lo juro, es ella, es nuestra hija, nuestra Clara... ¡Está viva!

Lola, estática, sentada en la silla donde la había colocado su marido, se quedó blanca, muda, inerte, ni siquiera pudo sostener el móvil, sus brazos le pesaban y la impresión fue tan fuerte que su marido, asustado ante un posible desvanecimiento de su mujer, se situó en cuclillas a su vera, rodeándola con cariño y, a la vez, dibujando en su rostro una total sinceridad para reforzar la veracidad de lo enunciado. Cuando se aseguró de la salud en el semblante desenchajado de su esposa, incluso después de preguntarla si estaba bien y preparada, puso el altavoz del teléfono y le asió de una mano.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Estás ahí, mamá?

—¡Clara! Dios mío, mi Clara. —Lola también lloraba, pero estaba tan feliz, tan contenta, tan alegre que se le cortaron las lágrimas, de repente, al escuchar la voz de su niña, su bebé, su pequeña Clara—. Hija, no puedo creerlo, no consigo asimilar lo que está ocurriendo. ¡Estás viva! ¡Es imposible! Pero, ¿cómo puede ser? Nos dijeron que habías muerto, que habías tenido un accidente. ¿Cómo te has salvado? ¿Cómo ha sido?... ¿Dónde estás?... Pero... —Miles de preguntas más.

—Es una historia muy larga, no tuve ningún accidente, os mintieron. Me secuestraron, me metieron en una cárcel, pero escapé y tuve a Lola, a vuestra nieta, gracias a los bosquimanos, el hombre que ha hablado con papá es uno de ellos. Me ha ayudado a llegar hasta aquí y ahora que estamos con Susana, todo se solucionará.

—Pero, ¿estás bien? ¿Te encuentras bien? ¿Te han hecho algo? La niña, mi Lola, ¿cómo está? ¡Ay, hija, cuantas ganas de abrazaros!— Lola, envuelta en

un mar de lágrimas, no podía entender lo que sucedía, no conseguía aceptarlo, aunque ante todo quería asegurarse de la salud de sus niñas.

—Todos estamos bien, tranquila, mamá: lo peor ha pasado, y cada vez queda menos para volver a veros.

—¡Ay!, sí, hija, sí. Tienes que regresar cuanto antes, venir a España para curaros y atenderos...

—Sí, mamá, tranquila, todo se arreglará. Sé que querrías hablar conmigo eternamente, pero estamos en mitad de la calle, se está haciendo de noche y los niños necesitan atención.

—¿Hay más niños?

—Ahora te cuenta papá, debemos resguardarnos en algún lugar, porque, bueno... Hay que tener cuidado, porque me están buscando. Además, no podéis decir nada a nadie, ¿entendido?

—Sí, sí, a nadie, bueno, déjanos decírselo a tu hermano.

—Vale, a Juan sí, pero absolutamente a nadie más, ni en mi trabajo, ni al resto de la familia, ni amigos, vecinos... nadie. No sabemos hasta dónde llegan los hilos de la organización. Y menos a Fabiano, si os llama vosotros mudos.

—Mudos, Clara, te lo prometo. ¿Está metido ese hombre? —mi madre era muy perspicaz.

—Puede ser mamá, pero aún no hay nada claro. Ahora nos iremos con Susana, ella nos ayudará, primero a recuperarnos y después averiguaremos qué ha sucedido.

—Ten mucho cuidado, hija. Pídele lo que sea a Susana, ella tiene recursos económicos, nosotros se los hemos suministrado, que te dé todo lo que quieras, no reparéis en gastos. Desde aquí os mandaremos el dinero que queráis, haremos lo que nos pidáis, pero, por favor, cuídate, no podría soportar volver a perderte... Y veníos pronto, salid de allí cuanto antes.

—Vale, mamá, tranquila.

—Díselo a la inspectora, que te proteja. Cuidaos todos bien, acudid al mejor hotel que haya en la ciudad, llevad a los niños al médico, ve tú también, lo primero, la salud. Ahora que os tengo de nuevo no quiero perderos.

—Luego volvemos a hablar, dejadnos ir a un lugar cerrado, aquí en la calle corremos peligro.

—Sí, Clara —intervino el Doctor Montes— id ahora mismo. Sin perder tiempo. Dile a Susana que os cuide, que para eso está allí.

La comunicación se cortó; sin embargo, en el hogar de los Montes Parra se formó una fiesta de júbilo, alegría, gritos, preguntas, respuestas, llantos e incertidumbres, alargándose la estrambótica conversación entre el matrimonio hasta que Lola decidió y necesitó comunicárselo a su hijo varón. Llamaron a Juan, le explicaron lo mejor que pudieron lo sucedido, y aún todos sin poder creerlo terminaron reunidos en el hogar paterno, intentando buscar cordura en la agitación inesperada de sus aguas, de su triste, atrofiado y podrido estanque, muerto, sin peces, sin vida, invadido de fantasmas, ánimas, convertido en una ciénaga, lodosa y nublada; abriendo un torrente de líquido cristalino que se adentró en la tétrica charca en que se había convertido su existencia; transformándose en una laguna, azul, limpia, de praderas verdes, luminosa, llena de peces, insectos, vida rezumando vigor, vegetación esplendorosa y cielos despejados, gracias a la purificación recibida a raudales a través de las ondas telefónicas. La esperanza inundó sus corazones, replegando la inmensa pena acumulada durante los últimos tres meses a un rincón escondido de su mente. Los cuatro, madre, padre, hermano y cuñada de la desaparecida sintieron cómo despertaban de la pesadilla, cómo abrían los ojos, intentado olvidar el tenebroso sueño que les había causado un infierno en vida durante los últimos noventa días. Así permanecieron el resto de la noche, nadie quiso romper el grupo, ninguno quería alejarse del móvil, quien estático, permaneció en la mesa del salón ante la insistente mirada de los integrantes de la reunión, necesitados de información y respuestas.

Desconocía los honorarios que mi familia aportaba a aquella misteriosa mujer, solo puedo afirmar que fueran los que fueran se los ganó con creces. No sé cómo lo consiguió, no me preocupé en absoluto de desvelarlo, si bien, guió con eficiencia nuestro camino sin ningún esfuerzo por nuestra parte.

En un tiempo récord, apareció un taxi en el mismo parque con tan solo una llamada telefónica, el vehículo se situó a nuestra vera, accediendo a él los tres adultos y los dos bebés, llevándonos a un hotel en el que no tuvimos que esperar en recepción. Susana nos dirigió hasta la que debía de ser su habitación, y desde el teléfono fijo situado en una de sus dos mesillas, tras una conversación acalorada, dirigió ella misma nuestros pasos hasta un cuarto a

poca distancia del suyo, donde llegamos a la vez que el botones, quien nos abrió la puerta. Allí entré yo sola, Susana indicó a Olaf que acompañara a dicho trabajador para que le mostrara su habitación: aquella separación no me agradó, no obstante, en ese momento no me quejé, continué manejada por los hilos de mi titiritera. Dentro de la estancia, me situé sentada en una de sus camas, mientras que, de nuevo, la inspectora Robles, acogiéndose al auricular, estuvo hablando con recepción y con otras personas a las que ya no presté atención. Yo, mientras me dirigía al baño, solo de pensar en una ducha, se me erizaron los pelos.

—Date un baño o una ducha, yo cuido de los bebés —gritó Susana para que yo la oyera desde el aseo. Me encontraba tan impactada mirando el váter, el bidé, el lavabo y la alcachofa que colgaba de la pared de la ducha, que me costó contestarla.

—Sí, me daré una ducha, si puedes quedarte con ellos, te lo agradezco. —Hubiera preferido meterme en aquella enorme bañera, llenarla de espuma y hundirme durante horas y horas en ella, pero sabía que en mi estado, había parido hacía pocas semanas, no era conveniente, y, además, no deseaba dejar a Lola tanto tiempo alejada de mi calor.

El agua caliente, hirviendo, arrastró toda la suciedad que debía de tener mi cuerpo, llevándose el sufrimiento, la sequedad, la angustia, la sangre, el sudor, el polvo del desierto, la muerte, la rabia, la pena, las lágrimas derramadas, la impotencia... Tantas sensaciones resbaladas por mi piel, fue uno de los placeres más impresionantes que he vivido, fue como entrar en el cielo durante unos minutos, y encima después la percepción de limpieza, buen olor y sedosidad en mi pelo, completó el deleite. Enfundarme en el albornoz fue un gozo; notar las aterciopeladas zapatillas en mis pies desconchados y agrietados, un agrado infinito; secarme el pelo con un ¡secador!, un regocijo. Mirarme al espejo, hacer pis sentadita en el váter, lavarme las manos con jabón en el lavabo... Tonterías a las que en otra época de mi vida no hubiera dado importancia, no obstante, en aquel momento, me desbordaron. Parecía tonta, si bien, lo degusté todo como si lo hubiera disfrutado por primera vez. Cuando salí, Susana además de cuidar a mis bebés, había realizado su trabajo, pues me sorprendió con un vestido, ropa interior, unas sandalias y un pijama.

—No sé qué prefieres ponerte, me lo acaban de subir.

—¿Cómo?... —Bueno, para qué preguntarse el cómo, aquella tía era competente, de la misma forma que yo lo era hacía unos meses... Seguro que

en su caso, habría actuado igual, solo que ahora estaba un poco oxidada, aunque no tardaría en volver a ser la Doctora Montes.

Me introduje en el vestido: perfecto, mi talla, un poco holgado, porque la pérdida de kilos en mi cuerpo era evidente. Notar la seda de la braga y sujetador fue un placer, además, este último estaba increíblemente preparado para la lactancia. Susana estaba en todo. Preferí quedarme en zapatillas, pero le agradecía a mi compañera, igualmente, el detalle de los zapatos. Pronto sonó la puerta y un suculento banquete entró, quizá fui un poco desconsiderada, porque me abalancé sobre la comida como un animal hambriento, olvidándome de todo lo demás, incluso de las maneras al comer. Engullí y bebí hasta hartarme llenando mi estómago, que se quedó satisfecho y agotado: no estaba acostumbrada a semejantes festines. Al fin me di cuenta de la falta de Olaf, otra descortesía por mi parte.

—¿Dónde está Olaf?

—No te preocupes, he encargado para él ropa y comida. Estará en su habitación, supongo que haciendo lo mismo que tú.

—Gracias, Susana, estás en todo, ¡qué haríamos sin ti! —Esa fue la frase que se agarró a mis labios durante las siguientes semanas. Me preguntó si quería algo más de comer y pedí una manzanilla: había que digerir lo tragado. No tardó en regresar el asalariado correspondiente, llevándose los restos y dejando una taza con una tetera. Al poco de salir, sonó la puerta, y yo imaginé que habría olvidado algo o que sería Olaf, pero erré en las dos suposiciones.

—Pase, pase, doctor. —¿Un médico? ¡Susana había llamado a un médico! Pronto comprobé que a uno no, porque entraron dos hombres y una mujer.

Me les presentaron: eran el médico del hotel, que estaba a disposición de los huéspedes, lógicamente, por un módico precio, en una continua urgencia de 24 horas conectado al móvil; el otro facultativo, un pediatra, conocido del anterior, a quien había llamado para ver si estaba disponible para acompañarle; y, por último, una enfermera que solía ayudar al médico del hotel cuando era necesaria su intervención. Pero, además del personal sanitario, venían cargados con sus respectivos maletines, y la mujer con una balanza para pesar bebés, la distinguí enseguida. Susana preguntó si era necesario que abandonara la sala, y ellos comentaron que según mi deseo. Yo, por supuesto, permití que mi compañera prosiguiera conmigo, me daba seguridad. Por alguna razón, me costaría habituarme a quedarme sola o estar con personas desconocidas: sería un trauma a pasar, pensé.

El reconocimiento realizado tanto a mí, como a las criaturas, fue exhaustivo y el veredicto como esperaba: no olvidemos que yo era médica.

Mi estado, aunque extremo, controlado; para las quemaduras, que seguían un proceso de curación muy favorable (cómo no, teniendo en cuenta los intensos cuidados de Jarimba), me recetaron pomadas y gasas. En relación al parto, todo estaba en orden, el útero en su camino de volver a su posición normal, mi vagina recuperándose y los loquios saliendo como debían hacer. Me aconsejaron duchas diarias y compresas, lo que también sabía. El tema de mi desnutrición, estaba claro que eso era lo que me pasaba, teniendo en cuenta mi altura y peso, únicamente se solucionaba de una forma: comiendo, pero eso sí, con mesura, me dijo el doctor. Cosa que yo minutos antes había incumplido. «El estómago está reducido, no lo cargues demasiado o luego dolerá», me aconsejó. «Mejor poca cantidad, pero muchas veces». De todas formas, también me recetó medicinas para reforzar mi sistema digestivo.

Los bebés: Nicolás, perfecto, por encima de su talla, teniendo en cuenta la fecha que yo aporté de su nacimiento; aunque no era precisa, había determinado que sería la que daría siempre, 25 de abril, un día después de mi propio cumpleaños, casualidades de la vida. Simplemente complementar la lactancia materna con biberón y leche de crecimiento, si el niño así lo requería al llorar después de ponerle al pecho, justo lo que últimamente estaba sucediendo.

Para Lola, hubo controversia, nacida el 9 de mayo, también con posibilidades de error, su peso estaba muy por debajo de lo normal, y según ellos, debíamos acercarnos a un hospital para que determinaran si sería necesario su ingreso. A mí aquello me escandalizó, no podría dejar a mi hija en una habitación sin mi presencia, pero eso ya lo dejaron a nuestra decisión, igualmente, nos recetaron leche de farmacia para complementar la lactancia y se fueron por donde habían venido.

Susana, de nuevo, conectada al interfono, consiguió que un trabajador del hotel viniera, se llevara todas las recetas y los apuntes anotados por los dos médicos en una hoja, regresando en breve con todo el material adquirido en una farmacia de guardia. Proseguí alucinando con las cualidades de la mujer, quien conseguía sin moverse de una silla, instalada frente al teléfono, todo lo que pasaba por su mente. Susana preparó los biberones, esterilizándolos incluso en un aparato que por supuesto también consiguió. Todo ello lo realizó mientras yo daba de mamar a Nicolás, con solo uno de mis pechos,

reservándole el otro a Lola. Cuando finalicé, pasé el bebé negro a Susana, dedicándome a mi hija. Nicolás no tuvo ningún problema en engancharse con avaricia y fuerza a la tetina artificial, los médicos nos habían aconsejado que compráramos de varios tipos, por si los niños eran reacios; sin embargo, mi hijo varón, cuando detectó un torrente de leche que salía sin esfuerzo, se tragó en un abrir y cerrar de ojos el biberón enterito. Susana me miró, como preguntando si preparaba más, y yo asentí. Del segundo, solo pudo aceptar la mitad y probablemente se lo habría acabado, aunque el sueño atrasado le invadió y se quedó frito. Le instalamos en una cuna que habían traído con anterioridad y allí permaneció noqueado durante catorce horas.

El siguiente paso era el más importante: si Lola no aceptaba el biberón, tendríamos que ir sí o sí al día siguiente al hospital. Por ello, esta operación la realicé yo. Temí que no quisiera, que se negara, que apartara la cabeza o lo regurgitara; pero Lola era lista y fuerte, simplemente, no había tenido el alimento necesario dentro de mi tripa. Se amarró al pezón falso, de forma parecida al mío, y tiró y chupó, igual que su hermano, hasta que, agotada, cayó «rendidica». La coloqué en otra cuna, también llegada por arte de magia, y la situé en el lado derecho de mi cama, en donde me tumbé con la espalda recostada sobre el cabecero algo levantada, mirando a mi izquierda, donde había instalado el otro cuco, justo en el espacio entre las dos camas de que disponía la habitación.

—Bueno, ya está todo hecho, ¿qué hora será?

—Casi las doce.

—¡Las doce de la noche! Madre mía. ¡Cómo se ha pasado el tiempo!

—También hemos hecho muchas cosas. ¿Quieres dormir? ¿Estás cansada?, ¿o podríamos hablar? —Susana necesitaba toda la información que tuviera en mi cabeza, pero primero fue considerada, teniendo en cuenta el día que llevaba sobre mis espaldas.

—La verdad, estoy agotada, no he dormido en yo qué sé cuánto tiempo. —No pude ni precisar—. Pero cuanto antes te cuente, antes podrás empezar tu investigación.

—Por eso, Clara, si me lo relatas ahora, yo podré usar todas las horas nocturnas, mientras que tú y tus hijos dormís, y así podré ir haciendo un plan de ataque.

—Entonces haremos un esfuerzo. Quiero que esté Olaf, ¿sigue en su

habitación?

—Supongo que sí.

—¿Puedes ir a buscarle? Si no le invitamos a pasar, él nunca vendrá.

El hombre con el que regresó Susana me resultó distinto, más europeo. Olaf también se había aseado al igual que yo y portaba un pantalón vaquero con camisa de manga larga de color beige, dándole un aire menos africano y más... No sé cómo decirlo..., quizá más blanco.

—Ven, Olaf —le invité a pasar, se le veía cohibido—. Ponte ahí, en esa cama, a mi lado. Lo primero, perdona por abandonarte tantas horas en tu habitación, pero hemos estado un poco liadas. —Él exculpó el delito, era Olaf, ¡qué esperaba! Siempre tan comprensivo. Escuetamente le conté lo que había acontecido durante su ausencia. Mi limpieza, la visita de los doctores, su veredicto, la llegada de las medicinas, materiales sanitarios, el alimento para bebés y el buen resultado que habían tenido los biberones en ambos.

—¿Habrá que llevar a Lola al hospital? —Es en lo único en lo que se inmiscuyó.

—El médico ha dicho que sería aconsejable, aunque como yo también soy facultativa, creo que si sigue mamando y, además, acepta la leche, lo mejor será esperar para ver cómo evoluciona.

—A mí también me parece mejor —dijo tímidamente. Sabía que no tenía ningún derecho a opinar, aunque su cara de horror se relajó en parte. Estaba claro que, al igual que yo, no deseaba separarse de Lola.

—Si la llevamos al hospital, seguro que querrán dejarla ingresada y quizás en la incubadora, además, es privado y eso conllevaría una suma de dinero que no tengo ningún problema en asumir, pero me daría sospechas. Lola estaría perfectamente atendida y seguro que mejoraría, pero creo que haber vivido junto a Jarimba me ha hecho cambiar. Antes de conoceros habría acudido ahora mismo a urgencias y Lola se habría quedado ingresada.

—Yo prefiero que no lo esté. —Abrió su corazón Olaf. Lola era la tribu para él y la tribu siempre tenía que estar unida.

—Lo sé, Olaf, me la quedaré pegada al pecho, como me la ponía Jarimba. —Y así me la había colocado en cuanto Susana se fue a buscarle. Allí, aprisionada contra mi corazón, la piel y el pezón, estaba segura que sería su mejor incubadora—. Además, ha aceptado muy bien el biberón, continuará añadiéndoselo y veremos si aumenta de peso. Yo ahora también comeré mejor

y seguro que podré darles a los dos más leche.

—¿Seguirás dando de mamar a los dos?

—Mientras que quieran y yo tenga, desde luego.

Susana se sentía un tanto relegada. En su silla frente a nosotros, intentó dejarnos un poco de intimidad cacharreando sobre su iPad hasta que percibió que le tocaba el turno.

—He querido que vinieras, porque Susana necesita que le revele mi historia. —Ahí la inspectora levantó la cabeza—. Quiero que estés a mi lado, porque creo recordarla bien, pero a ti fue al primero que se la conté cuando desperté en la tienda de Jarimba. Podrías ayudarnos por si se me olvidara algo.

—Me parece correcto, estaré atento y, si aprecio que te dejas algún aspecto, intervendré.

—¿Estás preparada, Susana? —avisé a la inspectora.

—Por supuesto, si no te importa, la grabaré y además haré anotaciones, porque puede ser interesante retomar el tema en algún momento y no quiero estar todo el día molestándote.

—Me parece bien. De todas formas, puedes preguntarme lo que quieras, las veces que sea más adelante. Bueno, pues si no recuerdo mal el día 16 de febrero me dirigía a Kalkrand...

—Perdona, necesito que empieces antes.

—¿Cuánto tiempo atrás?

—Desde que todo cambió, ¿por qué viniste a África?

—¿Desde ahí? —dudé, eso era mucho tiempo atrás.

—Sí —respondió rotunda.

—Entonces estaremos toda la noche. Tendríamos para un libro de 500 páginas y no creo que dispongas de tiempo para escribir ahora mismo tanto.

—Bueno, yo tengo todas las horas del mundo, no sé si tú podrás mantenerte despierta.

—Lo intentaré, de todas formas, haré un resumen.

Eso hice. ¿Por qué África? Pues por lo que confesé hace 450 páginas, por amor, por Fabiano. Le narré cómo nos conocimos en Barcelona, cómo me contó su vida cenando por la ciudad, que nos acostamos (me dio apuro esta

confesión, pero había que ser fiel a la verdad) cuando me llamó al mes a mi clínica de Madrid, y el aviso de que había regresado de París después de ganar un premio.

—¿Recuerdas el nombre del premio?

—No, no lo recuerdo, creo que no me lo dijo... No le pregunté.

Que estuvimos unos meses viviendo como pareja en Madrid, primero él en un hotel y, luego, juntos en mi casa.

—¿Le ofreciste tú irse a vivir a tu casa o fue cosa suya?

—Creo que se lo ofrecí yo y aceptó, aunque puso impedimentos.

Pasaron los meses y él me pidió que viniera a Namibia, por lo de su asociación.

—Cuéntame todo lo que sepas de ella.

Y eso hice, su nombre, dirección, lo que hacían, la clínica, el comedor, el hospicio, sus descripciones que conocí una vez llegado, que me costó convencer a Fabiano para visitarla porque él me quería proteger, que no puse un pie en ella hasta pasado un mes.

—¿Y no te resultó sospechoso que no te dejara ir a su clínica?

—Bueno, él me convencía con argumentos que en aquel momento entendía lógicos, pero ahora, sinceramente, me suenan..., sospechosos. Incluso hubo una ocasión en que me enfadé mucho con él, por eso, porque ni siquiera tenía un teléfono, una dirección o algo, aparte del suyo.

—¿Y cómo reaccionó?

—Me lo dio todo y fui al día siguiente a la clínica.

Le conté que estuve en el Hilton las primeras semanas, que después nos fuimos a recorrer Namibia, las ciudades que visitamos, los hoteles, las excursiones a todo lujo y sin reparar en gastos.

—¿Lo pagaba él?

—Sí, parte lo abonaba yo, como el billete del avión para llegar a Windhoek, y el apartamento que alquilé después de regresar de nuestras excursiones, pero me tenía a cuerpo de reina.

—Entiendo. —Susana se iba haciendo una idea del tema.

Le expliqué cómo me enteré de que estaba embarazada, de que antes había tenido síntomas, pero no les había dado importancia, que se los conté a

Fabiano y me recomendó ver a Hans, quien me recetó unas pastillas. Que después de la noticia y comunicárselo a Fabiano, me pidió que nos quedáramos más tiempo, hasta los seis meses del niño, ofreciéndome incluso falsificar un documento para después viajar en el avión... Miles de datos que recordaba. Las visitas al hospital para mis reconocimientos, mis viajes para ayudar a la clínica, y por fin, el último recorrido que me llevó por la carretera hacia Kalkrand ante un control supuestamente falso de alcoholemia... Positivo..., furgoneta..., enfermera..., pinchazo..., drogada..., despertar..., oscuridad... Trato de los secuestradores..., visita médico... Él hablar inglés... No ver cara ninguno... Agujero pared... Shewaki... No entender... Su tortura..., parto y estrangulamiento... Jhuanmi..., violaciones... Agujero techo... Escapar... Salir chimenea..., coche gris plata..., 7678... Desierto... Parto Jhuanmi... Coche 7678... Nicolás... Lagunas... Otamba... Jarimba..., bosquimanos..., Olaf..., Lola... Desierto... Autobús... Windhoek... Clínica..., coche..., 7678... Fabiano y Hans, amigos secuestradores... Comisaría... Susana y salvación.

Horas y horas hablando hasta la extenuación, con los párpados queriéndose cerrar y el dolor de cabeza aumentando sin consideración en mi mollera. Susana, anotando, demandando aclaraciones a cada instante, sacándome el testimonio en su totalidad, evitando perder cualquier insignificancia; atosigándome con preguntas que, aunque contestaba agradecida, engrandecían la migraña en mi frente; recabando todo tipo de detalles, horas, climas, vocabularios, fechas, curiosidades, tonterías a veces a mis ojos y aspectos tremendamente interesantes en otras ocasiones. Olaf se mantuvo firme a mi lado, aportando sus propias nociones del caso, ayudándome en los momentos de mis lagunas e inconsciencia, y en aquello que había vivido en propia persona, como mi permanencia en el pueblo bosquimano. El lugar donde fui encontrada, mi curación; la visita que recibió en el mismo por parte de mis secuestradores, la conversación que mantuvo con ellos, la descripción milimétrica que le obligó a realizar la interrogadora, la llegada a Windhoek, la espera frente a la asociación «*We Help*» y cada detalle de lo que sus ojos presenciaron a las puertas del edificio, todo repasado fragmento por fragmento, puntualizando cualquier pormenor, enfrascándonos en una conversación dominada por la inspectora quien con su sagacidad de sabueso estrujó nuestras mentes, los recuerdos almacenados en los mismos, pensando que nunca se cansaría de interpelar cuestiones, de añadir datos a su libreta, de sacar nuevas consultas, de investigar inapreciables elementos de la historia...

Imaginamos que aquel examen no finalizaría jamás, que el día nos encontraría y nosotros, sin dormir, sin descansar, sin relajar nuestras neuronas, proseguiríamos eternamente a las órdenes de aquella insistente mujer.

A las cuatro y cuarto de la mañana, Susana se quedó conforme, nos dejó tranquilos y decidió marcharse para que pudiéramos dormir: ambos conseguíamos a duras penas mantener los ojos abiertos, me daba la sensación de estar ya durmiendo y de que aquello era un sueño. Estaba tan cansada, tan abatida, impresionada, impactada y desubicada, que la parada nocturna se iba haciendo cada vez más imprescindible para activar mi cuerpo fatigado y mi mente tremendamente derrotada.

—Ahora, a dormir lo que necesitéis, que falta os hace a los dos. Los niños seguro que no protestarán, mañana os contaré el plan.

—Sí, mejor mañana, porque ahora, aunque me lo dijeras, tendrías que repetírmelo igualmente mañana.

—Venga, adiós. —Por fin, Susana nos dio la carta de libertad, saliendo de la habitación con todo su material. No tenía ni idea de qué haría con él, con sinceridad, no me importaba: estaba muerta. Cuando la puerta se cerró y nos quedamos solos, Olaf aportó una frase que me hizo saltar con una protesta firme.

—Bueno, yo también me voy.

—¡No! —me quejé—. ¡No, por favor! Olaf, no te vayas, no me dejes sola —le imploré.

—Vale, vale, tranquila. —Debí decirlo con un gesto tal de desesperación que Olaf se acercó y me cogió de la mano. Ese gesto que por alguna indescriptible razón me daba una paz divina y celestial. Su mano, su enorme mano estrechando la mía, consiguió que una corriente de gusto se expandiera por mi cuerpo, desde mis pies, pasando por mis piernas, mi torso, mis brazos..., hasta la cabeza. Notando el dolor atenuado, la jaqueca disminuida, solo con el contacto de su piel entre mis dedos. Cómo un gesto tan tonto, tan ínfimo, podía producir esa sensación de placer tan enorme en mi alma, mi cuerpo y mi mente. Tenerle al lado era mi propia medicina, mi relajante, mi sosiego. No podía dejarle marchar, por alguna razón aún no clasificada, su presencia era imprescindible para mí: no sería capaz de estar sin él. No valoré más los anhelos que experimenté esa noche, lo único que sabía a ciencia cierta era que mi mayor deseo sería que Olaf se quedara conmigo en la habitación.

—Yo me iba, porque pensaba que te sentirías incómoda si compartíamos habitación.

—Me sentiría incómoda si te fueras. Quédate en esa cama, por favor, estate conmigo por la noche: llevo tanto tiempo sin dormir sola que no podría hacerlo. Además, así me ayudas con los bebés. —Mi anhelo porque se quedara era tan fuerte, que argumenté todo lo posible mi propuesta para conseguir una respuesta positiva.

—Por mí, perfecto, yo también estoy más a gusto aquí con vosotros tres, también me he acostumbrado a compartir la noche a vuestro lado; pero como Susana me dijo que tenía mi propio cuarto, supuse que tú se lo habrías pedido.

—Para nada, salió de ella; no quiero que te vayas, ni esta noche, ni mañana, ni nunca. —Aquella palabra fue demasiado profunda, un tanto grande, si bien, me salió de dentro, sin pensar, sin valorarla. ¿Acaso era lo que realmente quería? ¿No apartarme de él jamás? Eran locuras de una mujer deshecha, recién parida, abatida por las vivencias, atormentada por las consecuencias, por el dolor, ¿o realmente percibía un sentimiento tan fuerte de apego hacia el hombretón decolorado que sería incapaz de alejarme de su presencia? El dolor de cabeza regresó, decidí razonar el matiz de la palabra «nunca» al día siguiente: ya no podía más—. Trae ahora mismo todas tus cosas y mañana hablo con Susana para que cancele esa habitación.

—¿Estás segura? No sé... Quizás te sientas mal en un espacio tan reducido conmigo.

—Por favor, Olaf, hemos vivido en una tienda enana en el poblado y apretujados en medio del desierto. No tengo ningún problema de intimidad contigo.

—Pues, fantástico, ahora mismo regreso y me instalo aquí. —Una sonrisa enorme iluminó su rostro. Estaba tan guapo de frente ante mí, vestido de aquella manera. No sé, sentí..., bueno, no sé qué sentí... De nuevo la locura en mi interior..., pero no pude evitar darle una pista.

—Te quedan muy bien esas ropas, pareces un europeo o un americano.

—¿Tú crees?

—Sí, estás distinto, pareces un hombre distinto.

—Tú estás igual que siempre, muy guapa. —Aquello me ruborizó de una forma impensable. El piropo era precioso, muy bello, porque aunque me hubiera visto sucia, andrajosa y llena de sudor y ahora estuviera aseada y

vestida como debía, a él aquello le daba igual, para sus ojos siempre estaba «guapa», según había dicho.

—Venga, ven pronto. —Rompí la mirada intensa entre los dos, el gusto que sentía en el cuerpo allí, observándolo y siendo comida por sus ojos, me estremeció como un vendaval.

Aquello zanjó el asunto, Olaf me había visto desnuda, medio muerta y había compartido con él todo tipo de experiencias: no podía estar sin él. Algo a lo cual aún no me atrevía a poner nombre me unía de una forma misteriosa y placentera al hombretón decolorado.

CAPÍTULO XIII: INVESTIGACIÓN ESPAÑOLA EN ÁFRICA

—¿Inspectora Robles?

—Al habla, jefe.

—Acabo de terminar una larga y acalorada conversación con mi buen amigo el Doctor Montes. ¿Sabe algo del tema?

—Mucho, señor... Todo.

—Me lo temía: supongo que la gran mayoría de las cosas que me ha pedido mi viejo compañero de regatas habrán sido idea suya, ¿o me equivoco?

—No se equivoca, señor, usted siempre ha sido un hombre muy perspicaz.

—Déjese de zalamerías, agente Robles. —La degradación de puesto ya presagiaba una buena bronca, la esperaba: eran las ocho y media de la mañana en España y Susana llevaba toda la noche en vela y, en concreto, desde hacía media hora, esperando esa precisa llamada—. Se da usted cuenta en el lío que pretende meternos a toda la comisaría. Está usted en plenas condiciones mentales o le ha picado un mosquito de la tontería allí, en África.

—Estoy en plenas condiciones mentales, jefe. —Conocía la forma de tratarle, llevaba unos cuantos años haciéndolo.

—Sabe que no puedo negarme a las peticiones del doctor, y, sin embargo, le ha metido en la cabeza miles de pájaros que me acaba de soltar sin previo aviso. Primero debía haberlo hablado conmigo, ver las posibilidades, trazar un plan, buscar un consenso; pero no, usted siempre va de por libre, agente Robles, hace lo que le da la gana, y como se ampara en sus excelentes resultados, cree que puede conseguir todo lo que se le antoje. —Se estaba desahogando, suponía que habría tenido que dar su brazo a torcer ante el señor Montes, y ahora ella era el pelele a quien lanzaba todos sus golpes. No había problema si tenía que soportarlos un rato, estaba dispuesta mientras que al

final ganara el combate: se dejaría realizar algunos cortes—. ¿Se da cuenta de las consecuencias que puede tener esto para nuestras carreras?

—Sí, lo he valorado, jefe, lo he tenido todo en cuenta.

—¡Y qué pasa con el personal que me pide! Ellos también tendrán derecho a considerar los riesgos.

—Les conozco, por eso le di esos nombres al Doctor Montes, porque ellos sí aceptarán.

—Y lo dice así, ¡tan pancha! Está reconociendo abiertamente que le dijo al doctor lo que me tenía que pedir.

—Sí, lo he hecho, jefe, no tengo ningún inconveniente en reconocerlo: sabía que si se lo solicitaba yo, me lo negaría al instante, por ello, consideré que lo mejor era implicar al mayor beneficiado, y recordemos que, casualmente, es su amigo del alma. —Un rechazazo para salir del rincón: fue necesario.

—Menudos métodos, inspectora. —Bueno, había regresado a su rango, algo es algo—. Es una locura, un suicidio, pero lo hablaré con las personas que me pide: si ellos están de acuerdo, yo también accederé, como le dije al doctor. —Susana iba ganando los asaltos—. Si nos pillan, si la prensa se entera, si hacemos todo esto como una agencia paralela sin pasar por los trámites legales correspondientes, nuestros cargos y reputación se irán al traste.

—Lo sé, jefe, y recuerde que yo no tengo nada que ver con esa familia. —Último ataque—. Lo hago, porque realmente esta mujer se lo merece. No sabe cómo está, lo que le han hecho esos cabrones. Lo hago por justicia. Si espero a que los condene la policía de Namibia, que puede estar implicada, lo llevamos claro: lo mismo no regreso ni yo y acabo en una tumba. —Otro golpe—. Y si esperamos a que nos den permiso las autoridades españolas para entrar con los medios y el personal que le solicito, aunque nos lo permitieran, que lo dudo mucho, perderíamos el factor sorpresa y los culpables huirían de rositas. —El último puñetazo—. Ella debía de ser como una hija para usted, íntima amiga de la suya. ¿Y si Clara fuera su hija?, ¿me dejaría seguir con el plan? —*K.o.*

—Vale, Susana. —Ya solo el nombre de pila, eso era una victoria—. Tendrás todo lo que pides, y, además, en el menor tiempo posible. Repito, si el personal acepta, en unos días estará todo allí y yo me encargaré

personalmente...; pero, por el bien de todos, espero que esto no se filtre, porque sería un escándalo y el fin de nuestras carreras... Podríamos incluso ser imputados por desacato, malversación de fondos públicos, desobediencia y más delitos que probablemente estemos incumpliendo.

—Lo sé, jefe, lo sé, aunque no hay otro remedio, otra fórmula para solucionar este caso... Lo he sopesado y remirado desde todos los posibles ángulos. El plan que le planteo es el mejor, estoy segura... Confíe en mí.

—Eso hago, Susana, como esto llegue a algún periodista, seremos acribillados y colgados en la plaza pública.

—Si se filtra, que no creo, acabaremos todos en los platós de televisión, intentando justificar nuestros actos con los resultados, y, al final, el pueblo terminará dándonos la razón, porque todos tienen hijas, sobrinas, madres, primas, amigas o vecinas como Clara.

—Siempre tienes una respuesta para todo, eres una mujer increíble: deberías haberte dedicado a la política. —Ahora hasta piropos.

—No me veo a la sombra de ningún partido, conoce mi naturaleza libre, no duraría en sus filas ni una semana. Con la lengua tan suelta que tengo y mis maneras, sería un hueso incómodo de roer.

—¡A ver qué hacemos con usted, inspectora! Venga, la llamaré en unas horas con la respuesta de la gente que me pide. Ya veremos cómo acaba esto.

—¿Se puede?

—Por supuesto, Clara, esta habitación es como si fuera tuya.

—Perdona por dormir tanto, debíamos de estar agotados, nos hemos despertado por Lola, que si no, yo creo que aún seguiríamos en la cama.

—¿Qué tal estáis todos?

—Bien, ahora bien, después de lo vivido, diría más, perfectos. Estamos bajo un techo, tenemos comida, bebida y unas condiciones ambientales inigualables: cosas de las que yo antes disponía a diario, pero que desde hace unos meses me han faltado.

—¿Los bebés?

—Olaf está dando el biberón a Lola, yo ya he terminado de ofrecerle el pecho, creo que no tendrá problemas, porque se está acoplando muy bien a las

dos lactancias. Y Nicolás, dormido como un tronco, no sé las horas que lleva seguidas. He venido a hablar contigo en lo que se despierta; si lo hiciera antes, Olaf nos llamará.

—¿Y vosotros? Espero que hayáis comido.

—Sí, pedimos comida a la habitación y en lo que daba el pecho a Lola me alimenté. Debo hacerlo, lo dijo el médico, aunque tengo tanta hambre que no hace mucha falta que nadie me anime.

—Eso está bien.

—Quería comentarte varias cosas. La primera: Olaf se quedará en mi habitación, por lo que puedes anular la reserva de la suya. —Aquello sorprendió a Susana, no obstante, ella no era nadie para meterse en la vida de los demás, aunque no pudo pensar: «mírala, tiene al hombretón mulato para ella solita», pero de buenas formas—. Y después, estoy preocupada por mis padres, ayer me quedé dormida y no fui capaz de volverles a llamar: se lo había prometido, estarán desesperados.

—Por eso no te preocupes, Clara, yo me fui comunicando con España varias veces durante la noche. Tu hermano Juan y su pareja estaban junto a tus padres en su casa. Se mantuvieron toda la noche a la espera de mis comunicaciones, creo que incluso durmieron todos bajo el mismo techo: supongo que tu aparición fue tan impactante que no fueron capaces de separarse.

—Ha tenido que ser horrible para ellos, imagínate, conocer mi muerte, llorarme, buscar soluciones, no recibir informaciones precisas, ni siquiera mi cuerpo... Enterrar un ataúd vacío... Cuanto más lo pienso, más espeluznante me resulta. Mi familia es muy cristiana, para ellos no tener mis restos habrá sido catastrófico.

—Sí, por esa misma razón estoy aquí, porque tu padre me contrató para intentar conseguir lo que fuera sobre tu caso. Imagino que con llevarle un pequeño hueso carbonizado de tu cuerpo hubiera agradecido mil veces mi aportación. Seguro que él esperaba un fracaso total de mi cometido o como mucho, eso, un escaso trozo de tu cadáver; sin embargo, ayer le llamamos y le entrego a su hija viva, y, además, con su nieta nacida y otro niño inesperado.

—Anoche, la verdad, estaba tan cansada, tan abatida, impactada y desubicada, que no presté atención al matiz de singular descubrimiento, incluso cuando hablé con ellos no le di importancia; pero esta mañana, al

despertar, al tener la mente lúcida, me he dado cuenta de la situación tan estrambótica a la que se enfrentó mi padre ayer. No puedo dejar de imaginarlo sentado en su despacho con el móvil de la mano, hablando con una voz desconocida que le daba todo tipo de detalles sobre mi niñez, y más tarde, cuando accedí a la conversación y descubrió mi voz, el sonido que le llegaba desde otra dimensión, desde el cielo: tuvo que ser inexplicable lo que sentiría. Para colmo, me olvidé de mi familia, centrándome en mí misma y mis niños: fui una desconsiderada, seguro que se habrán sentido muy defraudados conmigo.

—Tranquila, Clara, te aseguro que tus padres y hermano entendieron perfectamente tus actuaciones de anoche. Yo les fui informando de tus pasos. Me nombré, sin consultártelo, como tu portavoz y realicé múltiples conexiones con España, narrándoles lo que fue sucediendo: les conté cuando te estabas aseando y vistiendo, informé de la visita de los médicos, de lo que nos dijeron, el diagnóstico de tu estado y el de los dos bebés, de sus consejos y de nuestros pasos a seguir, de la toma del biberón de los niños... No paré de hablar con ellos por teléfono.

—Pues fui tonta, porque no me enteré de nada y ahora estoy preocupada sin necesidad.

—Perdona, quizá fue fallo mío, debía habértelo dicho, aunque reconozco que también estaba tan liada que realizaba las cosas sin pensar. Estate tranquila, porque te aseguro que fue como si hubieran estado aquí viéndote, porque no paraban de hacerme preguntas que yo les fui respondiendo lo mejor que pude.

—Entonces me quedo mucho mejor, no veas el rato que he pasado antes cuando me he dado cuenta; incluso, en ese momento, he pensado más en mis niños y en mí, porque primero he empleado el tiempo en alimentarlos, y una vez finalizado, he venido corriendo para comentarte mi incertidumbre.

—Bueno, pues todo solucionado. Además, te informo de que anoche cuando terminamos toda la conversación y os dejé en vuestra habitación, les llamé, sobre las cuatro de la mañana, y estuvimos hablando una hora de reloj, contándoles todo lo que te había sucedido. Creo que ellos, al igual que yo, no han dormido.

—No me extraña, estoy segura de que en su situación me habría sucedido lo mismo, después de las miles de noches que habrán pasado en vela por la preocupación, no está mal que una la hayan disfrutado despiertos por la

alegría.

—Sí, estaban tan emocionados que me dijeron que les llamara en cuanto terminara de hablar contigo.

—¿Sabían que te iba a contar mi historia?

—Ya te he dicho que les fui informando de todo, con pelos y señales: ellos no me llamaban, porque no querían molestar, pero en cuanto sonaba el primer tono, me respondían al instante. Pienso que pasaron las horas mirando el móvil, hablando y ansiando la comunicación que les realizaba cada poco tiempo.

—Entonces, cuando saliste de nuestra habitación, ¿les llamaste y contaste todo?

—Sí, todo. Ellos morían de curiosidad, entiéndelos, pensaban que estabas muerta desde hacía tres meses, habían recibido la noticia, te habían llorado, organizaron tu velatorio, tu entierro, aceptaron los pésames de amigos, familiares, conocidos y vecinos; y, de repente, cuando la pena, aunque presente, debía ir desapareciendo, surges de la nada, sales de entre los muertos, les llamas y les dices que estás viva, que Lola existe, y que también tienes a otro nieto para ellos llamado Nicolás. Sus dudas eran inmensas, tuve que solventarlas. Espero que no te importe que se lo desvelara, además, necesitaba la ayuda de tu padre para resolver este caso.

—No me importa, en el fondo te lo agradezco. Me parece lo mejor que pudiste hacer: debía haber sido yo quien les llamara, quien les relatara mis horrendas vivencias y mi superación para solventarlas, pero me olvidé de ellos y te agradezco que lo solucionaras. Habría sido demasiado duro para mí decírselo directamente, seguro que hubiera sido más complicado, tanto para mí, como para ellos. Así, tú lo resumiste, y supongo que habrás diluido la emoción al ser tu voz la que lo narrara. Yo, seguro que no habría podido evitar las lágrimas, y ellos habrían sufrido más con la dureza de la crónica emitida con mis palabras. ¿Lo pasaron muy mal?

—No te voy a mentir, Clara, seguro que no fue agradable para ellos, pero estoy segura de que, como bien has dicho, fue menos difícil de asimilar al escucharlo de mi voz, y por eso lo hice.

—Se quedarían destrozados.

—Un poco, la verdad, pero reaccionaron excelentemente; porque como les aporté, sigues viva, Lola está sana y eso era de suficiente peso como para

olvidar todo lo demás. Enseguida les conté lo que quería hacer para solucionarlo, mis suposiciones y la ayuda imprescindible de tu padre.

—¿Qué puede hacer mi padre desde España?

—Creo que no lo sabes. El Doctor Montes tiene un amigo íntimo desde la infancia, un hombre llamado Regino Martín Pascual.

—Sí, sí, Regino... Bueno, no es solo amigo de mi padre, lo es de toda la familia, pasábamos las vacaciones en Denia. Se compraron dos apartamentos, uno junto al otro, y en Madrid no vivíamos lejos. Además, tenía dos hijos, niño y niña, como nosotros. Existe una relación muy profunda de toda mi familia con la suya.

—Pues es mi jefe.

—Ah, pues sí, puede ser, por su cargo, ahora caigo.

—Necesito saltarme miles de normas y trámites para traerme a todo mi equipo aquí, a Windhoek, por eso tu padre es fundamental. Él lo costeará todo, pero Regino, como tú le llamas, tiene que dar excedencias a los trabajadores que pido, permitir y ocultar la salida de todos los materiales solicitados, y apoyarnos desde la retaguardia para lo que sea necesario en Madrid.

—¿Y qué ha pasado?

—Tu padre ha hablado con él y después mi jefe me ha llamado para echarme una buena bronca; aunque ha aceptado sin condiciones. Hará lo que sea por ayudarte, debes ser como de la familia.

—La verdad es que sí, prácticamente lo soy. ¿Y cómo está la cosa ahora?

—Muy bien, los hombres solicitados han aceptado, los permisos para ausentarse el tiempo que sea necesario están concedidos, y hemos encontrado billetes para esta misma noche; mañana, a última hora, estarán aquí.

—¡Todo eso, tan rápido!

—Soy una mujer rápida y mi jefe desde Madrid está ayudando como nunca, deben de estar haciendo miles de horas extras y comportándose de la forma que jamás imaginaría: fuera de la ley. Bueno, yo tampoco me esperaba saltármela, suelo ser una profesional de tácticas siempre del lado de la justicia.

—Siento hacerte pasar por esto.

—No lo sientas, nadie me está obligando. He sido yo misma quien lo ha querido así, no he visto otra forma de conseguir el objetivo de pillar a esos

indeseables: si el asunto es como creo, no podría irme de este país sin antes haberlo solucionado.

—Entonces me alegro de que hayas buscado una forma de ayudarme. Es fantástico que desde Madrid nos presten todo su apoyo y encima tan pronto.

—No quiero perder la oportunidad. Cuando esos cabrones vean un resquicio, desaparecerán del mapa. Deben ser unos profesionales, una red muy bien organizada: quiero cazarlos cuanto antes.

—Y, ¿lo conseguirás?

—Por supuesto, esto es lo mío, Clara, he nacido para ello. Según me contaste la historia, lo descubrí al instante, está todo muy claro, pero necesito pruebas para que no se me escapen.

—¿Crees que la organización de Fabiano está implicada? —Era el momento de preguntar.

—Lo siento, lo siento mucho, pero sí... Creo que sí.

—¡Dios! Me han engañado como a un corderito.

—Esperemos a las pruebas, pronto las conseguiré, pero esos tíos tienen un entramado muy sucio. Me huele mal: ese hospicio lleno de niños, esa clínica que atiende embarazadas, las mazmorras de las que me hablaste, los recién nacidos que robaban matando a sus madres... Tu caso. No creo que me equivoque al decir que tienen una tapadera para después vender niños por encargo.

—Pero, ¿vender niños? ¿A quién?

—Clara, hay muchísimos ricos en el mundo que no pueden tener hijos y que pagarían lo que fuera por uno.

—Pero para eso están las vías legales de adopción.

—Hay personas millonarias cuyos deseos no pueden aplazarse. Ellos no entienden de listas de espera para órganos, ni del amor entre un hombre y una mujer, ni de adopciones. Ellos quieren y tienen. El que sean niños negros puede ser una desventaja, pero hay países en donde la población negra es alta y tener un niño de color, aunque seas blanco, está permitido. En otros casos, querrán con tanta desesperación a un bebé recién nacido en sus casas que no les importará el tono de su piel. Y lo más impactante: que algunos querrán hijos blancos y ahí entraste tú. Puedo imaginarlo: «quiero un niño sano, blanco, rubio, de ojos azules, guapo, inteligente y alto». Y, si lo piensas bien, querida, tú serías la perfecta madre de ese bebé.

—¡Crees que Fabiano me eligió por mi físico!

—Aún solo puedo suponer.

—¡Que todo ha sido un engaño desde el principio! ¡Una burla! ¡Un cuento!... ¡Todo este tiempo!

—Lo siento muchísimo, Clara, pero supongo que sí.

La presión en el estómago y la garganta fue bestial, me vino una arcada horrible y tuve que correr hasta el baño donde vomité, las lágrimas caían a ambos lados de mis carrillos y la presión sobre el pecho me asustó. Susana me siguió e intentó reconfortarme como pudo; se sentía culpable y no sabía qué hacer para mejorar mi estado. Tuve la sensación de que el ataque de ansiedad ganaría la batalla, y el nudo de mi garganta cortarían mi respiración. Me empecé a ahogar y los nervios aumentaron, empeorándolo todo; sin embargo, gracias a una fuerza divina, el teléfono de la habitación sonó y, aunque Susana se negaba a cogerlo en mi estado, yo la obligué: «¡podía ser Olaf!», le dije, y, justamente, era él.

Al oír a Susana pronunciar su nombre, el de Nicolás y que necesitaban mi leche, me desperté, me calmé y, por arte de magia, mejoré. Levanté mi cuerpo del baño, me sequé la boca, enjuagándomela, limpié las lágrimas, e increíblemente entera y dura le comuniqué a Susana que me iba a mi habitación, que no, no necesitaba que me acompañara, que no dijera absolutamente nada a Olaf ni a mis padres de lo que acababa de presenciar, y que hiciera todo lo que se le ocurriera para encarcelar de por vida a esos cabrones. Me fui dejándola con la boca abierta, llegué a mi estancia, me saqué un pecho y coloqué con cariño a Nicolás en él quien se enganchó como una lapa entusiasmado.

—¡Ya está todo preparado! —Me sorprendió la afirmación de Susana.

—¿Todo? ¿Tan rápido?

—Sí, todo. Ahora solo cabe esperar: escuchar y esperar.

—Eres una de las personas más competentes que conozco —le dije a la inspectora— me parece increíble lo poco que has tardado en organizar un dispositivo como este.

—Sin la ayuda de mi jefe en España y de tu padre achuchándole, te aseguro que no lo hubiera conseguido, bueno, y también tus aportaciones.

—¿Habéis podido entrar sin problemas en la organización?

—Mis chicos son los mejores, por eso los elegí: llevo tiempo trabajando con ellos y es como si nos entendiéramos a través de la telepatía. Fabiano, ante lo gratis, como bien me dijiste, no puso ningún inconveniente. Fui yo quien le llamé, nos pareció que estos ofrecimientos son típicos de una voz femenina, y como tú presagiaste, ante un cambio de todas las líneas de teléfono e Internet gratuito, con mejores terminales, conexiones y velocidad de navegación, más el ordenador portátil sin coste a mayores, seguro que se le hicieron los ojos chiribitas.

—¿No dudó? ¿Aceptó el ofrecimiento sin más?

—Sí, en el fondo lo argumenté muy bien. Le expliqué que nuestra empresa quería colaborar con una organización benéfica, y tras investigar y descubrir «*We Help*» con sus maravillosos resultados, queríamos ofrecerles un donativo, pero en forma de teléfonos, conexiones a la red y ordenadores, que era en el fondo a lo que nos dedicábamos.

—¿Y cómo entrasteis? ¿Ha ido todo bien?

—Todo perfecto, Clara, esta misma mañana a primera hora fue la cita. Han ido dos de mis chicos, les han dado a todos móviles nuevos, cambiando sus tarjetas para que no perdieran el número, y esos nuevos terminales llevan una sorpresita dentro que no localizarán en su vida. Los fijos, lo mismo, aparatos de última generación inalámbricos, también con el correspondiente añadido. Mis hombres me han comunicado que todo ha sido coser y cantar; aunque la parte más complicada fue realizar el cambio del ordenador personal de Fabiano.

—¿Por qué?

—Fabiano es un tío listo y sabe lo que tiene dentro, se ha quedado por ahí rondándoles, pero estamos acostumbrados a trabajar bajo la presión del mismo que queremos inculpar y por eso iban dos agentes. Mientras uno le distraía, el otro hacía las copias más comprometedoras, ha habido momentos de tensión, me lo han confirmado, aunque de esos siempre tenemos a patadas.

—Entonces, ¿tenemos la copia del disco duro del ordenador de Fabiano?

—Enterito, todo enviado a un servidor bien protegido de Internet en nuestra comisaría. Allí están analizando el material, son muchas personas, no tardarán en darnos algo.

—¡Increíble! ¡Eres increíble! Bueno, sois todos increíbles... ¿Y Fabiano

no se ha enterado de nada?

—De nada, se ha quedado tan contento con su potente portátil nuevo, en el que un supuesto trabajador de la compañía telefónica le había instalado todos los programas que él tenía anteriormente en el viejo, más la totalidad de sus archivos, lo que nos ha dado coartada para hacer lo que nos ha venido en gana en él. Además, le hemos dejado un rastreador, lo llama así mi informático, un programa que inventó él. ¡Es la hostia! De esta forma, ahora, desde su propio sistema, puede acceder siempre que le venga en gana al de Fabiano para investigar y robarle lo que le apetezca.

—Pues eso es tremendo, no creo que tardéis en hallar pruebas.

—Yo, tampoco, además, no solo lo hemos hecho en el de Fabiano, también en el resto de los ordenadores de la organización; pero suponemos que en ellos no habrá tanta información comprometida, porque el italiano no prestó atención a los trabajadores cuando anduvieron sobre ellos, y eso para nosotros es muy esclarecedor. Cuando montamos estos saraos, no se dan cuenta los posibles culpables de que nos ayudan mucho al preocuparse tanto de la intimidad de uno de sus equipos, entonces destapan la coartada y nosotros nos lanzamos como víboras sobre ese ordenador.

—Es muy inteligente por vuestra parte.

—Es más bien experiencia. Los truhanes se comportan de forma parecida, parece que van a la misma escuela.

—Y las escuchas, ¿están en funcionamiento?

—Sí, tengo una furgoneta en una calle, entre la comisaría y la clínica, con un hombre día y noche que se irá turnando.

—¿Las llamadas de móvil también las detectarán desde allí?

—Sí, todas y no solo las tuyas, también las de Shireone.

—¿También habéis pinchado el teléfono del comisario?

—Ese fue el segundo trabajo que realizaron mis chicos esta mañana.

—Pues menudo día que llevan los pobres. Teniendo en cuenta que llegaron ayer tarde y se acostaron a las tantas, esta mañana al tajo con la paliza aún del viaje en la espalda.

—No te preocupes, están acostumbrados, saben que hay momentos en que hay que darlo todo y no se puede ni dormir, y otros de más relax. De todas formas, tu padre les ha primado con ganas y ya sabemos que el dinero anima

mucho al trabajador.

—Sí, al menos que estén bien pagados. ¿Y cómo ha ido en la comisaría? Eso habrá sido más complicado.

—En este caso les tuve que acompañar. Nos volvimos a presentar en la comisaría, como lo había hecho yo hacía unos días, pero esta vez les dije que venía acompañada de un representante legal que me había mandado mi país. El pobre jefe estaba descompuesto. Volvimos a su despacho y en un momento determinado, le exigí que fuéramos los dos al almacén donde tuvieran los expedientes para revisarlos en persona. Shireone, por supuesto, aceptó, pero en ese preciso momento, mi compañero activó con disimulo la llamada entrante falsa de su teléfono, y se puso a hablar como si fuera alguien importantísimo quien estuviera al otro lado. Yo pedí al comisario que fuéramos yendo nosotros, en lo que mi compañero finalizaba la llamada, y el pobre hombre aceptó.

—Es decir, que tu hombre se quedó solo en su despacho.

—Sí, y con sus experimentadas manos, no tardó en pinchar el fijo y el móvil, que, por suerte, estaba también encima de la mesa.

—Pues menos mal, ¿no?

—Teníamos un plan B, por si se lo llevaba o no lo tenía allí, pero así se facilitaron bastante las cosas.

—Y, ¿crees que no ha sospechado nada?

—Nada, cuando estaba en una sala rebotante de papeles mal colocados, con un pobre hombre negro que sudaba la gota gorda y recibía la reprimenda de su jefe, apareció mi compañero diciéndome que teníamos un aviso importante de nuestro país y debíamos irnos para hablar sobre el tema. Dejamos al comisario, aún más preocupado y estamos desde ese momento escuchando.

—¿Tenemos algo?

—Las escuchas son lentas, es cosa de suerte. Te puedes encontrar con el pastel en una hora o en un mes. Ahí, ya no podemos hacer nada, solo apretar las tuercas para ver si así se ponen nerviosos, contactan y nos desvelan algo. De todas formas, cada vez estoy más segura que Shireone no tiene nada que ver, y mi intuición no me suele fallar.

—¿Tú crees? —dudé: ya no confiaba en nadie. Susana me dio su propia explicación.

—Suelo tener un sexto sentido, por eso se me da tan bien mi trabajo, y ese hombre o es un perfecto ganador de un Óscar como actor protagonista, o realmente no sabe nada del chanchullo que había en la comisaría antes de su llegada. Me da que fue el anterior comisario quien destruyó tus pruebas, si no, ¿por qué no aparece el sumario de tu caso? Él se lo llevó, quemó o trituró. Este pobre hombre no tiene idea de nada, pero si la tuviera, si estuviera en el ajo, llamaría seguro a alguien y entonces le cazaremos, porque querrá protección de sus socios o ayuda o lo que sea para salir del atolladero. Estoy intentando meterle toda la presión que puedo y creo que si tuviera algo que ver, ya habría llamado a quien fuera para contárselo.

—A no ser que sospechara de tener los teléfonos pinchados y lo hiciera desde algún otro terminal.

—Bueno, eso siempre podría ser, pero también lo veo difícil. Shireone se creyó nuestra actuación, aunque, oye, todo hay que tenerlo en cuenta. Pronto sabremos algo: en Madrid van a trabajar tarde y noche con el material que les hemos enviado, mañana, seguro que nos dicen algo y nosotros aquí tendremos que esperar.

—Si necesitas que Olaf o yo ayudemos con los turnos de escucha, estamos dispuestos.

—Ya tenéis suficiente con lo que habéis vivido y los bebés. Vuestra misión es esa, recuperaros, cuidar de los dos críos y sobre todo manteneros escondidos: solo nos faltaba que os vieran a ti o a él por la calle. Los dos sois bastante llamativos y ya juntos, una bomba como para iros enseñando por ahí.

—Sí, tienes razón. Pues nada, seguiremos con la rutina de ayer y hoy, comer, dormir, Internet, televisión, móvil y niños...

—Un matrimonio normal, si le sumas el trabajo.

—Sí, supongo que sí.

—Os toca un poco de descanso, después de lo pasado, además para eso ya estamos los demás. ¿Necesitáis algo más?, ¿medicamentos?, ¿pañales?, ¿ropas?, ¿leche?... Lo que sea, me lo pides.

—Ya tienes tú suficiente trabajo como para estar de recadera. Eso puede comprarlo Olaf en esta misma calle y no creo que tengamos la mala suerte de que le vean.

—Bueno, mejor no tentar a la suerte, prefiero ir yo, pero, bueno, si no estoy y es imprescindible que salga, pero con ojo.

—De acuerdo. Te dejo trabajando, regreso a mi extraña familia.

—Sí, hacéis una exótica conjunción: parecéis un anuncio de Benetton.

Salí de la habitación de la inspectora Robles impactada, tenía allí un dispositivo montado increíble y en la calle, otro, en una furgoneta. ¿De dónde había sacado aquella mujer todo ese material en tan poco tiempo?, ¿dormiría? Estaba segura de que no había pegado ojo desde que me encontró.

Al día siguiente de conocer a Susana, la inspectora me había sorprendido, a mediodía, asegurándome de que su jefe, al que yo llamaba Regino de pequeña, casi como otro padre para mí, le daba todo lo que quería, que estaban trabajando sin parar en Madrid y que esa misma noche saldría todo el equipo hacia Namibia. A los dos días de encontrarme con ella, a última hora de la tarde, llegó el grupo madrileño con todo su equipaje, haciéndose las presentaciones, instalándose en otra habitación de nuestro hotel, la más cercana disponible y repasando el plan, que, increíblemente, se iniciaría en la siguiente jornada. Es decir, al tercer día de aparecer Susana en mi vida, habiéndose hecho casi de noche, dirigiéndome hacia mi habitación, la inspectora me acababa de contar que todo estaba ya instalado, preparado, la gente en sus puestos y a la espera de datos o pistas. ¡Aquella tía era la leche! No podía dejar de decirme de camino a mi cuarto. ¡Una crack! La mejor persona que podía haber contratado mi padre. Con él, con el Doctor Montes, hablé tendidamente nada más llegar a la habitación, al igual que llevaba haciendo durante las últimas jornadas. Conversaciones infinitas con mi padre, madre, hermano, cuñada, abuela, tías: los únicos a quienes les comunicamos mi resurrección, el resto siguieron pensando que yo había muerto. Tenía que ser tremendo para ellos disimular su emoción, ilusión y alegría, y seguir con sus tristes vidas de familiares abatidos. Era imprescindible que ni un pequeño agujero se nos escapara. Debíamos esperar hasta revelar mi existencia. Estaba mejor en el hoyo que viva: era lo más conveniente para nuestra misión, al menos, eso afirmaba Susana.

Cuando finalicé la conexión con España, que me llevó, como solía ser habitual, una innumerable cantidad de minutos, presté atención a los niños los cuales seguían igual que les había dejado: dormidos. Olaf, engatusado con la televisión: habían sido diez largos años sin ella, no me prestó atención, así que realicé mi única misión, aparte de engordarme a mí y a mis hijos: descansar.

Las tres siguientes jornadas pasaron sin grandes acontecimientos, bueno,

miento, existieron dos que debería contar. El primero, lo esperábamos todos: la noticia recibida desde Madrid, sobre la localización de miles de archivos, documentos y justificantes que destapaban la enorme, increíble e impactante trama de tráfico de bebés que estaba oculta tras las palabras «*We Help*». Sin embargo, había que andar con cuidado, porque las tapaderas tenía un gran problema: parte de los implicados y los actos eran verdaderos, y había que mirar con lupa para diferenciar los malos de los buenos. Más en aquella empresa donde unos eran verdaderos héroes, altruistas y comprometidos; y otros, auténticos villanos sin escrúpulos o corazón. Susana me pidió calma, al rogarle que me revelara todos los datos, puesto que el amasijo de información era enorme y antes de condenar sería necesario estudiar a fondo el material, lo que conllevó que se enclaustrara en su habitación con su equipo y saliera, eventualmente, para los cambios de turno con su otra base de trabajo, la furgoneta, dejándome al margen.

Al principio me quejé, pero no mucho; porque pronto entendí que los profesionales eran ellos. Necesitaban espacio y estaba segura de que pronto me revelarían lo descubierto, masticado, regurgitado y bien presentado para que yo no sufriera en balde.

Olaf y yo nos centramos en nosotros mismos y eso llevó a la segunda situación interesante que debería contaros. Pasábamos las horas en la habitación del hotel, cuidando a nuestros dos pequeños, repartiéndonos a la perfección el trabajo de la misma forma que un matrimonio. Estábamos en un espacio reducido, pese a que nos habíamos habituado a él. La vivienda de Olaf era más pequeña que el entorno en el que estábamos, por lo que no tenía ningún problema de agobio. Yo me encontraba feliz en ese mundo de treinta metros cuadrados donde todo fluía con buena energía, sin enfados, discusiones, tristezas o malas noticias. Éramos una familia, centrada en nuestra propia existencia y los padres, que debíamos ser Olaf y yo, solo necesitábamos un empujoncito.

Las largas horas libres continuaron abriéndonos nuestras vidas, nuestras personalidades: proseguimos hablando en conversaciones eternas sobre miles de temas de lo más variopinto. Olaf quería saber, conocer mi país, sus costumbres, sus leyes, sus normas, la farándula que en él vivía, sus políticos, las instituciones, el deporte, la forma de vida, cómo eran las casas, las ciudades, los transportes... No se cansaba de preguntar y yo de responder. Me pasé las horas muertas mirando su rostro, engatusándome con esos grandes

ojos negros, rodeados de espesas y largas pestañas. De su boca carnosa, de su ancha espalda, de sus fuertes manos y de su gran envergadura...

Un sentimiento crecía en mí, unas ganas locas de abrazarle..., de que su mano amarrara la mía, de que me rodeara la cintura..., de que me asiera el brazo..., de que me besara... Un beso suyo..., una caricia... No podía dejar de pensar en él... Lo tenía siempre a mi lado y la situación era para volverse loca. Era un amor creciente, pero no un deseo o una atracción física, como la que sentí con Fabiano. Era un amor parecido al de las películas de adolescentes, como el de los eternos enamorados, de esas historias que crees que solo pueden ocurrir en la tele o en los libros... Era una especie de unión divina que me arrastraba a desear permanecer a su lado toda la vida... Solo de pensar en que un día dijera que se iba..., que se iría a recorrer el mundo..., a descubrir por sí mismo la vida..., me entraba un pánico tan profundo que hasta sentía mareo... Solo de suponer que no sería nunca correspondida..., que él no me veía como una mujer deseable..., que solo estaba allí por el cariño, como se podía querer a una hermana..., a una hermana de tribu... O que estaba a mi lado, porque quería a mis hijos..., porque les tenía aprecio..., porque deseaba protegerlos... Incluso, únicamente, proseguía a mi vera por eso, para velar por mi integridad y salvación, porque así se lo había prometido al jefe..., y el jefe era la máxima autoridad. Quizá la verdadera justificación por la que no se movía de mi lado era por una norma de su educación, de su cultura... ¡Por un deber! Me entraba vértigo al pensarlo. Aquel lazo se podía romper..., podía conocer a otra..., alguien como él... Negra como él..., pero él no era negro... Era mulato... Y yo tan blanca... ¿Podría gustarle?... En el fondo, vivió trece años entre blancos, en el colegio de pago de su padre seguro que todos serían blancos.... Pero después había estado casado con una bosquimana... Y cuando yo llegué, estaba a punto de casarse con otra..., aunque se vino conmigo. ¿Por qué?... ¿Por qué sentía algo por mí?... O acaso por pena, por un sentimiento de protección..., por los bebés..., por obligación y respeto al jefe... Otra vez la misma suposición, los mismos miedos, idénticas disculpas, parecidos fantasmas... Si fuera esa la razón, no se quedaría a mi lado... Yo ahora estaba protegida... Podría regresar... Y su madre me había dicho que no iba a regresar... Él había dicho que me seguiría hasta que no fuera necesaria su presencia, no obstante, yo quería su presencia. La quería para mí... Siempre para mí... Solo para mí... ¡Él debía ser mío!

Una locura, una desesperación, un tornado de pensamientos y anhelos dando vueltas y vueltas, girando a cientos de kilómetros por hora dentro de mi

cabeza, zarandeando día y noche a mis neuronas; inspeccionando los gestos, palabras, ademanes y miradas del hombretón decolorado, aumentando cada vez más la rapidez de los intensos vientos de mis inquietudes, teniendo que poner cordura mi razón en aquel desbarajuste. Al quinto día de llegar al hotel, antes de que el huracán produjera siniestro total en mi conciencia, decidí hablar con él: no quedaba otra.

—Olaf —llamé su atención: estábamos los dos viendo la tele. Era de noche, los bebés dormían y el canal que mostraba la pantalla me estaba pareciendo un rollo—. ¿Por qué sigues aquí junto a mí?

—¿Y esa pregunta a qué viene? Porque quiero.

—Si quisieras irte, podrías hacerlo: ya estoy protegida por Susana y su equipo. —Olaf me miró. Antes había contestado con la cabeza dirigida al frente. Apagó la tele, se giró para ponerse sentado sobre su cama, cambiando su posición medio tumbada, de igual forma que yo permanecía en la mía, y con cara seria respondió.

—¿Quieres que me vaya?— Imité su gesto y me senté frente a él, las camas estaban muy cerca, el pasillo entre ellas era reducido: nuestras rodillas quedaron enfrentadas a escasos milímetros.

—Por supuesto que no. Me moriría si te fueras.

—Entonces, ¿por qué me haces esa pregunta? ¡No me asustes, Clara! —Le noté angustiada y la vez apaciguada. Había tomado mi pregunta con una intención equivocada.

—No sé qué sientes, ¿por qué continúas a mi lado? No sé si es por protegerme, porque me consideras como una hermana, porque quieres a mis hijos, o por obligación al jefe... O, bueno, por algo más... —¡Ala! ya estaba dicho, ahora la piedra permanecía en su tejado. Sabía que Olaf era tímido, muy reservado, y habría que darle un fuerte empujón para que soltara prenda: necesitaba saber si teníamos alguna posibilidad como pareja, o mi cerebro estallaría ante tanta incertidumbre.

—Estoy aquí porque no podría vivir sin ti. —Venga, para qué dar rodeos —. Porque desde el primer día que llegaste a mi vida en un poblado perdido del desierto del Kalahari, en una camilla, medio muerta, supe que alguien te había llevado hasta allí para buscarme, para encontrarme... Recé para que vivieras, y al despertar y conocerte, me fui dando cuenta de que eras justamente la mujer que llevaba toda la vida esperando. No podía dejarte

escapar, debía seguir los pasos que la naturaleza me había marcado, quien había movido unos hilos enormes para traerte hasta mí, desde tan lejos, haciéndote pasar por tantas calamidades. Todo aquel sufrimiento debía ser por algo, y no podía dejar pasar esa oportunidad sin seguir el camino que las estrellas me habían marcado.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —Siempre he sido poco paciente, no puedo escuchar sin interrumpir.

—Porque tenías un marido llamado Fabiano, el padre de tu Lola. No parabas de nombrarle y renombrarle. Le odié desde el principio. El hombre que tenía tu corazón, con él compartirías el resto de tu vida, lo nombrabas a todas horas. Tuve que aguantar largas charlas en las que me contabas tu futuro junto a él, en Madrid, con él, siempre con él, y yo moría por dentro al saber que no serías nunca mía.

—Lo siento, Olaf, pero estaba equivocada... Él me engañó.

—Por eso me alegro de no haber desistido, de haberme presentado voluntario para venir aquí contigo, con mi Clara. —Su voz se puso tan tierna que me encendió el alma. Aquello sí eran fuegos artificiales, purpurina y confetis cayendo del cielo. Se acercó y me asió ambas manos: ¡Qué placer! Cómo con solo el tacto de sus manos podía experimentar tanto gusto, cómo conseguía llegar tan hondo a mi corazón con solo una caricia de sus dedos. Era increíble, indescriptible, inesperado y a la vez ansiado—. Cuando me acusaste en el parque de querer que Fabiano fuera el malo, me sentí fatal, porque en el fondo era así. Cuando me he ido enterando de todo, ha sido horrible para mí, al percibir, por un lado, una honda alegría al saber que tendría posibilidades de enamorarte; y, por otro, la culpabilidad por sentirme contento de tus desgracias. Espero que me perdones por ello.

—Es normal, Olaf, te entiendo perfectamente. A mí me hubiera ocurrido lo mismo. —Yo también me acerqué más a él, tanto que cambié mi cama por la suya y me senté a su lado—. Pero me estabas volviendo loca: ni una pista de tus sentimientos.

—Me parecía inapropiado después del desengaño y el disgusto que tenías, llegar yo y abrirte mis sentimientos. Me parecía como si gracias a tu dolor yo tuviera una oportunidad, y tampoco sabía si tú querías que estuviera aquí contigo porque sentías algo por mí, o solo para que te hiciera compañía y te ayudara con los niños.

—¡Pues estamos buenos! —Sonreí buscando el humor de la situación—.

Los dos como tontos, pensando lo mismo del otro. Olaf, me gustas, no sé por qué razón, pero no conseguiría separarme de tu lado ni aunque me obligaran. No podría dormir si no escuchara tu respiración. Me produces una calma infinita y, además, me apetece tanto estar a tu lado...

Él me abrazó, no pudo contenerse, y después me besó apasionadamente, aprisionando su cuerpo, su enorme y fuerte cuerpo contra el mío, mi diminuta figura. Nos fundimos en un largo beso con el que nos deleitamos, sentí todo tipo de percepciones olvidadas, de deseos carnales ocultos y voluptuosidades escondidas. Aún mi cuerpo no estaba preparado para una relación sexual, aunque no fue necesario hablarlo con Olaf. Él, con aquella demostración de cariño, tuvo suficiente y creo que sabía que era demasiado pronto para seguir hacia delante. Continuamos abriendo nuestra alma, contándonos nuestros secretos de amor, la tortura que habíamos vivido, siempre suponiendo que el contrario no sentiría lo mismo que nosotros, y, sin embargo, allí estábamos el uno creado por la madre naturaleza para el otro, como había pronosticado Jarimba al irnos los dos del poblado aquel atardecer. Clara y Olaf, el uno para el otro.

* * *

Al quinto día de iniciarse las escuchas telefónicas, después de cinco interminables jornadas, de análisis, lecturas, búsquedas, comparaciones, estudio y muchas horas de observación..., la inspectora Robles llegó a una conclusión, consiguiendo convertir en una realidad sus sospechas. Creó una teoría a partir de una hipótesis, y había acertado por completo desde la primera conversación con Clara la misma noche que volvió de entre los muertos. No obstante, Susana no era una mujer dada a soltar sus opiniones sin antes ratificarlas, probarlas y *requete* probarlas; porque no había nada más horrible en su profesión, según ella, que dar esperanzas o tristes noticias a una familia, cuando después se podían cambiar las tornas. Por ello, aquel primero de junio, se acercó a la habitación de su clienta para darle lo que le había pedido: la verdad.

No solo le ofrecería la cruda realidad, sino que también aportaría la

solución para la venganza que ambas seguro deseaban. Ella no había sido drogada, encarcelada y maltratada, como Clara, ni asesinada ni violada, como Shewaki y Jhuanmi, ni le habían privado de su derecho a permanecer con sus hijos; sin embargo, era una mujer, y por compenetración con las tres, sentía un deber creciente de enrejar para toda la vida a los canallas que habían causado tanto dolor. Además, las víctimas futuras y pasadas debían también ser consideradas.

—Pasa Susana —invité a mi amiga a adentrarse una vez abierta la puerta. Éramos precavidos, y habíamos acordado una señal para conocer si la persona que llamaba era conocida o no. Al escuchar el carismático sonido, sabíamos que Susana o alguien de su equipo quería pasar—. ¿Alguna novedad? —Mi típica pregunta que estaba acostumbrada a realizar sin ningún resultado, pues la respuesta solía ser: «Estamos trabajando, pronto tendremos algo», y un rápido cambio de tema. Esperaba eso, mas me equivoqué.

—Ya tenemos algo. —Paré mis pasos que iban guiando a mi amiga, adentrándonos en mi reducida vivienda. Me giré y la miré.

—Por fin me vas a contar la verdad.

—Sí, ya tengo toda la verdad, pero necesito ofrecértela sin interrupciones. —Sabía que se refería a los niños—. Podemos dejar a Olaf al cargo de los bebés y te vienes un momento a mi habitación. Allí está mi equipo casi entero, tenemos que mostrarte algo.

—No puedo ir sin Olaf —argumenté. Él se acercó hacia mí, porque yo con una mano se lo indiqué.

—En ese caso, creo que el hotel tiene servicio de canguro.

—¿Será de confianza? —dudé.

—Mis chicos podrán venir cada diez minutos a ver si todo sigue bien, turnándose cuando no les necesite, pero tú y yo necesitamos un buen rato para debatir lo que tengo que mostrarte.

—Vale, llamemos al canguro —claudiqué.

—Lo haré yo.

Esperamos la llegada de una mujer que nos resultó bastante agradable, de todas formas, la informamos que estábamos a unas puertas de distancia y

vendríamos a menudo a controlar: así la asustamos un poco, al menos fue mi intención. Era una madre preocupada, no lo podía evitar.

Olaf me llevó de la mano hasta la estancia de Susana, lo que había terminado por ser el cuartel general. Dentro su equipo me miró: en sus ojos aprecié la verdad. Yo aún no la conocía, pero allí estaba, la pude ver. Nos sentaron en dos sillas, Olaf siguió con su mano estrechando la mía, en señal de total compenetración.

—Clara, desde el principio tenía una teoría, pero necesitaba argumentos sólidos para enseñártela, porque no soy persona de acusar y después probar. Yo lo hago al revés, por mucha certeza que tenga de que alguien es culpable, hasta que no encuentre algo irrefutable para condenarle, le dejo libre. Normalmente ellos solitos me suelen dar aquello que necesito. Tenemos una conversación telefónica de Fabiano con Hans muy esclarecedora: quiero que estés precavida, será terrible para ti. Lo siento, Clara, pero debes oírla.

—Ponla —añadí. Para qué dar más rodeos: debía escucharla cuanto antes. Por alguna misteriosa razón, no tenía miedo ni pena ni dolor, solo percibía una rabia incontrolable en mi interior, un cabreo increíble que iba creciendo por momentos. Creo que la presencia en mi vida de Olaf me daba una fuerza renovadora.

—Javier —le dijo al chico de su equipo, cuyo nombre yo conocía. Este pulsó en el teclado del ordenador un botón: *enter*, supuse. Lo debían tener todo preparado y el circo empezó.

—¿Hans? Soy Fabiano.

—Hombre, amigo. ¿Cómo va todo?, ¿qué tal nuestro tema?

—De puta madre, macho, la tengo, anoche cayó en mis garras, no se me resiste ni una. Es tan tonta como la otra, unas palabritas al oído y ya está. Les dices todas esas mariconadas que quieren oír y se arrodillan como putas. Te ven como un salva huérfanos y se abren de piernas igual que unas guarras. — Aquello sería duro, muy duro, Olaf, me apretó la mano. Le miré y su gesto era tan tenso que pensé que explotaría: me preocupé más por él que por mí, si bien, estábamos juntos en eso, en lo bueno y en lo malo.

—¡Ya te la has tirado! —Escuché la voz de Hans.

—Sí, macho, anoche, dos veces. Le metí el dedito, como yo sé y se me corrió de gusto.

—Joder, eres la hostia con las tías. Con Clara tardaste unas horas y con

esta igual. ¿Ya me dirás cómo coño lo haces? Yo voy a empezar a dejar de decir que soy holandés y me cojo lo de italiano.

—Para algo tendría que servir hablar cinco idiomas, así cada vez me pongo la nacionalidad que me apetezca. Lo bueno es ir inventando la historia según la idiota que tengas delante, y para eso nadie mejor que yo, lo sabes. Con Clara, supuse que lo de italiano resultaría, de ahí lo de Fabiano, y encima la trola de mi madre española: mira que son ingenuas estas pardillas, se lo tragan todo...

—No solo se tragan las mentiras, también alguna cosa más.

—Sí... ¡Mi polla! —La carcajada mutua provocó un vuelco en mi estómago, pero el brazo de Olaf, que me rodeó la espalda, consiguió apaciguar mi arcada de esa forma tan misteriosa con la que su presencia me calmaba.

—Con esta también he usado la misma mentira que con la anterior, porque como seguíamos con esa identidad falsa, para qué cambiar. Y ha vuelto a caer sucumbida por la gracia y chulería del italiano andaluz. Ya lo conoces, ese personaje que me invento: forrado y bueno, que gasta su dinero además de en solidaridad para críos, en agasajarlas con regalos. Mira que son simples las mujeres, solo hay que tratarlas como princesas para colarlas el cuento y que te vean como el verdadero príncipe azul, y después convertirlas en putas en la cama.

—En eso tienes toda la razón, reconozco que me jodía el gasto desorbitado que empleaste con Clara, pero, macho, estabas en lo cierto, cuanto mejor la tratabas, más cogida la tenías. ¿Con esta harás lo mismo?

—Por supuesto, la eclipsaré con mi encanto de galán perfecto, comprensivo, cariñoso, amante incansable y a la vez un buen señor a la antigua usanza... El mismo paripé, tranquilo, que ya la tengo, estoy seguro. Además, lo de italiano la tiene atontadita. Eso sí, en cuanto terminemos con este tema, hay que buscar otro pasaporte y borrar el pasado. Llevamos demasiado tiempo con esta identidad, no me gusta nada dos casos con el mismo nombre.

—Ahora lo tenemos un poco más complicado, porque el cambio de comisario nos ha jodido, hemos perdido el enchufe que teníamos aquí al lado.

—Sí, es una putada, pero hablé con él y me dijo que había barrido todo el rastro de Clara y de las otras de la anterior comisaría, que seguiría con nosotros, aunque desde la nueva: le costaría corromper al personal, pero con dinero todo se podía conseguir.

—Con lo bien que estábamos, ¿para que coño le habrán tenido que cambiar el destino?

—Intenté impedirlo, pero la cosa estaba chungu, cerrada. Al parecer, el nuevo que había pedido este destino es yerno de un pez gordo de la policía: me fue imposible evitar su llegada.

—Lo tenemos jodido con el nuevo, ¿cómo coño se llamaba?

—Shireone.

—Espero no nos dé problemas el Shireone ese.

—No creo, será un idiota como todos esos putos negros. Tú, tranquilo.

—Lo importante es que tienes a la chica, a la rusa, y que pronto la dejarás preñada. Ya sabes, ahora a follar y follar, hasta que crees un millón de dólares en su barriga.

—Para eso ya sabes que está mi polla, que es irresistible. Le di mi buena medicina a la ginecóloga y ahora le toca a esta otra.

—Estás esquivando las precauciones, supongo.

—Supones bien, esta es menos precavida que Clara, solo he tenido que pinchar el preservativo. Joder, la puta española era un muro contra los embarazos. Tomaba pastillas, se echaba espermicida en la vagina y encima me hacía ponerme condón, me lo tuve que currar. No veas lo chungo que fue cambiarle las pastillas, por otras exactas, pero inocuas de su cajita, y encontrar un bote igualito a la mierda esa que se metía entre las piernas para quemar mis espermatozoides; pero, bueno, ya sabes que yo tengo artimañas para todo y aunque me costó más preñarla, lo conseguí.

—Sí, luego todo se jodió, pero sí, además lo que fue alucinante es que tardara tanto en darse cuenta, ¿verdad? Yo aún no me lo explico. ¡Joder, era médica!

—Pues imagínate yo que lo sabía desde antes de salir de España, temiendo que en cualquier momento se diera cuenta y se nos jodiera el viaje, y después recorriendo media Namibia para entretenerla. ¡Menudo coñazo!

—Venga, tío, que te fuiste por ahí a cuerpo de rey: ahora tenemos que recuperar toda la pasta que te gastaste con ella para que no se nos fugara a España.

—Pero funcionó, no se fue.

—Pues con esta tendrás que buscarte alguna excusa.

—Con esta será fácil, porque ha venido para estar medio año de voluntaria.

—Ya, pero cuando se entere del bebé, se querrá ir como la otra.

—Tranquilo, con el cuento del matrimonio, de quedarme con ella para toda la vida se soluciona: en cuanto la coma la oreja con un futuro anillo, se le caerán las bragas y se volverá una corderita. Hará lo que me venga en gana: ya sabes que siempre lo consigo.

—Crees que el cliente esperará.

—Sí, quiere un bebé sano, rubio, blanco, de ojos azules, guapo, alto y listo, y eso no creo que lo consiga, si no es con nosotros.

—¿Y pagará el millón de dólares?

—Sí, además, le he dicho que el precio ha subido.

—Pero, ¡qué dices! ¡Estás loco! A ver si le vamos a perder.

—No, tú, tranquilo. Están desesperados, tenían ya casi el bebé en sus manos, y a cuatro putas semanas se nos jodió el asunto. Tienen el cuarto preparado, todo listo, su mujer y él lo están esperando con un ansia tan fuerte que pagarán más por él: les he dicho que se nos fastidió el otro, y que para uno nuevo el precio se dobla.

—¡Dos millones!

—Bueno, han regateado y lo hemos dejado en uno y medio.

—Joder, Fabiano, eres el mejor. Pues, macho, venga, vete a por Irina y a joderla como un bestia.

—Mi hombría en unas semanas la gesta.

—Utilizarás el mismo método que con la otra.

—Sí, es una tontería, pero es el más simple. Aunque ahí necesitaré tu ayuda, porque Irina pasa mucho tiempo en la clínica. Tú tendrás que vigilar el baño para poner el invento que hice en la taza y recoger su orina: iremos analizándola hasta ver el positivo.

—A ver si hay suerte y se entera tan tarde como la otra.

—Eso ya veremos, es impredecible.

—¿Y después?

—Aguantaremos lo máximo y cuando se quiera volver y sea imposible convencerla, rapto, igual que Clara y accidente al canto.

—Me preocupa que haya dos mujeres blancas muertas en accidente de tráfico relacionadas con nuestra clínica.

—Lo primero, no sé por qué me da que esta querrá quedarse hasta el final. Le ofreceré tenerlo en la clínica y si acepta será chupado, cuando acabe el parto, que asistirás tú, y tengamos el niño sano, ya te encargarás de chutarla algo para que le falle el corazón. Entonces, será pan comido: haces un documento de defunción por muerte natural y nos quitamos el fiambre de encima.

—Sería perfecto, pero ¿si se quiere ir?

—Buscaremos otra forma de hacerla desaparecer distinta a Clara para no levantar sospechas; pero, repito, esta por mis huevos que se queda hasta el final.

—Confío en ti, socio. ¿Y lo del resto de encargos?

—Ya tenemos a dos negras a punto de parir en las mazmorras, esos dos las están dando también su medicina y no creo que tarden mucho en echar la basura por su entrepierna.

—¿La matrona está avisada?

—Por supuesto, también el médico que tenemos en el puesto de Kalkrand, recuerda el mismo que estuvo cuidando de Clara.

—Bueno, para las negras no le necesitamos, ¿no? Con la comadrona será necesario.

—Sí, pero de todas formas está preparado. Si Irina quiere irse, tendrá que tratarla durante el cautiverio: no podemos perder otro bebé. Aunque ya me encargaré yo de enamorar a esa pava para que no pueda irse de su Fabiano como la otra. ¡Joder! Cada vez que recuerdo lo fácil que fue la puta española; bueno, esta rusa tampoco me lo está poniendo muy mal.

—Entonces, de los dos bebés negros esos que estamos a punto de vender, ¿sacaremos una buena tajada?

—Una buena, ya te dije que esto es un negocio. Vender los que nos llegaban al orfanato no era nada fácil, casi todos con sida y los que no, son muy mayores; pero nos dieron la idea y sobre todo la coartada para montar el sarao que nos da imagen y nos deja hacer lo que realmente es rentable.

—Sí, cazar negritas a punto de parir y robarles a sus bebés.

—Y de vez en cuando, yo, el adonis, engatusar a una blanca y vender por el

doble o el triple a su retoño.

—Joder, macho, nunca has pensado que tienes por ahí a unos cuántos críos repartidos por familias pudientes del planeta.

—Lo que he pensado es que estoy forrado, que me sale el dinero por las orejas, y si alguna vez me falta o alguien intenta pillarnos, todas esas familias tendrán una razón muy de peso para pagarnos más pasta o para defendernos hasta conseguir nuestra libertad; porque he sido precavido y tengo datos y pruebas que les inculpan bien guardaditos en mi portátil. Podríamos incluso, si algún día nos falla este negocio, dedicarnos a chantajearlos.

—Sí, no lo había mirado desde ese punto de vista. Pues de puta madre entonces, porque somos invencibles. Dos putos polacos invencibles, en poco tiempo además millonarios.

—Bueno, majo, que el manos libres echa humo, en nada regresamos de este fin de semana tan productivo. Pronto estaremos por la clínica Irina y yo: me la llevaré a mi apartamento para follarla todo lo que me deje, a ver si acabamos pronto.

—Bien, hermano, aquí nos vemos.

El final de la conversación fue evidente y Javier dio a otro botón de su teclado para desactivar la escucha. Entonces, el silencio fue aplastante: nadie dijo absolutamente nada durante los siguientes segundos. Es más, diría que ni se movieron, pestañearon, respiraron y no pararon el latir de sus corazones porque era imposible, que si no, creo que lo hubieran hecho. Miré a Olaf, su mano aún así la mía y además, su otro brazo, en un momento determinado del mensaje envenenado recibido, rodeó mi espalda, acercándose aún más hacia él. Sus ojos emanaban fuego y su cara era el odio personificado, estoy segura de que si hubiera tenido enfrente a Fabiano, habría sido imposible evitar una desgracia: lo hubiera degollado, ahogado o roto el cuello con sus propias manos, y probablemente ninguno de los presentes habríamos tenido la suficiente fuerza ni la convicción vocal para evitarlo. Aquella conversación era fuerte, difícil de tragar, de asumir. Lo que nos acababan de poner delante, destrozaba mi alma; sin embargo, no pensé en mí, puesto que estaba segura de que la persona que peor lo había pasado durante los largos minutos transcurridos había sido, sin duda, Olaf. Susana rompió el momento, sabía que

era ella la jefa de todo el entramado, quien debería usar sus palabras para disolver el hielo que iba congelando cada vez más la habitación.

—Siento muchísimo mostraros esto —dijo introduciendo a Olaf en la disculpa: ella también habría comprobado el gesto del hombretón—. No me ha quedado otro remedio. Desde el principio dudé de la organización de Fabiano, de ese personaje que apareció de improviso y cambió toda tu vida. No quise acusarle hasta que no tuviera algo tan evidente como esta grabación.

—¿De cuándo es la conversación? —Yo parecía tan entera por fuera que todos estaba impactados.

—De hace unas horas. Mientras Javier la escuchaba me llamó, y también me añadí a la escucha. Cuando acabó, envié un refuerzo que sigue en la furgoneta y pedí a Javier que nos lo trajera.

—Lo siento mucho —dijo el chico: no sé por qué tenía que sentirlo, él no tenía ninguna culpa.

—Pues no lo sientas, Javier, porque has hecho un excelente trabajo. Gracias a esto, además de librar a otra persona de lo que yo he tenido que sufrir, podremos destapar su trama y delatarles.

—Las escuchas telefónicas son pruebas fáciles de eliminar de un juicio —añadió Susana—, aunque sean tan concisas como esta.

—Entonces, ¿no les podremos denunciar con eso!

—Les podremos denunciar por las miles de pruebas que tenemos en Madrid.

—¿Han encontrado algo?

—Han encontrado todo. Yo creo que Fabiano no se imaginaría en la vida que alguien pudiera entrar en su ordenador personal, porque allí hemos visto todo tipo de información. Tiene sus pasaportes falsos escaneados, fichas de las mujeres a secuestrar, información sobre ti en cantidad, con anotaciones de todo tipo que prefiero no revelarte, correos electrónicos parecidos a la conversación que acabamos de registrar con su socio y con otros hombres. Al parecer, las dos clínicas a las que tú llevabas medicinas, eran los lugares donde encontraban a las chicas. Hay una información amplísima del entramado que manejaban entre los dos cabecillas, pero también muchos cómplices introducidos en diversos ámbitos públicos y privados... Ante este impactante descubrimiento, ahora mismo hay un equipo enorme de personas en Madrid trabajando en ello, haciendo un inmenso informe para que nosotros podamos

presentarlo aquí, y esta grabación es esencial.

—¿Confiaréis en la policía de Namibia? —pregunté con duda.

—De la policía, en su concepto general, no, pero de Shireone, sí. Cuando llegue con esta grabación y la escuche, se pondrá de mi parte, y le necesitamos para el plan que hemos decidido.

—Me parece perfecto. Ese comisario parece limpio, y será un tanto tremendo en su carrera si destapa todo este entramado en donde hay incluso compañeros.

—Eso hemos pensado, mejor que sea él quien parezca haberlo destapado, porque no olvides que nosotros no podemos ni debemos estar aquí: nosotros no existimos. Es la condición que nos exigen desde Madrid: nos ayudarán todo lo que sea necesario, pero será Shireone y su comisaría quienes resuelvan el caso.

—Y, ¿crees que aceptará?

—¿Por qué no? Para él es un chollo, le ponemos en bandeja un caso que le sacará en la prensa internacional. Él solo deberá colocar su cara en las fotos. Yo, si estuviera en su pellejo, aceptaría.

—¿Irás a hablar con él?

—Por supuesto, mañana mismo. Hoy seguiremos trabajando por la tarde, y a primera hora, en cuanto abran la comisaría, llevaré todas las pruebas de que dispongo: aceptará, estoy segura.

—Alguien debe hablar con esa Irina.

—Sí, según la conversación, llegan esta noche de ese viaje.

—Yo hablaré con ella.

—Mejor que no salgas mucho, Clara, no sabemos...

—Quiero hablar con ella. Si vas tú, puede no creerte, y además tienes que convencer a Shireone. Yo soy la persona perfecta para que me escuche. ¿Tenéis su número privado?

—Sí.

—Dádmelo. Yo la llamaré mañana. La citaré en este mismo hotel y cuando venga, solo necesitaré que me deis una copia de esa cinta para mostrársela. La pondré al tanto, y ella nos ayudará.

Susana meditó un tiempo el ofrecimiento y cuando estuvo a punto de responder, Olaf intervino, no había dicho ni una sola palabra hasta ese

momento.

—Creo que es una buena idea, Susana, yo estaré con ellas, por lo que pueda pasar. Las protegeré a las dos. —Supongo que debía poner su granito de arena en aquella playa.

—Está bien. Javier, dales el teléfono, pero, Clara, por favor, mucho ojo y mucho cuidado. Los chicos escucharán la conversación y estarán atentos, pero repito y perdona que sea tan pesada, muchísimo cuidado con lo que dices. Preferiría que la llamaras cuando yo tenga la ayuda segura de Shireone, te avisaré. Estaré a las nueve en punto a las puertas de la comisaría: en cuanto tenga una respuesta positiva, te llamo, y tú podrás hablar con Irina.

—Estoy de acuerdo. ¿Y cómo salvaremos a las otras dos mujeres? — Susana esperaba que Clara, con tanta información y con el mazazo de la revelación que acababa de recibir, se olvidara de las mazmorras del desierto; no obstante, había errado, prefería dejar ese tema para más adelante, aunque suponía que sería difícil.

—Eso lo pensaremos más tarde, cuando tengamos a la Policía local de nuestra parte.

—No las podemos dejar allí. Si siguen violándolas, en cualquier momento se pondrán de parto, las matarán y se llevarán a sus bebés, les perderemos la pista y nunca los encontraremos. —Me quejé con decisión.

—Ahora no podemos hacer nada. No tenemos ni idea de dónde están escondidas.

—¿No podemos buscar dónde está el escondite en la información localizada en el ordenador de Fabiano?

—Nada, Clara, hemos mirado y remirado. Hay muchas conversaciones en las que nombran el lugar, pero no hay ninguna pista de él, es imposible de localizar...

—¿Y seguirles de alguna forma? El médico de Kalkrand quizá vaya a verlas.

—No tenemos medios, Clara, por eso necesitamos la ayuda de la policía para que nos presten sus recursos.

—Yo sé cómo llegar hasta allí, yo puedo ir. —Eso era justamente lo que Susana no quería escuchar—. Iré yo.

—Clara, por favor, ya has sufrido suficiente, tienes a dos bebés y no creo que pudieras orientarte en el desierto para encontrarlo.

—Pero puedo intentarlo, podemos intentarlo, Olaf. —Busqué apoyo en mi hombre, este dudó. Me miró a mí y después a Susana: mi seguridad frente a la vida de esas mujeres, difícil elección.

—Yo podría acompañarla. —Se puso de mi lado—. Desde mi pueblo bosquimano intentaríamos seguir los pasos que pudo dar Clara, y buscar el lugar. Es muy difícil, pero si no lo hacemos, tendremos toda la vida en la conciencia la muerte de esas mujeres y la venta de sus hijos.

—Veo que tengo la partida perdida —dijo Susana con la boca torcida, en un gesto entre la guasa y la preocupación—. Sois dos contra una, pero entenderéis que tenemos que buscar un plan, una secuencia en nuestras actuaciones, porque si no, podemos destaparnos unos a otros y el desastre sería monumental. Durmamos esta noche, hablemos mañana con Shireone y con Irina, y después preparemos vuestra incursión al desierto, mientras nosotros aquí mantenemos a raya al resto de la banda. Necesito que estemos todos a lo mismo y no se os ocurra ninguna locura por vuestra parte.

—Tienes mi palabra, Susana, pero mañana debemos actuar rápido: la muerte pisa los talones de esas pobres chicas.

—De acuerdo, te aseguro que mañana tomaremos una decisión de cómo abordar el tema de esas mujeres, pero prométeme que no harás nada por tu parte, que permanecerás resguardada dentro de las paredes de este hotel, que no se te ocurrirá ninguna locura.

—Sí, vale, no sigas regañándome como a una niña chica y no te preocupes más.

—Devolví una hija a un padre desesperado y no sería capaz de volver a quitársela. Tu seguridad y la de los bebés es lo principal, lo más importante de esta campaña, nada ni nadie puede poner en peligro de nuevo vuestra vida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Qué me dice ahora?

—Pues que no tengo palabras —respondió Shireone—. Esta grabación supongo que se habrá hecho de manera ilegal.

—¡Y eso qué importa ahora! Lo que quiero saber es si está o no de mi lado, si quiere subirse al coche que le regalo, que le llevará a resolver una trama de

corrupción policial, tráfico de niños y estafas tan grande que saldrá en las portadas del “New York Times” y en los telediarios de la BBC, que pondrán su nombre en todos los medios de comunicación como el hombre que descubrió al completo este entramado, y lo único que tiene que hacer es ayudarme a terminar lo ya iniciado. Las pruebas están en este informe ya redactado, solo tiene que poner algo de su parte, buscar el espacio legal que exista en su país para colar este caso, buscar las coartadas de cómo lo encontró, no sé, joder, hacer su trabajo...

—Es complicado, señora Robles, pero, por supuesto que estoy en su bando; sin embargo, entiéndame, estoy desbordado. Este caso es enorme, escandaloso, a saber hasta qué altas esferas llega... Yo soy un hombre honesto, comprometido con la ley de mi país, y por ello estoy en el deber de investigarlo... Sí, miraré para otro lado sobre aquellos aspectos ilegales que se han saltado, los eliminaré del mapa como si no hubieran existido, pero tan solo quedará su nombre como abogada de la familia y la que me dio pie a tirar de la cuerda... Mis hombres saben que vino... Tienen su nombre..., pero también que no encontramos el expediente de Clara... Y esa puede ser la primera pieza del rompecabezas, por el que yo empecé a tirar de la enorme madeja que encontré... —Shireone se iba metiendo en el caso y a Susana se le puso la cara brillante—. Sí, me parece un excelente plan, cuadrémoslo.

—Debe conseguir una orden judicial ahora mismo para registrar la organización. No tendrán que buscar mucho, porque entrará usted también. Hará como si ha encontrado lo que buscaba después de mirar el ordenador de Fabiano: yo le señalaré cuál es, y luego dirá que en este despacho utilizó el disco duro, que había cogido de ese equipo, y sacó toda esta información que ya tiene.

—No sé si se creerán que yo solito conseguí este informe.

—Es usted muy competente, es lo que les responderá.

—Pero los de la asociación ya estarán avisados.

—No, porque a la hora escasa de realizar la inspección, se irá directamente al juzgado y presentará al juez parte de lo encontrado, lo más llamativo, que por suerte es lo que en teoría primero descubrirá. Está seguro que ordenará la detención de los implicados como medida para evitar su fuga y la posible destrucción de materiales que les inculpen. Después, todo irá rodado: detenciones, interrogatorios, más pruebas. Usted lo sabe todo de ellos, será facilísimo sacarles una confesión. Además, a la vez habrá que

apresar a todos sus compinches, por eso es esencial que muestre al juez estos papeles donde salen todos los nombres y las conexiones; seguro que le dará vía libre en cuestión de minutos.

—Eso espero, aquí la justicia es lenta.

—En todos los lados es así, pero ante un suceso tan impactante como este y con unas pruebas tan aplastantes, estoy segura de que no se lo pensará dos veces: el juez se pondrá de su parte.

—A no ser que esté también implicado.

—No sea negativo, Shireone. Además, si no le hace caso, se va a su superior, y si no al presidente, aquí tienen, ¿no? —¡Que pérdida estaba con la política de Namibia!

—Estoy con usted, creo que tenemos posibilidades, pero debemos organizarnos muy bien. Es esencial nuestra coordinación. Si se nos escapa algo, cualquier cosa, perderemos la batalla, porque el factor sorpresa es nuestra mayor arma.

—Estoy de acuerdo. ¿Tengo su incondicional ayuda e implicación? —El jefe de la comisaría número 5 lo razonó. Imaginó la cara de su suegro, si al final salía bien, la de su mujer, las entrevistas en la tele, el posible ascenso, y aunque se sintió fatal por razonarlo como último motivo, las víctimas de esa banda de hijos de puta.

—Sí, total implicación. Mire, voy ahora mismo a hablar con el juez, cuanto menos tiempo perdamos mejor. Podría esperarme aquí si quiere, le llamaré por teléfono y si la respuesta que me da es positiva, iniciamos el siguiente paso: me vendría muy bien su ayuda, reconozco que estoy sobrepasado con este proceso.

—Esté tranquilo, yo seguiré a su lado hasta el final. Además, por desgracia, yo sí estoy acostumbrada a este tipo de galimatías y una se ha ido haciendo con los años.

—¿Clara?

—Dime, Susana, llamas muy pronto, eso es bueno o malo.

—Tranquila, es bueno, Shireone está de nuestra parte y acaba de gestionar una orden de registro de la organización. Ha ido a recogerla y a terminar de

hablar con el juez, creo que hemos dado con dos tíos legales y esto va a ir para adelante. Están implicados con nuestro caso. El juez que hemos pillado, ni siquiera hace preguntas para saber de dónde salen las pruebas que le ha presentado Shireone; creemos que se huele la improcedencia para obtenerlas, pero está haciendo la vista gorda. Eso sí, nos ha dicho que con lo presentado no puede detenerlos; pero que si aparecen pruebas durante el registro, estas serían legales, puesto que se han obtenido de la forma establecida y con ellas, si confirman las sospechas, tendremos vía libre para lo que sea necesario.

—Sinceramente, no era tan positiva como tú. Ayer, cuando nos contaste el plan, dudé de la buena marcha del mismo. Ahora cada vez me doy más cuenta de la tía tan increíble que eres.

—Bueno, son años de profesión a la espalda.

—Eso que tú tienes es algo más que experiencia... Es... vocación... O mejor dicho..., yo diría que es un don.

—No sé, llámalo como quieras, se me da bien mi trabajo y ya está. He elegido la profesión perfecta para mis cualidades y lo único que hago es utilizarlas al máximo.

—Pues esta vez, están dando sus frutos. ¿Llamo a Irina?

—Sí, debes llamarla enseguida, porque en horas la policía entrará en la clínica a saco y no creo que acabe el día sin las detenciones de los cabecillas.

—Tan rápido. ¡Parece increíble!

—Si no lo hacemos así, corremos el peligro de perder a las mujeres del desierto. No queremos que ni una sola persona se nos escape, sería catastrófico. Podría dar la alarma al resto y encima escapar: tenemos que estar coordinados al límite de nuestras posibilidades, incluso tu papel tiene que enlazarse a la perfección con el nuestro, por eso, en cuanto termines con Irina, me llamas. Por otra parte, además de miles de aspectos que gestionar, también estamos preparando nuestro viaje para buscar las mazmorras.

—¿Vendrás con nosotros al desierto?

—Por supuesto que lo haré.

—Entonces, ¿dejarás a Shireone solo?

—Cuando decidamos irnos, será en el momento en que aquí ya no sea imprescindible.

—Pero no debemos tardar.

—No te preocupes. La rapidez es esencial para coger a esos cabrones, por ello, una vez realizado el primer registro, irá todo rodado y no creo que se tarde en hacer las detenciones y ponerlos entre rejas. Después, mi presencia será menos necesaria, incluso contraproducente, porque cuando se abra la Caja de Pandora, esta comisaría se llenará de todo tipo de gerifaltes que vendrán a poner su cara y nombre en el pastel, y no será bueno que esté demasiado cerca. Tendrá que ser Shireone quien coja el testigo en ese momento; el secreto ya será de la opinión pública y poco le podré ayudar. Debemos desaparecer del mapa, en teoría nosotros no existimos, no estamos aquí, no hemos colaborado... El mejor sitio donde me puedo introducir entonces es con vosotros en el desierto para rescatar a esas pobres indefensas.

—No tardaré en llamarte con lo que sea, haz lo mismo.

—¿Todo bien? —Me miró Olaf cuando colgué el teléfono.

—Todo bien, creo que Susana va por buen camino, ahora me toca a mí. ¿Crees que Irina me creerá?

—Debes intentarlo.

—Tengo miedo... No solo por esto, también por el viaje. Me da pavor volver al desierto: no quiero, pero debo hacerlo.

—Lo sé, yo tampoco quiero que vuelvas: me parece peligroso. Lo he pensado muchísimo, no podemos dejar a esas pobres allí.

—Tienes razón, aunque me da pánico, no puedo evitarlo. Al menos, estarás a mi lado.

—Eso no lo dudes, Clara, yo siempre estaré a tu lado.

Habíamos dormido los dos en mi reducida cama y digo dormido, abrazados toda la noche y nada más. Yo no conseguía conciliar el sueño y él terminó entrando entre mis sábanas al pedírselo. Cuando su cuerpo me rodeó, el estremecimiento fue tan agradable y placentero, me dio tanta seguridad, que aprecié el mundo de otro color. Así nos quedamos dormidos, y fue la llamada de Susana quien nos despertó. Seguíamos en la cama, en el estrecho colchón, con los bebés dormidos. Lola atada en mi pecho: no habíamos sido dos, sino tres, quienes descansamos en reducido espacio.

Me levanté, fui al baño, di unas cuantas vueltas más por la habitación, con la mirada de Olaf en mi cuerpo, y decidí marcar el número que me martirizaba en el cerebro. Me senté en una de las butacas de que disponía la sala, y esperé los tonos. ¿Y si no contestaba? No lo habíamos pensado.

—¿Yes? —Era mi momento: que me crea, que me crea, que me crea, que me... No paraba de repetírmelo.

—¿Irina Jkacorvic?

—Sí, la misma. ¿Quién es?

—Irina es muy importante que confíes en mí, por favor, no puedo decirte quién soy, pero tienes que confiar en mí. ¿Tienes al lado a Fabiano a Hans o a alguien de la organización? Confía en mí, por favor —reiteré. Hubo un largo silencio, estuve a punto de volver a intervenir, no obstante, fui paciente.

—No, estoy sola. ¿Quién eres?

—No me conoces, necesito hablar contigo. Es muy importante. Lo más esencial para tu seguridad y la mía es que nadie se entere.

—No será una broma.

—Te lo juro que no, debes confiar en mí, por favor, te lo pido por favor, te lo ruego. ¿Estás ahora mismo en «*We Help*»?

—Voy de camino. —Se fue abriendo Irina.

—Pues no sigas, ¿vas andando o en coche?

—Voy andando, el lugar donde he dormido no está lejos.

—¿Y a Fabiano dónde le has dejado?

—Me asusta hablar con alguien que sabe mi nombre, el nombre de mis compañeros, pero que no me dice el suyo.

—Soy Clara, Clara Montes Parra. ¿Te suena mi nombre?

—No, la verdad es que no.

—¿Fabiano no te ha hablado de mí?

—No.

—¿Ni nadie de la organización?

—Que recuerde tampoco.

—Pues yo fui alguien como tú, que se dejó engañar por ellos y no sabes lo que me han hecho sufrir. —Quizá estaba dando demasiados datos. Si Irina no me creía, podría ponerlos en alerta; sin embargo, presentía que aquella mujer necesitaría más información para hacerme caso—. No pierdes nada Irina, es solo hablar un momento conmigo, comprobar por ti misma la historia: solo te pido unos minutos —la animé.

—Fabiano se ha quedado en su casa durmiendo, yo vivo con él. —Aquello

era una buena señal, empezaba a confiar en mí.

—Mejor, él no debe saber nada, ¿en la organización te esperan?

—Sí, pero puedo decir que me entretuve en unas compras o desayunando por el camino.

—Perfecto, puedes coger un taxi y venir a mi hotel, yo lo abono.

—No es necesario, dime la dirección.

—¡Vendrá! —Colgué y di un salto, abalanzándome sobre Olaf, este compartió mi alegría—. Voy a prepararme, no está lejos, no tardará en llegar. He quedado en la cafetería: me llevo el portátil, por si no quiere subir. Ya te contaré qué me dice, aunque espero que la veas en persona: eso significará que ha confiado en mí.

—Me parece perfecto, ahora descanso tranquilo. Dudaba de su reacción, pero si va a venir es bueno. Clara, ten cuidado, mucho cuidado, ándate con ojo, no te fíes... ¿Por qué no te acompaño?

—No creo que fuera bueno, si Irina te ve, puede asustarse. Tienes un físico un tanto..., bueno..., grande..., imponente; sin embargo, si me ve a mí, seguro que no pone reparos para acercarse.

—Podría ocultarme, quedarme en algún lugar escondido de la cafetería para veros de lejos. Tipos como yo habrá en ese lugar. Prefiero no dejarte sola, no sé... Nunca se sabe, Clara, no nos fíemos... No tenemos asegurado que Irina esté en nuestro bando...

—No demos más vueltas, además, si bajas conmigo, ¿con quién dejamos a los niños?

—Llamamos al canguro del hotel.

—Eso nos hará perder tiempo... Me quedo más tranquila si te quedas tú con ellos... Por favor —agregué con gesto compungido.

—Vale, está bien, venga, vete ya así no te intento convencer.

—Sí, mejor que esté en la cafetería cuando ella llegue: no se vaya a echar para atrás al no localizarme. Espero tener suerte y que acepte hablar conmigo.

—Subiréis, ¿verdad?

—No lo sé, si accede creo que sería mejor conversar en la intimidad de esta habitación, en vez de en un lugar público; haré lo que Irina decida. En el fondo, entendería que pusiera reparos para venir aquí: yo al menos, en su caso, también los pondría.

—Lo esencial es que te escuche, da igual en el lugar que sea. Venga, sal ya, es tarde.

—Sí, me voy.

—Por favor, cuidado, ten los ojos bien abiertos y ante cualquier duda, por mínima que sea, sal corriendo o pide ayuda o grita.

—¡Ay, hombre! No me asustes, que no tiene por qué pasar absolutamente nada, no seas negativo.

—Ahora que te tengo, moriría si te perdiera. —Se puso zalamero y a mí se me enarbolaron las entrañas. ¡Cómo podía levantar esos huracanes de placer en mi interior! Nadie antes que él lo había conseguido. Ningún hombre con solo su mirada, su tacto, su mano o sus caricias, había encendido una hoguera como la que crecía y aumentaba cada día en mi cuerpo. No sé cómo sería el sexo con él, no podía evitar pensarlo: algún día lo descubriría.

—Ven, anda, dame un beso. —Y eso hizo, me rodeó con sus enormes brazos, me espachurró contra su pecho y el incendio ardió en mi ombligo.

Irina apareció abriendo la puerta de la cafetería del hotel en el que nos alojábamos. No había posibilidad de confusión, por dos razones: una, tenía una foto suya; y dos, era alta, delgada, rubia, guapa y según se acercó, denoté unos ojos grises azulados como el cielo del invierno. Por eso estaba allí, por eso las dos habíamos sido cazadas por nuestro depredador, porque éramos el tipo ideal para su macabro proyecto. Me levanté y dirigí mis pasos hacia ella.

—¿Irina?

—Sí, soy yo.

—Clara Montés. —Le ofrecí mi mano. Ella permaneció estática, mirándome con un gesto en su rostro que no me gustó.

—No puedes ser Clara Montes Parra, porque esa mujer está muerta. Lo acabo de buscar en Google según venía en el taxi. —Me mostró la pantalla de su móvil.

—Eso es lo que dijeron, pero es todo una farsa. Me escapé de la cárcel donde me metieron, recorrí medio desierto y aquí estoy resucitada. —Las dos seguíamos de pie en medio del local, midiendo la veracidad de nuestras palabras. Hablábamos en un tono bajo, fuimos discretas—. Si tienes el móvil

busca mi foto, o mejor entra en Facebook: mis padres no fueron capaces de borrar mi perfil, porque en lo hondo de su alma confiaban en que habría un error.

Irina me miró fijamente, entendí que dudada. Se volcó sobre su teléfono, realizó los trámites que ella consideró adecuados y levantó la vista como si estuviera viendo un espíritu.

—Pero... —Inició. Ya la tenía: debía sentarla en mi mesa, además, había dejado abandonados en ella todos mis enseres.

—Ven, por favor, vamos a sentarnos, estaremos más cómodas. —Una vez acomodadas, primero fui buena anfitriona.

—¿Quieres tomar algo? —Yo me había pedido un café, por consumir algo, aunque estaba entero sobre la mesa y no creo que pudiera probarlo.

—No, no me apetece nada. —Supongo que su estómago se encontraría igual que el mío: revuelto—. Quiero que me cuentes qué hago aquí, empiezo a asustarme.

—Bueno, tienes motivos para asustarte. —Quería ir previniéndola—. Te mostraré una grabación que será horrible de escuchar para ti, y te aseguro que yo no quiero volver a oírla, porque ya he pasado por eso una vez y es un mal trago indeseable de repetir; aunque es imprescindible que la escuches, así luego, podré explicarte todo lo que ha pasado y podría pasar. —Ella continuaba callada—. La tengo aquí en el ordenador, me he traído unos cascos, porque no sería conveniente que la escuchara esta gente. Creo que lo mejor sería subir a mi habitación para mostrártela, me alojo en este hotel y así tendríamos más intimidad. —Me miró dudosa, la comprendí: yo hubiera actuado exactamente igual—. No temas, no pasará nada, confía en mí, ya has llegado hasta aquí.

—Está bien, creo que sí, sería mejor ir a tu habitación.

Nos levantamos y la fui dirigiendo. Por el camino hacia el ascensor, le informé de que en el cuarto encontraría a mis dos bebés y a mi pareja: quise prevenirla para que no se asustara al abrir Olaf. Dentro del montacargas, le fui avisando sobre el contenido de la grabación, remarcándole que sería durísimo para ella, igual que lo había sido para mí, y de camino hacia la puerta de mi estancia, le recordé que no se asustara cuando un tío enorme nos abriera. No me debió de prestar mucha atención, porque cuando Olaf separó el madero, después de escuchar el sonido que desvelaba la llegada de alguien de

confianza, Irina se echó para atrás, impactada por su envergadura. Lo bueno fue que llevaba a Nicolás encima y un bebé siempre rebaja la apariencia de un hombre, por muy rudo que este sea, haciéndole más dulce.

—Irina, entra, este es Olaf, mi compañero. Es un amigo y mi salvador, un buen hombre de confianza. —Ella dudó un segundo, tuve que añadir algo—. Y este es mi hijo Nicolás, tiene un mes, nació en el desierto. Era el hijo de una de mis compañeras de prisión, pero yo le salvé y traje hasta aquí. Si entras te presentaré a mi hija biológica, Lola.

Supongo que toda aquella impresionante información fue suficiente para convencerla, puesto que inició su andar y terminó dentro del cuarto. Le enseñé a Lola y le indiqué que se sentara a mi lado, en una mesa que coloqué en un momento, con las dos butacas y el ordenador preparado para mostrar el horror. Olaf se ofreció para llevarse a Nicolás al pasillo, creo que por dos razones: una, muy certera, dejarnos solas, Lola por ahora estaba dormida y probablemente no nos molestaría; pero Nicolás, despierto, podía distraernos. Y la segunda justificación, sería para evitarse pasar por el trance de la noche anterior, lo que me pareció correcto, porque yo también lo llevaría peor con su presencia.

Cuando estuvimos solas, apreté la correspondiente tecla y empezó el horror para mí, y en breves segundos para Irina. Ella poco a poco iba entendiendo el matiz que tomaban los hechos; a los pocos minutos sus ojos empezaron a llorar; algunos más tarde, los míos se unieron emanando líquido salino; y con posterioridad, acabamos abrazadas gimiendo. Le ofrecí no seguir escuchando, pese a que se empeñó en llegar hasta el final. La pena se fue transformando en odio y rabia, lo mismo que me había pasado a mí; y el miedo y la angustia, en un sentimiento llamado venganza.

Terminada la escucha, le expliqué resumido todo lo que me había sucedido en el pasado, lo que le podía haber ocurrido a ella, la forma en cómo lo habíamos descubierto, el equipo de investigación español que había venido, pero que era secreto y nadie debía conocer, los pasos futuros y la necesidad de mantenerse callados sin levantar sospechas.

Ella ofreció su ayuda: no quería volver a la clínica y me rogó quedarse en el hotel conmigo. Por supuesto, yo acepté, es más, decidí dejarla realizar una petición que me resultó, además de interesante, tremendamente acertada: Irina se quedaría al cargo de los dos bebés, mientras yo me iba con Olaf y Susana al desierto en busca de las mazmorras donde hacía meses había estado

encarcelada. Solo de pensarlo me temblaban las piernas... Un sentimiento de terror me invadía... No sabía si sería capaz de encontrarlas... La vida de dos inocentes recaería sobre mi conciencia durante toda mi existencia... Si llegábamos a tiempo y las salvábamos, sería maravilloso; sin embargo, si erraba en mis cálculos, si nos perdíamos, si no las localizábamos... O incluso si lo hacíamos y era tarde..., muy tarde..., y ya no estaban..., o peor, si estaban sus cuerpos... Asfixiados... Ahogados... Recién paridos... Sin bebés... Sería horrible. Sin embargo, debía hacerlo, por ellas... Por Shewaki..., por Jhuanmi..., por mí misma y ahora también por Irina... Por todas las pobres mujeres que habían metido en aquel agujero. Por los maltratos que las habrían infligido, por violarlas, matarlas y quitarlas a sus hijos... Venganza era ahora la palabra que retumbaba con estruendo en mi interior: si mi difunta amiga Jhuanmi estuviera allí, en ese preciso momento, a mi lado, habría cambiado su palabra... La palabra que enunció hasta la saciedad, que se mantuvo siempre en sus labios desde el principio hasta el final... «¡Escapar!»... Aquella palabra «escapar», seguro que la habría modificado por... «¡VENGANZA!».

CAPÍTULO XIV: RESOLUCIÓN DEL CASO EN ÁFRICA

—Irina está con nosotros —informé a Susana por teléfono.

—¡Perfecto! ¿Qué tal está?

—Jodida. —No pude evitar la palabra—. Igual que estaría cualquiera, pero, al menos, más tranquila. Ha bajado a la farmacia a por un test de embarazo y ha dado negativo.

—Bueno, algo es algo, ¿lo sabe todo?

—Todo, se quedará en el hotel con nosotros: no quiere saber nada de la organización. Tiene miedo de ir allí, incluso bajar a la farmacia le ha dado pavor. Está en nuestra habitación y no creo que sea capaz de volver a salir a la calle: la entiendo.

—Es normal: mejor es permanecer allí todos juntos.

—Sí, se ha ofrecido a quedarse con mis hijos, para que Olaf y yo podamos acompañaros y localizar a las mujeres encarceladas. Me iré más tranquila si sé que están con ella, además de ser una buena persona es pediatra, no podría dejarlos en mejores manos.

—Pues eso nos quita otro problema.

—¿Cómo os va a vosotros?

—El plan de maravilla. Shireone acaba de irse a la dirección de la clínica de Fabiano con una orden de registro, el juez parece muy implicado y animado a ayudarnos; por su forma de actuar, parece que no está corrupto. Ha salido hace un rato con una patrulla para hacer la pantomima del registro, después vendrá aquí, hablaré yo con él para repasar el plan y se irá de nuevo al juzgado. Estoy segura de que antes de comer habremos desmantelado la trama.

—No os dejéis ningún cabo suelto, sería un peligro.

—Sí, tranquila, esto es cosa nuestra. Estarán avisadas otras comisarías

para que detengan al resto de todos los socios a la vez. Nos coordinaremos y no fallaremos.

—¿Cuándo saldremos hacia el Kalahari? No debemos demorarnos. El tiempo va en nuestra contra, y en contra de esas mujeres.

—Tenemos que esperar unas horas, Clara, eso es inevitable.

—Podríamos ir saliendo ya, no es necesario retrasarlo más.

—Yo quiero ir con vosotros, no te dejaré sola y, a la vez, tengo que ayudar a Shireone. Te prometo que en cuanto tengamos el permiso para detenerlos, cogeré dos coches, el comisario ya me los ha agenciado con un puñado de hombres. Os recogeré en el hotel y partiremos hacia el sur. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—No se te ocurra hacer ninguna locura, Clara, que no me entere que piensas un plan paralelo al mío: tu seguridad es mi principal objetivo.

—Tranquila, esperaré aquí hasta que vuelvas a llamarme. Esperaremos todos aquí.

Fabiano se despertó con una resaca horrible, no tenía ni idea de la hora que sería, miró el reloj: «¡Joder, la una de la tarde!». Menudas horas de despertar. Estaba solo en la cama. «Irina era idiota», pensó, una trabajadora incansable. Podría haberse quedado sobando hasta tarde y, sin embargo, conociéndola, seguro que se habría levantado al amanecer para cumplir en su trabajo: «mujeres», razonó. Sentía la cabeza como si le fuera a estallar, la noche anterior se había pasado con el Whisky, Irina no había querido acompañarle, esta bebía menos que la otra; sin embargo, él le había cogido el gustillo a la botella, y después de follar a la rusa, se había hecho el dormido para una vez notada la respiración de su acompañante acompasada, como la que se tiene durante el sueño, levantarse dirigiéndose a su despacho, donde se estuvo entreteniendo con dos de sus vicios: el porno duro y el alcohol.

Así se había levantado, empalmado y con una resaca del copón. Una ducha fría y un chute de cocaína lo mejorarían todo, después llamaría a Hans, porque tenía un mensaje diciendo que Irina no había llegado esa mañana al orfanato. El aviso era de las once de la mañana, joder, ¡dónde coño se había metido la rusa! Se habría ido por ahí de compras o yo qué sé: no le dio importancia, le dolía demasiado la cabeza. Se sentía un tanto vago ese día, no le apetecía salir

de casa, por lo que se tomó el tema con calma y, al final, prefirió no llamar; si lo hacía, seguro que Hans le metería prisa para que fuera enseguida y le daría el coñazo con la tardanza de Irina. Sin prisas, se hizo un desayuno fuerte, y con paso lento, decidió vestirse y por su propio pie dirigirse a la oficina.

Había alquilado ese apartamento, ideando usarlo como nidito de amor para la nueva presa. En cuanto vio a Irina en un currículo que envió a la organización, hacía unas semanas, ofreciéndose como posible voluntaria, el millón de dólares volvió a tomar peso dentro de su cabeza, y nada más llegar la rusa, hacía cuatro días, se había puesto las pilas para cazarla y lo había conseguido, de nuevo, a las escasas veinticuatro horas. Era increíble cómo conseguía beneficiárselas tan pronto, pensó. La tenía metida en su casa, se habían ido unos días a un buen hotel, y ahora solo tenía que disfrutar del sexo hasta conseguir el objetivo.

En la calle, inició su caminar, tranquilo, no tenía muchas ganas de llegar, el dolor de cabeza había disminuido, pese a que aún percibía una leve molestia. Tendría que darse otro chute dentro de unas horas; en su despacho disponía de material. Al torcer una calle, varios coches policiales aparcados ante la organización frenaron sus pasos y le hicieron esconderse detrás de la esquina que acababa de girar: «¡Qué coño pasa!», se dijo.

Estaba lejos, pero agudizó sus sentidos. Apreció varios hombres, agentes, sacando a su personal en una posición claramente de detenidos, divisando entre ellos a Hans... Entonces no lo pensó más, dio media vuelta y empezó a correr hacia su apartamento, pero al poco, cambió drásticamente de dirección y sus zancadas no le llevaron hacia ningún lugar en especial; sin embargo, su adrenalina aumentó el choque de las neuronas y la agitación de los pensamientos... «Clara», no pudo evitar razonar. «Clara se salvó... Siempre lo he sabido... Esa puta médica nos ha delatado... Con ayuda de algún policía... ¡Joder, con Irina! Ella no ha llegado a la clínica, por algo..., o mejor dicho por alguien... Esa puta la ha avisado, nos jodió dos ventas importantes y ahora nos va a putear esta otra... Me cago en la madre que la parió... Estamos jodidos... Estoy jodido... A ver qué hago... A mi apartamento no puedo ir: si no me encuentran en la clínica..., me buscarán allí, y si localizan toda la información que tengo en el portátil, estamos vendidos... Además, seguro que alguno de esos putos negros compinchados se caga por la pata abajo y habla..., porque son unos muertos de hambre..., unos cobardes y una raza inferior... Eso está claro... ¿Dónde ir?... Piensa Fabiano, piensa...

Algún sitio del que no hayas dejado rastro por ningún sitio... Algún puto sitio que no pudieran encontrar en la vida... Donde tengas recursos para poder escapar..., donde te puedan ayudar a salir del país... No puedo ni siquiera usar el móvil... ¡Que coño! Lo tiraré... Puede tener un detector... Ya no podrán seguirme... No llevo nada encima para que me puedan rastrear... ¿Dónde ir?... ¿Dónde?... Algún sitio, ¡joder! Algún sitio... ¡Lo tengo! ¡Bingo!».

Fabiano se abalanzó sobre un todoterreno conducido por una mujer blanca, haciendo como si ella le hubiera pillado. Se quedó encima del capó con un ojo medio abierto y cuando vio que la conductora salió asustada y preocupada, directa hacia él, le dio un puñetazo en toda la cara, más un fuerte empujón, tirándola al suelo, subiéndose al coche. Algún transeúnte pudo apreciar algo, no obstante, fue tarde, las ruedas del coche chirriaron contra el asfalto: el vehículo salió despavorido, calle abajo, dejando a la mujer tirada en el suelo con la nariz sangrando.

—¿Clara?

—Estaba desando oírte, ¿cómo va todo? Aquí desde hace un buen rato preparados.

—Bueno, la cosa va medio bien.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Sigo en la comisaría de Shireone y me han confirmado que tienen a todos... menos a Fabiano.

—¡Se ha escapado Fabiano!

—No estaba en la organización, ni en su casa ni en ningún sitio registrado. Incluso se ha debido deshacer del móvil, porque el localizador no funciona. Lo habrá tirado y estará roto. A todos los demás, les tienen en el calabozo y el proceso sigue abierto. El juez piensa ejercer justicia de forma ejemplar, porque las pruebas son determinantes.

—Pero, ¡Fabiano podría escaparse!

—Lo veo difícil, no tiene medios, ni coche, ni móvil, pasaporte o dinero. ¡Nada!... Está en busca y captura por todo el país, hemos avisado a los aeropuertos, estaciones de trenes y autobuses, incluso se ha enviado su foto a la Interpol: no tiene medios para salir del país y aquí dentro será cuestión de horas encontrarle.

—¿Y qué hacemos mientras? ¿Vamos al desierto?

—Shireone nos ofrece dos coches con seis hombres. En uno irán cinco de ellos y el segundo lo conducirá un policía e iremos nosotros tres. El comisario me ha asegurado que son hombres muy preparados, de las fuerzas especiales, los mejores. Se los ha pedido expresamente a su superior, y están todos tan impactados con el caso que nadie hace preguntas: le dan lo que exige. Esto es una locura, un escándalo, un asunto feo que deben achantar con fuerza, porque tendrá repercusión internacional. Llevaremos armas y, además, estamos blindados, no creo que tengamos problemas.

—Entonces, ¿vendréis ahora?

—En cuanto lleguen. No creo que tarden, están de camino.

—¿Saben que iremos con ellos?

—Al llegar se lo comunicará Shireone, y como les habrán advertido que están bajo su mando, no creo que pongan problemas. Les diremos la verdad, que os necesitamos a vosotros dos para que nos guiéis por el desierto. No creo que surjan inconvenientes, porque este tipo de grupos están acostumbrados a obedecer sin preguntar.

—Aquí esperaremos.

Nada más colgar les conté a mis acompañantes, Irina y Olaf, la conversación completa, porque aunque se suponían una parte (la que yo había pronunciado), tenían lagunas y alguna pregunta. Olaf y yo terminamos de prepararnos, y dejamos a Irina la información de dónde estaba todo lo que pudiera necesitar para el cuidado de los niños. Sabía que era pediatra, me dijo que había criado a sus hermanos pequeños; sin embargo, cuando salí por la puerta, tras la llamada de Susana avisándome de que en breve llegaría al hotel y que deberíamos ir bajando a la entrada, noté una angustia en el pecho horrible al dejarla sola en la habitación al cargo de lo que yo más quería en ese mundo: mi parejita blanca y negra.

Percibí un mal presentimiento horrible en el estómago. Desde que sabía que Fabiano estaba libre, circulando por la ciudad, un pensamiento negativo, que no conseguía identificar, daba vueltas en mi cerebro, bajaba por mi garganta, se adentraba en el tubo digestivo, traspasaba el intestino y me estrangulaba las tripas. Algo que le dije a Susana en cuanto la vi, quien me aseguró que le había dicho a Shireone que apostara vigilancia en la puerta del hotel, intentando tranquilizarme; no obstante, descubrir que aquel monstruo

andaba suelto y a saber cuáles eran sus intenciones, recursos y pensamientos, me desbordaba... ¿Hasta dónde llegarían sus hilos?... ¿Hasta dónde podría alcanzar aquel miserable?... Podría tener amigos muy poderosos... Con una simple llamada de teléfono..., quizá... Mis hijos se quedaban solos, Irina se quedaba con ellos y tendrían vigilancia policial, eso me había asegurado Susana..., pero... En el fondo, qué sabía de Irina, ¿podía confiar en ella? Y si no, ¿qué podía haber hecho? ¿Dejarlos con un canguro desconocido del hotel? ¿Con quién? ¿En quién confiar? Quizá debería haberme quedado yo, olvidar mi viaje al desierto, dejarle eso a Olaf; pero yo era tan esencial, era la única que conocía el lugar... Y sería imposible seguir viviendo con la culpa de más muertes a mis espaldas... No podía evitar un resquemor por irme..., por dejarles..., por abandonarles... No quería pensar... Preferí olvidar que aquel cabrón estaba suelto, rondándome. Mejor centrar mis capacidades en un objetivo que tuviera utilidad: sacar de mi cerebro la información que debía de estar guardada. Pulsé el *rew* en mi cerebro, echando para atrás el vídeo de mi memoria y así remontarme tres meses atrás, volviendo a la negra cárcel del terror.

La expedición contaba con dos vehículos acorazados, a mí, al menos, me resultaron enormes y muy carismáticos, no sé cómo pretendíamos no llamar la atención. Se nos veía a la legua; aunque Susana razonaba que teniendo en cuenta la distancia a la cual, probablemente, estaría nuestro objetivo, llegaríamos bien entrada la noche. Eso si no nos perdíamos y aparecíamos con el sol ya levantado o no lo encontrábamos nunca. Porque, aunque todos éramos optimistas, había que tener en mente la posibilidad de que nuestra misión fuera un fracaso.

Uno de los coches llevaba nada menos que cinco agentes profesionales, una división especial del ejército, dispuestos a dirigir a civiles y protegerlos poniendo sus propias vidas de por medio, tal y como les había pedido Shireone, que según el jefe de su división, se había transformado de forma inmediata en su superior. El otro vehículo, el nuestro, era conducido por uno de esos «Rambos», con Susana de copiloto y nosotros dos detrás. El viaje en un principio fue simple, largo, pesado y monótono. El conductor a lo suyo, manejando el volante, creo que podría haber contado sus intervenciones con una sola mano. Susana al teléfono, estando presente sin estarlo en toda la operación que llamaron «*We Help*» (al parecer, los cuerpos de Policía de Namibia también ponían nombres a sus investigaciones, no solo la española colocaba palabras carismáticas a sus operaciones). El caso se estaba llevando

a cabo con un despliegue policial nunca visto en la ciudad de Windhoek. «El escándalo tomará tintes internacionales», había asegurado el jefe supremo de la policía en la capital de Namibia, felicitando a Shireone, olvidando su rol de suegro, acogiéndose al de jefe.

Todos los mandos dieron manga ancha al jefe de la comisaría número 5; los jueces, aquello que pedía; y los fiscales, su ayuda incondicional para el manejo de las leyes. El entramado político, judicial y policial estaba tan apabullado por los resultados, los *email* cruzados, las llamadas telefónicas y lo que iba circulando por sus manos, que no hubo ni una sola persona que pusiera una mínima queja a las maneras y al desarrollo de la operación. Se detuvo rápidamente a los policías corruptos y, por supuesto, a todos y cada uno de los presuntos culpables, incluido algún inocente que pronto sería exculpado. Susana, como un dios, se mantuvo unida a tres mundos: el nuestro, yendo en el coche y en alguna ocasión contándonos los avances y recibiendo nuestras palabras; con su equipo, tanto en Windhoek como en Madrid, donde seguían trabajando a la sombra de forma secreta, encubiertos por Shireone, que se había convertido de la noche a la mañana en la divinidad que todo lo puede; y por último, junto con este mismo, siendo su consejera y, bueno, en realidad quien movía los hilos desde la retaguardia. Durante las largas horas de viaje no pude dejar de decirme a mí misma y a Olaf: «¡Qué mujer!». «¡Qué increíble mujer habíamos tenido la suerte de encontrar!». «No he conocido en mi vida una tía más competente que esta». Y Olaf, aunque había conocido muy pocas mujeres en su vida, ya que la población de la tribu era muy limitada, me dio la razón.

Llegar a la ciudad, desde donde habíamos salido Olaf y yo hacía tan solo ocho días, resultó simple: tardamos mucho menos que en el atestado coche escoba en el que habíamos viajado hacía algo más de una semana; incluso accedimos a la urbe cuando el sol aún se mantenía vivo en el cielo. A partir de ese momento, nuestro vehículo se puso a la cabeza del grupo de dos, tomando la dirección de las ocho ruedas, siendo Olaf quien guió la caravana, entendiendo en ese momento que mi trabajo posterior sería difícilísimo, porque a mí todo aquello me resultaba igual, y eso que había pasado por allí hacía tan solo unos días.

El hombretón decolorado, como le denominaba su tribu, nos llevó hasta ella, si bien, tuvo la suficiente cordura de alejarse lo suficiente del poblado, que también era en parte mío, para no llamar la atención: una parada en él

podría retrasar nuestra marcha, y la urgencia hacía imposible lo que en el fondo los dos deseábamos. «Ya habrá tiempo a la vuelta», nos dijo Susana. «Si todo sale bien», adjuntó, y a mí, ese «si todo sale bien» no me terminó de llenar. Fue el instante, cuando pasamos el poblado, momento en que la noche nos invadió, cuando los faros empezaron a ser nuestros guías y yo debía tomar el mando; sin embargo, pronto comprobé que aquello sería imposible. No había claridad solar, la luna hacía algo y los faros también; no obstante, si ya era difícil orientarse buscando puntos de referencia durante el día, por la noche no tendría nada que hacer; para mí, todos los gatos eran pardos.

Lo intenté, juro que lo intenté, pero me di por vencida. Era como si un niño con los ojos vendados les estuviera diciendo por donde ir. Creo que si hubiéramos puesto un perro delante de lazarillo, habríamos acertado más que con mis estúpidas indicaciones.

—No tengo ni idea de hacia dónde ir, lo siento, chicos, estoy perdida. Por mi parte, no tengo nada más que aportar, quizá si esperamos a que se haga de día podría ayudar: ahora mismo, estoy totalmente extraviada.

—Bueno, no desesperemos, sabemos que en estas acacias te encontraron los bosquimanos. Eso lo ha confirmado Olaf y, lógicamente, si tú estabas medio muerta, es normal que no sepas de dónde venías. Pensemos, razonemos nuestra situación y busquemos soluciones.

Susana era tan lógica, tan cabal. ¿Nunca perdía los nervios? ¿Nunca se rendía? ¿Era humana? ¿O una muñeca biónica? Hice un esfuerzo, una regresión a mi horrible existencia encima de aquellas arenas: «Soy una tía inteligente, con estudios», me exigí. «Algo más tendré que aportar, no solo una rendición».

—Cuando viajaba con Jhuanmi, durante la noche, seguíamos una constelación que ella me enseñó, la cruz, al parecer señalaba el sur. En cuanto veíamos señal de claridad y desaparecía esa estrella en el cielo variábamos la dirección hacia el este, por donde salía el sol, y a última hora de la tarde, nos guiábamos por el atardecer, hacia el oeste, hasta que la noche, de nuevo, con la llegada de las estrellas nos volvía a indicar el sur. —De repente, les iluminé con dicha información.

Nuestro piloto sacó un plano, una brújula y empezó a teclear en el GPS. Susana cogió su iPad y comenzó a husmear en él. Los dos iniciaron una conversación que me dejó con la boca abierta. Yo me creía preparada; sin embargo, en aquel momento percibí que ellos eran realmente los profesionales.

—A Clara la encontraron a última hora de la tarde cuando quedaban pocas horas de luz —enunció Susana.

—Vendría del oeste —aportó el conductor—. Mira, por aquí. —Señaló el mapa.

—Eso suponiendo que prosiguiera la dirección que usualmente llevaba durante el día, porque en el fondo estaba desorientada; aunque no nos cuesta nada probar.

—Lo normal es que si había cogido una rutina, incluso de forma inconsciente la siguiera. El cuerpo humano en ocasiones extremas razona mucho más de lo que a simple vista parece.

—Bien, pues calculemos con los datos y nuestros medios cómo llegar a nuestro destino.

—Entonces, a partir de este punto donde la encontraron, pondré la dirección este en el GPS. Ahora tendremos que determinar el tiempo durante el cual seguir esa dirección, y eso dependerá de las horas solares y de su velocidad.

—Una persona caminando a una velocidad normal recorrería unos cinco kilómetros por hora, pero Clara iría mucho más despacio, a dos kilómetros quizás, incluso haría paradas. Y si la encontraron por la tarde, llevaría unas ocho o diez horas de luz solar.

—Eso sí, paró justo cuando la encontraron —dijo el militar.

—No, seguro que hice algún descanso antes. —Me desperté. En el fondo era la más indicada para tomar partido en todas aquellas elucubraciones—. No lo recuerdo bien, pero creo que anduve durante la mañana y a mediodía me tiré debajo de la acacia, aunque no estoy segura.

—Eso ya es precisar algo más. —Se ilusionó Susana—. Imaginemos que Clara inició el caminar hacia el este cuando salió el sol.

—En cuanto veía una pequeña claridad en el cielo negro, cambiaba la dirección, porque había un momento en que dejaba de ver la cruz y seguía por intuición, por eso en cuanto aparecía una mínima esperanza de que el sol salía, me dirigía hacia él.

—Bien, teniendo en cuenta la hora de salida del sol y suponiendo cuándo empezaba a mostrarse su claridad, aceptando que paraste a mediodía y la velocidad aproximada a la que andabas, ponderada a la velocidad que iremos nosotros... Pon este tiempo en tu GPS —ordenó Susana al conductor,

mostrándole la pantalla de su tableta.

Y eso hicimos: apurar el tiempo que determinó Susana y después volver a los cálculos. En este caso indagamos lo que avanzaría por la noche, con todos los ratios anteriormente usados, aumentando una gota mi velocidad y poniendo dirección norte, la contraria a la que yo usaba durante la nocturnidad. Hice toda la memoria que fui capaz, me estrujé el cerebro determinando los días que había andando sola, y siguiendo mis indicaciones, más por recuerdos que por lo que podía ver, continuamos adentrándonos en el desierto: en el fondo, no teníamos otras pistas que utilizar y no perdíamos nada por probar. Lo único que podía suceder era que no llegáramos a nada y en el fondo eso ya lo teníamos, la nada. Según mis cuentas, debíamos de estar cerca de las rocas donde parió Jhuanmi, donde dejé su cuerpo. Seguro que este ya no estaría: el desierto lo habría enterrado; algún animal, comido, o encontrado y, posteriormente, deshechado por nuestros secuestradores.

Cuando observé, gracias a los potentes focos del coche y una luz auxiliar que tenían en el techo activada para esos casos, la gran montaña de rocas, no tuve duda. Era la única que habíamos visto en el camino, y sabía a ciencia cierta que era la última que yo encontré en mis andanzas. «Lo peor estaba hecho», razoné, porque habíamos pasado el trozo de tierra que yo recorrí y del que menos recuerdos guardaba. A partir de la colina, sería más fácil llegar hasta mi punto de salida, que ahora se convertía en llegada, porque los días se volvían más nítidos en mi cabeza, y la tela de araña, que difuminaba los anteriores, había salido volando gracias a la claridad de mis recuerdos.

Seguimos con los mismos cálculos, en el fondo, nos habían salido bien con anterioridad y para qué modificarlos. Volvimos a encontrar la segunda montaña de rocas, en la que paramos y descansamos por primera vez. Ya estábamos cerca. Me pareció increíble que el mismo trecho, que habíamos tardado días en cruzar Jhuanmi y yo, se recorriera en escasas horas yendo en coche. Cuando estábamos más o menos en el destino indicado, gracias a los ratios introducidos en el ordenador del GPS, el conductor comunicó a sus compañeros que apagaran las luces. Susana así lo había ordenado y por delegación de Shireone ella era la oficial al mando, por eso, se acataban sus normas.

—Debemos de estar cerca —determinó Susana—, si seguimos con estos focos encendidos, nos verán. Continuaremos algo más, pero después el sonido de los vehículos también nos puede delatar; será mejor llegar a pie.

—Sí, me parece buena idea —argumenté—. Probablemente, los hombres que nos custodiaban estarán dormidos, es tarde, pero mejor prevenir.

En un determinado momento que calibró la inspectora Robles, dio el alto y todos bajamos de los coches. Nosotros tardamos algo más, porque Susana quería recoger el material que tenía encima de sus piernas y prefería, además, que nos apeáramos todos a la vez. Los cinco hombres del otro coche pusieron pie en el suelo del desierto, segundos antes que nosotros, formando un pelotón a unos metros esperándonos: pronto nos reunimos con ellos.

Empezamos a caminar en fila, primero, los seis hombres, no sé por qué razón de orden; después Susana, Olaf y por último yo. La dirección nos la marcaba la brújula del reloj del primer agente, y el resto caminábamos juntos pisándonos los talones, como habían determinado ellos que debíamos ir. Yo sentía un miedo atroz. Había poca luz; la luna no iluminaba apenas nada y me daba la sensación de estar entrando con cada zancada en la boca del lobo. Estuvimos un tiempo que se me hizo eterno en la improvisada cadena. No debíamos de estar lejos, pensábamos todos, las chimeneas deberían aparecer en cualquier momento, si bien, la visión era francamente nula. Susana prohibió encender ningún tipo de visor o luz para permanecer totalmente invisibles. Debíamos serlo, porque yo no apreciaba nada.

En un determinado momento, cuando empezábamos a suponer que no estábamos en el lugar preciso, el primer hombre se acercó hasta Susana y levantando su dedo señaló hacia delante. No hizo falta que nos lo dijera a los demás, todos apreciamos en la lejanía la figura de unas líneas que podrían ser perfectamente lo que yo llamaba chimeneas, y, además, dos bultos cercanos con toda la pinta de ser coches. «Ya estamos», me dije. «Ya los tenemos», reafirmé. Aceleramos el paso, animados y esperanzados. Estábamos donde debíamos, les pillaríamos de improviso... Ellos estarían groguis..., durmiendo la mona, después de desahogarse con las pobres chicas, a las que pronto salvaríamos.... Por fin tendrían su merecido... Nosotros éramos seis soldados especializados, una inspectora preparada, un hombretón mulato y yo: no tenían nada que hacer dos hombres borrachos, medio dormidos e impactados. Nuestro pelotón les barrería y aniquilaría. Ya está hecho, Clara... ¡Ya está hecho!...

El ruido fue ensordecedor, como las tracas o la Mascletá que presencié en Denia durante tantas veces a lo largo de mi vida. Y lo mismo que me sucedía en aquellas ocasiones, mi corazón se aceleró, aumentando las pulsaciones y

echando a correr, pero en la dirección que me ordenó la mano de Olaf, a la que llevaba todo el camino amarrada. Nuestros hombres respondieron al ataque, defendiéndose con sus armas, mas aún, en mi carrera pude apreciar cómo iban cayendo al suelo. Nuestros agentes disparaban a la oscuridad, a la nada, sin objetivo; sin embargo, ellos debían ser dianas fáciles para el enemigo quien les estaba masacrando. El grupo entero había entendido que la única posibilidad de escudo ante las balas eran los coches aparcados a escasos metros. Hacia allí me llevaba Olaf, volando, arrastrada por su ímpetu, rodeados de nuestros compañeros que no pudieron ir tan raudos como nosotros, a razón de que se estaban defendiendo, consiguiendo ponerse ellos en el punto de mira, cubriendo la escapada de sus protegidos. No tenía ni idea de dónde se encontraba Susana, sabía que ella también tenía una pistola, y supuse que, al igual que el resto del equipo, estaría usando su munición para apoyar la lucha.

Llegué exhausta, con un subidón de adrenalina tal que, al descansar en la arena, justo detrás de uno de los vehículos, mi cuerpo no dejaba de temblar. Olaf me abrazaba, como queriéndome proteger con su envergadura, y yo me tapé la cabeza haciéndonos un ovillo, en el que nos mantuvimos durante el cruce de disparos. El ruido del fogeo me atormentaba, aunque más los gritos de dolor que pude apreciar. Con diferencia, lo que más horror me produjo fue el silencio, un incómodo agujero negro de tranquilidad que en un determinado momento se formó. Una falta de sonido absoluta que elevó el tono de nuestra respiración cuando antes apenas nos escuchábamos las voces. Deshice mínimamente nuestra maraña para poder ver el rostro de Olaf, pese a que sus ojos me dijeron: «No hables, no respire, no te muevas», y yo obedecí. Las detonaciones habían parado, no se escuchaba ni un mínimo chasquido... Absolutamente nada. ¿Quedaría alguien con vida? Me planteé. Aquella calma no era normal, nada normal... Diría yo, inquietante.

Un haz de luz deslumbrante nos sorprendió, haciendo que nuestros cuerpos se congelaran por miedo en mi caso, y tensión de batalla, en el de Olaf. La claridad se adentró entre las ruedas, las puertas y los cristales del obstáculo que nos tapaba, resolviéndome varias dudas: quedaba alguien vivo, no era de mi bando, nos buscaba y lo más terrorífico, aquella luz, aquel chorro de luminosidad, era bien conocido por mí.

—¡Sé que estás ahí, Clara! —¡Dios mío! Aquella voz, aquella puñetera voz, tan conocida, tan carismática, tan deseada y amada durante un tiempo de

mi vida y tan odiada ahora... ¡Fabiano!

—Todos tus amigos han muerto, nos los hemos cargado... Ahora estás sola, venga, sal. —Se pensaba que ya no quedaba nadie más a mi lado: se equivocaba, estaba Olaf, pero qué podía hacer él contra un arma. Era grande, muy grande, pero la masa muscular para lo único que podía servir frente a las balas, sería para que se clavaran en ella. Estábamos perdidos, acorralados, cercados por un monstruo que estaba a punto de ganar la partida: mis hijos, pensé, mis bebés. Mis padres: ya habían perdido una vez a su hija, la habían recuperado y ahora la volverían a enterrar. Sería horrible, una tortura insoportable. Olaf apretaba mi mano y me rodeaba con fuerza, como queriendo disolverme dentro de él, como deseando transmutarme a otro lugar y quedarse él allí para recibir el castigo que fuera necesario. Aquel hombre me amaba, lo sentía, lo sabía; sin embargo, aquel día la revelación fue completa, entera y tremendamente cristalina.

—¡Si no sales por tu propio pie, tendré que ir a buscarte! Vamos, putita, sal de tu escondite. Aquí abajo te espera tu prisión, tu casa. —Si Fabiano pensaba que estaba sola. ¿Por qué hacía toda aquella pantomima? ¿Por qué no venía de una vez a sacarme por los pelos? ¿O a matarme?, ¿o a lo que fuera hacerme? «Porque tiene la duda de que puedas o no estar sola y no se atreve a venir, por si tengo un arma, o alguien a mi lado la tiene», razoné. «Esas dudas son un punto a nuestro favor». Deseaba hablarlo con Olaf, explicarle mis suposiciones, crear un plan de huida junto a él, si bien, un mínimo sonido por nuestra parte desvelaría nuestra posición, y lo único que nos quedaba era eso: el factor sorpresa. ¿Dónde estaría Susana? ¿La habrían matado? Lo siento, Susana, lo siento tanto.

La luz empezó a moverse y aquello nos daba una pista de la posición del enemigo: parecía que vendría por uno de los lados del coche. Olaf levantó mi rostro con la mano para que le mirara, e intentó decirme algo con los ojos, pero aquello ya era demasiado. Señaló mi pecho con uno de sus dedos y después el suelo donde estábamos: «Tú quedar aquí», si él hubiera sido un bosquimano con el que no podía cruzar palabras, habría intuido eso. Después, se señaló a sí mismo el pecho y movió su mano, dirigiéndola hacia el lado contrario de donde venía la luz: «Y yo iré por allá», entendí con claridad. Le agarré con fuerza uno de sus brazos y negué con la cabeza, si bien, él afirmó con la suya, y soltándose de mis agarres, que intentaban evitar que me dejara sola, se escabulló. Probablemente, era una opción. Si Fabiano pensaba que no

había nadie a mi lado, lo mejor sería que me encontrara así, sola; pero, ¿y si había otro hombre?, ¿uno de los hombres negros que venía justamente por ese lugar, por si nosotros preveíamos lo que acabábamos de acordar, y nos íbamos por el lado contrario por el que se acercaba la luz? Cogería a Olaf, dispararía, lo mataría y yo me quedaría sola y no tardaría en encontrarme con él en la otra vida. Los segundos fueron eternos, temí un sonido que me revelaba lo que esperaba, mas nada acudió a mis oídos... ¡Nada!

Estaba sola, aterida, muerta de miedo, en medio de la oscuridad, apoyada en la puerta del *jeep*, intentando fundirme con ella, aferrándome al coche como queriendo entrar dentro, al igual que un fantasma lo haría atravesando el metal. No ocurrió, y con el cuerpo al aire percibí la aproximación de la luz, aquella señal que me iba avisando de la cercanía de mi perseguidor, de lo idiota de mi comportamiento, de las pocas posibilidades de evitar que me encontrara. Sus pasos se fueron acercando cada vez más y más, escuchaba el crujir de las piedras mezcladas con la arena debajo de sus zapatos, y no pude evitar el gesto de taparme la cabeza justo en el punto en que llegó a la línea de mi cuerpo: solo con girar su cabeza hacia la derecha me vería.

—¡Pero si estás ahí, Clara! ¿Me lo estabas poniendo difícil ratoncita? ¡Venga, levanta! —Me chilló—. No le obedecí, me mantuve en la misma posición: no quería ni mirarle ni verle, solo pensar cruzarme con sus ojos me revolvió las entrañas—. ¡Qué pensabas hacer! ¡Para qué coño has venido! ¡Eres idiota! Lo sabes, ¡idiota! —escupiéndome los insultos, se acercó hasta mí. Dejó el foco que llevaba en sus manos sobre el suelo, y me agarró con fuerza, levantándome por obligación—. Eres una hija de puta, una puta y te voy a matar. Lo sabes. ¡Lo sabes! —Siguió chillándome. A mí me era imposible decidir cómo reaccionar: estaba aterida—. ¡Pídeme perdón! ¡Pídeme que te deje libre! ¡Vamos, puta! ¡Implora! ¡Ponte de rodillas! ¡Quiero matarte como a una puta que eres! ¡Como a la gilipollas que me ha jodido vivo! ¡Que me ha hecho perder millones de dólares! ¡Que me ha fastidiado el negocio, mi perfecta forma de vida! —Fabiano, desatado, ido y loco, me empujó al suelo, obligándome a ponerme de rodillas. Yo no hablaba, no era capaz. Tenía la sensación de que en cualquier momento me pegaría un tiro, uno en la cabeza y la oscuridad volvería a mí, de la misma forma que había llegado hacía tres meses a mi cerebro en aquel mismo lugar; sin embargo, esta vez ya no habría posibilidades de salvación.

Mis hijos, no dejaba de pensar..., mi Lola..., Nicolás..., papá..., mamá...

Naturaleza, sálvame, me dije, cuando arrodillada escuchaba las palabras disparatadas del drogadicto y borracho, perdido en su demente mundo. Fabiano seguía chillando incongruencias, igual que un lunático, y en un determinado momento sentí el frío cañón del metal, de lo que supuse sería una pistola o un fusil, sobre mi frente... «Madre naturaleza, sálvame, me repetía, me trajiste hasta aquí para encontrar a Olaf, salvaste a mis dos bebés, no me lleves ahora, no les dejes huérfanos, no maltrates así a mis padres... Sálvame, por favor..., por Jhuanmi..., por Shewaki..., por Irina..., por las dos mujeres que estarán debajo de nuestros pies..., por las que estuvieron... Somos tus hijas, las que seguimos dando crías a la tierra..., madre naturaleza... ¡SÁLVAME!».

Aquello que me daría muerte salió disparado por los aires, una patada certera de Olaf lo mandó suficientemente lejos y de una forma rápida y precisa, evitando que Fabiano pudiera apretar el gatillo. El bulto que se formó tenía piernas y brazos, blancos y negros, en una lucha cuerpo a cuerpo con el oponente, y yo, a escasos centímetros, no sabía qué hacer, cómo ayudar: no serviría de nada adentrarme en aquella pelea encarnizada, era minúscula al lado de los dos, y lo único que conseguiría sería recibir un golpe. Lo que hice fue coger el foco aposentado en el suelo, e irme. Abandoné a Olaf, él era fuerte, muy grande y, además, entrenado por los bosquimanos en el arte de la pelea limpia sin armas, tenía posibilidades; sin embargo, yo allí mirando no servía para nada, debía buscar medios para la lucha.

Caminé en la dirección en que estarían los cuerpos diseminados, buscando alguno que me pudiera proporcionar objetos con los que defenderme. Localicé a uno de los policías, casualmente nuestro conductor, no me paré a mirar si estaba muerto, no había tiempo; amarré el fusil que aún descansaba en su mano, quitándoselo con energía, y probé al aire a disparar: pensé que no sabría, no obstante, aquellas armas debían de estar fabricadas para novatas como yo o, simplemente, el hombre, antes de morir, la estaba usando y, por tanto, permanecía preparada para seguir siendo utilizada. Las balas salieron directas al cielo negro y el retroceso me destrozó el brazo: debería disparar con ambas manos, pero una cosa era lanzar un tiro a la nada; y otra, precisar y atreverse a pegárselo a un hombre. «No, Clara, a un hombre no, a Fabiano». Entonces, no tuve dudas ni miedos ni remordimientos, nada, solamente decisión y determinación.

Me lancé en la dirección en donde debía de seguir la pelea y me encontré

con Olaf solo, tirado en el suelo. Mi reacción fue rápida, apagué el foco, lo dejé cerca de él, y hui en una dirección determinada, quitándome de aquel lugar, sin ni siquiera preocuparme por las posibles heridas del hombre que amaba, quedarme a su lado sería un suicidio para los dos: sentía la cabeza fría y amueblada. En ese momento comprendí que solo quedaba yo, nadie vendría a salvarme, no tenía en quién apoyarme, era mi turno, mi instante de valentía, de venganza. Además, tenía algo en mi mano, un objeto de metal que no había usado en la vida, pero que estaba dispuesta a utilizar sin miramientos si fuera necesario: me convertí en un animal rodeado por su depredador. El hombretón decolorado había levantado su dedo en una dirección justo a tiempo de que yo le viera antes de alejarme de él. Con sagacidad y mínimos movimientos, igual que una serpiente, me fui escondiendo y arrastrando hacia ese mismo lugar indicado por Olaf. Estaba tumbada en el suelo, no sabía si aquello era lo correcto; sin embargo, era la forma en que se colocaban los soldados en las películas, con los codos apoyados sujetando en alto el fusil, empujándose con las piernas. Culebreando, pude ver en la lejanía un cuerpo de pie, también quieto y alerta, incluso percibí su respiración, la mía estaba tan tranquila, tan sosegada, que me asusté de mí misma: me acababa de convertir en una asesina y ya no había vuelta atrás, le tenía justo en frente, él buscaba con la mirada a la altura de su pecho, no a ras del suelo. No miraba hacia abajo y a escasos centímetros del pavimento se iba acercando un escorpión, con el aguijón preparado, un invertebrado venenoso que cogió mi nombre: Clara.

Por Shewaki..., por Jhuanmi..., por Irina..., por todas las mujeres negras y blancas que has jodido en tu vida, cabrón..., por lo que habrán sufrido mis padres y tantos otros padres..., tantas otras familias.... Por mis hijos, que no quedarán huérfanos por tu culpa..., por culpa de un hijo de puta, mal nacido, como tú... Por Susana..., por Olaf... por mí... ¡VENGANZA!

Disparé, disparé y disparé, tantas veces como balas debía tener el cargador, y teniendo en cuenta que disponía de un rifle de repetición, las detonaciones me resultaron infinitas. Yo seguí con el dedo en el lugar preciso y mi brazo soportó todos y cada uno de los envistes de la culata que se clavó en mi hombro cientos de veces, amoratándolo... Seguí hasta finalizar la última bala, el cuerpo de Fabiano ya había caído al suelo, llevaba un rato allí inerte, recibiendo los tiros, agitándolo. Debí agujerearlo, destrozarlo, me ensañé con él, aunque había tanto que cobrar, tanto que ajusticiar, que ni con todas las balas del mundo habría apaciguado mi sed de venganza.

Se hizo de nuevo el silencio. La oscuridad aumentaba la paz en el aire, el sosiego era tan grande que me resultó hasta agradable, un silbido me devolvió a la realidad: Olaf y su señal de auxilio. Pero antes de acudir hasta él, hice lo que siempre criticaba al ver una película: cuando en la parte final, el protagonista parecía, digo “parecía” a posta, que mataba al malo malísimo, y después, como no lo había comprobado bien, aparecía por arte de magia para dar el último susto al espectador. Yo no era el guionista, era la víctima, por ello, me acerqué hasta el cuerpo ensangrentado de Fabiano, y aunque solo con la mirada comprobé que su corazón ya no latía, hiqué la rodilla de nuevo en la arena, pero esta vez porque a mí me dio la gana, y no porque nadie me obligara, certificando como médica la defunción de aquel engendro corrompido que alguien, hacía casi cuarenta años, había tenido la tristeza de parir. Ni con esas corrí hacia Olaf, quien no dejaba de chillar, porque, ¿y si quedaba alguien más? Mi cordura era aplastante. Era otra de las razones por las que se alargaban unos minutos más los filmes de intriga: no podía quedarme indefensa, mi arma ya no tenía munición. Con rapidez busqué otra, había visto más cuerpos. Comprobé que el cargador tuviera reservas, dando un tiro al aire y, por fin, me dirigí hacia mi hombre, respondiendo a sus múltiples y persistentes señales de auxilio.

—¡Clara! —chilló al verme—. ¡Estás viva!

—Sí, Olaf, estoy viva y estoy bien —le dije, tirándome a su lado, buscando la razón que le mantenía sin moverse del suelo y el porqué no se levantaba. Pronto lo divisé, tenía varias puñaladas.

—Te han apuñalado, Olaf, estás mal herido —me aceleré.

—Pensaba que Fabiano te había matado. —Él siguió a lo suyo—. Oí disparos y pensaba que una bala habría atravesado tu cabeza, por eso te llamaba, y como no acudías, supuse que habrías muerto y pronto vendrían a rematarme. —Yo no hacía mucho caso a sus palabras. Había encendido el foco e, iluminando su cuerpo, buscaba heridas, donde le iba mandando colocar sus enormes manos una vez localizadas, haciendo presión. Por ahora, había localizado dos, una en el pecho y otra en una pierna.

—Aprieta fuerte, Olaf, presiona con fuerza para cortar la sangre. —A mí solo me importaba su salud, justo encima de uno de sus cortes había instalado mi chaqueta y en el otro mi camiseta, es decir, que me quedé en tirantes sin notar el frío del Kalahari: mi calor interno era tal que sentía una hoguera bajo mi piel.

—¿Por qué no venías? Estaba tan preocupado. —Había perdido mucha sangre, divagaba.

—Ahora lo importante es cortar la hemorragia, aprieta con todas tus fuerzas, Olaf.

—Te llamaba y...

—¡Olaf! —le chillé con ímpetu— ¡Prométeme que apretarás con tus manos las heridas! —continué con el tono alto.

—Sí, lo haré.

—¡Y que no te desmayarás por nada del mundo!

—Vale, aguantaré, pero no sé si lo conseguiré, Clara, siento mareo..., la cabeza se me va.

—Olaf, ¡mírame! —ordené con energía, sujetando su rostro con mis manos, juntando al máximo el mío—. Por mí, por nuestros bebés, presiona con todas tus fuerzas y no pierdas el conocimiento. ¡Está bien! ¡Prométemelo! —incluso le zarandeeé.

—Sí, está bien, te lo prometo, apretaré, te lo juro. Pero, ¿dónde vas? —Me vio ponerme de pie con el foco de la mano.

—Ahora vengo.

No le dije más, le miré y él asintió. Me fui corriendo, dando enormes zancadas, alumbrando con un movimiento constante de temblor en la luz que iluminaba mi avanzar por el ritmo impreso, el cual agitaba el foco. Debía regresar cuanto antes, la vida de Olaf y quién sabía si de alguien más estaba en peligro. Corrí lo más aprisa que pude, notando un dolor agudo sobre mi pecho por el esfuerzo; sin embargo, cuando oteé los coches que hacía poco tiempo, aunque para mí una eternidad, habíamos dejado abandonados, aumenté aún más la carrera consiguiendo un sprint que me llevó hasta ellos. Antes de iniciar esa huida, había razonado lo suficiente como para visitar de nuevo el cuerpo de nuestro conductor, al cual ya le había usurpado su arma, para esta vez registrarle, encontrando las llaves del vehículo.

Por culpa de mis nervios, que no paraban de hacer temblar mis manos, me costó dominar la cerradura; no obstante, en un determinado momento, esta cedió y subí temblando al asiento. Puse el contacto y con la potente claridad que me otorgaron los faros, avancé hacia el lugar divisado en la distancia. Pisé a fondo el acelerador y no tardé nada en llegar a mi destino.

Me tiré del coche casi en marcha, y rebusqué en el maletero: aquellos eran

miembros de las fuerzas especiales, estarían preparados para el combate, y por lo tanto, tendrían que poseer algún tipo de maletín médico para los heridos: yo, al menos, si fuera militar, sería lo primero que presagiaría.

No me equivoqué y apenas tardé en ubicarlo, la cruz roja pintada en uno de sus lados era esclarecedora; sin embargo, lo que localicé no era un simple botiquín, era una pedazo bolsa, donde al abrir, descubrí un arsenal de material para mi oficio. El coche lo había dejado debidamente aparcado, para iluminar mi quirófano: «Ya tengo luces e instrumental: necesito una camilla», y para eso cogí una especie de tela plateada, grande, que supuse que podrían usar los agentes en los casos necesarios para protegerse del fuego o algo por el estilo.

Con todo en mis brazos, retrocedí hasta Olaf, por suerte, seguía consciente.

—Veo que sigues conmigo. —Le sonreí al llegar.

—Te lo prometí. Tú has sido rápida y has traído de todo. —Ni siquiera le contesté, estaba concentrada en salvarle la vida.

Tendí la manta ignífuga en el suelo, ayudándole a colocarse sobre ella: fue costoso, le impedí que quitara sus manos de donde las tenía, por lo que tuvo que ir retorciéndose hasta instalarse en el lugar que le ordené. Fui localizando lo que pensé me sería de utilidad, disponiéndolo en la parte libre de mi improvisada sala de operaciones. Me puse unos guantes de látex, eso para mí era todo un lujo, teniendo en cuenta los medios de que había dispuesto con anterioridad, y ordené a mi ayudante, a la vez paciente, quitar una de sus manos del pecho, la herida que más me preocupaba. Corté las ropas con unas tijeras, dejando al aire la piel, la sangre y los coágulos formados, limpié con agua salina y posteriormente con alcohol, produciendo el correspondiente grito de dolor de Olaf, aseando en profundidad el corte, enjuagando el diverso tipo de líquidos con gasas y algodón. Había atiborrado a mi paciente con varios calmantes, anticoagulantes y antibióticos, en la dosis máxima que me atreví a suministrarle: ahora había que coser, y la aguja e hilo de que disponía era infinitamente más aproximada a la empleada en mi clínica madrileña que el usado hacía algo más de tres semanas en el poblado bosquimano. Aquello sí había sido una obra de arte y un reto por mi parte: preñada, con las contracciones reventándome la espalda, sin medicinas ni un equipo adecuado, practicar una cesárea de urgencia. Me di fuerzas, considerando que lo que me esperaba era coser y cantar en comparación con lo vivido, y eso hice: coser y cantar, porque entoné ese repertorio de canciones de mi niñez y juventud que tanta calma me había suministrado durante mi calvario. Olaf se relajó, creo

que mi voz le tranquilizó. Se dejó caer en el suelo, aflojando la tensión de sus músculos y piel, facilitándome el trabajo de unión de sus tejidos.

Temía que la herida hubiera producido algún daño interno, al cual yo no podría llegar con los medios de que disponía; no obstante, por alguna razón, sentía que la madre naturaleza no me lo quitaría, no se atrevería a arrebatármelo y seguí concentrada en mi trabajo hasta que quedé conforme con el primer asalto.

—Aún queda otra, Olaf —le dije— siento el daño que te estaré haciendo, pero debo cortar la salida de sangre cuanto antes.

—Tranquila, Clara, sigue con lo tuyo. Tengo la suerte de estar enamorado de una médica que me está salvándome la vida.

Me gustaron sus palabras y, sobre todo, la mirada de cariño que emanaban sus ojos, de amor, de ese amor verdadero, del que yo aún no había tenido el placer de catar: ahora lo poseía, lo conocía, me negaba a dejarlo escapar.

El segundo cometido tenía una mejor apariencia, me preocupaba menos. Allí solo había músculo, tendones y tejido, que aunque podría dejarle alguna cojera o minusvalía en la pierna, no me lo arrancaría de la vida; aunque era esencial cerrar la abertura por la que iba escapándose la sangre.

Realicé los mismos trámites, con paciencia y los dos aguantamos en la misma posición hasta que determiné que el trabajo estaba controlado. Finalicé la operación, tapando ambas heridas con gasas y esparadrapo.

—Ahora, Olaf, tendrás que subir al coche. No sé cómo lo conseguiremos, pero no puedes seguir aquí, cogerías frío y además nos iremos gracias al vehículo.

—Está bien, ayúdame, a ver cómo consigo levantarme.

El dolor debía de ser intenso, solo había que ver su mueca contraída; sin embargo, después de realizar malabares con nuestros dos cuerpos y algún que otro trapiés, conseguí colocarlo a la larga en el asiento trasero, con las piernas estiradas y el cuerpo recostado contra la ventanilla.

—Voy a revisar al resto de compañeros, Olaf. No podemos irnos sin comprobar si queda alguien vivo. Además, tendré que sacar a esas dos mujeres, entenderás que no las puedo dejar ahí.

—Pero eso es peligroso, Clara, ¿y si queda alguien?

—Si queda alguien le mataré con esto —dije así, sin más, lo que provocó que Olaf sonriera.

—Yo también quiero uno de esos, te cubriré, déjame esa ventanilla abierta y los faros del coche iluminando hacia la entrada.

—Me parece correcto. De todas formas, si quedara alguien, ya nos habría atacado. No sé, no creo que estuviera agazapado esperando; aunque, de todas formas, tranquilo, tendré cuidado.

Coloqué el coche en la posición que consideramos precisa, rebusqué los cuerpos tirados en la arena, divisando cinco hombres muertos, cogiendo una de sus armas que llevé hasta Olaf.

—Me falta encontrar a uno de los nuestros y a Susana.

—Mira, allí hay más. —Me indicó con su dedo. En efecto, divisé dos bultos caídos juntos, se habrían dispersado por alguna razón. Cuando llegué hasta ellos no hubo duda, una mujer y un hombre, este muerto y ella..., ella... ¡Notaba pulso!... ¡Había pulso!

En donde estaba no veía bien sus posibles heridas... La arrastré con el cuidado que pude, de camino a la claridad y cuando lo consideré, me abalancé sobre ella: no encontraba sangre, no encontraba heridas..., ¡no encontraba nada! Pero, bueno, Susana, ¿qué te ha pasado?, me dije. Corrí hasta el coche, cogí el foco y me dirigí al lugar donde la había encontrado por primera vez. Allí descubrí una piedra grande en el suelo con restos de sangre, poca, pero visible. Regresé hasta la inspectora Robles, husmeé en su cabeza, y entre el pelo descubrí lo que podía haberla dejado inconsciente. «Has tenido suerte, mi heroína, te has caído y golpeado la cabeza y eso, curiosamente, te ha salvado la vida, porque al no moverte nadie ha reparado en ti. Si no, seguro que habrías seguido luchando hasta el final y tendrías el cuerpo acribillado a tiros.»

Llevé, como pude, el pesado cuerpo hasta el *jeep* donde Olaf esperaba impotente con miles de preguntas que me lanzó en cuanto pude oírlas.

—¿Es la inspectora? ¿Está bien? ¿Está viva? ¿Qué le ocurre? ¿Podrás curarla? —Yo le contesté con monosílabos por el esfuerzo que estaba realizando, el cual no me dejaba hacer mucho más, dije: «sí, sí, sí, un golpe en la cabeza, creo que sí.»

—La subiré al coche, al asiento del copiloto. Tiene una conmoción cerebral: iré a por las mujeres y nos iremos al hospital.

—Ten cuidado, mucho cuidado.

—Lo tendré, tranquilo.

—Si estás en apuros, silba como te enseñé.

—Lo haré, pero no será necesario, ya verás.

Conseguí subir con dificultad el pesado cuerpo de la agente española a nuestro coche y me dispuse a volver a entrar en mi cárcel del pasado: no quería hacerlo, deseaba con todas mis ganas subir al coche, pisar a fondo el acelerador y salir de allí a toda carrera. Poner miles de kilómetros de distancia con aquel lugar, buscar un avión, incluso esa misma noche, desaparecer del Kalahari, de Windhoek y de Namibia. Volver a España, a Madrid, a mi hogar, a mi cama, mi trabajo, mi familia... Cualquier cosa, menos meterme de nuevo por la entrada del infierno. Aunque sabía que no podría dejar a su suerte a esas dos mujeres, podrían necesitar ayuda, estar heridas, estar de parto... Mil y una ocurrencia más.

Busqué el acceso. Este era una pequeña puerta de madera, colocada cerca de los vehículos de mis secuestradores y por tanto, más cerca del cadáver de Fabiano, lo enfoqué desde lejos con la luz: allí seguía, mas tuve un sentimiento horrible justo antes de comprobarlo, al imaginar qué haría si no estaba. «No seas idiota», me acusé, «ese tío está frito a balazos: no se levantaría a no ser que se convirtiera en un zombi, y no estás en una película de miedo», bueno, al menos en teoría, porque terror, lo que se dice terror, recorría todo mi cuerpo entumeciéndolo. Empujé el madero y para mi suerte cedió, mostrándome unas largas y empinadas escaleras, las cuales empecé a bajar. Una cuerda colocada estratégicamente en la pared, apoyada en varios puntos para conseguir su tirantez, me ayudó a descender hacia el infierno: no quería hacerlo, ni por asomo había previsto que yo fuera a ser la persona que bajaría hasta allí. Ingenua de mí, al iniciar la expedición, supuse que cualquiera de los hombres que nos acompañaban o incluso Susana serían quienes realizaran aquel trabajo; sin embargo, era yo quien descendía hacia las profundidades de la tierra y la angustia continuó llenando mi pecho.

Tuve que parar en un determinado momento, agarrotada, me sentía totalmente fuera de sí, mi corazón latía en taquicardia, mi pulso aumentaba, la ansiedad subía. No sería capaz, me dije, e incluso retrocedí varios escalones. No podré, reiteraré, pero enseguida me regañaba. «Venga, Clara, tú eres fuerte, recuerda, mujer fuerte, tú fuerte, como decía Jhuanmi». «No puedes dejarlas ahí abajo, tienes que sacarlas. ¿Y si fueras tú quien estuviera en su lugar? ¿Y si necesitan tu ayuda, si alguna de ellas se ha puesto de parto? ¿Si están heridas?». «Tengo que bajar, tengo que bajar, tengo que...». Me lo repetí hasta

la saciedad, si bien, mis piernas estáticas no se movían, ni para delante ni para atrás.

Respiré profundo, me centré en lo que el foco portado en la mano izquierda iluminaba, la derecha asía con tanta fuerza la sogá que notaba quemazón, me mostraba, y empecé a cantar la sonata que había ideado hacía tres meses para esos momentos de tensión. Empecé por «Hijo de la luna» de Mecano. Y allí con él: Tonto el que no entienda, tiro, tiro..., cuenta una leyenda, tiro, tiro..., que una hembra gitana, conjuro a la luna..., hasta el amanecer... Llorando pedía..., al llegar el día..., desposar a un cale... Tendrás a tu hombre, piel morena..., desde el cielo habló la luna llena...; pero a cambio quiero..., ese hijo primero que le engendres a él..., que quien su hijo implora..., para no estar sola..., poco le iba a querer...

Tomé suelo firme, mi voz, retumbando en las paredes me animó a seguir descendiendo y aumenté incluso el tono para darme aún más valentía... Luna quiere ser maaaaaadree..., y no encuentras querer que te haga mujer... Dime, luna de plaaaaataa..., qué pretendes hacer con un niño de piel..., aaaaa..., aaaaa..., tonton, tonton, tonton, tonton... Hijo de la luuunaa.

Llegué hasta la habitación que debía de ser de los carceleros, apagué mi voz. Miré dentro con el fusil en alto, durante el descenso lo había llevado colgado del brazo gracias a una cinta que incluía, no obstante, ahora lo portaba en el derecho apuntando al frente, mientras sostenía la luz con el izquierdo. No vi a nadie, seguí mi camino, siguió mi voz... De padre canela, nació un niño..., blanco como el lomo de un armiño..., con los ojos grises..., en vez de aceituna, niño albino de luna... Maldita tu estampa, este hijo es de un payo y yo no me lo callo... Paré de cantar, observé lo que esperaba en la pared de la izquierda a pocos metros de mi presencia.

Primera puerta, la golpeé, chillé y recibí mil palabras al otro lado. ¡Joder soy idiota o qué! Cómo pretendía abrir las puertas. La ida la había realizado con cuidado, lentamente; sin embargo, el oír la desesperación en la voz de la enjaulada mujer, alteró mis piernas, las cuales corrieron hasta la habitación que había supuesto que pertenecía a los hombres negros. Allí busqué hasta cansarme las llaves para vencer las cerraduras, pero ni rastro. ¿Dónde estarían? ¡Qué pregunta más tonta!, me contesté, la tendrían ellos, los hombres o Fabiano. Sabía dónde estaba el cuerpo del italiano y conocía que era inofensivo, pero, ¿los otros dos estarían igual de muertos? E incluso, ¿dónde los podría encontrar?

Subí cada vez más cansada las escaleras, no podíamos perder tanto tiempo como el que estaba pasando: en la cabeza de Susana podría estar ocurriendo cualquier cosa, un derrame, un coágulo... Debían hacerle un TAC y un escáner, y eso, seguro que no estaba en el maletero del superauto que disponía. Además, Olaf tenía que ser igualmente observado y el tiempo que pasaba era negativo para todos nosotros: la situación se volvió insoportable, como un bucle que nunca dejaría de girar.

Salí al exterior, escuché el silbido de Olaf, debía ir primero a hablar con él, se lo debía, pero antes, de camino, me paré un momento sobre el cuerpo aniquilado de Fabiano: allí no encontré lo que ansiaba.

—¡Las mazmorras están cerradas con llave! Y abajo no las encuentro — confesé nerviosa y un tanto desesperada ante el rostro enfermizo de Olaf. Su gesto pálido me preocupó aún más.

—Menudos dos tontos, pues es normal, no se nos ha ocurrido.

—¿Qué tal estás? ¿Cómo te sientes? —Me interesé por mi paciente, su mirada emanaba un diagnóstico abismalmente diferente al que el duro hombre pretendía aparentar.

—Bien, bien, estoy bien. No te preocupes por mí, lo importante es sacar a esas dos pobres mujeres lo antes posible y huir de este maldito lugar. Debes ir a buscar las llaves, Clara, estarán en la ropa de los hombres; creo que nos dispararon desde detrás de las chimeneas. Estarían escondidos tras ellas, porque no hay nada más donde ocultarse por aquí cerca. Ve rápido, por esas mujeres, por Susana y así podremos irnos.

—Estoy contigo, yo también deseo con toda mi alma desaparecer de aquí, parece que esta pesadilla no se acabará nunca.

—Sí se acabará, Clara, y tú serás la ganadora. Venga, ve, pero ten cuidado, mi amor, mucho cuidado, no te confíes, mira y escucha y en cuanto dudes, dispara a matar.

No podía creérmelo, la doctora Montes en medio del desierto. Una mujer como yo, de manicura, pedicura, peluquería, baños de lodo y estética, allí igual que Sylvester Stallone o Arnold Schwarzenegger, con el arma en alto, buscando al enemigo. Aquello se lo contaría a mis hijos y algún día a mis nietos: «¡qué coño!», me dije, escribiré un libro y me forraré o venderé los derechos de mi historia a la *Paramount* y me haré de oro. Me olvidaré de los partos, la clínica, las embarazadas y me iré a Las Canarias a vivir a cuerpo de

reina, con un clima cojonudo. El miedo da locura transitoria, lo comprobé ese día.

Me dirigía hacia las chimeneas, enfocando la luz con precisión y resguardándome detrás del arma, deseaba encontrar dos cadáveres: debía de ser así, si no, qué pintaban sin actuar; si hubieran estado vivos, habrían reaccionado, tenían que estar muertos.

Pronto divisé un par de botas, y en vez de acercarme le disparé varias veces: tenía miedo, mucho miedo y usé lo que tenía para protegerme. El cuerpo se agitó, aunque no se movió. Creo que ya estaba muerto antes de que yo le metiera más metralla. Me agaché, palpé con asco, temor y cada vez más miedo, buscando desesperadamente un manojito de llaves, pero este no aparecía. Desde mi posición acuclillada, denoté otro cuerpo a escaso medio metro que no había apreciado antes. Me volqué sobre él, estaba tan desesperada, tan acelerada y asustada que se me olvidó la buena táctica que habría sido coserlo a tiros antes de acercarme a él; sin embargo, la desesperación me tenía desbordaba. Empecé a registrarle y pronto comprobé mi error, puesto que sentí un dolor agudo, una quemazón insoportable en mi brazo a la altura del codo, por debajo: un corte limpio y profundo que me hizo dar un respingo, sujetándome el brazo lesionado con fuerza, echando mi cuerpo para atrás, soltando por un momento la herida para localizar el fusil abandonado en el suelo hacía escasos segundos. Pensé que no estaría, me atormenté imaginando que aquel asqueroso lo habría localizado; mas él apenas se movía. Aprecié un cuchillo en su mano, aunque poca decisión en volverlo a usar. Por fin palpé el arma deseada, me senté, utilicé el brazo que me respondía, el izquierdo, y a falta de precisión, utilice la cercanía y las miles de balas que aún contenía en mi recámara. Me destrocé esta vez el hombro izquierdo, el derecho lo tenía magullado de la anterior repetición sobre Fabiano, disparando todo los tiros que me quedaban hasta que el dolor en ambos brazos fue tan fuerte que paré.

La sangre fría que tuve, aún no la llevo a entender: con la respiración acelerada, el corazón a punto de estallar, todo el cuerpo lleno de un torrente de adrenalina insoportable que me hacía temblar, y una herida en carne viva en pleno brazo, no fueron suficientes causas para impedirme rebuscar y encontrar los objetos de metal ansiados, localizándolos en el cuerpo recién acribillado. Retrocedí mi camino hacia lo que empezaba a ser mi puesto de mando. Desde lejos escuché el silbido, incluso me dio la impresión de que se acercaba.

Antes de llegar a mi destino, me encontré con Olaf, no me preguntéis cómo había bajado del coche, pues lo vi arrastrando una pierna medio torcido viniendo hacia a mí: aquello sí que parecía un zombi.

—Pero ¿dónde vas, Olaf? —Encima le reñí al pobre.

—He oído disparos y tardabas tanto en venir... No podía quedarme sin hacer nada, tenía que intentar ayudarte de alguna forma. ¡Tienes sangre! ¿Es tuya? ¿Estas herida?

—Estoy bien, vuelve al coche, es solo un corte: uno de ellos no estaba rematado. Pero ahora sí, ya no hay ningún peligro, Olaf, ya no hay nadie más: estoy segura. Voy a ponerme un vendaje para cortar la hemorragia, bajaré corriendo, sacaré a esas dos mujeres y nos iremos para siempre de aquí.

—Date prisa, Clara, vayámonos cuánto antes. No sabemos quién puede aparecer, quizá han avisado a alguien más... Aquí no estamos seguros, corremos un grave peligro.

—Lo sé, no tardaré —Nos miramos, me besó rápidamente y salí despavorida sin ningún tipo de miedo o resquemor. Los sucesos que estaba padeciendo me habían transformado en otra persona.

Tenía razón, corrí, me apreté de forma improvisada una tira de venda, algodón y más venda, alrededor de mi codo, cogí el foco de luz, pasé de más armas y volví a bajar las escaleras, mucho más deprisa sin necesidad de cánticos ni nada: me sentía cada vez más fuerte, más segura. Solo percibía la sensación de apremio sobre todos mis músculos: me dolía el más ínfimo poro de mi cuerpo, pese a que no era momento de quejarse y parar, debía seguir.

Llegué a la primera puerta, probé varias llaves y abrí. ¡Al fin! Amarré a la mujer sin prestarla atención, sin intentar comunicarme con ella, no haciéndola ni caso: la pobre debió de alucinar ante mi presencia, aspecto y comportamiento. La arrastré sin miramientos hasta la segunda puerta, donde la cerradura cedió y apareció otra persona con una tripa enorme de forma similar a la anterior, alocada, desesperada y suplicante. Cogí la mano de una y se la puse encima de la otra mujer: entendieron que ellas debían ir amarradas y me agarré a una de las extremidades superiores que le quedó libre a una de las víctimas, enfocando la pronunciada escalera para iniciar el ascenso. Ellas tropezaban, estaban entumecidas y descolocadas, tuve calma y empecé a mostrar más cariño y menos premura: me di cuenta de que debía acoger un comportamiento algo más humano, quizá había sido desconsiderada con ellas, no obstante, la urgencia lo requería.

—¡Clara, las tienes! —chilló Olaf al verme. Estaba de nuevo en su posición subido al coche, ocupando todo el asiento trasero, y Susana continuaba inconsciente en el delantero. Subí a mis dos protegidas al maletero, el cual era grande y espacioso, no contaba con asientos; sin embargo, no tuvieron ningún inconveniente o reparo en acceder a él, teniendo en cuenta de dónde venían aquello sería primera clase. El vendaje de mi brazo estaba todo rojo, lo quité, lo tiré y me puse otro: debía coser aquella herida, pero determiné dos inconvenientes en hacerlo yo misma. Primero, perder un tiempo muy valioso para mis compañeros heridos y peligroso para todos; y segundo, nunca había cosido con la mano izquierda, ni con una mano, ni a mí misma, ni en una zona a la que apenas podía acceder, y aunque podría intentarlo se me ocurrió otra idea.

—¡Nos vamos! —anuncié subida, aposentándome al volante.

—Tendrás que curarte esa herida antes de partir. No para de sangrar —se quejó Olaf.

—Lo hará Jarimba por mí. Debemos regresar al poblado. Yo no podré conducir en este estado hasta la ciudad, tendrás que ayudarme a recordar cómo regresar. Además, mira a ver si puedes calmar un poco a nuestras compañeras, quizás consigas entenderte con ellas en algún idioma, cuéntalas algo, pero no demasiado, y sobre todo, dílas que ya están a salvo: a ver si se tranquilizan. —Porque las pobres no dejaban de emitir todo de tipo de palabras que suponía serían interrogantes: en el fondo, había que comprenderlas, no sabían si nos las llevábamos para matarlas, trasladarlas a un lugar peor, si estaban a salvo o no. Yo en su caso hubiera actuado de forma similar, la verdad, bueno, diría más, me hubiera quejado y puesto muchos más impedimentos para ser arrastrada como yo lo había hecho con ellas.

Arranqué y aceleré, escuchando voces de la conversación que se inició en la parte trasera, dedicándome a lo mío; sin embargo, en un determinado momento, mientras avanzábamos, me asaltó una idea que antes no había aparecido y me sorprendió. Había vivido una situación tan límite que mis neuronas no pudieron dar más.

—Toma. —Le di a Olaf el maletín de Susana, donde la había visto introducir todas sus pertenencias antes de bajar del coche hacía unas horas—. Busca un móvil, seguro que tiene uno ahí dentro. Estuvo hablando con él todo el camino y creo que lo dejó ahí.

—Vaya, Clara, ¿cómo no se nos ha ocurrido antes?

—Supongo que estábamos más preocupados salvando nuestras vidas, ¿hay algo?

—Sí, aquí está.

—Pruébalo.

—No sé usarlos, yo soy un hombre de tribu y taparrabos. Soy incapaz de usar estos trastos. Me pasaba con el tuyo cuando sonaba en el hotel, no sé ni siquiera encenderlos.

—Vale, pásamelo, pero tendrás que ir aprendiendo a vivir en un mundo de tecnologías.

Olaf me alargó con su brazo el aparato, era táctil. Pobre Olaf, a lo mejor había sido dura con él. Lo encendí rápidamente... Miré cobertura...: catastrófica, pero había que intentarlo... Busqué últimas llamadas... Shireone..., llamar... «Seguro que no funciona.»

Pues no funcionaba, no había cobertura, me lo decía la pantalla, no obstante, yo seguí probando. Lo intenté, reintenté y volví a intentar, tozudamente, sin cansarme, ponía mi dedo sobre el botón de llamar insistentemente: había encontrado un aparato donde colocar el teléfono, suponía que allí lo ubicarían los agentes especiales, de tal forma que sin desconcentrarme de mi trabajo de conducir, realizaba la insistente llamada cada escasos minutos. Había puesto el altavoz por si en algún momento saltaba la suerte y alguien contestaba. Y en un determinado instante, a la enésima pulsación sobre la palabra “Shireone”, en la pantalla algo distinto e inesperado ocurrió.

—¿Su... sa... na? —Interferencias, pero suficiente. Frené de golpe, cogí el teléfono y me aceleré en mis frases: no podía dejar pasar aquella oportunidad.

—Soy Clara..., hemos tenido una emboscada..., han matado a todos los agentes... Susana, mal herida... Olaf y yo, heridos..., estables pero necesitamos todos atención... Llevamos las dos mujeres embarazadas rescatadas... Todos vamos pueblo tribu que me recogió... Buscar el GPS del coche... No sé si estará activado... Yo no sé activarlo..., pero tiene una luz verde parpadeante..., puede ser que signifique activado... Prefiero no tocarlo por si acaso. También podéis seguir el móvil... Lo dejaré encendido..., no sé qué más hacer.

—Ca...si... no...char...s... tre... orta.

—Yo tampoco te oigo bien, buscarnos... Es importante mandéis

ambulancias..., ayuda médica..., ayuda para todos... Vamos pueblo Jarimba... El pueblo de los bosquimanos... Vam...

Llamada finalizada. Lo intenté por mil veces más, si bien, terminé tirando el terminal a la guantera cabreada, centrándome en lo que consideré más importante: localizar la tribu, necesitábamos ayuda, ayuda urgente

* * *

—*¡Despierta, Jefe! ¡Despierta, Jefe! ¡Despierta, Jefe!* —No necesitó más avisos, con su respingo y el de su mujer, toda la familia rompió el sueño.

El jefe de la tribu izó con energía su cuerpo y desnudo, como estaba, saltó hacia su lanza, cogió el arco con flechas, colgándoselo a la espalda, y hubiera salido así enseñando sus vergüenzas a la calle, si no se lo hubiera impedido el mismo hombre que le había despertado.

—*Tranquilo, jefe, no pasa nada grave. Clara y Olaf acaban de llegar al pueblo. Han llegado en coche, traen heridos. Ellos están heridos y vienen con unas mujeres negras embarazadas.*

El jefe, ante el aviso a medianoche de un hombre de su tribu, usurpando su descanso y el de su familia: imaginó a una manada de leones hambrientos devorando a los niños, una estampida de elefantes asustados pisoteando las chozas, o incluso coches llenos de hombres negros malos disparando y asesinando a su pueblo; sin embargo, lo que le decían no lo hubiera adivinado en su vida, por muchas oportunidades que le hubieran dado.

—*Padre, yo quiero ir* —intervino su hijo.

Él aún estaba desnudo, atontado y con la lanza en mano, y sin embargo, Otamba permanecía a su lado, esperando una respuesta con sus partes tapadas y la cara totalmente lúcida como si fuera a mediodía, le miraba con energía y vigor. «¡Ay, la juventud!», pensó. «¿Dónde está mi juventud?»

—*Bien, Otamba, tú vendrás, vosotros quedaros aquí.* —Acalló las posibles intervenciones del resto de su prole—. *¿Dónde están Clara y Olaf?*

—*Nada más llegar han ido a la tienda Jarimba. Ella ha venido a mi choza y me ha pedido que te avisara.* —La claridad iba limpiando el nublado

de la cabeza del jefe, en efecto, el hombre que le acababa de despertar era el vecino más próximo a la morada de la curandera. Debía acudir enseguida al lugar de los hechos para comprobar lo que estaba sucediendo: para eso era el líder.

Bueno, las cosas se iban simplificando y él ya estaba preparado, caminó a grandes zancadas con su hijo pisándole los talones, dispensando al buen amigo que le había avisado, mandándole a su hogar de nuevo; aunque intuyó que en breve medio pueblo estaría despierto y se agolparían en las cercanías de la tienda de Jarimba a la búsqueda de información. Ya lo solucionaría más tarde, por ahora, lo importante era investigar qué ocurría, si era grave, si había solución, y si él podía hacer algo o lo que fuera.

Abrió la cortina de la choza de la curandera con decisión y se quedó a medio camino de entrar por la impresión de lo abarrotado del lugar. Terminó de acceder a él, igual que Otamba, comprobando, por un lado, a dos mujeres negras con enormes tripas, acurrucadas en un rinconcito, amarradas de la mano, en donde divisó miradas de terror y a la vez esperanza: pudo imaginar de dónde habían salido, teniendo en cuenta la historia que en su día le contó Clara. Por otro lado, encima del camastro de Jarimba, también una mujer, pero en este caso blanca, se mantenía en postura horizontal, totalmente estática con una compresa sobre la cabeza; Olaf, recostado con varios vendajes, uno en el pecho y otro en la pierna; y, por último, Clara, a la que Jarimba le estaba cerrando una profunda herida que tenía en el brazo derecho. Todo un espectáculo. Lo que venía siendo habitual en su tribu desde que había llegado la mujer blanca rompiendo la monotonía del simple día a día en su poblado.

—*Jefe, ¿nos puedes acoger a todos en la tribu?*—le preguntó Olaf. Era lo correcto, es más, deberían haber ido primero a su cabaña para pedir permiso de cobijo, aunque la gravedad de los heridos les obligó a saltarse el protocolo. Clara miró al líder de los bosquimanos con culpabilidad, pesarosa por los problemas que siempre traía hasta el poblado.

—*Sí, por supuesto* —enunció rápidamente sin pensar—. *Todos podéis quedaros, ¿qué ha ocurrido?*

—*Ella* —señaló Olaf a la mujer tumbada— *es policía. Con más policías nos adentramos en el desierto decididos a rescatar a estas mujeres* —indicó ahora a las dos embarazadas—, *pero los hombres negros malos nos dispararon, nos cogieron por sorpresa y además de matar a todos los militares que nos acompañaban, nos hirieron de gravedad a nosotros; sin*

embargo, Clara nos defendió y rescató a todos.

El jefe permaneció largo rato mirándome, no sé qué le habría dicho Olaf, pero en sus ojos encontré una mezcla de sorpresa, admiración y orgullo. Aunque su rostro se transformó en un determinado instante en preocupación.

—*Jarimba, ¿ellos están bien? ¿Puedes ayudarlos?*

—*Sí, jefe, yo les ayudaré todo lo que esté en mi mano. Las dos mujeres negras solo están asustadas, su estado físico es normal, a punto de parir. Olaf parece que está bien, Clara le cosió las heridas en el desierto, ahora le miraré. Clara tiene un corte malo en el brazo, pero yo se lo estoy cosiendo y quedará bien. La mujer blanca me preocupa mucho, no podré curarla. Está mal, muy mal, tiene un golpe grave en la cabeza, y ya sabes que las heridas en esa zona son misteriosas..., incurables... Clara dice que hay que llevarla a la ciudad, allí podrían salvar su vida... Aquí pronto morirá.* —Olaf, de la forma que estaba acostumbrado en el pasado, me fue descifrando las voces que yo no comprendía. Miré de nuevo al pequeño gran hombre pidiendo auxilio.

—*Y, ¿qué puedo hacer yo?* —El jefe estaba totalmente dispuesto a ayudar: eran dos miembros de su tribu que llegaban con personas heridas. La madre naturaleza volvía a ponerlos a prueba.

—*Necesitamos avisar a la policía de la ciudad* —intervino Olaf. Lo había hablado antes conmigo y decidimos que podía ser una opción para salvar a Susana—. *¿Podrías enviar un hombre rápido a la ciudad para buscar ayuda?*

—*Yo soy ese hombre rápido.* —Se introdujo Otamba en la conversación. No había dicho nada, estaba sentado al lado de Clara mirando cómo Jarimba unía sus tejidos, no obstante, a la vez escuchaba atentamente—. *Yo soy el hombre más rápido de la tribu, lo sabes bien, padre.* —Se puso de pie impetuosamente, estirando todo lo que pudo su espalda, en señal de valentía—. *Yo iré a la ciudad, sé dónde está ciudad. Si salgo ahora mismo, no tardaré en llegar, correré día y noche.*

—*Tú no eres aún un hombre* —esquivó su padre, no deseaba poner en peligro a su primogénito—. *Eres aún demasiado joven.*

—*¡Yo soy un hombre! Padre, tú me pusiste la cruz roja.* —El jefe tuvo que tragarse sus palabras y las acciones pasadas: su hijo tenía razón, él le había convertido en un hombre; sin embargo, no podía dejar que se fuera solo por el

desierto hasta la ciudad—. *Yo iré a la ciudad, no tardaré, correré como el viento, soy el más veloz, soy el leopardo.*

—*Está bien, permito que salgas. Además, ahora mismo.*

—*Otamba, lleva este papel, contiene unas palabras en el idioma de Clara para que puedas explicar a quien te encuentres lo que necesitamos—.* Olaf le mostró lo que había escrito Clara nada más llegar al poblado, usando una cuartilla y un bolígrafo del bolso de Susana. En él explicaba la situación, aportaba un número de teléfono, el nombre de Shireone y las palabras que debía decir a ese hombre—. *Entrégaselo a la primera persona que veas. ¿Sabrás llegar a la ciudad?*

—*Sí, fui en el último viaje, recuerda, íbamos juntos.*

—*Lo recuerdo, tienes razón, pero ten cuidado y no te pierdas... Eres nuestra esperanza. Clara me pide que te de las gracias, que te des mucha prisa, porque la mujer blanca está muy mal y su vida depende de ti.*

—*Saldré ahora mismo, y regresaré pronto, lo prometo. Padre, ¿puedo partir?*

—*Sí, prepara rápido las provisiones y ve.*

Otamba y su padre desaparecieron tras la cortina. Clara temía haber cargado de dicha responsabilidad al joven que había salvado su vida, pero sabía que él sería, sin duda, el más rápido y además el que más intención pondría en llegar cuanto antes a su destino; porque lo haría por ella. Solamente había que mirarle, sus ojos brillaban de emoción y estaban deseosos de complacerla: por alguna razón, aquel chico la admiraba y era un placer para él intentar agradarla.

No sabía qué estaba ocurriendo en la cabeza de Susana; sin embargo, era esencial que cuanto antes llegara algún medio para llevarla hasta la civilización. Yo tenía el brazo inutilizado, no sabía si sería capaz de conducir por el desierto. Había que cambiar marchas, sujetar con fuerza el volante, sortear los baches y piedras, porque no existía una autopista: era campo a través. Arenas donde podría quedarme atascada, socavones en los que caer y atorarme, pedruscos y malezas que esquivar para evitar romper los bajos del automóvil. El *jeep* parecía fuerte y había gasolina en el depósito, pero no sabía, lo primero, si sería capaz de llevarlo hasta la ciudad; y si me perdía, el combustible quizá no fuera suficiente para dar un posible rodeo.

Esperaríamos, había concluido, la llamada podía dar sus frutos, la misión

de Otamba quizá tendría algún resultado, y si no, cuando todos los otros planes hubieran fallado, me aventuraría a la tenebrosa travesía que dudaba en iniciar, básicamente, por miedo a quedarme varada en mitad del desierto sola con una mujer enferma, porque Olaf no estaba en condiciones de acompañarme y menos de ayudar. ¿Y si por una mala conducción estropeaba aún más lo que ocurriera en el interior del cráneo de mi amiga? No me lo perdonaría nunca. Era un mar de incertidumbres. Al menos era de noche y al día siguiente esperaba que llegara el milagro anhelado.

Nos quedamos todos dormidos, a escasas horas de la salida del sol, apretujados en la tienda de Jarimba. Los sucesos vividos habían sido tan intensos que el estar juntos nos calmaba a todos: éramos los supervivientes de una masacre y eso nos acercaba.

Otamba corrió durante la noche, gracias a su enorme zancada como un leopardo, avanzó comiéndose los kilómetros, decidido a aprovechar el frío nocturno y las primeras horas del día para engullir la mayor distancia que fuera posible, porque cuando el sol quemara en el cielo, tendría que reducir la marcha y poner más cuidado en la ingesta de líquidos para evitar deshidratarse. El mediodía, con el círculo amarillo en lo más alto del cielo, le animó a parar, notaba el pecho dolorido y el corazón y las piernas cansados. Apenas realizó un receso de unos minutos, lo que sirvió para comer algo y reducir la temperatura de su cuerpo, en una sombra, sentado sobre una piedra.

Toda la tarde continuó obstinado, lanzando una pierna delante de la otra, constantemente, empecinado en arribar cuanto antes a la urbe; sin embargo, no fue necesario llegar hasta el final de su maratón, no necesitó seguir gastando sus fuerzas ni quemar sus músculos, le pareció divisar un coche a lo lejos: su vista era inigualable, debía asegurarse, corrió hacia él y pronto confirmó sus predicciones. Levantó en alto los brazos, agitándolos desesperado, ansioso porque le vieran, percibiendo que el objeto del horizonte cambiaba su trayectoria dirigiéndose hacia su presencia. Aquello no paró su galopada, al contrario, la potenció: constatando la certeza de que dos elementos dirigiéndose hacia el mismo punto a una determinada velocidad, terminarían por encontrarse.

Otamba había atisbado desde la lejanía que el vehículo no venía solo, era una caravana de cuatro: cuando los tuvo al lado, no supo cómo reaccionar. Hizo lo que le habían dicho, dar el papel, sacado de su zurrón, al primer hombre que se acercó. Este lo leyó en silencio y le miró, hablándole en un

idioma del que solo entendió dos palabras, Clara y Olaf: «¿Dónde están los heridos, vengo de parte de Shireone, buscamos a Clara y Olaf. ¿Dónde están?»

—*Clara y Olaf, si ellos están heridos y la mujer blanca también. Debes seguirme. Yo os guiaré* —enunció con miles de gestos, entre ellos, el de señalarse y alargar su dedo hacia la dirección contraria a la que se dirigía: el poblado.

—¡Creo que este bosquimano nos dirá dónde están! —chilló a sus compañeros el policía—. Tiene una nota escrita por Clara, está firmada por ella. Seguiremos la señal del GPS y del móvil, pero además nos llevaremos a este hombrecillo para que nos guíe.

Otamba no podía descifrar sus palabras, si bien, los gestos le indicaron que subiera a la enorme máquina. Se echó para atrás, nunca se había montado en un trasto como aquel, aunque debía hacerlo por Clara, por Olaf. Era la ocasión de demostrar su valentía, porque era un hombre y era el cometido que le habían encargado: buscar ayuda y esa era la ayuda. Él debía llevarles y corriendo a su lado nunca podría conseguirlo, pronto le dejarían atrás.

La mano y la sonrisa del hombre que tenía delante le terminaron de convencer, y con un tremendo desasosiego se alzó hasta una altura que le resultó impresionante, viendo el lugar por donde había venido desde otra dimensión.

—*¡Jarimba! ¡Jarimba! Vienen luces, vemos luces, muchas luces. Venir, allí hay luces...*

Olaf no me tradujo la frase íntegra, simplemente se intentó poner de pie con dificultad y gritó: «¡Están aquí!»

Yo, que podía andar, salí rauda y me uní al grupo, el cual miraba hacia unos faros potentes que se acercaban con rapidez. Esperé igual que ellos, aunque yo suponía quiénes serían, además de intuir que la llamada, en apariencia inservible, había tenido un excelente resultado. Aguanté hasta que el ejército de cuatro objetos, dos ambulancias y dos todoterrenos, parecidos a los que nos habían llevado a nosotros por el desierto, aparcaron cerca y al bajar uno de los hombres y verme se acercó decidido. Otamba iba a su lado y me señaló.

—¿Es usted Clara Montes Parra? —Entendí en inglés. El soldado era blanco y mostraba uniforme de las fuerzas especiales.

—Sí, soy yo.

—Shireone nos envía, recibió una llamada suya. No pudo entender todo, pero decía que había heridos y debíamos seguir la señal del GPS del coche de uno de los nuestros. ¿Dónde están los heridos? ¿Debemos ir a otro lugar? ¿O están aquí?

—Lo primero, siento decirle que todos sus compañeros yacen muertos en el desierto. Nos defendieron con valentía, pero una emboscada nos atrapó en medio de la noche y no pudieron salvar sus vidas. Si quieren yo les llevaré al lugar para que puedan recoger sus cuerpos. —El hombre era duro, ni se inmutó.

—Está bien, llamaré a más medios para después ir a recoger a esos cadáveres. ¿De cuántos hablamos?

—Seis de sus hombres, más tres a los que nos enfrentamos.

—De acuerdo, eso vendrá después, ahora lo importante son los vivos. ¿De cuántos heridos hablamos? —En ese momento dos hombres y dos mujeres, vestidos de sanitarios, se unieron a la conversación, aunque la voz cantante siguió en manos de quien al parecer gobernaba el grupo.

—Tenemos a la inspectora Robles muy grave, con un golpe en la cabeza, parece estar inconsciente. Olaf tiene dos puñaladas, las cosí yo misma anoche en el desierto, y ahora descansa en la tienda, prácticamente no puede moverse; también contamos con dos mujeres negras embarazadas, están a punto de dar a luz en cualquier momento. Las rescatamos de unas mazmorras y las encontrarán algo asustadas y perdidas.

—De acuerdo, disponemos de dos ambulancias. Vosotros llevad a la mujer inconsciente y al hombre de las puñaladas, esos son los más graves, os acompañará un coche policial para abrirnos el camino por el desierto, y sobre el asfalto daros prioridad en el tráfico. Llevadlos hasta Windhoek, es donde existen mejores medios. Vosotros —señaló a una subdivisión de dos— coged a las dos mujeres embarazadas, podéis seguir a la otra ambulancia, si deseáis continuar a su ritmo o bien si preferís ir más despacio, todo depende de la urgencia que consideréis. —Pensé que me había olvidado, mas retomó mi atención.

—Señora, podría quedarse conmigo. Esperaríamos la llegada de los medios y me acompañaría al desierto para enseñarme dónde están los cuerpos. ¿O prefiere ir al hospital con los heridos? Veo que tiene una venda en el brazo.

—Estoy bien, podré acompañarles —aseguré con decisión, sin pensarlo—.

De todas formas, en el lugar donde estuvimos anoche dejamos otro de los coches, uno como ese —le señalé— y puede que también tuviera el localizador encendido.

—Eso seguro, siempre lo dejamos preparado para que nos puedan encontrar en estos casos. Si lo prefiere entonces, podría irse, aunque nos vendría bien para asegurarnos, y además explicarnos lo sucedido. Tendremos que realizar un informe: eso nos ha pedido Shireone; es quien controla toda la operación.

—Les acompañaré, estoy bien.

Me hice la dura. Cuando se lo comuniqué a Olaf, a quien estaban tumbando en una camilla para transportarle hasta la ambulancia, puso el grito en el cielo; sin embargo, me sentía en el deber de acercar a aquellos hombres hasta sus difuntos compañeros: podían ser incluso amigos y se lo debía, por haber entregado sus vidas por nosotros, así se lo expliqué a Olaf. El hombretón decolorado terminó por aceptar. Su ambulancia, a donde también subieron a Susana, partió a toda prisa, dirigida por uno de los *jeeps* de la policía, seguido por el otro coche sanitario con las dos mujeres embarazadas que me dijeron adiós, mostrándome en sus ojos una mezcla de pavor y agradecimiento: tardarán en olvidarlo, me dije, como yo, tardaremos todos en olvidarlo.

* * *

—¡Por fin! Una cara conocida, todas estas batas blancas, me estaba volviendo loca, Clara, ven, por favor, dame un abrazo. No sabía si estarías viva o herida o como yo, tumbada por ahí en cualquier camilla.

—He venido lo más rápido que he podido, Susana, no veas qué alegría recibir una llamada como esta.

—Llevo un buen rato pidiendo explicaciones de todo tipo, preguntando por todos vosotros, por la operación, por Fabiano, las mujeres encarceladas, Shireone, la organización..., de todo, y lo único que me dice esta pandilla es que ya han llamado a alguien de confianza que está a punto de llegar, y encima no han hecho otra cosa que realizarme todo tipo de preguntas idiotas para ver cómo de frito me ha quedado el cerebro.

—¿Y qué te han dicho?

—Que estoy como una rosa, con la cabeza rapada, pero igual de capacitada que antes.

—¡Eso es fantástico, Susana! Algo me ha adelantado el doctor, te lo voy a confesar.

—A ver, suelta por esa boquita.

—Antes de entrar, me ha dicho que te hiciera, sin que tú lo supieras, preguntas de tu pasado, para ver si me revelabas alguna laguna en tu cerebro.

—¡Pero qué pesados! Ya se lo he dicho a él y a todos los demás, me acuerdo perfectamente de todo, bueno, de todo hasta que caí en medio del tiroteo al suelo y me di un fuerte golpe en la cabeza. Yo lo que quiero saber es qué pasó a partir de ese momento, no lo que ocurrió antes.

—Vale, tranquila, yo te lo contaré; pero, espera, voy a buscar una silla porque esto será largo.

—Dicen que he estado una semana inconsciente, ¡joder! Nada menos que una semana y ahora me despierto así, como si nada.

—Milagros de la ciencia y el cuerpo humano —dije ya asentada—. Te tuvieron que abrir la cabeza, ¿lo sabes?

—Qué sí, que sí, que sé todo lo que me han hecho esos brujos por ahí dentro, me sacaron un coagulo gigante que oprimía mi cerebro, y esta noche, sin más, he despertado: respiro por mí misma, espero pronto cagar por mí misma y pienso lúcidamente. Lo de mover el cuerpo lo veo algo más chungo, he intentado levantarme y casi me mato, pero me han dicho que eso es normal y se recupera. He sentido todos los pinchacitos del doctor y movido mis cuatro miembros sin problemas, además, he debido aprobar con nota uno de los test más extraños que he hecho en mi vida. Venga, ahora cuéntame qué pasó después de caer y romperme la crisma, lo anterior lo recuerdo y lo que me sucedió desde que llegué a este hospital sobre mi cuerpo, ya me lo han contado esos, y al parecer estoy en mi sano juicio.

—Te haré un resumen, porque es una locura.

—Nada de resúmenes, yo no podré moverme de este lugar en mucho tiempo y no tengo otra cosa más interesante que hacer: suelta prenda, pero entera, sin cortes.

Diserté durante largo rato sobre mis pasos en el desierto del Kalahari, con todo tipo de pelos y señales, justo hasta el momento exacto en que la

ambulancia se llevó el cuerpo de Susana y yo me dirigí con los agentes de nuevo al campo de batalla.

—¡Joder, Clara! Y perdona la expresión. Si te va mal la medicina, puedes unirte al cuerpo. ¡Nos salvaste la vida a los cuatro!

—Hice lo que pude.

—Menuda experiencia, es para contarla.

—Sí, ya se lo decía a mi amiga Jhuanmi cuando andábamos perdidas intentado escapar por el desierto, que si salíamos de allí con vida, la llevaría a mi país e iríamos al plató de Ana Rosa.

—¡Que forma más buena de buscar la guasa, en un momento tan tenso!, ¿no?

—Sí, a ella le hacía mucha gracia y a mí me resultaba fantástico para olvidar mis penurias, incluso le decía que terminaríamos en la alfombra de los Óscar, acompañando a Nicole Kidman y Halle Berry, que serían las actrices que nos interpretarían.

—Buenísimo, ¿y quién hará de mí?

—Eso no lo he pensado, y los productores puede que me lo pregunten — seguí con la tontería.

—¿Sabes quién me gusta mucho?

—Dime.

—Susan Sarandon.

—Ah, fantástica actriz. Sí, podría hacerlo, me parece interesante, lo hablaré con su agente.

—Bueno y después qué, ¿qué paso? Me muero porque alguien me cuente el final de la película. Estoy harta de preguntar y solo recibir largas.

—Los policías a los que acompañé, recogieron los cuerpos de sus compañeros, el de Fabiano y los secuestradores, y con todo regresamos aquí, a la comisaría de Shireone.

—Pobre hombre, le dije que le ayudaría hasta el final y mira, lo habrá tenido que hacer todo él.

—No creas, se las ha apañado fantásticamente.

—¿Y mi equipo?

—Querían quedarse para esperar a tu evolución; pero desde Madrid les

aconsejaron regresar para levantar las menores sospechas posibles.

—¿Hemos conseguido pasar desapercibidos?

—Más o menos, sí.

—¿Cómo más o menos?

—Para la prensa, legalmente y la gente de a pie, no habéis existido nunca, bueno, solo tú llegaste a este país, mostraste tu intención por conocer mi caso, pero como investigadora privada contratada por mi familia, destapando la curiosidad en el comisario Shireone, quien ante la desaparición misteriosa del expediente del caso, empezó a tirar del hilo.

—Y entonces, ¿quién se ha enterado de que eso no es todo?

—El juez lo sabe y el jefe de la policía de Windhoek también: no te lo creerás, pero es casualmente el suegro de Shireone.

—Pues son muy altas esferas, cuando hablé con el comisario, dijimos que nadie se enteraría.

—Ya, pero el que apareciéramos tú y yo, junto con Olaf, en mitad del desierto, a tiros y con seis hombres muertos, no se lo puso muy fácil a Shireone. Tuvo que soltar prenda, pero en todo momento con su respaldo. No han dicho nada, ni lo dirán, porque en el fondo a nadie le interesa el jaleo que sería explicar vuestra entrada ilegal, las escuchas sin permiso, incluso vuestras armas y placas por aquí circulando sin autorización. Habéis actuado sin licencia y eso, al final, era negativo para todos si salía a la luz; sin embargo, si todo vuestro trabajo pasaba a las manos de la policía y la justicia de Namibia, sería un empujón fantástico para el desarrollo de la nación y una imagen inmejorable internacionalmente, porque todo esto, como puedes imaginar, es el bombazo informativo del mes.

—¡No me digas! ¿Está por las televisiones?

—Por todas: americana, inglesa, alemana, española, por lo que les toca, rusa, por Irina, y muchas más... Han salido a la luz nombres de clientes, hombres importantes de medio mundo: empresarios, políticos, gente de la farándula, millonarios del petróleo... Hay causas abiertas contra ellos en sus países. Fabiano y Hans, al final, eran polacos, Fabiano está muerto, pero su socio será extraditado para que le condenen allí. Los detenidos de nacionalidad namibia serán juzgados aquí y hay bastantes, porque la organización tenía a buena parte de la misma compinchada; sin embargo, los extranjeros lo serán en sus países de nacimiento. Bueno, un jaleo

impresionante donde están implicadas varias nacionalidades y continentes. Aquí todos los poderes están comprometidos y, por ello, os esconderán a muerte, porque el descubrimiento de un caso como este eleva a reyes a las autoridades que lo han destapado.

—Madre mía, sí que han pasado cosas mientras yo dormía. Habrá sido un mazazo tremendo para la opinión pública.

—Sí, un escándalo, además toca temas muy delicados, porque por la organización han pasado decenas de voluntarios solidarios y buenas personas que se han visto salpicados por la polémica, y en el fondo son inocentes, pero claro, se está estudiando el caso al mínimo detalle y para ello se ha tenido que detener o tomar testimonio a gente de la que se está dudando su inocencia, cuando es posible que no hayan tenido nada que ver.

—Eso lo suponía, en estos casos el problema es que puede haber justos que cobren por pecadores. Las ONGs y organizaciones sin ánimo de lucro, al estilo de «*We Help*», se van a ver salpicadas sin comerlo ni beberlo. Con la buena labor que realizan y lo difícil que lo tienen para conseguir medios y voluntarios, solo les faltaba esta mierda para ponérselo peor.

—Sí, lo sé, será la horrible consecuencia por lo sucedido; pero no podíamos dejar impune este tremendo crimen.

—Estoy contigo, también será una forma de que los gobiernos de este tipo de países presten más atención para evitar sucesos tan catastróficos como este; porque para Namibia es un logro policial y judicial, pero una lacra que hay que intentar evitar.

—Este tipo de operaciones y delincuencia sigue existiendo en todas las naciones, incluso en las más desarrolladas.

—Sí, en eso estás en lo cierto. La naturaleza humana puede ser tremendamente bondadosa y generosa, con actos altruistas tan impactantes como los que en teoría se realizaban en la organización de Fabiano, aunque, increíblemente, a la vez existen desgraciados, mentes perversas, enfermas y corrompidas, capaces de utilizar la buena voluntad y la ingenuidad de otros para su propio beneficio. Por eso, este suceso será tan impactante para el mundo, por la confrontación tan escandalosa entre los buenos y los malos. Tiene que ser la hostia lo que se ha montado.

—No te lo puedes ni imaginar, a mí me ha llamado el Presidente del Gobierno español e incluso el Rey.

—¿El Rey?

—Sí, maja, su majestad Don Juan Carlos, el mismo.

—¿Y de qué has hablado con él?

—No sé, poca cosa, de lo ocurrido, de cómo estaban mis bebés. Ha preguntado por ti, por Olaf..., bueno, un poco por todo.

—¡Ah, por Dios! No te he preguntado por tus bebés ni por Olaf, menuda idiota. Puedo disculparme por esta cabeza loca, pero sería falso: me he centrado tanto en saber el final de la historia que me he saltado a gente muy importante.

—Olaf, bien, ya camina, aunque con alguna dificultad, es un tío fuerte y muy constante. Los bebés creciendo: Lola ha cogido mucho peso y el pediatra dice que en unos meses más se pondrá en sus kilos, y Nicolás, qué te voy a contar, gordo y enorme, tiene unas mollas inmensas y come sin parar. Ya no quiere mi pecho: es muy listo y ansioso, sabe que del biberón sale más rápido y más cantidad y no quiere perder el tiempo conmigo. Lola sí continúa, pero también se lo refuerzo con leche adaptada.

—¿Y las mujeres que rescataste?

—Están perfectas en sus hogares, con sus familias, las dos han tenido sus bebés. Las he ido visitando según podía y me dieron miles de gracias y regalos, tanto ellas como sus maridos, padres, tíos, amigos... Una fiesta en cada casa a la que entré.

—¿Y tus bosquimanos?

—Tuve que despedirme de ellos por segunda vez. Les echo de menos, pero saben que son parte importante de esta historia.

—¡Ay, pobres! No creo que consigan pasar desapercibidos.

—Ya se lo dije, que seguro tendrían más visitas, porque ya sabes cómo es la gente: como se empieza a hablar de una cosa se pone de moda y ya es imparable.

—Pues si al final terminan haciendo una película de todo esto, ya verás la que se forma. Solicitarán rodarla en el propio poblado. Qué mejores extras, ¿no? Oye, ¿y quién haría de la tal Jarimba? Me parece un personaje muy interesante.

—¡Qué preguntas me haces! Te contestaré porque estás convaleciente y necesitas un poco de diversión. Pensemos: tendría que ser negra..., con la piel

muy negra... Quizá Whoopi Goldberg, ¿qué te parece?

—Que te vas a forrar con los derechos, espero que registres la historia en cuanto volvamos a España.

—¿Y eso cómo se hace?

—No sé, habla con un abogado. ¿Y la prensa no te llama?

—No veas, me están esperando en todos los programas de televisión y radio habidos y por haber, incluso hemos tenido guardia en la puerta del hotel y aquí en el hospital. Llevan unos días algo más relajados, hice una rueda de prensa junto a los representantes legales de la ciudad, y poco a poco, cuanto más se va sabiendo de la historia, más tranquila me van dejando.

—Estoy alucinada, supongo que yo también seré famosa.

—Sí y mucho. En España te conocen tanto como a mí, pero aquí también.

—Bueno, estas cosas terminan pasando, ya verás, el periodismo estruja una historia hasta desangrarla, y después aparece algo más interesante donde poner el diente: pronto te dejarán en paz.

—Sí, supongo que así será.

—Y lo de Nicolás, ¿qué tal? ¿Podrás llevártelo?

—Me han dicho que no habrá problema. Teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido, se me permitirá quedarme con él, y Olaf se vendrá también conmigo a España: les van a conceder la nacionalidad española a ambos.

—Eso es fantástico, me alegro muchísimo por vosotros, es la mejor solución. Temía quizá que te pusieran pegas con Nicolás, en el fondo tiene familia, aunque a Shireone siempre le dijimos que no conocíamos su procedencia, podía investigar.

—El jaleo que hay es tal, que nadie pone en duda nuestras confesiones. La coartada de que Jhuanmi nunca me dio ningún dato de su familia, y que me pidió quedarme con su hijo, parece ser suficiente. Además, nadie lo ha reclamado, que era mi mayor temor. Pensaba que en cuanto se destapara el caso y saliera en los medios de comunicación, el marido de Jhuanmi pudiera relacionar su desaparición con la trama y poner en aviso a la policía local. Pero, por ahora, ni rastro de él.

—Estate tranquila, seguro que no habrá ningún problema y podrás llevarte a tu hijo.

—No lo creerás, pero lo quiero como si fuera mío y a Olaf le pasa igual, es

parte de nuestra familia. Si me impiden llevármelo, no sé lo que será de mí, bueno, de nosotros.

—Estoy seguro que os iréis pronto los cuatro a España. Tú misma lo has dicho, el caos es tal que no prestarán mucha atención. Además, eres la principal víctima de algo que las propias autoridades han permitido. Existen policías implicados y no cualquiera, son altos mandos, usaron un control policial auténtico para secuestrarte, coches y agentes de la ley te raptaron... El tema es demasiado chungo como para negarte tu única petición: llevarte a Nicolás. Si quisieras, a base de pleitos con buenos abogados, les pondrías las cosas muy difíciles y ellos lo saben.

—No, si ya le asustaste tú bastante con ese tema a Shireone, y él ahora mismo aquí tiene más poder que nadie. Ha recogido personalmente mi petición, y está moviendo Roma con Santiago para proporcionarme los papeles de la adopción cuanto antes.

—A más razón, ¿una vez que lo tengáis os iréis pronto?

—Por ahora, vivimos en una casa que nos ha alquilado el Gobierno. Vamos a esperar un poco a que pase la marejada, porque no queremos ser el blanco de atención en España; además, Olaf, aunque parezca que está mejor, necesita recuperarse, debe descansar. Los documentos para llevarme a Nicolás tardarán un tiempo, porque nos van a dar facilidades como hemos hablado, pero existen procesos legales que no podremos saltarnos, y también, por supuesto, queremos esperar a ver cómo evolucionas tú.

—Por mí no lo hagáis.

—Es un poco por todo. He estado en contacto con tus padres y hermanos, van a venir a estar contigo. Mientras no despertabas les pedí que esperaran, porque no servía de nada su presencia y en el fondo estábamos nosotros cerca; sin embargo, esta misma noche cogen vuelo y llegarán mañana, me lo han confirmado.

—Muchas gracias, Clara, te lo agradezco. Soy una mujer fuerte, pero la mano de una madre y la presencia de la familia cerca siempre es bienvenida en estos casos.

—Lo sé. Mis padres también están empeñados en venir, pero igualmente les retengo en España. Aquí también serían pasto de la prensa, y aunque en España están siendo atosigados, si vienen seguro que habrá más motivos para seguir removiendo la noticia. Ya habrá tiempo para verles, tenemos toda la

vida por delante.

—Y mi jefe, ¿ha dicho algo? ¿Está muy cabreado?

—No, para nada. Regino está orgulloso de ti, todos lo estamos, no tendrás ningún problema, Susana, más bien creo que alguna alegría. Seguro que a ti también te terminará llamando el Rey.

—Solo me faltaba eso, que me llamara el Rey en persona, como si yo fuera Rafa Nadal y hubiera ganado otro Roland Garros. Aunque, bueno, en el fondo no me importaría, así tendría algo que contar cuando regresara a España. La oficina será un hervidero con todo lo sucedido.

—Bueno, están siendo muy discretos. Nadie ha dicho nada, en teoría tus compañeros implicados se fueron juntos a realizar una expedición por los Alpes.

—No me digas que se han montado esa pantomima.

—Algo había que inventar para justificar la excedencia de tantos hombres dentro de la unidad. Regino ha explicado que llevaban mucho tiempo solicitándoselo, y aunque era una parte considerable de la plantilla, al existir un menor volumen de casos...

—Eso se lo inventaría, porque siempre estamos a rebosar.

—Sí, se lo sacó de la manga: había que justificar como fuera la falta de tanta gente en la oficina. Por ese motivo mintió con la excusa de que se fueron todos juntos a escalar montañas a los Alpes.

—Madre mía, pobre jefe, con lo que le cuesta mentir. ¿Por qué tuvo que dar explicaciones? ¿Alguien se lo olía?

—Al final tuvo que implicar a buena parte de la oficina para el tratamiento de toda la información que tú le remitiste, y ya sabes que siempre está el idiota, pelota o gilipollas que suelta prenda.

—Entonces, ¿salió a la luz!

—Bueno, se ha medio tapado. No sé muy bien cómo se han apañado. Yo, sinceramente, creo que hay más personas de las que nunca conoceremos que saben la verdad; pero al igual que pasa aquí, a nadie le interesa que se desvelen todos y cada uno de los reglamentos incumplidos.

—Es decir, que me espera una buena cuando regrese a Madrid.

—Yo creo que no. En el fondo has sido la artífice de todo esto, aun en la sombra, y aquellos que están por encima de ti o por debajo, aunque se hayan

enterado de la verdad, no podrán vetarte, más bien, felicitarte.

—La verdad, te diré que me da igual: lo importante es que todos estamos vivos, sanos, salvamos a las mujeres y los desgraciados que montaron esta barbarie terminarán entre rejas. Eso es la mejor felicitación que puedo obtener. Si cuando regrese me encuentro con algún expediente, despido o bronca..., me la *refanfinfla*.

—Eres genial, Susana, la tía con diferencia más increíble que he conocido en mi vida

—No te quedas atrás, guapa. No hago otra cosa que imaginarte en el desierto, con un rifle de repetición en alto, disparando a diestro y siniestro, rescatándonos a todos tú solita. Daría cualquier cosa por haberte visto.

—Bueno, eso lo produjo la situación tan extrema que viví.

—Y qué me dices de tu viaje por el Kalahari, de cómo sacaste de las entrañas de su madre a Nicolás, de cómo aguantaste kilómetros con el bebé a cuestas y otro en la tripa. Tú si que eres increíble, Clara, la mejor.

—Vale, dejémoslo en empate; pero, sin ti, la resolución de los hechos no habría sido igual. Quizá ahora Fabiano y Hans y todos esos hijos de puta estarían libres, buscando otro lugar en el planeta para sembrar su maldad.

—Pero tres están muertos y los otros en la cárcel. Creo que nos hemos vengado lo suficiente. Verdad, Clara.

—Sí, Shewaki y Jhuanmi han sido vengadas.

—No solo ellas, todas las mujeres que aprisionaron en su mazmorra. ¡Dios! Solo de pensarlo, han sido tantas. No veas los listados que tenía Fabiano en el ordenador: eran espeluznantes. Cuando me lo desvelaban desde Madrid, se me revolvían las entrañas... Tantos cuerpos enterrados a saber dónde.

—Más de cinco años con el entramado, me dijo Shireone.

—Sí, cinco largos años llenos de desapariciones, tapadas por el anterior jefe de la comisaría número 5 de la ciudad de Windhoek.

—Yo lo he razonado mucho, Susana. Imagínate el dilema que se va a plantear a nivel mundial, por todos esos niños separados de sus madres, a las cuales raptaron, violaron, mataron y les quitaron su mayor tesoro: sus hijos. Y esos padres, abuelos y familia en general que perdieron a uno de sus integrantes... Ahora sabrán que aquel bebé no murió, que sigue vivo a saber en qué país, a saber con quién... Es un tema tremendamente difícil de tratar.

—Sí, pero se tendrá que solucionar, porque Fabiano dejó constancia de nombres, direcciones, teléfonos y muchos más datos de aquellos padres «adoptivos».

—¿Y por qué haría aquello? Es extraño.

—Lo hizo por algo bien simple, Clara, para cubrirse las espaldas, para saber que tendría una moneda de cambio contra los hombres y mujeres más poderosos del planeta. Porque no olvidemos que el dinero actualmente es poder. Fabiano era además de un monstruo, un tío inteligente y qué mejor forma de asegurarse la vida, la libertad y su futuro económico que teniendo ese as en la manga para darle la enorme cantidad de pruebas capaces de inculpar a personas con alto poder adquisitivo.

—Sí, en eso tienes razón, lo recopiló durante años y ahora está sirviendo para hacer justicia; pero no puedo dejar de pensar que seguro que pagarán inocentes. Los niños no tienen culpa, y ahora pueden ser separados de los padres que ellos creían como suyos, hermanos que se romperán, incluso madres que pueden haber sido también engañadas por sus maridos a la hora de obtener a sus hijos, bueno, o viceversa, no seamos sexistas... Es un tema tan delicado, me asaltan tantas dudas, tantas incertidumbres... Es difícil determinar la solución correcta para esta complicada situación.

—Hay que solucionarlo, Clara: no se pueden tapar los acontecimientos como están. Todo debe salir a la luz, la justicia tendrá que actuar de manera cuidadosa y cauta, controlar a la perfección la línea de los culpables y las víctimas... Eso es algo en lo que nosotras no podremos influir. Tú deberás seguir tu vida y yo la mía. Tendremos que olvidar y avanzar.

—Me será difícil, Susana. No sé cómo me voy a enfrentar a mi mundo, después de vivir otras realidades muy diferentes a la mía.

—Es algo que tendrás que superar, con el tiempo, con ayuda de tus niños, de tu Olaf, incluso si fuera necesario, de psicólogos. Quédate con eso: has encontrado un hombre increíble gracias a tus penurias en Namibia. Si no hubieras conocido a Fabiano, si no te hubieran retenido en el desierto, no habrías descubierto al amor de tu vida, ni tendrías ahora entre tus hijos a Nicolás. Incluso tampoco tendrías a Lola. El horror que has sufrido no podrá quitártelo nadie, pero sí se irá mitigando. Has ganado a Olaf y tus bebés.

—En eso tienes razón, también lo he razonado concienzudamente. Supongo que era mi destino, una prueba que tenía que pasar para que me concedieran la maternidad de mis dos pequeños y el amor incondicional de Olaf.

—Pues ya está, olvida lo demás.

—No sé qué tal se adaptará Olaf a España.

—Seguro que bien. En el fondo él fue criado a la manera europea hasta los catorce años, y eso es mucho tiempo.

—Y tampoco sé qué tal aceptará mi familia y amigos a un hombre como él. Además, tengo diez años más, Olaf tan solo tiene veinticuatro, me da una vergüenza horrible que la gente se entere.

—Tonterías y más tonterías. Por favor, Clara, no me vengas con esas estupideces que eres una mujer moderna y no de la época de Franco. Tú le quieres, ¿no?

—Sí, de eso no hay duda.

—Y él a ti también, ¿verdad?

—Creo que sí, estoy segura que sí.

—Entonces, pamplinas y más pamplinas. A ver por qué coño un viejales se va a poder casar con una modelo a la que saca tres décadas, y tú, una mujer preciosa de buen ver, no va a poder enamorarse de un jovenzuelo como Olaf. Lo de jovenzuelo lo digo de broma, ¿vale?

—Ya, si me lo imagino. Estoy contigo; pero, es verdad, por alguna estúpida razón social, los hombres sí pueden estar con mujeres jóvenes, aunque si nosotras nos ligamos a un jovenzuelo, como tú dices, somos unas *asaltacunas*.

—Mentes incultas y prehistóricas las habrá siempre, pero tú, ni caso. Ya me gustaría a mí haberme llevado de este país a un buen mozo como Olaf. Te voy a contar una cosa, pero solo si me prometes no decírsela a nadie.

—Prometido.

—Cuando fui por primera vez a la comisaría de Shireone, a los pocos días de llegar a Windhoek, justo cuando salí de ella toda malhumorada porque habían perdido tu expediente, me empotré de bruces, por el ímpetu con que empujé la puerta, con un tío enorme, mulato, de espaldas anchas y aspecto tremendamente atractivo. ¿Y sabes lo que pensé?

—A ver, cuenta.

—Que se me pasaría el cabreo al instante si consiguiera metérmelo por la noche en mi cama; pero lo mejor, ¿sabes quién fue?

—¿Quién?

—Ese hombretón decolorado era Olaf.

—¡Anda, claro! Os chocasteis al salir de la comisaría, tienes razón, él entraría justo cuando tú salías... ¡Qué calladito te lo tenías!

—¡No son cosas para irlas contando! Ahora, guapa, disfruta de ese imponente hombretón decolorado que te ha regalado la vida.

Las dos nos reímos por la revelación de mi amiga: tenía su gracia. Me la imaginé toda enfadada saliendo de la comisaría y topándose con Olaf, había que reconocer que mi actual pareja podía despertar instintos sexuales en cualquier mujer. Me sentí muy agraciada por tenerlo para mí solita, porque Olaf, no solo tenía una planta imponente, sino que, además, era una bellísima persona y conseguía con solo su presencia destapar la hoguera del deseo, la pasión y el cariño en mi cuerpo, a la vez que me proporcionaba paz, relajación y serenidad. No sé cómo se podría conseguir unir esas dos corrientes de sentimientos tan enfrentados, pero así era, según el momento, con sus gestos, ademanes, palabras y movimientos, congeniaba a la perfección conmigo, demostrándome a cada instante que era, sin duda, la media mitad que algún Dios o la propia naturaleza había diseñado a la perfección para Clara Montes Parra.

Pasé el resto de la tarde sentada junto a la inspectora Robles, hablando de miles de aspectos varios, hasta que la llegada de las diversas autoridades del lugar, me dio a entender que debía dejarles espacio para sus interminables conversaciones, retirándome a mi hogar. El resto de los días y las semanas se llenaron de rehabilitación y de mis largas charlas junto a mi buena amiga y salvadora: la inspectora Robles.

EPÍLOGO: EL FINAL EN ÁFRICA

Estoy tumbada sobre mi cama con el ordenador en mis piernas, venga a teclear para finalizar esta historia que inicié al día siguiente de la espectacular batalla llevada a cabo en las dunas rojas del desierto del Kalahari. De allí salí con tan solo un corte en el brazo, muy poco, teniendo en cuenta lo que se libró. Los agentes no habían dejado de mirarme sorprendidos, tras la colección de información que les suministré a los pies de la escena del crimen. Levantaron los cuerpos, tomaron pruebas, fotografías, muestras, registraron el lugar..., y yo mientras esperé en el coche hasta que me trajeron de regreso a Windhoek.

Llegamos a la capital de Namibia a las nueve de la mañana, pedí que me llevaran al hospital, sin dormir ni comer y casi sin mear. Allí me interesé por el estado de la señora Robles, como dije en recepción, conociendo que le habían abierto el cráneo y que estaba en la UVI, inconsciente, a la espera de despertar. Hablé con los médicos, me informé del desarrollo de la operación, y recé a la madre naturaleza para que la ayudara. Por supuesto, también pregunté por otro paciente transportado en la misma ambulancia que Susana, Olaf, un hombre mulato enorme con dos puñaladas, una en el pecho y otra en la pierna. Me aceleré dando explicaciones en secretaría, llevándome a una habitación en la que ubiqué a mi amor, abalanzándome sobre él, llorando sobre su pecho, soltando toda la adrenalina almacenada y consiguiendo articular palabras para interesarme por su estado. Me dijeron que tendría que estar unos días en observación para hacerle alguna prueba más, no obstante, pronto le darían el alta, pues las heridas eran limpias, sin daños internos a órganos. Olaf me rogó que regresara a casa, y aunque me costó, le obedecí: «Los niños te necesitan», dijo, y con aquella frase me convenció.

No necesité buscar un taxi, el mismo coche del agente que me había llevado hasta allí, me acercó al hotel, puesto que al parecer aquel hombre era

una especie de guardaespaldas, ya que me siguió por mi periplo dentro del hospital, me acompañó fuera, e incluso estuvo a mi lado hasta situarnos frente a la puerta de mi habitación, avisándome de que se quedaría fuera de ella durante el tiempo que yo permaneciera dentro. Shireone había dado órdenes claras de protegerme, había personas muy poderosas en el caso, yo era un testigo esencial del mismo, y era demasiado pronto para dejarme sola ante el peligro.

Dentro de mi cuarto verifiqué el bienestar de mis dos bebés, dormiditos cuando entré, cuidados perfectamente por Irina quien me explicó lo bien que se habían portado durante nuestra ausencia. La médica rusa ofreció quedarse con los niños, mientras yo descansaba en la estancia de Susana, la cual estaba libre, y eso hice, porque aunque quería a mis niños con toda el alma, estaba molida. Cambié de habitación y el hombre que me protegía, de puerta: me metí en la cama, si bien, no podía conciliar el sueño, por eso me levanté, abrí un ordenador portátil que había encima de una mesa: supuse que sería de Susana, y empecé el relato que ahora mismo estoy a punto de finalizar.

Escribí durante horas y horas hasta que me venció el sueño, proseguí durante los siguientes días. Todos me aconsejaban que no saliera del hotel, que no me dejara ver: era peligroso y además comprometedor, por ello, entre las cuatro paredes que me enjaulaban, obtuve tiempo para mis niños y para transcribir la historia de mi mente al papel.

La llegada de Olaf, a los tres días, aumentó la vorágine de fotógrafos, periodistas y todo tipo de medios nacionales e internacionales, intentado colarse dentro del hotel. Decidieron entonces las autoridades namibias sacar a mi familia a escondidas y ubicarnos en un apartamento muy cuco del centro de la ciudad. El hotel avisó de que ya no estábamos allí alojados, y aunque siguieron buscándonos, al menos no nos tenían localizados. Olaf, mis niños y yo aguantamos enclaustrados en la urbanización adjudicada, obteniendo la compra y los encargos por medio de los agentes policiales que nos custodiaban.

Recibir la llamada del hospital con el despertar de Susana me alegró, pero hizo necesaria mi salida. El edificio sanitario nos facilitó la entrada sin ser vistos, y hablar con mi buena amiga, conocer su fantástico estado, dentro de la gravedad, y la alta posibilidad de que saliera de aquel accidente sin consecuencias negativas para su salud, me llenó de energía y vigor. No dejaba de escribir, noche y día, en todos y cada uno de mis ratos libres, visitando,

cuando mis cuidadores me lo permitían, a mi amiga, jugando y disfrutando de mis bebés, apasionándome con una vida íntegra y plena de pareja junto a Olaf, del cual cada día me enamoraba más.

Hoy es 24 de junio, mi Lola cumple un mes y medio desde que nació y está preciosa, cada vez acercándose más a su peso ideal. Quizá siempre sea pequeña, es lo que me dice el pediatra, no obstante, yo estoy segura de que pronto se igualará al resto de los niños de su edad: tiene una genética para ser alta y no puedo evitar pensar que es hija biológica de Fabiano. No quiero razonarlo. Olaf me ha asegurado que él será su padre, tanto en el día a día como legalmente, le gustaría adoptarla; sin embargo, considero que ella debería conocer la historia completa, por eso la escribo para ella y también para Nicolás. Puede que algún día, cuando sea mayor, quiera regresar por estas tierras para buscar a su padre, a sus abuelos, a su posible familia en Namibia, y yo no seré capaz de ocultárselo. Y, por supuesto, si quiere, le ayudaré a encontrarlos.

Ahora no deseo hacerlo, no quiero levantar una liebre que me lo pueda quitar. Los papeles están en mis manos, Olaf y yo ya somos sus padres legales. Por cierto, nos tuvimos que casar. Sí, somos matrimonio, porque las leyes en este país no permiten dar en adopción a un niño a parejas sin lazo legal, y aunque podíamos haber intentado saltarnos otra norma, llevábamos tantas incumplidas con ayuda de las instituciones presionadas por altos cargos, que preferimos aceptar el trámite. Además, nos queremos con locura, estamos hechos el uno para el otro, y aunque mis padres, aún no se lo he dicho, pondrán el grito en el cielo, ya habrá tiempo a nuestro regreso a España de montar un buen bodorrio con su correspondiente jolgorio, por la Iglesia, si hace falta, para que mi madre se quede contenta, e invitar a toda la familia y amistades.

Primero nos juntó la madre naturaleza, quien movió sus manos invisibles para acercarnos, y después un juez en una ceremonia simple y rutinaria. Quizá algún día nos enlace un cura, no lo sé; lo que sí tengo claro es quién fue el verdadero culpable de nuestra unión, y os revelaré que fueron las estrellas, el viento, la arena del desierto y Otamba quien me llevaron hasta el poblado de Olaf.

Me acuerdo tanto de mi tribu, que no sé si algún día les volveré a ver, si viajaremos de vuelta a este país, o si me acomodaré en el mío, regresaré a mis costumbres, a mi trabajo y a mi vida y no retornaré jamás. No lo sé, el futuro

es incierto, solo puedo asegurar que Olaf es mi marido, Lola y Nicolás mis hijos, y tengo todos los documentos necesarios para llevármelos a casa.

Los billetes de avión descansan en un cajón, fecha, 4 de julio, solo quedan diez días. Mis padres, mi hermano, mi cuñada, abuela, tías, primas..., toda la familia me añora. Mi clínica, amigos, compañeros, ayudantes y trabajadores..., desean verme, saber de mí, tienen tanto que preguntarme, tanto que decirme...

Susana está mejor, pronto recibirá el alta y se irá. Sus padres están con ella, viven aquí, y la están ayudando en su recuperación. Tiene la suerte de haber quedado igual que cuando vino, aunque bastante más delgada. Ella dice que eso es la ventaja que sacará de su viaje a Namibia: «He conocido el Kalahari y encima vuelvo con el cuerpo de una modelo» —según sus propias palabras—. Me hace reír con ese tema, comenta que es como los famosos que van a “Supervivientes”, y vuelven con veinte o treinta kilos menos, aportando que intentará no recuperarlos tan rápido como ellos.

El caso poco a poco se va olvidando, siempre quedarán cabos por atar, miles de juicios que terminar y a veces pienso si alguna vez en la vida conseguiré desvincularme de él; sin embargo, supongo que es una parte de mí, una pequeña parte de mi existencia, pero ansío que esta sea lo suficientemente intensa, como para que pese más lo que me queda por vivir que la impactante experiencia sobrepasada en Namibia.

Supongo que el regreso a mi país me traerá la calma, viviremos en mi gran piso del Barrio de Salamanca, o nos trasladaremos a un chalet adosado, quizá en Las Rozas o quién sabe. Desconozco si seré capaz de regresar a mi antiguo ritmo de vida, a mis gastos, a mi gimnasio, entrenador personal, a las consultas con embarazadas millonarias o bien acomodadas, a las cenas de lujo, a las compras en tiendas selectas... No lo creo, he estado tan cerca del horror, del egoísmo, de la infamia que llega a producir el dinero, que supongo que me enfrentaré de una nueva forma a mi existencia... No sé qué cambiaré... Olaf y mis dos bebés me han modificado... Han variado mis prioridades, mis gustos, mis deseos... Mi padre dice que en España hay crisis, que en el mundo hay una recesión financiera que nos llevará hacia años difíciles..., no sé cómo acabará todo... Si eso también afectará a mi clínica..., o si el mundo de los ricos, de nuevo, quedará al margen y será al contrario, mejoraré resultados... No puedo predecir el futuro... Solo sé que siento algo dentro de mi pecho que me lleva a pensar que ya no soy la misma que vino a África buscando

aventura, que se instaló en un Hilton sin importarle el precio, que viajó a todo trapo gastando miles de dólares por sus tierras... Soy otra persona..., más comprometida con la humanidad, con la gente, con la naturaleza, con el mundo... Soy una madre preocupada por sus hijos, por las injusticias que les podrán afectar en el futuro, y por las que puedan influir sobre niños o personas a las que ni siquiera conozco... He cambiado tanto, que a veces apenas me reconozco... En tan poco tiempo, una transmutación total de mis ideales, intereses, esperanzas y anhelos. Soy otra, otra mujer, otro individuo, y no dejo de pensar cómo me aceptará el entorno donde nací, crecí y viví.

Volveré a mi hogar y ya se verá, no me dejo de decir, y Olaf comparte dicha opinión. También pienso en él, en cómo se adaptará al cambio, si bien, no me llega a preocupar en demasía, porque teniendo en cuenta que con tan solo catorce años dejó el mundo que conocía para adentrarse en otro totalmente divergente con el anterior, consiguiéndose adaptar a la perfección, me hace suponer que de nuevo sobrepasará esta tercera modificación, a la que debe estar predestinado cada aproximadamente quince años.

Espero que algún día consiga eliminar mis fantasmas, esos que me vienen muchas veces a buscar por la noche, los cuales son culpables de que me sea imposible mantenerme mucho tiempo sola en un lugar. Por ahora, mis bebés me sirven de compañía, y con solo tener a uno cerca, ese agobio que aumenta en mi pecho al sentirme abandonada, desaparece. Incluso, algún día, guardaré en un baúl todo lo ocurrido, por eso me decidí a escribir esta colección de páginas y páginas llenas de texto, datos, impresiones, sufrimientos, dolor, pasión, alegrías y penas, de aquello que viví bajo las dunas rojas de Namibia. Por si mis neuronas, ya fuera queriendo o sin querer, desearan borrarlo..., por si dentro de decenas de años, la demencia decidiera llevarse mis recuerdos..., por eso me obcequé en dejarlos custodiados en estos folios.

Shewaki no ha muerto, porque vive en este relato, y mi Jhuanmi, mi amiga, mi compañera, la mujer que me sacó del infierno, quien me guió a través de las arenas asfixiantes del Kalahari, quien me dio a su hijo..., a mi Nicolás..., mi amor..., quien me acercó hasta el poblado donde encontré a mi otro amor..., Olaf... Por ti escapé y me vengué, lo hice por mí y, por supuesto, por todas vosotras mujeres maltratadas, violadas, asesinadas, cuyos hijos os arrebataron de vuestro vientre, por todas y cada una de vosotras, nunca os olvidaré. No podré sacar de mi mente a mi Otamba y Jarimba, creo que viviréis por siempre en mi recuerdo... Fabiano... Hans... Lola... Shewaki...

Jarimba... Otamba... Olaf... Susana... Shireone... Jhuanmi... ¡Escapar!

NOTA DEL PRIMER LECTOR

Y aquí finaliza BAJO las DUNAS ROJAS, una historia apasionante con la que he sufrido pero también gozado. Reconozco que me he quedado con ganas de más y que al final se me ha hecho corto (supongo que eso es bueno), cualquiera lo diría después de tantas páginas. Lo que pasa es que tienes una forma de escribir que hace que te comas literalmente las palabras.

No sé si algún día llegarás a ser algo importante en la literatura, lo que sí sé es que tienes un talento innato y eso por suerte no se aprende, está en los genes. Ojalá Inés también lo reciba.

Un beso de tu mayor admirador.

Estas son las palabras textuales que me escribió César, mi marido, en un trozo de papel en el que me había ido anotando los posibles errores que yo posteriormente debía revisar. Me hubiera encantado incluir ese pedazo de caucho con sus frases de puño y letra, pero ante la imposibilidad de dicho acto, añado sin que él lo sepa, esta penúltima página para cerrar el relato: espero que cuando lo descubra no le importe.

Gracias, César, por ayudarme a corregir el texto, este es mi humilde homenaje a tu compañía, ayuda y total implicación en mi locura literaria. Igualmente, agradezco la desinteresada colaboración de otros amigos, como Carlos Arconada y Amparo Paniagua, a los que presté las cuartillas para que divisaran con sus ojos lo que los míos pudieran dejar pasar.

NOTA DE LA AUTORA

Espero haber conseguido engancharte, entretenerte, apasionarte, sorprenderte y darte ganas de leer más textos creados por mi imaginación. Si es así, solo decirte que tengo más libros: la primera obra que escribí fue una trilogía titulada “LA VIDA DE CARLA. La obediencia. La lucha. El control”, la apasionante historia de una mujer, ambientada en la España de posguerra, entre los años 40 y 60, en un pequeño pueblo castellano a orillas del río Duero.

Como indiqué al principio, “BAJO las DUNAS ROJAS” (el rojo), pertenece a la saga de “Los Colores” y, actualmente, ya tengo editado “SOBRE el MAR AZUL” (el azul), un thriller cargado de intriga y emoción, con Miami y el caribe de fondo, en el que aparecerán algunos personajes de la novela que acabas de terminar y con guiños muy interesantes entre ellas.

Incluso, dispongo de dos cuentos infantiles “Mi niña especial” y “Mi niño aventurero”, adivinanzas llenas de corazón y moraleja.

Si deseas comunicarte conmigo, ya sea para comentarme tu parecer sobre este libro, “BAJO las DUNAS ROJAS”, o hacerte con alguna de mis otras obras, puedes entrar en mi web o ponerte directamente en contacto conmigo por estos medios:

Web: www.mayraestevezgarcia.com

Facebook: Mayra Estévez García.

Página de Facebook: BAJO las DUNAS ROJAS

Teléfono: 647-365700 (llamada, mensaje, wasap)

Email: mayraestevezgarcia@gmail.com

Gracias por confiar en mí como escritora y leer mi novela.

Mayra Estévez García